
Javier Alonso Osborne
TRÁGICAS
APARIENCIAS
SAGA
EGMONT

Javier Alonso Osborne

Trágicas apariencias

Saga

Trágicas apariencias

ISBN: 9788728396124

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.



A María Eugenia

Debería ser lo que parece el hombre;
y cuando no, no aparentarlo

Otelo , acto III

Pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos

Nicolás Maquiavelo

Hay mucha gente en el mundo, pero todavía
hay más rostros, pues cada uno tiene varios

Rainer Maria Rilke

1

Cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, oí al primero de los cuatro Vivientes que decía con voz como de trueno: "Ven". Miré y había un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; se le dió una corona, y salió como vencedor y para seguir venciendo.

La mañana estaba apacible a pesar de que soplaba un ligero viento de Levante. Los informes meteorológicos de la zona del Estrecho anunciaban buen tiempo. Eran las condiciones idóneas para que se hiciera a la mar el imponente velero de dos palos atracado en la zona del puerto deportivo de Marbella donde se encontraban los yates de gran calado, debido a su enorme orza que se hundía a varios metros de profundidad. El depósito de su motor estaba lleno y ya habían sido reparadas las últimás deficiencias encontradas tras su accidentada singladura desde Ibiza, incluidos los obenques dañados por el fuerte viento que los dos palos habían tenido que soportar en la travesía.

El marinero, que llevaba muchas horas de navegación con el patrón y armador, estaba retirando las escalerillas de acceso al barco, cuando apareció Patricio corriendo por el muelle, aún con su traje de fiesta de la noche anterior, llevando en su mano la funda con su viejo ordenador salpicado de champán y perfume de sus innumerables fiestas llenas de famosos, a los que perseguía por aquí y por allá, siempre dispuesto a contar la "última noticia" y el más "sabroso" comentario.

—¡Por favor, esperadme! ¡Cómo sois, eh! Había dicho que estaría aquí a las ocho y son sólo y cinco. ¡Odón, capitán, patrón, espérame! —mientras hablaba casi tiró su ordenador a bordo y puso un pie en el trancanil a punto de que se le quedara una pierna en el barco y otra en el pantalán.

El marinero subió el último y comenzó a fijar las defensas y recobrar los cabos para que no quedara ninguno suelto e impedir que se

enredaran en la hélice. La goleta se alejó lentamente del muelle pilotada por la experta mano de su patrón que procuraba no molestar a las demás embarcaciones que estaban atracadas con el ligero oleaje que provocaba su paso.

—¡Chicos, esto no se hace! ¡Soy un amigo y por poco me dejáis en tierra! Odón, capitán, jefe, por poco consigues que me vaya en el autobús cuando sabes la falta que me hace dormir unas horas en uno de tus fantásticos camarotes para reponerme y escribir mi crónica. ¡Ya veréis qué sabrosa! Por favor, Juan —dijo dirigiéndose al único marinero de a bordo, que hacía también de barman y cocinero—, ¿me puedes preparar un Bloody Mary para reponerme?

Odón, sin hacer caso del nuevo pasajero, seguía maniobrando para dirigir el barco hacia la bocana del puerto y poder izar las velas, ya que el viento era favorable para disfrutar de la navegación.

—Por Dios —seguía preguntando Patricio con gritos de desesperación—... ¿Hay alguien más en este esquife?

Odón, impecable, pantalón blanco, descalzo y con la camisa también blanca, con una pequeña corona azul en la parte izquierda del pecho, no sabía muy bien por qué admitía en su barco a semejante personaje, un bloguero, uno de los llamados tertulianos de los programás de televisión que tanto odiaba. Gay y gordo —se comía y se bebía todo lo que había en el barco—, lo cierto es que era un vitalista, divertido, ocurrente, culto y educado.

El patrón y dueño del velero era un navegante empedernido pero sólo de aguas mediterráneas: Costa Esmeralda, Mallorca, Ibiza, Túnez, las islas griegas... Pocas veces se había aventurado a cruzar el Estrecho más allá de Cádiz o Villamaura, en Portugal, sin llegar jamás a doblar el cabo de San Vicente. Odón Setano y Fernández-Queen medía más de uno noventa y era de porte atlético. De rasgos angulosos que denotaban decisión, su espalda era ancha y sus brazos musculosos. Todo él transmitía sensación de seguridad, de una persona acostumbrada a mandar y a que no se discutieran sus decisiones. Poco dado al diálogo con los seres “inferiores”, hizo, sin embargo, un esfuerzo y le dijo a Patricio:

—Juan está adujando los cabos.

Y queriéndole gastar una broma, añadió:

—Vaya nuevo marinero que hemos contratado, además de que llega tarde, no sólo no ayuda a que salgamos de puerto, sino que viene

pidiendo un Bloody Mary...
—Querido marqués —le contestó Patricio—, soy su último grumete, su cocinero chino, el maricón de a bordo...
Al poco rato, Patricio se durmió sobre uno de los asientos de cubierta mientras su portátil se escurría entre sus piernas camino del suelo. Odón sonrió desde el timón mientras daba órdenes al marinero para izar la mayor y comenzar a navegar a vela, una vez apagado el motor. Era un momento mágico. El silencio sólo era interrumpido por el viento y el sonido del agua hendida por el casco. En uno de los obenques, en vez de las habituales tiras que señalan la dirección del viento, Odón había colocado dos cintas negras de medio metro de largo y dos centímetros de ancho. Una forma original, sin duda, de recordar que había luto en el velero por la muerte todavía reciente del padre del patrón.
Sobre las doce del mediodía, cuando el barco navegaba a una milla escasa de un gran transatlántico con turistas que probablemente se dirigía a Málaga, apareció en cubierta Laura, la hijastra de Odón.
—Padrino, cuánto has madrugado —le dijo mientras le daba un sonoro beso—. Prométeme que cenaremos en Gibraltar... En ese sitio que me gusta tanto, en las terrazas del puerto deportivo. ¡Qué horror! —exclamó al advertir la presencia de Patricio tendido en cubierta y con un hilo de baba escapándosele de la boca entreabierta—. ¿Qué hace aquí este cotilla infame?
—Ya vés —le contestó Odón—, consiguió subir a bordo en el último instante sabiendo que cuenta con tu cariño... Porque ya sabes que yo le odio —le dijo a su hijastra en broma haciendo un gesto con las manos como si le retorciera el cuello, mientras miraba hacia donde Patricio estaba dormido.
Odón dejó el mando del velero al marinero que, aunque era patrón de pesca, llevaba muchos años navegando en barcos de vela ya que escaseaba el trabajo en su sector y los pesqueros no se hacían a la mar.
El barco, que navegaba con buen viento, aun tardaría varias horas en avistar Gibraltar a donde su patrón quería llegar para ver la puesta de sol sobre la roca. No se lo había dicho a su hijastra, pero no pensaba ir a ningún restaurante porque se había prometido a sí mismo no poner un pie allí mientras fuera territorio inglés.
Tras echar un último vistazo al foque, Odón bajó a su camarote después de decir hasta luego a Laura que, en ese momento, se desataba

la cinta de la parte superior del biquini para tomar el sol y que no le quedara marca en la espalda. El camarote del capitán era amplio y en sus estanterías se alineaban docenas de libros: las últimás ediciones de novelas, biografías, historia... Pero, sobre todo, libros de mitología, a los que era un gran aficionado, así como de historia de las antiguas civilizaciones: fenicia, griega o romana... Odón se sentó. Encendió una pequeña lámpara que enfocaba directamente al libro que había tomado y, abriéndolo por una señal roja entre sus páginas, comenzó a leer.

Patricio, tras despertar de su sueño, había cambiado su traje de fiesta por un bañador floreado que le llegaba por debajo de las rodillas y estaba embadurnando de crema su cara, sus brazos y su pecho.

—Laura, por favor, guapa, ¿me das un poco de ungüento en la espalda? ¿No te importa, bellezón?

Mientras le alargaba el bote continuó diciendo:

—No sabes cuánto te echamos de menos, de verdad. ¿Por qué no fuiste? Estuvimos hasta última hora esperándote. Vigilando la puerta para no perdernos el momento en que aparecieras —hizo un gesto con la mano como si espantara una mosca imaginaria y dijo con un mohín de puchero—: Y nos dejaste tirados después de haberle asegurado a todo el mundo que vendrías. Eso no se hace, de verdad, monina.

Laura se acercó tras dejar el bote en una mesa y, apretándole los mofletes, le dio un sonoro beso en la nariz mientras le decía:

—Patricio, de verdad, es que era súper, súper fuerte. Tú y Roberto ya sabíais que no podía aparecer por allí mientras estuviera el árabe ese del helicóptero. Sabías que era del todo imposible, imposible, imposible. No estaba dispuesta a que insistiera en que iba a prescindir de todo su harén por mí... Es que es un mentiroso y un falso. ¡Te lo dije!: ¡Mientras no se vaya el moro no voy!

—¡Anda, mentirosa! ¡Si habrías estado encantada de que te hubiera raptado en su caballo blanco con hélices y llevado a su yate con cortinajes y grifos de oro! —replicó Patricio mientras se colocaba unas enormes gafas de sol tras peinarse las cejas con sus dedos índice—. Pues no sabes lo que te perdiste, rica —añadió, dándole una palmadita en el muslo—. No sabes cómo fue, Laura querida. Fue de lo más sorprendente porque nadie se esperaba que Elisa apareciese en público por primera vez con esos labiazos de negra zulú... Todo el mundo dijo que estaba genial. “De verdad, Elisa, estás genial, estás guapísima”,

decían, y cuando se daba la vuelta se mataban de la risa... Eso sí, llevaba un impresionante traje negro largo de Armani y una flor preciosa roja en el pelo y ninguna joya... Por Dios Santo, ¿pero no había una criatura que le dijera que no podía salir así de su casa, que estaba ridícula, que daban ganas de llorar al mirarla? Pobrecita mía. ¡Si no se podía siquiera reír! Y su pareja tan orgullosa. Y todo el mundo riéndose en cuanto daba la media vuelta. Y ella, sin darse cuenta.

—Sigue contando, porfa —le insistía Laura, mientras, cambiando de postura, se sentaba sobre una pierna, y ayudada por un dedo, escondía dentro del tanga algunos pelillos rubios rebeldes.

—Anda, que el escote de Regina. Con un tatuaje en la espalda. Como una paloma con las alas en los glúteos y la cola donde la espalda pierde su... ¡Por Dios Santo, realmente es una vergüenza! Ya no se puede escribir de estas fiestas porque están empezando a ser una horterada, sin clase. ¡Qué horror! Ya no hay misterio, verdadera categoría...

—La televisión tiene mucha culpa —interrumpió Laura—. Estoy de acuerdo que ha acercado demásiado a los personajes, algunos personajes, porque otros, muy pocos, han resistido, aunque se pueden contar con los dedos de las manos. —Y añadió con vehemencia—: Ahora los nuevos mitos son diferentes de los de antes. Jóvenes con carreras, con ocupaciones importantes, madres con hijos que destacan en todos los campos: la abogacía, la medicina, la diplomacia, la moda, la empresa... Y, ¿por qué no?, la aristocracia, con energía propia, con ideas propias, con estilos propios, más modernos, más al día, con conceptos renovados y con menos tonterías, pero con ganas de agradar a sus maridos, con estética, con sentido de la belleza. Una nueva generación, Patricio, donde ya no cabe el falso oropel...

—Bueno, bueno. No me digas bobadas. Esas chicas de las que hablas no interesan al público. Les interesa las de antes: las famosas con misterio, las actrices de doble vida, los divorcios sonados, los cuernos, las viudas, tú no sabes lo que venden las viudas...

—No todo tienen que ser tragedias porfa Patricio, me estoy poniendo mala. Eres un burro, un animal. Puede que las viudas vendan mucho y la cama y todo eso, pero yo prefiero los trajes bonitos, una buena boda, una buena fiesta, unas bonitas joyas...

—Calla —le dijo haciéndole una seña con los ojos y subiendo las cejas—, viene tu padrastro y ya sabes el miedo que me da... Es capaz

de tirarme por la borda.

Odón estaba oyendo a Patricio hablar con su hijastra y volvió a preguntarse por qué tenía que aguantar en su barco a un personaje semejante. Todo rectitud, con merecida fama de seriedad ganada a pulso en su vida social y empresarial, pensaba que no era bueno para su imagen —era serio, educado sin ser simpático, distante y de apariencia inaccesible— que le vieran en su compañía, en su propio barco, al que sólo accedían sus íntimos o su familia. “Desde luego —pensó mientras lo veía agarrado al estay de popa— no estaría aquí si no divirtiera a Laura, y, sobre todo, porque es amigo de Elizabeth”. En ese instante precisamente Patricio estaba contando a Laura la asistencia de Elizabeth a la fiesta, comentando que estaba elegantísima con un traje semitransparente, “como una diosa”. Tras hacer el elogioso comentario, Patricio miró a Odón, ya que sabía que eran buenos amigos y que en breve la recogerían en Gibraltar.

—Elizabeth estaba realmente grandiosa —continuó, elevando la voz para intentar atraer la atención del patrón—. Parecía que estaba esperando que llegara su actor favorito: Errol Flynn, en su yate de vela, para marcharse con él.

—¡Qué antiguo eres! —le interrumpió Laura riéndose—. Ese actor del que hablas, ¿no es aquel del bigotito? Yo recuerdo que le gustaba a mi abuela... Pero ahora que pienso, el galán en cuestión siempre andaba por aguas de Mallorca y no en Marbella...

—Bueno, sí, qué más da. Lo cierto es que Elizabeth estaba realmente deslumbrante: morena, con su acento extranjero, tan gracioso, con unas enormes esmeraldas, pero ni sombra de su nuevo caballero, ese que dicen que es alemán y pertenece a la industria del automóvil con muchas estrellas en su cuenta corriente.

—No me has contado si llevaba uno de sus famosos mantones de Manila —preguntó Laura, que no le daba un respiro.

—Uno con flores rojas y verdes sobre fondo negro, precioso. Ella, que es habitual de la zona, viste mejor que muchas nativas y lo lleva con más garbo. —Patricio ladeó la cabeza, se llevó el puño a la boca como si hubiera cometido un olvido imperdonable y añadió—: Pero lo más genial, genial, genial, fue realmente la aparición de Blanca. Estaba realmente fantástica —dijo moviendo la cara a izquierda y derecha mientras estiraba el cuello como si fuera a cantar como un gallo—. Soberbia realmente, con esa elegancia natural. Con ese saber estar.

Consciente de la expectación que despierta cuando hace su entrada en cualquier sitio. Yo estoy realmente enamorado de ella —comentó juntando las manos en actitud de oración mientras ponía los ojos en blanco y miraba al firmamento que ya se empezaba a enrojecer anunciando la puesta de sol.

—La pena es que ya no están aquellas señoras maravillosas —comentó Laura— como Soraya, con todo un Sha a sus espaldas, y tantas otras de los momentos cumbres. Otras y otros, porque, ¿qué me dices de Mel Ferrer, aquel caballero de *Guerra y Paz,* o Sean Connery? Ahora es un momento, ¿cómo diría yo?, es un momento de transición entre aquellos años y aquellas fiestas a las que acudían los árabes con propinas millonarias y enormes yates. No sé si me explico, Patri, ¿me comprendes? Aquello sí que era súper, súper, súper guay.

Una serie de fuertes bandazos del barco ocasionados por las olas levantadas al cruzarse con un enorme transatlántico que había forzado la marcha al salir del Estrecho a punto estuvieron de tirar al agua a Patricio que lanzó un falso grito de espanto.

—¡Qué horror! ¡Qué brutos!

—Habríamos tenido que gritar ¡hombre al agua! —bromeó Laura.

—Pues eso es lo que soy, guapa...

El sol estaba ocultándose sobre la cima de la enorme roca de Gibraltar, ya oscura, casi negra, semejando un enorme volcán del que salía un fuego cegador que llenaba el azul del cielo de un rojo intenso.

Odón, fanático de la mitología, proclive a fantasear con dioses inaccesibles y sus mundos misteriosos, miraba absorto como si en cualquier momento fuera a aparecer un signo divino imposible de descifrar... Nada de eso ocurrió. El sol se puso por fin y empezaron a verse desde el barco las luces de la costa. Laura y Patricio se taparon con toallas mientras bajaban al camarote para cambiar el bañador por una ropa más adecuada.

—No veo ninguna lancha de la Royal Navy vigilando —comentó el sobrino de Odón, que había dejado de jugar con una maquinita que le había tenido ensimismado durante toda la travesía.

—Tampoco hay que hacer tanto caso a los periódicos. Ese incidente con las patrulleras españolas no ocurre todos los días. Lo siento porque sé que tenías la ilusión de asistir a una de esas escaramuzas... Ya sabes que he prometido no pisar el Peñón hasta que no sea español.

—Pues hoy vas a romper tu promesa.

—Te equivocas, querido sobrino. Voy a atracar para recoger a Elizabeth, que ha venido por carretera para visitar a unos familiares, pero no voy a pisar el suelo de Gibraltar.

Odón consultó su reloj. Le hizo una señal al marinero para que le ayudara a arriar las velas —el viento había amainado mucho tras ocultarse el sol— y se dirigió al timón para arrancar el motor y poner rumbo a uno de los pantalanes del puerto deportivo de Gibraltar, al lado del polémico aeropuerto, donde tenía que recoger a su invitada.

Elizabeth, delgada, buen tipo, morena —a pesar de su origen polaco —, ojos clarísimos y rondando los cincuenta años, era una mujer agradable junto a la que se sentía bien por su origen, por su educación y por sus principios —era católica— y, también, como él, era viuda con un hijo ya de veintitantos años, mientras que el de Odón había muerto de sobredosis muy joven.

Tras colgar el micrófono de la radio de a bordo con el que se había comunicado con el puerto por el canal 9, aminoró la marcha. Echó un vistazo al indicador de profundidad y comprobó el nivel del depósito de gasoil por si tenía que repostar ya que pensaba hacer parte del viaje a motor para llega a Sancti-Petri a buena hora y cenar unos espetones en la playa, como ya era ritual cuando pasaba por el islote. A proa vio a Patricio que miraba hacia el pantalán donde ya se adivinaba la figura de Elizabeth con unos pantalones azules y una blusa blanca con unas rayas horizontales también azules y una enorme pamela en la mano que agitaba por encima de la cabeza. A su lado, el chofer, con uniforme y gorra de plato, llevaba en su mano izquierda un neceser azul mientras con la derecha sostenía un pequeño foxterrier.

—¡Elizabeth! Estás realmente de lo más juvenil, cariño —le gritó Patricio aplaudiendo nervioso mientras Juan saltaba al muelle y fijaba al noray un cabo, ayudado por un marinero nativo que le dijo en “perfecto andaluz”—: Jala de proa que aquí ya está puesta la defensa.

—Nos vamos enseguida —gritó Odón asomándose al costado del barco para que no se rozara—. En cuanto suba la señora.

Elizabeth subió a bordo ayudada por Laura y por Odón, dándole cada uno una mano. Posteriormente Laura cogió su neceser y el perrito, que ladró impertinente, saltando luego a cubierta para hacer su primer pis en el palo mayor.

—Qué fantástico viajar en vuestra compañía. “Pog favog”, Juanito —dijo dirigiéndose al marinero, como horas antes lo había hecho

Patricio—, póngame enseguida un Martini blanco con lima y hielo para alegría de mi llegada. ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Quikly! ¡Quikly!

—No tenemos lima, señora —le respondió Juan ladeando la cabeza como diciendo que lo sentía.

Elizabeth dió un beso a la joven y un largo abrazo a Odón mientras le pedía con voz de niña mimosa:

—Odón, cariño, déjame que mande a mi chófer por lima. Anda, "segá" un momento, dale ese capricho a tu amiga del "agma" ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Quikly! ¡Quikly! —dijo dirigiéndose a su empleado, que esperaba órdenes en el muelle.

—Señora —le contestó—, tengo en el coche lima y hielo.

—¡Magnifique! —le dijo mientras miraba a Odón alardeando de la eficacia del muchacho que ya cerraba el maletero del jaguar gris de matrícula inglesa, y se acercaba con un pack de media docena de botellas de lima.

—Gracias. Vamos a Cádiz, al hotel de siempre. Ya llegaremos. Porque espero que llegaremos, ¿no? —dijo mirando a Odón con cara de falso pánico.

Se volvió. Le dio el pack a Juanito y, del brazo de su anfitrión y de Patricio, se dirigió a sentarse en una de las cómodas colchonetas de cubierta, apartando suavemente de su cabeza un pico de la enorme bandera española que llevaba a popa. Antes de salir de la bahía de Algeciras todavía se llevarían un buen susto al despegar de la pista del Peñón —que termina en el mar— un panzudo y voluminoso avión que pasó rozando el palo mayor e hizo tintinear el hielo del vaso con Martini de Elizabeth.

Una hora después ya era noche cerrada y Laura —Patricio se había ido un rato a su camarote para prepararse para la excursión— estaba sola a cargo del radar y del sonar de profundidad —el barco tenía el piloto automático— mientras Juan ultimaba los preparativos para poder echar al agua una de las zódiac. De pronto, Laura chilló alarmada:

—¡Hay sólo veinte metros de profundidad cuando la carta señala que son más de cien! ¡Venid rápido! ¡Qué fuerte, por favor, por favor! ¡Quince metros! ¡Vamos a chocar con algo!

Juan y Odón se precipitaron hacia donde Laura observaba los aparatos de a bordo y, ya más tranquilo, el patrón comentó:

—No te preocupes, son los delfines que vienen a visitarnos, se

acercan creyendo que encontrarán comida. Cuando son barcos de vela como éste, que no hacen ruido, se creen que es un “colega” de gran tamaño —una ballena o algo así— y se acercan mucho para ver si cae algo.

Odón volvió al timón para pasar el Cabo de Trafalgar. Siempre que navegaba frente a los Caños de la Meca se acordaba de lo que decía su profesor cuando sacó el título de patrón de yate: “En Trafalgar muy a la costa o muy a la mar”. Odón sonrió en silencio y puso rumbo al faro de Sancti-Petri, no sin antes anotar en su carta su frecuencia para no estar sólo pendiente del GPS de a bordo.

—Eres alucinógeno, Odón, tú tan católico, tan derecho, ¿cómo se dice?, tan recto, sorprendes con algo tan original como fondear en una isla desierta. Todo negro. Para hacer un fuego. No comprender nada, *nothing,* pero me divierte muchísimo. Eres un jolgorio.

—Elizabeth, tú que estudiaste en tu país historia del arte. Y tú, Laura, que también me miras como un excéntrico chalado, deberíais saber algo de la grandeza de la mitología, es apasionante. Muchas cosas y nombres de la vida cotidiana, y no digamos en el mundo del arte, están inspiradas en la mitología.

—Cuando se lo cuente a mis compis no se lo van a creer —dijo Laura, a quien desembarcar en plena noche en una isla desierta para comer unos espetones le atraía a la vez que le espantaba...

—¿Qué son espetones? —preguntó Elizabeth con cara de repugnancia.

—Son unos pescados que se ponen a asar ensartados en una caña a la lumbre de un buen rescoldo.

—Pobrecitos —Juan le llenó el vaso de Martini blanco con lima obedeciendo la señal de Elizabeth, que lo había subido a la altura de su cabeza sin mirar hacia atrás, sabiendo, por la voz, dónde estaba el marinero.

—Mirad —dijo Odón hablando despacio para que Elizabeth entendiera mejor lo que iba a decir—, en esta isla, mucho antes de la llegada de Jesucristo, había un templo importantísimo dedicado a Hércules y en su altar ardía un fuego perpetuo. Es uno de los héroes más fantásticos de la mitología. Es un hombre, un dios de poderosa musculatura y fuerza prodigiosa... Según algunas versiones los navegantes hacían sus sacrificios a la puerta del templo y, según otras, los restos del héroe estaban enterrados en la isla, circunstancia que hizo

que lo visitaran Aníbal y Julio César, entre otros.

Laura, Elizabeth y el sobrino de Odón se miraron sorprendidos por el entusiasmo del patrón. Juan, al fondo, ya tenía preparada la zodiac con los espetones y dos troncos de encina que, según decían, producía el mejor rescoldo para asar los pescados.

—Por eso —continuó Odón—, cuando navego por este agua suelo encender una hoguera y ofrecer mi "sacrificio" que dista mucho de incinerar a niños recién nacidos para aplacar a los dioses.

—Estás loco, "cagiño" —interrumpió Elizabeth—, por eso me encantas y me atontolinas. De "vegdad", Odón, estás para amarrarte.

—Es que nadie espera estas cosas de ti, "papa"—dijo Laura —... Tan serio, tan formal, tan altivo, tan inaccesible, tan señor... Ahora pareces un hippie, eso sí, con un enorme velero y un Rolls esperando en el muelle. Es fuerte, fuerte, fuerte, por eso me encantas a mí también. No hay quien se aburra contigo. ¡Qué subidón!

—Pues no se lo digáis a nadie, ¿de acuerdo? Luego regresaremos al barco y el ritual estará cumplido.

El velero aminoró su marcha. El patrón consultó el radar y comentó con el marinero:

—Ya veo el faro. Según la carta hay que dejarlo a estribor. A la derecha están los escollos de Laja la Duquesa... Pero hay que alejarse bastante del faro porque está la zona rocosa de Los Farallones. Luego anclaremos a una distancia prudencial e iremos a la playa en la zodiac mientras usted se queda a bordo atendiendo la radio. Llevaremos la linterna grande y haremos fuego. Ponga unas cervezas frías. Volveremos enseguida. Por que se nos ha hecho muy tarde... Nos vas a estar viendo.

De pronto, se oyó un terrible golpe en la parte de abajo del casco, como si hubiera chocado con una roca y se fuera a partir en dos. Todos temieron que se abriera una vía de agua y se hundiera. Las mujeres se abrazaron gritando mientras buscaban con la mirada los salvavidas. Odón bajó a la sala de máquinas donde parecía que había sonado con más fuerza el impacto, pero no había agua y el motor seguía funcionando aunque el barco había perdido su arrancada y se paraba. La confusión era terrible. Elizabeth, Laura y el sobrino de Odón, sin dejar de gritar, se pusieron los salvavidas mientras Patricio apareció en cubierta a medio vestir y con la cara desencajada. Por su parte, el patrón, no sabía si dar la orden de dirigirse a tierra en la zodiac o pedir

socorro por radio. Mientras lo intentaba, con el micrófono en la mano, pedía calma. Juan se lanzó al agua con la linterna sumergible para intentar averiguar qué había pasado en el casco y si estaba dañado.

—Es la hélice —comentó cuando subió a la superficie jadeando por aguantar tanto la respiración—, se ha soltado del eje al enrollarse unos cabos y ha salido disparada. La hélice es la que se ha estrellado en el casco girando a toda velocidad.

Tomando aire de nuevo se volvió a sumergir.

Cuando Odón intentaba echar el ancla para evitar que la embarcación quedara a la deriva y se fuera contra las rocas, vio en la oscuridad una enorme barcaza a unos metros tan sólo de la proa. Una especie de lancha de desembarco de las usadas por los americanos, pero pintada de verde. De nuevo oyó gritar a sus espaldas. Eran Laura, Patricio y Elizabeth que chillaban con voz desgarrada: ¡Juan! ¡Juan! El marinero llevaba ya varios minutos debajo del casco y no salía. Las mujeres optaron por mirar a babor a ver si aparecía por allí. De pronto saltaron sobre cubierta dos encapuchados con pasamontañas que les dejaban libres sólo los ojos. Iban descalzos y les obligaron a tumbarse en el suelo apuntándoles con fusiles automáticos mientras no dejaban de gritar. Odón quiso acudir en su ayuda, pero otros tres piratas lo inmovilizaron hundiéndole uno de ellos el cañón de su arma en el estómago. El sobrino no llegó a tiempo de coger el hacha dispuesta para los casos de emergencia porque otros dos piratas le redujeron, mientras otros golpeaban a Patricio con la culata de uno de sus fusiles haciéndole caer sobre una escalera.

Todo había sido rapidísimo y silencioso. Sin duda eran profesionales. Siete desalmados con ametralladoras dispuestas a escupir fuego, habían abordado el velero como un solo hombre a gran velocidad, dominando la cubierta y sometiendo a todos los tripulantes. Los prisioneros estaban atados de pies y manos y silenciados con una ancha cinta adhesiva en la boca. Les alinearon en cubierta hasta que un esquife, como los usados por los piratas somalíes, se acercó silenciosamente abarloándose al velero y fueron obligados a saltar. La marea estaba alta y, salvando los farallones, los desembarcaron en la playa. Odón pensó que estaban esperando que llegara alguna embarcación más rápida para llevarlos a algún barco en alta mar, y a Dios sabe dónde. De pronto, tendido en el suelo como estaba, notó la bengala de socorro en el bolsillo trasero de su pantalón y, sin saber

cómo, logró sacarla y, a pesar de tener las manos maniatadas, tirar de la anilla logrando que se elevara hacia el cielo como un cohete. Le dieron patadas en los costados y en la cara pero la alarma ya estaba dada. Cuando los piratas, desconcertados, estaban a punto de acabar con sus vidas y gritaban en Dios sabe qué idioma, apareció una patrullera de la Guardia Civil que iluminó la playa con un potente foco dispuesto en su proa. Los piratas lograron destrozar el proyector haciendo fuego con sus fusiles, en un intento desesperado de conseguir huir en la oscuridad. Mientras los prisioneros se revolvían intentando llamar la atención, Odón había conseguido liberarse de sus ataduras, y aprovechando su corpulencia y las fuerzas que le quedaban, aún pudo coger una gruesa piedra y golpear en la cabeza a uno de los asaltantes, que cayó al suelo fulminado.

El titular del periódico del día siguiente era impactante:

LOS PIRATAS VUELVEN A SANCTI-PETRI

SIETE HOMBRES ARMADOS INTENTARON ANOCHE SECUESTRAR

AL EMPRESARIO Y MILLONARIO ODÓN SETANO

Su velero, anclado cerca de la isla, fue atacado por un grupo armado, que dio muerte a un marinero y puso en peligro la vida de los cinco pasajeros, que finalmente fueron liberados gracias a la rápida intervención de la Guardia Civil de costas.

El empresario, aristócrata y millonario Odón Setano y Fernández-Queen sufrió ayer un intento de secuestro en Sancti-Petri junto a otros cuatro tripulantes de su velero —dos de ellos mujeres— cuando estaban anclados cerca de la isla. Siete piratas armados con fusiles automáticos y cuchillos abordaron su barco en medio de la oscuridad y los hicieron prisioneros.

Una vez en tierra, a donde los trasladaron maniatados y heridos, mientras el vigilante de las obras del castillo avisaba a la Guardia Civil, Setano consiguió lanzar una bengala de socorro, acudiendo rápidamente miembros del Cuerpo que consiguieron detener a los asaltantes, que esta mañana eran interrogados.

Juan Pérez, marinero del barco, murió ahogado —su cuerpo no ha sido recuperado todavía— mientras que en el forcejeo resultó muerto uno de los piratas, de nacionalidad desconocida, al ser golpeado por una enorme piedra.

A bordo del velero Melkart también se encontraban Elizabeth, la millonaria habitual de las crónicas sociales, y la hijastra del aristócrata. Se da la circunstancia de que el padre de Odón Setano, el respetado patriarca de la conocida familia, había muerto hacía casi dos años dejando una enorme fortuna.

Odón Setano tiene otros dos hermanos, el conocido hombre de negocios Fabián Setano y un hermano menor, fraile cartujo, así como una hermana ya fallecida.

2

Daniel estaba a punto de abandonar la redacción y ya había comenzado a apagar las luces —solía ser el último en salir los días de cierre— cuando recibió la llamada con el bombazo del intento de secuestro de Odón Setano. Tras tropezar en su carrera hasta el teléfono con un amásijo de cables de ordenadores, consiguió llamar a los de seguridad de la puerta del periódico para impedir que sus compañeros se fueran.

—¡Dígales que suban, que hay una emergencia!

No sabía cuántos estarían ya camino de su casa, pero consiguió que los más rezagados volvieran a la redacción para hacer una información lo más completa posible para el periódico y el diario digital.

—¿Qué pasa? —dijo Carmen, una de las redactoras, que entró seguida de la encargada del archivo.

Daniel les dijo que llamaran a todos los abonados para informarles de que les iban a mandar la información de un intento de secuestro del conocido millonario Odón Setano.

—Pero, ¿dónde ha sido? —volvió a intervenir Carmen, nerviosa por conocer más datos, mientras descolgaba el teléfono.

—Tú, Torres, llama a la imprenta y di que nos esperen un par de horas, que vamos a sustituir dos páginas y la primera. Raúl, encárgate con Beatriz de buscar en el archivo fotos de Odón y alguna del barco.

—Creo recordar —dijo Carmen desde su mesa— que teníamos una de Palma de este verano... Estuvo en las regatas, aunque no participó... ¡Espera! —gritó esta vez, mientras leía la noticia en la pantalla—. Mira a quien tenemos en el ajo. Nada menos que a Patricio, nuestro colaborador...

—Sí, pero la última vez quedamos fatal con él. ¿Te acuerdas que no le publicamos aquello en que él tenía tanto empeño? ¿Qué era? Algo de una tal Laura —recordó Daniel, que colgó el teléfono sin conseguir tener línea.

—Pelillos a la mar. Tengo su móvil. Sería fantástico que nos dijera

algo de primera mano —y sin esperar respuesta marcó su número—. ¿Patri? ¿Me escuchas? Soy Carmen, del periódico. Si me oyes, llámame cuando puedas. Tiene que ser ahora mismo que estamos cerrando. Tu información iría en primera, tío... ¡Patri! ¡Patri...! No tiene cobertura ¡Maldita sea...!

—¿Imprenta? ¿Imprenta? Soy Torres. Tenemos que retrasar el cierre... Sí, una media hora —dijo poniendo la mano en el auricular y guiñándole el ojo a Daniel para ver si aprobaba la mentira—. ¿Cómo? ¿Que no puede ser?

Volvió a tapar el micrófono y comentó:

—Daniel, que asegura que no salimos.

—Déjame a mí —dijo Daniel, arrebatándole el teléfono.

—¡Oiga! ¡Es una emergencia!

—Todos los días hay una emergencia —se oyó al otro lado del aparato.

—¿Quién está de encargado? —preguntó Daniel enfurecido—. ¡Mira, Ramón, han intentado secuestrar a uno de los consejeros de este periódico y no podemos hacer el ridículo! Tenemos que salir a la calle con la mejor información sobre el caso, ¿enterados? Yo me hago responsable del retraso. Aunque estoy seguro de que no lo va a haber...

Colgó, y volviéndose hacia la encargada del archivo, le dijo:

—Busca todo lo que haya reciente de secuestros, como el caso de Mauritania, el del Congo y ese editorial que hablaba del terrorismo: “Amenaza común en el Mediterráneo occidental”.

—Pero, aquí, en la noticia, dice que eran simples delincuentes —señaló la redactora.

—Tú, hazme caso, Ana, y sube todos esos informes. Ha sido un intento de secuestro en toda regla y los “pollos” no van a cantar. Así que todo apunta a un secuestro en busca de rescate. ¡Carmen! —terminó diciendo Daniel— Avisa a nuestro asesor jurídico, a Ángel, a mi primo Ángel. Y tú, Ana, busca también alguna foto de Elizabeth, que seguro que tiene que haber de la última fiesta solidaria que publicamos a finales del mes pasado.

—Daniel —dijo Torres—. Tu primo el asesor no contesta pero, ¡sorpresa!, Patricio está al teléfono.

Daniel materialmente le arrebató el aparato.

—Patricio, ¿puedes hablar? Soy Daniel.

—La última vez no nos entendimos muy bien...

—¿Cómo? —dijo Daniel—. No te oigo bien.

—Que antes de contarte nada quiero saber cuánto me vais a pagar —la voz de Patricio se oía lejana pero esta vez se esforzó y sonó clara.

—Depende de lo que me cuentes. ¿Cómo? No te escucho bien.

—Que te llamo ahora cuando pueda. Estoy en la comisaría y me van a tomar declaración. Te llamaré más tarde.

—Tengo que cerrar ya. Llegaremos a un acuerdo... Patricio, Patricio... Se ha cortado.

Colgó, y dirigiéndose a sus compañeros que seguían atentos a la conversación, añadió:

—Sería estupendo tener unas declaraciones exclusivas de uno de los protagonistas, aunque no sean del pez gordo.

—Que, por cierto —dijo Carmen que entraba en ese momento—, es primo tuyo lejano.

—Pues sí, es verdad, ya ves que mal está repartida la riqueza. Su padre era primo hermano de mi madre, pero ya sabes que en aquellos tiempos las mujeres no pintaban nada y casi no heredaban...

—Aquí tengo todo lo que hay en el archivo —dijo Ana dejando caer encima de la mesa un montón de papeles en los que estaba toda la información de los secuestros más recientes en el Mediterráneo y la costa atlántica del norte de África.

—Tú, Raúl, encárgate de montar la página con la foto de Odón a dos columnas y las del barco. ¿Cómo se llama?

—*Melkart* —dijo alguien al fondo de la redacción.

—Pues, la foto del barco —continuó diciendo Daniel— a tres. Y si hemos encontrado alguna de Elizabeth, a una. Por cierto, mirad si Efe o alguna otra agencia han conseguido foto del marinero ahogado. No estaría mal una foto del castillo de Sancti Petri al lado de la cabecera, en pequeño... O de la isla.

Daniel miró el reloj y dio la orden de que nadie cogiera el teléfono a no ser que fuera el director o Patricio, porque seguro que llamaban de la imprenta.

—Vamos a ver —comentó Ana mientras miraba el material que había subido del archivo—. Aquí hay una información de Al Qaeda que publica hoy mismo el ABC y que se refiere a una supuesta amenaza de matanza en el partido Inglaterra—Estados Unidos del mundial de futbol...

—¿Y eso que tiene que ver con el secuestro? —dijo Carmen

—¡Esperad!, ¡esperad!, luego la noticia se refiere a Al Qaeda del Magreb Islamico, un grupo,dice, que en noviembre de 2009 secuestro a tres cooperantes españoles y ya había obligado a la suspension de otros eventos como el Rally Paris-Dakar.

—No creo que sea este el caso —dijo Carmen—, éste es un asunto de simples piratas al estilo somalí.

—Yo opino lo mismo —dijo Torres. Mientras buscaba más material, Raúl asintió con la cabeza sin decir palabra.

En ese momento sonó el móvil de Daniel.

—Ángel, ¿eres tú? Necesitamos que vengas enseguida. Tenemos un intento de secuestro y como asesor jurídico queremos que eches un vistazo a las supuestas autorías.

Colgó, y mientras dio su conformidad a las fotos que le enseñaban de Odón y del barco, siguió buscando en los papeles del archivo casos parecidos al brutal ataque de hacía sólo una hora frente a una de nuestras playas más concurridas.

—*Asesinaban para vender grasa de las víctimás*. La información viene en El País del sábado 21 de noviembre.

—Eso no viene al caso —dijo Carmen—. La información es de Perú.

—Otra —dijo Daniel—, en La Razón del miércoles 2 de diciembre del 2009: un grupo integrista ocupó el primer plano de la actualidad internacional por el supuesto asesinato en diciembre de 2007 de cuatro turistas franceses en Mauritania.

—Pasa página, Raúl —dijo Carmen blandiendo en la mano otro caso reciente—. ¿Y qué me decís del médico español secuestrado en el Congo publicado por el Abc en abril de 2010*...?*

—Este tampoco es el caso. Pero, además, este señor fue liberado.

—Mirad, un detalle que lo asemeja a nuestro caso, publicado el mismo dia en El Pais, *El Ministerio español de Exteriores ha confirmado que fue secuestrado por una milicia cuando recorría el río Congo en una embarcación fluvial bautizada como* Malaika. ¿Cómo se llama la embarcación de nuestro millonario?

—*Melkart* —repitió Raúl, y añadió:

—Aquí está la mejor, para terminar... Mirad lo que publicaba el Abc en diciembre de 2009 firmado por F.Resines: *Cobrar dinero no es el único factor que determina la suerte de los rehenes. Pero, hasta el mes pasado, Al Qaeda en el Magreb islámico había recaudado, por liberar*

a personas secuestradas, una cantidad que en millones de euros se contaría con dos dígitos...

—¡Daniel! ¡Daniel!, llama Patricio. Corre, dice que tiene poco tiempo y poca batería.

Daniel se precipitó sobre el teléfono mientras le daba una palmadita en la espalda a Ángel que llegaba en ese momento a la redacción.

—Dime, Patricio. Te escucho. Por favor, mándalo por correo electrónico. Quiero terminar la información con tu testimonio de primera mano. Que sí, Patricio, que sí. Confía en mí. Ya hablaremos de la remuneración. Sí, ya sé que es una bomba. Piensa también que es un éxito para ti... Maldita sea. Se ha vuelto a cortar. Raúl estate pendiente.

—Empieza a llegar...

Estoy muy nervioso. Son las tres de la mañana y aún siguen los interrogatorios y las diligencias policiales. Ya conocéis los hechos fundamentales, pero os voy a relatar mi experiencia personal. Lo primero que sentí fue un terrible golpe en la parte inferior del casco del barco. Como si hubiéramos chocado con una enorme roca y se fuera a partir en dos. Luego, gritos, carreras por cubierta, desconcierto. Hasta que por los cuatro costados del barco, como si se tratara —como repite continuamente Odón— de una hidra gigante que nos hubiera atrapado, aparecieron siete bandidos zarrapastrosos que daban miedo, armados con unas enormes ametralladoras dispuestas a lanzar fuego por sus fauces...

Yo casi me desmayo. A mí me golpearon con una culata. Nos empujaron con los cañones de sus armas y nos hicieron subir a unos esquifes que tenían abarloados. Antes nos habían maltratado, atado y tapado la boca con una cinta adhesiva. En el momento que nos iba a iluminar el potente haz de luz del faro nos hicieron tumbarnos en el fondo de la apestosa embarcación. Cuando llegamos a tierra creí que nos iban a matar. Estoy seguro de que la bengala de socorro que Odón consiguió sacar del bolsillo nos salvó la vida. La Guardia Civil apareció en la playa cuando una potente lancha se acercaba a la orilla, sin luces, para trasladarnos Dios sabe dónde.

Ha sido como una pesadilla. Todavía no me lo creo. Hubo un momento en que nos empezaron a pegar y apareció la sangre. Y las mujeres, Elizabeth y Laura, y yo mismo, empezamos a gritar.

Odón fue el único que mantuvo la calma, que dominaba en parte la situación. La policía y la Guardia Civil están confundidas, pero ha habido dos muertos, el marinero y el pirata, al que, supuestamente, Odón mató de un golpe en la cabeza con una enorme piedra en defensa propia. La cosa es muy seria, aparte de la posible repercusión por su interés mediático y lo sorprendente de la noticia.

Mi opinión, como víctima y protagonista involuntario del suceso, es que hay algo extraño en todo esto que los organismos competentes estoy seguro esclarecerán para tranquilidad de los ciudadanos.

Daniel, tras comprobar que todas las luces estaban apagadas, cerró la puerta de la redacción por segunda vez aquella noche, dos horas después de recibir la llamada del intento de secuestro. Antes había pasado por el taller para comprobar que iba en la próxima edición la esquela de su madre, fallecida hacia tan sólo tres días. Había sido todo tan rápido y tan triste. Su único hermano vivía en Australia desde hacía dos años y cuando se enteró de la muerte dijo que no llegaba a tiempo para la incineración y que no merecía ya la pena venir desde tan lejos... Daniel y su mujer estuvieron pendientes día y noche, viendo como la muerte, paso a paso, avanzaba por las profundas arrugas de aquel viejo cuerpo, hasta invadirlo por completo.

Nadie les acompaño aquel día y pocos la mañana del entierro —las hijas de Daniel y Rosa tienen sólo cinco y nueve años— y, por supuesto, no estuvieron presentes ninguno de sus primos, Odón y los demás, que pensaban que habían cumplido con creces mandando una corona con una cinta en la que se podía leer: “Familia Setano y Fernández-Queen”.

Cuando se acostó sin hacer ruido, Daniel no pudo dormir. Rememoraba sin poderlo evitar la noche que había pasado sólo en el tanatorio encerrado junto al cadáver de su madre, teniendo que acercarse de vez en cuando, para levantar la tapa de cristal del féretro provisional en el que la habían colocado, y rociar el cuerpo con un espray. “No olvide usarlo cada hora”, le habían advertido. Al accionarlo movía su pelo canoso como si cobrara vida. Poco antes de morir, le había dado un sobre cerrado y le había dicho, ya casi sin voz, que se lo entregara a su tío Telmo: *No lo abras. Él ya te dirá... Hijo mío, te he querido muchísimo. Ya lo sabes....*

Al día siguiente pensaba viajar al pueblo donde vivía su tío, que había sido cartujo. Había abandonado la orden y ahora era párroco —tras los pertinentes permisos eclesiásticos— en un pueblo perdido de Galicia, cerca de la Ribera Sacra.

3

—¡Señorito Odón! ¡Señorito Fabián! ¡Señorito Telmo! ¡La mesa está servida!

La doncella había anunciado a los hijos del matrimonio Setano y Fernández-Queen que ya se podía cenar mientras que el reloj inglés del pasillo daba las nueve y media con un complicado juego de sonidos, excesivos para señalar una media. Antes, Milagros —con un uniforme negro, zapatos negros de medio tacón, delantal blanco y una pequeña cofia, también blanca— había anunciado a los señores en el gabinete que todo estaba preparado.

Odón sénior, sesenta años, porte majestuoso y voluminoso vientre que parecía querer sujetar una cadena de oro en cuyo extremo pendía un reloj, tenía la cara redonda, una enorme papada y el pelo repeinado para atrás. Piernas cortas, manos en continuo movimiento y un bigotillo abundante. Don Odón se levantó parsimoniosamente de la butaca de brazos dejando en la mesita auxiliar el catavinos vacío del sabroso oloroso seco que solía beber cada día antes de la cena. Le seguía su esposa, fina, delgada, delicada, con una voz que parecía salir de la siringe de un jilguero, una prominente nariz, sin caderas ni pecho y con un enorme collar de gruesas perlas con el que solía jugar dándole vueltas con su dedo índice.

La mesa, enorme, para más de doce personas —Milagros había oído que la habían comprado a un afamado torero— estaba cubierta con un mantel de hilo blanquísimo y la vajilla inglesa, así como los cubiertos de plata estaban perfectamente alineados aunque sólo estaba puesto el servicio para la mitad de la mesa. En el centro había un recipiente con jazmines que llenaba la habitación de un penetrante olor, desde el aparador de madera maciza hasta la chimenea de mármol blanco, con figuras mitológicas. Dicha mesa de comedor se solía usar a diario, menos a la hora del desayuno, que se servía en un tramo del corredor del primer piso que daba la vuelta al patio central de la casa,

sustentado, en el piso inferior, por ocho columnas dóricas de mármol. También de mármol eran el suelo y la escalera que subía majestuosa al piso superior. Era una casa como había muchas en Andalucía, que desde el exterior parecía mucho menos suntuosa de lo que en realidad era, pensada para que sus habitantes se guarnecieran de los vientos propios de la región.

—¿Y Telmo? —preguntó con un hilo de voz la señora de la casa.

—Está en el salón, señora.

Telmo era el único "lunático" de la casa. El único que a solas en el gran salón imaginaba sus aventuras mientras "conducía" un flamante coche que tenía por volante el asiento de tornillo del piano, y por freno y acelerador, los pedales del costosísimo instrumento musical que esperaba inútilmente en un rincón del salón que unas manos virtuosas terminaran con su virginidad.

—Ya voy mamá.

—Nada de ya voy. En esta casa cuando se dice que la comida está servida hay que presentarse inmediatamente en la mesa peinado y con las manos lavadas como tus hermanos.

—Si mamá. Perdona mamá. No volverá a ocurrir mamá.

—¿Qué hacías en el salón?

—Me imagino cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas mías.

—Son pamplinas —intervino Odón, el mayor de los hermanos, con un tono que quería ser crítico y resultaba severo.

Los hijos del matrimonio Setano y Fernández-Queen eran tres: Odón, el mayor, moreno, ojos negros, pelo negro, peinado para atrás, serio, de pocas palabras, y distante. En él lo que llamaba la atención era su gran forma física: alto, de piernas fuertes, cuello ancho y espaldas enormes. Fortaleza que se prolongaba en unos brazos musculosos y unas manos grandes... El segundo, Fabián, hacía dos días que había cumplido catorce años. Fabián era más delgado que su hermano, más bajo, más insignificante, pero moreno como él. Tenía una mirada desafiante, directa, violenta. A veces bajaba los ojos, quizás para que no se averiguaran sus intenciones, esquivo, falso, peligroso, no miraba casi nunca directamente de frente. No participaba en las conversaciones ni expresaba claramente sus opiniones. Telmo era el pequeño, no se le tenía en cuenta, pero se enteraba de todo, tomaba mentalmente nota de

todo lo que se decía y, a sus diez años, sabía todo lo que pasaba en aquella casa, desde lo que le ocurría a su padre hasta lo que hacía el chófer del enorme coche negro en el garaje, cuándo la cocinera iba a por patatas a la despensa, lo que hacían las dos lavanderas, las tres doncellas, la otra cocinera y su ayudante. Con una prominente nariz, como su madre, la dentadura saliente de su mandíbula superior y sus pómulos demásiado marcados, no resultaba demásiado agraciado.

—Quiero felicitar —empezó diciendo Odón sénior, haciendo una pausa mientras miraba a derecha e izquierda para ver si era escuchado atentamente—, quiero felicitaros, decía, por las excelentes notas que habéis sacado este curso. Ya me han informado convenientemente en el colegio y creo que hay que hacer justicia diciéndolo bien alto para que vuestra tía se entere.

—Gracias padre...

Cuando Odón hijo iba a continuar dando las gracias en nombre de sus hermanos, su padre hizo un gesto con la mano para que esperara, y continuó diciendo:

—Como premio, antes de que Odón se vaya a la universidad el curso que viene, Fabián continúe y Telmo vaya interno como sus hermanos...

—¡Papá...! —balbuceó el niño, pero el gesto enérgico de su padre no le dejó continuar.

—Y Telmo vaya interno —repitió elevando la voz donde había sido interrumpido—, nos iremos de vacaciones todos juntos a Zarauz y, después, a La Toja, para que los aires húmedos del norte nos hagan olvidar por unos días estos vendavales secos del sur.

La madre fue la única en aplaudir tímidamente —sus aplausos eran tan débiles como su voz— mientras los hijos parecía que tenían otros planes que ni siquiera se atrevían a exponer por imposibles. Tras bendecir la mesa la señora de la casa, todos se colocaron las blancas servilletas en el regazo para empezar a comer mientras las doncellas —otra más joven, con rosadas mejillas y recios brazos de campesina, acompañaba a Milagros en el cometido— ofrecían las fuentes a los señores, inclinándose levemente para que se sirvieran, sustentandola con la mano izquierda extendida mientras la derecha la mantenían a la espalda.

El silencio fue sepulcral durante el primer plato, un pescado. Sólo se oía el ruido de los cubiertos expertamente manejados y el del vino al

caer en la copa, blanco primero y tinto después. Cuando la doncella más joven se acercó a Fabián inclinándose con la salsera en la mano para preguntarle si quería más, el señorito, seguro de que nadie lo iba a advertir, puso su mano izquierda abierta en la parte posterior de la pierna derecha de la joven, al borde de la falda y, sin dejar de mirar y sonreír a su madre que le hacía un comentario, fue subiendo hasta llegar al borde de la media sintiendo un escalofrío al rozar su piel. Todo fue muy rápido. No se oyó nada en el silencio del enorme comedor. Ni siquiera la rabia de la pobre doncella que derramó un poco de salsa en el inmaculado mantel.

—¡Dolores, por Dios! ¿En qué estás pensando? —le recriminó la señora de la casa, mientras Fabián echaba para atrás la silla y levantaba los brazos simulando un gesto de sorpresa para no mancharse.

—Perdone, señora. No volverá a pasar, señora —balbuceó la joven con cara llena de ira, de impotencia, roja de rabia, a punto de llorar, mientras se escuchaba el tintineo de la cuchara en la bella salsera que mantenía en su mano temblorosa deseando estamparla en la cabeza de aquel mocoso que la había humillado.

—Es que por más que una se empeña en enseñarlas —dijo la dueña de la casa cuando ya se habían ido— no hay manera de que aprendan... Y luego, cuando ya por fin saben algo, se van a otra casa.

La tia, hermana de la madre, a la que había invitado a comer, asintió moviendo la cabeza y dijo:

—Son docenas las que llegan sin saber nada ofreciéndose a las casas.

—Sí, claro, son las mujeres de los presos que están en el cercano penal de El Puerto de Santa María.

—A saber siquiera si están casadas. Es una indecencia porque ya nadie puede dar informes ni nada.

—Además, las tienes que coger sin saber si su marido ha matado a alguien...

—O si ellas mismás han colaborado. Vaya usted a saber.

—Claro, pero, si no, ¿qué haces? Las del pueblo no quieren saber nada y encima están los americanos de la base, que se casan con ellas y luego se las llevan a America.

Odón, que lo había visto todo —estaba sentado a su izquierda— miró a su hermano como si quisiera fulminarlo. Sabía que lo hacía porque en ese momento la muchacha no se atrevería a protestar. Era

odioso. Cuando terminaran el postre se iba a enterar, pensó.

Fabián huyó hacia el garaje y las antiguas cocheras cuando terminó la comida, pero Odón lo alcanzó y con su enorme fuerza le dio un puñetazo en la cara y otro en el estómago que le hizo devolver la comida.

—Eres un cerdo. ¿Qué pensara esta gente de nosotros? Esa pobre chica, ¿qué pensara de nuestra familia? Te odio. ¡Imbécil!

En aquel momento, llegó Telmo, que había oído el alboroto y preguntó qué pasaba.

—¿Por qué le pegas a mi hermano? —le preguntó a Odón.

Éste por toda respuesta dio una bofetada también a su hermano pequeño y le dijo:

—Ya sabes lo que ha comentado nuestro padre: yo soy el mayor, el heredero de la familia. El que tiene que mantener su espíritu y el buen nombre de este apellido y de esta casa que ha sido respetada durante más de un siglo, mucho más, y estoy dispuesto a cumplirlo y a que se cumpla, cueste lo que cueste ¿Está claro?

Telmo fue siempre un niño de aspecto enfermizo, pálido, delgado, sometido a la autoridad de su padre y de sus hermanos, sobre todo de Odón, el corpulento Odón, que a su enorme fuerza unía el ser el heredero del título y de la mayor parte de la herencia —era tradición que al mayor le correspondiera la legítima, el tercio íntegro de los hermanos y la parte de libre disposición— del fabuloso patrimonio que estaba compuesto por fábricas, fincas de toros bravos, casas en Madrid y París, obras de arte, y participaciones societarias en un banco y en una línea aérea, entre otras cosas. Telmo nació débil, dándoles constantes sustos a sus padres que más de una vez tuvieron que llevarlos a la capital —e incluso a Madrid y al hospital universitario de Navarra— porque creían que se les moría.

Fabián lo martirizaba ridiculizándolo desde pequeño ante sus amigos, llegando incluso a hacerle daño físico, como cuando le ató una noche a uno de los espantapájaros de la finca para ver si se hacía hombre de una vez, aventura que estuvo a punto de costarle la vida al pequeño y débil Telmo que cogió una terrible pulmonía y parte de la dentadura a Fabián, a quien su hermano Odón, erigiéndose, como siempre, en ángel guardián de la familia, le propinó una soberana paliza.

Su padre, cuando lo miraba, intentaba disimular, acariciándole la cabeza, un soplo de desprecio que aleteaba en todo su ser nada más verlo aparecer por la puerta. Por eso, quizás, lo mandó pronto interno con los curas y así tener que verlo sólo durante las vacaciones trimestrales de navidades y Semana Santa, ya que durante el verano solían coincidir muy poco. Su madre, débil como él, dominada por los hombres de la casa, siempre le quiso ayudar, aproximarse a él, pero temía la reacción de su marido.

—Eres una débil. Esa no es manera de educar a un hijo.

—Odón, pero es que el chico ha estado y sigue estando enfermo. Tenemos que ayudarle.

—¿Qué dices mujer? Esas no son maneras de hacer hombres hechos y derechos.

Y agachaba la cabeza y se iba en busca del niño, que ya era tan alto como su madre y muy delgado. Lo acariciaba, lo besaba y le decía que no se preocupara, que ella le quería y su padre y sus hermanos también. Y mientras con una mano le revolvía el pelo, con la otra, sin que él la viera, se secaba alguna lágrima que caía por su mejilla sin saber cómo imponer su criterio, teniendo que disimular su ternura hacia aquel niño débil, escurridizo, que constantemente tenía que ocultar sus sentimientos ante su padre y sus hermanos, hasta que un día, hastiado, se fue de casa.

Una noche de vacaciones de Semana Santa se escapó de casa en medio de la oscuridad, y cuando dobló una esquina en su precipitada huida, se encontró con la procesión del Silencio. Sorprendido, se paró en seco jadeando ya que nada había oído, ni había visto el reflejo de los cirios que sujetaban docenas de encapuchados descalzos.

La calle olía a flores, a dolor, a arrepentimiento, a vino de cercanas bodegas. El Cristo llevaba sobre sus hombros la pesada cruz y a sus pies claveles rojos que gritaban su martirio gota a gota. Telmo lo miró a los ojos y sintió que él también le miraba con intensa pena. Sintió que le comprendía como nadie le había comprendido antes.

—¡Señor! —casi gritó.

Y le pareció oír:

—Coge tu cruz y sígueme.

Creyó ver cómo sus lágrimás de madera surcaban sus mejillas policromadas y como salía el aliento de su boca entreabierta confundido con el humo de las velas que hacían sombras de vida con el

vaivén de los costaleros. Telmo sintió de pronto un gozo inmenso dentro de su pecho y pensó que quería pasar el resto de su vida cerca de Él. Los costaleros hacían girar el paso oyéndose el ritmo perfecto de sus pies cansados. Ya no veía los ojos de Cristo, pero la mirada desesperada de aquel rostro compasivo en medio de la noche y el silencio de aquel encuentro le acompañaría toda la vida.

Cuando entró en casa de la madre de Daniel, la tia Berta —prima hermana de su padre—, Telmo era otra persona.

—Pero, ¿qué haces aquí a estas horas, por Dios? Hace un momento que ha llamado tu madre asustada diciendo toda nerviosa que habías desaparecido. Que no sabía si llamar a la policía. Tu padre está fuera, de viaje, y no le ha querido decir nada todavía.

—No tía. Me quedo aquí. No quiero estar más en casa. Allí no puedo vivir. Me voy a ir al seminario y después quiero ser un monje de esos de clausura. Quiero ser cartujo.

—Pero, ¿qué dices? Tengo que llamar a tu madre enseguida y todo se arreglará.

En ese momento, apareció en la habitación su primo Daniel.

—Qué bien que estás aquí... me ha llamado tu hermano Odón muy preocupado. Ven, te daremos algo de comer. Nos habían dicho que te habías ido sin cenar.

—No aguanto ni una comida más con ellos, de verdad, Dani. Mis hermanos son unos cerdos, eso es lo que son ¡unos cerdos! A mi padre no hay quien lo aguante. Eso no es un padre. Ni una palabra en tantos años. No puedo más. Me voy a ir cartujo o algo por el estilo. Lo he sentido aquí dentro... —decía, y se daba golpes en el pecho con el puño cerrado.

Daniel se despertó sobresaltado. Creyó que había oído el despertador, cuando la realidad es que no había sonado todavía y faltaban pocos minutos para la hora que la noche anterior había decidido levantarse... Ya más tranquilo, se duchó, se vistió saltando a la pata coja al ponerse los pantalones que no conseguía meter por la pernera, se quemó la boca al dar un sorbo de café que estaba demásiado caliente y se dirigió a la puerta para coger un taxi y llegar a tiempo al avión que le llevaría a Galicia a ver a su primo Telmo. Cuando estaba ya con la mano en el pomo, tuvo que volver para coger los billetes y la carta que su madre antes de morir le había dado para que se la entregara a su primo,

verdadero motivo de su viaje. Ya en la calle, se dirigió a un kiosco y pudo leer en grandes titulares:

LOS PIRATAS VUELVEN A SANCTI PETRI
Intento de secuestro del conocido millonario Odón Setano

Berta, la madre de Daniel, tenía poca relación con su primo hermano, el "patriarca" Odón sénior, desde que se casó con un linotipista y, poco después, naciera el pequeño Dani. Así que desde aquel día que apareció Telmo en su casa una Semana Santa, Daniel no volvió a verlo hasta varios años después, cuando tuvo que hacer un reportaje cerca de la cartuja donde él se encontraba, y buscó la manera de hacer un hueco para poder ir a visitarlo. Tras un largo rato en un cuarto en penumbra, frío y austeramente amueblado, apareció Telmo con su hábito blanco, demacrado, pálido —parecía una figura sacada de un cuadro de Zurbarán— y le abrazó tembloroso besándole con unos labios que a Daniel le parecieron helados. Sintió escalofríos al verlo, no supo si por el frío del locutorio, por el olor a humedad o por la petición de socorro que le pareció adivinar en sus ojos de náufrago confuso, consumido por las dudas de su fé y de su propia vocación. "Señor, me miraste a los ojos y sonriendo dijiste mi nombre". Daniel recordaba —aturdido por el ruido de los motores del avión— que Telmo cogió sus manos como si se hundiese en el silencio incrustado en aquellas piedras desde hacía siglos; como si se ahogara entre la misa conventual, las vísperas y los maitines y laudes.

—¿No te comunicas con los demás? —le preguntó intentando hablar de algo, mientras señalaba con la barbilla y la mirada el largo claustro desierto cuya paz rompía en aquel momento el vuelo de una golondrina.

—Sí —le contestó con un susurro sin soltarle la mano—. Tenemos una reunión semanal y un paseo cada siete días fuera de casa. Además, los domingos, cantamos todos el Oficio en el coro y comemos en el refectorio.

—Pero, ¿no ves la televisión?

—Las reglas de la Orden prohíben las distracciones, los juegos y la televisión.

—Hay una cosa que siempre he tenido curiosidad por saber, cuando os levantáis por la noche, ¿cuánto tiempo estáis rezando?

—Tres o cuatro horas. Luego nos acostamos otra vez.

Daniel intentó hacer más íntima la conversación, más cercana y, con un gesto espontáneo y rápido, cubrió la cabeza de Telmo con la capucha de su propio hábito. Ambos se rieron y forcejearon en broma, evitando Daniel que su primo se la quitara. Luego se sentaron en dos sillas de alto y recto respaldo. Telmo le explicó que todas las celdas daban a un gran claustro y que cada una tenía un ventanillo donde un hermano dejaba la comida. Allí en la celda rezaba, comía y dormía. Allí hacía su vida horas y horas, día tras dia y sólo veía el exterior subiendo por una estrecha escalera a un pequeño mirador.

—Muchas veces —le decía a Daniel como si le contara una travesura— subo allí y me quedo mirando el mundo...Veo poco: unos árboles que cada estación cambian de color, un camino bordeado de altos chopos por el que nunca pasa nadie y que va a no sé dónde. Pero, esa visión, ¿sabes?, me hace soñar con una vida diferente que quizás anhele.

Telmo se santiguó como si quisiera ahuyentar los malos pensamientos.

—No sé, Daniel, si estoy hecho para esta vida contemplativa de oración, de sacrificio, de silencio. Hay que ser muy fuerte. Hay que tener mucha vocación, esto es muy duro, sólo para elegidos ¿Cómo se puede ser feliz aquí sin una entrega completa, sin una continua alabanza al Señor? Yo le hablo a Dios para que me ayude, para que me oriente, pero no me habla. Miro al cielo y lo único que veo de vez en cuando es pasar un avión en el que, a veces, de verdad, me gustaría estar. Todos los días veo amanecer desde el mirador. Todos los días la sombra de la cruz de la capilla se pasea por mi pequeño huerto y oscurece por unos momentos el libro de oraciones abierto en mis manos...

Telmo parecía a punto de llorar. Y su primo intentó cambiar de conversación al no encontrar nada mejor que decir, al no encontrar ninguna palabra ni de ánimo ni de consuelo.

—Pero también tienes el trabajo en el huerto.

—No me crecen ni los tomates... —comentó sonriendo tristemente, convencido de que aquello no tenía solución.

Al año, Telmo se fue de la cartuja después de estar tres meses en el antiguo monasterio francés de Chartreuse.

4

Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo Viviente que decía: "Ven". Entonces salió otro caballo, rojo; al que lo montaba se le concedió quitar de la Tierra la paz para que se degollaran unos a otros: se le dio una espada grande.

Estaba terriblemente dolorida. Había perdido la noción del tiempo. Todo estaba a oscuras. No sabía dónde se encontraba. Al intentar mover un brazo sintió un fuerte dolor. Igualmente le pasó cuando quiso soplar por entre sus labios hinchados para espantar una mosca que insistía en acercarse a su nariz ensangrentada. Tampoco podía ponerse en pie. Carla creyó que tenía la pierna izquierda rota y, además, al intentar cambiar de postura —estaba en el suelo tumbada— sintió cómo una cadena le impedía moverse con facilidad. Con una mano se apartó de la cara un mechón de pelo pegajoso y comenzó a recordar que había recibido un golpe terrible en la cara, luego otro en el pecho, después una patada en el estómago y otra en el bajo vientre y que, finalmente, cayó al suelo lleno de grasa de un almacén abandonado.

Recordó que Fabián la había atado a una columna central con una cadena para que pudiera dar vueltas pero no tocar las paredes. No había ninguna luz en la nave y cuando empezó a llorar, le dolió hasta el último rincón de su cuerpo semidesnudo. Pasó lentamente la mano por su cuello, por su pecho, por su cintura, hasta tocar su falda que era todo lo que vestía. Se secó la nariz y las lágrimas... Se sentó apoyando la espalda en la columna y palpó el suelo con la mano izquierda para buscar su blusa y su móvil. Lo desbloqueó y comenzó a pedir socorro con voz angustiada.

—¡Socorro! ¡Por favor, ven enseguida...! ¡Estoy en la vieja casa de la calle Velazquez!

—El buzón del usuario está lleno...

Al no poder comunicar, llamó a la policía:

—¡Por favor! ¡Por favor! Me han agredido. Estoy herida ¡Por favor, ayudadme!

—¡Diga! ¡Dígame! ¿Dónde dice que está? ¡Dígame! Aquí la policía ¿Me puede decir dónde está? —el guardia puso la mano en el auricular y le comentó al compañero que le interrogaba con la mirada:

—Es una mujer joven que dice que está atada y herida en un sótano pero no he podido oír dónde.

—Se habrá quedado sin cobertura. Mira a ver si se ha grabado el número de móvil...

En el sótano sólo se oía un grifo que goteaba en una esquina y una cisterna de algún piso superior. Carla, que había conseguido tocar una de las paredes húmedas del recinto, venciendo la repugnancia que le producía, pasó su mano despacio por el muro en busca de no sabía qué hasta que dió con un cordón. Pensó, tocándolo con el índice y el pulgar, que pudiera ser uno de los antiguos cordones de la luz que iban fuera del tabique. Lo siguió con miedo de sufrir una descarga, ya que en algunos puntos estaba deshilachado, hasta que llegó a una vieja llave, de las que se giraban con el movimiento de un pellizco, para conectarla. Carla la accionó y se encendió una bombilla llena de polvo, que no debía ser de más de veinticinco watios, muy poco para un recinto tan enorme. En una mesa había una especie de palangana con agua, un vaso y un bolígrafo junto a unas láminas religiosas impresas por un solo lado.

Carla tuvo fuerzas aún para curarse la herida de la pierna y lavarse los moratones de los labios, tiñendo de sangre el agua de la palangana, que tiró finalmente a un rincón. Luego, se puso en cuclillas sobre ella y finalmente volvió a tirar su contenido, procurando lanzarlo más lejos que la vez anterior. Por último, bebió agua directamente del grifo con un gemido de dolor al torcer la boca para poder coger algo de líquido y se sentó, apoyando la espalda en la columna, dispuesta a pensar en cómo salir de allí, tras la brutal paliza que le habían propinado.

Fabián estaba desesperado, como otros cientos de viajeros que se encontraban en el aeropuerto londinense de Heathrow. La maldita tormenta de ceniza del volcán Eyjafjalla había cercenado toda posibilidad de viajar en avión. Los cristales de la enorme nube volcánica procedente de Islandia podían dañar los fuselajes y, sobre todo, los motores de los más modernos aviones, que se pararían poco a

poco. Llevaba ya varias horas intentando encontrar una solución, pero ninguna de las compañías en las que había buscado vuelos alternativos le había dado ni la menor esperanza de llegar a una respuesta positiva ya que, sencillamente, ninguna sabía cuándo podría remitir la fantasmagórica nube mientras el volcán siguiera en erupción.

Fabián había acudido a Londres por asuntos de negocios ya que una de las empresas en las que tenía participación su familia estaba a punto de perder la mayoría del accionariado. Un oportunista que contaba con unas cuantas acciones insignificantes —unas acciones "bisagra"— había amenazado con venderlas, dándole la mayoría al grupo opositor.

Fabián se sentó en uno de los funcionales asientos del aeropuerto, junto a una pareja de suecos con tres niños pequeños a los que el aire acondicionado movía sus flequillos rubios, mientras dormían entre un montón de mochilas con la bandera azul y amarilla. Tras prestar una vez más atención a los altavoces para ver si decían algo relativo a los posibles vuelos para regresar a España, Fabián pensó una vez más en Carla y miró el puño de la mano derecha que tenía magullado por la paliza que le había dado. En principio, el viaje a Londres era de ida y vuelta, pero hacía tres días que estaba atrapado por culpa de la maldita nube. Carla no tenía comida. Agua sí, la del grifo de la esquina, pero realmente era una putada lo que le estaba haciendo. Ahora, eso sí, pensaba, no era por su culpa. ¿Quién iba a prever semejante contingencia? No podía llamar a nadie porque se descubriría todo y, esta vez, era de cárcel. Se estaban poniendo muy pesados con la cosa de los malos tratos. Intentó hablar con ella por el móvil, pero, fue inútil, debía de estar sin batería. Pensó en llamar a algún conocido para que la sacaran de allí, pero no tenía confianza suficiente en nadie como para que aquella "broma" no se saliese de madre. Desechó momentáneamente la idea de seguir preocupándose por lo que pudiera ocurrir en la calle Velazquez de Madrid, y doblando cuidadosamente su abrigo beige, lo colocó en el asiento de al lado, a modo de almohada, y se dispuso a echar una cabezada, orgulloso de haber conseguido que su grupo continuara teniéndo la mayoría de las acciones de la empresa tras conseguir el control del paquete en litigio.

"Los vuelos con destino a Barcelona y Madrid continúan retrasados por causas técnicas". Fabián se incorporó sobresaltado. Ya más tranquilo, al confirmar en uno de los paneles lo que habían dicho por los altavoces, pensó que tenía que hacer algo de una vez para salir de

allí. Observó las largas colas en los teléfonos públicos y decidió coger un taxi para volver a la ciudad y pedirle a su socio inglés, el señor Gordon, que lo alojara en su casa —no había plaza en ningún hotel— hasta que se solucionara el problema que había paralizado a toda Europa. Se dirigió a unas de las salidas mientras gastaba los últimos segundos de batería de su móvil para llamarle avisándole de su llegada. Pensó que no era correcto presentarse en su casa sin advertírselo previamente. Luego, cogió un taxi y le dio al conductor una dirección de Park Lane.

Mister Gordon le estaba esperando y, nada más abrirle la puerta —gordinflón, con espeso bigote y cuello de pajarita—, le preguntó por qué no le había llamado antes. Entraron en la casa. Ya habían cenado y, tras presentarle a su esposa —a quien no le debía hacer mucha gracia la repentina presencia del socio español de su marido—, pasaron a una pequeña biblioteca donde Gordon le ofreció un jerez. Fabián, dada la hora, le dijo que prefería un whisky o un coñac.

—Dígame. ¡Fantástico! ¡Fantástico! Dígame, ¿cómo consiguió esas acciones para que siguiéramos conservando la mayoría?

—Simplemente convencí al vendedor.

—Especifique —dijo Gordon, poniendo en práctica el español adquirido en su larga estancia en Salamanca.

—El fallo estuvo en anunciar que tenían la mayoría hace unas semanas.

—Sí, pero parecía que la operación ya estaba hecha...

—¿Recuerda que posteriormente varios consejeros fuimos invitados a Brasil por nuestros socios de aquel país? Pues allí fue donde se resolvió todo. Perdone, pero no le puedo decir más...

Aquella lluviosa mañana londinense todo estaba perfectamente dispuesto en la sala donde se iba a celebrar el Consejo. La mesa, más ancha por el centro para que todos los consejeros se pudieran ver, estaba impecablemente encerada. Las botellas de agua y los vasos, perfectamente alineados. Los lápices, cuidadosamente afilados. La campanilla del presidente, brillante. Un enorme poster que ocupaba una de las paredes pregonaba a qué se dedicaba la empresa: “La energía eólica, realidad y futuro”. Los consejeros, se fueron sentando en silencio. Cada uno representaba muchos millones de inversión.

—¡Señores consejeros! —dijo el presidente agitando su campanilla

de plata—, empezaremos con la aprobación, si procede, de las cuentas del ejercicio anterior.

Algo que le dijo el secretario al oído hizo que se inclinara hacia la izquierda para escucharlo. Luego asintió en silencio con la cabeza y prosiguió:

—Me decía el secretario que falta el consejero señor Martínez que ha llamado diciendo que se retrasará unos minutos. Bueno, prosigamos.

Un murmullo se extendió por la sala. El señor Martínez era el encargado de la compra de las acciones y quien había dado por seguro que la operación estaba hecha. Sin esperar a que llegara el vicepresidente del Consejo tomó la palabra:

—Señores, la composición de este Consejo no es válida porque en las últimas horas ha variado el porcentaje de acciones, por lo que proponemos que se aplace hasta que se adecue a la realidad de las respectivas participaciones y puedan ser duraderos los acuerdos.

En ese momento pidió la palabra Fabián y, ante la sorpresa de los presentes, dijo:

—Si el motivo de la alteración del porcentaje de las acciones depende de las nominales tres mil quinientas a las seis mil quiero aclararles que continúan en poder del grupo que actualmente tiene la mayoría por lo que el Consejo puede proseguir sin ninguna alteración.

La sorpresa fue grande para muchos de los veinte consejeros que dirigieron sus miradas a Martínez, que en ese momento entraba por la puerta asintiendo con la cabeza, afirmación que hizo que algunos consejeros que se habían levantado volvieran a sentarse entre miradas de extrañeza sin comprender qué había pasado, cuando se había asegurado que la venta estaba hecha.

—Fue increíble —dijo Mister Gordon—. Pero, ¿cómo lo pudo arreglar? Perdone que se lo vuelva a preguntar, pero conociendo a Luis y a Victoria, no me lo puedo explicar. Todo el mundo decía que estaban decididos a vender al otro grupo...

Fabián interrumpió la conversación, algo que querría haber hecho desde hacía un rato, porque, de pronto, había pensado en Hilario para liberar a Carla.

—Por favor, perdone, ¿puedo usar su teléfono? Es que me he acordado de repente de algo urgente y mi móvil está sin batería.

—Lo puede usted poner a cargar —le respondió el inglés

amablemente enseñándole un enchufe—. Mientras tanto, hable con quien quiera.

—¿Hilario? ¿Hilario? Soy Fabián. Sí, todavía no he llegado. La nube me ha retenido en Londres. ¿Me oyes? Te decía que llevo varias horas aquí, en Londres, atrapado en el aeropuerto y quería... —tapó con la mano el auricular y dirigió una mirada amigable y sonriente al inglés —. Quería que fueras al almacén. Ya sabes... Y que te encargues del perro que está allí esperándome. ¿Lo harás, verdad? Te lo debo. Sí, una barrera para toda la feria de abril... Y silencio absoluto. Ve cuanto antes. Se ha roto un grifo y hay peligro de que se inunde. La llave estará donde siempre, ya sabes.

Fabián colgó, y mientras se sacudía la solapa de la chaqueta donde había caído ceniza del puro que estaba fumando, le dijo a mister Gordon, respondiendo a la pregunta que le había hecho momentos antes de comenzar a hablar por teléfono:

—Pues sí, lo pude arreglar todo milagrosamente.

—Perdone que le insista. Increíble. Increíble. ¿Cómo pudo conseguir que Martínez y su madre también cambiaran de opinión?

Convencido de que no era el momento de que Fabián le contara la verdad, dejó la copa sobre la mesa y dijo con voz resuelta:

—Me alegro porque hay muchos millones en juego y yo, y mis socios ingleses, tenemos mucha confianza en esta apuesta por la energía del futuro. Creemos que esta zona del sur de Europa es muy apropiada para nuestras aspiraciones, así lo demuestran muchos estudios técnicos.

Hizo una pausa y desabrochándose la pajarita continuó diciendo:

—Es el momento de descansar. Le enseñaré su habitación y mañana será otro día.

Cuando Fabián estaba a punto de meterse entre las sábanas tras haber enchufado el móvil en la habitación, éste comenzó a sonar insistentemente, con peligro de despertar toda la casa.

—¡Soy Hilario! ¿Por qué no coges este bicho? ¿También le ha afectado la nube del volcán?

—No. Dime. No hables alto. ¿Cómo ha ido todo?

—Cómo quieres que vaya: fatal. Este trabajito no hay con qué pagarlo. Oye, ¡Fabián! ¿Me oyes?

—Sí. Te oigo. Es que no puedo hablar alto.

—Te decía que ha sido terrible. Terrible es poco: terrorífico. Las llaves estaban donde me habías dicho y cuando entré en el almacén aquello fue horroroso. Te has pasado varios pueblos, tío. De verdad. La pobre estaba medio muerta...

—Pssst... —le interrumpió Fabián mirando hacia la puerta por donde había desaparecido mister Gordon.

—Tumbada en el suelo, a oscuras, en un charco de sangre, oliendo a demonios. No tenía fuerzas ni para levantar su brazo hacia mí para que le ayudara... Esta vez ha sido demásiado. Para cosas así no cuentes conmigo. ¿Me oyes? Si llego a sospechar cuando me llamáste con lo que me iba a encontrar me hubiera negado en redondo, “jefe”. Estamos hablando de un delito ¡Te has pasado, de verdad!

—Pero, ¿qué te dijo?

—¿Decirme? Pero qué iba a decirme, joder, si no podía hablar. Cagarse en tu puta madre. Después de darle agua, ponerle una prenda de abrigo por encima y limpiar su cara de sangre, me dijo que te iba a matar. “¡A ese hijo de puta le mato yo con estas manos!”, dijo entre sollozos intentando gritar mientras golpeaba el suelo de cemento con el puño derecho. Luego, más calmada, me pidió que la acompañara a la comisaría más cercana para poner una denuncia formal por malos tratos e, incluso, por intento de homicidio.

—No la dejarías. ¿No?

—Estaba furiosa. Le dije que ya iríamos al día siguiente... Pero insistió en que era mejor que la vieran en el lamentable estado en que se encontraba y que la sometieran a un reconocimiento médico y les enseñara una a una todas las heridas. Luego, se echó a llorar. Dijo que te quería. Dijo que eras un canalla, un hipócrita, un mentiroso, un ser despreciable, un falso, una escoria humana. Una vergüenza de hombre...

—Pero, ¿fue o no fue a la comisaría?

—¡Qué no! Te estoy diciendo que no. Que la convencí para que se fuera a su casa —su hijo, como sabrás, están fuera— y que avisáramos a nuestro amigo el médico porque si la veían en ese estado en un hospital le iban a preguntar cosas que a lo mejor luego la hacían arrepentirse...

—Hilario, te debo una, de verdad. Te has portado como el amigo que eres. Como yo esperaba. Fíjate que no he confiado en nadie más que en ti. Te doy las gracias, pero no quiero que pienses que soy un

monstruo.

—No, si no me sorprende. Ya sé lo que eres.

—Déjate de bromás. No ha sido culpa mía. Pensaba regresar en veinticuatro horas pero este maldito volcán y la nube han podido provocar una catástrofe. A nadie hay que contarle lo sucedido. De ella ya me encargo yo. ¿Se quedó luego dormida?

—Nada de eso. Siguió hablando y hablando. Mezclando los insultos con las lágrimás mientras decía que se lo iba a contar todo a su hijo; y a Daniel, el periodista; y a Ángel, el abogado —que, por lo visto, también es amigo suyo— y a Patricio, que hacía mucho tiempo que le había pedido escribir sus memorias. De pronto, recobró las energías e incorporándose en la cama mientras esperábamos al médico, convencida de que había tenido una buena idea, volvió a decir:

—Le diré a Daniel o a Patricio que ahora sí que quiero escribir mis memorias. De hecho, las empecé a pergeñar en el sótano, diciendo que lo iba a matar por maltratador. Y le voy a poner a caer de un burro. Le voy a poner a parir. Le voy a mandar a la cárcel por violento. No voy a descansar hasta que todo el mundo sepa quién es y lo metan entre rejas.

5

—¡Respire! ¡Respire! La base de todo ejercicio está en respirar cuando se corre, cuando se anda, o cuando ustedes, las mujeres, paren. ¡Respire! ¡Respire! Uno, dos; uno, dos; ese es el secreto: mantener el ritmo. Sé que es duro. ¡Siga! ¡Siga! Bien, bien; así, así; continúe, continúe; lo va a lograr; veinticinco, veintiséis, veintisiete... Fantástico, fantástico; lo ha conseguido; sensacional, soberbio, apoteósico, fabuloso, estupendo, maravilloso, magnífico, espléndido y... ¡Treinta!

Alejandro le puso la toalla sobre los hombros y volvió a dar la enhorabuena a la viscontessa, que sonrió, jadeante, permitiéndose mirar a su entrenador personal con ojos de agradecimiento y, a la vez, de recriminación, por haberla sometido a un esfuerzo físico tan brutal, aunque, en el fondo, era lo que deseaba, el motivo por el que lo había contratado, por el que le pagaba —mucho por cierto— y por lo que le estaba, en aquel momento, camino de la ducha, profundamente agradecida. A cada paso que daba se sentía más ágil, más liviana, más etérea, más orgullosa de su cuerpo. En ese momento, era feliz a pesar de los sacrificios, de las horas de gimnasia diarias, de los sudores y las lágrimás, de los momentos en que maldecía profundamente al monstruo que la obligaba a forzarse: “¡Más! ¡Más! Hay que llegar, hay que doblar la cintura, hay que llegar a la punta del pie... ¿Qué? ¿Duele? Ya lo sé”, solía decir mientras apoyaba su enorme manaza sobre su espalda para ayudar a vencer el último centímetro.

Ya en la ducha, la viscontessa pasó su mano derecha por todo el cuerpo, desde la oreja izquierda hasta la cadera y el glúteo derecho, pasando por el pecho izquierdo, la tripa plana, para seguir por el muslo y bajar hasta la rodilla. “Es una pena que la Venus de Milo no tuviera brazos para que hubiera podido explorar, palpar, tocar, para haber podido disfrutar de su cuerpo, de sus perfectas formas”, pensaba, volviendo a hacer los mismos movimientos con la otra mano.

—¡Hasta mañana, querida...!

—Adiós y gracias —dijo la viscontessa mientras se secaba con una diminuta toalla para poder disfrutar más de la visión de su cuerpo desnudo frente al espejo del baño. En un momento determinado, cerró la puerta y, soltando la toalla, se subió a la tapa del váter para realizar unos pasos de baile y poder ver reflejada su silueta entera y disfrutar del movimiento rítmico de sus caderas y su pecho recién operado al compás de una música imaginaria. Era el mejor momento del día, cuando, tras el terrible sacrificio a que la sometía el tirano, podía contemplarse, admirar su figura casi perfecta a sus cuarenta y tantos años. Era sencillamente feliz, en gran medida vivía para eso. Ella no lo admitía pero vivía para eso, para ver su vientre plano, sus pechos pequeños, sus muslos sin estrías ni celulitis. Vivía para verse, para admirarse y, por supuesto, para que la vieran los demás y la alabaran y la admiraran y la dijeran que cómo estaba y que cómo lo hacía. Vivía para eso desde que se levantaba: “Tengo que tomar el diurético, tengo que beber más agua, hoy me toca la gimnasia como todos los días y la manicura y la peluquería y el cuidado corporal. ¿Me toca hoy tenis o golf? Pescado a la plancha, carne a la plancha, ensaladas, verdura, agua con limón...”. Y visita a la doctora que la mira con cara de espanto: “Has engordado doscientos gramos”. Tragedia: “Y mire usted qué disgusto y qué pena y qué desastre y qué horror...”.

La viscontessa, elegante, distinguida, con clase, llevaba más de veinte años en España pero, aunque hablaba perfectamente el idioma, conservaba la musicalidad característica del italiano, que le daba un aire romántico, aristocrático. Era morena, de ojos negros grandes y movimientos pausados. Andaba siempre despacio y cada paso de su cuerpo parecía quedar suspendido cuando estaba en su punto más alto para luego caer despacio sobre la pierna que apoyaba en el suelo haciendo oscilar sus caderas ligeramente arriba y abajo. Provenía de una familia muy antigua italiana y poseía un palacio en Venecia y una villa en la parte alta de Florencia. Se casó cuando apenas tenía dieciocho años, se divorció a los dos años quedando de aquel matrimonio una hija: Laura. Poco después, conoció a Odón hijo, cuando una tarde, a la caída del sol, tomaba un cóctel Bellini en el Harry’s bar de Venecia, que tan famoso hizo Hemingway.

—Mamá, ¿piensas ir al *show room* que hay hoy?

—No creo que tenga tiempo hija —le contestó, mientras terminaba su sesión de baile en el improvisado escenario de su baño y comenzaba

a vestirse.

—¿Te ha pasado algo, mamá? Parecía que te habías quedado muda de repente.

—No, hija, es que me estaba bajando de la banqueta, estaba buscando un frasco en la parte de arriba del armarito. Contestando a tu pregunta: no voy a ir porque son una pesadez.

—Pues, a mí me encanta, será un *Open Day* estupendo. Yo me lo paso siempre súper guay.

—No puedo ir. Además, tengo hora con el doctor de la liposución y, luego, tengo que ir a la peluquería y a una exposición, aunque no sé si me pasaré también por la fiesta solidaria del Palace —dijo, saliendo de su habitación envuelta en una toalla y repasando una docena de invitaciones que su secretaria, como todos los días, le había colocado ordenadamente en una pequeña mesa del vestidor, una enorme habitación llena de armarios con puertas correderas donde guardaba más de cien vestidos perfectamente ordenados: vestidos de noche, de cóctel, vestidos más sencillos para diario así como conjuntos de tenis, de golf o para el barco. Mención especial merece el apartado de jerséis, todos ordenados por colores, y el de los zapatos, perfectamente alineados e impecables. Muchos de ellos no se los había puesto más que una vez.

—¡Ah! Se me olvidaba —dijo, dejando caer al suelo la toalla y dirigiéndose al armario de la ropa interior—, acuérdate de que mañana pasa Dominichi por Madrid y tengo que ir a la primera prueba del traje de tu boda.

—Mamá, *please.* Te lo ruego, te lo ruego. Estoy súper, súper, súper agobiada; falta poquísimo para la boda y aún hay que concretar muchísimás cosas... Mamá, ¿sabes qué? Que yo no quiero que mi boda sea una boda vulgar, como si fuéramos una familia “lumpen”. Yo quiero dar el golpe. Que sea brutal, espectacular, dejar flipado a todo el mundo...

—Bueno, hija —dijo la aritócrata, que se estaba probando el cuarto sujetador—, ya todo está más o menos hablado... Lo principal para mí y tu padrastro...

—¡Por favor, mamá! ¡Por favor! —le interrumpió, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo para mostrar su desaliento—. Te he dicho muchas veces que no me gusta lo de padrastro. Di Odón o, mejor aún, papá simplemente.

—Bueno, pues, tu padre y yo creemos que lo mejor es que la ceremonia religiosa se pueda, por fin, celebrar en la catedral. Ya sabíamos que en el altar mayor ni hablar, pero está muy bien dónde nos han dicho: en el mismo altar en el que se casaron Eugenia Martínez de Irujo y Francisco Rivera hace muy pocos años. Lo demás, hija —dijo acariciándole el pelo a Laura, que estaba sentada en el suelo cogiéndose la rodilla con los brazos—, lo demás está ya casi ultimado: el banquete, las flores, la lista de invitados... Ya casi tenemos los puestos en las mesas.

—Y qué me dices del ramo de la novia, de los pajes, de la música de la ceremonia, del "disyóquey", del coche de caballos en el que iremos José y yo...

—Querrás decir tu marido y tú —la interrumpió la madre con una risita nerviosa.

Laura se rio de buena gana, se puso de pie y golpeó varias veces el suelo con su pie derecho, mientras, con los brazos cruzados, decía con un mohín de enfado:

—Está todo fatal, horrendo, vulgar, paleto. Yo quiero algo más majestuoso. De verdad, mamá, créeme, a mí me gustaría un toque de originalidad. Ya sabes, algo de lo que se hable durante años, algo parecido a la boda de Victoria de Suecia —y le alcanzó el "Hola" que tenía en una butaca cercana—. Mira qué elegancia, qué clase, qué vestidos, qué organización...

—Laura, por favor, contrólate un poco y no digas estupideces...

—Si al menos pudiera dar un paseo en "góndola real" por el Guadalquivir... ¡Es fantástico, mamá, lo que se me ha ocurrido! —dijo deslumbrada por su propia ocurrencia mientras su madre la miraba dudando de que hubiera perdido la razón—. ¿Te figuras el Guadalquivir lleno de góndolas como si fuera el Gran Canal de Venecia?

—Laura, por favor, contrólate, no desvaríes, no digas sandeces. Sabes que eso que se te ha ocurrido es imposible. Tú no eres ninguna princesa heredera.

—Imposible ¿por qué? Es súper guay; snob, snob, snob; una idea genial.

—Laura, por favor, no desvaríes.

—Es genial de la muerte, lo más genial que se me ha ocurrido. José y yo iríamos en el coche de caballos desde la catedral a la orilla del río,

y luego, como la princesa Victoria, embarcaríamos en la "góndola real" con unos gondoleros todos guapísimos que irían bogando todos a la vez con un ritmo perfecto, majestuosos, acompasados, con una enorme bandera de España en la popa...

—Pero, hija, eso es una locura de dinero. Yo no sé si tu... padre estaría dispuesto...

—Por eso del dinero no tenemos que preocuparnos. Lo tengo todo organizado con unos amigos y voy a vender la exclusiva de mi boda.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Estoy en tratos con una publicación que nos pagaría más de medio millón de euros. Y podrías hablar con tus parientes venecianos, esos que tienen el negocio de alquiler de góndolas, para que nos dejaran unas cuantas. ¡Mami, mami, mami! ¡Por favor, por favor, por favor!

—Mira, Laura, yo creo que esto es una cosa muy seria que puede repercutir en la familia, que va a estar en boca de todos —se llevó la mano a la cabeza como si le molestara un sol inexistente o se fuera a marear, y continuó aparentando calma—: Figúrate cuando empiecen a decir disparates esos desalmados que hablan en los programas de televisión, que son tan desagradables y, en su mayoría, tan sensacionalistas. "Hoy tengo una exclusiva: la hija de Odón Setano y Fernández-Queen —la hija de su segunda mujer, de la que por cierto se acaba de separar— se casa. Pero no sabéis la bomba: ¡Ha vendido la exclusiva de su boda!". ¿Quién? Dirá la mala de turno:¿la hija de la viscontessa italiana? ¡Qué lástima! Con lo bien que me cae ella, que nunca se mete con nadie, tan elegante, tan prudente, tan educada siempre con nosotros.

—Mamá, por favor, en algunos programas de esos se meten con todo el mundo, y dirán lo que quieran de mi boda, la venda o no la venda, porque viven de eso, de meterse con la gente y ponerla a parir, aunque, la verdad, hay otros que a mí me encantan y me divierten muchísimo y participan estupendos profesionales, veraces y magníficos. Mañana tengo una reunión con mis contactos, que son muy serios, para concretar qué es lo que quieren y qué es lo que José y yo estamos dispuestos a dar en exclusiva.

—Pero hija, Laura, tendremos que decírselo a tu padrastro, que te adora. ¿Le has comentado algo estos dias que has ido en barco con él?...,¿No?, pues, por favor, no hables con los de la exclusiva hasta que

yo no se lo diga a Odón, prométemelo. No quiero más conflictos con él. Desde que nos separamos —aunque tú sabes que nos llevamos estupendamente bien— procuro siempre no tener ningún roce... E intuyo que esto podría ser motivo de discusiones. Prométeme que le vas a llamar hoy mismo, si no lo tendré que hacer yo porque me va a recriminar que no le haya informado cuando todavía estamos a tiempo de evitar el disparate que piensas hacer.

—Que sí, mamá, estate tranquila, luego le llamo y si hace falta voy a verlo y le explico todo detenidamente —decía Laura poco convencida, mientras veía con avidez las páginas a todo color de la revista en la que informaban con todo lujo de detalles de la boda de la princesa que tanto había influido en sus planes.

—Además —continuó diciéndole su madre, incansable—, ten en cuenta que él se ha tomado la boda como una cosa suya y está invitando a sus amistades, que ya sabes que son muchas, van a venir hasta del extranjero, y estoy segura que no desea que nadie moleste ni fotografíe a sus invitados, que se metan en su intimidad y los violenten para que se crean que los está utilizando y cobrar dinero por ello. Por favor, Laura, cada vez que lo pienso me parece más descabellado.

—Pero, mamá, todo el mundo lo hace y no pasa nada. A mí qué me importan lo que digan cuatro *freaks* de la tele...

—Mira, Laura, tú tienes que pensar por encima de todo en nuestra familia, en nuestra educación, en la posición social que ocupamos. No es más que eso Laura: respeto, un profundo respeto por lo que hemos sido, somos y vamos a seguir siendo sin tener necesidad de estar en boca de todos por unos euros que no van a ninguna parte. De verdad, desiste de esa idea absurda de la venta y proponle a tu padrastro...

—¡Mamá, otra vez! Que no digas lo de padrastro, porfa.

—Está bien, desiste de esa idea absurda y proponle a tu padre lo de las góndolas que, aunque también es un disparate, por lo menos lo prefiero a lo otro. A lo mejor le divierte y le parece original, quién sabe.

—Mira, estas son las flores que quiero —decía mientras señalaba con el dedo un párrafo del texto de la revista: “Miles de claveles, hortensias, lirios, gladiolos, espireas, rosas y minirrosas “serena”, la variedad más pequeña que Colombia produce exclusivamente para el mercado japonés”.

Su madre casi le quitó la revista de las manos. Algo había llamado

su atención y, a la vez que daba un ligero golpe con la mano en la hoja para señalarle a su hija lo que le interesaba, dijo:

—Este es el traje y el peinado que llevaré para tu boda. Me enamora, es espectacularmente elegante y sencillo.

—A ver, ¿cuál? —le preguntó Laura, tirando otra vez de la revista para poder verla.

—Ese que lleva Rania de Jordania. Está espléndida, súper elegante, fíjate, fíjate.

Las dos miraban con las cabezas juntas las fotos que tanto le habían llamado la atención a la aritócrata, quien leyó en voz alta: “Rania de Jordania con un vestido de línea Sirena de mangas asimétricas, llevó un sofisticado y laborioso recogido de inspiración griega, coronado por un brazalete de brillantes...”.

La viscontessa dejó la revista en la mesa, abierta por las páginas donde aparecía Rania, y, cogiendo las manos de su hija entre las suyas, le dijo:

—Laura, sé que estás nerviosa por tu boda pero quiero que comprendas que lo que tratamos de organizar no es la ceremonia de una princesa heredera. Tú no eres Victoria, futura reina de Suecia, ni la protagonista de la novela de este escritor sueco tan conocido... Stieg Larsson ¿Cómo se llama?

—¿Te refieres a la “hacker”? ¿A Lisbeth Salander? La sueca de los “pírsines” un poco “goth”.

Laura se sonrió sin soltar las manos de su madre, que continuó diciendo:

—¡Esa! Tú, Laura, no eres ni una cosa ni la otra, ni Victoria, ni la *hacker,* sino una chica de familia bien, de una familia conocida y respetada, con una educación, una moral y un comportamiento intachable que no podemos ahora, por una cuestión de unos miles de euros, poner en boca de todos cuando se puede evitar fácilmente sin tener que entrar en el carrusel odioso de pasear nuestro apellido y nuestras cosas por todos los platós de este país...

—Vale, vale, se lo diré a Odón esta misma tarde, pero me tenéis que dar el capricho de las góndolas, ¿vale? Y una despedida de soltera en Mallorca con mis amigas.

¿DESPEDIDA DE SOLTERA?

LAURA, HIJA DE LA ESPOSA ITALIANA DE ODÓN SETAMO,

VIAJÓ A MALLORCA CON UNAS AMIGAS

La "escapada" de Laura, la hija de la viscontessa, recién divorciada del conocido millonario Odón Setano, ha sido calificada por su círculo de amistades como una auténtica despedida de soltera. La joven aristócrata viajó acompañada de cinco amigas. El destino de la expedición, aunque nuestros fotógrafos no pudieron confirmarlo, parece ser que es Formentera o Ibiza, islas que tanto españolas como jóvenes de otras nacionalidades escogen para pasar unas horas inolvidables...

6

"Tengo un CD con las fotos —muy comprometidas— de la despedida de soltera de tu hija. Te espero en el monumento a Lady Di esta noche a las ocho. Si no acudes o tratas de descubrirme, en veinticuatro horas saldrán en todas las teles y las colgaré en Internet. —Daniel".

La viscontessa no daba crédito al contenido del sobre blanco cerrado, con su nombre escrito a máquina, que le había entregado el conserje del hotel de París donde, un momento antes, había llegado toda acalorada de efectuar unas compras, ya que tenía el tiempo justo para arreglarse y acudir al desfile de su amigo Dominichi, motivo por el que, principalmente, había viajado a Francia.

Volvió a leer la nota, sin llegar a coger el ascensor que había llamado, y se derrumbó en una de las butaquitas que había en el hall del hotel, alrededor de una mesa donde aún no habían recogido los vasos y las bebidas de los anteriores ocupantes. Pasó su mano izquierda por el pelo recogiéndolo detrás de la oreja para que no le molestara, echó la cabeza para atrás, intentando pensar, y dejó caer su mano derecha sobre el pequeño papel que había dejado en su regazo completamente hundida. De repente, tomó sin duda una resolución y, tras mirar su reloj de pulsera, se quitó el gran anillo de su dedo, que le impedía la movilidad normal de la mano y se puso en pie volviendo a pulsar el botón del ascensor que, esta vez, cogió al tiempo que un señor al que casi atropella, disculpándose educadamente con una sonrisa nerviosa.

Tenía poco tiempo, así que, sin ducharse, se cambió el traje sport que había llevado por la tarde, dejó las bolsas de los trajes y los zapatos que había comprado en un rincón del armario y se vistió rápidamente con un traje negro ajustado y zapatos de tacón también negros, recogiéndose el pelo con un original moño que consiguió rematar sorprendentemente con dos movimientos de las manos —como si bailara flamenco— mientras lo afianzaba con las orquillas que sujetaba

entre sus dientes. Tras ponerse unos coloretes, repasar la pintura de sus ojos y cambiar de bolso los cigarrillos, las llaves, el monedero, el móvil y las tarjetas de crédito, cerró precipitadamente la puerta de la habitación. Cuando había dado dos pasos por el largo pasillo, volvió, abrió y puso el cartel de no molestar, porque, la verdad, no sabía a qué hora iba a volver. De una cosa estaba segura: no lo iba a hacer hasta que no tuviera resuelto este monumental chantaje al que la querían someter unos desalmados.

—Oh, viscontessa, me alegro tanto de que haya podido venir, ya creía que no llegaría a tiempo y le tenía reservado el mejor sitio en el "front row" donde estarán también hoy otras "celebrities". Por favor, señora, por aquí, por favor. Ya sé —le dijo el relaciones públicas del modisto, medio francés, medio italiano, pero atento y servicial como pocos—, ya sé la amistad que le une a Dominichi y... —comenzó a decir acercándose a su oído para que no lo oyeran los que no conocían el secreto—. Ya sé que le está preparando un encargo muy "especial" para la boda de su hija: un traje como el de la reina Rania de Jordania en la boda de la princesa Victoria de Suecia. ¡Divino! ¡Divino! Qué buena elección, además, Dominichi le dará, por supuesto que sí, le dará su toque personal e inconfundible.

Mientras, habían llegado al lugar que tenía reservado, y todavía le dijo, rozándole casi el lóbulo de la oreja con los pelos de su nariz horrorosa:

—Su ex también estará presente, pero le he puesto diez asientos más allá.

De pronto, pensó que podía haber cometido un error y, atreviéndose a poner una mano en el brazo de la aristócrata a la altura de la pulsera de brillantes, le dijo con gesto de tremenda duda y arrepentimiento por la posible falta que pudiera haber cometido:

—Igual habría deseado que les hubiera puesto juntos —y sin esperar contestación, continuó llevándose una mano a la cabeza—. ¡Qué torpeza! ¡Qué torpeza! ¡Por Dios! ¡Por Dios! Intentaré arreglarlo... Perdone, viscontessa.

—Déjelo, de verdad, está bien así. No hace falta que cambie nada, se lo agradezco, de verdad.

—Qué alivio. Qué torpeza no haberle preguntado con anterioridad.

Se puso la mano en el pecho, ladeó la cabeza y continuó diciendo:

—De verdad, que todavía podría arreglarlo.

La viscontessa se sentó y le rogó una vez más que estuviera tranquilo. Luego, durante el desfile, simuló interesarse por los trajes de su modisto preferido que lucían las modelos, gustándole especialmente uno que llevaba Anabel, una modelo que siempre desfilaba para Dominichi. Por cierto, que fue cuando desfilaba esta chica cuando vio a su ex marido, Odón, inclinándose hacia delante en el momento que ella pasaba. No sabía lo que hacía en París, ya que le había dicho que tenía que ir a Estocolmo por un asunto de negocios. En ese instante, dudó de hacerle partícipe del delicado momento que estaba viviendo por culpa de la nota que tocaba con sus dedos dentro del bolsillo de su elegante traje negro. Su hija no le había dicho nada. Quizás eran unas fotos de esas robadas que los paparazzis captan sin que los protagonistas lo sospechen, en el lugar, la hora y las circuntancias más inapropiadas. Le constaba que había una legión de estos paparazzis, generalmente de agencia, que iban constantemente tras los famosos para ver si los pillaban en alguna indiscreción. "¿La habrían cogido con alguien? ¿En qué actitud? ¡Dios mío! —pensaba— Y en vísperas de la boda, cuando todo estaba a punto: los regalos hechos, los menús escogidos y ella misma, allí, hablando con el artífice del traje que iba a llevar a la boda. ¿Qué habría hecho esta desgraciada que nada más que le había dado disgustos desde que cumplió dos años? ¿Con quien estaría y cómo? ¿No quiero ni pensarlo? ¿Qué hago? ¿Se lo digo a Odón? No, por Dios, cómo es de recto y tal, podría echar abajo toda la boda: su finca, los fuegos artificiales, sus amistades —las había invitado personalmente una a una—, la locura de las góndolas por el Guadalquivir... Todo por unas fotos en la televisión, una semana antes de la boda. ¡Dios mío, Dios mío, dime Tú que hago!".

La italiana se inclinó para ver a su ex marido cuando desfiló de nuevo Anabel —a la que se comía con los ojos— que esta vez llevaba un veraniego minivestido de vivos colores que dejaban ver hasta el final sus largas piernas de cierva joven. "¿Y si es algo del novio? —continuó pensando mientras seguía dudando si se lo decía o no a Odón — ¿Algo comprometido del novio? ¿Que esté con otra? ¿O que sea ella la que esté con otro? ¡Dios, Dios, Dios!".

Los aplausos del final del desfile la sacaron de sus pensamientos. Dominichi la saludó desde la pasarela, rodeado de modelos. La viscontessa, tras responderle con una forzada sonrisa, miró nerviosamente su reloj. Tenía el tiempo justo para coger un taxi y

llegar al Pont d'Alma —que es donde se encuentra el monumento a Lady Di— para intentar evitar el desastre. Se consideraba una mujer fuerte, una mujer de carácter y había decidido ir sola y no decir nada a su ex marido.

—¿Cómo estás querida? —Odón, elegante, correcto como siempre, educado, con sus enormes espaldas y su colonia preferida, se había acercado dando la vuelta a la última fila de asientos sin que ella se diera cuenta. Se sobresaltó. Le tenía a él allí, a su lado, mientras aún mantenía entre sus dedos la maldita nota arrugada. Tartamudeó al devolverle el saludo y rozar su cara con la suya.

—Creí que ibas a viajar a Estocolmo.

—Sí, lo haré mañana, pero ya sabes que no hay muchos aviones directos desde España y he tenido que venir a París para buscar combinación... No tenía nada que hacer esta tarde y pensé venir al desfile de Dominichi, que también es mi amigo. Pero no te preocupes —le dijo advirtiendo que ella estaba nerviosa—, estaré en casa dos o tres días antes de la boda, por si hay alguna cosa de última hora que solucionar. Voy a Estocolmo, como te comenté, por cuestiones de negocios. Un ingeniero sueco ha diseñado un barco con una orza y un nuevo bulbo revolucionario, cuestión de centros de gravedad y densidades... Ya sabes que es mi obligación seguir todas las innovaciones en este terreno para estar a la altura en mis astilleros de embarcaciones deportivas de Galicia.

Odón se dio cuenta del creciente nerviosismo de su ex mujer, que había mirado su reloj de nuevo, y le preguntó:

—¿Te pasa algo? ¿Tienes prisa? ¿Quieres que te acompañe al hotel?

Luego pensó que podía estar citada con alguien y le dijo:

—Perdona, igual te estoy reteniendo y tienes que ir a algún sitio o has quedado con alguien.

Le dió un rápido beso con su cortesía de siempre y todavía le dijo una vez más:

—Estaré de vuelta dos días antes de la boda, ocúpate de todo mientras sin reparar en gastos. No se casa un hijo todos los días. Quiero que la boda de Laura sea la mejor de todas.

Luego, Odón desapareció en la penumbra de la sala, en donde los focos aún seguían iluminando la pasarela desierta.

El monumento a Lady Di se encuentra en la Place d'Alma de París, encima del túnel del mismo nombre donde el treinta de agosto de 1997

se estrelló el Mercedes de la princesa. En realidad, el monumento es una copia de la llama de la estatua de la Libertad de Nueva York, donada a la ciudad de París por el periódico Herald Tribune con motivo de su centenario. Sin embargo, para muchos parisinos y admiradores de la princesa se convirtió en el monumento a Lady Di tras el terrible accidente.

Cuando la viscontessa le dio el nombre al taxista, no lo dudó. Y a los pocos minutos le dejó a escasos metros diciéndole: “Voilá”. La italiana se bajó. En ese momento, ya oscuro, sólo había una pareja con dos niños rubios de diez o doce años y un hombre de color viendo una foto de la princesa. La aristócrata se quedó un momento dudando pero no tuvo tiempo de pensar mucho porque, casi inmediatamente, se acercó a ella un hombre de mediana edad, impersonal, ni bajo ni alto, ni rubio ni moreno, que le dijo en español, tras llevarse la mano, a modo de saludo, a una gastada gorra de visera:

—¿La señora viscontessa, supongo? No me pregunte nada, aquí tengo el CD —le dijo, mientras se dio tres palmaditas seguidas en uno de los bolsillos laterales de la chaqueta sport que llevaba—. Sólo exigimos una condición —añadió—, que nos deje hacer las fotos de la boda para que nosotros las comercialicemos. Todas las ganancias que consigamos con la venta de los diversos medios, prensa, revistas y televisiones serán para nosotros.

—La nota está firmada por un tal Daniel. ¿Sabe quién es?

—Ya le he dicho que no damos nombres. O acepta o damos la tarjeta a la televisión y la colgamos en Internet.

—¿Y cómo me fio de ustedes?

—Dejen entrar en la boda a dos de nuestros fotógrafos y nosotros no entregaremos el vídeo. Si avisa a la policía o trata de identificar o seguir a nuestros fotógrafos, inicia alguna acción judicial o avisa a los medios... tenga la seguridad de que la mayoría de las televisiones e Internet divulgaran las imágenes de su hija “jugando” con unos amigos.

—¿Qué garantía tengo yo?

—Nuestra palabra.

—La palabra de unos vulgares chantajistas.

—Llámenos como quiera, pero nosotros tenemos el vídeo y las fotos. O se fía o todo el mundo “disfrutará” este fin de semana con las correrías y la despedida de soltera de la hija de la viscontessa, en vísperas de su boda. Lo que nosotros llamamos un bombazo.

—Y después, ¿qué otra cosa pediréis?

—Ninguna, somos unos interlocutores serios y lo único que queremos es ganar unos miles de euros con la "boda del año" en vez de que seáis vosotros, como se rumorea, quien se lleve el dinero... Y se habla de más de un millón de euros.

—Eso es mentira, nosotros no vamos a vender nada.

—Desde luego, porque lo vamos a vender nosotros. Vamos, señora, no tengo toda la noche. O lo toma o lo deja. Viene aquel coche a recogerme. Deme un móvil. Deme un número para poder llamarla y que le faciliten la entrada a nuestros fotógrafos. No tiene más remedio que aceptar.

—Deme el CD. ¿Es el original? ¿No tendrá más?

—Mojama si estamos pero no tenemos un pelo de tontos. Ya le he dicho que somos formales. Tenemos dos más. Uno para mandárselo a su hija, si usted no cumple y no responde a nuestras llamadas veinticuatro horas antes de la boda, y otro para reproducir y sacar copias para todos los medios e Internet si no hay trato. ¡Decida, me voy! Ahí está mi coche.

La aristócrata le dio el número de su móvil mientras alargaba la mano para que le entregara el CD. El hombre de la visera se subió al coche, que tenía apagada la luz de la matrícula trasera que ella no pudo distinguir a pesar de haberlo intentado y todavía le oyó decir, mientras cerraba la puerta en marcha, al más puro Chicago años treinta: "Daniel no tiene nada que ver en este asunto".

La viscontessa se quedó quieta junto a la llama inerte del monumento, mientras recordaba que unos paparazzis también se vieron involucrados en la loca y trágica carrera que terminó con la vida de Lady Di. La viscontessa, quieta, con el CD en la mano, pensó que no podía hacer otra cosa. Aquellos desalmados sin escrúpulos eran capaces de entregar los videos y, otros desalmados de darlos a conocer a todo el mundo destrozando la boda de su hija. Paró un taxi y dio la dirección del hotel, presa de una inusitada ansiedad por ver el contenido del video. A lo mejor estaban exagerando y no tenía la menor importancia. Nada más llegar a su habitación, enchufó el ordenador, se descalzó quitándose con un pie el zapato del otro y le dio al play. A los pocos segundos, emitió un extraño sonido de estupor, abrió mucho los ojos y se tapó la boca con la mano mientras veía a su querida hija Laura besándose apasionadamente con un mulato en un

parque, con la cara pintada de rojo y amarillo, mientras una bandera española ondeaba clavado su mástil en el césped. Después aparecía en topless en la playa —se veía perfectamente aunque era de noche— rozando sus pezones con una alegre amiga semidesnuda con la que terminó, junto a otras tres o cuatro chicas más, revolcándose por la orilla mientras reían sin parar. Pero quizás lo peor estaba por venir: en un momento determinado todas parecieron obedecer a la llamada de una de ellas que les repartía algo que sacaba de una pequeña caja. La viscontessa dobló aún más su cintura sin levantarse del asiento y manipuló los mandos del ordenador intentando acercar la imagen para ver de qué se trataba. En efecto, parecían unas pastillas como ella sospechaba. Amplió todavía más y ahora ya no había la menor duda: se trataba de unas píldoras postcoitales, las llamadas del día después que había oído citar mil veces a Laura y sus amigas. Apagó el ordenador y se cogió la cabeza entre las dos manos. Lo que acababa de ver era peor de lo que podía haber imaginado antes de acudir a la cita del monumento. ¡Un desastre! ¡Un desastre completo! Aún miró el reloj para ver si estaría en casa su vecina la farmacéutica para que le confirmara que las píldoras en cuestión eran las que ella sospechaba, pero luego pensó que era demásiado tarde y necesitaba tiempo para pensar.

7

Sólo faltaban dos horas para el comienzo de la ceremonia de su boda y Laura estaba tirada en la cama, semidesnuda y llorando desconsoladamente, vestida tan sólo con la ropa interior de novia y una liga azul en su muslo izquierdo. La viscontessa estaba a punto de sufrir un infarto. Ya habían pasado veinticuatro horas desde que le había dicho que sí a los chantajistas y hasta ahora no se había decidido a contárselo a su hija, para que no se extrañara de la presencia de unos fotógrafos desconocidos en su boda.

—¡Joder, joder, joder! Cabrones —repetía Laura una y otra vez, mientras golpeaba furiosa con el puño cerrado un mullido almohadón de plumas que terminó en el suelo pisoteado.

—Por favor, Laura, compórtate. No he tenido más remedio que decírtelo, compréndeme. Deja de gritar como una verdulera y entiende lo mal que lo he pasado.

Laura dejó de patear el almohadón y se acercó a su madre abrazándola, con la cara llena de lágrimas, mientras que ella le quitaba los pelos mojados de la cara y la besaba en la frente.

—Piensa cómo he estado todos estos días, sin saber qué hacer, ni a quién contárselo. No quería decir nada para no disgustarte, pero hoy ya no he podido más...

—Lo comprendo, mami, mami, mami, pero entiéndeme tú a mí también, fué una noche especial y habiamos tomado una copas... Fue la euforia, la emoción. Con respecto a lo de la píldora, la toman la mayoría de mis amigas los fines de semana. Todo el mundo del entorno en el que vivo. En el que a ti te gusta que viva...

—No es momento de hablar de esto —le dijo—, ya lo discutiremos más despacio, pero ahora arréglate. Faltan sólo dos horas para la ceremonia. Te tienes que vestir y llegar a tiempo a la Iglesia donde estará Odón esperándote. Ya sabes lo puntual que es tu padrino. Por cierto, que no le he dicho nada... No me he atrevido. Todavía se lo

puedo decir —comentó, tras dudarlo un momento poniéndose un dedo en los labios, que se curvaba como una involuntaria interrogación.

—¡No! ¡Ni se te ocurra! Cualquiera sabe qué sería capaz de hacer. Yo quiero que esté feliz el día de mi boda. Ya se enterará cuando ponga la televisión mañana y vea que hay toda clase de fotos, cuando el quería que fuese una boda íntima...

—No tengo más remedio que decírselo. Voy a ir a buscarlo y se lo voy a decir, ahora que no puede ya suspender la boda. Ahora que están los caballos enganchados a la carretela y las góndolas preparadas en el río...

—¡No, por favor, por favor, por favor, mami! Ya sabes que es imprevisible. Ya sabes el genio que tiene. Ya sabes que puede buscar a los culpables y no parar hasta darles su merecido. Ya sabes lo recto y puritano que es y el disgusto que se va a llevar.

—No tengo más remedio. No tengo más remedio —insistía, mientras le abría la puerta a la maquilladora, a la peluquera y a su ayudanta, que no pudieron disimular su cara de asombro cuando vieron el aspecto de la novia.

—Por lo menos —gritó Laura a su madre cuando ya se alejaba por el pasillo—, no entres en detalles...

La viscontessa salió de la casa por una puerta lateral y se encaminó a las cuadras donde le habían dicho que se encontraba Odón en aquellos momentos. Para llegar antes atravesó lo que pomposamente Odón llamaba, con una sonrisa, el “museo de carruajes”, donde guardaba, con mimo y cuidado, más de una docena de coches con cierto valor, entre los que se encontraban: un Milord descapotado, un Faetón, un Dog-car, un Landó con capota y un humilde Simón, un auténtico carruaje de los que empezaron a circular por París como coche de alquiler hacia 1650. Pero la verdadera “joya de la corona” era una carretela de principios del siglo XIX de color rojo oscuro que en esos momentos se encontraba en el patio de atrás esperando que comenzara el ritual de enganchar los caballos.

Odón se sorprendió con la aparición de su ex mujer. Estaba en mangas de camisa, aunque perfectamente afeitado y con su pelo moreno peinado hacia atrás. Se diría que en cinco minutos podría cambiar su vestimenta por el chaqué de padrino de la boda. La italiana era consciente de su atractivo y admiró una vez más sus anchas espaldas recordando la presencia de un automóvil de 1912 que se

encontraba en un rincón apartado del “museo de carruajes”, donde hicieron el amor por primera vez, imitando, quizás, la escena áquella de *Titanic* donde los dos protagonistas se encierran en un coche, en la bodega del famoso barco, dejando Kate Winslet la huella de sus dedos en el cristal lleno de vaho.

—¿Qué haces aquí? Qué sorpresa. Pensaba que estarías ya preparándote para la ceremonia.

Luego, la miró más detenidamente y, al ver su cara de preocupación, le dijo, cogiéndola del brazo y apartándola de la cercanía de la carretela. ¿Ocurre algo? ¿Te preocupa algo?

—Don Odón —oyó que le preguntaban todavía los hombres—, ahora que se ha repuesto Babieca. ¿Enganchamos a cuarta o a larga?

—A la larga y guarniciones a la calesera, que hoy es un día de muchísima alegría.

—Perdona que te de la lata momentos antes de la boda, pero es que ha surgido un imprevisto, una travesura de tu “hija” que quiero contarte, para que luego no te sorprenda.

—Seguro que no es nada importante. Hoy no puede ocurrir nada importante más que la boda de Laura...

—Ya verás: es que cuando estaba en París, recibí esta nota en el hotel —La viscontessa le dio la nota a Odón— y decidí acudir a la cita para ver unas fotos que decían que le habían hecho a Laura durante la despedida de soltera en Ibiza. A cambio de no repartirla a todos los medios de comunicación me exigían que pudieran entrar dos fotógrafos suyos a la boda para ellos poder vender las fotos.

—Y tú, ¿no accederías? ¡Qué desalmados! Ya sabes que yo quiero la máxima privacidad ¿Qué les dijiste?

—No tuve más remedio que acceder. No quería ningún escándalo antes de la boda de Laura... Lo estuve pensando mucho. Noches enteras pensé en llamarte y pedirte consejo, y al final me decidí. Pero ahora, dos horas antes, te he buscado para contártelo.

—¿Y cómo son las fotos? —sin esperar la respuesta continuó—. Esta Laurita ya podía haber tenido un poco de cuidado.

—Compréndela —dijo intentando quitarle importancia al hecho—, era una noche un poco loca por el fútbol y en la foto aparece besando a un chico... Ella dice que todo el mundo se besaba aquella noche...sus amigas, tambien.

—¿Lo sabe Laura?

—Sí, ha llorado y se ha revolcado por el suelo maldiciendo a los autores.

—Voy a verla.

—No hace falta. Ahora ya está bien, tranquila. Dime que he hecho bien. Solo intentaba evitar el escándalo.

Odón la apartó aún más del lugar donde estaba la carretela. Ella, tras dar unos pasos, apoyó su mano en uno de los troncos del corral que mantenía aislados a un grupo de caballos. La finca estaba llena de caballos —había cartujanos, lipizzanos, lusitanos, frisones, hasta un total de setenta o cien—. En ese momento, diez o doce entraban a las cuadras por el único camino que utilizaban para salir al campo, muy cerca del espacio donde se iba a celebrar el banquete, ocupado ya por varias decenas de camareros que sacaban las viandas de los camiones del catering. Odón, tras pasar cerca de la cuadra donde estaban las feroces cebras atadas con cadenas, cerró el mismo la valla con un gran cerrojo.

—Ya lo he cerrado yo, Eusebio —gritó a uno de sus empleados, que venía corriendo para ocuparse de ello—. Ordena que no bajen la guardia esta noche, no quiero sorpresas. Por cierto, Eusebio, diga a los del catering que quiten las furgonetas del camino para que no bloqueen la salida.

—Pierda cuidado, don Odón, está todo bien cerrado. El único sitio por donde se pueden escapar es por esta valla y la ha cerrado usted.

—Necesito que me digas que he actuado bien —insistía la viscontessa, ajena al tema de los caballos.

—Yo creo que sí —le dijo Odón mientras miraba la nota de París que tenía en su mano derecha y que volvió a leer.

Ella suspiró aliviada, a la vez que se sobresaltó al notar en la mano que tenía apoyada en la valla el contacto de un hocico húmedo.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver el extraño equino, que tenía la mitad del cuerpo blanco y la otra mitad a rayas, como una cebra.

—Es un cebrallo. Un cruce de cebra con caballo —le dijo Odón, añadiendo—: Has hecho bien en quitar la mano porque es carnivoro.

Había amanecido un día espléndido. La sombra de las cresterías, chapiteles y pináculos góticos dibujaban curiosos arabescos en las cubiertas de la catedral, cambiando de lugar a medida que pasaban las

horas, como escondiéndose de la luz del sol que, al alba, se asomó por el horizonte con los ojos vendados por la niebla. Cuando las campanas rompieron el silencio anunciando las seis de la tarde, José, el novio, ya esperaba en una de las puertas del templo la llegada de la novia, anunciada por los doscientos cascabeles de los seis caballos blancos que tiraban de la carretela, espantando a su paso los pájaros de los naranjos. Laura, bella y sonriente, saludaba divertida al numeroso público que curioseaba de pie en las aceras, y miraba a su padrino, Odón Setano y Fernández-Queen, que, serio, digno, se limitaba a hacer una breve inclinación con la cabeza para responder al entusiasmo de los curiosos.

—¡Va emocionada!

—¡Qué guapa!

—Es muy joven.

—Parece tímida.

—¡Esta noche te va a aviar el vasco!...

—¡Vivan los novios!

La carretela enfiló el último tramo de la calle —habían desviado el tráfico— despacio, majestuosa, ocupando el centro de la calzada, sin prisa. Los caballos braceaban al avanzar dibujando en el aire pasos de baile. Un ejercicio rítmico, acompasado, que sólo terminaba al chocar los cascos con el asfalto. De vez en cuando, entre las voces de algunos entusiastas, que seguían gritando “¡guapa!” y “¡parece una virgen!”, se oían aplausos para el cochero, que sostenía con mano firme las riendas de los seis briosos caballos cartujanos.

Ya antes de la esperada llegada de la novia, muchos de los curiosos apostados desde bien temprano en las aceras, habían podido ver la entrada en la Iglesia de famosos de la televisión, toreros, artistas y damás habituales de las páginas de las revistas más prestigiosas, como la viscontessa, la madre de la novia, bellísima, con el traje que le había confeccionado Domenichi, inspirado en el que lució al reina Rania de Jordania en la boda de la princesa Victoria de Suecia. Una de las habituales de estas páginas que más llamó la atención y provocó más comentarios del público fue Elizabeth, la amiga inglesa de Odón, que llevaba un vestido de gasa azul pálido con zapatos y bolso del mismo color. Tampoco pasó desapercibido el de la elegantísima Blanca, de rojo, con mantilla. Mantilla también llevaba la madre del novio con un traje gris sobrio y elegante. Aunque se vieran algunas mantillas,

principalmente en personas más mayores, ganaron las pamelas. Las había de todos los colores y tamaños y formas, con o sin plumas, con flores y con dibujos geométricos. Las había atrevidas y sencillas, bellas y horrorosas, una colección que llenó de colorido el camino desde la catedral al hotel Alfonso XIII, donde se alojaban a mayoría de los invitados.

No faltó gente muy joven, tanto de la aristocracia como del mundo de la televisión, con trajes más cortos y atrevidos, llenos también de colorido, con tacones de vértigo, y esposas y novias de toreros de moda —también ellos elegantes de azul y oro— que lucían zapatos a la última, con plataforma incluso, a pesar de que solían estar muy delgadas y tener piernas larguísimás. En este recuento de urgencia no pueden faltar los comentarios que provocó la llegada de Carla —cuyas memorias habían sido anunciadas estos días con escándalos múltiples —, Elisa —hija del popular diplomático y escritor— y la llegada de Sandra, a la que llaman la Paris Hilton española, con un traje amarillo chillón, la última novedad de esta temporada, y perejil de todas las reuniones, como escribiría en su crónica Patricio, que no dejaba de tomar notas en la puerta por donde —ahora sí— entraba ya la novia, joven, muy bella, muy moderna; con un traje atrevido y demásiado "ligero" para una boda por la Iglesia; con el pelo recogido y una joya familiar de brillantes y esmeraldas que, a modo de pequeña tiara, sujetaba un manto de encaje antiguo. A su lado, ayudándola solícito en todo momento, a bajar del coche, a subir los peldaños de la catedral... estaba Odón, elegante, sonriente, encantador con su porte majestuoso y su andar de atleta. Una vez en la acera, avanzaron despacio hacia el interior. Fue entonces, cuando comenzó a sonar el órgano —magnífico y potente—, cuando los invitados se levantaron de sus asientos volviendo la cabeza para contemplar la entrada de la novia, que al llegar a la altura de José, alargó su mano derecha y rozó con dedos temblorosos el brazo del novio...

—Siempre fue una gran actriz —comentó Carmen, una de las amigas de la despedida de soltera de Ibiza, que se habían sentado en el primer banco con trajes de diferentes colores que daban al conjunto cierto aspecto de estuche de acuarelas.

El altar del trascoro, lleno de cientos de flores blancas, estaba magnífico cuando el padre Telmo —hermano de Odon—, acompañado de otros cinco sacerdotes, comenzó la ceremonia acallando los

comentarios de los invitados.

"Nos hemos reunido en el nombre del Señor para celebrar la unión en Santo Matrimonio de Laura y José", dijo Telmo, iniciando el ritual. Fue poco después de las seis de la tarde cuando tuvo lugar el enlace, tras confesar públicamente los novios: "Sí, venimos libremente a contraer matrimonio". Primero fue el novio quien pronunció el "Sí, quiero" y, después, lo hizo la novia, con voz emocionada: "Sí, quiero".

—"Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre", dijo el padre Telmo mirando a los ojos de ambos.

El Guadalquivir era una fiesta desde la Torre del Oro, a lo largo de todo el Canal de Alfonso XIII. Había gente en el Puente de Triana y en toda la orilla izquierda, tanto en los embarcaderos como en la ladera del césped que hay más adelante, donde jóvenes estudiantes y turistas tomaban el sol aprovechando la excelente temperatura que permitía a los más atrevidos —ellas y ellos— ponerse en bañador. Todos estaban dispuestos a ver el "desfile", anunciado profusamente en la prensa, de unos estrafalarios novios y sus invitados, que iban a realizar un recorrido por el río a bordo de una docena de góndolas que escoltarían a la góndola real, donde irían los novios. El colorido estaba garantizado: los gondoleros eran auténticos y las impecables góndolas, incluida la principal, de mayores proporciones y con toda su barroca ornamentación, las habían traído directamente desde Venecia para este evento. Una imagen realmente insólita, que no dejaba de ser, por lo menos, pintoresca.

Los novios, tras salir de la catedral, se dirigieron en la carretela hasta el colegio de Laura, donde la novia depositó su ramo —flores de cera, fresias y ornitogalum— ante el altar de la Virgen. Las monjas le hacían la señal de la Cruz en la frente y la besaban mientras recordaban lo buena que era. "Sabíamos —contaba su tutora— que sería una joven comprometida con su tiempo. Estamos orgullosas de ella. Sabíamos que sería un ejemplo y que estaba imbuida de nuestro espíritu". Luego, un grupo de compañeros del novio cantaron la salve marinera, mientras José le daba las gracias a Laura porque sabía que ella habría preferido la versión rociera. Beso de los novios. Escalofrío de las novicias más jóvenes y lágrimás de despedida. Otro ritual más que se había cumplido.

Poco después —el colegio de Laura estaba bastante cerca del río—,

los novios llegaron al embarcadero junto a los invitados más jóvenes dispuestos a subir a bordo entre gritos y aspavientos mientras buscaban sus móviles para inmortalizar el momento. Todos hacían verdaderos equilibrios para no caer al río ante el estupor de los gondoleros que no estaban acostumbrados a un abordaje semejante y se sentían extraños lejos de su Gran Canal. Organizado el cortejo, se puso en marcha la comitiva, marchando en el centro la góndola real, ricamente engalanada como merecía la ocasión, con seis gondoleros por banda, que bogaban despacio, acompasados, mientras los novios gastaban bromás a sus amigos que iban apiñados en las otras góndolas menores, pero igualmente engalanadas. Hubo música, flores y muchos hurras que los curiosos espectadores lanzaron a los novios desde los puentes y las orillas.

Odón, en su Rolls, desde la carretera que discurre paralela al río, sonreía viendo a Laura disfrutar. Se alegraba por haberle podido dar aquel capricho que, en el fondo, también a él le divertía. La viscontessa se lo trataba de explicar a los padres de José: "A Laura le encantó la boda de Victoria de Suecia, donde también hicieron un recorrido en una bella embarcación real. Fue al verla, cuando le pidió a Odón, que trajeran las góndolas. Mañana mismo se las llevaran en un mercante que sale de Cádiz y hace escala en Venecia".

Daniel, el periodista, se quedó sorprendido cuando recibió en su casa la invitación de boda de Laura y José. Fue su mujer la que se lo dijo cuando llegó a casa una tarde en que regresó temprano.

—¿Daniel, has visto esa invitación de boda enorme que hay en la entrada? ¿A qué no adivinas de quién es? ... Ni te lo imaginas.

—No has tenido paciencia para esperar a que viniera a abrirla. ¿Verdad? ¿A qué no?

—Pues no, la verdad. Anda, mírala. Pero ábrela aquí, delante de mí, que quiero ver qué cara pones.

Daniel la abrió en la cocina, donde estaba el matrimonio, después de lavarse las manos en el grifo del fregadero para intentar borrar las huellas de la tinta de las pruebas de la imprenta. Era sin duda un matrimonio sencillo, pero feliz.

—¡No me lo creo! —exclamó Daniel—. ¿A qué viene esto, tras tantos años casi sin hablarnos? El primo Odón debe estar enfermo.

—Y encima —comentó Rosa—, igual le vamos a tener que hacer

un regalo, con lo mal que nos viene ahora que hemos comprado la tele de plasma.

—Eso, si vamos.

—Vayamos o no vayamos, lo correcto es hacer un regalo...

—¿Qué mosca le habrá picado para invitarnos?

—¿No has visto lo que pone detrás? Léelo, léelo.

—“Para que veas mis caballos, a ti que te gustan tanto”.

—¿Pero el tal Odón qué es tuyo, vamos a ver? —dijo Rosa, que llevaba años oyendo hablar del primo millonario, sin que hubiera tenido una sola prueba de que existía de verdad.

—Te lo he dicho mil veces: su padre y mi madre eran primos. Más claro todavía —dijo corriendo tras ella alrededor de la mesa con intención de abrazarla, sin que ella se dejara—, su abuelo y mi abuelo eran hermanos.

—¿Y qué tiene que ver con Telmo? —dijo, jadeante, con los dos brazos apoyados en la mesa, dispuesta a seguir corriendo cuando advirtiera la menor intención de ataque por parte del “enemigo”.

—Mujer, por Dios: Telmo y Odón son hermanos.

—Pues, para qué tanto misterio. ¿Por qué no llamás al cartujo, a ver si sabe algo? Hace una semana que has estado con él para llevarle la “cartita” de tu madre...

Rosa se dejó atrapar junto a la nevera y simuló un falso forcejeo para apartar las manos de Daniel, que había lanzado un ataque por la retaguardia.

—Estate quieto. De verdad. Qué pesado eres. Las niñas van a venir del colegio y, además, se me van a pegar las lentejas...

—Pues mira, es buena idea eso de Telmo —dijo Daniel que había aceptado la tregua—. Le voy a llamar.

Miró el reloj y añadió:

—Aunque ahora no es buen momento porque estará en su éxtasis contemplativo, allí arriba, en la torre de su iglesia.

—Pues llámale luego, que estará más iluminado... —Rosa se quedó un momento pensativa y añadió—: No podemos ir. Es que no es sólo la televisión de plasma y el regalo... Hay que añadir el viaje, el hotel, un traje para mí y unos zapatos que he visto el otro día en el escaparate de Pilar Burgos... —cada vez que enumeraba algo nuevo, Rosa presionaba con la yema del índice de su mano derecha un dedo de la mano izquierda: el meñique con el viaje, el anular con el hotel, el corazón

con el traje... Hasta que ya, abatida, se derrumbó sentándose en una silla... —Es imposible. No podemos ir. No tenemos dinero para tanto: hipoteca, colegio, coche, tu caprichito del campito de Algete...

—Pero, Rosa, por favor. ¿A tí te apetece realmente ir? No vamos a conocer a nadie. Con lo que tú despotricas de esa gente, que la pones a parir en cuanto tienes la menor ocasión. Una chica como tú, de izquierdas de toda la vida...

—Pues sí, mira. Para una vez que tengo ocasión, me gustaría ir.

—¿No será que tú en el fondo quieres ser uno de ellos?

Rosa era de izquierdas porque su familia lo había sido siempre —su abuelo había estado dos años en la cárcel durante la dictadura—, por lo que había oído hablar en su casa desde pequeña, por lo que se comentaba en su casa durante las cenas, más bien escasas. Era de izquierdas porque lo eran sus compañeras del instituto y sus amigos, que regalaban a sus madres flores de papel cuando era su cumpleaños. Era de izquierdas porque lo eran sus primeros novios, con los que iba a los programás dobles de cine de barrio o a los bailes de la corrala y porque lo eran la mayoría de los trabajadores de las fábricas de Legazpi, empleados de correos, aprendices de cajistas o mecánicos que formaban su panda. Era de izquierdas porque si no iba con sus amigas con el puño en alto a repartir octavillas se quedaba fuera del grupo de sus colegas, con los que había crecido y se había hecho una mujer en su círculo, pero no porque estuviera convencida de nada. Es más, quizás sin admitirlo del todo, estaba deseando salir de allí, de aquella vida humilde, monótona, que pesaba como una losa de mármol, cuando ella lo que de verdad deseaba era, en vez de estar bajo la losa, bailar sobre ella en salones de lujo, tener el mármol bajo sus pies, bajar por blancas escaleras maravillosas, como sus princesas de recortable, con las que jugaba cuando sus colegas del barrio no la veían.

—¿Cómo me dices a mí que yo quiero ser uno de ellos? ¿Estás en tu juicio? Yo quiero ir por ti. Porque, al fin y al cabo, son tus primos —los tuyos, no los míos— y estará Telmo y, ¿cómo se llama el otro? ¿El que dices que es un bestia?

—Fabián.

—Eso, Fabián. Y el estirado marqués.

—Por qué no le preguntas a tu amigo del alma, a Ángel, si a él le han invitado también. Es tan primo de ellos como tú.

—No puedo llamarle, tiene unos juicios. Y, además, está

completamente hundido porque no puede hablar con Anabel por teléfono. No le contesta a los sms, y no sabe donde podría escribirle. Esta completamente desesperado el pobre, sin saber que hacer.

—Pues, muy sencillo, ¿por qué no preguntas a la Agencia de Modelos a la que pertenece, que probablemente fue la que la envió al desfile?

—No quieren decir nada. Hay un mutismo absoluto. Igual que en la embajada de España, donde no les consta su entrada en el país. Dice que no sabe si irse a Estocolmo a buscarla.

—Está loco.

—No se hable más —dijo Daniel dejando la invitación en la encimera—. Vamos allá. Me han dicho que tiene unos caballos magníficos. Y se rumorea que en unas cuadras “secretas” tiene una especie de yeguas supuestamente carnívoras con las que está realizando experimentos alucinantes. Probablemente habladurías, pero no deja de ser un tema curioso. Igual saco un buen reportaje para el periódico.

Daniel y Rosa llegaron a la finca de Odón treinta minutos antes de la hora que señalaba la invitación de la boda de Laura, que llevaba Daniel cuidadosamente guardada en el bolsillo izquierdo de su traje azul. La pareja llegó al control de acceso en su utilitario, tras dos Jaguar y un Rolls. Los de seguridad se acercaron dispuestos a ser concienzudos en la identificación, pero pronto abandonaron al llamarles la atención la llegada de un taxi donde venían dos individuos perfectamente vestidos. Los de seguridad hablaron con ellos y, tras ser identificados, se bajaron del coche y sacaron del maletero toda una serie de cámaras de fotos que se fueron colgando en los hombros. Indudablemente los estaban esperando, ya que, posteriormente, subieron a un jeep de la organización y se perdieron por la carretera que subía hasta la finca.

El periodista y su esposa llegaron al aparcamiento preparado para el banquete cuando aún no había casi nadie. Trabajos de última hora no le habían permitido ir a la catedral como hubiera sido su deseo. Una vez que aparcaron al lado de uno de los Rolls, cuando se disponían a enfilar el camino marcado por las antorchas que desembocaba en el gran lago de los cisnes, comprobaron, no sin cierta sorpresa, que uno de los elegantes caballeros que se habían bajado del coche de al lado se acercaba a ellos sonriente, dándole a Daniel una palmada en el hombro y abrazándolo posteriormente.

—Me figuro —le dijo con la mayor de las sonrisas— que esta espléndida mujer es tu esposa.

Daniel asintió.

—¿No me has reconocido? ¡Soy tu primo Fabián! ¡Dame otro abrazo, hombre! Y tú también —dijo dirigiéndose a Rosa, que tuvo que sujetarse con una mano el sombrerito que le habían prestado para la ocasión—. Le comenté a mi hermano que te invitara. ¿Por qué no invitas al primo Daniel y así le enseñas tus caballos?, le dije ¿Y sabes lo que me contestó? Pues mira, tienes razón. Igual le regalo las cuatro yeguas a él, que las puede vigilar mejor en su campo de Algete. ¿Sabes que está haciendo unos extraños experimentos con una especie de cebras o cebrallos que han llegado de no sé donde y que se empeña en querer demostrar que las yeguas son carnívoras?

Comenzaron a andar entre las dos hileras de antorchas sin que Fabián dejase de hablar en ningún momento.

—Y bueno, muchacho. Dime, Rosa, ¿tenéis hijos?

El primo, sin dejarlo contestar, añadió:

—Hemos intentado hablar con Ángel pero me ha dicho Odón que estaba de cabeza con un viaje a Estocolmo, por alguien, una chica, creo, que no aparece y está investigando. Al abogado, desde pequeño, siempre le ha gustado jugar a detectives.

Al final del camino, ya en el lago de los cisnes, Fabián se encontró con otros invitados y se separaron mientras les asaltaban una legión de camareros con toda clase de refrescos, bebidas y canapés, que desaparecieron como habían aparecido. La amplísima explanada de la parte posterior de la casa estaba impresionante. Junto a los paseos de gravilla había amplias zonas de césped donde habían sido dispuestas decenas de mesas con sus sillas perfectamente forradas y una gran cinta, azul o roja, que recogía su respaldo. Había flores blancas por todas partes: en los centros de mesa, en las esquinas de los paseos que convergían en cuatro fuentes equidistantes del lago de los cisnes, en los balcones de la casa y en la espectacular escalera de piedra que comunicaba la puerta de atrás de la casa con el jardín, donde habían colocado una enorme alfombra roja, por donde estaba previsto que bajaran los novios para ocupar la mesa presidencial.

Más allá del lugar preparado para el banquete, al fondo, había varias pistas de baile junto a los escenarios donde iban a actuar orquestas y cantantes de moda en directo, además de un tablao y otra pista de baile,

convertida en discoteca, para que los más jóvenes bailaran hasta el amanecer con su "disyóquey", que había sido traído de Ibiza "fichado" por Laura, que lo descubrió durante su estancia en la isla.

La amplia explanada se iba llenando de invitados que llegaban de la boda en la catedral. Se saludaban. Formaban grupos que pronto se deshacían al llegar un nuevo grupo mientras comentaban la ceremonia y la insistencia del padre Telmo, que había subido la voz cuando dijo lo de "Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre".

—Por lo menos, estos se han casado —comentaban unos matrimonios mayores— porque la hija de José Manuel y Encarnita —dijo más bajo una de las señoras, acercando los labios al oído de la que llevaba una pamela rosa— se ha ido a vivir con un americano de la base de Rota.

—¿Con un oficial?

—No. No. Nada de oficial. Además, creo que es de color.

—Telmito hace bien en insistir, porque, la verdad, hija, es que los matrimonios jóvenes ahora no duran nada.

—Es cuestión de educación. Y esa televisión, por Dios. Esa televisión a la hora que los nietos vienen del colegio. Y pildorita para antes y pildorita para después.

Todos se quedaron expectantes cuando la madre de la novia comenzó a bajar la escalera despacio, sola. Tras pararse un momento en el primer escalón, como si buscara a alguien en el jardín, reanudó el descenso sin mirar al suelo, majestuosa, perfecta.

—Hay que ver cómo se conserva.

—Y aquí no hay *photoshop* o cómo se diga.

—El traje no le va nada —comentó la del americano.

—Ni los zapatos tampoco. ¿Y qué me decís de la pamela...?

—No acabo de entender lo de que Odón haya sido el padrino. ¿Dónde está el padre de verdad?

—Vaya usted a saber. Ahora no se sabe. Con tantas sorpresas como hay.

—Si Odón, que es un caballero de los que quedan pocos, lo ha hecho, será por algo.

—A mí me han dicho que está encaprichado con la niña. Que la quiere como a la hija que nunca ha tenido.

—Desde luego, le da todos los caprichos, porque mira que lo de las gondolitas.

De las góndolas hablaban otro grupo de parejas jóvenes que comentaban la singladura, mientras una de las chicas, de apenas veinte años, enseñaba las fotos de su móvil.

—Ha sido genial, genial, como ha molado, súper, súper, súper. Y es que íbamos a tope en la barca. ¿Sabes?

—Y el gondolero, cómo estaba. Qué tabletas, tía.

—“Bueno, bueno, bueno”, no me lo quiero ni imaginar. Podríamos irnos a Venecia el fin de semana que viene a ver si lo encontramos.

—No. Yo no puedo porque tengo que ir a un partido de polo con Richard a Sotogrande.

—Pues, a la otra semana.

—La otra semana tengo un *baby shower* en Londres. Lo siento. De verdad, pero por nada del mundo me perdería la fiesta de despedida de embarazo de mi amiga Marta... Entendedme, por favor, es muy, muy, muy amiga. Además, me parece tan original, que estando a punto de dar a luz, tenga ganas de fiestas...

Rosa no daba crédito a lo que estaba viendo. Se había colocado cerca de la escalera por donde tenían que bajar la mayoría de los famosos y le daba disimuladamente a su marido con el codo cada vez que descubría alguno de sus personajes preferidos:

—Mira, ahí está Max, el actor de moda que dicen que va a rodar una película con Woody Allen.

Esta vez el codazo fue mayor:

—Pero si es Cira. ¡Cómo está, Dios mío! Pero, qué se ha hecho en la cara. Se ha quedado irreconocible.

Y también:

—Pues mira, la de los concursos de por la noche. ¿Cómo se llama?... Fíjate, fíjate, qué vestido amarillo lleva. Pero si lo va enseñando todo.

Rosa era de mediana estatura, pelirroja, tenía la piel casi blanca y todo el cuerpo lleno de pequeñas pecas. Cuando llevaba tacones, incluso resultaba sexy, con sus pechos pequeños y sus caderas suaves. Pero, sin duda, su mayor atractivo era su nariz, un poco respingona, y sus labios, siempre húmedos, como si estuvieran a punto de dar un beso.

A Fabián no le había pasado desapercibido ese aire infantil que enmanaba de su persona: su blancura, sus pecas, sus ojos claros, y la miraba de lejos, desde el otro lado de la escalera. La verdad era que

Rosa había cambiado poco desde que Daniel la vio en el balcón de enfrente de su casa, el primer día que llegó a su domicilio de Madrid con sus padres.

—Quiero que os sintáis como en casa —dijo Fabián, cogiendo a Rosa del brazo y acercándose a una azafata para que les indicara en qué mesa estaban colocados. Yo le dije a mi hermano que os pusiera con gente de nuestra confianza.

La azafata les preguntó su nombre, y Fabián, sin soltar el brazo de Rosa, les acompaño a la mesa.

—Qué bien. Estás con Eusebio.

Luego, dirigiéndose a Daniel, le dijo:

—Eusebio es el mejor colaborador de Odón. El te explicará hasta el último detalle de los caballos de la finca. Luego nos vemos —dijo, mientras se alejaba perdiéndose entre el resto de invitados que ocupaban ya la mayoría de las mesas.

Todo estaba abarrotado. Debía de haber cerca de mil personas. La orquesta, compuesta por más de veinte maestros, comenzó a tocar cuando aparecieron los novios en la puerta, donde se pararon un momento para saludar y darse un beso. Luego, descendieron como una pareja de príncipes, por la impecable alfombra roja, hasta la mesa presidencial que ocuparon junto a la madre de la novia, Odón y los padres y familiares del novio.

Eusebio presentó a Rosa y a su marido a los demás invitados de la mesa con una frase cariñosa para cada uno:

—Estos tan elegantes son Amparo y su marido; Adaro, muy amigo por cierto de su primo Odón, y su esposa; a mi izquierda, Hilario —la mano derecha de Fabian—, y su hermana, y mi mujer, Margot. Yo soy Eusebio, secretario y ayudante de Odón —repitió para terminar la ronda, con una sonrisa que intentaba ser amable.

La conversación se hizo general mientras Daniel se guardaba uno de los menús para el periódico, por si acaso a Patricio no se le había ocurrido coger uno: lubina del Cantábrico con trufas y almendras, perdiz roja española con salsa castellana, crema helada de café con almendras, salsa de caramelo, tarta, blanco de Rueda, tinto de Rioja y cava.

Eusebio intervino, adelantándose a la pregunta que estaba seguro iba a hacer alguno de los invitados:

—El menú es igual al de la boda de la infanta Elena con Jaime de

Marichalar, aquí en Sevilla. Laura lo ha copiado todo de la boda de la infanta y de la boda de la princesa Victoria de Suecia.

Eusebio desdobló la servilleta, inclinando un poco el cuerpo lateralmente para que el camarero sirviera el vino blanco, que, inconscientemente, tocó para ver si estaba suficientemente frío. Luego, mientras los demás invitados de la mesa terminaban de sentarse, les comenzó a hablar de Odón y de caballos:

—Es pasión lo que siente por los caballos. Tiene más de veinte mil metros de cuadras, caminos y cercas para tener separados unos y otros. Además, hay otro espacio parecido donde tiene el museo, los almacenes y lo que llamamos la enfermería, donde los veterinarios, y alguna bióloga que viene por aquí, estudian cuatro extrañas yeguas que Odón se empeña en querer demostrar que podrían llegar a ser carnívoras.

—¿Pero comen o no comen carne? Yo creo que eso es muy fácil —le interrumpió Daniel que no entendía muy bien el tema.

—Es que no es tan sencillo como tú lo planteas. Primero, acaban de llegar de un lugar remoto de África, enviadas desde allí por un amigo suyo. Segundo, es verdad que de vez en cuando se comen alguna que otra chuleta que él les da, incluso jamón...Y tercero, en la antigüedad, ya hay libros que hablan de ello, hubo algún caso de equinos carnívoros.

Eusebio, al ver que Daniel no tenía vino, le echó un poco de su copa aclarándole que él no bebía. Luego, continuó diciéndole que, más tarde, podrían ir dándose un paseo hasta las cuadras y que las podría ver de cerca aunque, para no asustarle, le ocultó que estaban atadas, que eran feroces y que atacaban dando mordiscos y que podían llegar a ser sanguinarias.

—Ya sabrás que me encantan los caballos y que tengo un par de ellos en una finquita cerca de Madrid. Iré encantado a verlos. No sólo las famosas cebras, sino todos los demás.

—Además —continuó persuasivo Eusebio—, ahora que conoces el camino puedes venir cualquier día para verlos más detenidamente. Hay más de noventa o cien, entre yeguas, caballos y potrillos. Quiero decirte una cosa de parte de Odón: el jefe te quiere regalar las cebras. Vamos, que son tuyas ya, para que tú sigas las investigaciones en Algete.

—Ni hablar. Eso no puede ser. Yo no las quiero. Ni las puedo

tener... Ni tengo tiempo, ni dinero...

Eusebio le puso una mano en el hombro y le dijo:

—No te preocupes, él te da lo que haga falta. Te envía a los veterinarios y a la bióloga para que sigan las investigaciones. Lo único que quiere es alejarlas de aquí porque estas bestias salvajes le alteran la cuadra. Ya te lo dirá él luego... Aunque hoy no es el día más apropiado.

—Ni hablar. No las quiero. Muchas gracias, pero no...

—Luego vamos a verlas. A ver si cambias de parecer.

—No voy a cambiar de parecer.

—¡Mirad, está allí Odón, semioculto entre las cortinas! —dijo Eusebio para que lo oyeran todos mientras señalaba el balcón de encima de la puerta de la casa por donde habian aparecido los novios —. Es un poco especial. Se ha ido allí a fumar un puro porque no le gusta fumar delante de la gente y porque no soporta estas comidas tan larguísimas. Luego bajará para tomarse una copa.

Daniel miró —igual que todos los invitados de la mesa— hacia donde señalaba Eusebio y, con cierta dificultad, vio a Odón de pie, casi en penumbra, asomado a la ventana del despacho, como la escena aquella de la película *El gran Gatsby,* en la que el protagonista, que nunca solía asistir a las fiestas que organizaba, vigilaba desde el balcón, noche tras noche...

La fiesta estaba en todo su apogeo. Las mil personas que se habían congregado, bullían por los jardines yendo de una mesa a otra, terminada la cena y apurado el cava. Muchos de los invitados se acercaban a las numerosas barras libres para pedir bebidas más fuertes, riendo, hablando, elevando la voz para hacerse oír por encima del ruido producido por las cinco orquestas y la música ensordecedora de la discoteca, que empezaron a sonar al unísono a las doce en punto de la noche.

Los novios abrieron el baile con el tradicional vals, obligando luego la novia a salir a la pista a Odón, el padrino, que bailó con perfecto estilo vienés, provocando el aplauso de los presentes, por su elegancia en la ejecución y la perfección de sus movimientos. Posteriormente, Odón bailó con la madrina y con la madre de la novia, que le dio una vez más las gracias por la maravillosa boda de su hija.

Hacía calor y los más jóvenes comenzaron a bailar mientras un grupo de ellos prefirió darse un chapuzón improvisado en algunas

fuentes del jardín, entre bromás y falsos grititos de pudor de las chicas que salían del agua con sus ligeros trajes de verano pegados al cuerpo, mientras algunos de los chicos les alcanzaban sus chaquetas del chaque para que se taparan.

Rosa comentaba con Fabián e Hilario lo bien que lo estaba pasando rodeada de tanto famoso.

—¿A quién te gustaría conocer? —le preguntó Fabián.

Rosa, sin pensárselo mucho, le dijo que le encantaría saludar a Max, el actor que iba rodar con Woody Allen.

—Eso está hecho —le dijo Fabián levantándose y cogiéndola de la mano para que le siguiera. Rosa dudó. Miró a Daniel, que estaba un poco en la penumbra y, aunque no le oyó decir nada, vió que movió con torpeza una mano dándole su aprobación. Poco después, Daniel se empezó a encontrar mal. Notó que se mareaba. Sintió que iba a desmayarse y apoyó las dos manos abiertas con las palmas en el mantel mientras veía alejarse a su mujer y a Fabián con una sonrisa estúpida... Adaro, el amigo de Odón, y Amparo, se dieron cuenta de que algo pasaba. Creyeron que se tambaleaba por algo que le había sentado mal o porque había bebido demásiado. Ayudado por Eusebio, le levantaron de la silla para apartarlo de donde se encontraban los invitados.

—Quiero ir con mi mujer —decía sonriendo—. Dejádme. Me encuentro bien. Muy bien.

Eusebio, Amparo y Adaro le alejaron de las mesas y se dirigieron a donde estaban los camiones del catering. Hilario, que se había sumado al grupo, trajo una tumbona de la cercana piscina, donde lo acostaron tapado con una enorme toalla.

—¡Vamos, acercadlo aquí, al camino¡ —dijo Eusebio —. Habría que preguntar por los micrófonos si hay algún médico. Está muy pálido y podría ser un ataque de algo importante.

—Buscad a su mujer —decía Adaro—, ella sabrá si sufre alguna alergia o algo por el estilo. Quizás tenga que tomar alguna pastilla.

—Se le pasará —decía Eusebio—. Tened calma. Se le pasará. No veis que sigue sonriendo. Quizás ha tomado una copa de más. No alarméis a la gente. Dejadlo aquí en el camino por donde han entrado los caballos esta tarde. Aquí le será más fácil llegar a la ambulancia.

—Está como drogado —insistía Amparo que tenía conocimiento de primeros auxilios—. Hilario, por favor, ve a buscar inmediatamente a su mujer mientras yo voy a llamar a algún médico.

Amparo salió corriendo en busca de ayuda y pronto dos enfermeros trajeron una camilla de la ambulancia que estaba aparcada más lejos, saliendo luego en direcciones opuestas para buscar a su jefe. Hilario se fue en busca de Rosa. Eusebio desapareció, y se quedó sólo Adaro junto a Daniel, semiinconsciente, cubierto con una gran toalla de rayas azules, en medio del camino.

Algunos de las mesas cercanas se habían dado cuenta de que algo pasaba oyendo a Hilario y a Amparo, y comenzaron a bajar por el césped hacia donde se encontraba Daniel. De pronto, una luz cegadora rompió la oscuridad y sobre el amplio escenario de la fastuosa boda empezaron a aparecer miles de estrellas que se apagaban antes de llegar a los invitados, que miraban hacia el cielo con la boca abierta. La explosión de luz fue seguida de un ruido atronador que hizo temblar los cristales de las ventanas de la finca rompiendo algunas copas de las mesas que aún tenían restos de cava. Fue una locura. Como una gran explosión. Muchos de los invitados se asustaron. Algunos comenzaron a huir chocando con los que se habían levantado de otras mesas y corrían en sentido contrario... Se apagaron todas las luces y volvió a llenarse el firmamento de millones de estrellas azules, rojas y verdes que, tras dibujar enormes palmeras en el cielo, venían a morir sobre los tejados de la finca. La mayoría, pasada la sorpresa de los primeros momentos, se dispuso a disfrutar de los fuegos artificiales en honor de los novios, mientras otros tardaron más en comprenderlo, como Rosa, que se soltó de la mano de Fabián y salió corriendo a toda velocidad hacia la mesa donde había dejado a Daniel, sin comprender aquel estruendo desmedido, aquel ruido ensordecedor. El pánico aumentó cuando notó que vibraba el suelo. Como si retumbara bajo los pies el galope de cien feroces caballos martilleando la tierra con sus cascos. Fue entonces cuando se oyeron relinchos de miedo. El ruido y el fuego habían provocado una violenta estampida. Las puertas de las cuadras saltaron hechas añicos. Los gruesos troncos y cerrojos que dividían las cercas cayeron derribadas por los asustados caballos que, con ojos de espanto, negros y redondos, a punto de salirse de sus órbitas, eran víctimas del pánico, y avanzaban derribando las vallas a coces y dentelladas, buscando desesperados huir de su encierro. Tenían un único camino y a él se dirigieron derribándose unos a otros, atropellándose, pisoteando a los que caían, entre relinchos de muerte salidos del fondo de sus belfos llenos de espuma.

Cuando Rosa llegó cerca de donde estaba Daniel, jadeante, sin aire en los pulmones, pudo ver horrorizada como cien yeguas y caballos enloquecidos arrollaban a su marido, que daba vueltas entre las patas de las bestias hasta quedar destrozado en el camino, mientras uno de los caballos corría despavorido con la gran toalla de rayas azules sobre el lomo, como un caballo medieval sin caballero que lo cabalgara.

Rosa y Amparo corrieron en su auxilio junto a otros invitados que se habían dado cuenta de la tragedia. Adaro parecía muerto. Daniel quería hablar, aunque tenía el pecho reventado, una pierna destrozada y la cabeza sangrando.

Dos horas después, Rosa tuvo noticias de su marido en los pasillos del hospital donde había sido llevado: “Traumatismo craneoencefálico. Rotura de costillas afectando al pulmón izquierdo. Rotura de la pierna izquierda y del brazo derecho. Estado muy grave”.

8

Ángel continuaba sentado en el sillón del pequeño despacho que tenía en su casa, y leyó por enésima vez el correo que había recibido aquella misma tarde. Ya había oscurecido y encendió la lampara de pie que tenía detrás de la butaca antes de comenzar a leer de nuevo, parandose en los parrafos que ya había subrayado, confundido e incapaz de reaccionar de una manera coherente ante algo tan inesperado. Tras la sorpresa inicial, había intentado inocentemente llamar a Anabel a su movil, ponerle un "sms", y comunicar con el correo de origen del envio, intentos que no obtuvieron respuesta. No sabia que hacer ni a quien recurrir. Solo sabía que había ido a un desfile a Estocolmo pero no le había dicho ni cuántos dias estaría allí, ni en qué hotel se hospedaria. Llego a pensar, incluso, en llamar a la policia, pero le parecio un recurso desmedido, y, además, tenía pocos datos que aportar para que le tomaran en serio, solo un correo de una adolescente a la que había conocido hacia poco más de una semana y de la que sabia pocas cosas, a parte de que era una conocida modelo, como había comprobado en internet... Lleno de dudas, y antes de tomar cualquier decision precipitada que pudiera perjudicarla, decidió leer el correo otra vez:

Sol de media noche, sol de medio día. Estoy sola de noche y de día. En cualquier lugar del mundo donde me encuentre. En cualquier habitación de hotel que intente dormir, estoy sola, sola, sola, y no quiero seguir así. No puedo seguir así porque soy inmensamente desgraciada: desfile, pasarela, pasarela, desfile, focos, aplausos, prisas para cambiarte y un traje y otro modelo y otros zapatos y otro avión y otro frío y otro calor. Y tristeza y aplausos y los mismos tópicos de señores, de señoras y ramos de rosas con mensajes de sábanas blancas llenas de pétalos rojos... Con promesas de brillos de joyas y burbujas vacías. Veinte años es una edad muy temprana para morir pero yo, ¡Ay, meu Deu¡ no

quiero vivir más. He dejado correr el agua del lavabo y comprobado que hay dos vasos limpios envueltos en plástico en una de las estanterías. En el último viaje que hice a Japón, la chica que venía conmigo, de trece años, también quería suicidarse como yo. Ella no llegó a hacerlo, pero yo sí lo voy a hacer. Me admiran, me aplauden, me fotografían, pero me siento vacía, muerta. Me acabo de duchar y estoy sentada, desnuda, en el borde de la cama. Con la tenue luz que entra por la ventana a pesar de que son las dos de la mañana, veo mis piernas flacas y largas, la tripa plana y el pubis depilado para que cuando desfilo no se advierta vello alguno ¿Te acuerdas de la otra tarde cuando yo completamente entregada quise hacer el amor contigo? Por primera vez en mi vida lo estaba deseando, tú y yo solos, suspiro a suspiro, para sentir el mismo frío y el mismo calor, para sentir juntos el placer y el dolor, la tristeza y la alegría... Y de pronto no se que te pasó. Todavia no lo entiendo por mas que lo pienso, ¿tuviste miedo?, ¿de qué? Yo quería que siguieras para matar mi soledad y que tu luz entrara en mi cuerpo e iluminara la oscuridad del alma y te dije: ¡Queroche, queroche! ¡Te quiero, te quiero! Y fue entonces cuando empezastes a llorar; cuando encendiste la luz y, cogiendo mi mano, la llevaste a tus ojos para enseñarme tus lágrimás que me explicastes que eran de felicidad, mientras yo, confundida, no comprendi lo que pasaba. Luego insististes en que tu emoción era superior a tu deseo. Que eras feliz de amarme y de que yo te amara. Nunca lo entendí, solo sé que tus lagrimas secaron la humedad de mi sexo... Aquel día fue uno de los pocos momentos de mi vida en que pense que ya nunca estaría sola, pero me equivoque. No comprendo eso del amor platónico de las novelas antiguas... Todavia estoy confundida, pero a pesar de que no te entendí y de que, en cierta manera, me sintiera humillada, te escribo esta carta de despedida, porque no tengo a nadie más para decirle adios...

¿Sabes lo que te digo? Que no he sido del todo desgraciada. Yo, la verdad, era feliz en mi casa cuando era jovencita. Eso sí, soñaba, como muchas de mis amigas, con ser una famosa cantante de rock, una actriz o una periodista de televisión como Letizia, cuando vivía en la Galicia de mi alma. Un poco más mocita entré a trabajar en un Parador. Fue allí donde unos

periodistas que habían venido de Madrid, me abordaron un día mientras les servía un vino, y me dijeron que con ese cuerpo y esos ojos verdes tan enormes y esos andares que parecía una gacela, ese pelo rubio corto y esa sonrisa, ¿cómo no había pensado en probar suerte como modelo?

Tú sabes, Ángel, porque te lo conté, que entonces tenía muy pocos años y me ilusioné. Y convencí a mi familia. Y les presenté a Patricio y al fotógrafo. Mi padre dijo que Patricio le parecía un poco gay y se quedó más tranquilo de que a su hija querida se la llevaran aquellos señores de Madrid. Casi sin darme cuenta, cambiaron mi uniforme súper planchado, súper limpio, por un preciosos traje y me peinaron y me maquillaron por primera vez y me llevaron pasado el cementerio, vereda abajo, camino del río, a un antiguo refugio de pastores lleno de hojas y raíces centenarias para hacerme mis primeras fotos, que se completaron luego con otras junto al monumento del afilador. Sé que esa fue la primera foto mía que viste.

Son más de las dos. Pienso en la cara de pánico que pondrá mañana mi asistente cuando llegue y me vea tendida en la cama desnuda, blanca, y vea junto a mí un vaso de agua medio vacío y un tubo de pastillas rodando por la flamante alfombra de la lujosa habitación donde fue encontrada muerta la joven y famosa modelo española. La mortecina luz que entra por la ventana empieza a desvanecerse. Mi cerebro se apaga y ya solo veo sobre una silla los dorados cuernos de ciervo, como de oro, y unos zapatos también dorados que había dejado allí tras el desfile de la tarde. A pesar de que las pastillas ya están haciendo su efecto me he sobresaltado. ¡Están llamando a la puerta suavemente! ¿Quién será a estas horas? No espero a nadie...

Tras leer, Ángel dejó de nuevo el papel sobre la mesa, apagó la luz de la lampara y se dispuso a recordar como la había conocido... ¿Pero y si era de verdad un secuestro? Desechó la idea nada más pensar en ella. Probablemente quien llamaba a la puerta de Anabel era alguien del servicio de habitaciones...Como iba a hablar con la policia con semejante sospecha. A la mañana siguiente se pondría en contacto con la agencia de modelos que la había contratado y todo quedaría aclarado. Le estaba dando demásiada importancia a un correo que ni siquiera sabia si había escrito ella...Se arrellanó en la butaca y se

dispuso a esperar la llamada de su amigo.

Daniel —el periodista— le había dado a su primo Ángel una invitación para asistir a la recepción con motivo del cumpleaños de la reina Isabel II de Inglaterra en la residencia del embajador británico en Madrid. Le habían invitado como director del suplemento donde trabajaba, pero no podía ir por un compromiso anterior, razón por la cual le había dado la invitracion a él, asegurándole que, aunque era nominal, no le iban a poner impedimento en la entrada.

Ilusionado por lo que iba a vivir —le encantaba todo lo británico—, y un poco preocupado del ridículo en el que quedaría si le rechazaban cuando comprobaran su verdadera identidad, se puso su traje azul, escogió cuidadosamente una corbata roja suave, a tono con la tarde primaveral —veraniega— y se encaminó a Puerta de Hierro, donde tiene su residencia el embajador. Ángel aparcó su coche en una de las calles adyacentes y se dirigíó andando a la puerta mezclado con alguno de los invitados —ellos sobriamente elegantes, de oscuro o de gris, y ellas con traje de cóctel— donde ya se había formado una discreta cola amenizada por un gaitero escocés ataviado con el tradicional *kilt,* que hacía sonar su instrumento. Aquello era lo que Ángel iba buscando: impregnarse de lo británico, lejos de las aburridas y odiosas páginas de su despacho de abogado.

Ya en la entrada —no conocía a nadie aunque le sonaban la cara de periodistas, diplomáticos y políticos— se entretuvo en examinar el gran escudo del Reino Unido que había sobre la puerta. Lo había estudiado en casa antes de salir. En él aparecían reunidos los escudos de Inglaterra, Escocia e Irlanda del Norte.

—Señor, por favor, su invitación.

—Ah!, sí, perdone...

Entró tras un matrimonio hindú, él con el traje blanco impecable y ella con un colorido vestido de fiesta. El embajador y su esposa le dieron la bienvenida con un apretón de manos y una sonrisa muy diplomatica sin saber quien era, y pasó al amplio jardín. A Ángel le pareció sentirse en otro mundo, un remanso de paz en el loco torbellino de Madrid. Más allá de la cristalera del salón y del comedor se extendía una espléndida pradera verde salpicada de pequeños puestos donde se ofrecían los productos típicos de la gastronomía británica, mientras una orquesta tocaba una suave música más allá de la piscina de agua

transparente. Todo ello invitaba a relajarse, a dejarse llevar por la paz, como si no hubiera prisa para nada y se pudiera disfrutar de lo mejor de la vieja Europa. Estaba emocionado, conmovido por pisar por primera vez territorio britanico.

El césped empezó a llenarse poco a poco de invitados elegantes que se saludaban, y en medio de aquel sosiego, de aquella paz, de la música suave de la orquesta, de las conversaciones —casi susurros— de los corrillos de invitados, Ángel la vió a ella, de espaldas, con un traje verde claro, elegante, de corte perfecto, con una melena corta rubia, piernas largas y unos zapatos de finísimo tacón que se hundían en el húmedo césped. La estatura de Anabel destacaba entre las otras personas del grupo donde se encontraba.

En aquel momento Ángel, aunque aun no le había visto la cara, supo que Anabel noto que alguien la miraba, y vió como estiraba su cuello y se quedaba inmovil, espectante, como una gacela cuando su oído o su olfato le advierte que le acecha algún peligro. Entonces Anabel, por instinto, miró hacia donde estaba Ángel con sus grandes ojos verde oscuro, brillantes, como el verde de las hojas del magnolio salpicado de motas del color caoba de su envés. ¿Quién ha dicho que los ángeles no tienen sexo? Ángel deseó en aquel momento quitar una a una las plumás de sus alas blancas —sí, no, sí...— para dejarla desnuda, y que no pudiera volar.

Cuando volvió a la realidad, una décima de segundo después, ella se inclino para dejar en la mesa un zumo de pomelo, y al abrirse un poco el escote de su traje verde, Ángel pudo ver el principio de sus breves pechos recién nacidos —¿cuántos años tendría? ¿Dieciocho?— como pequeños bollos de pan recién salido del horno, tiernos... tersos por fuera y de miga blanda por dentro...apetitosos, tibios...

—Ángel ¡Qué sorpresa! Vente con nosotros que te veo ahí solo y pensativo. Vamos, ven, que son alumnas mías de inglés. —Quien le hablaba era un antiguo compañero de la universidad junto al que estaba Anabel y dos o tres jovenes más.

Mientras las saludaba tras darle un abrazo a su amigo, Ángel advirtió que a Anabel la rodeaba como un halo de misterio, de lejanía, de soledad. Como si no participaras del todo en aquel acto social. Como si estuviera ausente y nunca fueras capaz de entregarse del todo.

—... Y esta es Anabel, mi alumna más difícil —dijo su amigo, cogiéndola a ella del brazo.

Anabel le dió la mano indiferente mirando enseguida hacia otro lado. Una actitud muy suya —luego lo supo— para ganar tiempo para estudiar a la otra persona; para analizar cuál debía ser su comportamiento y tratar de evitar que le fueran a hacer daño; para averiguar cuál debería ser su actitud, su estrategia para combatir a un posible enemigo. En ese momento, a Ángel le dolió su desconfianza, el que no se mostrara abierta, confiada, alegre. ¿Tanto daño le habían hecho para que considerara a cada nueva persona como su enemiga, aunque llegara con la mano extendida y una sonrisa? Le dió pena y pensó que le gustaría ayudarla porque le pareció frágil, débil, vulnerable, demásiado niña, demásiado insegura, demásiado indecisa.

—Anabel es modelo, ¿sabes? Ya empieza a ser una de las "top" —comentó el amigo, al advertir que Ángel solo la miraba a ella—. Ha desfilado en Londres, en París, en la Pasarela Cibeles... Ahora se va tres meses nada menos que a Nueva York.

—Anabel, éste —dijo el profesor poniendo una mano en el hombro de Ángel a modo de presentacion— es mi amigo, mi compañero de universidad. Estuvimos juntos en el colegio mayor cuando estudiábamos Derecho. Es un tío legal —terminó diciendo dándole una palmada cariñosa en el cogote.

—Me ha dado un amigo la invitación y he venido por curiosidad... —dijo Ángel, inseguro y tímido a modo de saludo tras no haber pronunciado una palabra, sin dejar de mirar a Anabel a quien terminó preguntado como si las demás no existieran:

—¿Cuándo te vas a Nueva York?

—Mañana me voy a Ibiza —contestó sin mirarlo—. Estaré allí dos días porque tengo un desfile, y luego viajo a París para ir a Nueva York unos meses.

La voz de Anabel era dulce, con un marcado acento gallego, intimista. A Ángel le entraron ganas de besar sus labios que se unían, se separaban y dejaban entrever la punta de su lengua. Luego ya con Ángel formando parte del grupo, fueron caminando despacio por el mu- llido césped para saludar a otros amigos mientras hablaban de cosas intrascendentes.

—Mirad, allí está la viscontessa, que tiene fama de ser una de las mujeres más elegantes del país.

—¿Cual es? —preguntó otra de las alumnas.

—Aquella del traje azul de Chanel y el pelo recogido.

—También está Elisa, la hija del conocido diplomático y escritor —comentó otra de las jovenes.

—¿Quién es aquel que te mira tan fijamente? —preguntó el profesor a Anabel.

Ella se volvió, y tras mirar hacia donde le había señalado, subio sus dos hombros a la vez para indicar que ignoraba quien era, mientras Angel, que había reconocido a su primo, con el que no tenía el menor trato, se hizo el despistado.

—Es el millonario ese, ¿cómo se llama? —dijo una de las compañeras mientras chasqueaba repetidamente el dedo medio con el pulgar—. Sí hombre... Se llama, se llama... Odón Setano. Eso. Le llaman el marqués... ¡Anda! Está con Elizabeth, la extranjera que sale tanto en las revistas. Fijaos —dijo bajando la voz y haciendo que las demás acercaran sus cabezas para que la oyeran mejor—, ha coincidido con su exmujer, porque él estaba casado con la viscontessa, pero se han separado...

—Pues el millonario no te quita ojo de encima —comentó el profesor en broma.

Anabel no hizo caso del comentario y cogió un canapé de la bandeja que ofrecia un camarero tras examinarlo con disimulo tratando de averiguar si era bajo en calorías. Luego, miro su reloj y Ángel, atento a todo lo que ella hacía, penso que quería irse. Era su oportunidad, no podía hablar con ella rodeados de tanta gente y no lo dudó un momento:

—Tengo el coche a la vuelta de la esquina. Te puedo llevar a donde quieras.

Anabel se quedo un poco desconcertada. No se atrevía a irse con alguien a quien acababas de conocer. Miró a su profesor preguntándole con la mirada si era oportuno acceder a lo que le proponía Ángel, y por fin le dijo que sí.

—Voy cerca del aeropuerto donde está la gente de mi grupo... pero no quiero que te desvies por mi culpa.

—No me importa, de verdad —insistió Ángel

Anabel se despidio de sus amigas y del profesor con un beso y añadió:

—Vamos antes de que me arrepienta.

—¿Por qué te vas a arrepentir?

—Todavía no lo sé.

—Nada de sorpresas —contestó Ángel—. Yo ya me he llevado hoy una muy grande.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Haberte conocido.

—No te rías de mí que me voy en un taxi, de verdad... —replicó Anabel con una breve sonrisa.

Cuando llegaron al coche, un mini negro con la capota blanca, Anabel hizo un gesto de aprobacion —luego le confesaria a Ángel que era su preferido pero en color amarillo—. La joven se sentó con cierta dificultad dada su estatura, porque el asiento estaba muy adelantado, pero consiguió colocar sus piernas que la estrecha minifalda apenas cubría... Cuando la dejó en el hotel Ángel le dijo que la necesitaba; que no quería que se fuera; que desapareciera de su vida, sin más, como había aparecido; que casi no había oído su voz... Ella se le quedo mirando confundida, no comprendía muy bien lo que estaba ocurriendo. No entendía si aquel loco hablaba en serio o se estaba riendo de ella... Ángel noto un gesto de tedio en tu rostro. Seguramente estaría pensado en que se trataba de “otro tío pesado”. Entonces, le pidio perdón teatralmente a la puerta del hotel hincando una de sus rodillas en el suelo:

—Anabel, perdona, perdona, perdona.

La modelo estaba lógicamente violenta por el ridículo que Ángel estaba haciendo y no sabia si reírse o desaparecer por la puerta como si no tuviera nada que ver en aquella esperpentica escena. Finalmente, sin comprender el por qué, le dió la mano y le ayudo a levantarse de su absurda posición... Ángel también estaba confundido. No comprendía cómo había superado sus miedos para decirle tantas cosas cuando casi no sabía cómo se llamaba ella. Mientras se sacudia el pantalon que había apoyado en la tierra, aun le rogó, sin soltarle la mano, que la dejaras llevarla a la mañana siguiente al aeropuerto.

—Pero es que vamos todos juntos en un microbús. De verdad. ¿Ángel? —le dijo temiendo que no fuera ese su nombre—. De verdad, ya nos veremos. No insistas.

—Por favor, déjame llevarte y verte otra vez.

Cansada de una escena tan ridicula, Anabel desaparecio tras la puerta del hotel.

A las siete de la mañana del dia siguiente ya estaba Ángel a la puerta.

Cuando Anabel lo vio —había salido mirando a un lado y a otro con cierta curiosidad por si estaba— se dirigio al Mini haciendo un gesto a sus compañeras con quienes había comentado el “incidente” de la noche anterior. Mientras se sentaba junto a él, Ángel le comento que había echado el asiento hacia atras para que estuviera más cómoda. Anabel olia a jabón, sus labios estaban húmedos y sus ojos, a la luz del día, parecían más verdes, más brillantes, con puntos amarillos y grises y negros, llenos de matices de vida y de promesas... Casi no hablaron en todo el trayecto, pero Ángel sentía cada latido de su cuerpo. Cuando llegaron al aeropuerto, le llevó su neceser rojo y se lo devolvió cuando iba a pasar el control de acceso.

Los altavoces anunciaron el vuelo a Ibiza, requiriendo a los pasajeros que embarcaran. Y entonces a Ángel le entró de nuevo la desesperación. Y pensó que no quería perderla.

—Dame por favor el número de tu móvil —le dijo.

—Pero, ¿no te lo he dado? —contestó ella.

—¿Dónde vas a desfilar? ¿En qué hotel estarás? Por favor, por favor —insistió Ángel.

—En una pasarela nueva, mañana.

—¡Te voy a ir a ver! —le dijo chillando cuando ya desaparecía con los demás viajeros por el pasillo camino del avión.

El aparato había sobrevolado la isla privada de Tagomago y tras dejar a la derecha la ciudad de Ibiza había aterrizado sin novedad. Ángel alquiló un coche en el aeropuerto y se dirigió a su hotel, cerca de la playa de Figueretes, frente al mar. Antes había llamado por teléfono a Anabel.

—¡Estás loco, Ángel! Loco, loco, loco.

Tenían sólo aquella tarde. Al día siguiente comenzaban los desfiles y, desde primeras horas de la mañana, ella estaría sometida a la rutina de la peluquería y el maquillaje. Desde hacía unos meses Anabel estaba acostumbrada a un acoso constante de personas más mayores en su loco correr por el mundo, pero, esta vez, le sorprendió que fuese un hombre joven, de su país, de su ambiente. Todavía estaba confundida, sorprendida y no sabía muy bien si las circunstancias que estaba viviendo le divertían o la estaban empezando a agradar. Desde luego ya no le molestaban como ocurrio al principio, hacía tan solo unas horas. Era la primera vez que se sentía atraída por alguien, aparte de aquel

compañero de su escuela de Galicia... Y comenzó a dejarse llevar, sin saber cómo iba a terminar todo aquello... ¡Por Dios! ¡Por Dios!, pensaba casi en voz alta mientras subía al coche en el que habían decidido ir a San Antonio para ver la puesta de sol en el "Café del Mar".

—Me han dicho que es fantástico el ambiente —comentó Ángel, ilusionado por tenerla a su lado, mientras cerraba ceremonioso la puerta del coche y daba la vuelta para ocupar el asiento del conductor.

—¿A cuántos kilómetros está?

—A un cuarto de hora o veinte minutos.

Anabel llevaba un traje largo blanco muy ibicenco y unas sandalias romanas de tacón larguísimo, y por todo adorno lucía en el cuello un colgante de nácar auténtico y un collar hippie que se había comprado en el mercadillo de "Las Dalias".

El "Café del Mar" era todo un espectáculo Los jóvenes más atractivos de Europa y las chicas más guapas del continente —llegaban constantemente a la isla vuelos procedentes de Stuttgart, Londres, Hamburgo, Paris, Barcelona, Madrid, Bruselas...— se iban concentrando para ver la puesta de sol, paseando arriba y abajo, en un alucinante desfile de morenas, morenos, rapados de cabezas brillantes, rubias y rubios o atletas con vistosas camisetas y caprichosos tatuajes que se enroscaban en su torso y en sus brazos reventando de bíceps tras muchas horas de gimnasio. Allí, sin moverte de una silla podías ver los trajes largos más elegantes, más transparentes, las minis más cortas, las piernas más interminables y chicas y chicos que ni te imaginabas pudieran existir. Grupos de muchachas, con diademás y coronas, que celebraban alguna despedida de soltera; parejas de gais mirándose a los ojos paseando sin soltarse las manos y pandillas de jóvenes en busca de diversión y de chicas ansiosas de contar algo a su vuelta a la oficina.

Ángel y Anabel se contagiaron de la música *chill out,* del ambiente cosmopolita y lleno de promesas, de sonrisas, de amor, de juventud. De pronto, el sol, de un rojo cegador, desnudo, se fue sumergiendo en el mar. La gente enmudeció. Los que estaban paseando se quedaron inmóviles, incluso los que estaban apostados en las rocas, de pie, se quedaron petrificados. Como si aquello fuera el fin del mundo y el sol ya no fuera a salir a la mañana siguiente. Como si se hubiera hundido en el infinito. La música, terminó de conferir a la escena un ambiente sobrenatural, y provocó que estallara un aplauso espontáneo, colectivo,

unánime que unió a aquel grupo heterogéneo y variopinto de personas,, en la suprema contemplación de un milagro más de la naturaleza: del repetido, sencillo y prodigioso milagro de una puesta de sol.

Sentados juntos, Ángel percibio que huían sus miedos y Anabel sintio que se desvanecía su soledad y amanecía para los dos una nueva vida. Sus dedos se buscaron temblorosos, y tras el primer tímido contacto, sus manos se unieron con fuerza, casi con violencia, como si se agarraran con todas las fuerzas a la liana verde de una esperanza perdida.

Apenas hablaron en su viaje de vuelto a Ibiza. Luego cogieron un taxi que los llevó hasta el monumento a los Corsarios, en pleno puerto, donde ya empezaba la "movida" de todas las noches —además era fin de semana—. Cuando daban una vuelta por el muelle le pideron a unas extranjeras que les sacara una foto.

—Mira, aquí —dijo Anabel—, este barco es español.

El puerto estaba lleno de grandes yates de Ámsterdam, Londres, Lisboa...

—Aquí, delante de este enorme velero que tiene la bandera de España, aunque se llama *Melkart.*

Las alemanas o suecas o lo que fueran —sólo sonreían y no hablaban ni una palabra— les devolvieron la máquina después de mostrarles que la foto había salido bien. Los dos estaban cogidos por la cintura y sonriendo. Detrás se veía parte de la popa blanca del barco y el nombre del velero pintado en negro. Era aún temprano para cenar y subieron cogidos de la mano por las callejuelas de la gran fortaleza —Dalt Vila— llenas de pequeñas tiendas con artículos típicos: trajes ibicencos, sombreros, abalorios hippies y también de las cosas más variadas propias de turistas. Anabel se descalzó y, con los zapatos en la mano, subieron hasta un punto de la muralla desde donde se veía el mar. Entonces Anabel se subió en el muro y con los brazos en cruz dijo mirando a la luna:

—¡Quiero morir ahora! ¡Quiero morir ahora que me siento feliz! ¡No quiero sufrir, no me gusta el dolor! ¡Amo la belleza y temo la soledad!

Sin saber muy bien lo que hacer Ángel se abalanzó sobre las piernas de la modelo abrazandolas, para seguir la broma y simular que intentaba impedir que se lanzara al vacio... Anabel, sin dejar de reír, se sentó en el muro balanceando las piernas mientras tomaba con las dos

manos la cara de Ángel, y comenzó a besarle los ojos, el cuello...

—¡No me engañes! ¡No me hagas daño! ¡No me hagas sufrir! decía una y otra vez—. ¡Sobre todo, no dejes que me sienta sola! ¡Temo la soledad! ¡Si no sientes lo que yo empiezo a sentir, dejémoslo ahora mismo! —Anabel notaba una savia nueva correr por su cuerpo que perfumaba su alma, que hacia desvanecerse su pudor, abrir sus poros para que entrara el aire del exterior.

Ángel se asustó, no sabía muy bien qué hacer. Anabel había pasado en muy poco tiempo de la indiferencia, la distancia, la lejanía, la timidez, a darle miedo por su entrega, por su apasionamiento. Le dio miedo no saber qué hacer con ella. De no responder; de no ser lo que ella esperaba. Le dio miedo tener una nueva reponsabilidad, algo suyo que tendría que defender... No comprendía aquella reacción tan tremenda, tan brutal, tan arrolladora de Anabel cuando apenas se había dado cuenta de que empezaba a escucharle, de que le miraba con atencion, con ojos diferentes... y apenas pudo decirle:

—No te voy a hacer daño. Nunca te voy a hacer daño.

Anabel entonces cogió las manos de Ángel e hizo que se tocaran por detras de su cintura, forzando a que la abrazara, mientras buscaba con su boca entreabierta los labios incredulos de un sorprendido Ángel. Fue un beso largo, calido, intenso. Solo el estruendo y el brillo de los fuegos artificiales los devolvieron a la realidad. Anabel fue la primera en hablar:

—Nunca me había pasado esto antes. ¿Es por ti? ¿Es por la puesta de sol? ¿Por este mar y esta luz?

Luego se separo de Ángel poniendo la distancia de sus brazos estirados entre los dos y cogiéndole la barbilla para obligarle a mirarla, le repitió:

—No me hagas daño, en serio, o me mataré. Te juro que soy capaz de matarme. Pero, no quiero estropear este momento. Dime, ¿es este también el momento más bello de tu vida? ¿Sientes que casi te ahogas y no puedes respirar...?

—Anabel, me das miedo... —le contestó Ángel.

—No quiero que pienses eso. No quiero que tengas miedo de mí. No quiero que te asuste mi amor. ¿No era eso lo que buscabas desde que me viste? ¿No querías que te mirara, que te quisiera, que te besara? ¿Por qué ahora tienes miedo? Disfrutemos de este momento. ¡Oh! ¡Meu Deu! No me importaría después... —y acercando sus labios al

oído de Ángel, le dijo en voz baja:

—Esta noche quiero que hagamos el amor hasta morir

Luego Anabel bajo los ojos simulando que le daba vergüenza lo que había dicho, y descendio corriendo descalza, con los zapatos en la mano, por una de las callejuelas que iban al puerto, mientras Ángel intentaba alcanzarla.

9

El avión despegó de la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas y, tras sobrevolar la sierra de Guadarrama, puso rumbo a Galicia. Daniel, agotado por el trabajo de la noche anterior en el periódico debido al intento de secuestro de Odón Setano, echó el asiento para atrás y apoyó la cabeza en el hueco de la ventanilla para intentar dar una cabezada. El monótono ruido de los motores del aparato le ayudaron a traspasar la barrera del sueño mientras pensaba en el motivo del viaje: llevar a su primo Telmo la carta que le había entregado su madre momentos antes de morir: “Dale esta carta a Telmo. Es importante, hijo. Él ya te dirá lo que debes hacer”. Todavía, antes de hundirse en un sueño profundo, palpó con sus dedos el sobre que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta y, tras comprobar que todo estaba en orden, dejó volar a su imaginación por las nubes que ya ocultaban las alas del avión.

Desde que era muy pequeño recordaba que su madre tenía una caja donde guardaba sus secretos: un pequeño rubí herencia de su abuela —“Fíjate qué bello es”, solía decir—, una llave dorada que nunca supo qué misteriosa puerta abría, tres o cuatro cartas atadas, algunas de las cuales siempre pensó que contenían fotografías, y un sobre blanco, inmaculado, que Daniel llegó a tener un día en sus manos por un descuido de su madre cuando era pequeño, hasta que, al darse cuenta, entró corriendo en la habitación, cerró la caja precipitadamente y se guardó la llave en el pecho.

Pasaron unos años y, tras una temporada en el pueblo —cuando Telmo fue a verlos aquella Semana Santa—, se trasladaron los tres a vivir a un barrio humilde y castizo de Madrid en busca de trabajo y de alguna oportunidad para mejorar su calidad de vida, ya que estaban pasando verdaderos apuros económicos. Ni aún entonces, con tantos cambios, su madre olvidó la caja ni su juego de tocador de plata, que era lo primero que colocaba fuera a donde fuera.

Berta —que así se llamaba la madre—, Ramón su marido y Daniel

llegaron a Madrid en tren con una carta de recomendación que Odón sénior, el "patriarca" —Berta era la prima hermana preferida del padre de Odón, Fabián y Telmo— le había dado para un amigo suyo que tenía un periódico, y se instalaron en una vieja casa de pisos del barrio de Lavapiés. Tenía dos balcones que daban a la calle y un solo servicio al final del pasillo, con un ventanuco que daba a un respiradero negro, mugriento y maloliente. Daniel recordaba que su madre se sentó aquel día en una desvencijada silla, le cogió en brazos y lloró largo tiempo mojándole la oreja que tenía pegada a su cara mientras le decía a su marido:

—Ramón, por Dios, prométeme que algún día saldremos de aquí.

Y Ramón le cogía las manos y le decía:

—Ya verás, mujer. Ya verás.

La calle era estrecha, con casas antiguas, sombría y en cuesta. Olía a la tienda de ultramarinos de la esquina, al despacho de vino... En la casa de enfrente, en el cuarto piso, una niña pelirroja de unos cinco años, señalaba con el dedo índice de su mano izquierda al nuevo inquilino del balcón de enfrente, tirando con la otra mano de la falda de su madre —que se dedicaba a hacer flores de papel para venderlas— intentando que le prestara atención y se enterara de la importante novedad. Se llamaba Rosa y años más tarde, Daniel se casaría con ella.

Daniel durante años le hizo a su madre una y otra vez la misma pregunta: "Tú tienes unos primos que son millonarios ¿Por qué nosotros somos tan pobres?". La contestación iba variando según la edad, hasta que tuvo que darle contestaciones más concretas: una serie de ventas precipitadas de la parte que le correspondió a su padre —una considerable extensión de pinares junto a una playa salvaje a orillas del Atlántico— le habría reportado millones y millones si no hubiera caído en manos de especuladores profesionales del suelo que se lo compraron por una cantidad irrisoria comparada con lo que habría valido unos años después. Su madre le contó también que estuvo mal aconsejada, que su padre ya no vivía, y que por aquellos días, tras la guerra, todo estaba muy mal. Por todas estas circunstancias, cuando llegaron extranjeros con el dinero en la mano, aceptó. Poco después —le contaba una y otra vez temblándole casi imperceptiblemente la voz—, se casó con su padre, un linotipista que apareció de pronto en la ciudad, en el pueblo, para trabajar en el periódico local. Le contaba también

que tenía una hermana un poco mayor que ella, tía Susana, que se había casado con un notario y tenía un solo hijo, Ángel, su primo el abogado. Ambas, Susana y Berta, eran hijas del único tío de Odón sénior, el "patriarca", Rodrigo Setano, que, incomprensiblemente al morir, dejó el tercio de libre disposición a su sobrino, mientras que a las dos niñas les dejó los pinares a orillas del océano que él pensaba —y no se equivocaba— que era la mejor herencia para sus hijas, cuando en un futuro, la costa se llenara de urbanizaciones y aquello valiera una enorme fortuna que las mantendría a salvo económicamente toda la vida.

Odón sénior, sin embargo, administró mejor su dinero, se convirtió en millonario y dejó en herencia a sus tres hijos —Odón, Fabián y Telmo— una enorme cantidad de dinero que, sobre todo Odón, había acrecentado con toda clase de negocios, fincas, exportación de aceite, urbanizaciones, hoteles, unos astilleros para construcción y reparación de veleros especializados en orzas y bulbos —era ingeniero naval— y, más recientemente, estaba estudiando la posibilidad de participar con otros socios en negocios derivados de la energía eólica y paneles solares.

En toda esta situación familiar había existido siempre una relación muy especial: la que mantenía Telmo con su tía Berta a la que siempre quiso con locura, sin haber una explicación lógica ni un motivo determinado. El caso es que el cariño y la confianza eran mutuos y después, cuando se fue cartujo, Berta le consideró, a pesar de su diferencia de edad, como una especie de padre espiritual al que le consultaba dudas y le pedía consejo para que le ayudara a salir de las crisis de fé que frecuentemente tenía. Hubo incluso ocasiones en las que recorrió kilómetros en el medio de transporte que fuera más barato —a pesar de las protestas de su marido el linotipista— para hacerle personalmente una consulta que no la dejaba dormir y la mantenía en vela hasta el amanecer. Era en esos días cuando se quedaba pálida y aparecían unas profundas ojeras que los demás pensaban que se debían más a la menopausia que a problemás religiosos y de conciencia.

A Ramón —bajo, de cuerpo grueso y demásiado calvo para su edad. Ojos pequeños y vivos— aquel sobre blanco parecía no importarle para nada. O quizás sabía cuál era su contenido porque ni le intrigaba ni le prestaba la menor atención. Consiguió trabajar en una de las imprentas que había cerca de la estación de Delicias y siempre le contaba a su

hijo su gran aventura.

—Cuando yo era joven —le decía sentándolo en sus rodillas— intervine en una película, e incluso conocí a la protagonista, Julie Christie, y al actor principal, que se llamaba Omar Sharif. En una ocasión, casi estuve a punto de jugar a las cartas con él. Era muy simpático.

Daniel era muy aficionado a los cuentos, pero, sobre todo, le entusiasmaban los caballos. Los caballos le volvían loco y, desde muy pequeño, los pintaba y los coloreaba y luego los recortaba, imitaba su relincho y hacía el ruido de los cascos sobre el suelo chasqueando la lengua.

—Papá, ¿había caballos en esa película?

—Bueno, sí, habría, pero cuando yo intervine no los había. Yo rodé en una estación, aquí, en Madrid, en la estación de Delicias —dejaba al pequeño en el suelo para explicárselo mejor— y continuaba contándole:

—Había mucha gente en la estación y trenes antiguos con vagones antiguos y a mí se me veía muy bien, casi en primer plano.

—Pero, ¿había caballos o no, papá?

—Se llamaba Doctor... ¡Berta! ¿Cómo se llamaba la película?

Desde el otro cuarto —el piso tenía dos, una pequeña cocina y el servicio— se oyó a su mujer que le decía con voz cansada de tanto repetir una y otra vez lo mismo a lo largo de los años:

—“Doctor Zhivago”, Ramón, a ver si te lo aprendes de una vez.

La voz de la azafata despidiendo a los pasajeros, despertó a Daniel de sus recuerdos de cuando iba a entrar en la Iglesia de San Lorenzo y su primo Telmo lo esperaba en el altar para casarlo con la vecina del cuarto...

Tras coger su escaso equipaje, una vez en tierra, alquiló un coche y se encaminó a la Rivera Sacra, donde vivía su primo Telmo. Cuando había recorrido unos kilómetros, paró el coche y admiró un enorme bosque de castaños, como una gran mar verde, en el que sobresalía la torre de una antiquísima iglesia, como un faro solitario que había cambiado sus ráfagas de luz por el tañer de su campana, para orientar a los peregrinos hasta este entorno históricamente dedicado desde hacía siglos a la oración y la vida ermitaña.

Daniel cruzó otra vez la plaza de Luintra, pasando junto al

monumento al afilador, y se dirigió al pueblo donde era cura su primo. Telmo le esperaba a la puerta de su iglesia, igual que aquel día al pie del altar de San Lorenzo, pero esta vez bajó los tres o cuatro escalones que les separaban y se abrazaron, permaneciendo varios minutos en silencio antes de mirarse el uno al otro, para volver a abrazarse y caminar luego juntos hasta la humilde casa del cura, cogidos por la cintura.

—Hacía más de una hora que te esperaba —dijo al fin Telmo—. Llamé al aeropuerto y me dijeron a la hora que llegaba tu avión y que no tenía demora, pero debí calcular mal.

—Bueno, ya sabes. Te tienen que dar el coche y llevar a cabo las pequeñas formalidades. Después me he perdido y he tenido que preguntar y volver atrás en un par de ocasiones porque no encontraba el camino.

—Qué poco moderno. ¿No tienes GPS? Tú siempre desorientado —Telmo abría la puerta de su casa y una anciana muy sonriente le dio la bienvenida al forastero. Telmo le dijo que preparara dos tés.

—El mío, ya sabes, Rosalía, con una nube de leche. ¿Tú cómo lo quieres, Daniel?

—Yo, con limón y dos cucharadas de azúcar.

—Esta es Rosalía, la mujer que me cuida desde hace años. Es de aquí, del pueblo, es una santa —dijo mientras le hacía una seña para que se dirigiera a la cocina y preparara las tazas.

—Ella lo sabe todo de mí —añadió.

—¡Ay, si yo hablara! —dijo Rosalía cuando ya se encaminaba a preparar los tés—. Las cosas que podría decir. No crea usted, señorito, que yo siempre he vivido aquí, mi marido era afilador y yo estuve sirviendo muchos años en una casa de la calle Serrano de Madrid. Si yo contara. Si yo contara de entonces y, sobre todo, de aquí. "Meu Deu" —dijo moviendo el brazo derecho arriba y abajo mientras dejaba como muerta la mano...

—Es mi ángel de la guarda, mi ama de llaves, la mujer que me cuida. Me arropa cuando estoy malo y me cuenta todo lo que pasa en el pueblo en las largas noches de invierno. Así me entero de la otra cara, la otra versión de lo que me cuentan en el confesionario.

—Pero, ¿hay alguien que se confiese todavía? —le preguntó Daniel con cara de extrañeza.

—En el pueblo sí, cada vez menos, pero sí.

Los primos se sentaron en un pequeño saloncito donde había dos butacas; una estantería con libros; una mesa de despacho estilo castellano y una gran butaca de madera y asiento de cuero, así como un pequeño televisor sin mando a distancia con la antena incorporada formando un ángulo en la parte superior. Todo estaba presidido por un gran grabado del Sagrado Corazón que daba la bendición con su mano que parecia que estuviera recién desclavado de la cruz y sus tendones mutilados le dieran a los dedos una rigidez mortal. Telmo se sentó recogiendo su sotana y dijo abriendo los brazos como si pronunciara el "Dominus Vobiscum":

—Este es mi pequeño mundo. Esta es mi vida. Estoy rodeado de naturaleza, en una zona rural, tradicionalmente de retiro y oración durante siglos, donde congregaciones y anacoretas han vivido desde hace cientos de años una vida contemplativa en comunión con Dios, buscando a Dios, hablando con Dios. Aún sigue este rincón del mundo lleno de bellos y pequeños monasterios e iglesias ajenos al bullir del mundo. Aquí me tienes, lleno como siempre de pecados y de dudas, de momentos de fervorosa fe desde los que caigo en las más profundas decepciones cuando a veces me pregunto: ¿Y todo esto para qué? ¿Existe algo más allá de los castaños, la torre de mi iglesia y el cielo prometido? ¿O todo es un camelo fenomenal que nos hemos inventado los hombres —los cristianos y todos los demás— porque el miedo al más allá, la ignorancia de lo desconocido, nos corroe y nos espanta...?

—Por favor, primo, macho, que no he venido para escuchar más sermones —le dijo Daniel, mientras Telmo, comprendiéndolo, le dio una palmada en la pierna y le confesó incorporándose en el asiento:

—¿Sabes lo que de verdad me preocupa en medio de tanto pensamiento trascendente? Que no tengo Canal Plus y en esta antediluviana televisión no voy a poder ver muchos de los partidos del Mundial. Y lo que es peor —continuó comentando en tono jocoso—, no me atrevo a ir al bar del pueblo porque saben que yo soy del Betis y ellos son del "Depor".

Los dos se rieron mientras Rosalía entró con las dos tazas temblándole en las manos hasta que logró ponerlas en la mesa cubierta con un cristal debajo del cual se podían ver una docena de estampas y dos o tres postales, una de ellas de Ibiza y otras de Barcelona con una vista del Tibidabo.

—Vamos, Telmo, si vas a ser millonario. No me llores porque vas a

poder llenar este cuarto de televisiones de plasma y de todos los canales que quieras cuando recibas la herencia de tu padre... Y comprar el pueblo y la iglesia, por muy románica que sea... ¿Tirarás esa sotana de una vez?

Telmo se puso un dedo en los labios señalando con la otra mano la cocina donde Rosalía había dejado de hacer ruido con los platos... Luego, se acercó a Daniel y le dijo al oído:

—Dice que está sorda, pero es mentira. Lo oye todo y luego lo va contando por ahí. Bébete el té, nos vamos a dar una vuelta y hablamos. Luego, te enseñaré la iglesia y la torre, ahora dame la carta. ¿Para eso has venido, no? Me iré un rato ante el Sagrario y luego te diré. Tú quédate aquí viendo el culebrón: creo que se llama “La Señora” o algo así.

Telmo, con la carta en la mano, se dirigió a la pequeña iglesia, y tras dar dos o tres vueltas a la voluminosa llave, abrió la puerta. La nave estaba en penumbra y la cruzaban dos rayos de luz oblicuos que entraban por dos ventanales situados cerca del techo. En el altar, una lamparilla roja, luchando por no apagarse, proyectaba su vacilante luz sobre la puerta plateada del Sagrario. Telmo encendió la pequeña luz del atril, donde solía leer el Evangelio, y abrió la carta de su tía, teniendo cuidado de no romperla, ayudado por una patena que tenía a mano.

Berta, la madre de Daniel, le decía cada año con la felicitación de Navidad, que cuando muriera le iba a mandar una carta con su hijo para que se la entregara en mano y que él hiciera y le aconsejara lo que creyese más conveniente. La verdad es que Telmo nunca le había dado mucha importancia a la carta conociendo a su tía y sus “problemas de conciencia” y, al ver la poca insistencia de su primo para que la abriera, parecía que tampoco él pensaba que pudiera tener alguna revelación inquietante y que se limitaba a cumplir el deseo de su madre, sin esperar muchas sorpresas.

El momento de leerla había llegado y Telmo, dejando la carta abierta sobre el atril, tras pasarle la mano por encima para alisarla, se puso las gafas y le pidió a Dios que le ayudara a tomar la decisión más acertada una vez que conociera su contenido. Comenzó a leerla, y cuando estaba por la mitad, miró al techo —al cielo— como pidiendo ayuda. Se persignó precipitadamente, cogió el papel con las dos manos y acercándosela más, tras ajustarse las gafas a la nariz empujándola con

el dedo medio de la mano derecha, comenzó a leerla de nuevo, despacio, como si estuviera en el momento de la Consagración. Cuando terminó, se quedó unos segundos —quizá más de un minuto— con la carta entre las manos mirando al frente. Luego, se sentó en la banqueta que tenía justo detrás, donde solía esperar a que los feligreses hicieran la acción gracias tras la comunión antes de levantarse y dar la bendición.

Telmo estaba apesadumbrado y no comprendía —no lo comprendería nunca— por qué su tía le había hecho partícipe de una tarea, de un secreto, de un asunto delicado que no le podía traer más que disgustos y complicaciones. Tras rezar un buen rato con las dos rodillas en tierra y la cabeza entre las manos, decidió que no le iba a decir a Daniel ni a nadie... el contenido de aquella carta, ni de los documentos que contenía. Le diría a su primo que era una duda de conciencia más, una confesión por escrito de su madre que él tenía la potestad de perdonar, pero que no podía comentar nada por considerarlo secreto de confesión.

—Me he entretenido en la Iglesia más de lo previsto y no tenemos tiempo para que demos el paseo prometido antes de la misa de las siete —dijo Telmo al entrar en la casa.

Daniel apagó la televisión y se levantó rápidamente acercándose a él con cierta ansiedad por saber el contenido de la famosa carta que su madre tantos años atrás había guardado en el cofre. Ahora sí parecía tener interés, pensó Telmo. Le cogió por el brazo y se dirigieron a la salida de la casa para que Rosalia no oyera nada. Una vez fuera, anduvieron hacia la estrecha escalera que, desde un ángulo del atrio, llevaba a la torre.

—Telmo, por Dios, dime qué pasa. Has tardado tanto que me ha entrado curiosidad. Me tienes sobre ascuas.

—No es nada, Daniel, nada. Sube, que no puedo respirar. Mis bronquios no aguantan estas escaleras tan empinadas.

—Pero, si apenas se puede subir por aquí, con todo lleno de escaleras, cables y tuberías ¿Qué demonios están haciendo?... Perdona por lo de demonio —le dijo queriendo hacer una broma.

Telmo no contestó intentando desenredarse de unos tubos por donde iría el gas para la calefacción.

—Es que están instalando gas propano o como se llame porque aquí en invierno hace frío. Está todo lleno de tuberías para llevar el gas

hasta la iglesia. Mira —dijo señalando un pequeño espacio que había al pie de la torre cuando ya estaban a la mitad de la angosta escalera que también estaba llena de tubos y conductos—, allí está el depósito que están instalando.

Una vez arriba, Telmo se tomó unos minutos para acompasar su respiración mientras Daniel esperaba ansioso por saber el contenido de la carta.

—Mira, Daniel, tú conocías mejor que nadie a tu madre. Sabes lo escrupulosa que era en cuestiones de conciencia, sus dudas de fe, la importancia que para ella tenía el pecado... Esta carta, Daniel, esta carta que durante tanto tiempo ha guardado, no es más que una confesión por escrito de sus pecados, una exhaustiva relación de sus pecados. Por eso tú me decías que cada vez era más gruesa, porque iba añadiendo sus nuevas dudas y lo que ella creía que eran nuevos pecados.

—¿Y por qué escribirlos? ¿No estaban ya de sobra perdonados?

—Ella tenía dudas —me lo dijo muchas veces— de que no los hubiera dicho todos en su confesión semanal, por eso los escribía.

Telmo se acercó a su primo en el estrecho hueco que la campana dejaba en la torre y le pasó el brazo por el hombro.

—Mira, Daniel, tú has cumplido con la última voluntad de tu madre. Has cumplido de sobra. Aquí estás conmigo, como ella quería. Recuerda lo que te dijo: *Que él haga lo que crea conveniente*. Pues ya está, hombre, no tienes que preocuparte más. La había perdonado antes y ahora la vuelvo a perdonar. No te quepa la menor duda de que está en el cielo.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que lo creo. Olvídalo. Ella está ya feliz en su mundo, con los suyos; con una madre a la que adoraba, con su hermana Susana, con todos los que quería. Desde aquí arriba, desde mi torre, desde mi "mirador", teniendo este mar verde, este bosque de castaños a nuestros pies, vamos a rezar por ella unos instantes y luego te olvidas y vuelves a tu trabajo y a tus dos hijas pequeñas y a tu mujer, a todo tu mundo de ilusión y de trabajo. —Rezaron en voz baja cada uno mientras el sol se ocultaba con la música de fondo de un estruendo de piar de pájaros que se acomodaban en sus nidos.

Telmo, en el fondo, estaba satisfecho y seguro de que había confortado a su primo ya liberado de dudas y misterios. La torre era su lugar

favorito y todas las tardes subía hasta allí a la hora de la puesta de sol. Todo el mundo en el pueblo lo sabía, y algunos menos religiosos —que eran bastantes— le llamaban "el fantasma de la torre". Jóvenes del pueblo habían llegado a tirarle piedras desde la plaza. Más de una vez, tras pasarle rozando, se habían estrellado contra el metal de la campana. A Telmo no le importaba, aquel era su lugar favorito, como lo fue el pequeño mirador de su celda de la cartuja.

Daniel se quedó pensativo, confundido, no comprendía tanto misterio de su madre, tantos años, por una maldita carta que no hablaba —según su primo— más que de dudas de conciencia y de una relación de pecados. Decepcionante, definitivamente decepcionante.

—De verdad, Telmo, lo he hecho por mi madre y no me arrepiento, pero, ¿crees que merece la pena venir hasta aquí, perder el tiempo, hacértelo perder a ti, para nada? Cuando murió tenía que haber abierto la carta y, tras leerla, haberla roto y "santas pascuas".

—No, Daniel, tú has cumplido la voluntad de tu madre y puedes estar tranquilo, de otra manera no te habrías quedado satisfecho. Además, no sabías lo que podía contener o decir. Así está todo mucho mejor. Es como si te dice que quiere que echen sus cenizas en el mar Tirreno y tú, porque te da la gana, las echas en el lago Como.

—Vida nueva y al camino nuevo —dijo Daniel convencido—. Ya sabes que las cosas están muy mal con Zapatero y están echando gente en mi periódico. No hay publicidad y los suplementos son la primera cosa que puede desaparecer porque no es imprescindible para la información.

—Bueno, hombre, ya verás...

—¿Y tú que vas a hacer con tantísimos millones de euros?

—Pienso hacer un hospital para este pueblo. Sus vecinos tienen que ir a varios kilómetros de distancia cuando se ponen enfermos porque el médico no viene todos los días. También querría ayudar a varias familias necesitadas. Ellos no saben nada pero es lo que pienso hacer, aunque todavía no sé bien cómo se repartirá la herencia y para quien serán las mejoras y el tercio de libre disposición. Yo todo lo dejo para los demás, yo no quiero nada para mí. Fíjate, Rosalia es todo un ejemplo, ella tiene un único deseo: tener dinero suficiente para comprar un hermoso cáliz y entregarlo a la iglesia para que Dios se acuerde de ella cuando muera.

—Esta torre está llena de inscripciones de nombres —dijo Daniel

agachándose para intentar leer alguno.

—Bueno, sí —le contestó Telmo—. A veces, dejo a los jóvenes que suban y algunos ponen su nombre: Julia, Maribel, Ulpiano, Ana, Teresa. Este, te repito, es mi lugar preferido, por eso te he traído aquí igual que otras veces traigo a algún feligrés para hablar en privado. Se está más cerca de Dios, hay mucha paz, nadie te molesta porque estamos encima de la trampilla de la escalera y a la hora de la puesta de sol este es el lugar más maravilloso del mundo. No tengo el azul del mar pero tengo el verde inmenso de mi bosque.

10

Violeta se levantó del sillón negro de su despacho blanco como impulsada por un resorte secreto. Su figura —leggins y camisa ajustada negra, con un ancho cinturón de cuero con hebilla de plata envejecida — destacaba aún más sobre el gran ventanal que daba al vacío, por donde parecía que iba a saltar como una heroína de comic. Era alta. Melena corta. Morena. Cuerpo musculoso, pero de músculos suaves, femeninos, elásticos, armoniosos, felinos, capaces de ponerse en tensión en cualquier momento y convertirse en un animal salvaje, feroz. A medida que se levantaba del sillón fue desapareciendo, dulcificándose, la ira que durante breves segundos había crispado sus facciones tras una llamada inoportuna. Cuando llegó al ventanal y se volvió para decirle algo a Kate —su fiel secretaria inglesa,"heredada" de sus tiempos de famosa bailarina internacional—, ya estaba sonriendo, mientras su melena, como en un anuncio de champú, volvía a su ser, tras volar suelta cuando giró enérgicamente su cabeza, dejando que el sol diera de lleno en sus ojos color topacio.

—Kate, Kate. Has sido muy precavida, pero deberías saber que aquí no hay sitio para hombres.

—Lo siento jefa, tendrá usted que bajar, hay un tal Ángel que insiste en que tiene una cita con usted, señora. Ya le he dicho que la señora sólo recibe visita por las mañanas, pero asegura que le han dicho que viniera esta tarde...

—Por cierto, Kate, quiero que, cuando tenga tiempo, me traduzca un anónimo que me han mandado por correo, Absurdo en estos tiempos. Anticuado... Pero, tengo curiosidad.

—Démelo ahora, si quiere, para que se lo devuelva luego por escrito.

—No, es muy corto. Apenas seis o siete palabras.

—Pues, démelo ahora.

Violeta volvió a su mesa y sacó del cajón un sobre. Lo abrió y

extrajo un tarjetón de mucho gramaje, color beis, que terminó dando a Kate.

La inglesa tardó un segundo en leerlo y se llevó la mano a la boca, sin poder disimular un gesto de sorpresa. Luego, leyó despacio: “In my dreams I kiss your cunt, your sweet wet cunt”. Cuando terminó de leer, Kate se quedó callada. Violeta, impaciente, le instó a que se lo tradujera.

—Tradúcemelo, por favor.

—Es que es muy fuerte.

—¿Tan fuerte como una amenaza de muerte? ¿Es de un hombre o de una mujer?

—No lo sé. No está firmado.

—¿Me lo quieres traducir de una vez? Quiero estar segura de que lo he entendido.

Se aproximó al oído de Violeta, como si la habitación estuviera llena de gente y no quisiera que nadie se enterara.

—No te oigo. Por favor, habla un poco más claro —insistió

—“En mis sueños... —le escuchó decir a Kate rozándole casi la oreja con los labios— “En mis sueños yo beso tu “cunt”. Tu dulce y húmedo “cunt”.

Si no fuera por sus mil batallas amorosas, Kate, que debería tener unos cincuenta años, se diría que estaba avergonzada, Violeta le preguntaba impaciente:

—¿Qué significa “cunt”? ¿Lo que creo yo que significa?

—¡Qué demonios va a significar!: coño

Ángel había pedido una cita con Violeta hacía varios días. Una y otra vez había llamado a cuantos teléfonos había conseguido, pero estaba claro que, para llegar hasta ella, había una serie de secretarias y filtros muy difíciles de sortear sin ser del “gremio”. Además, tuvo la certeza de que había hecho mal en insistir en su condición de abogado. Quizás era precisamente ese matiz el que le había ido cerrando las puertas para llegar a la enigmática y excentrica mujer, famosa bailarina en su dia, que ahora era la directora de una academia donde preparaba a chicas para ser bailarinas y modelos. Sólo un teléfono que le facilitó Patricio, el periodista amigo de Elizabeth, le había puesto en el buen camino. Algo, que ni siquiera su primo Daniel había logrado.

Por fin, tras varios intentos más, le aseguraron que Violeta le

recibiría el viernes por la tarde para hablarle de Anabel. Todavía le insistieron en que lo hacía como una excepción, por lo urgente que parecía el caso, ya que sólo se dedicaba tiempo a las visitas por las mañanas. Con los modernos métodos de comunicación que han barrido distancias y anulado fronteras, Ángel, no comprendía como había perdido toda clase de contacto con Anabel, con la que había intentado hablar desde el dia en que recibió el correo. Había llamado a su móvil inútilmente. Había intentado contactar con amigos. Hasta que averiguó que ultimamente había pasado varios meses en una escuela de baile —una de las muchas que había en Madrid—, que regentaba una tal Violeta, en una finca en las afueras de la ciudad.

—Puede pasar. En estos momentos, está montando a caballo.—le dijo Kate tras un buen rato de espera. Posteriormente la secretaria le llevo hasta la parte trasera del chalet en la que había una amplia terraza, con barandilla de piedra, donde comenzaba una escalera que se abría en abanico para bajar al jardín. Más allá, en un gran espacio verde, vió a un par de jinetes cabalgando. Ángel, ya sin su acompañante —que señalando con el dedo índice de la mano izquierda le había dicho: “Es la que monta el caballo negro”—, siguió andando un buen rato. Cuando estuvo a una distancia prudente, se detuvo, casi al mismo tiempo que la amazona del caballo negro paraba en seco delante de él, quedando las manos del animal —que braceaba y echaba espuma por la boca— a medio metro de sus narices. Ángel, tras vencer su miedo, dijo:

—Violeta, supongo.

—Me han dicho que busca usted a Anabel. Pues bien, señor mío, quiero que oiga de mi propia boca que Anabel no esta aquí. No sé nada de ella desde hace meses. La mandé a un desfile de primerizas y no volvió, violando todas nuestras reglas, por lo que dejó de pertenecer a esta escuela. Creo que luego se fue a Nueva York y a Estocolmo... Ya le digo que cometió una falta grave y la expulsamos.

—Pero, ¿qué agencia la contrató o la envió a Estocolmo?

—Ya le he dicho, letrado, que no sé nada de sus, llamémosle, andanzas.

Violeta entregó las bridas de su caballo a una ayudante mientras intentaba deshacerse de las dos aljabas de flechas que llevaba colgadas a ambos lados del arzón de la silla de montar.

—Bueno, digame—dijo dirigiendose al visitante sin siquiera mirarle.

—Primero —dijo Angel —, quiero aprovechar la ocasión de poder dirigirme a usted porque sé positivamente que no lo suele hacer por la tarde, que es cuando se dedica a dar clases.

Violeta le tendió la mano sin quitarse el guante y le contestó, dueña de la situación:

—Mire usted, Ángel, no es habitual que yo acceda a recibir aquí —hizo un gesto con la mano en círculo abarcando su entorno más cercano—, por eso, quiero que comprenda que ha sido una excepción por tratarse de Anabel. Para mí ha sido un ser, una mujer, desconcertante.

Violeta acarició el cuello del caballo y, después, cuando ya se lo llevaban, le dio una palmada en la grupa.

—Bonito caballo —dijo Ángel, que, lejos de ser un entendido, sentía pánico por las recientes noticias de la peste equina, razón por la cual ni siquiera rozó al animal.

—Es una yegua —le matizó Violeta.

Y añadió:

—Es probable que en dos kilómetros a la redonda, el único macho que haya por aquí, sea usted. Si no me dice lo contrario.

—No creo que haga falta demostrarlo, pero si lo considera necesario, estamos lo suficientemente cerca para que pueda cerciorarse, si lo cree oportuno.

—Dejaré pasar su grosería.

—Ahora me explico por que la llaman doctora House... Sus comentarios me han obligado a ser más explícito. Yo tampoco me ofendo por su duda.

Violeta se quitó los guantes al entrar en su despacho, lleno de fotos de aspirantes a bailarinas y modelos —entre las que Ángel vió la foto de Anabel— y se sentó en su mesa dispuesta a terminar con la absurda situación que le había creado recibir al abogado. Abrió un cajón y sacó su diario.

—Por favor, ¿quiere sentarse para que terminemos esta conversación cuanto antes?

Ángel se sentó en una de las dos grandes butacas de cuero negro que había frente a la gran mesa de despacho de Violeta, sobre la que sólo estaba su bloc.

—Mire, voy a ser clara para que no me inportune más. ¿A qué viene tanto interés por Anabel? ¿Quién es usted en realidad para que yo le hable intimamente de Anabel? ¿Estaría ella de acuerdo en que le

desvele algo de su personalidad? ¿Qué tiene usted que ver con ella? Me alegro de haberle conocido, pero no le voy a decir ni una sola palabra de una de nuestras chicas, simplemente, porque es algo confidencial que nunca hemos hecho sin una justificación contrastada, circunstacia, que en esta ocasión, a la vista está, no existe.

—Se equivoca —dijo Ángel incorporándose— porque, aunque no lo comprenda, y lo siento por usted, estoy enamorado de ella e intento averiguar por qué no me contesta desde hace varias semanas. Ni se pone en contacto conmigo. Ni me llama. Ni recibo un e-mail. Ni un simple sms. ¿No le parece un motivo justificado? Mire, si no me ayuda, empezaré por denunciar su desaparición a la policía.

—Su actitud es pueril, ridícula e infantil. Algunas mujeres engañan a los hombres todos los días y este puede ser su caso. A lo mejor no le contesta porque no le da la gana... Esto no es un consultorio sentimental, ni un despacho de esos que se dedican a buscar pareja a seres solitarios. Es un centro serio y reconocido.

Violeta, más calmada, y, comprendiendo que estaba llevando mal el asunto, decidió enseñarle las instalaciones al abogado, mientras le hablaba de Anabel.

—...Vayamos al grano: su amiga Anabel es una desequilibrada. Una enferma mental. Está obsesionada con su soledad. Es frágil, depresiva, inestable, contradictoria. Es capaz de engañar y caer luego en el mayor de los arrepentimientos. Hacer el mal por el placer de hacerlo y torturarse luego con cilicios de novicia para obtener el perdón de Dios. Puede ser Eva y al momento siguiente convertirse en serpiente, buscar la belleza, está obsesionada con la belleza, en un cuadro o en una flor y, luego, pisotearla con rabia...Varias veces ha intentado ingresar en un convento, incluso irse a la India, con las religiosas de la Madre Teresa de Calcuta. —Violeta se detuvo camino del gimnasio. Se quedó mirando a su visitante y le dijo como si una súbita inspiración hubiera acudido a su mente—: ¿No habrá sido a la India a donde se ha ido? Estaba continuamente hablando de ello con las pocas compañeras que querían escucharla...

—Usted habrá estado enamorada cuando era adolescente o cuando era una famosa bailarina. Compréndame. Quiero que me ayude a saber dónde está. Me da igual que sea monja, asesina o santa.

Siguieron andando en silencio. Luego le llevó hasta una amplia sala con una pasarela, donde una modelo profesional enseñaba a las jóvenes

a detenerse al borde de la tarima, antes de dar la vuelta. Ángel, mientras imaginaba a Anabel evolucionando por aquella misma pasarela, advirtió que Violeta cojeaba ligeramente. Detalle que le había pasado desapercibido mientras se bajó del caballo y caminaron juntos.

—Si pudiera, de verdad, le ayudaría a encontrar a Anabel. Pero no puedo...

Ángel asintió sin decir nada. Se subió al coche y arrancó a toda velocidad camino de la salida de la finca.

Cuando se fue la inoportuna visita, Violeta se duchó, se lavó el pelo y luego abrió la hoja del armario donde estaba el espejo y se quedó frente a él quieta, como si fuera una modelo en una clase de pintura. Cuando se puso de frente —sólo llevaba un cinturón de cuero con hebilla de plata—, se detuvo un momento mirando su pecho derecho, que elevó despacio empujando suavemente hacia arriba con la mano izquierda para poder observarlo mejor. Circundando la areola, alrededor del pezón, se podían ver varios círculos concéntricos de colores, cinco o seis —rojo, azul, verde, negro— todos muy finos, con un diámetro de unos ocho centímetros, que examinó detenidamente durante varios segundos. Luego, se puso la bata y se sentó en la mesa de despacho donde tenía su diario. Entre el montón de recortes de periódicos y papeles que tenía encima de la mesa, Violeta descubrió el tarjetón beis que Kate le había traducido aquella tarde. Lo cogió y lo estuvo observando largo rato mientras intentaba averiguar quién se lo podía haber mandado. No conocia la letra de trazo firme y el sobre estaba escrito a maquina. Sólo sabía que lo habían enviado desde Madrid. No tenía nada impreso, por lo que era inútil preguntar en ninguna imprenta. Sólo era posible indagar quién era el fabricante o el distribuidor de la cartulina. Violeta pensó que lo venderían en cientos de papelerías y se llevó el tarjetón a la mesilla de noche mientras lo olía por el camino pasándoselo lentamente por su nariz como si se abanicara. Luego, se tapó con la sábana y sonrió en la oscuridad. Hacía años que nadie se había interesado por ella sexualmente.

Tras despedirse de Violeta, Ángel salió por la puerta de la finca y se detuvo más adelante, en el arcén de la carretera, para pensar en la conversación que había tenido y en cuál debería ser ahora el camino a seguir. En el silencio de la noche, con el motor apagado, Ángel pudo

oír perfectamente su móvil que vibraba en el bolsillo del pantalón.

—¿Diga? ¿Quién es? —al otro lado se oía una voz indecisa que hablaba muy débil. Era Patricio, el periodista amigo de Elizabeth, el que le había facilitado el teléfono de Violeta, razón por la que, en un primer momento, pensó que le llamaba para ver como había ido la entrevista.

—Ángel —dijo con voz entrecortada—tu primo Daniel ha sufrido un accidente grave. Ven, por favor. Ha sido terrible. Hubo una estampida...

—¿Cómo? ¿Dónde ha sido?

—Se produjo una estampida de caballos durante la boda de Laura y lo han arrollado y pisoteado... Entre otras cosas, sufre traumatismo craneoencefálico. Está mal. Muy mal. Muy grave.

11

Ángel llegó a la sala de urgencias del hospital con la cara desencajada. Se paró y buscó a sus familiares entre las docenas de personas que esperaban noticias de los enfermos. Rosa, la mujer de Daniel, se echó en sus brazos llorando mientras le decía:

—Le han pasado por encima decenas de caballos enloquecidos. ¡Ha sido terrible! ¡Terrible! Me lo han matado. Tanto que le gustaban los caballos... Pobrecito mío. Pobrecito.

Angel saludo luego friamente a sus primos Fabián y Odón, y se abrazó a Telmo con el que tenía mas confianza.

—El primer error —comentó Fabián, nervioso—, fue poner la camilla en el paso habitual de los caballos.

—¿Pero, por qué estaba en una camilla? —preguntó Ángel, desconocedor de los detalles.

—Se había desmayado. Algo le debió de sentar mal... Bebió demásiado... No lo sabemos —dijo Odón—. De pronto... —continuó diciendo—, los caballos, asustados por los fuegos artificiales, rompieron las vallas y comenzaron a correr como locos, arrollándolo.

Los sollozos de Rosa aumentaron al oír el relato que revivía la espantosa escena que había presenciado, cuando salió corriendo para intentar apartar la camilla del camino.

—Tenemos que tener fé en Dios en estos momentos y pedirle por su recuperación y para que ilumine a los médicos. Vamos a rezar un Padre Nuestro —dijo Telmo en voz baja mientras cogía a Rosa por el brazo y la ayudaba a sentarse.

—¿Quieres agua? ¿Un refresco? No sabemos cuantas horas más podremos estar aquí —Rosa continuaba llorando sin parar—. Por favor, cálmate —le decía Fabián solícito, quitándole un mechón de pelo que tenía en la mejilla mojada—. Quizás no sea tan grave como nos han dicho al principio.

Odón se quedó de pie con la camisa blanca en parte desabrochada,

vestido aún con los zapatos y los pantalones negros del chaqué de la boda.

—Rosa —dijo Telmo, que había sacado un rosario y le había acercado el crucifijo a los labios, besandolo él luego—. Rosa, yo creo que te podrías ir a casa. Ya te avisaremos si hay alguna novedad.

—Es cierto —añadió Fabián—, llevas aquí muchas horas. Hasta le ha dado tiempo a Ángel de llegar desde Madrid. Y, además, ya nos han dicho que es probable que no haya ninguna otra información hasta mañana.

—¡No me moveré de aquí! ¡Daniel esta ahí dentro y no quiero dejarlo solo! ¡Pobrecito mío! Lleno de heridas por esos caballos salvajes tuyos —gritó dirigiéndose a Odón—. Esos caballos tuyos que tú has criado y alimentado. Esos monstruos carnívoros.

Rosa braceaba. Estaba histérica. Varios enfermeros se la llevaron por la puerta de urgencias. Al cabo de un rato la devolvieron más calmada.

—Convendría —dijeron— que se la llevaran a casa para que descanse. Le hemos suministrado un calmante.

—Yo propongo —sugirió Ángel— que os vayáis todos a casa y que yo, que acabo de llegar, me quede aquí hasta que me relevéis mañana.

—De acuerdo —dijo Telmo—, yo tengo que decir misa aquí al lado a las siete y a las ocho menos algo estoy aquí

Ángel se quedó solo, y cuando estuvo seguro de que se habían ido, comenzó a escribirle a Anabel en unos folios que llevaba, sabiendo que tenía muchas horas por delante.

“No me importaría convertirme en estatua de mármol por mirar hacia atrás, si pudiera verte otra vez... ¿Dónde estás Anabel? ¿Has existido de verdad. ¿Qué te ha pasado? ¿Quien llamó a tu puerta aquella noche? Voy a ir a buscarte. ¿Qué te han hecho? Nadie sabe nada de ti. ¿Cómo es posible que no te encuentren? Llevo muchos días sin hablar contigo. Sin escucharte. Quiero oírte decir que me quieres o que me odias. Que no tengo derecho a nada por pasar una noche contigo. Que eres libre y quieres seguir siéndolo. Quiero oír como te ríes de mí por no saber jugar al amor... He ido a la escuela donde estuviste unos meses. Ya no sabía dónde buscarte. Parece que nadie te conoce. ¿No tienes amigos? Hablé con aquel compañero mío con quien estabas en la embajada y me

dijo que no te recordaba. ¿Es verdad que estás tan sola como me decías...? Ahora pienso que a lo mejor no es cierto que llamaran a tu puerta y que, en realidad, te has suicidado. No. No puede ser cierto porque habría trascendido la noticia: "Joven modelo española encontrada muerta en la habitación de un hotel de Estocolmo. Aunque la policía no ha dado a conocer sus investigaciones, al parecer se trata de un suicidio". ¿Has sido víctima de un robo? ¿Te golpearon y estás en un hospital sin documentación y con amnesia? ¿Te habrán secuestrado? A lo mejor te vio desfilar un loco. Un malvado. Un pervertido sexual que te tiene oculta en el sótano de su casa sometiéndote a toda clase de vejaciones. ¿Por qué juegas conmigo? ¿Te divierte...? Te decía que había ido a tu escuela y Violeta, la directora, me dijo que te recordaba. Esa sí te recordaba. Fue un alivio para mí. No eras una fantasía. Me dijo que estabas siempre sola. Que eres uraña, irritable, conflictiva. Que eres terriblemente perfeccionista y contradictoria: podías admirar una flor con placer infinito, olerla, y después pisotearla con rabia, porque te gusta destruir la belleza, sientes placer destruyéndola ¿Estás queriendo pisotear nuestro amor con tu silencio...? Ojalá no hubieras aparecido en mi vida mediocre y llena de miedos. Ahora estoy lleno de dudas. Soy plenamente desgraciado. Ojalá aquel día que te tuve entre mis brazos, en vez de secarme las lágrimás con tu falda, como un niño, te hubiera desnudado con rabia y se hubieran unido nuestros cuerpos como dos fieras en celo... ¿Era eso lo que esperabas? ¿Era eso lo que querías? Tampoco yo se porque me comporte asi. Te tenía que haber apretado entre mis brazos hasta que hubieras desaparecido, pero tuve miedo. Y ahora me persigues en mis sueños porque mis manos se quedaron quietas. Estoy castigado a recordarte porque incumplí las reglas. Rompí el ciclo. Se paralizaron los cielos llenos de millones de cupidos, expectantes, que detuvieron en el aire sus flechas ¡Peligro! Hay un esquirol... ¿Quizás es verdad lo que decía Violeta de que tal vez te hubieras ido con la madre Teresa de Calcuta? ¿Has ingresado como novicia en un convento de clausura? Anabel, de verdad, estoy muy mal por tu culpa. ¿A qué prueba quieres someterme? ... Tengo miedo al SIDA, miedo a la peste aviar, a las vacas locas, a la nube del volcán de Islandia, a la gripe A, al

terrorismo, a Al Qaeda, al mosquito del Nilo, al cambio climático, a los tsunamis, a las comidas transgénicas, a la contaminación atmosférica... Es verdad, tú tenías razón cuando me decías que así no se puede vivir y yo te contestaba que era peor tu soledad y que entre los dos podríamos luchar. Pero ahora te has ido, me has abandonado cuando más te necesitaba, porque ahora, además, tengo miedo al paro, a la situación económica mundial y a la de este país. Al hambre, a la quiebra de los bancos, a que haya una nueva guerra mundial por el conflicto entre las dos Coreas... Anabel, después de haberte conocido, tengo aún más pánico, miedo porque no sé dónde estás. Me despierto pensando en ti y veo sangre en tu cuello, cardenales azules en tus muslos y quemaduras de cigarrillos en tu pecho. Luego, sueño que te han arrancado los dientes, que te balanceas en un enorme columpio y terminas saliendo despedida desapareciendo en el espacio. Anabel, no puedo seguir así, estoy lleno de dudas que hacen todavía más insoportable tu ausencia. Sé que fuimos felices hasta que te fuiste corriendo cuesta abajo por aquella calle empinada de Ibiza con los zapatos en la mano y yo salí detrás de ti camino del hotel ¿Te acuerdas? Tú me habías dicho: "No me hagas daño, en serio, o me mataré. Te juro que soy capaz de matarme". Y añadiste: "Esta noche quiero que hagamos el amor hasta la muerte". Te di alcance y seguimos andando abrazados. Yo sentía tu pecho hundiéndose blandamente en mi costado y cuando llegamos a la habitación nos echamos en la cama entrelazados, besándonos. Estábamos vestidos, solamente nos habíamos quitado los zapatos y dimos vueltas y vueltas sin separar nuestros labios. Yo sentí correr tu sangre por mis venas, entrar el aire de tus pulmones en mi pecho; mezclarse en nuestras bocas el rocío del siguiente amanecer. Te separaste un poco de mí y sentí tu respiración jadeante, tu aliento caliente en mi oído. Fue entonces cuando me susurraste tres veces: ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! En tu dulce gallego. Yo nunca había sentido una felicidad igual ni nadie me había dicho ¡Te quiero! así. Y me emocione de felicidad. Quise que tocaras con tus dedos mis lágrimás... Y me olvide de tu cuerpo.Tu no entendias nada. Yo no necesitaba nada más, pero —ya era tarde cuando lo comprendí— tú sí. Tú estabas esperándome y yo te decepcione... Fue como si hubiera visto la

luz cegadora del paraíso por la rendija de tus ojos semiabiertos en la penumbra de aquella habitación donde te perdí para siempre... Tú lo llamáste en tu carta "orgasmo de tu corazón" y era verdad: me quedé deslumbrado, como muerto por unos segundos. Si Dios existe debe ser así.. Tú te quedaste mirándome, sin comprender, mientras sentías que tu sexo caliente se iba cerrando como las flores al atardecer ... Tú permaneciste unos segundos incorporada a medias, apoyada en tu codo izquierdo para observarme mejor, incrédula, sin terminar de comprender qué me había pasado... Hasta que, decepcionada, te incorporaste. Alisaste tu falda. Te pusiste los zapatos y saliste de la habitación".

Cuando ternino de escribir porque ya no tenía más papel, Angel leyó varias veces lo que había en los folios y los estrujo con rabia tirandolos a la papelera .Luego se sentó en un rincón apartado dispuesto a esperar, hasta que se sobresalto al oir el altavoz que llamaba a los familiares en el silencio de muerte de la sala de espera del hopital.

—Familiares de Andrés Alcaide Alcaide.

Ángel salió de su ensimismamiento, y tras rebuscar en los bolsillos unas monedas, sacó de la maquina de los bocadillos uno de queso y una Coca Cola. Luego miró su reloj y no había terminado de dar el último bocado cuando oyó decir por el altavoz:

—Familiares de Daniel Setién Setano.

Nervioso, Ángel se acercó al mostrador y le indicaron que pasara a un pequeño despacho con una mesa donde estaban sentados el médico y una enfermera, que llevaba el control de los ingresados.

—¿Es usted familiar? —le preguntó el doctor.

—Soy su primo.

—¿No están presentes su mujer, sus padres, hijos o algún hermano?

—Van a venir dentro de un rato. Yo me he quedado esperando alguna información durante la noche...

—Mire —dijo el doctor, con prisa, sin emoción, con voz cansada, mientras atendía la llamada que había recibido en su busca—, su hermano, mejor dicho, su primo, está en coma, tiene traumatismo craneoencefálico y todavía es pronto para poder dar un informe correcto de cual puede ser su evolución.

—¿Y hay posibilidades de que se recupere?

—Mire —le dijo el médico mirándole por encima de sus gafas

bifocales—, ya le he dicho que es la única información que podemos dar por el momento. Está muy grave, está en coma y puede durar así una semana o diez años. No somos dioses —dijo impacientándose, mientras cerraba con energía la carpeta donde había leído los datos y se la entregaba a la ayudante, dejando bien claro que no estaba dispuesto a dar más explicaciones—. La familia más cercana le podrá ver esta mañana. En la puerta le darán más información.

Ángel se quedo solo en el pequeño despacho vacío que olía a desinfectante. La puerta se volvió a abrir y una enfermera gruesa y desaliñada le mandó salir.

—Hay más familiares de enfermos que también tienen que ser informados, no está usted solo.

—¿Podría usted decirme...?

—No puedo decirle nada, señor. Vaya allí enfrente, a aquel mostrador, por la raya verde.

Sin esperar al informe, Ángel salió a la calle, donde no se oían los altavoces, y llamó a Rosa. Cogió el teléfono Fabián.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Ángel, que no esperaba que se encontrara en la casa.

—Me he quedado con ella. Esta muy mal, muy débil. Su madre iba a venir pero al final no ha podido. La casa no tiene ascensor y me he quedado toda la noche en el saloncito por si necesitaba algo. Ahora se pone. Está vistiendo a las niñas, que tienen una excursión con el colegio.

—Mejor. Dile que dentro de un rato podrá ver a Daniel.

—Pero, lo primero que va a hacer es preguntarme. ¿Qué te han dicho?

—Que está en coma, muy grave. Se ha confirmado el traumatismo craneoencefálico. Díselo con suavidad a Rosa.

—No te preocupes. En cuanto tengas la hora en que se pueda pasar a verlo, me llamás.

—De acuerdo ¿Las niñas no saben nada?

—Nada.

Cuando entró Rosa a ver a su marido, que estaba lleno de tubos y aparatos, comenzó a llorar desconsoladamente mientras le besaba en un descuido de una de las enfermeras.

Telmo, el padre Telmo, ungió al enfermo con los Santos Óleos en

presencia de Odón, que sacando su pañuelo del bolsillo enjugó un hilo del bálsamo sagrado que caía por la mejilla del moribundo. De pronto, los dos se quedaron mirándolo, porque les pareció que se le habían movido los músculos del abdomen como si quisiera toser... Cuando el enfermo volvió a la normalidad, Telmo le dijo a su hermano en voz queda:

—Odón, le teníamos que haber hablado del contenido de la carta de su madre antes de que ocurriera esta catástrofe...

—Nadie sabía lo que iba a ocurrir. Ha pasado tan solo un mes de la carta y no nos había dado tiempo casi de hablarlo entre los hermanos... Ha sido un accidente terrible que nadie esperaba, como todos los accidentes. Se lo diremos cuando se recupere —respondió Odón.

—¿Y si no se recupera? Algo que es probable que ocurra, según los médicos. Puede estar así años. Me tienes que prometer aquí, delante de él, que si se muere, cosa que Dios no permita —se apresuró a decir Telmo, santiguándose—, que si se muere, repito, hablarás con Rosa. ¿Le has comentado ya algo?

—Todavía no...

—Pues tendrás que hacerlo urgentemente porque es un asunto de vital importancia que no se puede demorar más. Mira lo que ha ocurrido. Eres tú el que tienes que decírselo porque tú eres el mayor de los hermano. —El contenido de esa carta, no se si lo comprendes— le interrumpió Odón, intentando disimular su indignación—, es un oprobio para nuestro padre y para toda la familia. Una calumnia que afectaría a su buen nombre y a todo lo que hemos representado y seguimos representando a pesar del cambio de costumbres y de la escala de valores de la sociedad, donde parece que conceptos como la honradez, el respeto y la honorabilidad son palabras que no tienen cabida en el vocabulario... Y ahora vienes tú con tu cartita escondida entre los pliegues de la sotana queriendo humillar a nuestro padre y dándole la razón, de paso, a todos los que nos odian —que son muchos — por representar algo que ellos nunca han tenido: vergüenza y una conducta ejemplar durante generaciones.

Telmo toco discretamente en el brazo de Odón para avisarle de que Rosa entraba acompañada de Fabian.

—No pueden estar aquí más de dos personas, por favor —insistió una enfermera, empujando suavemente a Odón y a Telmo hacia la salida de la UCI

12

Odón Setano se había quedado unos días mas en Shangai tras terminar la feria internacional a donde acudió tras abandonando precipitadamente el hospital donde permanecía en coma su primo Daniel. Allí se entrevistó con empresarios chinos con los que mantenía contactos al más alto nivel para algunos de sus negocios, entre ellos, la implantación de vuelos charter de la compañía aérea de la que era copropietario con destino a algunas ciudades turísticas del inmenso territorio asiático. El auge que en poco tiempo había conseguido el país dado a conocer al mundo, principalmente por la feria, era espectacular, y Odón, con otros empresarios españoles, seguía muy de cerca el cambio y estaba atento a cualquier oportunidad que permitiera un nuevo mercado donde colocar sus productos, dada la caótica situación de España cuyos cacareados brotes verdes de Zapatero no acababan de aparecer. Tras dormir unas horas a su regreso y hacer varias tablas de ejercicio con su preparador personal —más de una hora como todos los días—, se duchó y se sentó en su despacho dispuesto a repasar los asuntos pendientes que se habían acumulado durante su ausencia.

El patrimonio inmobiliario, acciones y participaciones en empresa y negocios que abarcaban los campos más dispares, habían convertido a Odón sénior, el "patriarca", el padre de los tres hermanos Setano y Fernández-Queen —Odón, Fabián y Telmo—, en unos de los millonarios más importantes del país de la segunda mitad del pasado siglo. Su vida discreta y ejemplar: comunión diaria, trabajo, paseo vespertino y vida familiar, le habían mantenido al margen de la prensa y de cualquier acontecimiento social que se pudiera considerar frívolo —sólo aparecía esporádicamente en alguna cena benéfica— habiendo conseguido, incluso, no aparecer en las listas de millonarios.... Sólo se "permitía" ir de caza —principalmente con arco, afición que inculcó a sus hijos—, sus paseos por los alrededores de su casa de la sierra, y la

pintura. La pintura era su gran pasión y no había exposición que se perdiera aunque para ello tuviera que ir a París, Londres o Nueva York. Por supuesto, conocía de memoria los mejores museos del mundo desde el Hermitage al Whitney Museum, hasta tal punto que se llevaba grandes disgustos si cambiaban de sitio alguna gran obra cuando estaba acostumbrado a encontrarla, por ejemplo, a la derecha de la entrada en la sala IV del quinto piso. Personalmente, tenía una gran colección en su palacete de Madrid, en los alrededores de la Castellana, que contaba con obras de Brueghel y Boticelli, Modigliani, Matisse y Manet. En otros salones de su magnífica residencia tenía también pinturas de Sorolla, Miró, Botero y, como excepción, una escultura atribuida a Rodin, por la que siempre pedía perdón a los pocos visitantes de su particular museo, ya que consideraba que era una escultura erótica, como otras muchas del artista francés. Debido a sus paseos por la montaña, a su amor a la naturaleza, a su pasión por los árboles, siempre quiso tener un cuadro del americano Asher B. Durand, pero nunca pudo lograrlo.

Al morir el "patriarca" de la familia dejó una enorme fortuna que debía pasar a sus herederos. El notario encargado del legado llevaba meses clasificando los bienes, realizando las particiones e interpretando los deseos del fallecido. Según las primeras conclusiones del extenso documento, dos de los tres tercios se repartían entre los hermanos: el primero, dividido en partes iguales para cada uno y, el segundo para Odón, por ser el mayor, con la intención de que preservara el espíritu que siempre había mantenido la familia. La sorpresa fue el tercio de libre disposicion, que se mantuvo en secreto por deseo del fallecido.

Sentado en su despacho, Odón, el principal heredero, ojeó la prensa del día y se sorprendió con uno de los titulares, porque había estado tratando precisamente de este asunto con otros empresarios en el viaje de vuelta de China, coincidiendo todos en que la situación era insostenible, que no se podía seguir así, con más de cinco millones de parados, la imagen del país por los suelos y el retraso en poner en marcha una serie de medidas imprescindibles para la salida de la crisis: "Zapatero privatiza los aeropuertos de Madrid y Barcelona". Posteriormente, comenzó a repasar las informaciones que su secretaria había creído que serían de su interés sobre todo lo relativo a las energías alternativas en las que últimamente estaba invirtiendo grandes

cantidades de dinero. Al final del montón de recortes había una citación del juzgado para acudir como imputado por el homicidio involuntario de un africano en la isla de Sancti Petri, meses atrás. Odón, sin inmutarse, colocó el sobre en el casillero de los abogados y luego tomó el siguiente, un sobre alargado con un sello griego y fechado en Corinto, que decía:

> *Estimado Odón "nuestro club" ha decidido cursar una invitación a los socios para que nos reunamos aquí, en Corinto, y podamos olvidar durante una semana nuestros negocios. Recuerda las veces que hemos hablado de la batalla de Lepanto, por eso pienso que te gustara surcar las aguas donde se desarrolló una gesta tan gloriosa para España. Te espero (no se admiten excusas). Además, habrá otros alicientes, como una carrera de supercoches (¿sigues conservando el Rolls blanco?) hasta Venecia por la costa y una fiesta de carnaval en el palacio de la viscontessa, tu ex mujer, en la maravillosa Venecia—. J. Scorpio.*

Odón sonrió de nuevo. Al día siguiente pensaba estar unas horas en Londres para asistir a la subasta de una de las joyas que más ambicionaba; "la pantera" de diamantes y onix de Wallis Simpsom, duquesa de Windsor, que se subastaba, y por la que pensaba ofrecer tres millones de euros, y después tenía que viajar urgentemente a Estocolmo por la ampliación de una de las naves de su astillero, coincidiendo con la entrega del Nobel al escritor Vargas Llosa, ceremonia para la que ya había conseguido una invitación. Buscó entre sus notas —era fiesta y no estaba la secretaria— y consiguió comprobar que tenía unos días libres entre la entrega del premio Nobel y la cacería con arco que había organizado en Galicia para unos cuantos amigos aficionados del 25 al 28 de diciembre, por lo que le diría a sus amigos del "club" que contaran con él del 13 al 17, aunque le tendrían que aclarar cuáles eran los otros alicientes a que se referían en su nota.

El "club" agrupaba a dos docenas de millonarios de diversos países —principalmente europeos— y, aunque últimamente se había añadido un brasileño y dos chinos, el núcleo inicial se había formado a partir de la idea del director de marketing de un banco centroeuropeo que reunió en una comida a seis supermillonarios con la sola intención de conocerse y de intercambiar ideas respecto a sus finanzas y el futuro.

Inicialmente, la idea fue acogida con frialdad, pero varias operaciones a nivel mundial, en que cada uno de los miembros dio a conocer la verdadera realidad de sus países —una especie de papeles de Wikileaks sobre la situación económica, empresarial, técnica y política— confirmó la utilidad del “club”, por lo que se llegó a la conclusión de que, una vez al año, hubiera una reunión lúdica para que sus miembros se conocieran mejor. La citada reunión anual tenía mala prensa porque fue erróneamente vinculada a una carrera de supercoches (Cannonball). Ferraris, Lamborghinis y Porsches, que, viniendo de Europa, atravesaron España a toda velocidad sin observar reglas de tráfico y provocando varios accidentes. Una cosa es cierta: quizás aquella alocada carrera haya dado pie a la de los Rolls, un disparate que provocó las protestas de Odón, ejemplo de educación cívica, quién matizó que participaba si era eliminado el que acumulara dos multas de tráfico en todo el trayecto, que recorría la costa del Adriático hasta llegar a Venecia.

—Estoy entusiasmada, “amog”, con la idea de volver a mirarte. Me han dicho que tú también participaras con tu viejo coche en la carrera de Corinto. No me lo puedo creer. Estoy exuberante de contenta, gozosa de que estemos de nuevo unidos.

Elizabeth llamó enseguida a Odón cuando la invitaron a la carrera del siglo y se enteró de que él también participaría.

—Estoy de “acuegdo” con tus reglas —le dijo—. Es fantástico perder si te multan o si gastas más de mil euros. Tendrás que registrarme bien antes de “salig” para ver si tengo más dinero guardado en mi liga... Pillín. Vendrás con tu mecánico para que te ayude a conducir. ¿No? Porque tú no estás ya para esos galopes...

—Eres malísima y cruel, Elizabeth. No te digo más cosas por que soy un hombre educado.

—Supongo que me dejaréis participar aunque sea una mujer.

—Claro que sí. Por cierto, ponte tus mejores galas a ver si enamoras a un multimillonario de esos chinos que vienen con Rolls últimos modelos.

—No me interesan. Ya sabes que a mi sólo me gustan los europeos como tú, “amog”... Variando de tema. ¿Se dice variando o cambiando? Bueno, pues variando de tema, yo voy a mandar el coche desde Mónaco, dónde estoy pasando el invierno. ¿Quieres mandar también el

tuyo?

—Estaría bien, pero no me fío de que le hicieras algo en el motor para que pierda.

—Si quieres correr el riesgo, lo podrías embarcar en Barcelona, donde hace escala el barco, que llegará a tiempo al puerto de Atenas.

—Eres una maravilla. Te quiero "amog".

—Por cierto, voy con una amiga que te arrebatará, a tí que te gustan las mujeres pendones.

—¿Pendones?

—Quiero decir, mujeres bandera.

—Eso es otra cosa... Cada vez hablas peor el español.

—Y, ¿cuál es el nombre de ese pendon?

—Se llama Violeta y hemos decidido que sea tu copiloto.

13

—¡Es la Rita¡ ¡Es la Rita! —gritaban estremecidos varios jóvenes al salir de la discoteca y ver colgado de un árbol el cuerpo sin vida de una chica con el pelo color zanahoria, vestida tan sólo con un tanga rojo y unos zapatos negros de plataforma que se mecían a la altura del rostro de los primeros que salieron del local.

Faltaban pocos minutos para las doce de la noche del día uno de enero —la noche que comenzaba la prohibición de fumar en lugares cerrados— y chicas y chicos se lanzaron a la calle, con sus cigarrillos en la mano, perseguidos por una auténtica humareda que salía por la puerta de la enorme discoteca, llena a rebosar de adolescentes. El desconcierto fue muy fuerte porque los que pugnaban por salir del macabro sótano no sabían el origen de los gritos que oían a unos metros, en la calle, hasta que, a empujones, consiguieron alcanzar la acera encontrándose con la terrible escena del cadáver semidesnudo de una de sus colegas oscilando ante sus narices, pendiente de un árbol y con un trozo de cabo marinero enrrollado en el cuello, el mismo cabo que servía de pasamanos para bajar o subir por la angosta escalera del local. Inmediatamente, todos los que se encontraban aún dentro salieron por la puerta con ojos expectantes e incrédulos, con olor a sudor, a perfume y a tabaco. Algunos quisieron bajarla del árbol pero alguien les detuvo.

—¡No la toquéis hasta que llegue la policía! ¿La conocíais?

—Claro que sí. Venía con nuestro grupo un par de veces por semana. Era prima de otra chica caribeña que hace dos semanas se fue a su país porque había perdido el trabajo. Ella también estaba en paro... —dijo una de las chicas señalándola con el dedo.

—¿Es Rita?

—¡Sí! ¡Es horrible! —decían dos de sus amigas, que lloraban abrazadas—, era muy buena gente. Todos querían enrrollarse con ella pero Rita se hacía la estrecha. Creo que tenía un hijo en su país al que

le mandaba dinero todas las semanas, hasta que la echaron del trabajo hace muy pocos días por la maldita crisis.

Otras compañeras le tocaban los pies húmedos y se abrazaban sollozando sin atreverse a mirarla a la cara.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó uno de los jóvenes que acababa de salir a la calle y, sin hacer caso de lo que decían de que no la tocaran hasta que llegara la policía, acercó una escalera y, con la ayuda de otros chicos, intentó izarla par ver si todavía respiraba...

—¡No dejéis que nadie se vaya de aquí! —chilló un hombre maduro con chaqueta azul, pantalones vaqueros, camisa blanca abierta, unas anchas gafas oscuras y una gorra de visera—. El que la ha colgado tiene que estar aquí. Son muchas casualidades: el apagón tan oportuno, que no estuviera en su puesto el portero de la discoteca, que no pasara nadie por aquí cuando son sólo las doce de la noche...

A Rita la habían ahorcado hacía unos minutos pero era inútil intentar la reanimación. Había muerto en la puerta del local donde sus compañeros seguían la juerga iniciada veinticuatro horas antes en la Puerta del Sol, ciegos de alcohol y pastillas. La mayoría venía de una de las fiestas de música electrónica —en la Casa de Campo o en el Palacio de Vistalegre— que se habían organizado en la capital al ritmo que marcaban los mejores DJs.

Meli había sido una de las últimás en salir de la discoteca y alcanzó la calle medio asfixiada por el humo y asustada por los gritos. Muchos de los jóvenes que se agolpaban en la angosta escalera habían comenzado a sentir pánico y a empujarse, creyendo que se trataba de un incendio. El griterío exterior se confundía con los lamentos de dolor de los que caían al suelo y eran pisoteados por los que intentaban huir. Sólo cuando consiguió salir de la oscuridad se encontró con la realidad: el cuerpo de su íntima amiga colgaba de un árbol a sólo dos metros de sus ojos espantados.

—¡Es increíble, no me lo puedo creer! ¡Bájate de ahí! ¿Estás pedo? No me des ese disgusto precisamente esta noche, gilipollas —le decía incrédula, sin saber si se trataba de una broma, mientras le tiraba de una pierna queriendo obligarla a que se bajara del árbol. Meli se quedó con uno de los zapatos en la mano, que estrelló contra el cristal de una de las ventanas del sótano donde se encontraba la “sala de fiestas” —. ¡Te has meado! Baja de ahí joder, puta pastillera. Además, has cogido para ahorcarte el tanga que te regalé para estas fiestas... ¡Te quiero

maricona! ... —y comenzó a llorar desesperadamente junto a las otras amigas del barrio, del que habían salido para ir al centro y oír las doce campanadas en "directo", con sus mochilas llenas de ganas de divertirse, bebidas para el botellón, uvas, una bolsita con hierbas y algún que otro condón... ¡Un, dos tres! ¡Feliz año!, y a saltar, abrazos y serpentinas y espumillón y bailes hasta el amanecer, la hora que solían salir todos los días de sus casas — un rato andando, media hora en autobús, tres cuartos en metro, para escuchar que no había trabajo. Once y doce ¡Feliz año!, y la pandilla de chicas y chicos. ¿Emigrantes? ¿De dónde? Qué más da: de Colombia, de Ecuador, de Andalucía... Todos en busca de pan una mañana y otra. ¿Será posible? Y las campanas resonando cada vez con más fuerza en los estómagos vacíos, donde caían las uvas con estruendo en un mar de alcohol y burbujas mientras la ruleta del barquillero de la Plaza Mayor rifaba infartos entre los jóvenes sin esperanzas.

—¿Quién ha matado a mi Rita? Que le como el hígado. ¡Hijo de Puta!

—Cálmate Meli, que ya llega la policía.

—Que los jodan. Tenían que haber estado aquí antes... Que siempre llegan tarde. ¡Mi Rita, eres una tía cojonuda, te queremos, Rita! —Meli se derrumbó cayendo al suelo desmayada. Sus amigos la levantaron y la sentaron, manteniéndole la cabeza erguida.

—¿A que no tiene cojones de salir el que haya sido? ¡Maricón!. Rita, te quiero. Que la entierren con mi muñeco, que siempre le ha gustado. ¡Te lo regalo Rita!

Los servicios del Samur, la policía judicial, la nacional y un señor que debía ser el juez, los apartaron del lugar mientras procedían a descolgar el cadáver. Las piernas de Rita se doblaron como las de una marioneta cuando tocaron el suelo mientras un rictus macabro torcía su boca, todavía con sabor a chicle de fresa. Meli oyó la sirena de la ambulancia que se llevaba a su amiga muerta, pero no se pudo mover debido a los tranquilizantes que le habían suministrado.

Como en una nebulosa, Meli recordó que Rita, cuando estaban en la barra con ella, había comenzado a levantarse ligeramente su polo blanco para enseñarle unas cicatrices que le había dicho que tenía debajo del pecho. De pronto, advirtió en su cara una expresión de pánico. Parecía que había visto un fantasma en un rincón oscuro del

local. Meli también miró hacia donde había vuelto la cabeza su amiga y le pareció advertir a un hombre con gafas oscuras. Sin darle tiempo a hacer ningún comentario, Rita salió corriendo mientras le decía: "Ahora vengo. Voy un momento al servicio". Ya no la vio más hasta que se topó con sus piernas colgando de un árbol en la puerta de la discoteca.

La policía había acordonado la zona para que nadie abandonara el lugar. Incluso había rodeado el edificio y controlado también la salida de emergencia de la parte trasera. Cuando Meli recuperó el habla se dirigió a uno de los inspectores y le describió, alterada y muy nerviosa, al hombre fantasma que había visto en el bar y la cara de pánico de su amiga, pero nadie le hizo caso.

—Somos conscientes de que es una desgracia. Una enorme y gran desgracia, pero tiene que comprender que no tenemos más remedio que hacerle unas preguntas.

—Lo que quiero es que cojáis a ese hijo de puta. Al que os he contado del bar. Yo misma le daría de patadas hasta partirle los huevos.

El policía hizo un gesto con la mano, en la que sostenía un lápiz, indicándole que se calmara, y continuó dispuesto a tomar nota de todo lo que dijera.

—¿Era su amiga? ¿Me podría usted decir de qué hablaban en la barra cuando salió corriendo?

—¿Puedo tomar algo, agente? Tengo la boca seca.

—Sí —contestó el policía, mientras se volvía y le decía a un camarero que había cerca:

—Dele un vaso de agua.

—¿No podría ser algo más fuerte?

—No. ¿No ve que le han dado unos calmantes?... En cuanto terminemos de hablar me encargaré de que la lleven a su casa... ¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—¿Y su amiga?

—Tenía veinticuatro y un hijo de dos en su país —Meli comenzó a llorar de nuevo al mencionar a su amiga—. ¡Lo mataría, qué hijo de puta...!

—¿Por qué cree que ha sido él, el que vio abajo?

—Siempre hay gente que merodea por donde estamos, en las discotecas y tal, donde se reúnen "carajitas", como decía mi amiga

Rita, sobre todo, emigrantes. Buscan conejos jóvenes y se los sirven a peces gordos para que se los coman con patatas. ¡Los muy cabrones! Las chicas pierden sus trabajos, muchas de ellas tienen los bebés en sus países y algunas hacen lo que sea por sus hijos. Otras, la mayoría, se niegan, pero siempre hay dos o tres europeas, americanas o españolas que se enganchan, y para que no vayan con el soplo a la pasma, las amenazan y les dicen que las van a matar...

—Buscan pivones —interviene otra de las colegas, con "pirsin" hasta en los tobillos—, mantequilla fina, sin importarles si son menores... Terminará pasando como ese juicio que hay en Italia, donde dicen que una tía lista ha pedido cinco millones por callar...

—También hay muchas espabiladas, porque, a ver, aquello es un juicio y todavía la justicia no ha dicho nada...

—¿Cree que han colgado a su amiga para que sirva de ejemplo?

—Mi amiga nunca ha hecho eso. ¡Joder!

—Entonces ¿Por qué crees que la han matado?

—No lo sé. La habrán confundido con otra. Todo ha sido muy rápido y estaba tan oscuro allí abajo...

—Le repito la pregunta que le hice al principio: ¿Qué le estaba diciendo cuando hablaban en la barra?

—Me contaba que le habían pegado y se estaba subiendo el polo para enseñarme la cicatriz.

—¿La llegó a ver?

—No. ¿Pero qué importa eso? Ahí tienen su cuerpo para que la puedan manosear bien... No es la primera, he visto a otras muchas chicas con golpes.

Meli, despeinada, con la cara llena de rimel y el nacimiento del pecho lleno de pequeñas estrellas plateadas, restos del cotillón, comenzó a llorar de nuevo mientras el policía le decía:

—Tranquila. Tranquila. Ahora le tomaran sus datos y sus señas. Tome mi tarjeta y no dude en llamarme a cualquier hora del día o de la noche. Me llamo Pelayo.

Cuando se alejó el inspector —fuerte como un oso, con la cabeza como una bola de billar y el mentón prominente de un simio—, una de las compañeras de Meli se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué tal con Fabila?

—¿Quién coño es Fabila?

—Ese policía que te ha interrogado con la cabeza como una

bombilla. Es muy popular en ciertas zonas, se llama Pelayo, pero todos lo conocemos como Fabila porque es asturiano y grande como un oso.

Poco a poco la policía fue terminando su labor de identificación, quitó la cinta con la que había acordonado la zona y se fueron retirando los curiosos que habían estando observando el suceso. Sólo quedaba como recuerdo un trozo de cuerda colgando de un árbol y un pequeño charco en el suelo, donde husmeaba un perro canela que su dueño había sacado a pasear, mientras se fumaba el último cigarrillo del día.

Los chicos recogían sus mochilas para subirse a los coches de la policía que se habían ofrecido a llevarlos al extrarradio, cuando Meli se irguió como una gacela que olfatea el peligro y se lanzó como una loca contra el señor de la camisa blanca y las gafas oscuras con una gorra de visera que había visto Rita, mientras le gritaba:

—¡Has sido tú, hijo de puta! ¡Has sido tú el que ha matado a Rita!

Los guardias la sujetaron arrancándola materialmente del cuerpo del hombre, que, sorprendido, intentaba quitársela de encima apartando los brazos de la chica de su cuello al que permanecía agarrada, a pesar de que varios policías tiraban de sus piernas.

—¡No conozco de nada a esta señorita! ¡Está borracha o drogada! ¡Por favor, quítenmela de encima...!

Por fin, lograron meterla en uno de los coches patrulla, aunque seguía forcejeando y gritando:

—¡Falso! ¡Cabrón! Te he reconocido al quitarte las gafas ¡Me has hecho una desgraciada! ¡Te pienso matar! ¡Te buscaré y te mataré aunque tenga que bajar al infierno para encontrarte! ¡Maricón!

Cuando los coches se alejaron, el individuo se alisó la chaqueta con la mano, recogió sus gafas oscuras del suelo y, mirando a tres o cuatro curiosos que le observaban en silencio, entre ellos el señor del perro, les dijo con un gesto no exento de chulería:

—¿Pasa algo? —y se fue caminando despacio, tras ponerse su gorra.

Nadie le pidió la documentación.

—¡Chicas, que hoy cumplo diéciseis tacos!

—¡Meli, Meli, Meli! ¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz! —gritaron al unísono sus dos amigas. ¿A qué nos vas a invitar, tía?

—Estoy más pelada que un hilo de cobre, pero tengo aquí unos porros para las tres... Y vosotras, zorras, ¿qué me vais a regalar?

—Pues, un par de condones de colores, porque ya es hora de que te estrenes...

—¿Y tú qué sabes, putilla, lo que yo hago?

—Pues, si no quieres los dos, escoge: ¿Rosa o azul? Por que yo estoy más caliente que una olla exprés y luego voy a ver al Rafa...

—Lo siento Lupe, pero no tengo para las tres...

—Yo no quiero, estoy hasta la peineta de los chicos. Estoy harta, son unos machistas. “Ahora sí. Ahora no. Aquí. Allí. Por aquí. Por allá”. De ahora en adelante voy a ser yo la que me baje las bragas cuando me apetezca... Estoy hasta el cotarro de que me utilicen.

—Joder, Rita, enciende el pito de una puta vez, tía.

—Pues, a mí me mola que los hombres me insistan, me rueguen, que le den a la manivela y se arrastren. Que intenten tocarme una teta y tortazo por aquí. Que intenten tocarme la ingle y tortazo por allá. Que echen espuma por la boca y que tengan el paquete a punto de estallar...

—¡Qué puta eres Meli, te admiro!

—Así hay que tratar a esos machitos, tía —añadió Lupe.

—Rita, joder, cuidado con los cascos que me han costado diez pepinos.

—¿Pero eres gilipollas, jolín? Si no estoy haciendo nada, tía.

—Que sí, tía. Que sí. Que está salido el cable.

—¡Anda y que te den!... Tú sí que estás salida para ir con el viejo ese de las gafas amarillas de John Lennon, que tiene que tener la picha más arrugá que la de un pato en invierno.

—Ese me va a sacar de pobre. ¿Comprendes gilipollas? Ese que tú quisieras para ti. ¡Envidiosa! Me va a hacer famosa. Me va a hacer una estrella. Ya verás cuando me veas en la televisión cantando como la Chenoa. Está moviendo sus hilos y dentro de poco habrá una sorpresa que te cagas, tía. Una sorpresa que ni te imaginas, tía.

—Es por eso por lo que te pasas todo el día haciendo gorgoritos: “Aaaaa, eeeee. Iiiii”. Sigue. Sigue. No pares...

—Anda y que te follen. No te tomás mis cosas en serio, tía.

Meli se había juntado con lo peor de la costa, con los vagos y maleantes que robaban a los turistas, con los drogadictos, con los marginados, con muchos de los llamados de la generación “ni-ni” —entre los que había muchos hijos de papá que bajaban de las urbanizaciones de lujo— que ni trabajaban ni estudiaban y se pasaban

el día en la calle... Con quince años, su abuela, con quien vivía en el pueblo, era incapaz de hacerla volver a casa al salir del instituto. La mujer, desesperada, la buscaba por el barrio recorriendo las calles arriba y abajo, con su paso menudo y el delantal recogido por si tenía alguna mancha de grasa de la cocina. Miraba en la plaza donde se reunían pandillas de jóvenes, en los rincones habituales del botellón; incluso, una vez, fue hasta la costa en la furgoneta del panadero, por que una vecina la había visto morreándose con el hijo del carnicero, que tenía cara de cerdo y manitas de cordero.

Toda aquella situación estalló el día que su abuela descubrió un condón en la mochila del colegio. Se cayó al suelo al sacar el libro de Conocimiento del medio. La abuela se agachó, lo cogió con los dedos y lo miró por un lado y por otro sin saber lo que era, hasta que le preguntó a Meli, que se había quedado helada mientras se ponía la minifalda escocesa que le dejaba el ombligo al aire.

—Qué va a ser abuela, pues un condón.

El primer impulso de la buena señora fue tirarlo como si tuviera en la mano una cucaracha. Luego, se precipitó sobre la chica con intención de pegarle, sin lograrlo, porque ella, subiendo los hombros y escondiendo la cabeza, se protegió al otro lado de la mesa camilla, desde donde le chilló, mientras la abuela se derrumbaba en una de las sillas llorando.

—¿Sabes lo que te digo, abuela? Que ya no aguanto más tus charlas. Estás todo el día dale que dale. ¡Ya está bien! Me voy lejos de aquí.

Dio un portazo y la pobre abuela, que había cuidado lo mejor que había podido a su única nieta, que le había dedicado los últimos quince años de su vida, volvió a llorar frente a la foto de su hijo con uniforme de la Guardia Civil —el padre de la niña— a quien habían asesinado en un atentado hacía catorce años. Su madre, una inglesa flaca, colorada y con papada, desapareció al poco de nacer la niña y nunca más se supo de ella, por lo que, sin familia cercana, la pequeña se crió con su abuela, una bendita mujer, una de esas mujeres ejemplares, sencillas, sacrificadas que lo han dado todo por cuidar a una hija, a un nieto... Una de esas mujeres que todos hemos conocido alguna vez y que merecen un monumento en la plaza de cada pueblo y cada ciudad.

Meli tenía una excelente voz y comenzó a cantar y a bailar en algunos de los bares de la costa, que recorría en moto con uno de sus

colegas y la guitarra a la espalda. Aunque su madre era inglesa —según le había contado su abuela— era morena, con más vello del que hubiese querido. Lo que tenía igual que su madre eran sus pequeños ojos claros de mirada penetrante y sus piernas largas y flacas, que solía disimular con unos vaqueros raídos de cintura baja, que dejaban ver el elástico de su ropa interior. Meli sabía unas cuantas canciones en inglés del gusto de los turistas que, tras pasar todo el día al sol, acudían a los locales nocturnos donde parecían lamparillas rojas alimentadas con vodka. Como los pocos euros que recogía al pasar la visera no le daban para vivir, poco después de irse de la casa de la abuela: "Te voy a mandar a la policía. A la policía se lo voy a decir para que te meta en un centro de esos de menores. Mira que hacer lo que has hecho con tu abuela. Me vas a matar ¡Lagarta! ¡Qué eres una lagarta como tu madre!", con diéciseis años, entró a trabajar, como parte del servicio, en casa de una millonaria extranjera que vivía en un chalet de ensueño cerca de Marbella, y por la noche seguía cantando donde podía. Una vez, la señora de la casa, la pilló dormida en la cama de su cuarto a las once de la mañana.

—Y en vez de echarme a la puta calle —le contaba luego a sus colegas, mientras comían unos espetones en la playa a la luz de la candela— se sentó en la cama. Yo me desperté al moverse el colchón, pero le hice creer que seguía sobando ¿A ver qué me va a hacer esta tía loro ahora? Ya estamos —pensé—, me va a meter mano. En efecto, tía, noté sus uñas de bruja y el frío del pulserón de oro que llevaba en la muñeca rozando mi cara. ¿Qué hago yo ahora con la tía guarra esta? Yo estaba acojonada, porque me venía bien la pasta y si decía algo tenía razones para echarme, joder, encima estaba en su cama dormida como un leño cuando debería estar currando. ¿Pues sabéis qué, colegas? Que le hice creer que seguía sobada. Ella, entonces, me quitó el pelo de la cara con delicadeza. Me estiró la falda del uniforme. Me tapó con una colcha llena de capullos de colores. Bajó sin hacer ruido las persianas y salió de la habitación de puntillas para no despertarme.

—No nos cuentes películas de vampiros que ya estamos hartas de que nos chupen, joder —dijo una de los colegas mientras tiraba la raspa en la orilla tras mordisquear la sardina como si tocara la flauta.

—Tú alucinas Meli. ¿Te crees que nos vamos a tragar eso? ¿Por dónde quiere que te dé? Con lo que son la gente de dinero. Seguro que esa vieja llena de oro te pìde pronto algo a cambio...

—Sois gilipollas. Que es verdad, por mi abuela que es lo que más quiero.

—Tú estabas drogada y te lo has creído. Ya te he dicho que no te pases, que un día vas a tener un disgusto.

Meli siempre recordaría el mimo con que aquella mujer la cuidó creyendo que ella estaba dormida. En aquel momento, cuando la millonaria se había ido de puntillas, lloró pensando en la madre que nunca había tenido y en lo mal que se había portado con su abuela. La niña mala —"tan lagarta como su madre"— rompió a llorar acostada en aquella cama inmensa donde cabían todas las desilusiones de sus dieciséis años que se podían resumir en dos besos de amor sin apenas abrir los labios, veinte porros, muchas noches coqueteando con las malditas drogas, dos violaciones y un aborto.

Meli había leído en el periódico que iba a pasar por la ciudad el jurado que seleccionaba a los participantes de un nuevo concurso para la televisión en el que había que cantar y que bailar. Arrancando la hoja, se la llevó a sus amigos entusiasmada, creyendo, sin duda, que había llegado su gran oportunidad. Los colegas la animaron. Meli, aquella primavera de sus dieciséis años, tenía un amigo especial, un joven fotógrafo, que estaba enamorado de ella y que habría dado cualquier cosa por ayudarla. En varias ocasiones, había mandado la foto de la chica — paseando por la playa en bikini o fotografiada como una experimentada modelo— a un amigo suyo de una agencia que luego le ponía mil excusas cuando le preguntaba si alguien se había interesado por sus fotos. El chico, que se llamaba Héctor, la llevó luego al rodaje de "El camino de los ingleses", donde dijo que tenía varios amigos, pero lo más que logró —que a ella le hizo mucha ilusión— fue presentársela a Antonio Banderas que, estuvo, como siempre, encantador y cercano. "Es cojonudo" —decía una y otra vez Meli llena de admiración—. Meli, en el fondo, estaba empezando a convencerse de que nunca saldría de su costa, que nunca triunfaría en nada aunque, desde que era pequeña, había vivido cerca del lujo y del glamur, rodeada de millonarios, de grandes yates, de restaurantes de muchos tenedores y de hoteles de muchas estrellas, en donde solo entró por la puerta de servicio para ver si la admitían por horas, haciendo largas colas, mezclada con docenas de personas que buscaban trabajo o sobras para saciar el hambre. Ella siempre recordaba con miedo la vez aquella

que le propusieron prestar un “servicio” a un cliente de muchos petrodólares al que le gustaban las menores, y comentaba con frecuencia con sus colegas como entró por la puerta principal cuando “aceptó” el encargo y salió por la de servicio, cuando, a mitad de la escalera, se arrepintió y dejó tirado en la mullida alfombra sus zapatos de tacón y su bolso de fulana lleno de dólares... “Yo sólo me acuesto con mis colegas. Soy pobre, pero honrá. Jamás sería puta”.

Estaba convencida de que no tenía otra salida que el programa de la tele si cantaban y bailaban. Era muy poco el tiempo que concedían a cada futuro posible concursante, pero se dijo a si misma que lo iba a intentar con toda su fuerzas. Se compró un vestido acompañada por sus amigas, y Héctor, el fotógrafo, la “inmortalizó” con su cámara cuando iba de tiendas, como si fuera un paparazzi que “pilla” a la famosa de turno comprando en la Milla de Oro mientras se dirige, llena de bolsones, al coche que tiene en marcha el mecánico. También fue a la peluquería y se compró unos zapatos cómodos para bailar. El día de la cita acudió tempranísimo y se encontró con que ya había docenas de chicas y chicos haciendo cola desde la noche anterior, lo que le produjo una gran decepción.

Meli estaba allí acurrucada, en el suelo, junto a su amiga Rita, adormilada, cuando un señor maduro, más bien feo y unas gafas amarillas como las de John Lennon, le dijo, cuando no había amanecido todavía:

—Le he traído un poco de chocolate caliente y esta manta. Hace un poco de frío esta noche.

Meli y Rita se quedaron mirándose sin comprender del todo la presencia de aquel tipo con la taza humeante de chocolate en la mano. Pero estaba tan apetitosa... Las dos pensaron “¿Por qué no?”. De todas formás, Meli dijo para disimular:

—¿Quién eres? No te conozco de nada. ¿Hemos tomado una copa alguna vez para que vengas a darme el coñazo?

Rita le dio un codazo a su amiga queriéndole decir que se estaba pasando y que podían quedarse sin el chocolate.

—Bueno. Seas quien seas se agradece —dijo para suavizar sus anteriores palabras—. Hoy por ti, mañana por mí.

—Me llamo “Fausto” y la conozco de haberla visto y oído alguna vez en bares de la costa. Acepte mi ayuda y ya me devolverá el favor cuando sea una cantante famosa.

Meli no dijo nada. Cogió la taza rebosante de chocolate y se la llevó a los labios. Se quemó y comenzó a soplar haciendo con los labios un "donut" apetitoso que no pasó desapercibido al improvisado camarero que se atrevió a ponerle por los hombros la prenda de abrigo que le había traído y que ella, rápidamente, compartió con su amiga de pelo color zanahoria.

—Tía, hace un frío que te cagas. Estamos aquí plantadas toda la noche con escarcha en el coño ¿Para qué?

—Cállate Rita, tía, verás como a mí me pillan y me hago famosa.

—¡Si tienes menos voz que el loro de tu vecina! —dijo su amiga riéndose—. Y las patas como una cigüeña con vaqueros.

—Como te pille te voy a dar de leches. Te lo digo en serio, cállate que estoy a parir de frío.

En ese momento, alguien de la organización comenzó a hablar por un megáfono: —Guardad la cola y decid vuestros nombres cuando paséis.

La cola, más de trescientas o cuatrocientas personas, empezó a moverse lentamente, mientras unos y otros hacían comentarios y las chicas sacaban nerviosas de sus bolsos peines y pintalabios para adecentarse un poco antes de la prueba. Tras esperar un buen rato, cuando parecía que iban a pasar, Meli y su amiga vieron inevitablemente como se quedaban a tres metros de la puerta, cuando el "tanque" de la seguridad, de más de dos metros, dijo por el megáfono:

—Vuelvan mañana, que se hará la prueba al resto de los aspirantes.

—No jodas. ¿Y ahora qué pasa con la cola?

—Eso es cosa vuestra, arreglároslas como podáis.

"Fausto", el pesado de la taza de chocolate, se acercó a Meli y le preguntó:

—¿Cuál es tu apellido? —ella se lo dijo y él le comentó:

—Mañana cuando salgas, búscame. Estaré aquí cerca de la puerta. Voy a hablar con un amigo y mañana vas a pasar la prueba. Te lo prometo.

Cuando ya se alejaba con sus gafas amarillas, le gritó:

—¡Canta bien, como tú sabes!

—¿Qué dice ese tío plasta? —le preguntó Rita.

—Me ha dicho que voy a pasar la prueba sí o sí.

—Patricio, te he llamado porque me han dicho que eres el más

apropiado para lo que quiero: hacer famosa a una chica de provincias con muy pocos años de instituto, con muy poca educación y con un físico mediocre ¿Crees que podrás hacerlo?

—Todo es posible si se cuenta con el apoyo suficiente, sobre todo, de la televisión y algún que otro medio que se preste, que no son todos, por supuesto.

—Sabes que tengo capital en alguna cadena, conoces mis influencias con algunos colegas que me deben favores y que, además, tengo una agencia de prensa con los mejores paparazzis del país. Naturalmente lo voy a negar siempre, pero quiero que lo sepas para que conozcas los apoyos con que puedes contar.

—Primero tengo que hablar con ella para conocerla. Por cierto, ¿qué sabe hacer?

—Creo que canta algo y baila.

—Pues lo de cantar es difícil porque hay muchas cantantes buenas... Lo que faltan son canciones. ¿Y qué más? ¿Es torera, acróbata? Tendremos que buscarle un lío con algún famosillo que este dispuesto a salir con ella un par de veces, por varios miles de euros, y luego ya veremos como sigue la cosa. ¿Tanto le interesa esa chica? Con todas las fulanas profesionales que hay en el país, pobrecitas, por ese dinero tendría a docenas tirándose al lago de la Casa de Campo por usted. Eso es intrusismo, por Dios... —comentó irónico Patricio haciendo un gesto ficticio que simulaba pena—. Yo no sabía que eras tan malísimo —el periodista, al ver la cara de Fabián, comprendió que se había pasado de la raya y trató de arreglarlo sujetándose la barbilla con la mano abierta, poniendo el dedo meñique sobre los labios en señal de silencio y diciendo:

—Perdone jefe, hablo demásiado. Quiere que me encargue de la chica desde ya y que no sepa su verdadera identidad. Que “Fausto” es en realidad Fabian Setano, ¿No es cierto?

—Exacto. La conocí el otro día en una cola para un casting de un nuevo programa de la tele —ya sabes que me gusta ir por ahí de “caza”— en el que creo que cantan y bailan. Tenía un amigo entre los organizadores que me dijo que había superado la prueba inicial y me apresuré a comunicárselo, haciéndola creer que había sido por mi mediación, por mi influencia, ¿entiendes? Y desde entonces la tengo a mis pies.

—Y ¿qué quieres que haga con ella?

—Lo que quiero es que la adecentes, me la voy a traer a Madrid y quiero que la lleves de tiendas como a Pretty Woman y que le busques un "novio" para que salga en los papeles... Quiero que te encargues de todo. Te la presentaré. Le diré que eres su manager y te daré dinero.

—¿Puedo hacer lo que quiera con ella?

—Lo que quieras menos acostarte. Esa traca me la reservo.

—No tema que no hay cuidado... Me gustan morenos... Perdone, no quiero ser atrevido como antes —aunque es mi oficio— pero, ¿por qué hace esto? ¿No será sólo para llevarla a la cama?

—Lo hago porque me divierte y por que me gusta que se diviertan algunos amigos especiales... a quienes les gustan las jovencitas vírgenes. Ademas, me he apostado con unos amigos que puedo hacer "famosa" a quien yo quiera...

—Bueno, eso de vírgenes hoy día es más difícil que en tiempos de Napoleón.

—En boca cerrada no entran moscas.

Patricio acompañó a Meli, una vez alojada en un moderno apartamento que Fabián tenía en Madrid, a las mejores modistas de la ciudad y estuvieron comprando ropa y complementos en la Milla de Oro donde los paparazzis de la agencia de Fabián le hicieron fotos. Luego la llevó al mejor peluquero, donde probaron varios peinados hasta que consiguieron el mejor para los marcados ángulos de su cara. Cuando estaban en la sección de másajes y depilación, apareció "Fausto" —el apodo secreto que Fabián utilizaba para sus "aventuras eroticas"— para ver como iba la "transformación". Patricio le dijo en su momento que había tres cosas difíciles de corregir: la zancada tan enorme de sus piernas de cigüeña, los gritos y el lenguaje barriobajero, y su abundante vellosidad, más cercana a una troglodita que a una estrella de la televisión.

—Patricio, por favor, cómo quiere que le rasuremos el pubis. ¿La línea brasileña o algo más personal?

—No, no. Por favor, esperad, un triángulo, como una pequeña flecha que señale hacia abajo. Sólo un triángulo diminuto. Por favor, así, así... Soberbio, ha quedado espectacular...

Cuando terminó su sección de depilación, Meli corrió hacia "Fausto" y se abrazó a él echándose en sus brazos hasta casi hacerle perder el equilibrio, mientras le decía:

—Esto es la leche. Me han rasurado hasta el potorro. Te quiero un

huevo, joder.

14

El cielo estaba despejado y Violeta pudo ver el mar desde la ventanilla del avión en el que se dirigía a Atenas. Había salido hacía un par de horas del aeropuerto de Barajas, y mientras comenzaba a ver la costa griega silueteada en blanco por la espuma de las olas al romper, acalló el remordimiento por haber tomado unos días de vacaciones, recordando que llevaba más de una año sin salir de su escuela de los alrededores de Madrid. Había sido su amiga Elizabeth, la excéntrica millonaria quien le había sugerido que se fuera con ella a una original carrera de "supercoches" que varios millonarios amigos habían organizado por la costa de la antigua Yugoslavia. Violeta pensó que siempre quiso visitar Dubrovnik y aceptó la idea con pena de no poder llevar su Harley Davidson, pero con el aliciente de volver a navegar por los canales de Venecia, ciudad que había visitado un par de veces cuando era una famosa bailarina.

Violeta había quedado con un amigo griego en que la iría a recoger al aeropuerto, para luego ir en busca de los grabados que esperaba encontrar en alguna de las tiendas especializadas que su amigo conocía, ya que, por la mañana temprano, iba a alquilar un coche para trasladarse al puerto de Corinto —a unos setenta kilómetros— donde se encontraba atracado el yate del millonario griego al que le había invitado Elisabeth. En principio, la "carrera" iba a ser desde Corinto a Venecia, pero luego, dado lo largo del recorrido, cambiaron los planes hechos por el armador griego y aunque la "meta" seguiría estando en Venecia, la "comitiva" —porque aquello de carrera tenía poco, se trataba sólo de una excusa para reunirse— saldría desde Dubrovnik, a donde acudiría el griego con su yate desde Corinto, con Violeta a bordo.

Cuando a la mañana siguiente, Violeta apareció en el muelle muy temprano y localizó el lugar donde estaba el barco, se quedó

impresionada por el aspecto del hombre que estaba en la segunda cubierta, de espaldas, quitando la protección del mando al aire libre de la embarcación. Violeta, primero, comprobó el nombre en la popa, y tras cerciorarse de que era el yate que buscaba, se acercó despacio colocando su mano izquierda sobre los ojos, a modo de visera, y volvió a mirar hacia arriba ya protegida del sol que empezaba a elevarse por levante, para ver mejor al hombre que, ajeno al examen a que estaba siendo sometido, seguía con su labor, con el torso desnudo, dejando que el sol recortara mejor su musculosa silueta mientras que el rostro permanecía en penumbra. Violeta estaba molesta por el hecho de sentir admiración por el físico de un hombre, pero acostumbrada a admirar la belleza del cuerpo humano en los escenarios —tanto másculino como femenino— consideró la atracción que sentía como la expresión pura de la emoción que siempre le producía la contemplación de la belleza, las proporciones perfectas de sus compañeros o compañeras cuando iban a comenzar un baile lleno de ritmo y de equilibrio. Aquel cuerpo, pensó, podría haber pertenecido a un dios mitológico, un soldado espartano salvado del monte Taigeto, a un culto ateniense desprovisto de su túnica o a un joven modelo de Mirón. De pronto, Violeta se sobresaltó al observar cómo aquel hombre elevaba su brazo derecho sobre la cabeza y lo agitaba, como un soldado que saluda al volver victorioso de mil batallas montado en su cuadriga de caballos blancos, y, dirigiéndose a ella, le decía:

—Tú eres Violeta, ¿me equivoco? —dijo Odon, que la conocía de sobra de verla en los escenarios y la admiraba, mientras intentaba disimular el nerviosismo que su presencia le provocaba ya que nunca hubiera sospechado que la iba a encontrar allí...

—Sí —dijo Violeta, mientras el “general” descendía por la pasarela del barco y alargaba su mano para ayudarla a subir a bordo.

—Soy Odón, Odón Setano, amigo de Elizabeth.

En aquel momento, apareció en cubierta Ulises, el dueño del impresionante yate, que tras saludar efusivamente a Violeta, la acompañó hasta su camarote, diciéndole que tardarían varias horas en llegar a su destino y que podía hacer lo que le apeteciera mientras estuviera a bordo, sin ninguna clase de protocolo.

—He madrugado mucho —le dijo Violeta con la mejor de sus sonrisas—, voy a descansar un rato y luego subiré a cubierta.

El barco se separó del muelle silenciosamente aprovechando que el

viento de levante daba en la amura de babor y se encaminó a la bocana a tres nudos como mandaban las señales del puerto. Una vez fuera, aceleró levantando una montaña de espuma mientras su proa se elevó desafiante señalando la salida del golfo. Violeta cerró la puerta del confortable camarote y tras comprobar que también estaba cerrado el ojo de buey que quedaba casi a ras del agua, corrió la cortinilla, se quitó los vaqueros y la blusa y se echó en la litera, justo en el momento en el que la embarcación dio un pantocazo al cortar la ola levantada por un mercante que navegaba en sentido contrario. Cuando se levantó, al cabo de un buen rato, interrumpido su sueño por dos fuertes pitidos seguidos que sonaron muy cerca, fue al baño y, después, se lavó la cara y las manos en difícil equilibrio, se cambió de vestido, uso su desodorante, se peinó y abrió la puerta, dando un paso atrás para poder recoger su paquete de Lucky.

Odón estaba en el puente superior, su lugar favorito, sujeto a la barandilla de estribor, mirando hacia la costa donde se veía una ciudad de la que, en ese momento, salía un ferry. Al oír ruido por la escalera, volvió la cabeza a tiempo de ver aparecer a Violeta, que debido al viento de levante, que seguía soplando con fuerza, luchaba por evitar que se le subieran las faldas usando sus dos manos, que no daban abasto para impedirlo. Dominado el pequeño percance, se acercó hasta donde estaba Odón, que admiró su piel levemente bronceada, sus piernas fuertes de bailarina, su cintura perfecta y su melena corta y suelta. Violeta andaba descalza por la cubierta de madera como si estuviera en el escenario y se acercara con una sonrisa al primer bailarín. Odón observó también el traje blanco, ligero, casi transparente, que llevaba —demásiado, quizás, para esa época del año, aunque hacía un sol espléndido— y el pañuelo azul al cuello. Le produjo cierto rechazo, sin embargo, su habitual cinturón con la hebilla de plata que desentonaba claramente...

—¿Me das fuego, por favor? No me he atrevido a fumar en el camarote —dijo cuando llegó junto a él.

—Has hecho muy bien, las reglas en los barcos son estrictas por aquello del fuego. Vamos a ponernos aquí, a sotavento. ¿Conoces algo del lenguaje marinero?

—Soy más de tierra adentro, pero eso sí lo he entendido.

Dieron la espalda al viento y acercaron sus cuerpos y sus cabezas para impedir su paso. Odón hacía pantalla con sus manos y Violeta

acercó la suya rozándose sus dedos mientras ella aspiraba el cigarrillo una y otra vez con sus labios húmedos sin pintar. El pelo negro de Violeta azotaba suavemente la cara de Odón que olía su perfume y veía —cuando el aire ahuecaba el vestido— como su pecho bajaba y subía al succionar con fuerza la boquilla del cigarrillo. Una vez que prendió, Violeta elevó su mirada agradecida y Odón pudo ver muy de cerca sus ojos de un color extraño que no dejaba indiferente y en los que le pareció advertir un fondo inquietante, inexplicable. ¿De locura, tal vez?

—No deberías fumar.

—No me gusta que nadie me imponga reglas.

—Son consejos, no reglas, nunca me atrevería a indicarte lo que debes hacer.

—Eso está mejor. Sé muy bien lo que me conviene y lo que quiero.

—¿Estás tan segura de todo?

—De unas cosas más que de otras, pero, en general, sí.

—¿Eres fría?

—Depende para qué.

—Te ví en los escenarios y das la sensación, como cuando bailabas, de tener calculado cada paso y cada movimiento.

—Sí, estoy acostumbrada a no meterme en el terreno de mi compañero y a no dejar que éste invada el mío. Un solo centímetro puede estropear un baile.

—Sin embargo, tienes que confiar en el hombre que te sostiene en el aire, consiguiendo que logres volar...

—No olvides que eso sólo ocurre cuando la bailarina coge impulso y se eleva quedando siempre por encima del hombre —hizo una pausa y continuó—: ¿Por qué no nos presentamos de nuevo y nos comportamos como personas normales?

Violeta retrocedió un paso e hizo una media genuflexión como hacen las bailarinas cuando saludan, mientras Odón simulaba besarle la mano que ella le tendía...

—¿Pero, qué hacéis? —dijo Ulises, que en ese momento apareció en cubierta con sus rizados pelos de veterano marino revueltos.

—Estábamos haciendo la presentación de rigor, ya que nuestro anfitrión no cumple con sus obligaciones...

Odón pensó que Violeta tenía algo especial que la hacía atractiva a sus ojos. Aún no sabía qué era, pero lo notaba —siempre la había admirado y deseado, desde una vez que la vió en Viena—. Quizás fuera

su seguridad, el saber hacia donde caminaba, a qué rincón del escenario tenía que ir y cuántos pasos exactos tenía que dar, para luego iniciar la carrera, saltar y que su vuelo terminara en los brazos fuertes que evitarían su caída. Quizás fuera la firmeza y seguridad con que hablaba —en su corta conversación ya lo había advertido— y la precisión con que caería sobre su presa, a la que se había acercado sigilosamente, una vez medida la distancia con sus ojos felinos. Quizás fuera su indiscutible belleza, la fuerza física que su cuerpo transmitía, más de guerrera, de una amazona indomable de película, que de una bailarina grácil llena de tules. Quizás fuera que la notaba inaccesible, lejana, libre, difícil de acercarse a ella, acostumbrada a marcar el ritmo, aunque viéndola allí, frente a él, con su traje blanco agitado por el viento y su pañuelo de seda azul, confundiéndose con los colores de la bandera de Grecia —azul y blanca— que flameaba en la popa del yate, sólo parecía una millonaria de vacaciones.

—Pues, aquí estoy. Perdonad, pero estaba atendiendo unos asuntos urgentes de uno de mis barcos mercantes que tenía ciertas dificultades en Haití, donde tiene que desembarcar varias toneladas de ayuda humanitaria.

—No te preocupes, ya nos conocemos —dijo Odón, que haciendo un arco de noventa grados con su brazo derecho señalando el mar, le dijo a Ulises:

—Me alegro de haber venido, esto es maravilloso y hace un día espléndido.

—Ya te dije que te gustaría... ¡Callad! —les dijo de pronto a los dos, poniéndose un dedo en los labios para reclamar silencio. Durante unos segundos, no se oyó más que el ruido de los dos potentes motores del barco y el agua al ser desplazada por la proa.

—¿No escucháis los gritos, los cañonazos, el fragor de la terrible batalla...? —comentó Ulises.

Odón y Violeta se miraron extrañados, dudando de la buena salud mental del anfitrión.

—¡Mirad, allí está Miguel! —Ulises agitaba los brazos como un poseso mientras gritaba aún con más fuerza:

—¡Miguel, Miguel! ¿No le veis?... ¡Le han dado en el brazo! ¡Malditos turcos!

Los invitados de a bordo se sonrieron admirando la teatralidad del heleno, tradición no le faltaba para hacer aquella “representación” en

honor de Miguel de Cervantes, que luchó en una de las naves de la Santa Alianza contra los otomanos en aguas de Lepanto, por donde navegaban. Ulises señaló una ciudad a lo lejos, la misma que contemplaba Odón cuando Violeta apareció en el puente.

—Fue en estas aguas donde tuvo lugar la batalla, aunque ahora se llaman el golfo de Corinto y el de Patrás. Aquella ciudad que veis a estribor, era la mismísima Lepanto, que ahora se llama Naupacto. —Ulises acercó a Violeta un cenicero con tapadera para que no se volara la ceniza con el viento, mientras continuaba el relato a sus invitados, ejerciendo, ahora sí, de cicerone—. Ese puente que vamos a cruzar es un orgullo para el pueblo griego, se trata del puente de Rio—Antirio, que une la Grecia continental con el Peloponeso, tiene más de dos kilómetros de largo y se construyó con motivo de los juegos olímpicos de Atenas en 2004.

—Es una pena que Elizabeth no vea esto —dijo Violeta, mientras comentaba que tenía pocas ocasiones de salir de su “escuela” y que, aunque cuando bailaba tuvo la oportunidad de viajar por todo el mundo, con los continuos ejercicios no tenía tiempo para nada. También confesó que Elizabeth había sido la que se empeñó en que viniera a este viaje para que se entretuviera, ya que las chicas le daban muchos quebraderos de cabeza...

—Un día estuve a punto de ir a verte a París —intervino Ulises—, pero estaban agotadas las entradas... ¿Qué haces ahora?

—Tengo una academia de baile

—Un centro de gran prestigio —dijo Odón, que intentaba resultar agradable

Violeta le agradeció —esta vez sí— su intervención, poniéndole su mano en el brazo, gesto que no le pasó desapercibido a Odón, que sintió la tibieza del contacto, aunque estuviera lejos de la suavidad que esperaba. Notó una mano algo ruda, de piel áspera... Odón no conocía las aficiones de Violeta e ignoraba que era la mano con que la “fiera” amazona tensaba el arco —su gran aficion— y manejaba las bridas de su caballo, que montaba abierta de piernas y sin silla, en una imagen muy diferente a la de la dulce bailarina que hacía de cisne en el célebre ballet de Tchaikovski.

—Bueno, bueno, vamos a tomar el aperitivo, que ya es hora —dijo Ulises, llamando al marinero, que ya lo tenía preparado a popa, en la bañera, donde soplaba menos el viento de levante.

—Yo quería que mis amigos, incluidos los dos colegas chinos que vienen, el brasileño y el japonés, hubieran conocido mi país y Corinto, de donde soy, pero comprendo que hay más de mil kilómetros de aquí a Dubrovnik, por lo que he perdido la oportunidad, ya que la próxima reunión igual se hace cerca de Pekín o en Brasilia...

—¿Y cuántos kilómetros hay de Dubrovnik a Venecia? —preguntó Violeta.

—Más de ochocientos. Tendremos que hacer noche en Gador porque se trata de pasarlo bien, de un paseo, y no de darnos una paliza. En eso tiene razón Elizabeth.

—Yo estoy completamente de acuerdo, se trata de unos días de descanso —intervino Odón—. Yo acepté la invitación, primero, por ver a mi amigo Ulises, que es armador como yo; segundo, porque es un país maravilloso, y tercero, porque había prometido a mi hermano Telmo, que es sacerdote...

—¿Católico? —le interrumpió Ulises.

—Sí, católico —le contestó Odón y prosiguió—: decía que le había prometido que iríamos a Patmos para ver el lugar donde San Juan escribió el Apocalipsis.

—Pero, luego —le interrumpió de nuevo Ulises— estuviste más de veinticuatro horas por ahí... Sin que hubiera manera de saber dónde.

Odón no contestó y preguntó a Violeta que por qué no había ido directamente a Dubrovnik cuando hay más vuelos y más fáciles de tomar.

—Cuando me lo dijo Elizabeth, me ilusionó conocer Atenas, donde no había estado nunca. Además, un amigo me había dicho que en una vieja librería especializada encontraría unos grabados que estaba buscando desde hacía tiempo.

—¿Qué grabados? —le preguntó Ulises para ver si la podía ayudar.

—Son unos grabados de unas amazonas, de unas temibles guerreras de la antigüedad...

—¿Y los encontraste?

—Sí, los llevo en mi equipaje y pienso decorar con esas láminas las paredes de mi despacho .Sueño con esas amazonas, me hubiera gustado ser una de ellas. A mi me encanta la mitologia, y estoy de acuerdo con un mundo dominado por mujeres...

—Más vale un buen grabado que un mal cuadro —dijo Odón, a quien no le había pasado desapercibida la aficion de Violeta por su gran

pasión: la mitologia—. Si me das más detalles de tamaño y demás te podría encontrar marcos adecuados. Yo soy, como mi padre, muy aficionado al arte en general y, sobre todo, a la pintura —añadió servicial.

—Eso de la pintura es una tema, por cierto —intervino Ulises, que no parecía muy de acuerdo con la "feminocracia" que predicaba Violeta—, digo que el de la pintura es un tema en que las mujeres no estáis a la altura de la igualdad a la que aspiráis y, que yo sepa, no se os han puesto impedimentos...

Violeta se sintió molesta, pero no dijo nada, mientras que Ulises prosiguió:

—Sólo habéis servido de modelos, desde la Gioconda hasta pintores como Rubens...

—Ahora están diciendo que la famosa Gioconda era un joven... — intervino Odón, intentando bromear con el tema, intento que no tuvo mucho éxito.

—No sé en Grecia —dijo Violeta—, porque no conozco la pintura griega de los últimos tiempos... Ni he oído hablar a nadie de ella... Pero, en muchos sitios, ha habido y hay estupendas pintoras.

—¡Ah! ¿Sí? —insistió Ulises ya manifiestamente descortés—. ¿En el impresionismo, por ejemplo? Yo no soy ningún entendido, pero excepto Berthe Morisot no conozco a ninguna otra.

—Por favor, Ulises —dijo Odón—, hay otras muchas facetas en que la mujer nos ha dado, como se dice vulgarmente, "sopas con onda", además no hay que ser ningún experto para añadir unas cuantas impresionistas más como Mary Cassatt, Cecilia Beaux y Marie Bracquemond, así como la británica Vanessa Bell, que me acuerde en estos momentos.

Cuando llegó a su camarote tras una comida ligera que acabó con la "polémica" de las pintoras impresionistas, Odón sintió que un aire fresco, una brisa azul, penetraba en el bosque espeso y gris que le rodeaba desde hacia meses, un bosque tenebroso donde crecían terribles ideas, fantasmas, monstruos capaces de las mayores maldades, donde no había sitio para la alegría, las caricias o, simplemente, para una sonrisa. Odón pensaba que aquellos gigantes malévolos no eran buenos para su habitual comportamiento ejemplar, para su imagen de perfección estética, moral, para la imagen intachable que su padre le

había inculcado una y otra vez que tenía que dar. La verdad era que tenía miedo a esos monstruos, tenía miedo que le dominaran y le confundieran y le llevaran a realizar actos que de ninguna manera quería hacer... El aire fresco que comenzaba a penetrar en el bosque oscuro de su mente conseguía ahuyentar a los bichos viscosos que le incitaban al terror y les hacía cerrar sus ojillos acuosos y ocultarse en las oquedades pestilentes de su mente. ¿Estaría enfermo? ¿Tendría algún tumor cerebral que alimentaba a aquellos fantasmás y les hacía salir de sus madrigueras en las noches de insomnio? Luchaba desde hacía años para llegar a ser un hombre perfecto, como lo era su padre. Él y sólo él estába en posesión de la verdad, era el único, el ejemplo, la representación humana de la esencia del bien con mayúscula, pero, a veces, tenía miedo —cuando era sincero consigo mismo— de aquellos monstruos que salían sigilosos de los huecos incontrolados de su cerebro... Por eso agradecía aquel aire fresco que agitaba las hojas de sus sueños llenos de culebras, veneno y sangre... Sentía que aquella simple brisa podría matar aquellos animales feroces, tumbarlos como si fueran de papel.

Cuando entró en su camarote pensó que aquella mujer le confundía: era blanca y ligera como una pluma cuando se disfrazaba de cisne, era libre tras años prisionera en la jaula de un escenario, pero, a la vez, tenía la fortaleza de una amazona salvaje y su mano indomable, acostumbrada a tensar el arco de sus sentimientos, no disparaba —estaba seguro— hasta no saber que su flecha daría en el blanco. Cuando entró en su camarote pensó que aquella mujer, tan adusta al principio, tan inaccesible, tan distante, tan fría, comenzaba a mirarlo, giraba su cabeza cuando el hablaba buscando apoyo, parecía que ella también estaba encerrada en un mundo oscuro, que sus palabras de apoyo encontraban un alma amiga con quien entenderse para huir de las sombras.

Le hacían gracia sus pies que abría ligeramente en ángulo al andar como si fuera a comenzar a bailar, el movimiento ondulado de sus brazos cuando señalaba a lo lejos, sus pechos pequeños que dejaban ver el ligero traje que vestía, le hacía gracia la leve, casi imperceptible, cojera que le provocaba una lesión en su pie izquierdo, lesión que la obligó a dejar su gran pasión: el baile. Le encantaban sus ojos, sus piernas y sus grandes labios de mulata en su cara de piel blanca...

Cuando se despertó, Odón miró su reloj y pensó que estaba siendo

grosero porque llevaba cerca de dos horas durmiendo. Al llegar a cubierta, vestido y bien peinado hacia atrás y con un poco de fijador, se encontró con Ulises consultando las cartas náuticas sobre una mesa junto al capitán del barco. No quiso interrumpirles y continuó recorriendo el yate con la ilusión de encontrarse con ella, de verla de nuevo. Por fin, la descubrió en la cubierta superior, vestida para ir a tomar una copa cuando llegaran a puerto. Ella no se había dado cuenta de su presencia y Odón se quedó parado con los dos pies aún en la escalera, para admirarla mejor, mientras Violeta contemplaba la puesta de sol. En aquel momento, volvió a sentir el aire fresco y la brisa hizo sonar las ventanas de sus sueños dormidos dejando entrar los pájaros que antes chocaban contra los cristales cerrados... A Odón le pareció que era perfecta y pensó que debería ser la locura que le llevase a su cueva y que un pintor rupestre silueteara los gemidos proyectados en el techo de la roca por la hoguera, para que, siglos después, se pudiera admirar aquella noche de amor pintada con la sangre de la joven virgen.

—Estaba mirándote desde aquí abajo, viendo cómo contemplabas ensimismada la puesta de sol.

—Ven —le dijo Violeta tendiéndole la mano para ayudarle a subir los últimos peldaños—, es hermosa, estremecedora... Seguro que ningún hombre la podría pintar... —lo miró con una sonrisa y le comentó, recordando el tema de conversación de hacía un par de horas —. Ni ninguna mujer...

Odón terminó de subir las escaleras y puso las dos manos en la barandilla como ella. Violeta le miró con sus enormes ojos ligeramente pintados y le dijo con una sonrisa:

—No creas que no me he dado cuenta de tu apoyo este mediodía.

—Pensé que te era indiferente....

—Te he dicho que somos femeninas: que nos gusta que nos mimen, nos cuiden y nos adulen. Lo que no nos gusta es que los hombres se muestren constantemente superiores, que nos despreciéis... La revolución ya está en marcha.

—¿Y como lo pensáis hacer, después de tantos siglos...?

—No te olvides de que Adán hizo lo que le dijo Eva.

—Ahora me dirás que la serpiente era del sexo femenino.

—Probablemente, aunque es un sustantivo sin determinación de género.

—No me diréis que el decorado que os he preparado para vuestro encuentro no es digno del mejor montaje teatral —dijo Ulises, que interrumpió en el puente cogiendo del brazo a su amigo Odón—. A éste — continuó diciendo mientras le golpeaba repetidamente con el dedo índice de la mano derecha en el pecho— le conozco como armador, como negociante, como amigo y como compañero y nunca le he visto con una mujer. Cuando hemos ido hombres solos siempre se ha retirado y no ha querido ir a tomar la última copa... Cuando hemos ido con amigas nunca ha tenido un gesto de aproximación, un gesto de acercamiento, una mirada... Claro que él es el íntegro, el perfecto, de las pocas personas en el mundo que en el siglo xxi cree que existe el pecado, los buenos y los malos que irán al fuego eterno... ¡Por favor, Odón, no seas anticuado! Reacciona, que se te escapa la vida y no te estás comiendo. ¿Cómo dicen ustedes? Que se te escapa la vida y no te comes un colín.

—Perdona que te diga, querido Ulises, que eres un mal educado y utilizas un lenguaje de la calle, indigno de una persona de formación, además...

—¡Anda! ¡Anda! Si lo dicen todos tus amigos... Que eres un marqués estirado y pasado de moda, rancio, puritano, recto como un juez y estrecho como una novicia...

Al fondo, a estribor, ya se veía el puerto de Dubrovnik y su impresionante muralla en donde atracarían dentro de muy poco tiempo. Ulises miró su Rolex de oro y comenzó a informar a sus invitados del plan que habían preparado el resto de los participantes para la “carrera del siglo”, plan que le habían comunicado por e-mail.

—Ya están todos alojados en el hotel, con habitaciones que dan al mar y desde el que se ven las murallas. Han dicho que nos esperan en el Hemingway Bar. Por lo visto, de los tres americanos que han viajado, uno de ellos viene solo; otro es pequeño y horrible, igual que su esposa y los terceros son una pareja de típicos americanos de los años sesenta. Hay más: uno de los chinos ha venido con una “miniatura de porcelana” y el brasileño con una exuberante bailarina del carnaval, una reina o algo por el estilo. —Ulises terminó el “informe” poniendo sus dos manos abiertas hacia arriba a la altura de su pecho y haciéndolas oscilar arriba y abajo para indicar el abultado tamaño del busto de la brasileña, con el consiguiente gesto de desaprobación de Violeta ante una actitud tan chabacanamente machista.

Cuando los de Corinto llegaron al lugar de la cita, los millonarios chinos y el japonés ya se habían bebido un par de los excelentes cócteles de la casa que habían desatado la euforia y el más completo entendimiento entre Oriente y Occidente, a juzgar por la animación en la que también participaba el enorme americano de Texas, alto como una torre de petróleo. Nada más entrar, destacaba en el grupo la espectacular brasileña que enseñaba sus dientes blanquísimos lanzando destellos en la oscuridad como en un anuncio de dentrífico. Odón cogió levemente por la cintura a Violeta para conducirla a donde estaba todo el grupo y, tras las presentaciones, se sentaron juntos en un sofá. Unos y otros hablaron en inglés durante más de una hora. A Violeta le divertía aquel cruce pintoresco de personajes de países tan distintos y miraba a Odón para ver cuál era su reacción ante este o aquel comentario. La primera que se marchó al hotel fue la brasileña, que se agachó —Violeta estaba sentada y la brasileña, de pie— dejando suspendidos en el aire sus dos enormes pechos, que Odón evitó mirar cuando le dio dos sonoros besos, provocando que Violeta se sonriera sorprendida por su pudor. Pasado un rato fue ella quien acercó sus labios al oído de Odón y le dijo: "¿Nos vamos?". Él asintió y, poco después, notó que Violeta apoyaba la mano en su pierna para incorporarse, ya que el sofá estaba muy bajo. Cuando iban camino de la salida, entre besos y abrazos de chinos, brasileños y americanos, Violeta le comentó que no sabía nada de él y que, al día siguiente, cuando viajaran en el coche, tenía que contarle más cosas de su vida. Odón asintió con la cabeza mientras cogía el abrigo de piel del guardarropa y le ayudaba caballerosamente a ponérselo.

Una vez en la calle, se dirigieron a un taxi en el preciso momento en el que llegaba a la parada a toda velocidad un Ferrari último modelo. Al descender el conductor del coche, a Violeta se le cambió el semblante, como si hubiera visto al mismo diablo, pero se contuvo, se quedó como petrificada y luego, pasando de la sorpresa a la rabia, pareció por un momento que se iba a lanzar sobre él. Odón advirtió que se había quedado quieta como una fiera a punto de saltar sobre su presa, notó como se tensaba el músculo de su brazo, que tenía cogido levemente por encima del codo, y advirtió de nuevo ese perfil de guerrera indómita que tanto le sorprendió cuando la vio por primera vez. Pero no tuvo tiempo de examinarla más porque Fabián —que era el conductor del Ferrari— cuando advirtió que era Violeta la mujer que

estaba junto a su hermano Odon, desapareció a toda prisa sin saludarlo.

Una vez en el taxi, camino del hotel, Odon le comentó a Violeta que no entendia una palabra de lo que había pasado:

—¡Me voy! No puedo estar un momento más aquí.—exclamó nerviosa Violeta— ¡Él fue el culpable de que yo tuviera que dejar el baile! ¡Estoy segura —continuó diciendo muy excitada— que él fue quien me mandó unos matones para partirme el pie!... Nunca lo he podido probar, pero ¡estoy segura!

—¿Pero qué dices? No se si sabras que Fabian es mi hermano... —exclamó Odon, sin comprender nada de la inesperada situación.

Ella no contestó, y cuando llegaron al hotel, que estaba muy cerca, Violeta abrió la puerta del taxi y sin esperar a Odón, corrió hacia el edificio, pidió la llave de la habitación y pulsó el botón del ascensor. Odón la alcanzó, y aunque ella trató de impedirlo, consiguió subir, quedándose los dos solos.

—No puedes irte así —le dijo—. Necesito que me expliques lo que pasó.

—No deseo explicarte nada. Probablemente, no lo entenderías. Perdóname, pero no quiero hablar con nadie, y menos contigo, ahora que me he enterado de que es tu hermano. Da la casualidad de que el es el hombre a quien más odio en el mundo.

—Escúchame, por favor...

Violeta había llegado a su habitación, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y estaba dispuesta a cerrarla cuando Odón insistió una vez más:

—No quiero que te vayas disgustada a la cama esta noche, deseo hablar contigo, que me cuentes, que te desahogues, te noto muy nerviosa y quiero oír lo que te pasó, no me culpes a mí también. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?

—No estoy para citar bíblicas —le interrumpió Violeta, que esbozó una leve sonrisa por el desliz— pero eso lo dijo Caín, el malo, y se supone que tú eres el bueno...

—Olvida que soy su hermano. Olvida que soy Abel y considera que soy un amigo, quiero ser tu confidente, te prometo no hablar, sólo escucharte para que te alivies de tu pena.

—Gracias, de verdad pero ha sido para mi una terrible experiencia volver a ver al hombre que, estoy segura, ha sido el culpable de que tuviera que dejar el baile, la única razón de mi vida. Juré mil veces

durante meses que lo mataría. Es el más falso, el más ruin, lo más inhumano que he conocido... No intercambié con él más de dos palabras, pero le odio.

Violeta intentó de nuevo cerrar la puerta de la habitación, pero Odón le insistió en que quería ayudarla, que no se quedara sola con su recuerdo y su pena.

—Te agradezco que quieras ayudarme, pero no puedes hacer nada, ya te lo he dicho: un hombre destrozó mi sueño y da la casualidad, mala suerte, de que es tu hermano. Como comprenderás, esa coincidencia hace difícil nuestra comunicación. Empezaba a sentirme a gusto a tu lado, pero ahora prefiero cerrar la puerta y estar a solas...

—Lo siento —insistió una vez más Odón que no estaba acostumbrado a ceder—, quizás te equivoques y mi hermano no tenga nada que ver, no sea el inductor de nada y le estés acusando erróneamente.

Violeta dejó la puerta abierta, y mientras cruzaba la amplia habitación, se descalzó y tiró los zapatos con fuerza a un rincón. Una vez sentada en la cama, se quitó la media y le mostró a Odón su pie izquierdo magullado, lleno de cicatrices. Luego le explicó nerviosa, con rabia:

—Una tarde en Londres, tras varias horas de ensayo agotadoras en el Covent Garden, dos matones aprovecharon el momento en que subía a un taxi —ya estaba sentada y solo tenía la pierna fuera del vehículo— para atrapar mi pie izquierdo con la puerta golpeándolo brutalmente varias veces hasta dejarlo destrozado, inutilizado para poder volver a bailar...Luego intentaron violarme.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi hermano? —se atrevió a preguntar Odón. Violeta no le contestó. Le lanzó una mirada de animal acorralado a punto de lanzarse sobre su presa, pero no se movió y en un instante cambio su actitud, se derrumbó, sentada en la cama y cogiéndose su pie desnudo con ambas manos, agachó la cabeza y con la barbilla rozándole el pecho comenzó a llorar amargamente mientras repetía una y otra vez.

—¡Vete! Quiero estar sola. Los hombres sólo me han hecho daño desde que nací...

Odón cerró la puerta sin hacer ruido, se dirigió hacia donde estaba ella y doblando la rodilla, que apoyó en la alfombra, cogió el pie con ternura —como si fuera un pájaro herido— y lo movió suavemente,

despacio, como se hace cuando uno se quita unos zapatos que le provocan dolor. Luego, mientras permanecían los dos en silencio, Violeta levantó la cabeza, se quitó con el dorso de la mano las lágrimás de su cara y lo miró agradecida mientras él le besó varias veces el pie mutilado. Después, se incorporó y se fue, sin que ninguno de los dos dijera nada.

Cuando Odón entró en su cuarto, comenzó a sonar el teléfono, era su hermano que lo llamaba desde la recepción:

—Odón —le dijo—, te llamo porque ha surgido un problema en el asunto de la clonación de los toros y tengo que volver rápidamente... Lo siento, estaré en la cacería con arco de Galicia.

—Escucha, ¿conoces a la mujer que estaba conmigo?

—Me suena su cara, pero no sé de qué... ¿Es posible que fuera una bailarina famosa? Su cara, desde luego, me es familiar... La habré visto en alguna revista, ¿por qué?

—Me ha dicho que te conoce personalmente.

—¿En carne y hueso? —le cortó Fabián—. Te aseguro que no la he visto en mi vida. No es una mujer a la que se pueda olvidar fácilmente... No, quizás, no fuera bailarina, al menos, bailarina clásica, con ese cuerpazo de vedette.... Bueno, ahora tengo que pensar en otra cosa. Te llamo sólo para que lo sepas y no te hagas preguntas extrañas cuando no me veas mañana en la salida de la “carrera del año”.

Cuando Fabián colgó, su hermano se quedó un momento parado y luego se dirigió al escritorio, cogió un papel de los que suele haber en los hoteles con membrete —Hotel Argentina— y escribió con bolígrafo: “Violeta, “Caín” no estará mañana, se ha tenido que ir, afortunadamente... Yo estoy deseando verte... Firmado “Abel”. Leyó el papel un par de veces, luego, lo metió en un sobre y saliendo al pasillo, lo echó por debajo de la puerta de Violeta, donde se quedó un rato escuchando con el oído pegado a la madera, hasta que apareció por el pasillo un miembro del servicio de habitaciones que le preguntó con sorna:

—¿Necesita algo el señor?

—No, muchas gracias, es que no veo bien de cerca los números.

—Ah!, ya. Perdone el señor. Si necesita unas gafas de cerca hay en recepción.

—No, gracias, tengo en la maleta.

Violeta estaba poniéndose una bata, cuando oyó que deslizaban algo por debajo de la puerta. Realmente su estatura y su cuerpo atlético, pero muy femenino a la vez, era lo contrario a una bailarina clásica tradicional, pero ella todo lo había suplido con su gran agilidad, con sus indudables cualidades felinas. Tras agacharse, abrió con curiosidad el sobre y leyó el papel. En su rostro apreció una leve sonrisa y, luego, como si algo le hubiera llamado de pronto la atención, algo que no había advertido la primera vez, dio unos pasos y se acercó a una lámpara que daba más luz, donde volvió a examinar, esta vez detenidamente, el papel. “Esta letra —pensó— es muy parecida a aquella otra en inglés de la nota que me leyó Kate”. Violeta dobló cuidadosamente el papel y, volviéndolo a meter en el sobre, recordó la frase: “In my dreams I kiss your cunt, your sweet wet cunt”.

15

Ala mañana siguiente, un sol espléndido doraba las murallas de la ciudad vieja de Dubrovnik. Los mecánicos tenían los soberbios coches a punto, no sólo con sus grandes depósitos llenos de carburante, sino brillantes y sin una mota de polvo, que habían tenido buen cuidado de limpiar con vistosos plumeros. No se podía decir que era un "desfile" de coches de época —aunque algunos cumplían los requisitos para ser catalogados como tales— pero si se trataba, sin duda, de una representación de los coches más caros de los últimos años, incluidos algunos últimos modelos, como el del americano del petróleo, que conducía un espléndido Chevrolet Corvette.

—Querido, que día más "molón", me alegro de verte, aunque me temo que tengo una mala noticia para vos: te acabo de "gobar" a tu compañera de viaje...Violeta ha "prefegido" venir conmigo ¿Qué intentastes hacerle ayer...?

Odón le dio un abrazo a su amiga Elizabeth y, tras besarle la mano ceremoniosamente, le dijo:

—Sabes muy bien que si intento hacer algo, siempre lo suelo conseguir.

—Eso no es cierto —dijo Elizabeth divertida—. Yo debo de ser la excepción, porque de mí nunca conseguiste nada.

—Lo seguiré intentando...

—Te prometo que pondré menos resistencia la próxima vez.

Odón miró dentro de los coches y buscó detenidamente entre las numerosas personas que se agolpaban en la línea de salida. Saludó a los chinos, americanos, al brasileño —la mulata estaba espectacular con una torera verde y sus pechos color albero a punto de saltar la barrera —, también saludó a la pareja india y a la japonesa, pero no encontró por ningún lado a Violeta.

La caravana se puso en marcha, doce o quince coches —que valían un montón de millones de dólares— seguidos por algún que otro

vehículo de “apoyo” que transportaba los caprichos de los dueños: comidas especiales, agua mineral de una marca determinada, ropa para cambiarse y alguna que otra almohada. Odón se había quedado sin compañera de viaje y se dedicó a disfrutar de la conducción y del paisaje mientras pensaba. Puso música y dejó que su potente Rolls blanco le llevara casi hasta la misma “meta volante” de Zador, a donde llegó uno de los primeros.

Sólo hubo un incidente: el choque frontal del deportivo inglés de los indios con una furgoneta de reparto que circulaba por el carril correcto. El coche del indio tenía el volante a la derecha y el conductor estaba acostumbrado a circular por la izquierda —como se sigue haciendo en la India— razón por la cual invadió el carril de la furgoneta. Afortunadamente, el accidente no había ocasionado más que magulladuras leves, aunque el coche había sufrido desperfectos importantes, por lo que le iba a tocar a Odón llevarles hasta Venecia al día siguiente.

Por cierto, que a Odón le pareció haber visto a Violeta en una gasolinera junto al coche de Elizabeth, pero le fue imposible comprobarlo por tener delante el Rolls de uno de los chinos, que fue el ganador de la etapa, quedando segundo el armador griego con su potente Ferrari 458, que llamaba la atención, aunque en su clasificación hubo cierta polémica porque algunos “jueces” aseguraban que el griego había tenido que pagar más de dos multas en el trayecto por excesos de velocidad.

Cuando llegaron a Zador, Odón no quiso unirse a unos cuantos participantes que estaban en el hall del hotel, prefiriendo dar una vuelta por la parte peatonal de la ciudad con la esperanza de encontrarse con ella. Podía haber llamado a Violeta o a Elizabeth para ver “por donde andaban”, pero se contuvo, en el fondo le disgustaba la necesidad que sentía de volverla a ver, de hablarle y de que ella le sonriera.

Todos querían estar temprano en Venecia para dar una vuelta por la bella ciudad. Habían quedado en cenar en el Hotel Danieli para la entrega de los trofeos y, luego, tomar una copa —un bellini— en el Harry’s Bar, por lo que la salida de Zador se hizo temprano, a pesar de que el Rolls blanco de Odón se retrasó porque no llegaban los indios, a quienes habían sometido a una cura de sus magulladuras a primera hora de la mañana. Al poco de salir —esta vez sí—, el Rolls de Odón adelantó al Jaguar de Elizabeth, que llevaba de copiloto a Violeta,

aunque ella no le vio ya que, en ese instante, iba pintándose los labios con ayuda del espejo del quitasol del coche. Odón no era un adolescente para enamorarse a primera vista, pero lo cierto era que ya sintió algo cuando la vio en el muelle de Corinto, un sentimiento que ya había experimentado cuando hacía algun tiempo la había visto bailar en un escenario... Le gustó su frescura, su cuerpo, sus ojos y, sobre todo, su boca cuando sonreía, cuando hablaba. No le importó advertir que cojeaba levemente. Desde aquel momento, sintió una inclinación hacia ella, deseó besarla, cuidarla, protegerla. ¿Le habría pasado a ella igual?

Odón pensó que le estaba dando demásiada importancia a una relación que apenas había comenzado. Pensó que probablemente ella ni se había fijado en él, ni albergaba ningún sentimiento y sólo lo consideraba un compañero de viaje más, al que, posiblemente, nunca volvería a ver. Elizabeth se lo había dicho: estaba obsesionada con su "escuela" y su lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, y no desea tener un hombre a su lado, porque, entre otras muchas cosas, uno de ellos —por desgracia el hermano de Odón— había terminado con su carrera de bailarina, con la que estaba obsesionada desde los cinco años.

¿Será virgen? ¿Habrá tenido tiempo de enamorarse antes de odiar tan profundamente a los hombres? ¿Será posible romper esa barrera? ¿Será capaz de sentir algo? Odón comenzó a convencerse de que debía demostrarla indiferencia y dejar de comportarse como un muchacho pero, a la vez, era agradable este aire fresco, este aire azul que le alejaba de sus monstruos.

Odón pensaba una y otra vez en cada una de las palabras que le había dicho Violeta y en las que él había pronunciado. Sus compañeros de viaje dormitaban en los asientos de atrás, aturdidos por las medicinas que le habían administrado para que sus magulladuras no les provocaran demásiado dolor. La buscaría —se repetía a si mismo—. La buscaría cuando llegaran a Venecia. Necesitaba tocarla de nuevo; ver que era real, que comprendiera que no todos eran cisnes negros a su alrededor; que él empezaba a quererla y no sabía qué baile nupcial iniciar, qué pirueta, qué máscara ponerse para llamar su atención.

Uno de los chinos —el mismo que había llegado primero a Zador— fue el ganador absoluto de la "carrera", ya que el armador griego con su Farrari fue descalificado por exceso de multas. La verdad es que casi

todos llegaron a la vez y se felicitaban y se abrazaban entre risas y bromas. Un par de horas después, vestidos elegantemente, se fueron hacia el Hotel Danieli para asistir a la cena y a la entrega de premios. Allí se repitieron los abrazos, se sacaron fotos para tener un recuerdo, y cenaron espléndidamente entre elogios a la organización y haciendo votos para que el próximo evento fuera dentro de dos años, "en Tokio", como propuso el japonés todo ceremonioso alzando su copa de champaña.

Terminada la cena, a la que por cierto tampoco asistió Violeta, todos se dirigieron andando hacia el Harry's Bar, mientras las góndolas se balanceaban en las aguas del gran Canal.

—Mi querido Odón —le dijo Elizabeth cogiéndolo del brazo y apartándolo del grupo—, tú sabes que te "adogo" y no te quiero ver triste... Nadie diría que un hombre como tú, arrogante, dominador, "segugo", todo un marqués millonario, misterioso y temido... podría enamorarse como un colegial... Tengo una duda ¿No será que te divierte quedarte con la hebilla de plata y el cinturón de esa soberbia muchacha? Te conozco y eres capaz de inventarte cualquier cosa cuando estas aburrido... De todas formás, si estás de verdad enamorado de esa bella amazona, tu "tía Elizabeth" te quiere dar una buena noticia: Violeta odia a los hombres, lucha por la igualdad y bla, bla, bla, pero la verdad es —y yo le voy a guardar el secreto— que todas sus convicciones se "balancean".

—Se tambalean —le corrigió Odón, cariñosamente.

—Bueno, lo que sea... La verdad es que Violeta —toda una feroz amazona, la guerrera en que se convirtió la famosa bailarina, el cisne abatido...— se muere por ti y esta moviendo sus alas cada vez más lentamente, esperando que tú la salves. Escúchame, en estos momentos viene del hotel sola, camino de Harry's, me ha llamado por el móvil y está cruzando la plaza. Coge por esa calle —le dijo señalando la cercana esquina con la barbilla— y espérala.

Odón la obedeció y salió a la plaza de San Marcos, ya casi desierta, en penumbra, y la vio avanzar sola, con una capa negra por los hombros, casi indefensa, mientras el sonido de un violín deleitaba a los pocos turistas que todavía estaban sentados en Florian. Violeta se quedó parada al reconocerlo, y tras un momento de vacilacion, volvió a caminar despacio. Cuando se encontraron, casi en el centro de la plaza, Odón se puso a su lado y le dijo:

—Vengo para acompañarte, ya hay poca gente por aquí y es la hora en la que salen a buscarse miles de amores perdidos que se juraron amor eterno en esta plaza.

Luego siguieron andando los dos juntos sin decir nada. Sin mirarse, hasta que ella soltó la capa que sujetaba con la mano derecha —en la otra llevaba un pequeño bolso negro con cadena dorada— y la dejó caer a lo largo del cuerpo, donde buscó la mano de Odón. Cuando se tocaron sus dedos, a Violeta le pareció que tocaban a la vez todas las campanas de Venecia y que las miles de palomás blancas de la ciudad inundaban su alma oscura. Cuando entraron en Harry's de la mano, Elizabeth comenzó a aplaudir, gesto que los demás imitaron —comprendiendo que había una pareja nueva en "la pandilla"—. Todos terminaron brindando con un bellini, la bebida tipica del Harry's, el bar que frecuentaba Hemingway cuando estaba en la ciudad.

Violeta entró sola en su habitación del hotel, se quitó su cinturón de hebilla de plata —del que nunca se separaba—, se desnudó, se metió en la cama tapándose con un grueso edredón y puso la mano en su sexo dormido pensando si sería Odón el que le mando la nota en inglés que le tradujo Kate... Todavía le quedaban veinticuatro horas para estar con él. A la mañana siguiente, habían quedado en la plaza para tomar un "spitz" y dar una vuelta en góndola. Además, por la noche, se celebraba la gran fiesta de disfraces en el palacio de la viscontessa —la ex mujer de Odón—, a quien, por supuesto, no conocía.

Sin duda, ambos —Odón y ella— pertenecían a mundos diferentes, el era un aristócrata, algo pasado de moda, pero maravilloso. Un millonario conocido internacionalmente, con negocios en varias partes del mundo y en diversos sectores de la economía. Por si fuera poco, hacia dos años, había fallecido su padre y se esperaba que fuera el principal heredero, para que la mayoría del capital permaneciera en poder del primogénito de la familia. Ella —pobre Violeta— era una chica de clase media obsesionada con el ballet desde que era una niña, a pesar de que sus sucesivas profesoras le decían —a medida que se desarrollaba físicamente— que era muy difícil llegar a ser una bailarina profesional con aquel cuerpo tan espectacular. Tuvo que trabajar el triple que las demás y buscar compañeros fornidos que fueran capaces de sostenerla en el aire, pero lo consiguió a base de esfuerzo, de sacrificio, de renunciar a muchas cosas durante su niñez y su adolescencia.

Violeta no se podía dormir pensado en la famosa frase que le tradujo Kate “besar tu cunt”. Se lo preguntaría la próxima vez que le viera, que hablara con él. Luego, pensaba con razón que era más sensato esperar a comparar la letra de la nota, que guardaba en su despacho, con la que le había echado por debajo de la puerta. Si comprobaba que coincidían, era el momento de plantearse si se lo preguntaba o no. Estaba medio dormida, se dio la vuelta en la cama, sacó su mano derecha del embozo para dar unos cuantos golpes a la almohada con el fin de ahuecarla y luego volvió a poner su mano entre las piernas, pensado si se atrevería a dejar que hiciera Odón lo que con tanta vehemencia parecía que deseaba.

Su deseo se estaba despertando con enorme fuerza. Lo había ignorado durante años, preocupada tan solo por la perfección de sus movimientos. Los hombres —los bailarines y preparadores —recorrían su cuerpo con sus manos sin que sintiera la menor sensación, aparte del deseo de lograr el impulso perfecto, el vuelo imposible, para alcanzar el placer de que llegaran a sus oídos los aplausos de un teatro entero puesto en pie. Sus pechos permanecieron disimulados entre tules y sus manos se movieron durante años en el aire blandiendo ramilletes de notas, sin que nunca cogieran alguna fruta prohibida del árbol del paraíso. Ahora todo aquel mundo se había terminado —los escenarios, la música, los tules...— y estaba naciendo un griterío incontenible en los rincones oscuros de su cuerpo, como un río de lava que le quemaba las entrañas, que erizaba cada vello de su cuerpo al menor roce. Era una sensación nueva, irresistible, arrolladora, que la empujaba a un mundo de placeres hasta ahora desconocidos para ella. Se había roto el ritmo, el orden, la disciplina musical que le había robado durante años el placer del desorden, la felicidad del caos, el orgasmo total de la anarquía más estruendosa donde nada está previsto y todo esta permitido, sin reglas, ni cortapisas, ni vallas, ni dios, ni moral, ni ética...

Medio dormida ya, Violeta soñó que tocaba una imponente escultura de mármol que representaba a Odón desnudo, en la que resaltaba cada uno de sus portentosos músculos, cada una de sus pronunciadas venas blancas. El mármol estaba caliente y sólo eran de oro su arco y su sexo, que acarició con miedo, notando que se derretía en su mano.

El espectacular palacio de la viscontessa con su fachada simétrica y su bella loggia iluminada, magnífico ejemplo de la arquitectura civil veneciana, era un marco espléndido para la gran fiesta de carnaval que había organizado —aunque era el mes de diciembre— en honor de los invitados de su ex marido, Odón Setano y Fernández-Queen, que visitaban la ciudad tras recorrer la costa del Adriático, desde Grecia, en un curioso rally oganizado por unos cuantos millonarios excéntricos. Iluminado por cientos de velas, con suntuoso mobiliario y profusión de flores y adornos, no podía haber un lugar mejor para que la bella italiana agasajara a su ex marido y a sus amigos, mostrándoles un carnaval diferente: elegante, lujoso y selecto, algo único en el mundo, lleno de glamur y de buen gusto, rescatado de los tiempos en que la República de Venecia era la más poderosa e influyente.

Pronto comenzaron a llegar al embarcadero del palacio, engalanado con cientos de flores, las lujosas góndolas silenciosas repletas de invitados, la mayoría con bellos trajes del siglo xvii , configurando, para cualquier espectador, un auténtico cuadro de Canaletto en pleno siglo xxi . En pocos minutos, sin que ni siquiera se rozaran, llegaron docenas de góndolas convirtiendo la entrada al palacio en un desfile de trajes exclusivos confeccionados por exquisitos diseñadores, repletos de plumas, terciopelos, tules, caras blancas con los labios muy pintados, grandes sombreros rojos, guantes y antifaces. Algunos usaban la “bauta”, máscara que cubre todo el rostro, blanca o dorada. Otros utilizaban máscaras que cubrían nada más que la parte superior del rostro, que permite comer y beber con comodidad, así como la “moretta”, un óvalo negro que se complementa con un velo, o la “larva”, blanca, con un manto y tricornio, o la “máschera nobile”, careta blanca, ropa negra y un sombrero de tres puntas.

En un momento se empezó a llenar de invitados la amplia entrada, la escalera y los salones, mientras sonaba la música y danzaban unos bailarines que llevaban máscaras con nariz picuda, entre abanicos de plumás de vistosos colores, sombreros redondos enormes, grandes rosas azules y las tradicionales caretas que se portan en la mano con una varilla y se pueden quitar o poner en el rostro con la mayor facilidad.

Violeta llegó a la fiesta con una máscara dorada que cubría la mitad de su rostro y una larga túnica negra. Fue ella quien ayudó a bajar a Elizabeth de la góndola que se balanceaba haciendo difícil poner el pie

en el embarcadero del magnífico palacio. Violeta estaba admirada de tanto lujo y de tanta belleza: las flores, los cuadros, los muebles, la música, las lámparas, los bailarines, el magnífico escenario, el murmullo de los cientos de personas y la elegancia de sus movimientos. Nada era estridente, ni grosero, ni de mal gusto. Todo era glamur y buenos modales. En una esquina identificó a los chinos, hallazgo que no tenía mucho mérito, ya que sus disfraces tenían algo —bastante— de las máscaras que los chinos utilizan en sus teatros con inconfundibles rasgos orientales. Luego le pareció advertir la presencia de la brasileña, "sufriendo" bajo la amplia túnica que no conseguía disimular sus generosos pechos, tantas veces mostrados, entre vítores y aplausos, en los carnavales de su país.

Violeta avanzaba entre saltimbanquis, músicos e invitados, algunos de los cuales, cogiéndola por la cintura, se acercaban para mirarla a los ojos intentando identificarla. Cerca de la puerta de entrada, al borde mismo del embarcadero, se encontraba la anfitriona, la viscontessa, alta, elegante, bella, con el pelo negro recogido y un antifaz de mano que retiraba constantemente de su rostro para dejar ver sus ojos oscuros, su sonrisa, su cara que comunicaban serenidad. Era, pensaba Violeta, una mujer de gran clase, majestuosa, que brillaba recibiendo a los invitados; le venía bien aquel palacio, era su ambiente, su medio natural, donde había nacido, donde siempre vivió —menos aquel corto periodo de tiempo en Sevilla— y donde probablemente moriría, siendo trasladado luego su cuerpo en una góndola llena de crespones negros hasta el cementerio, una misteriosa isla en medio de la laguna rodeada de incógnitas sobre el más allá.

Fue Elizabeth quien cogió de la mano a Violeta, y se la presentó a la viscontessa, como "una amiga de Odón que participaba en la carrera". La aristócrata retuvo sus dos manos entre las suyas durante un momento y, como si tuviera poderes —se lo había dicho Elizabeth— comprendió, por el temblor de sus dedos, que algo la unía su ex marido. Luego, le retiró la máscara de su rostro—. ¿Me permites? —le preguntó. Y la miró fijamente a los ojos mientras le decía—:

—Eres tan extraordinariamente bella como me habían dicho.

—Y usted —le contestó Violeta— tan elegante y tan señora como me habían comentado.

Sin soltarle las manos, la anfitriona aún añadió:

—¿Has reconocido ya a Odón?

—No —le contestó—, deme una pista...

—Nada de eso, lo tienes que averiguar tú. Yo —añadió simulando en broma un gesto de superioridad— ya lo tengo localizado... Lo que me otorga una cierta ventaja para intentar reconquistarlo... Hay muy pocos caballeros de su categoría en el mundo para dejarlo escapar otra vez...

—Entonces, esperaré a que él me encuentre. No tengo ningún interés en buscarlo —mintió Violeta, manteniendo el tono frívolo de la conversación.

La verdad era que desde la noche anterior estaba deseando verle de nuevo porque no había terminado la velada como ella hubiera deseado. Tras pasar más de una hora en el Harry's Bar, salieron todos juntos del local hacia la plaza de San Marcos, donde se dividieron por grupos para ir a los diversos hoteles. Odón se alojaba en el Danieli, mientras que Violeta tenía su habitación en otro cercano. Hubo un momento de, digamos, pequeña expectación, ya que algunos esperaban con curiosidad cuál iba a ser la actitud de la pareja a la que habían aplaudido cuando entró en el bar... ¿Se irían juntos, aunque todos sabían que estaban en hoteles diferentes? ¿Seguirían dando una vuelta a la luz de la luna por la ciudad desierta? Decepción: Odón le dio dos besos a Violeta, como a otras componentes del grupo, y se despidió hasta el día siguiente. Violeta se quedó desconcertada. Ella quería más. De acuerdo que no eran dos adolescentes para meterse en un callejón lleno de palomás dormidas, pero aquella frialdad —apenas un ligero apretón de manos— echaba por tierra ciertas ilusiones que se había hecho... Violeta estaba triste, desconcertada. ¿La actitud de Odón obedecía a la cercanía de su ex mujer? ¿Había interpretado mal aquel romántico encuentro en plena plaza, al anochecer, con el sonido del viejo violín como fondo? ¿Estaría todavía enamorado de su ex esposa?

Ahora que tenía sus manos entre las suyas, comprendía que era una mujer para volver loco a cualquiera, le gustaba su perfume, sus ojos, su figura. Cuando le dio un beso de bienvenida, sin importale plumas y máscaras, noto que no tenía celos de que aquel cuerpo perfecto hubiera pertenecido a Odón. Al revés, lo consideraba también algo suyo, familiar, como una posesión común. Violeta notó una sensación extraña. Estaba como aturdida dentro de aquel disfraz con el que deseaba pasar desapercibida, ocultar su verdadera personalidad. Le dio la sensación de que perdía el dominio sobre sí misma, lo que era muy

extraño en ella, acostumbrada a dominar hasta el último impulso, el más pequeño de sus músculos, y cada parpadeo en el escenario, cada sonrisa fingida ante el público. Tras la máscara se sentía libre por primera vez, desnuda bajo su túnica, como si el demonio hubiera tomado posesión de su cuerpo y estuviera dispuesta aquella noche a dejarse llevar, a quemarse en la hoguera del deseo que la consumía. Estaba embriagada por su libertad que no sabía —no quería saber— a donde la podría llevar.

Nicoletta continuó saludando a sus invitados a las puertas de su fantástico palacio, mientras Violeta, desorientada tras haber perdido a Elizabeth, se paró de pronto al pie de la gran escalera que conducía a los salones de la parte superior. Había descubierto a Odón. Unos peldaños más arriba vió a un hombre corpulento y se acercó a él por detrás. Su espalda, sus brazos, sus músculos de atleta, eran inconfundibles. Sin duda se trataba del mismo hombre que había visto en el muelle de Corinto a bordo del barco del armador griego. Estaba disfrazado de turco con un gran turbante y la cara tapada. Violeta, convencida de que era Odon, le tocó un brazo y “el turco” se volvió sorprendido. Violeta le cogió la mano, pero unos segundos después, la soltó. No sentía nada, aquella mano que tocaba no le decía nada, los poros de su piel no la identificaban. Violeta notó que aquella mano no era la de Odón.

—Marcelo, te advertí que no vinieras de turco, no son bien venidos aquí por “rencillas” historicas —dijo la viscontessa, que había asistido a la escena. Y añadió luego, refiriéndose a Violeta:

—Querida, ya me has “quitado” a uno. Dos no lo soportaría.

Violeta debió de poner cara de absoluta sorpresa pero nadie lo advirtió por su máscara. Oportunamente apareció Elizabeth que muy animada le dijo:

—Es una fiesta hermosísima. ¿Verdad, Violeta?

Elizabeth traía de la mano a una persona que, debido a su máscara, con una gran nariz, no se sabía si era un hombre o una mujer. Su voz estaba deformada y se reía continuamente con los comentarios de Elizabeth que, entre sorbo y sorbo de un excelente vino blanco, leyó en voz alta el menú, copiado por la anfitriona de la cena de “El Baile del Doge”: “Capriccio de langosta con perla rubra ai profumi di Trinaeria e aceto balsámico. Delizia mediterranea con gamberi rossi e fusione de berenjena al fuoco di Cayenna. Filetto de buey all’essenza di Barolo e

ginepro con verdure de degli huerta". El vino blanco empezaba a hacer su efecto en Elizabeth, que cogió una copa y se la ofreció a Violeta y a su propio acompañante, que comentó:

—Esto mañana se va a convertir en un *trending topic* en Twiter... —y añadió—: Es un baile genial, muy, muy, muy fuerte —luego, cogió a Violeta por la cintura y comenzó a bailar con gran agilidad —debía de ser muy joven—, dando vueltas y más vueltas, mientras giraba y giraba y veía luces, lámparas, muebles y caretas. Violeta continuaba buscando a Odón. Estuvo tentada de preguntarle a la italiana, pero estaba convencida de que no se lo iba a decir, porque le divertía que no le identificara. Era una pequeña venganza. A la viscontessa, en efecto, le producía cierta satisfacción que su ex no se encontrara con su "amiga" —la propia Elizabeth le había contado el romántico encuentro de la noche anterior en la plaza de San Marcos—. Además, estaba convencida de que Violeta, con sus ojos color topacio y su boca, era capaz de volver loco, no sólo a un marqués, sino también a un par de duques que estuvieran por allí.

La cena estaba excelente y el vino cubría con su manto burdeos a los elegantes invitados que invadieron la pista de baile. Algunas parejas más osadas comenzaban a subir por la bella escalera que conducía a los salones y aposentos de los pisos altos, amparadas en el anonimato que les proporcionaban sus máscaras, tras las que se sentían libres, convencidas de que lo que hicieran esa noche ni Dios ni el diablo lo iban a tener en cuenta. Era una noche en blanco, una noche loca, única, en la que mujeres con hombres, mujeres con mujeres y hombres con hombres podrían hablar libremente de política, de religión, de sus fracasos o de sus éxitos. Podrían confesar sus amores inconfesables, podrían hacer el amor como nunca se habían atrevido, podrían hacer lo que nunca habían hecho y siempre habían querido, sin saber quién era la persona que intentaban consolar o que se dejaba besar. Lo que pasara aquella noche no figuraría en ningún libro para bien ni para mal. Violeta quería también ser libre aquella noche, se sentía desinhibida de prejuicios, para hacer lo que sus instintos le pidieran. Abrazada aún a la amiga de Elizabeth, Violeta advirtió que tres figuras que usaban la "moretta" —un óvalo de terciopelo negro que se complementa con un velo— habían pasado dos o tres veces cerca de donde estaban, y luego desaparecían.

—Elizabeth, por favor, dime donde esta Odón, llevo toda la noche

buscándolo.

La amiga —o el amigo— de Elizabeth, que seguía cogiendo a Violeta por la cintura, se separó un poco de ella y se quedó mirándola. Su cuerpo joven, que Violeta palpaba a través de la ligera túnica —empezaba a estar segura de que era una mujer muy joven— se estremeció cuando oyó el nombre de Odón y dijo:

—Yo sé qué máscara se ha puesto y te puedo ayudar a encontrarlo.

—Te lo agradecería.

—¿Cómo?

—¿Cómo, qué?

—¿Qué cómo me lo agradecerías? Esto es hiperfuerte, me está poniendo.

—Pues no sé. Dime tú.

—Dame un beso de enamorada y te llevo hasta él... Te lo prometo.

Elizabeth se reía sentada en una butaca dorada, mientras Violeta seguía dudando de si la persona que la abrazaba era un hombre o una mujer. Elizabeth sí lo sabía.

—Es que no sé lo que eres.

—Y eso que más da...

—No me parece serio.

—¿Es que hay algo serio aquí? Nadie se va a enterar.

—¿Qué es esto? —dijo Violeta dirigiéndose a Elizabeth—. ¿Es tu amiga o tu amigo?

—Averígualo. Dale un beso y luego me dices si te sabe a hombre o a mujer.

—¿Es que saben diferentes?

—¿Nunca has besado a una mujer?

—Una vez, en el colegio.

—¿Era una monja?

—No seas desagradable ni irreverente. Por supuesto que no. Fue a la compañera de la cama de al lado.

—¿Y a qué te supo?

—A pasta de dientes...

—¡Bésala! —le dijo Elizabeth presionando suavemente el trasero de Violeta con un reluciente botín antiguo que emergió de su túnica negra.

Hubo unos segundos de silencio tras el breve beso, luego Violeta, que ya había bebido una copa de más, pareció paladear el sabor que el beso había dejado en sus labios y como quien cata un buen vino,

chascó su lengua diciendo divertida:

—Sabor amargo a tónica con ginebra, punzante, con un fondo de “elixir de fresas y frambuesas, “inserigno di cacao” y suave aroma a Chanel.

Elizabeth rió divertida al comprobar que había repetido de memoria parte del postre del menú, que aun tenía en la mano.

—¿Soy un hombre a una mujer? —le preguntó un poco ofendida la “máscara” a la que había besado.

—Sé que no tienes bigote. No he notado la barba porque llevo guantes... Pero ahora estoy segura de que eres una mujer por dos cosas: por el perfume de Chanel y por que llevabas un piercing en la lengua.

—“Touché” —casi gritó la “máscara” que con un rápido movimiento se la quitó de la cara y apareció el rostro de una joven moderna, de vivos ojos, que sacaba la lengua entre unos dientes de película, para enseñar el piercing—. Has acertado. Soy Laura, la hija de la viscontessa y como has acertado que soy una mujer —le dijo, cogiendo las dos manos de Violeta por las muñecas y llevándolas hasta apoyarlas en sus pechos—, te llevaré ante mi padrastro, bueno, ante mi padre, pero no le descubras a Odón quien soy, ¿eh, tía?, porque pienso seducirlo esta noche. A ver si tengo más suerte que contigo... Por cierto, besas muy bien. Ha molado cantidad. Esto hay que repetirlo en privado y sin máscaras...

Laura se volvió a poner su disfraz, cogió la mano de Violeta que se sentía aturdida y un poco mareada, subió la escalera sorteando a varios grupos de invitados que estaban sentados en los escalones, y tras pasar por varias estancias del piso superior donde se podían ver a parejas y tríos haciendo el amor —en una de ellas la brasileña bailaba medio desnuda una frenética samba—, llegó a donde estaba Odón y le dijo a Violeta que esperara. Luego, comenzó a revolotear alrededor del millonario que, en ese preciso momento, notó la presencia de Violeta. Acercándose a ella, la cogió de la mano y la llevó lentamente debajo de una lámpara con más de cien velas, que le permitieron ver sus ojos inconfundibles. Odón ya no se separó de ella, la apretó contra su cuerpo y el atleta y la guerrera, el gladiador y la bailarina —el príncipe y la corista— envueltos en sus túnicas negras, y con sus caretas doradas, escudados, protegidos por el anonimato, anduvieron por los pasillos hasta hallar un aposento donde poder dar rienda suelta a su deseo de estar juntos, a la necesidad que sentían de besarse. Cuando

encontraron una habitación vacía, se tumbaron en una gran cama con sábanas de seda y colcha de damásco. No hablaron, sólo se besaron una y otra vez, abiertos a la libertad más absoluta, al abismo de su pasión, sin ataduras, sin mañana, sin condiciones, sin barreras, rodeados del incógnito más absoluto, como si se dispusieran a hacer el amor en pleno espacio, a millones de años luz de cualquier cuerpo celeste, en un playa dorada llena de estrellas de mar... Violeta le quitó la careta y le beso los ojos. Odón hizo que se deslizara de los hombros de Violeta la túnica negra que cubría su cuerpo y luego besó despacio la areola de uno de sus pechos que estaba circundada por varios círculos concéntricos con los colores del arco iris mientras su mano intentaba liberar la hebilla del cinturón de Violeta, puerta de plata para caminos llenos de promesas... Fue entonces, en ese momento, cuando una fila interminable de payasos con caretas irrumpió en la habitación, gritando y gesticulando, como si bailaran una macabra conga. Otras "máscaras" se echaron encima de Odón y Violeta intentado, entre grandes risotadas, tirar de sus túnicas. Odón, mientras forcejeaba, tuvo tiempo de ver a las tres "morettas" y luego llegó a ver también como uno de aquellos personajes sacaba una daga —un estilete veneciano— y le asestaba un fuerte golpe en el costado izquierdo. Odón, en ese momento, tenía los brazos en alto intentando defender del ataque a Violeta, por lo que recibió el impacto debajo del brazo izquierdo. Algo de su disfraz, que se inerpuso en la trayectoria del arma, impidió que alcanzara su corazón. Pese a ello, aunque resbaló la punta, le hizo una herida en el costado que empezó a manchar de sangre las sabanas de seda. Violeta, enloquecida, salió a la puerta semidesnuda gritando para pedir auxilio...

Encima de la lujosa alfombra quedaba abandonado el estilete de plata con la punta llena de sangre.

16

Ángel bajó del tren y se paró un momento en el andén levantando levemente la cabeza para oler el aire, como un animal olfatea un rastro. Había ido a Galicia para buscar los orígenes de Anabel, la casa donde nació, el árbol tras el que se escondía de pequeña, el recodo del río donde se bañaba desnuda y los besos salidos de sus labios inocentes que, quizás todavía, anidaran en los árboles cercanos del bosque en donde escondía sus secretos de niña. Ánabel había desaparecido hacía unos meses huyendo a un bosque lejano de hojas blancas y Ángel se sentía culpable porque no había sabido despojarla de sus hermosas plumas para que no pudiera volar... Ángel empezó a caminar hacia el lugar donde alquilaban los coches mientras sentía plenos los pulmones de un aire lleno de esperanzas. Notaba la presencia de Anabel. Su olor que permanecía prendido de las esquinas, impregnando las piedras que había rozado. Iba tras sus huellas, tras sus recuerdos, quería hablar con las personas que ella había hablado; pisar por donde ella había pisado y recoger del camino, uno a uno, los pétalos de la margarita que había deshojado mientras huía de su infancia: ¿Me quiere? No me quiere. ¿Me quiere? No me quiere. ¡Me quiere!... Pero se equivocó la margarita, se equivocó porque no la querían y comenzó desde niña a sentirse sola, incomprendida, a estar triste, callada, taciturna; a no saber relacionarse con los demás, a ser uraña, arisca y esquiva.

En el pueblo, con doce años, ya la llamaban la larguirucha. Era flaca, con un cuerpo estrecho y fino rematado por unos enormes ojos verdes, de un verde clarísimo y luminoso que daba miedo mirar. Comenzaron a decir en el pueblo que era hija de Lucifer, que tenía algo de demonio; que era peligroso acercarse a ella y que, por la noche, en su casa, todo estaba lleno de velas encendidas, sin tener en cuenta que era la hija del sacristán, que apenas tenía para comer...

Una tarde, al anochecer, cuando salía de clase de informática con la maestra —doña Natividad—, una pandilla de chicos y chicas del

pueblo empezaron a apedrearla llamándola bruja e hija de Satanás. Ella se cubrió la cabeza con las manos y su viejo ordenador, pero un canto de aristas afiladas le dio en la frente y comenzó a sangrar abundantemente. Anabel se quedó sentada en el suelo con sus largas piernas retorcidas como un pelele, intentando limpiarse con su falda la sangre que le cubría la cara mientras los críos del pueblo, crueles y asustados, huían creyendo que la habían matado. Cuando la encontró por casualidad su padre, el sacristán, la llevó a la casa del cura, que estaba enfrente, y entre los dos la curaron, ya que no encontraron al médico porque había ido a la capital a hacer una gestión.

—Perdone. ¿Es usted Natividad?

—Sí ¿Quién es usted?

—Mire, le escribí un e-mail el otro día advirtiéndola de mi visita... Soy Ángel y estaba interesado en que me facilitara datos de una alumna suya de hace algunos años, de Anabel.

—¡Ah, sí!, la recuerdo —le contestó sin abrir del todo la puerta de la casa, recelosa—. Pero no me especificó usted el motivo de sus pesquisas para sopesar si es correcto que yo deba contestarle.

—En realidad, señorita, se trata de un asunto que no me está permitido revelar —le dijo, mientras sacaba la cartera y le daba la tarjeta de abogado con las señas de su bufete de Madrid, en la que también ponía abajo: "Detective diplomado"—. Sólo puedo decirle que es un asunto privado y confidencial...

—¿No será usted uno de esos de la tele, que me sacan de mis casillas?

—No señora, no. Los datos que quiero no son para hacerlos públicos, sólo me interesa saber algunas anécdotas y detalles de su vida.

—Bueno, no creo que haga mal a nadie. Por cierto —dijo, de pronto, al asaltarle una nueva duda—. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Razonable. Muy razonable y congruente, pero el caso es —le confesó bajando la voz y acercándose a su oído— que no se sabe nada de ella desde hace unos meses y estamos investigando algunos detalles de su vida y rasgos de su carácter para ver si encontramos algo que nos dé una pista.

—¡Pobrecita! En ese caso, dígame, cómo le puedo ayudar —dijo

franqueándole la entrada y ofreciéndole asiento tras quitar del sofá un montón de folios—. Son los exámenes de los críos, perdone.

—Decía usted que era hija del sacristán ¿Cuándo murió su padre?

—Hace unos cinco años.

—¿Y su madre?

—Nunca la conocimos. Creemos, aunque el viejo sacristán no hablaba mucho del tema, que murió al nacer ella. En todo caso, cuando vinieron aquí, hace ya mucho tiempo, vino sólo el sacristán con la hija de pocos meses. Verá usted —dijo ajustándose las gafas y apretando los labios mientras hacía memoria—, fue casi a la vez que llegó el nuevo cura... Lo que provocó, Dios me perdone, más de un comentario.

—¿Qué comentarios?

—En el pueblo decían que era hija del cura...

—¿Y todos estos años, hasta que fue mayor, vivió sola con su padre?

—Sí, señor. Vivían ahí, en la parte de atrás de la iglesia, en una casucha al lado del río, sin agua y sin luz. Se tenían que iluminar con velas que decían que el sacristán robaba a la Virgen... Luego, ya le pusieron electricidad, porque el padre alegó que la chica no podía estudiar. Yo misma fui a hablar con el alcalde porque la niña era muy espabilada y muy lista. Como hablaba poco con los demás, siempre la recuerdo sola, escribía mucho y bien.

—¿Y no se volvió a casar el sacristán?

—No. Pasaban mucha penuria los dos, el padre y la hija, como mucha gente del pueblo. El cura era el único que los ayudaba. La cuidaba como si, en efecto, fuera hija suya, pero a la gente del pueblo no le gustaba que la chica, con trece o catorce años, estuviera todos los atardeceres paseando con el cura por el campo muy hija del sacristán que fuera... Y se comenzaron a rumorear cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues, eso, ya sabe usted —dijo la maestra, que estaba sentada en el sofá, remetiéndose la larga falda por debajo de las piernas—. Se preguntaban qué hacía una niña ya tan mayorcita todo el día con el cura si no era su hija... Que si tal y que si cual, que así pasa lo que pasa...

—¿Y el sacristán?

—Se emborrachaba todas las tardes, hasta el punto de que una vez provocó un incendio en la casucha donde vivía. Solía encender las velas todos los días —aunque ya tenía luz eléctrica— hasta que una

noche vieron salir a la hija despavorida, con el traje y el pelo ardiendo. A pesar de todo, milagrosamente, a la chica no le pasó nada. Por eso, decían que era hija de Lucifer. Aseguraban en el pueblo que no se quemó porque era hija del demonio y estaba acostumbrada a estar en el infierno.

—¿Y usted, una persona culta y con criterio, qué piensa de eso del cura y del demonio?

—Mire, a mi me daba mucha pena de la pobre rapazuela ¿Qué quiere usted que le diga? Iba mal vestida, con la ropa siempre estrecha y corta. Crecía, eso sí, como un demonio e iba dejando al aire unas piernas interminables y flacas como alambres. Yo, mire, no soy ninguna "meapilas", perdone, mi padre era republicano y en mi casa no había un rosario ni para disfrazarse de monja, pero yo no creo ni que el cura sea el padre ni que tampoco lo fuera Satanás... Hay gente es muy mala que está contra el clero aquí y en todos los pueblos de alrrededor. Mire usted, la verdad, yo no lo creo. No lo he visto y no lo creo, por mucho que anden diciendo por ahí algunas madres y padres, que se lo han contado sus hijos...

—Pero, ¿algunos padres estarán a favor del cura, se opondrán a esos comentarios? ¿No hay en este pueblo buenos católicos? ¿No hay gente imparcial que se remita sólo a las pruebas? ¿Qué dice el obispado? ¿Lo han denunciado? Esto ahora no es como antes...

—Según dicen no han encontrado pruebas... Los que usted dice, los de derechas y tal, la mayoria de ellos no mueven el trasero de la butaca, no mueven ni un dedo por el cura aunque lo maten. Últimamente, con esto del laicismo, muchos se van a misa a otro pueblo para que no los señalen... A don Francisco, se lo digo yo, un día de estos le queman la iglesia como en el 36.

—Natividad, gracias, de verdad... Muchas gracias.

—¿Qué le puede haber pasado a la pobre muchacha? —comentó sin hacer caso de las palabras de agradecimiento de Ángel—. Hay gente —continuó pensando en alto— desgraciada y Anabel es una de ellas. Con lo preciosa que era cuando se hizo una moza... Siempre fue una pobre muchacha. Preciosa sí, pero una pobre muchacha.

—No se crea, llegó a ser, por poco tiempo, una modelo famosa.

—¿Ah sí? Yo, como no veo la tele ni nada de eso, no me entero.

Ángel estaba confundido. Su viaje al lugar donde había vivido Anabel

le estaba doliendo en el alma. No había conseguido ningún detalle ni ninguna pista que le ayudara a encontrarla y, sin embargo, lo que sí estaba oyendo eran muchos comentarios negativos que le hacían dudar del concepto que se había formado de ella. Aquella noche, cuando volvió a la habitación del hotel, llegó a pensar en irse por la mañana sin pasar por el pueblo de Telmo, que estaba a unos cuantos kilómetros, aunque luego comtemplo la posibilidad de que conociera a don Francisco y le pudiera hablar del sacristán, y, de paso, de su hija, lo que le hizo cambiar de opinión. Se tumbó vestido en la cama y, tras echarse agua en la cara con las manos un par de veces, consideró otra vez la posibilidad de marcharse y alejarse de aquel lugar, de Anabel y de sus recuerdos, que allí cobraban una fuerza especial.

A media noche se despertó con el convencimiento de que no podía vivir sin ella y tomó la decisión de defenderla hasta el fin y de redoblar sus esfuerzos por encontrarla. La necesitaba más que nada en el mundo. No podía aguantar su ausencia y decidio llamar de nuevo a Patricio, el periodista.

—Soy Patricio, perdona pero que no te haya contestado antes, pero estaba trabajando y no tenía buena cobertura donde estaba... Sí, ya te conozco, eres el abogado. ¡Brrr! siempre nos da miedo hablar con gente tan seria... Es broma, ¿eh? Te conozco de oídas porque tu primo Daniel siempre está hablando de ti: que si voy a hablar con mi primo, que si hay que pixelar a todos los menores, que si esto atenta a la intimidad. Nos tienes acojonados, tío. Bueno, dime, encantado de hablar contigo a pesar de la hora que es... ¡Ah!, sí, aquella chica tan espléndida, era espectacular, soberbia. Recuerdo muy bien cuando la ví por primera vez cruzar el patio del Parador con sus piernas largas de modelo y una bandeja llena de martinis. Todos los ocupantes de las mesas volvían la cabeza cuando ella pasaba. Era realmente impresionante y no digamos cuando volvía hacia ti sus ojos, aquello era una bendición del cielo. Yo nunca he visto unos ojos tan enormes, eran como los de la película "Avatar" y con ese color tan bello, tan "limpio". Bueno, ¿Y que bicho te ha picado a estas horas de la madrugada?

—Perdona por la hora y por mi atrevimiento... ya que apenas te conozco.

—Por eso no te preocupes. Eso tiene arreglo, pichon...

—¿Sabias que se había convertido en una modelo famosa?

—Lo sé, lo sé. Como no lo voy a saber si he seguido toda su carrera...

—Entonces estaras enterado de que hace meses que se fue a un desfile a Suecia y que no ha vuelto.

—¿Pero, qué que me dices? De eso si que no tenía ni idea...Eso es un bombazo muchacho

—Perdona.Te ruego que no digas nada, por favor, por favor.

—Me parece que tienes demásiado interés por esa chica ¿No te habrás enamorado...? ¿Y para que me llamás si no me dejas dar la noticia? Si se confirmarse lo que me estas insinuando, sería un bombazo... Ya sabía yo que esa chica iba a dar juego desde que la vi. Son de esas que saltan a la fama de la noche a la mañana... Héctor, el fotógrafo pensaba igual que yo... Ahora se va a hacer de oro con las fotos que le hizo ligera de ropa...

Ángel se quedo helado, incapaz de pronunciar una palabra.

—¿De qué fotos hablas? —preguntó sobresaltado.

—De unas fotos que le hizo Héctor en ropa interior, con mucha clase, con una lencería que llevaba en la maleta de un reportaje anterior. Héctor se lo propuso y ella aceptó sin poner el menor reparo.

Ángel estaba confundido y sorprendido. Había llamado a Patricio para pedirle algun detalle que le ayudara a encontrar a Anabel, y se había encontrado con esta “noticia” que le molestaba. Sabía que no tenía ningun derecho a inmiscuirse en su vida, pero le sentaba mal que hubiera accedido a hacerse esas fotos. En el fondo estaba celoso, algo absurdo en los tiempos que corrian. Ángel reaccionó y le pidio el teléfono del fotógrafo.

—No quiero ser un aguafiestas —comentó Patricio al notar que estaba tan confundido—, pero creo que Héctor llegó a hacer alguna más atrevida... Siempre, por supuesto, con su consentimiento. El chico me lo confesó más tarde, incluso me enseñó alguna en la pantalla de la cámara digital. Estaba espléndida.

—Dame, por favor, el teléfono de Héctor. Quiero hablar con él para ver dónde están esas fotos ¿Para qué periódico trabaja?

—Trabaja —le contestó Patricio— para uno de los medios de los que es accionista mayoritario tu primo Fabián...

—Oye, Patricio, te lo agradezco. Te debo una... Gracias —añadió Ángel muy nervioso con la intencion de encontrar cuanto antes al fotógrafo como si se tratara de evitar que las fotos salieran en la

proxima edicion del periódico...

—¡Eh¡ oye Ángel —escucho todavía que le decía Patricio antes de que le colgara—. Yo soy periodista y una noticia como esta no me la puedo callar... Compréndelo, se trata de un secuestro de una tía famosa... ¿Me escuchas colega?

17

Ángel se despertó con el ruido de los cencerros de unas vacas que pasaban cerca del hotel del pueblo, circunstancia que le desagradó, ya que se había acostado tarde y luego ya no pudo conciliar el sueño. Se levantó para cerrar la ventana por donde entraba la humedad de la pradera que se desperezaba con los primeros rayos del sol. Miró su reloj. Pidió una botella de agua mineral —no se atrevía a beber del grifo— y pensó que en aquellos momentos su primo Telmo estaría con los "arqueros" en la capilla del pazo de la familia para celebrar la misa y darle la comunión a sus dos hermanos antes de que partieran con sus arcos a matar las aves, cuyos graznidos, disonantes y desagradables, ya se oían en los humedales del gran lago. Luego, se duchó tranquilamente y desayunó un vaso de leche, tras limpiar concienzudamente el borde del vaso una y otra vez con la servilleta.

Telmo le había dicho el dia anterior, cuando le llamó para preguntarle que si podia ir a verlo un rato, que se verían a las nueve en la puerta que subía a la torre de la iglesia, donde tenía que subir para tocar la gran campana de bronce. Ángel se sentía aturdido, confuso, había venido hasta aquí buscando la huella de Anabel, pero no le satisfacía lo que estaba oyendo, le parecía que su recuerdo estaba distorsionado por la figura siniestra de su padre, el sacristán, y el fuerte anticlericalismo que rezumaban los vecinos, que habían elegido a los curas como blanco de sus críticas. Como le sobraba tiempo, leyo una de sus cartas a Anabel que había escrito la noche anterior. Les gustaba leerlas aunque luego las tiraba en la primera papelera que veía.

"La otra noche soñé que cientos de escarabajos picudos rojos, esos bichos repugnantes que dicen que vienen de Egipto, entraban en mi cuerpo por el ombligo, formando pacientemente largas colas, ilusionados con el festín que les esperaba comiéndose mis entrañas, como hacen cuando penetran en el tronco de una palmera, hasta que terminan amarilleando sus vigorosas palmas

verdes, hermosas, brillantes, y hacen que se queden lacias, hasta destruirlas por completo. Tengo miedo, Anabel, porque pienso que un día, una noche, una tormenta gigantesca, un terremoto como el de Haiti; el fuego de un volcán como el de Islandia, o el Puyehue chileno, o el de la isla de Hierro; plagas como el de la avispa asesina china, que, según "El Periódico", hace estragos en la apicultura del Ampurdán; o el caracol manzano, que causa graves daños en los arrozales; fenómenos como los miles de pájaros que cayeron muertos del cielo en enero de 2011 en Arkansas o una ola gigante como la terrible mása de agua que arrasó Fukushima, arrolle mi vida y me borre de la tierra sin que nadie encuentra mi insignificante cuerpo, engullido por el terrible poder de la naturaleza.

Quizás fuera cierto que otra ola gigante, como la que ahora ha arrasado las costas del Japón —o todavía mayor—, terminara con la Atlántida, sin que hubiera ningún documento gráfico de lo que allí ocurrió, y que, recientes estudios, como el del profesor Freund, para el que se han utilizado las más avanzadas tecnologías, localizan en el Coto de Doñana, en la antigua desembocadura del Guadalquivir. Quizás, entonces, algún superviviente consiguió escapar tierra adentro, a donde llegó huyendo de la monstruosa catástrofe, y contara lo que había visto con el agua del mar asomando a sus ojos espantados, aunque no pudiera dejar ningún documento grafico para la posteridad. Ahora es diferente: miles de millones de personas han visto, una y otra vez, como una ola gigante de muchos metros de altura tomaba impulso en el mar, dejando sin agua las playas, para arrollar después cuanto había en la costa destruyendo todo lo que encontraba a su paso en unos pocos minutos.

Ahora sí hay cientos de documentos gráficos que recordarán a la posteridad lo que ocurrió un día de marzo del año 2011, cuando nada hacía presagiar una catástrofe tan enorme, mientras los niños japoneses aprendían a leer tranquilamente en sus escuelas, sin que nadie avisara a tiempo a sus profesores... Y tocaran la campana del patio para que corrieran hacia sus casas... El otro día vi la película "Melancolia", de Lars Von Trier, y salí del cine mirando al cielo para ver qué planeta, qué estrella, iba a chocar con la tierra en los próximos días ¿Quién

predijo el tsunami que no avisó a los japonesitos de la escuela? ¿Quién cree que estamos seguros? ¿Lo creían las cientos de personas que trabajaban en las torres gemelas? ¿Los habitantes de Hiroshima? La muerte nos acecha, nos ronda, nos vigila, pero no suele avisar con tiempo para que la burlemos. No con el tiempo suficiente.

Tengo miedo, Anabel. Tengo miedo, no sólo a la naturaleza, ahora tengo miedo también a tener hambre, hambre física, hambre por no tener para comer. Yo no entiendo de economía, pero muchos de mis vecinos están encerrados en sus casas sin salir. Muchos de ellos han perdido sus trabajos o están en paro el hijo, o la hija, o los dos, y todos viven de la pensión del padre jubilado, mientras la madre llora haciendo las camas porque no sabe qué poner para comer ese día y siente vergüenza y rabia.... Muchas de las tiendas del barrio están cerradas por la crisis.

Y si lees los periódicos —yo no sé si tu lees algún periódico español, estés donde estés— ya es penoso: "España sigue en la cabeza del paro en la UE, con una tasa del 22,8%". El desempleo juvenil roza el 49 por ciento, el triple que en la Unión Europea. "MIEDO" titula con grandes letras el periódico "ABC" en su portada, el 6 de septiembre de 2011: "El riesgo a una nueva recesión desata el pánico en los mercados".

Pero, ninguno de estos miedos que me ahogan me torturan tanto como no poder encontrarte. No me creo que la mujer saliera de una costilla de Adán ni creo en la generación espontánea. Lo más seguro es que el hombre sea el resultado de la evolución de la especie. Vengas de donde vengas, Anabel, hay algo que me horroriza y me hunde en las más profundas depresiones y es que estés queriendo hacerme daño, permaneciendo lejos de mí cuando sabes cuánto te necesito... No entiendo, no llego a comprender, qué es lo que te ha podido ocurrir para que nadie sepa nada de ti. Estoy seguro de que si hubieras muerto en un accidente o de forma violenta, yo habría sentido un golpe en el corazón —como un aldabonazo— en el momento en que hubiera sucedido. No creo que hayas muerto. Creo que vives y no voy a renunciar a encontrarte, porque necesito comprobar si tú eres la mujer que estaba esperando.

Ángel estrujo el papel y se dirigió a la iglesia, donde ya le esperaba su

primo el cura con la llave de la puerta de la torre en la mano, que previamente había descolgado de una vieja escarpia milagrosamente clavada en la pared de piedra. Telmo, que llevaba siempre la sotana —se había negado a usar el *clergyman,* como los párrocos de los pueblos de alrededor—, le dió un fuerte abrazo y un beso en la mejilla —falso como Judas, pensó Ángel.

—Primo... amigo. Hoy es un día grande para mí: he abrazado a mis dos hermanos, Odón y Telmo, y les he dado la comunión —mientras hablaba atropelladamente, le enseñó una foto de los tres juntos en su móvil— y ahora te abrazo a tí después de tantos años sin verte... Aunque tengo una gran pena: el accidente de Daniel. Tú sabes que yo tengo una gran amistad con él —no sé si sabras que recientemente vino a vistarme— y, además, su madre ha sido para mí como una segunda madre, siempre me ayudó y me comprendió en momentos muy delicados. ¡Qué grande Rosa, también! Todos los días pido por los dos. Qué momentos más horrorosos deben estar pasando. He querido volver al hospital donde está el pobre pero me es imposible con todo el lío que hay aquí. Con este anticlericalismo que invade todo.... Quieren tirarme desde la torre —miró hacia arriba mientras daba la vuelta a la llave— y después hacer de la iglesia un centro cultural.... Bueno, volviendo a lo de hoy, a la cacería, ha sido muy emocionante, han venido muchos amigos, incluso de otros países. Odón me ha presentado a un griego muy simpático que me ha dicho con una sonrisa: “Le advierto, pater, que soy ortodoxo...”. Me alegro, de verdad, Ángel, de que te hayas dignado a venir a verme después de tantos años. Gracias a Dios y a la Virgen que os ha traído a todos hasta aquí, hasta donde está este pobre cura, desterrado en esta selva verde.

Telmo abrazó a su primo una vez más y empujó la puerta para acceder a la torre apartando con el pie las herramientas de los albañiles que desde hacía unas semanas instalaban la calefacción.

—Están instalando gas —le explicó Telmo—, porque en invierno no hay quien pare de frío y humedades. En circunstancias normales, no tengo que subir hasta aquí arriba para tocar la campana, pero ahora, con las obras, no tengo más remedio.

—¿Por qué no has participado en la cacería? —pudo, por fin, decir Ángel, que no había hablado desde su llegada—. Tú también eres un experto en el manejo del arco, afición que os inculcó vuestro padre.

—No me siento ya con fuerzas para ello. Además, esta tierra tan

húmeda, con tanta nube y tanta llovizna, está terminando con mis pobres huesos. Tengo un reuma terrible. ¿No ves el trabajo que me cuesta subir estas malditas escaleras?

—En el pueblo me han dicho que subes aquí todos los dias a la hora de la puesta del sol y que, incluso, citas aquí a muchos chavales para hablar con ellos.

—Sí, es cierto, aquí me siento más cerca de Dios, siento que me oye mejor. A veces, cuando hace viento, creo que me roza en la cara su túnica blanca que huele a gloria bendita.

—Telmo, me ha gustado mucho verte y tenía muchas ganas de charlar contigo, pero en realidad he venido buscando a una joven de un pueblo de aquí cerca porque estoy enamorado de ella.

—¿Y la has encontrado?

—Es que ha desaparecido. Desde hace unos meses no sabemos dónde está y he venido aquí para buscar sus raíces, cualquier detalle que me pueda ayudar a encontrarla...

—¿Y qué dice la policía?

—Verás... Es que el caso no se ha denunciado oficialmente porque pensamos que puede ser un secuestro y empeoraría las cosas.

—¿Y no será que ha querido desaparecer?

—También podría ser, pero todas estas dudas hacen que me encuentre todavía peor... Cierro los ojos y veo su rostro. En otras ocasiones, lo veo en el techo de la habitación, cuando miro al cielo azul, en el cristal de un escaparate. En una ocasión, soñé con una calle de una gran ciudad llena de gente y, cuando se acercaban, todas tenían su cara, su sonrisa. Me voy a volver loco si no la veo de nuevo, si no la toco, la beso y la abrazo.

—Cálmate, Ángel, por Dios. Te va a dar algo. Bendito sea el Señor que se manifiesta en ese amor tuyo tan profundo, tan sincero, tan puro, tan desbordante... Eso es obra de Dios porque sólo Él es tan fuerte, tan inmenso, tan infinito, tan intangible... Además, puede manifestarse dentro de nuestro pobre cuerpo humano... Puede estar dentro de nosotros... Tú, Ángel, estás lleno de ese amor y por eso tienes la inmensa suerte de llegar a comprender lo que es su infinita bondad, que se manifiesta en ti por medio del gran amor que sientes por esa muchacha...

—Telmo, está muy bien todo lo que dices, yo no lo podría explicar mejor, pero déjate de rollos, tío.

Ángel y Telmo llegaron al final de la escalera y se sentaron un momento para recobrar el aliento. Luego Ángel continuó hablando de lo que le interesaba:

—Me han dicho que el padre de la chica era el sacristan del pueblo que esta a orillas del lago y que tenía la manía de estar siempre rodeado de velas encendidas, porque su mujer le había dicho antes de morir que una noche vendría por él y lo mataría cuando todo estuviera a oscuras... ¿Tu lo conocias?

—No nunca he coincidido con el... aunque me han llegado rumores. Lo que si me consta es que el pobre de don Francisco tambien estaba amenazado como yo...y le acusaban de no se cuantas cosas... Sé de sobra, Ángel, todo lo que dicen de mí: que hago pactos con el diablo, que me aprovecho de las chicas y de los chicos que suben aquí, a la torre; que soy pederasta y que soy un hipócrita y una vergüenza para el clero... Cuando, la realidad, es que he dado mi vida por este pueblo, por estos feligreses, por estos niños y niñas que subían, y siguen subiendo, y a los que yo les doy un poco de esperanza, un poco de consuelo... Quiero hacer para ellos un hospital en los terrenos del pazo que me toquen de la herencia de mi padre, que en Gloria esté.

El pazo del Cisne es una inmensa propiedad típica de la zona, con una exuberante vegetación que abarca una rica variedad de plantas — algunas traídas de países lejanos que se han aclimatado perfectamente — formando un conjunto impresionante que se completa con un palacio grandioso, el pazo de los Fernández-Queen, que la rica heredera de la familia aportó a su matrimonio con Odón Setano sénior, el "patriarca". Construido con una notable influencia renacentista, ha sido restaurado recientemente, por lo que se ha mitigado su característico color parduzco y desaparecido el musgo que tapiza habitualmente los rincones más íntimos, de donde fluyen misteriosos manantiales de agua que confluyen en el estanque que rodea parte de la casa.

Los singulares jardines que rodean el palacio, lejos de la zona de cuadras, almacenes, lavaderos y viviendas para la servidumbre, que se encuentran en el lado norte —el más frío— ocupan una extensión de varias hectáreas llenas de caminos sinuosos que desembocan en pequeñas plazoletas presididas por traviesos y pícaros sátiros, vericuetos y laberintos que terminan en románticos merenderos, con

mesas redondas de piedra, enormes avenidas de altísimos árboles abrazados por enredaderas que visten de flores a bellas Venus pudorosas que intentan ocultar sus pechos de piedra con las manos mutiladas por el paso del tiempo, y un impresionante estanque con un templete en el centro, al que sólo se puede acceder, según la leyenda, en el gran cisne negro que navega orgulloso por las aguas verdosas entre algas que ondean a su paso como hilos de oro. Sin duda, un paraje natural donde es fácil imaginar un mundo irreal, misterioso y fantasmagórico, enfatizado por los espesos bosques abandonados durante años y de difícil acceso.

Este mundo fantástico contribuye a que los vecinos de las cercanías crean que en las zonas más espesas y frondosas viven animales desconocidos, pequeños monstruos, felinos fluorescentes y aves extrañas. Entre las leyendas que la imaginación popular ha conservado, está la de la niña que se ahogó cuando quiso alcanzar a nado el templete —donde la esperaba su amado—, cuyo cadáver flota en el agua todas las noches de luna llena. Y la leyenda de las terribles aves carnívoras del lago grande, con sus garras y sus picos amarillos, que atacan a personas y animales para matarlos y comerse sus entrañas. También hay leyendas sobre amores no correspondidos, infidelidades, incestos, engaños y crímenes que llenan de rumores cada habitación del palacio, donde, en invierno, se oyen chisporrotear en el fuego de las chimeneas las almas de las jóvenes que juraron amor eterno y fueron infieles, y el llanto eterno de pobres mujeres maltratadas, emparedadas entre gruesa piedras, para que no contaran esta terrible tragedia que ocurre desde la antigüedad y que sufre la mujer desde la época de los palafitos y las cavernas. Hay en el pazo pasillos secretos, pasadizos excavados por la lujuria de los hombres que conducen a dormitorios prohibidos, a salas de tortura y templos de sadomásoquismo con grilletes temblando aún de horror en las paredes.

Todos ellos los conocía Odón, el actual marqués que había recorrido de jovencito aquellos largos pasadizos en compañía de su hermano Fabián, cuando pasaban algunas semanas del verano en el pazo al terminar el año escolar, mientras el padre regaba sus camelias, ajeno a todo lo que había bajo sus pies, en donde algún desaprensivo antepasado había urdido un submundo que fue, durante gran parte de sus adolescencias, el gran secreto de Odón y su hermano, aunque con fines diferentes, ya que mientras el primero simulaba que eran

catacumbas donde se refugiaban los antiguos cristianos; Fabián llevaba allí a sus “víctimas”, jovencitas incautas que sometía a toda clase de vejaciones a la luz de farolas y sin miedo a que se oyeran sus gritos de pánico.

Aquella mañana, cuando sonó la campana de bronce de la iglesia, el patio de armas del antiguo castillo—fortaleza presentaba una imagen de otros tiempos, con sus arqueros dispuestos a iniciar la marcha y los perros nerviosos esperando que se abriera el portalón que conducía al gran lago donde esperaban incautas las presas. El hetereogéneo grupo estaba formado por unos cincuenta aficionados a la caza con arco de todo el mundo que se habían reunido para vivir dos jornadas inolvidables que llevaban preparando desde hacía meses. En el grupo capitaneado por Odón, ya repuesto del susto de Venecia en donde la daga dirigida a su corazón no llegó a alcanzarle —, Fabián había desaparecido en el último momento ocupando su lugar Hilario, su secretario—, había rusos, americanos y uno de los amigos chinos de Odón que había participado en la carrera de coches de Venecia, así como el brasileño que —según explicó con toda clase de detalles— practicaba la caza con arco en la extensa finca que tenía al borde de la selva amazónica que solía recorrer en avioneta. A todos los había invitado personalmente el anfitrión, que había cazado en otras ocasiones con ellos en otros lugares del mundo, por lo que, menos algunos grupos, principalmente de mujeres, todos se conocían desde hacía tiempo.

Odón, sin embargo, amable y atento con todos, estaba pendiente de la llegada de su principal invitada, que no le había confirmado su asistencia alegando que sufría una pequeña molestia en el hombro derecho que no le iba a permitir disparar con precisión. No obstante, lo que había animado a Odón a pensar que se podría presentar en el patio en cualquier momento, era la consulta que el día anterior le había hecho a su secretaria diciéndole que, en caso de mejorarse, acudiría. En efecto, cuando ya todos habían iniciado la marcha, y momentos antes de que lo hiciera él también, Odón pudo ver como Violeta apareció en el patio de armas con sus aljabas reventando de flechas con emplumado flu-flu, como ordena el reglamento de Caza con Arco.

Poco despues cada uno de los cazadores fue tomando posición en los puestos asignados concentrados en calcular correctamente el

alcance de su arco y la trayectoria de las flechas, según la dirección del viento y su intensidad. Violeta estaba espléndida con su corta melena al viento. Ya en su puesto —Odón se había reservado uno cercano para poder admirarla bien— hizo unos ligeros movimientos giratorios con su brazo lesionado para comprobar si le molestaba y, luego, llevando el dedo índice de su mano derecha a la boca, mojó la punta con la saliva de su lengua y pasó el dedo suavemente por un pequeño arañazo que se había hecho en el brazo izquierdo con una zarza de la orilla, movimiento que provocó un gracioso gesto de placer, como si, en vez de haberle escocido, hubiera sentido alivio.

Odón no se había tomado siquiera la molestia de tensar su arco, de hacer inconscientemente algunos de los movimientos habituales —como los músicos preparan sus instrumentos— admirando a la bella cazadora, “su amazona de cómic”, como él decía. En el simple hecho de mojar el dedo en su lengua y arrancarle un pequeño quejido de placer, de alivio, al pasar la yema húmeda por su piel, destilaba un erotismo que le estremecía. Estaba pensado que era su dedo el que acariciaba la piel de Violeta cuando apareció una bandada de aves que habían levantado el vuelo raudas desde una pequeña isla cercana, volando muy bajo, lo que hizo que docenas de flechas, tras un breve vuelo, se hundieran en el agua cenagosa del lago. A Odón no le había dado tiempo a disparar, distraído como estaba.

De nuevo, admiró cómo Violeta cogía rápidamente otra flecha de la aljaba con su mano, moviéndola con rapidez por debajo de la axila de su brazo izquierdo —la tenía sujeta a su ancho cinturón con hebilla de plata envejecida que a él tanto le gustaba— y la colocó con una velocidad inusitada en posición de tiro para no fallar la próxima pieza.

Con la excusa de su retraso Violeta no había saludado al anfitrión cuando llegó, contraviniendo las más elementales reglas de la buena educación, a pesar de que el e-mail con el que la había invitado oficialmente era correcto, aunque no cariñoso. Odón no quería que quedara ninguna prueba escrita y era muy cuidadoso con el texto de sus mensajes: “Será un honor para mí recibirte para continuar la *conversación* que tuvimos que dejar pendiente en Venecia por circunstancias misteriosas ajenas a nuestra voluntad”. Violeta contestó al escueto e-mail con un lacónico “gracias”.

Odón nunca comprendió lo que había ocurrido en Venecia, pero estaba seguro de que no había sido ella la que había provocado aquel

final tan esperpéntico de su breve aventura. Conocía sus ideas y sabía que aquellas especiales circunstancias —un viaje lejos de su escuela, de su mundo...—difícilmente se volverían a presentar. Fue un momento —pensaba Odón— de debilidad, raro, extraño, en una mujer acostumbrada a no sucumbir a las tentaciones, a ser fiel a sus principios y convicciones. Aquello de Venecia había sido sin duda una excepción que el propio Odón nunca creyó que se llegaría a producir. Jamás supuso que la defensa de la feroz amazona, orgullosa de su independencia, altiva, tan superior a los hombres, podría tener un momento de debilidad sucumbiendo... ¿Al deseo? ¿Al amor? ¿Estaba Odón enamorado de ella o era sólo una diversión más, suma y sigue, de los casos que le gustaba atesorar cuando ofrecen alguna dificultad?

Odón admiraba a Violeta. Admiraba a aquella mujer que le sobrepasaba en arrogancia, en seguridad, que estaba convencida de sus ideas y que vivía —pretendía vivir— de acuerdo con ellas. Admiraba a Violeta y, en el fondo, le atraía también derribar el muro. No quería admitir un fracaso. Estaba acostumbrado a saborear la victoria —en un pensamiento manifiestamente machista— que estuvo a punto de conseguir en el palacio de Venecia cuando tuvo entre sus manos aquel pecho tatuado con círculos de colores y aparecieron unos seres extraños, unas máscaras sin expresión, que le arrebataron de su mano la manzana prohibida cuando estaba a punto de morderla. Ahora la tenía allí, en su pazo más cerca que nunca.

Violeta no llevaba la aljaba a la espalda sino a la altura del cinturón, que usaba para no lastimarse al disparar desde el caballo su arco oriental ,aunque muchos cazadores comentaban que para el tiro al vuelo eran mejores los arcos tradicionales porque suelen ser más rápidos. El sonido de la campana de bronce de la iglesia hizo levantar el vuelo a decenas de aves que aletearon con todas sus fuerzas hasta conseguir coger altura para volar luego en círculos concéntricos, confundidas por el estruendo, hasta que perecían víctimas de la afilada punta de una certera flecha que se había hundido en su carne sin que fuera suficiente defensa su armadura de plumas.

Al terminar la primera jornada, se hizo el recuento y se examinaron las piezas abatidas, llamando la atención de los expertos unos cuantos extraños ejemplares de picos y garras amarillas —alguien llegó a tocarlas porque parecían que eran de bronce— y otros ejemplares que hacía años que no habían sido cazados, porque no era frecuente que se

llegaran a organizar batidas semejantes por aquellos parajes, lo que facilitaba que fueran cobijo y refugio ideal para muchas especies imposibles de encontrar en otros lugares más frecuentados por el hombre.

Se comentaron también otras incidencias del día: se habló de los arcos utilizados, entre los que había de gran variedad, dado que provenían de diversas partes del mundo, así como también fueron tema de conversación las flechas utilizadas —de carbono, de aluminio...—, para terminar debatiendo sobre arqueros famosos, ya fueran mitológicos, de leyenda o reales.

—Y Cupido —comentó una mujer entre risas—, culpable de que todos nosotros estemos aquí...

Se sirvió para todos los participantes una espléndida merienda-cena en la plaza de armas del pazo de los Fernández-Queen, donde en su balcón principal aún ondeaba a media asta la bandera de la familia por la muerte del patriarca. Odón buscaba el momento oportuno para acercarse a Violeta que estaba recibiendo las felicitaciones de los numerosos cazadores que habían visto el magnífico tiro con el que había abatido a una de las aves de mayor envergadura cazadas en el día. Por lo visto —según le oyó contar Odón a otro de los cazadores mientras se acercaba también a felicitarla—, el ave había emergido del fondo del misterioso lago enfilando raudo su vuelo hacia donde se encontraba Violeta semioculta por la alta vegetación.

—Tuvo una gran sangre fría —contaba exaltado otro cazador, acompañando sus palabras con el movimiento de sus brazos que simulaba estirar un imaginario arco para soltarlo en el momento oportuno—. El tiro fue certero y espectacular dejando que aquel pajarraco se acercara lo suficiente para acertarle en pleno corazón.

—Bravo —dijo Odón, aplaudiendo tres o cuatro veces mientras se abría paso para acercarse a saludarla con un beso en la mejilla—. Es, sin duda, nuestra campeona, aunque mañana ya veremos...

—Tu tiro sí que ha sido fantástico —le respondió Violeta, nerviosa por la proxidad de Odón al que no había visto acercarse, a la vez que retiraba la mano que le había aprisionado para elevarla por encima de su cabeza como si se tratara de un campeón de boxeo.

—Digamos que uno es el campeón femenino y otro el másculino —Dijo otro de los presentes, mientras los que tenían copa brindaron por los “ganadores”. A Odón no le fue posible continuar la conversación

con Violeta, rodeada de admiradores, mientras él era reclamado en otro grupo y le preguntaba a Hilario por su hermano Fabián, que había desaparecido en el último momento cuando iba a comenzar la cacería, ya que quería hablar con él para pedirle explicaciones sobre lo que le había contado la bailarina que ocurrió en Londres.

Violeta consiguió escaparse a las habitaciones que tenía reservadas en el pazo —sólo unos pocos pasarían allí la noche, invitados especialmente por el dueño—. Cansada, rendida, se tumbó tras quitarse las botas y dejar el arco con las flechas cerca de la cabecera de la cama. Luego, comenzó a recordar cómo el gran pájaro herido por su flecha se contorsionaba en el aire como ella había hecho tantas veces simulando la muerte de un cisne. Había muerto demásiadas veces de amor en el escenario y siempre se había jurado que nunca le pasaría en la vida real, pero en las últimas semanas —desde que había conocido al marqués—, este convencimiento había comenzado a perder fuerza...

La verdad era que había advertido la presencia de Odón desde que llegó a la esplanada del pazo tras terminar la cacería. En aquel momento supo que la perseguía con la mirada, pero intentó desesperadamente evitarlo. No estaba en condiciones de enfrentarse a esa batalla. No se encontraba con fuerzas para hacer frente a ese monstruo —mezcla de amor y de deseo— que estaba creciendo en su interior. Lo notaba. Lo sentía. Notaba que sus alas rozaban las paredes de su alma. Notaba que crecía y no podía hacer nada, que quería romper el huevo blanco de su virginidad. Notaba que quería escaparse, ser libre para posarse en el hombro del elegido, su héroe, su arquero preferido, su gladiador...

Violeta se revolvió en la cama pensando que se estaba comportando como una colegiala cursi del siglo pasado... Sus alumnas empezaban a intuir algo. Empezaban a ver su mirada perdida en los atardeceres, a quedarse ausente por unos segundos observando las hojas del árbol que acariciaba los cristales con el viento. Violeta comenzó a desnudarse despacio. Era como un personaje de cómic: tan alta, con un cuerpo tan perfecto, con esos movimientos tan elásticos, tan irreales, como salidos de la mano de un dibujante que sabe darle a sus personajes una agilidad imposible para un ser humano.

Violeta se despojó de su traje de cazadora y comenzó a practicar los ejercicios diarios que no dejaba de realizar nunca antes de meterse en la

cama, fuera la hora que fuera y estuviera donde estuviera. Cuando terminó, a la media hora larga, se lavó los dientes, se duchó y, mientras se secaba el pelo, sonrió cuando miró hacia la cama y se figuró que tumbado en ella, desnudo, estaba Odón esperándola, con ese cuerpazo de atleta capaz de seducir a cualquier diosa mitológica. Luego pensó que estaba un poco mareada a pesar de que sólo había bebido dos o tres copas de albariño. "¡Qué atractivo eres marqués!", dijo casi en voz alta... Luego, se metió en la cama, apagó la luz y siguió dialogando con una imaginaria compañera: "Si apareciera Odón por esa puerta, por esa ventana, ¿qué harías? ¿Te entregarías a él? ¿Llevarías tú la iniciativa, o dejarías que fuera él quien la llevara? ¿Y si él no dice nada? ¿Comenzarías tú? ¿Dejarías que te besara? ¡Calla desvergonzada!", se decía con una risa nerviosa mientras descargaba su mano contra la almohada, como si azotara en broma a su atrevida e imaginaria amiga, producto de su imaginación excitada.

Violeta estaba sola en la habitación que le había reservado el propio Odón. En un rincón ardía un buen tronco en una enorme chimenea de piedra. De pronto, se levantó y, con paso vacilante, se acercó al fuego y comenzó a frotarse los brazos con las manos como si tuviera frío. Luego, se apoyó en la parte superior de la chimenea de piedra y pasó descuidadamente la mano por un bajorelieve que, al estudiar más detenidamente, identificó como la extraña ave a la que había herido de muerte hacia sólo unas horas en el misterioso lago de la finca, ave que también aparecía en la bandera que ondeaba a media asta en la puerta del pazo. Violeta sintió un escalofrío. Se retiró de la chimenea y se acercó a una de las paredes de la enorme habitación ocupada en su totalidad por una gran estantería llena de libros. Encendió la luz de nuevo y cogió uno de ellos.

"Decididamente —pensó mientras se desabrochaba un botón de su pijama de seda color beige—, si en aquel momento apareciera por la puerta Odón le dejaría hacer todo lo que él quisiera... Iba a tener suerte... Era su día de "dejarse hacer"... De "dejarse llevar"... De "dejarse besar"... De "dejarse tocar"... Era uno de esos días tontos de "puertas abiertas"... "Pasen, vean y toquen"... Que se experimentan de vez en cuando.

Odón había encargado a su secretario, Eusebio, que también había participado en el primer día de la cacería, ya que era un gran arquero

—había intervenido incluso en competiciones internacionales—, que se cerciorase de que a Violeta le asignaban una habitación concreta del pazo. Odón se lo había repetido varias veces y, no obstante, cuando llegó el día, comprobó personalmente que le habían dado la habitación señalada. Aquella noche, después de la cacería, el marqués se retiró casi una hora después de que se fuera Violeta de la plaza de armas. Odón se despidió de los amigos que estaban más cerca hasta el día siguiente, y se fue a sus habitaciones, se cambió de ropa y se dirigió a uno de los grandes armarios antiguos, concretamente al que ocupaba un ángulo del cuarto, abrió la puerta y desapareció dentro de él. Una vez que pudo abrir la madera del falso fondo accionando un resorte se encontró en un húmedo y oscuro pasadizo por el que avanzó iluminado por la luz de la pantalla de su teléfono móvil.

El marqués, como ya hemos señalado, conocía muy bien el palacio de su abuelo, porque había pasado allí muchos días de las vacaciones de verano de su niñez, circunstancia que le permitió explorar mejor que nadie cada rincón de la casa y los secretos de sus pasadizos, entre ellos, el que recorría en estos momentos, que le conduciría hasta la habitación de Violeta. Cuando estaba aproximadamente a mitad de camino y avanzaba con la cabeza agachada apartando a manotazos las telarañas, Odón pareció vacilar. Dudaba si seguir o no adelante. Se sintió por un momento avergonzado de lo que iba a hacer. Estaba a punto de llevar a cabo un acto que iba en contra de todos sus principios éticos, morales y religiosos, principios de los que él se consideraba ejemplo y defensor a ultranza. Iba en contra del más elemental concepto de caballerosidad, él que presumía de ser modelo de cordura, buenos modales y educación. Se sintió de pronto ridículo, como un adolescente cogido en falta por su maestro.

Él, el marqués, ejemplo de rectitud, justicia y comportamiento social, atrapado en un pasadizo secreto por el que hacía años que no pasaba un ser humano, camino de la alcoba —como se decía antes— de una mujer, como un imberbe jovenzuelo que persigue a una joven para verla mientras se ducha por la rendija de la vieja puerta de madera. Odón dio la vuelta con dificultad en el estrecho pasadizo y, advirtiendo que le quedaba poca batería en la improvisada linterna, dudó unos momentos y se dio la vuelta de nuevo, usando como excusa que tenía claustrofobia y le daba pánico quedase a oscuras en el angosto túnel cuando ya estaba cerca la habitación de Violeta.

En el siguiente recodo, en efecto, Odón vio una tenue luz que se filtraba por una endidura. Al llegar hasta ella, Odón tocó la madera húmeda cubierta de líquenes y de otras especies vegetales del submundo de las tinieblas que le impedían dar con el resorte o pestillo que le permitiera el paso. El marqués, una vez más, pensó que debería volverse. Ahora lo que le producía pánico no era su reputación sino que pudiera ser rechazado por Violeta, lo que significaría un duro golpe para su habitual orgullo. Una situación difícilmente asumible por una persona tan vanidosa y poco habituada al fracaso, a que la rechazaran, a que se discutan sus decisiones, lo que, a decir verdad, era muy probable que ocurriera en este caso dadas las circunstancias: una puerta secreta que se abre de improviso en la habitación donde duerme una mujer sola, el rechazo que puede suscitar recibir un susto semejante y la flagrante violación de la intimidad que significa entrar en un dormitorio ajeno de esta forma. Odón encontró por fin el resorte y, sin oprimirlo o accionarlo del todo, pensó otra vez en si debería llamar o identificarse antes de abrir del todo la puerta, para que la sorpresa fuera menor... Al final, optó por entrar a la vez que se presentaba:

—Violeta soy yo, Odón... ¿Puedo pasar?

Nadie contestó. Odón estaba pensando en repetir la frase cuando una flecha se clavó en el quicio de madera de la puerta, a escasos centímetros de su cara. Poco después, cuando había sacado todo el cuerpo por la puerta, una segunda flecha se clavó en el lomo de uno de los libros de la biblioteca...Violeta dirigió con energía la luz de la mesilla de noche hacia donde estaba el intruso y, tras dejar el arco y las flechas apoyados en la pared, se tapó pudorosamente con la sábana y dejó que el "ladrón" avanzara hasta el centro de la habitación donde se quedó parado sin saber qué hacer. Fue Violeta quien reaccionó, a pesar de ser la sorprendida, por la irrupción en su habitación de un "extraño" que había salido, como un fantasma, de entre los libros de la estantería, dándole un enorme susto.

—¿Vienes —le dijo Violeta despacio, sin temblarle la voz— por lo de la frase de la tarjeta? ¿Cómo era? "In my dreams I kiss your cunt".

Odón, paralizado en medio de la habitación por primera vez en su vida no sabía qué hacer ni qué decir. Fue Violeta la que, tras un embarazoso silencio, le dijo:

—¡Ven aquí!... ¡Y pídemelo mirándome a los ojos!

Ángel se dirigía hacia la iglesia del pueblo donde hacia unas horas había quedado con Telmo. Su primo, el cura, le había prometido que le iba a contar más cosas...mientras él estaba dispuesto a preguntarle por el hallazgo de unas prendas que había encontrado en el cajon de su comoda. Realmente estaba indignado y le daba asco, pero queria que el mismo se lo explicara... Además, queria averiguar si sabia algo más del sacristan. La carta ya la había olvidado por que, en el fondo, le daba absolutamente igual.

Eran cerca de las seis y Ángel apretó el paso para ver ocultarse el sol desde la torre. Cuando estaba doblando la esquina para salir a la plaza de la iglesia, vió como un fogonazo, una gran llamarada que salía del campanario. Paralizado por el espectáculo, pudo distinguir, a los pocos segundos, como lo que parecía ser un cuerpo humano —como si alguien se hubiera quemado a lo bonzo— gesticulaba desesperadamente intentado, quizás, quitarse la ropa ardiendo. Ángel y otras personas que se encontraban en ese momento en la plaza, corrieron hacia el campanario. De pronto, se detuvo al ver que el infortunado, como una bola de fuego, caía a pocos metros de donde se encontraba.

Había sido todo muy rápido. El fuego ya se había extendido por la escalera y la techumbre del viejo campanario, que amenazaba con derrumbarse sobre la plaza donde comenzaron a llegar gente. Ocurrió todo en apenas unos segundos. Cuando Ángel llegó a donde estaba el cuerpo de la víctima, unos hombres ya lo tapaban con una manta intentando apagar el fuego de sus ropas hechas girones que aun ardían. Todavía pudo ver la horrible mueca de dolor en su cara carbonizada, donde destacaban el blanco de los dientes y sus ojos espantados, como un rostro que emergía de las profundidades del infierno para dar el último adiós a sus seres queridos. Una imagen horrible jamás plasmada en ningún cuadro.

Ángel vió su mano en carne viva que se movía con desesperación buscando alguien que le salvara, hasta que cayó desplomada sobre el suelo de la plaza, ya sin vida. Ángel observó el anillo que tenía en su dedo anular. Era Telmo. Conocía aquel anillo... La gente empezó a arremolinarse alrededor del cadáver hasta que llegó la Guardia Civil y formó un cordón que alejaba también a los curiosos de la torre ya que seguía ardiendo y se temía que pudiera derrumbarse en cualquier momento.

—¡Ha sido don Telmo, yo lo he visto, se ha tirado desde la torre! —comentaban unos, mientras otros aseguraban:

—Han tirado al cura desde el campanario. ¡Le han prendido fuego al Telmo en la torre!

—Nada de eso —decía la maestra del pueblo—. Hay que averiguar quién lo ha matado. Ha sido un asesinato. ¡Que no escape...!

—El cura ha tenido su merecido. Que muera achicharrado como un demonio que es...

—Hacía años que lo teníamos que haber hecho: degenerado, pederasta, mal cura, que no hay agua bendita en el mundo para limpiar tus pecados.

Ángel había intentado subir a la torre, a punto de derrumbarse, para investigar el origen del fuego, pero era imposible acercarse a las escaleras, ya pasto de las llamas.

18

Ángel estaba impresionado por la brutal e impactante muerte de Telmo, como lo estaba mucha gente del pueblo, sobre todo, multitud de jóvenes y adolescentes que, abrazados unos a otros, se acercaron al lugar del suceso, de donde no se movieron hasta que se produjo el levantamiento del cadáver para ser trasladado al instituto forense donde le sería practicada la autopsia. Ángel, que tenía billete para la mañana siguiente, tuvo que aplazar el viaje más de veinticuatro horas a petición de la policía y se recluyó en el hotel donde estaba hospedado desde que llegó, en espera de que se completaran las diligencias previas de la extraña muerte de la que había sido involuntariamente testigo principal. Desde la primera vez que fue interrogado, le dijo a las autoridades que al desembocar en la plaza de la iglesia por una de las calles había visto “algo que ardía en la torre” y después vio caer a una persona envuelta en llamas, aunque no se pudo acercar hasta que algunos vecinos de la plaza acudieron con mantas y se las echaron por encima en un intento desesperado de apagar el fuego, objetivo que no consiguieron hasta pasados unos minutos que fueron transcendentales.

A la mañana siguiente, muy temprano, Odón, que estaba en el pueblo por la caceria, llamó a Ángel al hotel y lo citó en el pequeño despacho parroquial de Telmo. Cuando llegó Ángel, ya estaba Odón allí, sentado en la desvencijada butaca del sacerdote fallecido y, tras indicarle con un gesto que se sentara— tras decirleque estaba destrozado por la muerte de su hermano—, le confesó que se encontraba muy preocupado con todos los sucesos que estaban ocurriendo en la familia por lo que, conocedor de sus buenos oficios como abogado y detective, le proponía que hiciera las averiguaciones que fueran necesarias —al margen de las policiales y judiciales—, sin reparar en gastos.

—Es verdad —prosiguió diciéndole Odón, mientras jugueteaba con el crucifijo que el cura tenía en la mesa—, que en estos últimos tiempos

no hemos tenido mucho contacto, a pesar de que mi padre y tu madre eran primos hermanos, como es el caso de Daniel, el pobre... Pero seguí tus estudios de abogado y tu carrera y sé que has ganado casos importantes y también que eres un inteligente y silencioso detective.

—Bueno, no es para tanto... —comentó Ángel, sintiendo cierto orgullo de que se reconociera su éxito extraprofesional, al que sólo le podía dedicar algo de tiempo cuando los juicios le dejaban libre, lo que ocurría en pocas ocasiones.

—Hay una razón fundamental por la que me he decidido a comentarte el tema con la seguridad de que cuento con tu máxima discreción: me refiero a que mi ofrecimiento no lo tiene que saber nadie nunca, sólo tú y yo. Tómate tu tiempo, en estos momentos estamos todos muy afectados por la horrenda muerte de mi hermano. Algo inexplicable. ¿Tú crees que ha sido suicidio o piensas más bien en un asesinato obra de esos laicos extremistas, ateos obsesos, incapaces de comprender una cosa tan simple como la libertad religiosa? —Odón dejo de jugar con el crucifijo, lo besó fugazmente y lo guardó en un cajón.

—Te agradezco tu sinceridad —le contestó Ángel—, y también te agradezco que me hayas hecho partícipe de tus inquietudes y dudas y, por supuesto, que me hayas elegido a mí, pero yo ni tengo tiempo ni soy ningún profesional ni nada de nada... Sólo soy un simple aficionado...

—Yo cambio tu honradez y tu discreción por la experiencia. Dime que sí y me darás una alegría, con el cuerpo aún caliente de mi hermano... —ambos, aunque fuera cruel e inoportuno, intentaron disimular una sonrisa que comenzaba a dibujarse en sus labios—. Bueno, lo de caliente —comentó Odón dándose cuenta de lo impropio de la frase...—, quizás no sea el comentario más acertado tras morir como ha muerto, como San Lorenzo... Ya sabes lo que te digo... Insisto, te prestaré todo mi apoyo, te daré toda la información que quieras y te facilitaré el acceso a donde quieras, incluidos mis archivos, mi casa, para que busques lo que creas oportuno de mi hermano, sus cartas, sus documentos...

—No insistas, de verdad, comprende que no puedo aceptar. Me encantaría, pero no me siento capacitado. Me sentiría abrumado, agobiado.

—Mira, yo no entiendo esta muerte tan horrible que ha terminado

con la vida de mi hermano, por muchos comentarios que hubiera por el pueblo, ciertos o no, de su supuesta pederastia y de los chicos y chicas que subían a la torre y tal... Por eso, quiero que, con la máxima discreción, te encargues del caso. Sólo lo sabremos, repito, tú y yo, y todas las averiguaciones que hagas las comentarás sólo conmigo y nada más que conmigo.

—Dime una cosa que me obsesiona desde que me la conto Daniel —dijo Ángel resuelto, cambiando de postura en su asiento—. ¿Qué dice la carta que le trajo a Telmo por encargo de su madre cuando murió? ¿Cuál es su contenido? Telmo me iba a hablar de ella cuando me lo encontré envuelto en llamas. En ese momento me dirigía hacia aquí, hacia este despacho donde estamos sentados, para hablar de ella y, quizás, para comentarme su contenido... ¿La tienes tú?

—Todavía no has aceptado mi oferta y, por tanto, no tengo ninguna obligación de contestarte —le dijo Odón en broma para ganar tiempo.

—"Touché", sé de tu fama de hombre justo, cabal, serio, religioso, de actos y moral intachable... Pero, eso es lo que dice la gente, yo no lo sé.

—¿Dudas de mí?

—Para un buen detective, todo el mundo es sospechoso.

—¿Y la presunción de inocencia?

—Se presume la inocencia, pero luego hay que probar que la persona en cuestión no es culpable.

—No conozco esa carta, ni se de qué me hablas —mintió Odón, quizás por primera vez en su vida.

—Permíteme que tome nota en mi iphone de tus palabras exactas.

—De acuerdo.

—No conviene que nos vean hablando más de la cuenta, sobre todo Fabián. Recuerda: todo el mundo es sospechoso. Si mañana echo sobre el féretro una flor amarilla, es que acepto, y si es blanca, es que no acepto.

Ángel le comentó a Odón que se iba a quedar en el despacho parroquial, porque se iba a entrevistar allí con la mujer —casi una anciana— que cuidaba a Telmo día a día, porque le habían comentado que podría conocer al sacristan de don Francisco, el parroco de un pueblo cercano, y le quería preguntar por una hija suya. Tras escucharlo con atencion, Odón dejo caer su mano en el hombro de Ángel como un mazazo mientras le decía: "Estaré muy pendiente

mañana”.

Rosalía —la anciana en cuestión, que parecía sacada de una foto de hacía medio siglo— apareció por la puerta del despacho parroquial con un vestido negro casi hasta los pies y con un pañuelo estrujado y humedo entre sus manos. Tras vacilar unos instantes, y siguiendo las indicaciones de Ángel, se sentó junto a él en una de las dos viejas sillas que había frente a la mesa de Telmo, mientras permanecía vacía su butaca de piel cuarteada. Ángel puso sobre la mesa intencionadamente, para que la anciana lo viera —sabía su obsesión por los vasos sagrados—, el catálogo de una reconocida casa de venta de ornamentos religiosos y lo dejó abierto por una de las brillantes páginas de papel couché donde aparecían impresos varios cálices a todo color. Una vez que Ángel se aseguró de que la anciana había visto el catálogo —Rosalía incluso había apartado de su regazo una de sus huesudas manos para girar el folleto y poder verlo mejor— lo cerró y le dijo, con voz que intentó que fuera amable y de respeto por su dolor:

—Rosalía, sé lo mal que lo está usted pasando con la muerte de don Telmo...

—Ha sido terrible, señorito —le interrumpió—, terrible. Tan bueno que era, tan cabal. Siempre fue cariñoso con esta pobre vieja, me llenaba de halagos, me regalaba rosarios bendecidos por el Santo Padre, incluso una vez, lo recuerdo como si fuera ayer, me llevó la Comunión a mi casa cuando creyeron que me moría.

—¿Por qué cree usted Rosalía qué ha pasado esto tan tremendo? ¿Le dijo alguna vez que se quería morir?

—¡Jamás! Él estaba siempre contento. “Dios me quiere, Rosalía”, me decía, “y eso me basta”. Lo comentaba sonriendo y mirando al cielo, mientras los hombres en los bares y las mujeres camino del mercado, hablaban en voz baja murmurando a su paso: “Mal cura, hijo de puta, cualquier día te vamos a cortar las manos y a quemar vivo”.

—¿Usted cree que él había hecho algo para que se comportaran así?

—¡Que no! ¡Que no! Era un bendito, si lo sabré yo... —y Rosalía se restregaba los ojos llenos de lágrimás con su pañuelo sucio y arrugado—. Era un bendito y lo han matado ¡Asesinos!

—¿Quiénes han sido? —le preguntó Ángel.

—Los mismos que me decían a mí que le espiara en la torre para ver qué hacía con los chicos y luego me daban unos cuantos euros para

que fuera diciendo por el pueblo que tocaba a los niños. —Rosalía hizo su confesión, inesperadamente, en medio de un mar de sollozos y jipidos mientras repetía una y otra vez arrepentida—: ¡Yo he sido culpable de su muerte! ¡Dios me ampare!

—¿Quiénes le pagaban, Rosalía?

—Yo siempre lo he negado todo, pero después de ver al señor cura como un tizón —repetía entre sollozos— no puedo mentir más porque creo que ha podido ir a los infiernos por mi culpa ya que todo dios se creía lo que yo iba diciendo y repitiendo por el pueblo de puerta en puerta: "Pues el otro día al hijo de la Flavia tal y tal. Y ayer a la hija de la Consuelo vi como tal y tal...". Todo mentira, pero necesitaba el dinero, sabe usted, y era la única manera ¡Dios Bendito me perdone!... Tome, aquí traigo la bolsa donde iba metiendo lo que ahorraba. Ya tenía más de la mitad...

—Rosalía, ¿para qué quería usted el dinero? —le preguntó Ángel, que quería oírlo de su propia voz y por eso le había puesto el catálogo delante.

—Me parece, señorito, que usted ya lo sabe... Pero si lo que desea es que yo se lo diga se lo voy a decir, mire usted, es porque antes de morirme quiero regalarle a la iglesia el más bonito vaso sagrado que exista. Mire usted —dijo inclinando el cuerpo hacia delante, bajando la voz y acercándose a Ángel lo más posible, en un intento de que nadie se enterara de su confidencia—, una vez tuve un sueño y me dijo una especie de ángel: "Rosalía, antes de morirte tienes que regalarle al Señor el cáliz más hermoso que haya en el mundo, si no, irás al infierno y el cura al que sirves morirá entre llamas". Lo primero ya se ha cumplido —dijo aumentando sus sollozos— y ahora el demonio viene a por mí.

—Todavía se podría usted salvar, si me ayuda —le dijo Ángel, abriendo de nuevo el catálogo y poniéndoselo delante por la misma página que tenía al principio—. Uno de estos cálices puede ser suyo, pero me tiene que decir tres cosas: toda la verdad sobre una chica que se llamaba Anabel, la hija del sacristán de don Francisco, que me han dicho que usted conocía... —Rosalía se sofocó porque el sacristán era su único pecado un día que se emborracharon con vino de consagrar—. Segundo: quién le daba a usted el dinero para ir pregonando por el pueblo que el cura toqueteaba a los chicos; y tercero, que me diga usted lo que decía la carta que un señor le trajo a don Telmo hace como un

mes.

—Mire usted, de verdad, los que “venéis “de la capital os creeís que todas las del pueblo somos tontas, pero yo no le pienso decir nada...

—Pero, usted me ha dicho que le pagaba alguien del pueblo para decir que don Telmo era un pederasta.

—¿Un qué?

—Quiero decir, que acariciaba a los chicos y a las chicas en la torre.

—Yo nunca he dicho que fuera nadie del pueblo... Mire, todo lo que yo le he contado es mentira y lo negaré ante cualquiera que me lo pregunte. Es verdad que soy vieja, pero no tonta, y yo, por conseguir mi cáliz para la iglesia, mataría, como dice esa rubia tan majísima de la tele, pero no voy a decir ni mu hasta que no tenga mi bendito cáliz reluciente entre las manos para que, yo misma, lo pueda poner en el altar.

—Yo voy mañana a la capital por la mañana, después del entierro, y se lo entrego aquí mismo —Ángel se quedó pensativo por un momento y dijo, por fin:

—Vendré con otro señor que tomará nota de lo que me diga y me tiene que prometer...

—Más cosas todavía...

—Me tiene que prometer, por don Telmo, que está ahí fuera calcinado, que si dentro de un tiempo la llamo para que venga a repetir lo que diga delante de más personas, vendrá conmigo.

—Ah, eso no. Yo salir de aquí no puedo. Mire usted, soy incapaz de salir de aquí, de esta calle y de estos bosques, no lo he hecho nunca y no lo voy a hacer ahora. No voy a salir de aquí aunque quieran llevarme presa. Nunca he perdido de vista este pueblo y la torre de mi iglesia..., a cuya sombra quiero que me entierren.

—Señáleme cuál le gusta —le dijo poniéndole delante el catálogo, resuelto a terminar la conversación— y a la una lo tendrá aquí si hay existencias en la tienda. Mire, por si acaso, digáme otro... Eso es.

Al día siguiente, Rosalía estaba esperando en el despacho parroquial la llegada de Ángel, que le entregó un paquete que abrió cuidadosamente entre sollozos. Una vez que quitó los papeles de seda en que estaba envuelto el cáliz, lo besó con sus labios resecos, lo limpió repetidamente con su arrugado pañuelo y, sin importarle que estuviera otro señor al que no conocía —Ángel le había advertido que estaría con

otra persona cuando le contara lo que le tenía que contar—, Rosalía espero las preguntas mirando fijamente a Ángel.

—Usted era amiga del sacristan de don Francisco, ¿conocio usted a una hija que tenía que se llamaba Anabel?

Rosalía bajo la mirada cuando le nombró al sacristan, pero nego repetidamente que conociera a la hija.

—Decían que era muy maja, pero nunca la vi.

—Otra cosa, insistió Ángel, ¿planchaba usted la ropa con la que oficiaba don Telmo? —la interrumpió Ángel.

—Sí, claro que sí señorito, y su ropa también.

—¿Y la guardaba luego en la cómoda?

—Sí, claro, dónde si no la iba a guardar.

Los tres pasaron al pequeño dormitorio de Telmo, y Ángel abrió un cajón de donde sacó unas prendas de una caja de madera. Cogiendo una de ellas le preguntó:

—¿De quién es esto?

—Son de una sobrina mía que tiene trece años.

—¿Y por qué están aquí?

—Los que me pagaban dijeron que las pusiera ahí, y añadieron que si alguna vez me preguntaban negara que había sido yo...

—No ha sido usted muy buena Rosalía.

—Dios me lo perdona todo. Ahora nada más que tengo que frotar mi cáliz y aparecerá Él en persona, como el Aladino ese del cuento que frotaba su lámpara y aparecía un mago, o un genio, y le concedía todo lo que pedía... ¿Quiere que siga contestando a sus preguntas? —dijo con una sonrisa mostrando su boca desdentada.

—Sí, claro. ¿Quién le pagaba?

—Nunca lo supe, porque me mandaban a personas diferentes, pero todos hablaban de un jefe muy poderoso que vivía en Madrid. No lo sé, de verdad...

—¿Y qué me dice de la carta? ¿La leyó?

—A mí me interesaba todo lo de don Telmo y claro que la leí...

—¿Y qué decía? —preguntó Ángel sin poder disimular su curiosidad.

—Hablaba de una herencia de muchos millones de pesetas y de euros, muchísimos... Y de que había un hijo o una hija secreta, no recuerdo bien... Y había muchos papeles para explicarlo, pero no los entendía y la volví a guardar.

—¿Dónde la escondía don Telmo? —insistió Ángel poniéndose en pie.

—La carta desapareció a los pocos días...

—¿Y no recuerda usted el nombre de ese hijo o esa hija, o el nombre de sus padres? Es muy importante.

—De verdad, ya le he dicho todo lo que sabía. He cumplido. Ahora déjeme marchar. —Cuando ya iba camino de la puerta, se volvió y dijo: yo creo que decía algo asi como Dani...o algo parecido...

Rosalía abandonó el despacho abrazada a su cáliz, subió los peldaños del altar, depositó con sumo cuidado el vaso sagrado, se arrodilló y cayó desmayada víctima de un ataque al corazón. “Son cosas de la edad —dijo el médico—. A estas alturas se puede tener una emoción fuerte, y plas, ya está”.

En el cementerio el ambiente era tenso. El cielo plomizo dejaba caer una llovizna persistente y el silencio absoluto fue tan solo interrumpido un par de veces por los golpes que daba la caja de madera con alguna roca de la pared de la tumba al ser bajada con unas cuerdas hasta el fondo oscuro y frío. A un lado, abrazados, estaban los chicos y chicas que subían habitualmente con el padre Telmo a ver la puesta de sol en la torre. Más allá, se encontraban unos cuantos rostros huraños y malhumorados que acudían a cerciorarse de que enterraban al cura al que tanto odiaban. Cercanos al féretro, al mismo borde de la tumba, estaban Odón y Fabián, junto a una enorme corona de flores con una cinta en la que se podía leer: “Tus hermanos no te olvidan”. Un poco más alejados, se encontraban Ángel, Eusebio e Hilario —el secretario de Fabián— y una docena de empleados del pazo, entre los que había guardeses, jardineros y encargadas de la vivienda que permanecía cerrada todo el año menos la semana de las fiestas o estos días cuando se había celebrado la cacería con arco.

Al echar Odón sobre el féretro el primer puñado de tierra, un viento fuerte, frío e intenso, recorrió el bosque agitando las copas de los árboles que tanto admiraba Telmo y haciendo volver la cabeza a los asistentes al sepelio, que no encontraban explicación a aquel fenómeno... Fue entonces cuando Ángel se acercó al foso y lanzó una gerbera amarilla que había encontrado en un arriate de la entrada del cementerio. Luego, se acercó a darle el pésame a Odón —que asintió con la cabeza, comprendiendo que había aceptado el compromiso— y,

posteriormente, le dio la mano a Fabián, que le miró displicente, sin comprender su presencia en aquel lugar privativo de los Setano de primer apellido... Ángel pensó, una vez más, que era un cretino y se preguntó si sabría ya lo que decía la carta y si lo sabría Odón. También cabía la posibilidad de que su contenido —el asunto del hijo de Odón sénior— fuera todo un invento de la mente de Rosalía...por eso decidió no decir nada por el momento.

Al salir, vieron una pintada en el muro blanco del cementerio que, chorreando aún pintura, decía con enormes letras mayúsculas: “ASESINO, PEDERASTA”. Más allá, un grupo de personas jóvenes —luego se dijo que algunas de las chicas eran las que habían bailado con el pecho desnudo en la iglesia un día que forzaron la puerta— portaban carteles con fotos bien visibles de niños que supuestamente habían sido víctimas del “maldito” cura.

19

Rosa había sido bautizada en la parroquia de San Lorenzo, en pleno barrio de Lavapiés, de Madrid, y era muy devota del Cristo de Medinaceli —que se venera en la iglesia que se encuentra en las cercanías del Hotel Palace—, al que solía ir a rezar cada vez que podía. Aquella tarde, aprovechando que sus hijas de cinco y nueve años se habían quedado a jugar en casa de unos amiguitos a la salida del colegio —había quedado en recogerlos sobre las ocho de la noche cuando hiciera unos recados—, se escapó a ver a su Cristo y a rezar por Daniel, su marido, que hacía unos meses que seguía en coma tras la estampida de la boda de Laura.

Daniel estaba en su casa y necesitaba ser atendido las veinticuatro horas del día, trabajo que Rosa compartía con algunas asistentes sociales en espera de que pudiera ingresar en un centro donde le atendieran convenientemente. La ayuda era insuficiente y Rosa se desesperaba cuando veía que no le podía cuidar como ella quería, máxime cuando tenía que estar pendiente, además, de sus dos hijas que besaban a su padre por la mañana y por la noche sin ninguna emoción, como quien besa a un muñeco del que no esperan nada a cambio más que su silencio. Alguna vez, su madre las encargaba que le cuidaran y, entonces, sobretodo la más pequeña, jugaba a las cocinitas sobre su pecho que, al respirar, tiraba alguno de los cacharros, lo que provocaba que la niña le riñera: “Si no te portas bien se lo voy a decir a mamá”...

Hacía ya meses que nada cambiaba en la insostenible situación en la que vivía Rosa. Al principio fueron muchos los amigos, vecinos y parientes que se interesaron por ellos, pero, poco a poco, al ver que no recuperaba el sentido, dejaron de pararla por la calle para preguntarle si había algún progreso o mejoría; si necesitaba que la ayudaran con las pequeñas... Más tarde, notaba claramente que la esquivaban y, algunas personas, incluso cambiaban de acera para no encontrarse con ella en la calle, en la farmacia o en el mercado. Ya no sonaba el teléfono para

preguntar, y las mismás vecinas del bloque de viviendas humildes donde vivían, procuraban meterse corriendo en el portal para evitar subir o bajar con ella y tener que preguntarle lo mismo de siempre y oír sólo tristezas...

A toda esta situación había que añadir la falta de dinero que empezaba a ser agobiante en la casa ya que a los gastos del enfermo, sufragados sólo en parte por la Seguridad Social, había que añadir el coste mensual que significaba el colegio de las pequeñas, el vestirlas, el darles de comer e, incluso, el elevado gasto de electricidad del aparato que mantenía con vida al enfermo. Todo ello agravado por el hecho de que a Daniel la empresa le había mandado al paro al mes de estar en coma y de que Rosa, por falta de tiempo, había tenido que dejar la oficina donde trabajaba por horas pasando a limpio complicados documentos.

Uno de los últimos recursos para obtener algo de dinero fue vender los dos caballos de Daniel —su gran pasión— y la pequeña finca de Algete donde los tenía, por lo que le dieron muy poco dinero, ya que no era el momento más apropiado para vender tal como estaba la situación en todo el país, con casi de cinco millones de parados y el hambre llamando a la puerta de muchas familias. Por eso, no era extraño que Rosa fuera a rogarle al milagroso Cristo que la ayudara ya que, dentro de un par de meses, su situación podría ser angustiosa...

El suplemento semanal de Sociedad del periódico donde trabajaba Daniel tenía mucho éxito, colaborando en gran parte al aumento de ventas del diario, pero, a pesar de todo, terminaron comunicándole que enviaban su caso al departamento de recursos humanos para posteriormente, alegando la difícil situación de la editorial, mandarlo definitivamente a su casa, con un finiquito ridículo. Rosa pensó entonces en llamar a Fabián, el primo hermano de su marido, que era uno de los principales accionistas de la editorial y que tantas cosas prometió cuando ocurrió el accidente, pero no se atrevió pese a que, de vez en cuando, él llamaba a Rosa y le insistía en que tenía que ir a verla para estudiar la manera de ayudarla ya que en la editorial no podía hacer nada debido al alto número de despidos que se habían producido. Alguna vez Rosa, aunque molesta por la insistencia de Fabián, dudaba en aceptar para no obstaculizar la posibilidad de que pudiera proponerle alguna solución, pero algo le decía en su interior que no era de fiar. Ante la duda y, sin saber qué hacer, terminó llamando a Ángel

—el primo de su marido— para que fuera a su casa y contárselo todo.

—Rosa, no hagas caso de lo que te diga Fabian.¡Olvídalo! ... —Ángel se quedó callado y, tras vacilar un instante, añadió:

—Probablemente, Fabián ha tenido algo que ver en que pusieran a tu marido en la calle... Para que tu situación fuera más desesperada... Es un hombre que me da miedo, le conozco: es ruin, malvado, mentiroso, violento y nada que venga de él puede ser bueno.

—¡Para! ¡Para! ¿Estás diciendo que él, Fabián, ha echado a la calle a Daniel?

—Son cosas que pienso. No me hagas caso... Quizás no tenga razón.

—No, no. Explícame eso. ¿Por qué? ¿Para qué quiere que me encuentre desesperada? ¿Por qué quiere hacerme daño?

—No hagas caso Rosa, de verdad, no te tenía que haber dicho nada. Son esos fantasmás míos que siempre temen lo peor y ven peligros donde no los hay... Pero lo que si te digo es que yo estoy aquí para ayudaros a Daniel, a ti y a las niñas, a las que te prometo que no les va a faltar de nada...

—Necesito tantas cosas Ángel, que no sé lo que va a ser de esta familia y de estas niñas que conviven bajo el mismo techo con ese cuerpo que es como un vegetal... ¿Tú crees de verdad que volverá a la vida?

—Que sí, mujer, ya lo verás, cualquier día abre los ojos, te mira a ti, mira a las niñas y te pide el desayuno...

—¿Tú crees? ¿Tú crees que me escucha cuando le hablo y que se da cuenta de lo que pasa a su lado?

—Claro que sí, Rosa. Estoy seguro de que cuando le das la mano él lo siente, incluso que le hacen cosquillas los cacharros de tus hijas en su pecho y que está a punto de reírse con sus comentarios —Rosa le agradeció las palabras de ánimo con una mirada llena de esperanza, mientras Ángel le decía a su primo zarandeándole un brazo:

—Daniel, ya es hora de que vuelvas, macho, que Rosa se va a cansar de esperarte y está de muy buen ver...

Cuando salía, dejó un sobre en la mesa de la entrada:

—Este dinero es del periódico —le dijo— de unas colaboraciones que le debían.

A Rosa no le dio tiempo a protestar —sabía que no era verdad—, ya que Ángel cerró rápidamente la puerta.

A pesar de todas las penurias que estaba pasando, Rosa tenía buen aspecto, quizás hasta le sentaba bien el estar más delgada. De mediana estatura, pelirroja, de piel casi blanca, con muchas pecas que se apreciaban muy bien cuando dejaba al descubierto el inicio de su pecho, tenía los labios gruesos y daba la sensación de ser una mujer sana, un poco rural, un poco gruesa, pero rebosante de salud. Aquella tarde —unos dias despues de la visita de Angel—, acababa de llegar del Cristo de Medinaceli y se había puesto encima un ligera bata de andar por casa, se había recogido la melena pelirroja en un cómodo moño y, tras darle la cena a las niñas y acostarlas, se había sentado al lado de Daniel para guardar los recortes de periódicos que le archivaba a su marido para que cuando despertara pudiera leer un resumen de las noticias publicadas durante su "ausencia". Rosa sonrió levemente porque tenía sobre la falda un montón de noticias que hablaban del paro, de la tragedia de millones de familias, pero también había otras insólitas y pintorescas, como la que hablaba de una pareja de Marbella que, por unos euros, enseñaba a incautos turistas un piso donde aseguraban que fue hallado muerto Hans-Erik Wennerström, el industrial y empresario sueco producto de la imaginación del escritor Stieg Larsson.

De pronto, cuando acababa de leerle a su marido el último recorte, con el convenciento íntimo de que la estaba escuchando, llamaron a la puerta con cierta insistencia. "¿Quien sería?", pensó Rosa que no estaba acostumbrada a recibir visitas a esa hora. No obstante, acudió rápidamente —quizás lo debería de haber pensado un poco más— y se encontró frente a frente con Fabián que, muy efusivo, le dio dos besos mientras le dijo: "Te prometí que vendría en cuanto pudiera". Rosa, confusa, no sabía si dejarle entrar o no pero, en realidad, no le dio tiempo porque él se colocó en medio del pequeño vestíbulo y preguntó con una sonrisa:

—¿Están las niñas?

Rosa cogiendo con la mano los dos bordes de la bata que se le abría contestó señalando con un gesto de la barbilla una de las habitaciones:

—Están dormidas.

Fabián bajo la voz para no despertar a las pequeñas y añadió mientras caminaba al lado de Rosa por el pasillo:

—Entonces, estás tú sola con él. ¿No te da miedo?

A Rosa no le gustó la "broma" ni tampoco le gustó que por el

pasillo, camino de la habitación, la cogiera por la cintura. Cuando llegaron al cuarto se quedaron los dos parados al lado de la cama, quietos, en silencio, mirándolo. Sólo Rosa movió una mano a un lado y a otro de la cara de Daniel para espantar una mosca que corría por su cara bien rasurada ya que le afeitaba todas las mañanas después de llevar las niñas al colegio.

—Tienes mucho valor, Rosa. Eres una mujer única. He venido para decirte personalmente que no he podido hacer nada en el asunto del periódico. Me refiero a que no he podido evitar que tu marido perdiera el trabajo... Pero las circunstancias...

—Ya me lo figuro —contestó Rosa, que estaba violenta al verse allí sola en la habitación de su marido con este hombre al que solo había visto un par de veces—. ¿Quieres que te traiga algo, una cerveza o un refresco? —acertó a decir mientras intentó ir a la cocina con la intención de apartarse de Fabián que la seguía teniendo cogida por la cintura mientras hablaban.

—No, de verdad, estoy bien así, acabo de tomarme un café... —le dijo apartándose un poco de ella y mirándola a los ojos con un tono más íntimo—. Te admiro, sé lo que estas pasando y quiero ayudarte.

—Lo sé. Lo sé, pero estoy buscando un trabajo y saldré adelante aunque tenga que robar cobre... —bromeó—. Además, las vecinas me ayudan mucho con las pequeñas, son muy cariñosas.

—Es que yo podía ayudarte mucho más si tú me dejaras —Rosa notó que a la vez que hablaba presionaba más su cintura e, incluso, le pareció que bajaba su mano unos centímetros por su espalda.

—Te lo agradezco, de verdad, pero estoy dispuesta a sacar adelante a mis hijas y a mi marido yo sola.

—Yo te podría ayudar... —insistía Fabián, haciéndose ya evidente la agitación de su voz provocada por la cercanía del cuerpo de Rosa que, asustada, intentó apartarlo poniéndole las dos manos en el pecho y empujándolo con todas sus fuerzas mientras él, con un rápido movimiento de su mano derecha, tapó con la sábana la cara de Daniel. Fabián intentó besarla mientras recorría su cuerpo a través de la liviana bata. Rosa se defendía como una fiera y cuando él intentó que se arrodillase, le mordió la mano con la que le tapaba la boca provocando que Fabián, enfurecido, le diera un brutal puñetazo en la cara... Rosa no se rindió, cogió una pequeña botella de oxígeno que estaba al lado de la cama de su marido y levantándola con una fuerza inaudita, la estampó

en las costillas de Fabián que se curvó hacia atrás llevándose las dos manos a la espalda mientras lanzaba un gemido de dolor. Luego, al oír ruido en el pasillo, se dirigió a la puerta arrollando casi a las pequeñas que salían con sus muñecas de la habitación.

—¡Mami! ¡Mami! ¿Quién era ese hombre malo?...

—Nada, hijas, nada... Es un primo de papá que ha venido a verlo —contestó Rosa, jadeante por la lucha, despeinada, abrazando a sus hijas.

—Pero. ¿Por qué se iba tan corriendo? Me ha tirado la muñeca que llevaba en la mano y me ha empujado —dijo Cristina, la más pequeña, mientras la mayor permanecía callada.

20

—No me digáis que no es “chic”. Es que me enamora. Yo soy una fan del estilo “preppy”. Ines, porfa, no me digas...

—Si no te digo ni te dejo de decir, guapa. Es que, vamos a ver, estamos hablando de buscar, encontrar, hallar un traje para una boda y tú vienes y me sales con el estilo “preppy”... Laura, porfa, ¿le quieres hacer la competencia a Carlotita Casiraghi en la boda de su tío, sí o sí? Pues déjate de “preppy”, de estilo provenzal y de las tendencias “grunge” que tenemos poco tiempo...

—Pero, no me digas que no te enamora este vestidito de gasa con su estampado de flores y esas sandalias ideales. Es que me vuelve loca el “romantic-chic”.

—Laura, “porfa”... Hemos venido a buscar algo que ponernos para dar el golpe en la boda del principito, ya habrá ocasión de hablar de “Street-style” al que eres tan aficionada. Porfa, Laura, que no tenemos toda la tarde, recuerda que hemos quedado con Ricky para que nos de unas clases de gin-tonic.

—¡Eso si que no me lo pierdo! Están súper de moda otra vez los gintonics esta temporada.

—Laura, de verdad, eres una “fashion victim”. Que se bebe tal, pues yo bebo tal; que ahora está de moda la ginebra y las tónicas, pues yo bebo tónica con ginebra... Estás demásiado pendiente de la moda.

—Pues, no ves que no tiene nada que hacer —intervino por primera vez Nely.

—¿Y tú qué? Que no vives más que para lucir las últimás creaciones de lencería ante el primero que tengas ocasión de desnudarte...

—Nada más que estáis pendientes de los temás del momento en las redes sociales... Qué ginebra y qué tónica combinan mejor, cuál es la lencería más sexy... Sois frívolas e insoportables —dijo Nely, que parecía ser la única interesada en buscar el vestido para la boda de

Mónaco, ya que intentaba reconquistar a su marido, un afamado tenista que se había afincado allí para evadir impuestos—. Laura, de verdad, es que estás un poco “down”, no te enteras de nada, ha vuelto el maximalismo y si quieres impresionar en Mónaco tendrá que ser por los complementos.

—Una cosa tengo clara, de las últimás bodas que visteis en el *¡Hola!:* ¿cuál os pareció la más elegante? —preguntó Laura.

—A mí, la de Victoria de Suecia —contestó Inés.

—Pues, uno de los modelos que apareció en esa boda es el que estoy buscando. Algo parecido... La boda es a las cinco de la tarde... Me pondré una gran pamela... Me encantan las pamelas y los tocados, son de lo más chic...

—Menos el de Beatriz, la hija del príncipe Andrés y Sarah Ferguson en la boda del príncipe Guillermo... ¡Qué horror! ¡Qué espanto!

—Es que aquello fue esperpéntico. La boda en general estuvo genial, pero se vio cada modelito.

—¿Tu estuviste, Inés? —le preguntó irónica Nely—. Porque no te vi en las fotos...

—Ya sabes que no hubo ningún español invitado, aparte de la reina y los Príncipes de Asturias.

—Negativo: hubo también un empresario español amigo de los Príncipes de Gales...

—Aquello sí que fue una boda con mayúsculas —dijo Nely—. La familia real inglesa en pleno, con su protocolo, su elegancia... Es un ejemplo a seguir por todo el mundo. Es el modelo, los que marcan la pauta...

—¡Me lo quedo! ¡Me lo quedo! Es ideal. Es lo que estaba buscando ¡porfa!, ¡porfa! —Laura se acercó a uno de los maniquies que lucía un precioso traje que tocó repetidas veces para notar entre sus dedos la suavidad del tejido.

—¿Te has fijado en lo que vale? —le preguntó Nely.

—No, pero qué más da, es una ocasión única. Nunca más voy a ir invitada a la boda de un príncipe; a la boda de un soberano de Mónaco, a la boda de Su Alteza Serenísima el príncipe de Mónaco... Y de la señorita Charlene Lynette Wittstock que se convertirá también en Altesa Serenísima, marquesa de Baux, duquesa de Valentinois, condesa de Carlades... Y ciento once veces dama... Qué más da lo que valga. Lo importante es que me guste y que me esté ideal.

—Es que vale 12.000 euros —insistió Nely.

—Me creí que era mucho más. Eso no es nada para la ocasión ¿Quieres fastidiarme por mil euros arriba o abajo ahora que he encontrado lo que me gusta tras estar tres días buscando por la Milla de Oro y en todos los modistas del país...? De verdad, Nely, perdona que te diga, pero eres odiosa.

—Esta tira de tarjeta —continuó diciendo Nely— y alguien pagará... ¿Será papito Odón que le da todos los caprichitos a la niña de sus ojos?

—Pues, anda que tú —dijo Inés—, que te has gastado más de 6.000 euros en complementos sólo en cincuenta metros de la calle Serrano.

—Bueno, han sido en tres tiendas diferentes. Todavía tengo tiempo para gastarme el doble de aquí a la esquina.

—Muy bien, Nely, y que pague el tenista con el dinero de los impuestos que evade. Sois insoportables, sólo pensáis en modelitos y complementos. Sois dos auténticas impresentables.

—Pero, no somos tan hipócritas como tú —insistió Nely—, que estás presumiendo continuamente de tu estancia en Oxford cuando sólo aprendiste a montar en bicicleta y luego te pasas el día arriba y abajo por Ortega y Gasset con tu Jaguar descapotable, que es el coche más multado de Madrid.

—Pues, mira rica: soy licenciada en no sé cuántas cosas y, encima, el coche es mío y no uso, como tú, el coche oficial de tu padre, que pagamos todos los españoles, hasta para ir al proctólogo.

—Qué ordinaria eres, Nely, a veces pareces una auténtica "poligonera".

—Chicas, porfa, ayudarme a escoger el color —comentó Laura impaciente porque no le hacían caso—. Me encanta este vestido. Es ideal, ideal... Creo que me va mejor el fucsia... Por favor, señorita, me querría probar este modelo pero en fucsia ¿Tendrán mi talla? Es la treinta y seis...

—Un momento. Creo que sí... —le dijo la dependienta, que desapareció en el interior de la tienda comentándole a sus compañeras: "Araceli, sal tú, por favor, que hay tres pijas ahí que están dispuestas a darnos el coñazo... Es que no las aguanto, de verdad".

—Dejadme a mí —dijo otra de las chicas—. Yo las atiendo, a mí me divierten.

— ¿Eres tú la que quiere el traje fucsia de la treinta y seis? —

preguntó la nueva dependienta que salió con el traje en la mano.
—Sí, por favor —dijo Laura—. Estoy deseando ponérmelo ¿Dónde está el probador, por favor?
La dependienta se quedó parada un momento, puso cara de sorpresa y exclamó mirándola fijamente, sin soltar el traje:
—Tú eres Laura, la del blog de estilismo y moda y todo eso...
—Pues sí, soy Laura. ¿Me da usted el vestido, por favor?
—Yo te sigo mucho y le hablo a mis clientas de tus consejos... ¡Mira qué casualidad...!
—Tengo un poco de prisa. ¿Le importaría darme el traje para que me lo pruebe? —le dijo Laura algo impaciente aunque complacida porque era la primera vez que la habían identificado con su blog desde que hacía solo unos días se había dado de alta en Wordpress para entrar en el mundo de la blogosfera.
—Vaya buscando dos tallas más grandes —le dijo Nely a la dependienta cuando entraban las tres en el pequeño probador, mientras Laura corría la cortina e Inés comentaba en voz baja:
—Qué manía tienen estas dependientas de tutearte como si te conocieran de toda la vida... Es que es de lo más violento...
La única hija de la viscontessa —con Odón no había tenido hijos— era alta, rubia, de ojos marrones y siempre lucía una piel ligeramente tostada que ella cuidaba de forma artificial haciendo resaltar una dentadura muy blanca, corregida pieza a pieza desde muy pequeña —su madre siempre decía que le había costado su boca una fortuna— enmarcada en un rostro ovalado, agradable, que ganaba mucho cuando sonreía. Sólo tenía un defecto: el cuello demásiado largo.
—Te está perfectamente, Laura. Increíble, increíble... ¿Te llamás Laura, no? Es que tienes un tipo, hija, que todo te tiene que sentar bien a la fuerza... Aunque, para que te esté perfecto quizás tengamos que ensancharlo un poco de aquí, del talle...
—Es que no tiene casi cintura. Ya le he dicho yo que tenía que traer dos tallas más... —dijo Nely, que se ganó una mirada asesina de Laura mientras ésta encogía la tripa para que la dependienta pudiera abrochar una presilla.
—Todavía queda una semana para la boda, podrías adelgazar un poco más... —dijo Inés, queriendo arreglar la crítica demásiado cruda de Nely, que volvió a la carga:
—Si la cuestión es que no se trata de adelgazar, es que ella es así de

constitución, tiene poca cintura y no se le notan casi las caderas. La verdad es que estás un poco “curvy”, vamos, en castellano, un poco gordita, y eso que no tienes casi pecho...

—Unas no tenemos cintura ni pecho y otras parecen una profesional del porno...

—Pues, hija —contestó Inés, que se sintió aludida—, ya que tenemos que cargar con ellas, prefiero que se me noten a que me pase como a ti, que son dos botoncitos marrones ridículos...

—Por favor, chicas, por favor —intervino Nely—, hemos venido a comprar unos vestidos. Laura ya parece haberlo encontrado, pero yo lo voy a tener que dejar para otro día ...

—Esperad, chicas —dijo Laura—. No me dejéis así. Esperarme un poco y nos tomamos unos “noodles” antes de ir a Pilates.

—Yo ya me he pasado al “kickboxing”.

—Pues yo, ni una cosa ni otra, me voy al nuevo hotel que tiene “Sprunch”, te relajas en el “spa” y luego te dan una comida ligerita...

Laura dudaba que sus amigas Inés y Nely hubieran sido invitadas a la boda de Mónaco ya que no encontraba ningún vínculo o amistad que las relacionase con el principado. Ella, sin embargo, iba acompañando a su madre, la viscontessa, que estaba relacionada con la familia italiana de los Mónaco. A Laura, al principio, no le había ilusionado la invitación, pero aceptó por acompañar a su madre que últimamente se encontraba demásiado sola. La aristócrata era una enamorada de la Costa Azul y de Mónaco en particular, ya que había pasado muchos veranos en Ventemiglia, la ciudad italiana próxima a la frontera, y prácticamente todos los días y muchas noches iban a Mónaco a cenar o a pasar unas horas en el cosmopolita casino del principado. El padre de Laura fue el primer marido de la noble italiana, que se casó muy joven. En aquellos años la viscontessa conoció lo mejor de la costa siendo la pareja habitual e imprescindible en todas las reuniones y fiestas.

Había otra razón poderosa para acompañarla: a su madre no le podía decir que no a nada tras haberse portado tan genialmente dándole todos los caprichos que le pidió para su boda que tan mal terminó. Además, Laura agradecía que nunca le preguntara por el motivo de tamaño fracaso. Su madre siempre esperó que fuera ella la que terminara contándoselo, hecho que, por el momento, no había sucedido, igual que su hija nunca le había preguntado a ella el motivo por el que había

terminado su matrimonio con Odón, al que tanto quería, desde que entró a formar parte de su vida cuando tenía apenas ocho años y que siempre la había tratado como a su propia hija, sobre todo, después de la muerte de su padre, que ocurrió cuando tenía apenas quince años, dejándola heredera de sus innumerables bienes con una sola condición: Que no podía hacerse cargo de ellos hasta que tuviera treinta años, permaneciendo mientras tanto al cuidado de unos albaceas que nombró. Otro detalle que dejó claramente estipulado, era que no incluía a su esposa en la herencia ya que, por aquel entonces, contaba con numerosos bienes, aunque le asignaría una cantidad mensual importante mientras Laura fuera menor de edad.

Fue a Odón a quien Laura contó sus primeros besos y sus primeros berrinches amorosos, llorando durante días en sus brazos cuando el surfista pecoso, el verano de sus dieciséis años, la abandonó por la morena de cortísimos shorts del chalet de enfrente. Incluso ahora, una vez casada y divorciada, seguía recurriendo a él. Hacía sólo unos días le había consultado en su oficina sobre su intención de tener un blog para escribir sobre moda y estilismo, de consejos de belleza y todo eso que está tan en auge. Odón no solo la escuchó con atención sino que le dijo que iba a hablar con su hermano Fabián que, como accionista de varios medios de comunicación importantes, seguro que encontraría la manera de aconsejarla y de proporcionarla algún "escaparate" para dar a conocer su página, como asi lo hizo, fichando de paso a su amiga Ines en cuanto vio sus formas exuberantes que no le pasaron desapercibidas desde la primera visita que le hicieron las dos amigas para hablar de su blog, que llamaron el blog de "O".

Mónaco es, sin duda, uno de los rincones con más encanto y glamour del mundo, y, aquel día, en especial, estaba espléndido porque se iba a casar el Soberano, Su Alteza Serenísima, con la nadadora sudafricana Charlene Wittistock, por lo que las autoridades locales habían cuidado al máximo todos los detalles para que el principado reluciera, ya que millones de personas del mundo entero iban a estar pendientes hasta del último detalle de la ceremonia, de los príncipes y de los invitados. La ciudad entera vivía ese ambiente festivo único que los monegascos saben dar a sus días históricos y desde primeras horas de la mañana se comenzó a vivir ese bullicio festivo en sus calles y plazas, con sus grandes hoteles llenos de invitados a la boda y un incesante ir y venir

de maquilladoras, peluqueros y algún modisto retrasado que entraba precipitadamente en el hall con el traje en alto o llevando enormes sombrereras de los más diversos colores ya que la boda era a las cinco de la tarde.

El puerto estaba repleto de grandes yates en los que, ya la noche anterior, se había empezado a festejar el acontecimiento de la boda civil, celebrada también a las cinco de la tarde. Las lujosas embarcaciones atracadas unas junto a otras e, incluso abarloadas, estaban apenas separadas por las defensas que rechinaban cuando algún barco agitaba las tranquilas aguas del puerto deportivo, lo que no era impedimento para que los ocupantes —muchos de ellos invitados a la boda y otros simples curiosos— pasasen de un barco a otro más de una botella de champagne y refinados canapés. En el muelle estaban aparcados docenas de coches de lujo, muchos de ellos descapotables —era el mes de julio— de los que descendían los invitados a los barcos que llevaban en su popa las banderas de los más diversos países del mundo. En uno de ellos, destacaba una elegante dama morena, delgada, alta, de movimientos lentos y suaves, que fumaba un cigarrillo en la segunda cubierta de su yate de bandera italiana.

—¡Mamá! —gritó una joven rubia, que tras mirar a un lado y a otro moviendo a izquierda y derecha su cuello, subió precipitadamente a la cubierta superior donde había descubierto a su madre—. ¡Averigua quién está ahí al lado, dos barcos más allá! Ni te lo imaginas...

—A ver... Dijo la dama elegante, aparentado sorpresa. A ver si soy capaz de averiguarlo... Dame alguna pista, Laura.

—O sea... No lo vas a averiguar. Ríndete.

—¿Es el yate de Roberto Cavalli?

—Frío. Frío.

—Quizás sea ese tan feísimo de la princesa Carolina.

—No. No. Estoy que me va a dar algo del subidón. Es que es muy, muy fuerte.

—Veamos... Quizás sea un actor americano de esas películas horribles de vampiros... ¡Espera! ¡Ya lo sé! —dijo cerrando los ojos y extendiendo un brazo en un gesto muy teatral— Ya lo sé. He tenido una visión: se trata de Odón, tu padrasto.

—Eres odiosa con tus trucos y tus engaños.

—No es ningún engaño. Está aquí porque lo he invitado yo para que venga con nosotras a la boda. Me comentó que le haría ilusión.

Laura se acercó a su madre y simuló golpearla con una lluvia de pequeños puñetazos, mientras le decía:

—Eres perversa. ¿Cuándo me lo pensabas decir?

—No lo sé. Quizás esperaba —como ha pasado— que tú misma lo descubrieras.

En ese momento, apareció Odón por la estrecha pasarela que comunicaba el yate con el muelle. Su aparición siempre impresionaba por su corpulencia y sus andares pausados y seguros, por la armonía de su cuerpo musculoso y su semblante sonriente tostado por el sol de la travesía. Había venido desde Barcelona en un barco que le había prestado un amigo —el suyo lo estaban reparando del ataque pirata en sus astilleros de Suecia— y había conseguido atracar muy cerca del yate de su ex mujer.

—Estas maravillosa, más atractiva que hace una semana cuando te vi por última vez. ¿Te puedo besar?

—¿Tú qué crees?

—Pero, si esta aquí también mi pequeña Laura. Eso sí que no me lo esperaba —comentó Odón, cogiéndola por la cintura y dándole dos apretados besos en las mejillas que se le sonrojaron mientras intentaba deshacerse del abrazo de su padrastro, simulando estar enfadada.

—Eres odioso. Estáis los dos de acuerdo para reíros de mí. Sois insoportables —comentó con un gracioso mohín, desapareciendo luego por las escaleras que iban a la zona de camarotes. Odón se acercó a su ex mujer y la notó tensa, cosa poco habitual en ella, que dominaba sus emociones y no movía un solo músculo sin estudiarlo previamente. Algo ocurría que a la elegante dama veneciana alteraba, hasta tal punto, que su habitual diplomacia no había conseguido disimular su nerviosismo al encontrarse frente a frente con su ex marido, del que todavía estaba enamorada. Había sido ella la que había tenido la idea de avisarle para asistir juntos a la boda religiosa del príncipe Alberto, ceremonia a la que no podía faltar para seguir manteniendo su status en la sociedad donde se movía habitualmente, ya que no había estado presente en los últimos acontecimientos sociales importantes. Su separación de Odón —el aristócrata y conocido millonario— era reciente y no se le había dado mucha publicidad por lo que la invitación, que llegó a su palacio, venía a nombre de los dos. La aristócrata, aunque lo pensó varios días, no se atrevió a comunicarse con Mónaco y explicarles que estaba separada e iba a asistir sola, ya

que temió que la pudieran dejar fuera del acontecimiento por tener que modificar las mesas o cualquier otro detalle del protocolo. Esta fue la principal razón por la que aviso a su ex marido, aunque luego pensó que podría ser una ocasión única para intentar que volviera a su lado... la viscontessa estaba pasando una mala época emocional porque consideraba su vida vacía. Sus ocupaciones principales, que durante los últimos años habían sido su éxito social y el culto a su cuerpo, parecía que ahora le satisfacían menos.

La aristócrata veneciana se había casado dos veces, había sido el centro de atención por su posición social, había sido imprescindible en todas las fiestas, desfiles de moda, presentaciones y eventos de Europa, y ahora su estrella no brillaba tanto desde su separación de Odón. Además, notaba que su cuerpo no era el mismo y cada vez le costaba más horas de gimnasio, de salones de belleza y de cuidados aparentar que seguía siendo la misma que hace unos años cuando estaba en pleno apogeo de su belleza.

Por otra parte, su situación económica estaba empezando a preocuparle ya que, en su momento, acordó con su primer marido —cuando era joven y despreocupada— una pension ridícula, y que toda la cuantiosa herencia de las tierras en Brasil fuera directamente a su hija Laura cuando cumpliera treinta años. De su segundo marido, Odón, del que hacía relativamente poco tiempo que se había separado, percibía una cantidad que ahora —de ahí su nerviosismo— no le parecía suficiente y quería plantearle que le doblara su asignación.

¿Y su fortuna personal heredada de sus antepasados? Poco a poco, durante estos últimos años, la había visto disminuir: tres restaurantes lujosos que tenía en el Lido dejaron de tener llenos noche tras noche, varios locales alquilados habían tenido que cerrar y otra de sus principales fuentes de ingresos, su palacio veneciano que alquilaba para eventos internacionales, había visto restringidas drásticamente sus reservas por la crisis, que no permitía a las empresas dilapidar el dinero en fiestas suntuosas cuando estaban teniendo que prescindir de parte de sus empleados o pedirle a los que quedaban que renunciaran a la mitad de sus pagas extraordinarias. La viscontessa ya no era asidua de los grandes desfiles de moda de París o Roma, ni era considerada una clienta habitual.

En los largos armarios de puertas correderas de su palacio, los trajes, perfectamente ordenados, se pasaban de moda sin que fueran

renovados, por eso era imprescindible para ella asistir a la boda de Mónaco. Tenía que aparecer de nuevo en los medios, en las revistas de prestigio, renacer de su letargo, del ostracismo en el que se veía inmersa desde su divorcio de Odón, íntimamente pensaba que estaría dispuesta a hacer lo que fuera por volver junto a él, olvidar todo lo que pasó... Y recuperar su antigua posición social, su puesto. Estar presente en la boda del príncipe Alberto era para ella vital porque así podría hablar de su experiencia con sus amigas de siempre y comenzaría de nuevo a recibir llamadas de las casas interesadas en que, en la próxima fiesta, llevara sus modelos, sus complementos, sus joyas...

Su mayor satisfacción era llamar la atención, sentirse el centro de todo y de todas, haciendo creer que cada foto le molestaba y contestando, cansada y despectivamente a la reportera que le preguntaba de quién era tal o cuál traje o bolso o sandalias, cuando, en realidad, estaba deseando que le preguntara y contestarle porque si no salía luego publicado, la próxima vez no se lo prestaban. Era triste llegar a eso, pero esa era la realidad de la viscontessa, que desde que habían comenzado sus apuros económicos, se había convertido en una maniquí viviente.

La aristócrata ya no era aquella bella y elegante joven que Odón conoció durante un viaje a Italia. Seguía teniendo una figura envidiable, su elegancia ignata, esa suavidad musical al hablar sin que una palabra sonara más alta que otra, pero a última hora de la noche, cuando los vaporetos no surcaban el Gran Canal y los gondoleros se iban a descansar exhaustos de turistas, la “princesa” andaba sola tambaleándose por los salones de su magnífico palacio, arruinado por el tiempo y las aguas, pudiéndose oír como rodaban los tubos vacios de pastillas por los artísticos suelos de las enormes habitaciones peligrosamente inclinadas, anunciando la ruina del viejo caserón que en breve podría terminar desplomándose si no se llevaba a cabo una renovación urgente.

Su única solución, una vez más, era su marido, al que estaba pensando en reconquistar como fuera para volver a tener todo aquello que desde hacía unos meses empezaba a desmoronarse, como su llamativa góndola, que se pudría en un callejón lateral del palacio mientras sus asientos, tapizados con ricas telas ya descoloridas, eran pasto de las feroces ratas. Había dos cosas que su marido y su hija no sabían: una era que para conseguir gasóleo y una tripulación para su

enorme yate había tenido que vender el zafiro que le regaló su abuela cuando cumplió la mayoría de edad; la otra, que había perdido grandes sumás de dinero en el casino de Montecarlo —donde se aficionó a jugar cuando iba con su primer marido— habiéndose convertido en una ludópata.

Aquel sábado de julio, volvió la viscontessa glamourosa que derrochaba elegancia y sonrisas del brazo de Odón. Mónaco estaba engalanado con gallardetes y banderas, hacia un día espléndido y al repicar de las campanas se añadían las sirenas de los barcos que hacían huir confundidas a las aves del palacio de los Grimaldi, con siete siglos de antigüedad, donde estaba a punto de comenzar la boda religiosa de Su Alteza Serenísima. la viscontessa, su marido y Laura ya ocupaban tres de las novecientas sillas preparadas en el patio del palacio-fortaleza donde comenzó a sonar música de Bach y Händel.

La aristócrata llevaba un traje de gasa de seda rojo con una gran pamela blanca que hacia resaltar su cara de rasgos perfectos y sus grandes ojos negros. Laura, por su parte, lucía un traje azul por encima de las rodillas y el pelo recogido en un moño con una diadema floral muy parecida a la que llevaba Carlota, con la diferencia de que esta última lucía un tocado inspirado en el ballet con una diadema también floral y redecilla cubriéndole sólo los ojos. Odón, como el resto de los caballeros, vestía un chaqué de corte perfecto con un chaleco beis y una corbata azul.

Pocos minutos antes del comienzo de la ceremonia llegó Alberto II con uniforme de gala de coronel del Cuerpo de Carabineros del Principado, gesto con el que rompió la tradición, ya que en el protocolo monegasco era la novia la que llegaba antes —en la boda de su padre, el principe Raniero, fue la novia, Grace Kelly, quien llegó primero—. Poco después, hizo su aparición Charlene, con un vestido de Giorgio Armani de larga cola y sietes damás de honor con vestidos inspirados en los trajes tradicionales monegascos.

La viscontessa, que estaba sentada a la izquierda de Odón —al otro lado estaba Laura, muy atenta a la ceremonia—, miraba a su ex marido frecuentemente esperando que él volviera la cabeza, pero estaba demásiado entretenido en observar los vistosos uniformes —era un experto en condecoraciones militares— y no le prestaba ninguna atención a su ex mujer, que cuando lanzaron miles de pétalos de rosas blancas a los novios no pudo contener la emoción al acordarse de su

propia boda y cogió la mano de Odón, que esta vez sí, la miró sorprendido, sin comprender muy bien aquel gesto de su mujer, gesto que sorprendió también a Laura que observaba disimuladamente a la pareja.

La hija de la viscontessa no deseaba que Odón se alejara de su madre porque intuía que su presencia era muy necesaria, no sólo por el cariño que le tenía desde pequeña, sino para poder mantener el tren de vida que llevaban, ya que sospechaba, por comentarios y detalles, que su madre no estaba muy bien económicamente y a ella le faltaban ocho años —tenía veintidós— para poder disfrutar de la millonaria herencia de su padre.

La noche fue completa y la cena de gala ofrecida por el nuevo matrimonio, un espectáculo de buen gusto y glamour. La viscontessa volvió a ser el centro de atención en medio de la realeza —todas las invitadas se habían cambiado para la cena— con un espectacular vestido asimétrico azul noche. La bella italiana llevaba el pelo recogido y lucía el espléndido broche y los pendientes de esmeralda que había heredado de su madre. Hubo cena con productos de la tierra y algunos detalles del país de la novia —como el vino— y unos fantásticos fuegos artificiales, además del baile que inauguraron los novios.

Cuando todo estaba a punto de terminar, mientras bailaba con su ex marido, la viscontessa le sugirió que aceptara una última copa en su barco. Cuando llegaron a bordo —Laura se había ido con Nely, Inés y los millonarios árabes del yate atracado en el mismo pantalán— la tripulación dormía y la italiana corrió las cortinas, bajó la intensidad de la luz; puso un CD de Glen Miller; sirvió dos copas de champagne y, mientras que Odón se sentaba, dispuesto a fumarse un cigarrillo tras dejar la chaqueta en un asiento, su ex mujer dejó caer a lo largo de su cuerpo su elegante vestido quedándose en medio del lujoso camarote sólo con sus altos tacones, la copa en la mano y sus valiosos pendientes, que lanzaban destellos cuando el faro cercano del puerto iluminaba por una décima de segundo su cuerpo desnudo.

21

El Hummer, decorado interiormente por un famoso modista italiano con tejidos carísimos y todo lo imaginable para hacer cómodo un viaje, atravesó la verja de la finca y enfiló el camino bordeado de adelfas que conducía a la casa principal. Un bache, que el chófer no pudo esquivar, provocó gritos y bromás entre las ocho jóvenes ocupantes del vehículo que fueron arrojadas unas contra otras. El camino discurría por un terreno de antiguas dunas por lo que serpenteaba con subidas y bajadas dando pie una y otra vez a la algarabía de las chicas que se dejaban caer sobre las compañeras como si se tratara de una excursión de colegialas aunque, si se fijaba uno más detenidamente, pronto se desechaba la idea ya que llevaban minifaldas, tacones e iban muy pintadas y maquilladas.

La realidad era que se dirigían a una de las legendarias fiestas que organizaba Fabian en su finca, que se sabían cuándo empezaban pero era imposible predecir cuándo y cómo terminarían. En varias ocasiones, a pesar de lo retirado de la casa de cualquier cortijo o urbanización, el estruendo había sido tan grande que se presentó en la casa la guardia civil. Una vez, incluso, tuvieron que acudir los bomberos porque se declaró un incendio que tardaron horas en sofocar teniendo que evacuar a numerosas “invitadas” en ambulancia por el efecto del humo, aunque hubo quien aseguró que se trataba de comás etílicos y problemas de drogas.

La finca, una de las mayores de la zona, empezaba en unos famosos viñedos, tenía enormes pastos para la ganadería y terminaba en una extensa franja de playa. Más allá, el Atlántico infinito durante siglos desconocido, el “nom plus ultra” por el que hace cientos de años nadie se atrevía a navegar por miedo a encontrarse con el fin del mundo... El todoterreno estaba llegando ya al final de su recorrido y atravesaba una tierra ondulada de arena fina antes de llegar al caserón —más de veinte habitaciones— donde se iba a celebrar la fiesta. El dueño, Fabián

Setano y Fernández-Queen, era un popular ganadero conocido en el mundo taurino por sus soberbios toros, un capricho de la genética que había dado como resultado los toros más bravos de las actuales ganaderías, por lo que alcanzaron de inmediato en el mercado una cifras muy elevadas que habían llevado a su dueño a considerar la posibilidad de clonarlos para su posterior venta.

Las fiestas del ganadero eran famosas por lo que las crónicas sociales de diversos medios —periódicos y revistas— se hacían eco de ellas citando a los invitados famosos que podían identificar, entre los que había millonarios, toreros y alguna que otra autoridad con poder de decisión. También incluían en más de una ocasión los comentarios de algún camarero que contaban como corría el champán y toda clase de bebidas, incluido el vino de la tierra. Se consumían muchos kilos de caviar, mariscos de lo más variado —muchos de ellos traídos en avión de Galicia— y excelentes platos elaborados por los mejores restaurantes del país. Se decía que a estas fiestas —dos o tres al año— asistía gente muy importante de la política y la economía, por lo que no faltaban "espías" que intentaban averiguar la lista de invitados preguntando en los hoteles más cercanos y en los aeropuertos, controlando incluso los vuelos de los jet privados para intentar descubrir el nombre de algún personaje importante que sirviera de titular a la mañana siguiente.

Lo cierto era que a pesar de la magnitud de los eventos, la cantidad de gente que participaba y el numeroso servicio que estaba presente para atender a los invitados —a veces las fiestas se prolongaban más de veinticuatro horas—, en el pueblo más cercano sólo sabían las botellas que habían bebido o los kilos de langostinos que se habían encargado a Sanlúcar, pero no trascendía nada de lo que allí ocurría ya que, en un momento determinado de la fiesta, todos los camareros, cocineros y la totalidad del servicio, salían de la casa —e incluso de la finca— quedando sólo tres o cuatro empleados de confianza. Se sabía también que a partir de esa hora estaban prohibidos los móviles para evitar que algún infiltrado pudiera terminar vendiendo sus fotos a algún medio o su video a algún programa canalla de la tele...

Y es que a partir de esa hora estaba permitido todo en "La Bujonera" —que así se llamaba la finca— y eran pocos los testigos que se atrevían a contar lo que habían visto porque se decía que algunos que lo habían hecho pagaron cara su indiscreción. En realidad —

adelantándonos a los hechos que estamos relatando— una de las chicas del Hummer iba a ser noticia en la prensa nacional por aparecer ahorcada en la puerta de una conocida discoteca de Madrid el primer día del año. Hubo entonces algún programa de televisión, e incluso algún periódico, que relacionó la muerte de Rita con una de estas fiestas, argumentando que habló más de la cuenta y que contó quién había asistido y lo que hicieron, pero la policía —que había estado husmeando por allí— no había hecho ninguna detención a pesar de que en el pueblo nadie dudaba de que se trataba de una de las "gogos" que había ido a la fiesta para "divertir" a los invitados, chicas generalmente muy jóvenes —algunas casi niñas—, carne fresca que echaban a los peces gordos hambrientos que luego lo agradecían con alguna información privilegiada o recalificaciones de terrenos que a Fabián le reportaban beneficios millonarios.

Camino de una de estas fiestas iban las jóvenes del Hummer entre las que se encontraban Meli (la joven malagueña que "Fausto"—Fabian, se había traido a Madrid), y Rita, su amiga del pueblo, que por fin se había ido a la capital en buscar fortuna... Nadie se atrevía a comentarlo pero se aseguraba que en las bacanales de la casa del millonario ganadero había drogas, menores y sexo... Siendo uno de los platos fuertes las pobres "invitadas" que luego intentaban callar con sobres llenos de euros y amenazas, asegurándoles que si hablaban lo iban a pasar mal ellas, e incluso, algunos de sus familiares, llegando frecuentemente a mostrarles las fotografías de esos familiares en el móvil. Lo cierto es que era difícil, por no decir imposible, llegar a saber qué era lo que ocurría durante horas en aquellas orgías de drogas y mentiras.

Cuando llegó el Hummer a los jardines que rodeaban la casa, salió a recibir a las invitadas un antiguo conocido, Patricio, que las besó una a una repitiéndoles que estaban fantásticas "de la muerte".

—Estáis divinas, en serio, por favor. ¡Qué modelo más ideal! Y tú, Meli, te sienta divinamente ese traje, es perfecto para una noche perfecta, para una fiesta espectacular como esta. Y tú, pelirroja, ¿cómo te llamás que no te conozco?

—Rita —dijo llevándose ambas mano a la altura de la vejiga— ¿Por cierto, dónde está el servicio?

A Patricio la pregunta le pareció prosaica, pero enseguida reaccionó

y le contestó:

—Por aquí, Rita, guapa. Yo también estoy contento de conocerte... Si quieres vamos juntas ¡Ja, ja! —bromeó Patricio mientras cogía del brazo a Carla, una mujer elegante, alta, todavía joven pero prematuramente avejentada, con grandes ojeras que no conseguía disimular el maquillaje. Algunas de las chicas se la quedaron mirando porque les recordaba a una popular presentadora de televisión que había desaparecido hace tiempo de la pantalla, pero ninguna se atrevió a preguntarle nada.

—Esta es Carla, una institución en estas fiestas y muy amiga del anfitrión. Ella os va a presentar a algunos de los invitados y va a ser vuestra "guia", hacedle caso en todo lo que os diga...

—Bueno, chicas, estáis de dulce —empezó diciéndoles Carla—. Os van a comer y luego se van a chupar los dedos. Por aquí hay muchos golosos pero no tenéis que dejar que nadie meta el dedo en el merengue sin sacar provecho... Sabéis para qué estáis aquí: a vosotras os interesa conocer a gente que os ayude en vuestras carreras —sean la que sean— y estos señores tienen ganas de divertirse sin tener problemas. Este es el trato. Por nuestra parte ya hemos cumplido la mitad al haber conseguido que estéis aquí, el resto ya es un trabajo personal...

Las chicas se dividieron en dos grupos, del primero se encargó Patricio, que las fue presentando a los invitados, y el otro, donde estaban Meli y Rita, corrió a cargo de Carla, que continuó dándoles consejos.

—Creo que debo deciros, porque yo pasé por esto hace años, que os van a proponer cosas y que debéis de decir que no a las menos posibles, aunque al principio pongáis cara de espanto y os hagáis las estrechas, porque si no, seréis eliminadas... Claro está que se trata de una cosa muy personal donde entran en juego los principios de cada una, la moral, lo que le dicte su religión, si la tiene, y las ganas de conseguir lo que se desea, que siempre lleva consigo, en estos casos, dar algo a cambio... El problema está en cuánto se quiere dar... Una cosa está clara: ellos y ellas lo que quieren son vuestros cuerpos, no os engañéis, por eso habéis venido... Sois vosotras las que tenéis que saber manejarlo para conseguir vuestros propósitos. Una vez más, la mujer objeto, pues sí, pero, en estos momentos, es vuestra única arma así que si no estáis de acuerdo es mejor dejarlo ahora. Meli agarró con fuerza el brazo de Rita, la miró y estuvo a punto de decirle que no podía

seguir adelante... Luego, pensó que Carla era una exagerada y se vio en el plató lleno de luces rodando su primer papel y pensó que su sueño no parecía estar tan lejos y que bien merecía un pequeño "sacrificio".

—Meli. ¿Es ese tu nombre, no?

—Sí.

—¿Vienes?

—Sí.

—Yo también voy —dijeron Rita y otra de las chicas antes de que le preguntaran.

Carla las presentó a un grupo de jóvenes que estaban cerca y algunas de las chicas se interesaron por el trabajo de Meli cuando les dijo que estaba rodando una serie para la televisión. Las "invitadas" del Hummer no eran las únicas jóvenes que había en la fiesta. Meli y Rita vieron a otros grupos, en las que había algunas extranjeras, que eran presentadas aquí y allá en corros donde abundaban hombres maduros. Terminada la cena, que consistió en un espléndido bufet donde las "invitadas" vieron manjares y platos que nunca habían probado, comenzaron las copas servidas por impecables camareros que, al dar las doce, como en el cuento de Cenicienta, desaparecieron.

—Si queréis beber algo más os lo tenéis que servir vosotras mismas. Allí, en aquella barra, hay toda clase de bebidas y hielo —les dijo Carla.

—¿Por qué se han ido los camareros? —preguntó Meli extrañada.

—Al dueño de la casa le gusta que sus fiestas sean íntimas, sin testigos, para que cada uno haga lo que le parezca sin sentirse observado...

—¿Qué tal os va, chicas? —dijo Patricio cogiendo del brazo a Meli y apartándola de Rita, de Carla y de las demás, que hablaban con dos señores con bigotes parecidos a los de Hitler.

—Bien, pero estoy asustada. Empiezo a tener miedo. Asegúrame, Patricio, que no me va a pasar como aquella otra vez... Tú sabes que me dieron algo y que todavía no sé lo que hice durante dos horas de mi vida... Es acojonante.

Patricio le puso el dedo en los labios para que no dijera tacos:

—Recuerda tus modales de señorita...

—Ni señorita ni leches, estoy harta de fingir y pensar cada palabra que digo a estos cursis. Aquí, por lo visto, todo el mundo le da a la nariz y yo no puedo ni siquiera tomar una copa.

—Cálmate. Yo te traigo una copa. Pero ten cuidado no te vayas a emborrachar, hay que tener los ojos bien abiertos.

—Todos hemos cogido un pedo alguna vez...

—Por favor, Meli, rica, que lo vas a estropear todo...

—¿Y dónde está “Fausto”? —Meli seguía ignorando que “Fausto” era en realidad Fabián—.¿No me dijiste que iba a venir?

—Pues no habrá venido... O quizás está en el barco.

—¿Qué barco?

—¿Pero no te ha dicho Carla que los peces gordos están en un barco y que os van a llevar luego a bordo?

—A mí nadie me ha dicho nada de un barco... ¡Ah, no! A mí con truquitos, papelinas y toda esta gente que lo que buscan es una vaina, no.

Patricio la agarró más fuerte del brazo y le dijo enérgico, en voz baja:

—Vas a echarlo todo a perder, mema. Todo por lo que llevas meses luchando. Yo estoy aquí contigo y no te vas a asustar a hora por un porro más o menos. No seas estúpida, queda bien con “Fausto”, si lo ves, y haz todo lo que te pidan... Va a ser sólo lo de siempre: toma, dos preservativos...

—No. Si ya llevo yo, lo malo es que no es fácil que quieran usarlo...

—Es tu oportunidad. Es tu papel —insistió Patricio sin soltarla—. Tú haz lo que te digan y dentro de unos meses serás una estrella. Piensa en una alfombra roja, alargada... Y que las manos que te tocan son las de los admiradores que quieren un mechón de tu pelo y las luces del barco, fogonazos de los flashes...

—No me metas más rollos porque hay cosas que no voy a hacer. Antes me tiro por la borda...

—No te preocupes, que yo estoy a tu lado e iré corriendo si me necesitas...

Meli sonrió, con una sonrisa amarga, triste, no sabía lo que iba a hacer y le contestó con una broma, consciente de que la estaba empujando aún sabiendo que era un ángel muy joven todavía para volar:

—Me temo que no llegarás a tiempo porque corres menos que el caballo del malo.

Patricio la besó en la mejilla, le preguntó lo que quería para beber y empujándola por el trasero, la incorporó de nuevo al grupo. Cuando

volvía con la bebida, mientas se acercaba, vio a Meli junto a un grupo de “señoritos”, ya metida en su papel, aunque no pudo dejar de hacer un gesto con la boca como el que se hace al recibir un pisotón, cuando la oyó decir:

—Ahora lo que estoy estudiando es “adicción”...

El sol se hundió lentamente en el océano dejando un resplandor rojizo como si se hubiera sumergido para iluminar las profundidades marinas de noches perennes habitadas por bellos peces fluorescentes, mundos multicolores y fascinantes que algunas gogós, de apenas quince años, experimentaban por primera vez atraídas por cantos de sirenas, cuyas largas melenas rubias ocultaban sus caras de calaveras, bellas piratas muertas atrapadas en sus galeones llenos de baúles de drogas que habían confundido con tesoros.

Continuaba la noche loca llena de alcohol, pastillas y fuegos artificiales, cuando unas cuantas jóvenes tendidas en el césped, cerca de la piscina, que veían estrellas de colores —“¿Las ves, tú?”, se preguntaban unas a otras alucinando, “es tope guay”—, escucharon un ruido que podría ser el de un cuerpo al estrellarse contra el suelo, seguido de unos gritos de horror. Las tres chicas se incorporaron como pudieron y vieron el cuerpo de una compañera en bikini retorcido en el borde mismo de la piscina, como una muñeca inflable que se hubiera deshinchado, mientas un hilo de sangre que le salía de la nariz hacía extraños dibujos en el agua transparente iluminada por los focos sumergidos.

Las compañeras de “aventura” de la víctima gritaban en el tercer piso de la casa, desde donde se había tirado la amiga, mientras ayudaban a bajarse a otra de las chicas que ya estaba subida en la barandilla de la terraza para tirarse también a la piscina. ¡Llamad a una ambulancia! ¡Se ha estrellado contra el suelo una de las chicas que hacían “balconing”!

—¡No ha pasado nada! ¡Ha sido un accidente sin importancia! —gritaba por el micrófono el animador— Se pondrá bien... Y ahora, sigamos con la fiesta, que no ha hecho más que empezar ¡Celebramos hoy la fiesta del bikini...! En estos días, hace nada menos que sesenta y cuatro años, en 1946, lució por primera vez esta prenda una bailarina de París que comentó que el invento iba a ser más explosivo que la bomba que por aquellos días había hecho explosión en el atolón Bikini, en las islas Marshall... Y con ese nombre se quedó el famoso bañador.

De modo que, ¡todo el mundo al agua! Sobre aquellas mesas tienen un montón de bikinis de las mejores marcas que existen en el mercado y de todas las tallas. ¡Ahí tienen más piscinas, y a solo cincuenta metros está el mar...!

En ese instante, se iluminó la playa con grandes focos, para que el que quisiera se pudiera bañar, ahuyentando a dos magníficos toros de la ganadería de Fabián, que se habían acercado a la orilla para refrescarse.

—Luego —continuó— vendrá el "Chunda—Chunda" un original concurso que os podrá hacer millonarios... Y millonarias... ¡Esperad! ¡Todavía hay más! Las chicas y los chicos valientes que quieran podrán volar hasta el yate del jefe, anclado a una milla escasa...un ave gigantesca con alas de plata vendrá por vosotros y os llevará hasta ese paraíso donde todo está permitido...

La mayoría de las luces que iluminaban el jardín y los focos de la playa amortiguaron su intensidad y se encendieron los proyectores de una pista de baile que había permanecida oculta hasta entonces, donde jovencísimás bailarinas con escuetos bikinis danzaban frenéticamente mientras, al fondo, en unas pantallas gigantes, aparecían proyectadas imágenes de míticas actrices como Esther Williams, Marilyn Monroe, Ursula Andress o Brigitte Bardot luciendo la revolucionaria prenda que causó estragos durante generaciones. Pronto, la pista de baile fue un hervidero de jóvenes y no tan jóvenes que animados por el alcohol y pastillas de todas clases querían participar en el "Chunda-Chunda". El presentador matizó que el nombre lo habían cogido de las fiestas de un pueblo de los alrededores y que todos los concursos y diversiones eran invento de los organizadores... ¡Es la noche de la libertad...! —gritaba — ¡No hay reglas! ¡Nada está prohibido! ¡Hazlo bien y no mires con quien! Cuando apaguemos la luz pueden cambiar de pareja. Pueden bailar ellas con ellos, ellos con ellas, ellas con ellas y ellos con ellos... Aquí todo está permitido y nadie se va a enterar... Además, está permitido tocar y que te toquen. El que no esté de acuerdo, que se vaya... ¿No se va nadie?... Pues, luego no se puede protestar... ¿Preparados? A la de tres apagamos las luces. ¡Fuera focos! Recuerden, a los cinco minutos volvemos a encender y todo se iluminara de nuevo... No queremos que lo focos "sorprendan" a nadie, contaremos muy despacio para que os de tiempo a encontrar a vuestra pareja: uno, dos, tres... ¡ Luces¡

Una explosión que "emulaba" la ocurrida en Bikini provocó un

ruido ensordecedor seguida de una cascada de fuegos artificiales que iluminó los rostros de los divertidos ocupantes de la pista que habían seguido el juego apareciendo sorprendentes parejas de señores bailando con jóvenes de escuetas faldas... De damás con apuestos "gigolos" y más de una pareja del mismo sexo...

El juego se repitió unas cuantas veces más, entre risas y pequeños gritos de sorpresa motivados por alguna mano "misteriosa" que se había excedido en sus libertades.

—Quiero pensar que todas las damás que han traído joyas seguirán conservándolas después de los apagones —muchas mujeres llevaron la mano a sus collares, pendientes y pulseras al oír al animador que, después de una breve pausa tras la "broma", siguió diciendo:

—Aquí hay mucha gente elegante, mucha gente con gusto, con dinero y, por eso, hemos pensado en proponerles otro juego a la altura de la categoría de las invitadas a esta fiesta. Presten atención porque merece la pena: a la primera persona que consiga poner a una de estas seis bellas señoritas una joya que luzca y tenga las características que ahora diremos, le regalaremos... Sí, le regalaremos, han oído bien... otra joya cuyo valor iguale a la joya ganadora. Creo que lo he explicado bien, vamos a decir en unos segundos la característica principal de una joya, si alguna de las damás presentes tiene puesta en ese momento una joya que coincida con la piedra preciosa que digamos, tendrá que salir corriendo y ponerle su joya —pulsera, pendiente o collar— a una de las jóvenes aquí presentes. La primera que lo consiga, habrá ganado y la obsequiaremos en los próximos días con una joya de parecidas características e igual valor. Ahí va la palabra clave. Preparadas. Listas. Ya... ¡Esmeralda!

Tres jóvenes y dos mujeres maduras —una de las cuales tropezó en la escalera y quedó fuera de combate— corrieron intentando poner a las azafatas sus joyas. Los collares eran más difíciles, así como los pendientes, por lo que ganó una de las jóvenes que logró colocar su brazalete sin dificultad a la chica más delgada, mientras un grupo de invitadas comentaban el ridículo que habían hecho las que habían salido corriendo, como si hubieran estado apostadas a las puertas de las rebajas de una gran superficie.

—Qué poca clase, por Dios. Es para que se les caiga la cara de vergüenza —decían unas, mientras otra, más sincera, comentaba:

—Pues, yo no he salido corriendo porque estaba convencida que

había traído los pendientes de rubíes.

Sin tener en cuenta estas escasas deserciones, el animador, a quien Patricio miraba embelesado porque no era otro que Riki, su novio —se iban a casar dentro de muy poco en una ceremonia gay que prometía ser sonada—, dijo a los jóvenes que tuvieran paciencia, que antes tenía que “cumplir” con los caballeros.

—¡Atención señores! ¡Va por ustedes! ¿Preparados? El primero de ustedes que deposite en esta bandeja de plata el objeto que vamos a decir a continuación, recibirá la nada despreciable cifra de tres mil euros, nada menos que medio millón de las antiguas pesetas... ¿Listos? Allá va: el objeto es una pitillera.

Se hizo un silencio prolongado hasta que, al fondo del jardín, un señor sentado en una butaca de mimbre con las piernas cruzadas junto a dos damás y otro caballero dijo sin inmutarse:

—Joven, tengo una pitillera de plata, mírela.

El caballero la puso encima del vaso ancho donde se estaba tomando un whisky de malta y dijo con mucha calma:

—Reparta los tres mil euros entre los aparcacoches que aguardan ahí fuera.

Los invitados aplaudieron el gesto mientras que el caballero, que tenía cierto parecido con Eduardo VII de Inglaterrra y su mujer con Walis Simson, hizo una ligera inclinación de cabeza por todo agradecimiento, sacó un cigarrillo de su brillante pitillera con sus iniciales y lo encendíó exhalando una bocanada que le llegó hasta lo más profundo de sus pulmones, lo que provocó la envidia de los que intentaban quitarse del tabaco. Consciente de la expectación que había provocado, expulsó el humo poco a poco por la boca y por la nariz, y se quedó mirando como ascendía en espiral hasta que impregnó de su aroma y se enredó en las hojas del árbol más cercano...

—Y ahora sí. Ahora le toca el turno a los más jóvenes. ¡Tranquilos! Para vosotros también hay juegos —en ese momento, un espontáneo fuera de sí, con una melena como el Mesías, le arrebató el micrófono al presentador y se dirigió a los presentes citando palabras del exterminio de las naciones paganas del Apocalipsis:

—“Y el mar devolvió los muertos que guardaba, la Muerte y el Hades devolvieron los muertos que guardaron y cada uno fue juzgado según sus obras”.

Luego continuó gritando:

—El fin del mundo está cerca. Pecadores, arrepentíos. El fuego del infierno caerá sobre vosotros y desapareceréis de la faz de la Tierra. Rezad conmigo si queréis salvaros —gritaba, mientras se lo llevaban arrastrando los encargados de la seguridad.

—Perdonad, chicos, pero ahora que se ha ido "Jesucristo superstar" creo que podremos seguir con nuestros juegos sin que nadie nos interrumpa otra vez... ¡Escuchad! —gritó el presentador— esto vale para ellas y para ellos: quien lleve puesta una prenda íntima del color que yo diga, los complementos no valen, se la tiene que quitar en el lugar en donde esté y traerla a este cesto. La primera o el primero que llegue ganará tres mil euros y la segunda o el segundo dos mil. Todas las personas restantes que se acerquen ganaran cada una mil euros, un dinerito que viene muy bien en tiempos de crisis... Así que suerte ¡Preparados! ¡Listos! ¡Ya!: Color rojo.

Más de diez chicas y un chico que llevaban ropa interior roja iniciaron una auténtica y rocambolesca carrera para lograr quitársela sin moverse de donde estaban y luego, con la prenda en la mano, correr atropellándose unos a otros para lograr ser la primera, o el primero, en poner la prenda en el cestillo, lo que provocó caídas y carcajadas que se repitieron cuando el color elegido fue el azul.

—Se podrán recoger las prendas —dijo el animador— a la salida, cuando termine la fiesta.

A lo lejos, en el mar, avanzaba hacia la orilla, volando casi a ras del agua, un helicóptero con potentes focos, que pronto aterrizó en el centro del jardín dejando sobre el césped una gran jaula dorada de donde salió un simio con un cuello de pajarita y una chaqueta de esmoquin por toda vestimenta. Parecía reírse del público que aplaudía enseñando sus enormes dientes mientras se quitaba una y otra vez una chistera negra mordida por varios sitios. Cuando aún no se habían terminado las risas, los ayudantes de Fabián metieron en la lujosa jaula a una chica vestida al estilo de los años veinte, que el mono fue desvistiendo delicadamente como hacía King Kong en su famosa película. Cuando el orangután, o lo que fuera, acercó sus húmedos y enormes labios para besarla, la chica se "desmayó". El simio, entonces, orgulloso de su trabajo, saludó una y otra vez quitándose la vieja chistera mientras los invitados aplaudían.

Fue en ese momento, cuando unas azafatas se acercaron a Meli, a Rita y a otra docena de chicas para que se subieran a la jaula de "Oro"

que las llevaría hasta la nave prometida... llena de placeres insospechados. Las chicas sumisas —menos una que se negó en el último momento a pesar de haber sido aleccionada con anterioridad— fueron subiendo a la jaula, que pronto elevó el vuelo mientras se guardaban donde podían los tres mil euros de regalo... Sin olvidar el vaso con el "refresco" de muchos grados de alcohol que estaban bebiendo.... El helicóptero voló hacia el yate con su carga de jóvenes, medio inconscientes por las drogas y el alcohol, donde dos docenas de "tiburones" con caretas de personajes populares, para no ser reconocidos, esperaban ansiosos la llegada de los peces capturados como los pescadores observan expectantes la las redes para contemplar su carga plateada.

Cuando varias horas despues Rita se bajó del segundo helicóptero que traía a las chicas del enorme yate, el sol estaba ya muy alto y Meli, que casi no se podía tener en pie, se acercó para recibir a su amiga, a la que no veía desde la noche anterior, cuando llegaron a bordo en la jaula. Se sentían extrañas, aturdidas, como flotando en un mundo irreal. No recordaban nada de lo que habían hecho, o casi nada, pero algo les impedía rendirse, dormir, presa de una energía desconocida que les golpeaba el corazón sintiendo cada latido en las sienes. Ambas amigas se cogieron de la mano, caminaron tambaleándose y comenzaron a hablar, aunque les era difícil hacerse entender porque notaban la lengua pastosa y tenían naúseas.

—Me siento fatal, Rita, tía. ¿Por qué no me has hecho caso? No es eso lo que dijimos, acordamos que no nos íbamos a separar pasase lo que pasase...

—Déjame en paz, Meli, de verdad, no me des la charla, tía, eres una plasta. Ya soy mayorcita para saber lo que hago...

—Ah sí. ¿Y qué has hecho? ¿Lo sabes? ¿Lo sabes, zorra?

—Pues, he hecho lo mismo que tú: bailar como una loca, hacer striptease y dejar que me tocaran... Lo mismo que hiciste tú y todas las demás cuando llegamos al barco. Hice lo que nos dijeron que hiciéramos cuando nos dieron los tres mil euros y los aceptamos... Comer y callar, comer y callar ¿No es eso lo que has hecho tú, putón?

—¿Y por qué te tomáste aquella pastilla que te dije que no te tomaras? Te han dormido y ahora no te enteras de nada... ¿Te han jodido o no?

—Y yo que sé. Si lo han hecho no me he enterado...

—Pues, igual sientes no haberte enterado. ¿No? Que eres más puta que las gallinas. A ver cuántos preservativos tenías y cuántos te quedan.

—Pero, eres anormal, muchacha. Te crees que tengo ganas ahora de jugar a los chinos ¿De qué me quieres dar lecciones ahora, tú que te has tirado a media provincia de Málaga, que había cola cuando abrías la veda?

—¿Sabes lo que te digo? Que me arrepiento de haberte traído a la capital, de haberte sacado del pueblo.

—¡Ja! A ti lo que te pasa es que temes que te quite la clientela... Yo, por lo menos, voy a por la pasta y no me tiro el rollo de que “lo hago porque quiero ser actriz” y todo eso que malamente se cree nadie.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —contestó Rita, medio dormida, mientras buscaba en un montón de ropa íntima su tanga rojo.

—Que tú nunca vas a llegar a nada.

—¿Cuántas chicas “habemos” aquí? ¿Treinta? Pues ya lo saben señores, ninguna vamos a llegar a nada... Sólo la Meli que anda más tiesa que el carajo de un ahorcado... Además, ¿sabes una cosa, Meli? —le dijo Rita bajando la voz cuando ya estaban a punto de subirse al Hummer donde se encontraban las otras chicas borrachas, drogadas y medio desnudas—, que me ha parecido oír la voz de un pez gordo de los que entrevistan en los programas esos rollos de la tele. Mira, le he sacado una foto con el móvil en un momento que se le cayó la careta de vampiro.

—¡Rita! Guarda eso. Mételo donde te quepa ¿Estás loca?

—¿Sabes lo que te digo, Meli? Que “aluego”, cuando llegue a Madrid, voy a ir a un programa de esos de la tele y lo voy a contar todo, todo... Y enseñaré las fotos del móvil...

—A mí no me metas en eso. Yo no quiero saber nada...

—Eres subnormal profunda ¿No quieres que diga tu nombre y ser famosa? ¿No es eso lo que quieres? ¿Ser famosa?

—Pero no así, gilipollas.

22

Nada más entrar en la exposición, a la que había acudido para hacer la critica pára el periódico a su vuelta a Madrid, Ángel sintió como una bocanada de libertad. Sintió el poder, la fuerza de las "heroínas" que aparecían en los cuadros expuestos, seguras, dominantes. Muchos de los cuadros eran un grito de poderío, de arrogancia, mujeres vencedoras de la soledad, que no necesitaban la coraza de Juana de Arco para enfrentarse, desnudas, con la tradición patriarcal, como en el cuadro de Dègas, "Jóvenes espartanas desafiando a sus compañeros". Al pasar por el control, cogió un folleto y leyó los primeros párrafos: "La historia del arte occidental abunda en imágenes de mujeres seductoras, complacientes, sumisas, sometidas. "Heroínas" es una antología de mujeres fuertes, activas, independientes, creadoras, triunfantes. O bien, para usar una palabra clave de la agenda feminista en las últimás décadas, esta exposición se interesa por aquellas figuras que pueden ser fuentes de "empoderamiento" (empowerment) para las propias mujeres...".

Ángel se detuvo en uno de sus cuadros preferidos, "Habitación de hotel", de Edward Hopper, que siempre le había entristecido por la soledad que irradia, y que ahora cobraba aun más fuerza porque le recordaba a Anabel infinitamente triste en la habitación de cualquier hotel del mundo. Luego, se paró delante de la "Erupción, 1998" de Renée Cox. Le parecía la imagen más impactante de la liberalización de la mujer, la más gráfica, esa joven atleta con botas por encima de la rodilla y muslos fuertes rompiendo las cadenas con sus brazos extendidos sobre el fondo de un volcán en erupción era todo un símbolo del final de una época de sumisión y esclavitud, era la imagen perfecta de la ruptura. Ángel retrocedió un poco para ver el cuadro desde más lejos y, sin querer, chocó con alguien. Se volvió, a la vez que pedía perdón, para ver a la persona con quien había tropezado y ambos —era una mujer— se quedaron mirando, sorprendidos y

atónitos, sin pronunciar una palabra ni iniciar ningún movimiento durante unos segundos... Fue ella, al fin, quien, temblándole casi imperceptiblemente el labio superior, como si estuviera a punto de llorar, elevó las manos por encima de la cabeza y le abrazó con fuerza permaneciendo así varios segundos en los que a Ángel le dio tiempo de sentir el cuerpo de Julia totalmente entregado al compañero que acababa de encontrar después de varios años sin verle.

Él respondió al abrazo hundiendo la cara en su cuello, que olía al perfume de siempre, y notó en su sien el latido de las venas de su amiga, propensa a exteriorizar sus emociones con reacciones convulsivas de su cuerpo. Cuando consiguió separarse, apartándola suavemente, le cogió la barbilla para obligarla a que le mirara y poder recordar sus facciones desdibujada por el paso del tiempo. Por fin, ella levantó la cara, pero no le miró hasta pasados unos segundos, en los que su cuerpo siguió temblando como el de un cachorro asustado.

Julia era así, ante cualquier emoción adoptaba aquella mirada tímida, incrédula, le temblaban los labios y su respiración se agitaba como si estuviera constantemente al borde de pequeños orgasmos que la sobrecogían, la asustaban, la estremecían con solo tocarle un dedo o pasarle la mano por su brazo cuyos vellos se erizaban no se sabe si de espanto o de placer. Quizas ahí radicaba su atractivo, si por algo tan simple se sobrecogía. ¿Qué pasaría cuando las sensaciones fueran más fuertes? Probablemente se desmayaría.

Era maravilloso experimentar que cualquier gesto que se iniciara ella lo intuía y orientaba su cuerpo hacia donde provenía aquella caricia —como un girasol busca la luz ofreciendo su polen a las abejas que revolotean a su alrededor—, abriendo sus pétalos en un canto a la vida, a la naturaleza, sin barreras religiosas, morales o sociales, un deseo profundo de hacer felices a los demás dándose espiritual y físicamente sin pensar en recibir nada a cambio, porque sólo era feliz entregándose en cuerpo y alma.

Su única guía era su conciencia natural que no le podía aconsejar nada malo. Julia había sido siempre la libertad pura y no es de extrañar que Ángel se la encontrara precisamente ante el cuadro “Erupción”, porque ella había roto las cadenas con el convencionalismo, las formas sociales y las normas de comportamiento hacía mucho tiempo. Julia, de mediana estatura, ojos negros, pechos pequeños y pelo “pixie”, jamás se maquillaba o pintaba y estaba orgullosa de su trabajo como abogada

de asuntos relacionados con obras de arte.

—¿Cómo estás? —preguntó ella a punto de romper a llorar con voz temblorosa a la vez que le acariciaba la cara con sus dedos largos y finos. Sin esperar a que le contestara siguió diciéndole:

—Me he acordado muchas veces de nuestras travesuras de jovencitos —en ese momento bajó la mirada simulando estar avergonzada—. ¿Sigue gustándote la poesía?

—¿Y tú? —le dijo Ángel dolido por algo que pasó entre ellos hacía años—. ¿Sigues temblando cuando alguien se te acerca como si fuera la primera vez?

Ella se apartó, se le quedo mirando fijamente, y le dijo:

—No me has perdonado. ¿Verdad? Nunca comprendiste que yo no era sólo tuya. Nunca te lo dije pero sabías que yo soy de quien me necesita y sigo igual... Pero, me he acordado mucho de ti y de tu ingenuidad, de tu fidelidad, de tu sentido de posesión... Tan machista... Sigo siendo libre, no quiero ataduras de ninguna clase, ni materiales, ni religiosas, ni políticas, ni sociales, ni amorosas. Sigo igual que entonces y te sigo queriendo y me emociona verte después de tanto tiempo. Siempre quise ayudarte... Me deseabas tanto que por eso estuve contigo, pero nada más. Nunca te prometí nada, por eso no tenías razón al enfadarte cuando rechacé tu amor eterno y me pediste fidelidad... Por favor, Ángel. ¡Qué antiguo!

Ángel la escuchó, pero pensó que no tenía razón. Cuando era más joven aquella borrachera de libertad le sedujo, llego a envidiarla, pero ahora pensaba que a la vida había que ponerle limitaciones y que la libertad infinita puede llegar a ser monótona, aburrida y producir cansancio y hastío. Tiene más morbo lo prohibido, el miedo, la duda, la incertidumbre.

—Yo también me alegro de verte aunque me hiciste mucho daño. Nunca comprendí que te tenía que compartir. No estaba preparado.

—Bueno, estamos estorbando aquí en medio y no dejamos ver la exposición. Yo estoy con estas compañeras —dijo cogiendo del brazo a dos chicas muy jóvenes—. ¿Me llamas? ¿Seguimos siendo amigos, no? Me gustaría verte más despacio y charlar y escucharte y que escuches mis penas, que son muchas... —Julia le abrazó de nuevo mirándolo fijamente y le preguntó al oído:

—¿Me has perdonado? —Ángel tuvo ganas de besarle los ojos y sorber sus lágrimás pensando en Anabel. Desde que ella se fue no

había tenido tan cerca a ninguna mujer.

—Sí, te he perdonado —contestó Ángel mientras cogía un post—it que le daba Julia con un teléfono que había garabateado—. Te llamaré —añadió.

Ángel trató de reponerse del encuentro inesperado con la mujer que más le había trastornado en su adolescencia. La joven —tenían entonces dieciocho años— que le había roto todos sus esquemás. La joven irrespetuosa y desinhibida, que admiraba a María Magadalena, no creía en la fidelidad porque coartaba la libertad y aseguraba que era saludable que las mujeres se autosatisficieran. Para Ángel, educado en el temor de Dios, con la creencia de que cualquier mirada más allá de la rodilla era pecado y cualquier tocamiento —por encima o por debajo de la ropa, te preguntaba el sacerdote— era motivo de confesión urgente, aquella chica significó la gloria y el infierno; el placer de lo prohibido y el miedo al castigo eterno; el descubrimiento del todo está permitido y el temor a los mandamientos violados; tus dudas y tus miedos frente a sus risas por tus temores de ser un niño malo a quien a ella le encantaba corromper...

Si hay demonios hembras, femeninos, sin cola, ni cuernos, Julia era una de ellas. Un demonio infantil, travieso, juguetón, pícaro, esquivo, díscolo, inconstante, infiel, que a Ángel, durante mucho tiempo, le hizo desconfiar de las mujeres porque creyó que todas eran iguales.

Repuesto de la inesperada sorpresa, Ángel continuó el recorrido por la exposición ya que tenía que mandar la crónica al periódico para que saliera a la mañana siguiente. Todavía se detuvo una vez más ante otra obra que le llamaba la atención: se trataba de “Lisa Lyon”, de Robert Mapplethorpe, una joven desnuda de medio cuerpo para arriba disparando un arco, la imagen perfecta de una legendaria amazona. Allí delante, precisamente, Ángel creyó reconocer a Violeta entre un grupo de jóvenes a la que les estaban explicando la imagen. Ella, a su vez, se le quedó mirando, pero fue él quien se acercó.

—Violeta. ¿Te puedo saludar?

—Claro que sí. Mire, estas son algunas de mis chicas de la escuela. Por cierto, ¿ha tenido por fin alguna noticia de Anabel?

—Desgraciadamente le iba a hacer yo la misma pregunta.

Violeta dejó de explicar por un momento la fuerza y la perfección de la figura del cuadro llamando la atención de su torso desnudo para

explicar a sus chicas que Ángel estaba buscando a una antigua “alumna” de la organización que había decidido abandonar el centro y que, cuando se encontraba desfilando —era modelo— en Estocolmo, había desaparecido y no se había vuelto a saber nada de ella.

23

Era domingo y Ángel se quedó un rato más en la cama a pesar de que había sonado el despertador a las nueve, hora en la que lo había programado la noche anterior, con la intención de levantarse temprano para ir a correr al Retiro antes de tomar unas tapas. Seminconsciente, y tras taparse con el embozo para defenderse de la luz que entrababa por la ventana, recordó que por la tarde, a las seis, vendría a su casa Julia, a quien había llamado por teléfono el día anterior. Encontrarla fortuitamente en la exposición de “Heroínas” había sido una gran sorpresa para él, que aún sentía viva la influencia que había ejercido en su adolescencia aquella mujer, que lo deslumbro por completo cuando los dos eran muy jóvenes y lo escandalizo por su comportamiento y sus ideas.

Aquella joven —apenas tenían dieciocho años los dos en aquel entonces— le impresionó vivamente y cambió muchas cosas de su vida porque le hizo conocer el amor, el placer, la amargura, la libertad. Era una persona para la que nada estaba prohibido si se deseaba sinceramente y para quien no existía ni la lealtad, ni el compromiso, ni la fidelidad si a su cuerpo o a su mente le atraía algo. Para ella sólo había un pecado terrible, detestable, horrendo: la mentira. Consideraba que no se podía mentir a los demás ni mentirse a uno mismo. Si uno desea algo en el fondo de su alma, si está convencido de que desea una cosa concreta, no hay que engañarse, ni dejar de hacerlo por las falsas ataduras de la moral, la religión, el que dirán o el mal que se pueda hacer: la vida es muy corta —decía— y no merece la pena dejar de hacer lo que a uno le apetece en cada momento por prejuicios que luego nadie te agradece. “Me llamarás egoísta —le decía a Ángel—, pues sí, lo soy, y mucho, como lo son los santos que encuentran placer en el sacrificio...”.

Julia era tremendamente amoral, cínica, atea, imprevisible, por lo que cualquier momento junto a ella daba la sensación de que podría ser

el último... Porque se te podía escapar de entre las manos y echar a volar para que no volver nunca más. No era mujer de jaula, ni de barrotes, ni de grilletes. Era libre, indomable, salvaje y tremendamente atractiva por su independencia y su libertad. Era efímera, como un sueño que quieres repetir durmiéndote de nuevo y nunca puedes alcanzar, ni volver a sentir, ni recordar con toda su intensidad. Era angustiosa, te hacía sentirte inseguro, envuelto siempre en la duda de que fuera ella quien huía cuando escuchabas que cerraban la puerta de la calle. Era la emoción de comprobar que no se había ido al extender la mano en la cama y notar su cuerpo tibio, aunque sabías que en cualquier momento podía desaparecer de tu vida para siempre, como así le ocurrió a Ángel a los pocos días de conocerla en París.

Fue una tarde, al final de los noventa, melancólica y gris, como tantas tardes del invierno parisino. Ángel fue al Museo Rodin, al salir de la Alliance Française, en vez de volver hasta su casa, en Passy, bordeando la orilla derecha del Sena. En aquella época, cansado de tanta pintura —conocía el Louvre y el Quai D'Orsay de memoria— se apasionó por la escultura y pasaba horas admirando los esclavos de Miguel Ángel y las figuras sugerentes de Rodin. Le admiraban las escenas de hombres y mujeres en las que siempre era él quien veneraba a la amada, mientras ellas se dejaban querer indolentes, ofreciendo su lánguida indiferencia.

Fue contemplando una de estas esculturas, *L'eternelle idole,* en la que el hombre con las manos cogidas detrás de su cuerpo —en señal de respeto— besa poéticamente a la mujer desnuda entre sus pechos, cuando Ángel vió a Julia por primera vez. No le dijo nada. Solo la observó y advirtió cómo ella, cuando creía que nadie la veía —probablemente estaba prohibido—, pasó la mano suavemente por la espalda fría de la estatua del hombre y por sus brazos quietos, palpando sus músculos con sus dedos largos en los que no llevaba ningún anillo. Tenía el pelo cortado a lo chico —como se decía entonces— y llevaba unas gruesas medias, zapatos planos y una especie de bufanda grande que le daba varias vueltas al cuello y le cubría medio cuerpo. Un chaquetón beige y una falda gris completaban el resto de su atuendo.

No era una chica sexy, ni atractiva, ni guapa, ni fea, pero el temblor de sus labios al tocar aquella figura de hombre irreal transmitía un erotismo que solo podía dejar indiferente a una estatua. Julia, creyendo

que estaba sola en la sala —no vio a Ángel, que estaba dibujando la escultura sentado en un banco—, salió corriendo, de pronto, como si la estatua se hubiera despertado al tocarla y la persiguiera. Al día siguiente, Ángel se sorprendió de nuevo al creer verla en una de las clases de la Alliance Française, en el Boulevar Raspail, donde acudía todos los días para perfeccionar su francés. En aquel momento, no pudo comprobar sus sospechas porque el profesor cerró la puerta para comenzar la clase, pero esperó a la salida para cerciorarse de que era cierto. En efecto, uno de las últimás alumnas en salir fue la chica del museo.

Cuando pasó por su lado, le dio, sin decir palabra, una hoja de su bloc de dibujo en la que aparecía en primer plano la escultura de *L'eternelle idole* y, detrás, ella, pasando sus dedos por el brazo del hombre de mármol. Julia, sorprendida, miró el dibujo, le miró luego a él, y sin comprender nada, le dijo:

—¿Por qué me dibujaste? Creí que no había nadie. No te vi...

—No pude resistirme. Me entraron escalofríos al ver como pasabas tus dedos por la estatua.

—Y eso, ¿por qué?

—Pensé, que aquel cuerpo podría ser el mío.

—¿Estás loco o qué? Tú lo que eres es un salido...

—Espera. Escúchame. Hace unos días que estoy solo aquí, en París. No hablo con nadie. Y el otro día, cuando estábamos los dos en aquella sala llena de estatuas sugerentes pensé que nos unía algo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres subnormal? Te has de hacer mirar...

—No me interpretes mal. De verdad. Perdona. Siempre me pasa en los museos cuando veo a una mujer admirando un cuadro. Pienso que nos une íntimamente una misma sensación, un mismo concepto de belleza...

—¿Sabías que me ibas a encontrar aquí hoy?

—No tenía ni idea. Ha sido una sorpresa desconcertante. Nunca creí que iba a volver a verte...

—Eres mediocre como dibujante. ¿A qué te dedicas?

—Estudio Derecho y estoy en París una temporada haciendo prácticas y perfeccionando mi francés. ¿Y tú?

—He venido porque estoy haciendo un estudio sobre Toulouse Lautrec, quiero que sea mi tesis de fin de carrera cuando me licencie en

Historia del Arte y tenía ahora la posibilidad de conocer su estudio en Pigalle.

—¿Sabes una cosa? Cuando estuve a solas ayer contigo en esa sala blanca y fría, llena de estatuas sin vida, no sabía de dónde venías, a quien querías, a quien temías o qué idioma hablabas... Pero te necesité en silencio...

—¿Sigues necesitándome con tanta intensidad? —dijo ella simulando un tono melodramático, tomándose a broma sus insinuaciones—. Porque, si fuera cierto, tendría que ver la situación desde otra perspectiva.

—No te burles de mí. Ayer te necesitaba. Estaba sólo en aquella morgue de cadáveres blancos e inertes y deseé, de pronto, la proximidad de un ser vivo que con su calor me hiciera volver a la vida.

—Estás rematadamente loco. ¿Tú crees que puedes decir a alguien que no conoces toda esta retahíla de disparates... De cursilerías trasnochadas?

La chica puso cara de mimo y repitió mientras ponía los ojos en blanco:

—“Te necesito... Necesitaba el calor de un ser vivo junto a mí”... ¿Por quién me has tomado? ¿Estás intentando ligar conmigo de esta forma tan ridícula o es que eres tonto de baba?

—Bueno —dijo Ángel, comprendiendo que había dicho unas cuantas estupideces seguidas—, no te digo ni que sí ni que no. En esos momentos, estaba influido por los desnudos de hombres y mujeres, por el erotismo que irradia Rodin desde muchas de sus esculturas y, de pronto, te vi acariciando aquella estatua...

—¿Y qué?

—Pues, que me sorprendió que también tocaras el pecho de la mujer y sus caderas, bajando luego tu mano lentamente hasta su sexo, cuando creías que no te veía nadie.

—Es normal. Estudio historia del arte y admiro el cuerpo humano, creo que está lleno de belleza y de armonía.

—¿Cuál te gusta más, el del hombre o el de la mujer?

—Depende para qué.

Dándose cuenta de lo absurdo de la conversación, reaccionó con decisión y dijo:

—Ya está bien de estupideces por hoy. Tengo que volver a clase en seis minutos. Vaya conversación más pueril... Por cierto, ¿tienes fuego?

Antes de entrar quisiera dar cuatro chupadas a un pito que tengo en el bolso.

—No. No fumo.

La chica, con el pitillo en la boca, le lanzó una mirada que Ángel interpretó como: "Olvídate de mí. Estás como una regadera". Cuando ya había comenzado a andar por la acera alejándose de él, Julia oyó que le decía:

—¿Me devuelves mi dibujo por favor...? Por cierto, ¿te puedo esperar luego a la salida?

La chica se encogió de hombros:

—Si quieres que te perdone, tendrás que hacerme un regalo.

—Dime cuál.

—Un encendedor, por ejemplo.

Tres cuartos de hora más tarde, Ángel la esperaba a la puerta de la clase con el regalo escondido en un bolsillo. Había tenido que ir a varias manzanas de distancia, concretamente a la rue Grenelle, por donde solía volver a su casa cruzando el campo de Marte hasta el puente de Bir— Hakein, para encontrar una tienda que había visto al pasar. Nada más pisar la calle, tras salir de la tienda, comprendió que se había excedido gastando más de lo que podía. Cuando iba a comprar una cosa, siempre terminaba adquiriendo algo que valía el doble de lo que en un principio había pensado que podía gastarse. A los pocos pasos, se paró en la acera. Metió la mano en el bolsillo y, cuando parecía que iba a retroceder, tras tocar el suave papel de seda con el que lo habían envuelto, siguió adelante decidido. "A lo hecho, pecho", pensó, aunque tuviera que comer menos el resto del mes por culpa de aquella pequeña locura que no se podía permitir con su exigua asignación de estudiante.

A la hora prevista, ante la puerta de la clase, se sobresaltó cuando comprobó que había salido casi todos y ella no aparecía. Incluso llegó a pensar que se había ido antes de terminar, hasta que, cuando ya habían salido todos los compañeros, salió la chica colgándose su gran bolso al hombro. Al verlo allí parado, ella puso cara de resignación, como si pensara: "Ya está aquí este pesado", cuando la realidad era que durante la clase había recordado varias veces lo absurdo de la conversación que habían tenido antes de entrar, llegando a sonreírse levemente con sus torpes insinuaciones. Lo cierto era que no le desagradaba del todo aquel joven torpe de movimientos y lento de reflejos, que no sabía

cómo decirle que se quería acostar con ella...

—¿Otra vez estás aquí? Podrías dejarme en paz, por favor. No tengo ganas de hablar contigo, ni con nadie. Te ruego que me dejes sola. Quiero irme a casa paseando sin que nadie me moleste.

—Perdona —le dijo Ángel, echando a andar junto a ella por el pasillo, mientras esquivaba a los demás alumnos que iban y venían apresuradamente de una clase a otra—. No puedo dejarte. No es tan fácil. Tú me has pedido algo y yo te lo he traído.

—¿A qué te refieres?

—¿No me has pedido que te trajera un encendedor?

—Sí, pero ahora no me hace falta porque se me ha terminado el paquete de tabaco...

—Eso lo arreglo yo enseguida. Te compraré uno en la esquina...

—Por favor. De verdad, como te llames, ¿me quieres dejar en paz de una vez? —le dijo, mientras se enrollaba su enorme bufanda al cuello.

—Espérame aquí un momento. Sólo un momento —ella no hizo caso y siguió adelante sin esperarlo, pensando que quizás no debería ser tan brusca con aquel muchacho que le agradaba por su ingenuidad y por su físico.

Era la clase de hombre que le gustaba: moreno, con ojos negros, barba cerrada, vehemente, apasionado, persistente, varonil, con unos labios gruesos y manos muy cuidadas con uñas perfectamente recortadas y limpísimas. Era casi lo primero que miraba en los hombres tras fijarse en su boca: sus manos. Los amigos le decían que esas "prioridades" obedecían a que era muy sensual y ella no lo negaba, porque la verdad era que casi todas las demás mujeres del grupo, cuando salía la conversación, decían que lo primero que miraban eran los ojos...

Cuando llevaba ya un trecho, comenzó a caminar más despacio temiendo, por primera vez, que él no la siguiera o no la encontrara. No llegó a mirar hacia atrás para ver si venía, porque no quería que se diera cuenta de que en realidad estaba deseando que la alcanzara. Varios pasos más adelante, notó que la cogían del brazo y sintió en el cuello el aire caliente de la respiración jadeante de Ángel, que había tenido que correr para poder alcanzarla.

—¡Tu tabaco! —le dijo con respiración entrecortada. Ella lo cogió, le dio varias vueltas en la mano sin llegar a guardarlo en el bolso y le

dijo:

—Eres obstinado. ¿Verdad?

—Sí. Mucho —le contestó él.

—Es temprano y pienso regresar andando a mi casa en la calle Passy...

—¡Te acompaño! —le dijo él, sin darle tiempo a terminar la frase.

—Está bastante lejos —añadió ella en un último intento para que desistiera.

—Lo sé. Vivo precisamente enfrente de la estación de metro de Passy, en la rue de Lálboni —dijo exagerando el acento francés, para demostrar, en broma, que aprovechaba sus estudios del idioma.

Ella se rió abiertamente por primera vez. Luego, comenzaron a andar juntos y ya no pararon de hablar de su estancia en París con anécdotas de la Alliance, de sus profesores, de sus compañeros, de los museos de la ciudad y de cómo ella era una apasionada de la pintura y por eso —le explicó— estudiaba Historia del Arte. Hablaron de religión —ella era atea— y le dijo a Ángel que, por encima de todo, amaba la libertad, la independencia y que no aguantaba ninguna clase de ataduras, ni de cadenas. Cuando llegaron a la escalinata que desciende desde el puente de Bir-Hakeim a L'ille des cygnes, ella le comentó que paseaba muchas veces por allí sola cuando estaba triste y deprimida, teniendo por toda compañía al Sena a uno y otro lado y a los árboles que bordean el estrecho camino de poco menos de un kilómetro que llega hasta la réplica de la estatua de la Libertad, de unos veinte metros de altura, que se encuentra al final del paseo. Él le comentó que nunca la había visto y se dirigieron hasta allí. Cuando llegaron, ella se sentó y dijo, descalzándose:

—Estoy extenuada... ¿Has ido alguna vez a Nueva York?

—No, pero te prometo que te llevaré algún día.

—Eso será si quiero ir contigo. ¿Sabes qué? Me encantaría fumarme un cigarrillo después de esta larga caminata... Pero a ver a quién le pedimos fuego si no hay ni un alma por aquí... Por cierto —dijo recordando la promesa de Ángel—, ¿no me ibas a regalar un mechero?

—Cierra los ojos —le ordenó Ángel sacando del bolsillo el regalo que le había anunciado una hora antes y poniéndoselo en la mano.

—¿Esto qué es? ¿El encendedor? —exclamó mientras lo abría. Cuando terminó de quitar la envoltura, dio varios saltos de alegría y se abrazó a él poniéndole por detrás de la nuca su bufanda y atrayéndolo

hacia ella para besarle repetidas veces en la cara.

—Es precioso —le dijo. Luego lo encendió, dio una profunda chupada al cigarrillo, y exclamó, al darse cuenta de que era un Cartier:

—¡Ah, no! No me lo puedo quedar. Imposible. Te habrá costado carísimo.

—Te lo quiero regalar para compensar mi ridículo comportamiento al acercame a ti...

Mientras Ángel se colocaba bien el abrigo tras ser zarandeado por la impulsiva joven oyó que caía algo al agua del río.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, pensando que podría ser un pez que había saltado.

—He tirado el Cartier —dijo sin titubear, confesión que le hizo dudar a Ángel si quitarse el abrigo y tirarse al agua de cabeza, de no haber sido porque hacía un frío espantoso.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó desconcertado.

—No quiero que pienses que cualquier cosa que ocurra entre nosotros se debe a que me has hecho un regalo estupendo... Te he dicho que quiero ser libre y no estar atada a nadie por nada.

—Ahora el que te dice que estás loca soy yo.

—No quiero deberte nada, ni que pienses que mis decisiones se deben a que estoy en deuda contigo.

Ángel se quedó lívido y palpó el monedero pensando en el dineral que se había gastado para que su regalo terminara en el fondo del Sena, aunque tuvo poco tiempo para lamentarse porque ella lo cogió del brazo y se pegó a él mientras iniciaban el viaje de regreso.

—¿Dónde vives exactamente? —le preguntó la chica, acompasando su paso al de él, que aún permanecía con el semblante serio.

—Aquí al lado, en la rue de L’alboni, como te he comentado

—¿Y estás en una habitación alquilada? ¿Por un intercambio? ¿O cómo?

—Con unos señores que conocía mi familia, pero estos días no están, se han ido por las fiestas a una finca que tienen en Las Landas y estoy yo solo hasta el lunes.

Cuando llegaron a la casa, tras un rato caminando en silencio, Ángel le dijo desde la acera de enfrente:

—Es ahí arriba.

—...

Ella le había dicho algo al oído pero Ángel no pudo escucharla por el estruendo del metro de la línea 6 que pasaba en esos momentos sobre sus cabezas por el viaducto que comunica la estación de Passy con el puente de Bir-Hakeim.

—Te decía —repitió ella casi chillando, cuando ya no era necesario gritar porque había pasado el comboy— que si puedo subir a ducharme a tu casa. En mi baño no sale el agua caliente.

Ángel se quedó sorprendido una vez más, pero no dijo nada. Abrió la pesada puerta de la entrada —era una casa señorial y antigua de París— y subieron en el ascensor sin mirarse. Cuando entraron en la habitación, ella dobló cuidadosamente el abrigo y la bufanda y entró en el baño que estaba al lado. Ángel oyó repiquetear el agua durante un buen rato. Estaba ya casi oscuro y encendió la luz de la mesilla de noche que estaba en medio de las dos camas que pertenecían a dos hijas del matrimonio que estaban estudiando en Estados Unidos. Al cabo de un rato, Julia salió del baño, vestida tan solo con unas diminutas braguitas blancas. Se tumbó boca arriba en la cama y le dijo a Ángel en voz muy baja, apenas con un susurro:

—Haz conmigo lo que quieras... Pero, por favor, despacio...

Ángel se incorporó en la cama sobresaltado. Siempre le ocurría lo mismo, ponía el despertador temprano y cuando sonaba se quedaba un poco más en la cama pensando en que sólo iba a ser un momento y, luego, se despertaba una hora después desconcertado. Mientras se afeitaba, pensó en lo que supuso su encuentro con Julia en París, en aquellos momentos en los que ciertas experiencias con amigos homosexuales le hicieron vacilar de sus verdaderas inclinaciones respecto al sexo. Era una época en los que dudaba seriamente sobre si alguna esporádica relación con otros jóvenes —concretamente la que tuvo entre las sábanas limpias de la lavandería de aquel hotel en un viaje de fin de curso— le podrían terminar llevando a desear a ciertos hombres que consideraba atractivos.

Era consciente de que estaba siendo arrastrado por esos amigos que empezaban a admitirlo en su círculo y que ejercían en él una influencia poderosa, porque eran personas cultas, educadas, y encantadoras, sin que, en ningún momento, lo presionaran ni coaccionaran, ya que sabían de sus dudas y vacilaciones. Ángel nunca pensó en huir, muy al contrario, poco a poco se convencía de la normalidad de aquella

inclinación que iba penetrando en su ánimo, con dulzura, sin traumas. Fueron unos meses delicados, en los que, entre aleteos y sonrisas, el capullo se iba transformando en mariposa, era agradable, poético.

Ángel comenzaba a notar la transformación de su cuerpo: se movía de forma diferente, notaba menos rígida la cintura y mantenía las rodillas más juntas. Era fantástico ser gay y despertar a un mundo nuevo y a unos amigos nuevos que acogían sonrientes al novicio y le ayudaban y le cuidaban por estar recién llegado a la comunidad... Hasta que apareció Julia, con la que el joven Ángel, lleno de dudas, indeciso, vacilante, que había besado y acariciado labios y manos de algunos hombres, se dejó llevar por aquella mujer para experimentar por primera vez el placer de una relación plena y espantar las interrogaciones que colgaban de la jaula de su mente, donde se columpiaban pájaros de colores. Quizás por el recuerdo de lo que ocurrió hacía algunos años, se alegró tanto de encontrar de nuevo a Julia, en unos momentos en los que le asaltaba de nuevo la duda de si su comportamiento con Anabel la noche de Ibiza en la que tuvo una actitud poco varonil disfrazada de poesía, de llanto y de un éxtasis amoroso que Ángel estaba convencido que ella nunca entendió del todo.

¿Podría Julia...? ¿Querría Julia volver a hacer el amor con él para devolverle la confianza, como entonces, y ahuyentar las mariposas que de vez en cuando le asediaban en silencio? En caso de que ella le dijera que sí, ¿debería confesarle que la quería utilizar para reafirmarse en su sexualidad, con vistas a su esperado encuentro con Anabel?

El microondas acabó de calentar el café y Ángel, abandonando sus pensamientos, se sentó a desayunar. Cogió el periódico y volvió a sus miedos y a sus temores, aumentados por la horrible catástrofe del tsunami que había arrasado la costa japonesa. "Diez días que estremecieron al mundo", decía el titular, que leyó mientras buscaba su taza de café a tientas, oculta por el diario. Al cabo de un rato, Ángel miró su reloj. Apuró el café que le quedaba. Limpió con la servilleta el líquido que se había derramado cuando cogió a tientas la taza y salió de la casa para encontrarse con unos amigos con los que había quedado a comer.

Cuando volvió, poco después de las cinco —había quedado con Julia a las seis—, se arrepintió de haberse bebido el ultimo gin-tonic. Había comenzado con un vino excelente en Arzábal, como se llama

ahora el restaurante donde Vargas Llosa escribió parte de *La ciudad y los perros,* frente al Retiro; había tomado un par de riojas crianza cerca de allí y, para terminar, se tomó un gin—tonic. Luego, pensó que se debería dar una ducha antes de que viniera Julia, pero le dio miedo después de ingerir tanto alcohol —un amigo suyo había tenido un corte de digestión recientemente— y decidió, por fin, cambiarse de ropa, tras refrescarse, peinarse y echarse colonia.

Puso una música suave —ignoraba que música le gustaría a ella ahora— y se sonrió al recordar cómo le gustaba a Julia bailar el tango semidesnuda. Luego, corrió un poco las cortinas para que la habitación estuviera más íntima, más en penumbra... Y, de pronto, cambio de actitud: abrió de par en par las ventanas, dejó que entrara la luz del día, metió sus dedos abiertos en su espesa cabellera para despeinarse y se convenció a sí mismo de que lo que estaba preparando no era una cita romántica sino una sesión de trabajo.

Cuando vio a Julia en la exposición se quedó tan sorprendido que no pudo pensar en otra cosa que no fuera el aluvión de recuerdos que se le vinieron encima, de unos días inolvidables y trascendentales. Luego, apareció en su pensamiento la figura de Anabel, desfilando por la pasarela como una diosa mitológica envuelta en tules, con su cara difuminada por el paso del tiempo y Ángel se dejo seducir por la poderosa estela de su hechizo sobrenatural envuelto en el halo del misterio de su desaparición. Estaría con Julia, si, pero sólo como compañera de trabajo, para que le ayudara a descubrir la verdad de la muerte de Telmo y del accidente de Daniel, que le había encargado Odón.

Ángel estaba convencido de que Julia, inteligente, metódica e intuitiva, le podría ser de gran ayuda. Además, era una gran experta en pintura y estaba enterada de las últimás ventas y de los precios, así como de los robos más recientes en los cinco continentes. Este apartado del arte era de importancia porque tanto Odón, como su hermano Fabián, eran dos importantísimos coleccionistas. Tendría que explicarle clara y escuetamente a Julia de qué se trataba. Y si ella aceptaba participar, pasar al punto siguiente que era contarle —tras advertirla de la absoluta confidencialidad de los datos que le iba a proporcionar— todo lo que sabía de cada uno de los casos a investigar: el ataque al yate en Sancti Petri y la muerte del africano en defensa propia, la estampida de los caballos que provocó el accidente de Daniel y la

muerte de Telmo. Se lo explicaría todo detalladamente y sin prisa.

Conocía a Julia y sabía que tenía que interesarle algo para que se volcara, en caso contrario, con su sinceridad habitual, se lo diría enseguida. De pronto, interrumpiendo sus pensamientos, sonó el timbre de la puerta y Ángel se levantó nervioso y abrió. Allí estaba Julia, con ojos brillantes y su boca entreabierta, como aquel día en el museo Rodin. No dijo nada. Dejó su enorme bolso en una silla y le echó los brazos al cuello a Ángel, apretándolo con fuerza contra su cuerpo. Julia era así de apasionada. Para ella no había términos medios, o le entregaba su amistad a alguien o no le dirigía la palabra. Luego, se separó de Ángel. Lo examinó durante unos segundos y le dio dos besos a ambos lados de la cara, mientras le decía:

—Ayúdame a quitarme el abrigo. ¿O es que se te ha olvidado cómo quitarme la ropa? —sin esperar una respuesta, añadió intrigada:

—No sabes lo que me alegro de que me hayas llamado. ¿De qué se trata? Mientras cruzaba el Retiro en dirección a tu casa, he venido pensando y pensando en si era conveniente o no acudir a tu llamada después de tantos años... Y he llegado a una conclusión: Olvidemos estos veinte años que han pasado, prohibido hablar de este paréntesis para no aburrirnos con historias... Y vivamos el momento actual, como a mí me gusta, sin condiciones, ni prejuicios. Vivámoslo en absoluta libertad, para que en cada momento hagamos lo que nos apetezca, sin reglas, ni pasado, ni futuro. ¿Me lo prometes?

—De acuerdo —dijo Ángel, que no había podido abrir la boca desde que Julia había irrumpido en su loft—. Nuestro objetivo es resolver una serie de “misterios” y a eso nos vamos a dedicar si tú dices que te apetece. Con una salvedad: a las cosas que te voy a contar que tenemos que investigar, tengo que añadir un asunto particular, privado, íntimo.

—El asunto principal ya me lo explicaras más depacio, ¿pero cuál es el particular?

—¿Estás de acuerdo en lo que te propongo? ¿Tienes tiempo y ganas para trabajar conmigo en esto? Si no es así, nos tomamos una copa y tan amigos. Quiero que sepas que, desde que te vi el otro día, pensé que te ilusionaría estar conmigo en esto porque sé que te apasiona la investigación y que te divierte averiguar cosas...

—Te juro —dijo en broma, poniendo su mano derecha sobre un libro de cocina que tenía Ángel sobre la mesa—. Te juro —repitió,

cerrando los ojos—, que seré fiel escudero de mi señor y no revelaré ningún secreto que me sea dado a conocer ni aunque sea sometida a las más horrorosas torturas.

—Tampoco es para tomárselo a broma Julia. Te estoy hablando de cosas muy serias.

—Te lo repito: ¿cuál es ese asunto tan privado y tan íntimo, si se puede saber?

—Me enamoré hace unos meses de una jovencísima modelo —confesó Ángel muy serio— y a las pocas horas de haberla conocido se fue a desfilar a Estocolmo y desapareció sin dejar rastro.

Julia se quedó pensativa al ver cómo le había cambiado el semblante a Ángel, que se entristeció mirando al suelo con impotencia. Julia hizo que mirara al frente, empujando suavemente con su mano derecha la barbilla de Ángel, y le dijo mirándolo a los ojos:

—La encontraremos o disolvemos la "sociedad" que acabamos de constituir. No nos vamos a dar por fracasados cuando en realidad no hemos empezado...

Ángel sonrió con cierta amargura, mientras Julia se dirigió a la mesa donde estaban preparados los bolígrafos y dijo con energía:

—Comencemos a trabajar. Cuéntame todo y hagamos un plan con método, con eficacia y con alegría. Si podemos aclarar algo de lo que me digas, bien, pero lo que yo quiero es divertirme y pasármelo bien jugando a detectives, que es lo que siempre me ha gustado. Mira que enamorarte a estas alturas de una modelo...

—Por cierto —le preguntó Ángel, contagiado de su buen humor—. ¿Dónde vives, para cruzar el Retiro, camino de mi casa, que vivo en Menéndez y Pelayo?

—En el hotel Ritz.

Ante la cara de extrañeza de Ángel, Julia, con un gracioso gesto, le recordó, recriminándole con un dedo acusador:

—Recuerda, nada de vida privada —luego, sacó su paquete de cigarrillos rubios y encendió uno.

—¿Te importa que fume?

Tras la negativa de Ángel, Julia puso sobre una de las cuartillas en blanco, el mechero de Cartier que le había regalado Ángel en París hacia veinte años y que este creyó que había tirado al Sena.

24

Rosa seguía con su vida llena de penurias, empeñada en no decirle nada a Odón de las necesidades que estaba padeciendo. Vivía de su trabajo en el consultorio de la Seguridad Social del barrio, de las ayudas esporádicas que le daba Ángel —que siempre se inventaba una excusa para que no las rechazara— y de la caridad de las vecinos, gente humilde como ella y solidaria, que le pasaban las sobras del cocido o el filete de pollo empanado que les había sobrado del domingo y que las niñas comían con deleite: “Esta muy bueno mamita. Mañana, otra vez”, decían. Rosa, que era muy mañosa con la tijera y la aguja, también le daba la vuelta a los abrigos descoloridos de las vecinas, como había oído que hacía su abuela en los años de la postguerra, dejándolos lustrosos con su color original. También le estaba haciendo a sus hijas unos muñecos de lana con agujas de ganchillo que le había enseñado a hacer su madre, ya que no tenía para comprarle a las pequeñas las muñecas que le iban a pedir a los reyes magos, que estaban expuestas en el escaparate del otro lado de la calle.

La pobre madre sentía una pena infinita y lloraba cuando las pequeñas no la veían, mientras ellas corrían como locas para pegar sus naricillas en el cristal de la tienda, que humedecían con su vaho, mientras gritaban: “¡Mami, mami!, me pido la rosa”. “Y yo —decía la otra—, yo la del traje de princesa”. Cuando comenzó a acercarse el día de Reyes, Rosa trabajó horas extras por la noche para preparar sus muñecas de ganchillo sorbiendo sus lágrimas cuando pensaba en la decepción que se iban a llevar sus hijas, aunque Dios aprieta pero no ahoga.... Un día la vino a visitar una vecina, dependienta de una tienda fina de una de las bocacalles de Goya, y al ver una de las muñecas que ya había terminado, la cogió diciendo:

—¿Puedo?

Tras examinarla un rato le dijo:

—Es perfecta. ¿Sabes que estas muñecas están de moda, valen un

dineral y las traen precisamente de Japón?
—Pues, no. La verdad. Me enseñó a hacerlas mi madre.
—¿Me podrías prestar una, que se la quiero enseñar a mi jefa? Las están vendiendo por el barrio carísimás. Las llaman “amigurumi” o algo así y están súper de moda. Además, he oído decir que ahora, con el asunto del la ola gigante, no llegan los pedidos que se han hecho...
—Es que son los reyes de mis niñas. No te la puedo dar. No me daría tiempo a hacer otras...
—Te prometo que te la traigo mañana, cuando venga de trabajar.
—Luci, de verdad, es que no puedo porque es lo único que van a tener este año de reyes las pobres crías.
—Déjamelas, que no te arrepentirás. Es que son iguales, iguales, iguales a las que importan... A mí, incluso, me gustan más. Quizás las puedas hacer con los ojos un poco más así...
Rosa le prestó la muñeca que había envuelto cuidadosamente en varios papeles de seda para que no se ensuciara, metiéndola luego en una bolsa pequeña de El Corte Inglés que ponía Feliz Navidad y que le había dado una vecina. Estuvo todo el día siguiente trabajando sin parar: se levantó a las siete, aseó a su marido, le cambio las sábanas antes de que llegara la asistenta que le mandaba la Comunidad, despertó a las niñas, las arregló, les dio el desayuno y las llevó al colegio. Luego, estuvo limpiando el consultorio de la Seguridad Social y ya, por la tarde, se sentó al lado de Daniel, como todos los días, le dio un beso, le cogió la mano y le empezó a leer los recortes que había cogido del periódico. Rosa estaba convencida de que era uno de los poquísimos alicientes que su marido tenía durante el día porque, a veces, incluso, le parecía verlo sonreír, cuando alguna noticia era chocante o insólita.
Eran ya las cinco y Rosa oyó que llamaban al timbre. Se acercó a la puerta para abrir creyendo que serían las niñas, pero se equivocó porque era Ángel. Sorprendida, se abrazó a él y le ayudó a quitarse el abrigo.
—Sólo voy a estar un momento. No he podido venir todos estos días...
Rosa cogiéndolo de la mano le llevó junto a la cama de Daniel, que tenía por encima los recortes que Rosa le había estado leyendo, y que no le había dado tiempo de recoger por haberse levantado corriendo a abrir.

—Creí que eran las niñas, que cuando entran a estas horas llegan pidiendo la merienda.

—¿Todavía sigues con los recortes? Precisamente, quería hablarte del archivo de Daniel...

Rosa, sin hacerle caso, mirando absorta a su marido y hablando muy bajo, como si lo fuera a despertar, le comentó a Ángel:

—Ayer me sobresalté porque creí que había movido el dedo índice. Yo tenía cogida su mano —continuó contándole emocionada— y me pareció sentir que movía el dedo... Fue un instante. Un momento. Como una ligera descarga eléctrica... Quizás fuesen ilusiones mías. Algún movimiento reflejo de mi propia mano entumecida de tanto tenerla extendida.

—¿Se lo has dicho al médico?

—No. Todavía no. Viene mañana y se lo voy a decir... Son quizás figuraciones mías, que siempre lo estoy mirando y tocando... Pero, siéntate ¿Tienes un momento? —Ángel asintió con la cabeza y ella continuó diciendo:

—Mira lo que he leído aquí en “El Mundo” —Cogió el periódico y lo abrió por una hoja que tenía doblada: *“Salvado de la muerte por un guiño”. A Richard Rudd lo hubieran desconectado del respirador si no fuera porque guiñó por tres veces los ojos. Su médico le dijo que moviera sus parpados si quería seguir viviendo y Rudd sorprendentemente los movió, esquivando así un final que su padre y su hija daban por hecho porque así lo había dejado dicho antes de que un accidente le dejara en coma profundo y confinado en una cama de hospital.*

Rosa dejó el periódico, se tapó los ojos con la mano y se puso a llorar quedamente.

—Díselo al médico enseguida, Rosa. Igual le puede hacer alguna prueba como a ese señor inglés —dijo Ángel, poniendo, a su vez, la mano sobre la que Rosa tenía aún en el antebrazo de su primo.

—Dios y el Santísimo Cristo de Medinaceli lo permita. Ángel, te queremos todos en esta casa. Ya lo sabes.

—Y yo a vosotros. Además —añadió camino de la puerta mientras cogía su abrigo—, necesito a Daniel más espabilado que nunca porque me han encargado una investigación y necesito que me eche una mano con sus archivos.

Cuando Rosa estaba a punto de abrir para que saliera Ángel, tras

ayudarle a ponerse el abrigo, llamaron al timbre de nuevo y apareció Luci en la puerta con la muñeca en la mano y una cara que no podía disimular su alegría. Sin hacer caso de Ángel, se abrazó a Rosa.

—Te dije que no te arrepentirías. Te traigo un sobre con dinero adelantado. Mi jefa quiere que le hagas dos docenas de estas muñecas. Eso para empezar y luego ya veremos...

—No sé cómo las voy a hacer —comentó agobiada—. No tengo tiempo...

—No te preocupes —le dijo Luci—, hay muchas paradas en el bloque. Ya encontraré alguien que te ayude... Ay, perdone usted —comentó dirigiéndose a Ángel, en quien parecía no haber reparado hasta ese momento.

—Es Ángel, el primo hermano de mi marido, del que tanto te he hablado —le aclaró Rosa.

—Pues, encantada, ¿eh? Y perdone, ¿eh?, que no le he echado cuenta —luego, dirigiéndose a Rosa de nuevo, le preguntó, mientras daba una vuelta, como una modelo, por el rellano de la escalera:

—¿Has visto lo bien que me queda el abrigo al que le diste la vuelta?

—Te queda de maravilla... Luci, de verdad. Gracias, mil gracias por tener ese corazón de oro...

—Qué cosas dices Rosa, hija, delante de este señor —bromeó sonriendo—. Cómo están las cosas, me lo va a querer robar para venderlo... Para que lo sepa usted, la onza esta a 23 euros... Y el mío es muy grande... —Rosa la abrazó. El vecindario era tan humilde como ellos pero eran muy buena gente y se ayudaban unos a otros todo lo que podían. Cuando bajaron Luci y Ángel juntos por la escalera —en aquella casa antigua no había ascensor—, la chica, una buena chica de barrio humilde, casi pobre, le comentó:

—Es que, mire usted, me dan pena esas criaturitas, mucha gente en la casa cree que pasan hambre, lo que ocurre es que ella es muy sufrida y no dice nada, pero están pasando muchas necesidades con la mala pata del marido, ¡ay, perdone!, de su primo de usted... Así, por lo menos, con lo de las muñecas, le podrá comprar a las nenas lo que quieren para reyes. Lo de la tienda, ¿sabe usted?, es mentira. Lo hemos acordado entre todas las chicas jóvenes de la vecindad para ayudarla... No le diga usted nada, por favor, señor... Bueno, adiós, que me espera mi novio y luego me da la tarde preguntándome que con quien bajaba

las escaleras y que si esto que si lo otro.

Cuando volvió al cuarto con su marido, Rosa se llevó la mano al pecho sobresaltada, a la vez que puso cara de estupor, de incredulidad. Hasta que no lo repitió, no dio crédito a lo que le pareció haber oído. Daniel, sin abrir los ojos, movió el dedo índice de su mano derecha y gritó con voz angustiosa y ahogada:

—¡Rosa, por Dios, los caballos! ¡Cuidado con las niñas...!

25

“La mente enferma de Fabian, maltratador profesional, siempre escogía para sus “juegos” desde muy joven a personas que no podían defenderse, ya fuera por la imperiosa necesidad de conservar el trabajo, por el chantaje a que eran sometidos para que no hablaran o por las promesas que le hacía a cambio de su silencio. Fabian había visto, en una de sus poco frecuentes visitas a un museo, el cuadro de Eugene Delacroix, El duque de Orleans mostrando a su amante, en el que el aristócrata muestra a su propio marido el cuerpo desnudo de la esposa—con el rostro oculto por una sábana— y este no la reconoce. Entusiasmado con la idea, decidió ponerla en práctica. En aquellos días, hacía méritos en su casa como doncella, una bella joven recién casada a la que no hizo falta insistirle mucho para que se convirtiera en amante de Fabian, uno de los hijos de la acaudalada familia en la que había entrado a servir. Incluso cuando se lo explicaron, la joven encontró divertido prestarse al juego del cuadro de Delacroix, segura de que su marido no la reconocería, a cambio, claro está, de un buen fajo de billetes “por el riesgo que corro si averigua quien soy en realidad”. Una noche de sábado —el día preferido de Fabian para sus “juegos”— tras meter en la cama a la joven tal como vino al mundo, llamó a la habitación al infeliz marido de la muchacha mostrándosela desnuda, con tan solo el rostro tapado con una sábana blanca, como en el cuadro. Cuando el marido estuvo ante ella, Fabian le preguntó que si sabia quién era, a lo que el joven respondió sinceramente que no lo sabía...”

Estas líneas filtradas, no se sabe cómo, a Internet, habían creado la expectación suficiente para que se empezara a hablar en diferentes programás frívolos —sobre todo programás de televisión— de la aparición del libro *Otro millonario delincuente,* expectación a la que había colaborado el hecho de que la autora de la historia fuera una

popular y querida presentadora, cuyo deterioro fue seguido paso a paso durante meses por millones de telespectadores. Todo el mundo vio cómo aquella joven, alegre, guapa, sonriente, atrevida, rompedora y segura de sí misma, terminó desmayándose en el curso de un telediario, desapareciendo luego por completo hasta que volvió a ser actualidad otra vez la semana anterior a la publicación del libro. La famosa presentadora no era otra que Carla, que aparecía en la solapa de la portada, avejentada, con sus bellos ojos azules, opacos, con ojeras...

Carla, una victima mas de Fabian (al que en el libro llamaba "Fausto", como a él le gustaba que le llamaran para cometer sus fechorias) había escrito el libro en primera persona, con rabia, con un realismo no exento de ánimo de venganza, aclarando, a su vez, que deseaba que el individuo en cuestión terminara en la cárcel, entre otros supuestos delitos, por violencia de género, racismo, malversación de fondos, por defraudar a Hacienda y por dejar en la ruina a cientos de accionistas de una de sus empresas. Aunque era un tema espinoso y polémico, Carla, tras consultar con su propio abogado y los de la editorial, acordó la publicación de libro, ya que no se citaban nombres ni se podían identificar a las personas por los hechos. Solo cometió un fallo: creyó que era la única víctima de "Fausto", cuando en realidad había muchas más perjudicadas...

Pocos días antes de la cita para la presentación oficial —ya estaban distribuidas las invitaciones y convocada la prensa especializada—, en uno de los programas de la tele, saltó la bomba: un tal Hilario, conocido en los círculos del espectáculo, entró en directo por teléfono y empezó a decir:

—Yo conozco la verdadera identidad de "Fausto", el personaje que Carla cita en su libro, y estoy dispuesto a decir su nombre y su apellido.

—¡No! ¡No lo diga, por favor! —le cortó enérgicamente el veterano presentador — Cuénteselo a los televidentes después de la publicidad... Volvemos en cuatro minutos...

En el estudio se armó un gran revuelo en el que se discutió acaloradamente la oportunidad y la conveniencia o no de dar a conocer la supuesta identidad del principal personaje de la biografía de una compañera sin consultárselo a la autora, pero la realidad era que no había tiempo y, al final, cuando estuvieron en el aire, le dejaron el micrófono abierto al tal Hilario, que dijo:

—¡"Fausto" es en realidad el conocido millonario Fabián Setano y

Fernández-Queen!
El director del programa se quedó helado porque sabía la vinculación del millonario con la cadena y otros medios de comunicación...
—Bueno, creemos que su comentario es aventurado y no tiene ningún medio de demostrar lo que está diciendo —dijo visiblemente nervioso el presentador mirando a cámara— ... Por lo que consideramos que es un juicio temerario que, por supuesto, no compartimos. Muy al contrario, pedimos disculpas desde aquí al señor Setano por las palabras de nuestro comunicante... Sí. Sí, pásenos esa llamada. ¿Con quién hablo, por favor?
—Conozco muy bien a Hilario —dijo una voz femenina— y puedo asegurar que está diciendo la verdad.
—Señora, por favor... No queremos insistir en este tema...
—Lo del cuadro que han leído, ocurrió en la realidad... Y la muchacha que estaba desnuda en la cama era la mujer de Hilario... Aunque él no la reconociera aquella noche... y el “bromista” que se la mostraba, no era otro que Fabián Setano, alias “Fausto”.
—Señora, por favor. ¡Vamos de nuevo a publicidad! —dijo el presentador mirando alarmado hacia el director, al que se le estaba yendo de las manos el programa.
—¿No alardeáis de que no le cerráis el micrófono a nadie? Dejadme decir una sola cosa más: Hilario ha sabido al cabo de los años que era su mujer la joven que le mostró su jefe desnuda en su cama porque ella se cabreó el otro día y se lo dijo en un discusión: “Pues, que sepas —le dije— que la mujer desnuda que hace veinte años se tapaba la cara con la sábana en la cama de “Fausto” era yo”.
—¿Por qué ha dicho usted, “le dije”? —insistió perspicaz el presentador.
—Porque yo soy su esposa, la joven sirvienta que se prestó al “juego” del cuadro aquel. Luego, continué siendo la amante del cabrón de Fabián durante años junto a otras muchas, me temo, sin que mi marido sospechara nada, pero, ahora, el muy hijo de puta me ha abandonado... —hubo unos segundos de silencio en los que se terminó escuchando lo que parecían unos sollozos contenidos— ... Y ahora —continuó diciendo la comunicante— quiero vengarme. Se lo confesé todo a mi marido... Y ahora queremos destruirlo entre los dos. Se lo contamos también a Carla para su libro... Pero, ella ha tenido miedo de

decir quién es en realidad. Nosotros, no. Sabemos muchas cosas. Mi marido sabe muchas cosas de su jefe —Fabian o “Fausto” o como quieran llamarlo— durante tantos años y queremos que este sujeto, por muy millonario que sea, termine en la cárcel.

—Vamos a cortar. No hay más tiempo. El programa ha llegado a su fin —dijo el presentador, a punto de que le diera un infarto—. Estas son las cosas del directo —repitió a modo de disculpa mirando a cámara—, y queremos decir, una vez más, que no nos hacemos responsables de las opiniones vertidas por nuestros invitados...

—Sólo quiero añadir una cosa —insistió Hilario—. He sido el secretario particular de Fabián Setano y Fernández-Queen durante muchos años y puedo contar muchas cosas de él, y las quiero contar, y las puedo demostrar, y no me importaría hacer una declaración formal a la policía. De hecho, la voy a hacer, y voy a ratificarme después ante un tribunal. Me ha decepcionado, traicionado... Y ya no puedo vivir más con esta carga...

—¿Vendrían ustedes a este programa mañana, después de la presentación del libro de Carla, para comentarlo con nosotros?

—Si vosotros os atrevéis. Por nosotros no hay ningún inconveniente.

—Se pondrá en contacto con ustedes alguien de la cadena y les recomiendo que vengan con su abogado...

La emisora estuvo varias horas colapsada de llamadas a los responsables por haber citado a la pareja para el día siguiente— unas a favor y otras en contra—: “Es una locura”, dijeron unos; eso es libertad de prensa, decian la mayoría. La alarma en la editorial fue general, por lo que convocaron una reunión urgente del consejo de administración para ver qué se podía hacer. Todos los consejeros acudieron de inmediato, menos la autora del libro —a quien también habían citado— que estaba desaparecida. El caso estaba claro: una vez descubierta la identidad del personaje, al que se dedicaban más del sesenta por ciento de las memorias de Carla, había que parar la distribución porque podían interponerles una querella millonaria, de la que parecía que era difícil defenderse.

—Un momento, señores —dijo el abogado de Carla—. Mi cliente en ningún momento ha citado al señor que ustedes mencionan en sus comentarios, basados en lo que me aseguráis que se ha dicho en uno de esos programás de la tele de escasísima veracidad, por no decir nula.

Por lo tanto, creo que si en este caso hubiera alguna demanda tendría que ir dirigida contra los que han nombrado a este señor en un medio público de gran audiencia para pedirle daños y perjuicios. Como todos sabemos en este país —a pesar de la crisis— hay muchos millonarios y, que sepamos, nadie se ha identificado como “Fausto”. Si alguien, mañana, cuando salga el libro, llama a esta casa autoinculpándose, identificándose como el siniestro personaje a que se refiere en su libro mi cliente, probablemente habría que localizar su llamada, al estilo de la policía americana, y detenerle por extorsionador... violencia de género, tráfico de drogas, corrupción de menores y otros cargos más comprometidos...

—Todo lo que usted dice es muy cinematográfico, pero, yo, que tengo mi dinero invertido aquí —dijo exaltado uno de los consejeros—, creo que es más práctico parar la distribución del libro y anular la presentación alegando que tenemos que revisar los textos por un error. Esto es muy serio: hay dos testigos dispuestos a acusarles formalmente y creo, sinceramente, que estamos metidos en un gran lío.

—¿Y quiere perderse los miles de libros que podemos vender con este lanzamiento, aprovechando el escándalo y la polémica? —dijo otro de los presentes.

—Sí, prefiero tirar el papel impreso al reciclaje antes de enfrentarme a una demanda millonaria con estos fanáticos de los Setano, que son capaces, por defender su apellido y su buen nombre, de prenderle fuego al palacio de Justicia.

—Señores —dijo el presidente, dando una palmada en la mesa para solicitar atención—, nos dicen de la distribuidora que a esta hora de la tarde todos los libros están ya en los puntos de venta y que, incluso, algunos se han vendido en la estaciones a clientes que han visto la televisión y lo han pedido expresamente sin estar expuestos.

Fotógrafos, cámaras de televisión y numerosos reporteros, “alcachofas” en mano, se agolpaban a las puertas del hotel donde iba a tener lugar el “lanzamiento” oficial de las memorias de Carla, famosa presentadora de la tele recién salida de un centro de desintoxicación, en las que, según había declarado, no iba a dejar “títere con cabeza”. Carla había dicho bien claro en una reciente entrevista que tuvo mala suerte y que se había dejado llevar por gente que le perjudicó, dentro y fuera del mundo de la información, insistiendo, una y otra vez, en que la mayoría

de sus compañeros eran profesionales íntegros y honrados. En las citadas declaraciones, dijo también que había escrito el libro para que las jóvenes que empezaban no tropezaran en la misma piedra que ella y tuvieran mucho cuidado cuando se apagaran los focos y se acercaran a ellas toda clase de personas atraídas por la fascinación que otorga la pequeña pantalla.

Al acto habían acudido muchos compañeros de la cadena donde había trabajado, así como actores y actrices, colegas de una película que había rodado recientemente en la que interpretaba su propia historia: la de una presentadora de televisión destrozada por el éxito, la vida vertiginosa, la tensión desmedida y la caída en la droga, que terminaría con su salud.

Cuando ya estaba a punto de aparecer la autora por una puerta lateral, llegó Patricio, el periodista, acompañado por Riki, su novio, y se dirigieron a saludar a una de las jóvenes de la primera fila, muy morena, de piernas largas y unos pequeños ojos claros de mirada inquietante, que estaba al lado de un joven torero revelación de la temporada. Todos los reporteros acreditados para el acto habían fotografiado a la pareja buscando un posible idilio entre el torero— que empezaba a ser muy popular —, y la joven morena, a quien uno de los periodistas identificó como la actriz que hacía de fulana en la nueva serie de la tele.

—Es horrendo, horrendo, Meli, querida, qué espanto por Dios... Yo no me lo puedo creer. ¿Vale? Que sea verdad lo que ha dicho por la tele ese loco... Está de atar, por favor... ¿Cómo puede ser que nuestro "Fausto", nuestro querido "Fausto", sea ese maltratador? ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror...! —luego aproximo otra vez sus labios gordezuelos a su oído y le dijo muy bajo:

—El plan de promoción para salir en los papeles marcha: tras el torero vendrá el aristócrata... Con dinero te encuentro todas las parejas famosas que hagan falta para que salgan contigo un día, te fotografíen con ellos, salgas en la tele...y empieces a ser conocida... tu nuevo nombre es Meli Monroe...ya esta decidido. No hay más que hablar.

Carla, acompañada por la directora de la editorial, apareció por una puerta cercana a la tarima donde estaba situada la mesa con dos micrófonos. Habían doblado el personal de seguridad y junto a una reproducción de la portada del libro de gran formato, con una cara de la presentadora cuando era joven, había una gran pantalla en la que

aparecían flashes de Carla en varios de los programás en los que había participado a lo largo de su carrera profesional —no muy larga, pero intensa— así como en diversos momentos en los que recogía los galardones que había obtenido, para terminar con una imagen de ella esposada entre dos policías, cuando fue detenida acusada del intento de asesinato de uno de sus amantes.

En los últimos minutos, antes de que Carla empezara a hablar, justo detrás de Meli —la sala ya estaba llena con gente incluso de pie—, se sentaron Ángel y Julia, que habían acudido juntos, tras conocerse que podría estar involucrado Fabian, el hermano de Odón, por si el contenido del libro pudiera tener relación con el trabajo que les había encargado el millonario sobre los sucesos que estaban ocurriendo en la familia. Al ir a sentarse, Ángel tropezó con algo en el suelo y, agachándose, cogió un jersey que pensó que podría ser de la joven que estaba sentada delante, por lo que le tocó suavemente en el hombro.

—Perdona. ¿Es esto tuyo? —le preguntó cuando ella volvió la cabeza, mientras le mostraba el jersey para que lo pudiera ver.

—Sí, gracias. Muchas gracias... Se me había caído —le dijo Meli con una sonrisa, que le permitió lucir sus nuevos implantes.

Ángel no había reconocido a la mujer que estaba muy cerca de la chica del jersey que le había saludado con un expresivo, ¿cómo le va?, aunque sí vio llegar, sin embargo, a Elizabeth, acompañada de dos o tres jovenes a quienes les tenían reservado un sitio en la primera fila; y a Eusebio, el secretario de Odón, a quien había visto por última vez en el pueblo de Telmo, el mismo día en que mataron al cura. A Eusebio le acompañaba otro señor de mediana edad, que llevaba una gorra de visera, gafas oscuras y una camisa blanca sin corbata.

—Pssss... —alguien de la editorial mandó callar y se fue apagando el murmullo, hasta hacerse un silencio absoluto. Fue entonces cuando empezó a hablar Carla, que tenía en sus manos un ejemplar de su libro.

—En primer lugar, quiero agradeceros a todos que estéis esta tarde aquí conmigo. Mi única intención al escribir este libro —Carla lo levantó en alto y lo mostró al público durante unos segundos— ha sido lanzar un grito contra la opresión a la que, en pleno siglo XXI, continua estando sometida la mujer, sin que hayamos sido capaces, desde el inicio de los tiempos, de terminar con la esclavitud en la que nos tienen sumidas. No es que no hayamos conseguido la supremacía que nos corresponde, si no que ni tan siquiera hemos conseguido la tan

cacareada igualdad. ¿Por qué? ¿No somos igual de inteligentes y sentimos igual el dolor y admiramos de la misma forma la belleza? ¿Por qué se sigue hablando de la fuerza? ¿Es esa la causa, cuando ya no es necesaria para cazar y somos capaces —igual que ellos— de apretar el botón del ordenador? ¿Por qué siguen matándonos, abusando de nosotras, doblegando nuestra voluntad? ¿Sabéis lo que pienso? Que somos más vulnerables por que nos entregamos más; porque somos más sensibles, porque somos capaces de amar más y de emocionarnos más; porque el milagro de la maternidad nos acerca a Dios, a la naturaleza, y eso nos hace contrarias a la violencia, a la muerte. Porque somos las encargadas de dar "forma a la vida", alfareras que en nuestros vientres abultados hacemos bellas vasijas de un puñado de barro... Que recibe la vida de un soplo divino...

La primera fila de asistentes, casi todas mujeres, prorrumpieron en aplausos, y cuando Violeta —que estaba sentada cerca de Meli y el torero— se puso de pie, lo hizo tambien gran parte del público, que había acudido al acto dispuesto a apoyar a Carla, victima mediática de la violencia machista.

—Dedico estas memorias —continuó diciendo Carla—, tristes memorias, a todas aquellas jóvenes que sueñan con hacerse "famosas de la tele", para que sepan que es un camino que se tiene que recorrer con cuidado, porque cuando se sale de los platós y del ambiente periodistico, existe la tentación de tomar atajos peligrosos, donde es fácil perderse en bosques llenos de lobos. Yo quise ir demásiado deprisa y pisé arenas movedizas que me atraparon hasta la muerte, asfixiada de ilusiones rotas y de drogas. Quiero decir, que de entre todos los "protagonistas" de mis memorias, hay uno, "Fausto," que me hizo más daño que nadie.

Carla dijo cosas tremendas, hizo acusaciones muy graves, contó anécdotas —unas divertidas que hicieron reír, y otras tristes que emocionaron—. Posteriormente habló la directora de la editorial quien dijo que, a pesar de su esfuerzo y su encomiable trabajo, eran insuficientes los medios con que contaban las organizaciones que existían para luchar por las mujeres maltratadas y contra la violencia de género. Hubo aplausos, firma de ejemplares, entrevistas con la autora, quien se sintió acorralada ante la pregunta del día: « ¿Es cierto que el principal personaje de sus memorias, el tal "Fausto", es en realidad el conocido millonario Fabián Setano y Fernández-Queen?». Carla repetía

una y otra vez que en su libro no había nombres y que cualquier identificación la tendría que demostrar quien la dijera.

Ángel, que había reconocido a Violeta cuando se levantó para aplaudir a Carla —la recordaba de cuando fue a visitarla a la escuela de baile para preguntarle por Anabel y del encuentro en la exposición de las "Heroínas"—, se acercó a ella acompañado de Julia, aunque fue Violeta la primera que se dirigió a él:

—¿Ha encontrado ya a Anabel?

—Desgraciadamente no —le contestó—, pero no pierdo la esperanza... Quiero aprovechar la ocasión de encontrarla aquí para darle las gracias por su amabilidad al recibirme aquella tarde, aunque, en realidad, no me sirvió de mucho, pero el solo hecho de poder hablar con alguien que había vivido con ella, que la había conocido, era un aliciente para mí.

—Puede volver cuando quiera a visitarme, aunque si quiere que le sea sincera, me ratifico en lo que la le dije aquel día: quizás ella no quiera volver... ¿Ha probado a buscarla en algunas de esas sectas que proliferan en los Estados Unidos...?

Ángel no le hizo caso y dijo señalando a su amiga:

—Quiero presentarle a Julia, que me está ayudando a buscarla. Mira Julia —le dijo cogiéndola del brazo—, esta es Violeta, la directora de la escuela de que te he hablado, donde estuvo Anabel.

—Violeta... —dijo muy despacio Julia—. Su cara me suena. ¿No es usted una bailarina que tuvo mucho éxito en Inglaterra hace unos cuantos años? —Violeta se sonrojó levemente, bajó los ojos y dijo con modestia:

—Bueno, era bailarina, pero no de mucho éxito. Le agradezco que se acuerde de mí. Pero de eso hace ya mucho tiempo...

—Era mi gran ilusión, ser bailarina —dijo Julia, iniciando un pase de baile—. Fue usted mi ídolo y tenía una foto suya fijada en la pared de mi dormitorio cuando tenía quince años —sin pensarlo dos veces, Julia se lanzó materialmente sobre ella y emocionada, le dio un abrazo.

En ese momento se acercó Elizabeth, que también había asistido a la presentación del libro de Carla.

—Todavía tienes fans, por lo que veo, mi querida Violeta —le dijo —. Y no me extraña, yo también lo soy. Pocas bailarinas han llegado a entusiasmarme tanto como tú. Fue una lástima aquel desgraciado accidente que te obligó a retirarte de los escenarios.

—Mira, Elizabeth —dijo Violeta intentando cambiar de conversación, dejando bien claro que no le gustaba hablar de su pasado —, estos son Ángel y... —otra vez no se acordó del nombre de su admiradora, por lo que Julia salió en su ayuda deletreando su propio nombre con paciencia, como se le repite algo a un niño para que se lo aprenda.

—... Ju-li-a. Me llamo Ju-li-a...

Fue entonces Patricio el que se incorporó al corro.

—¡Qué casualidad, querida Elizabeth¡ ¡Estás magnífica! ¡Qué traje más ideal! No coincidía contigo desde aquella accidentada travesía cuando nos atracaron aquellos malvados piratas del Caribe, aquellos corsarios tan ordinarios... En aguas de Sancti Petri. Qué susto por Dios...! —dijo poniendo una de sus manos en el pecho y los ojos en blanco—. No me quiero ni acordar.

Elizabeth dejó que le besara la mano y dijo mirando a los demás:

—Este es Patricio, periodista y, a pesar de todo, amigo.

Luego, le presentó a Violeta, a Ángel y a su amiga Julia. Violeta no dejaba de mirar hacia la puerta por donde tenía que aparecer Carla — victima como ella de la maldad de Fabian—, que había prometido tomar una copa con ella cuando terminara de atender a los numerosos invitados a la presentación. Ya habían comenzado a pasar unas bandejas de canapés cuando se acercó al grupo una exaltada asistente al acto cuya presencia hasta entonces había pasado desapercibida, ya que llegó comenzada la presentación. Se trataba de Laura, la hija de la viscontessa, que había acudido precipitadamente cuando se enteró por la tele de que *el Otro millonario delincuente* podría ser su tío Fabián. Laura se acercó al grupo con una copa de champán en la mano y dirigiéndose a Elizabeth —no había visto a Patricio, ni a Violeta—, le dijo:

—Te quiero. Me alegro de encontrar a alguien conocido. ¡Qué horror, qué cantidad de buitres! —dijo refiriéndose a los periodistas—. Sólo falta nuestro amigo el gran gay...

—Que estoy aquí querida, jódete princesa —le dijo Patricio.

—Yo tambien estoy aquí, Laura. ¿Qué tal desde Venecia? —le preguntó a su vez Violeta, recordando que la había besado cuando llevaba una máscara y no sabía si era una mujer o un hombre.

De pronto, todos se volvieron hacia la protagonista de la tarde, Carla, la solicitada autora del libro, que dijo en alto, para que todos los

presentes la escucharan:

—¡Gracias! Gracias a todos por apoyarme.—A Carla se le saltaron las lágrimás. Y tanto las jóvenes que la rodeaban, como los componentes de la inesperada reunión, prorrumpieron en un repentino y unánime aplauso por su valentía al denunciar una situación que venía padeciendo desde hacía años.

—¡Por favor! ¡Solo un momento! Poneos todo el grupo ahí, con Carla —dijo uno de los fotógrafos, cámara en mano, insistiéndoles en que se agruparan más para que pudieran salir todos en la foto, mientras Meli, que cogía nerviosa a Patricio por un brazo, le decía, histérica, señalando a una persona que estaba al final de la barra del bar:

—¡Es él! ¡Es el que estaba con mi amiga Rita en la discoteca la noche que la mataron!

—Cálmate. Cálmate. ¿Estás segura? —le contestó Patricio, mirando hacia el lugar que le indicaba.

—Le vi perfectamente. Lo podría reconocer entre un millón... Tenemos que hacer algo... —le insistía, apretándole el brazo hasta casi hacerle daño.

—¿A quién te refieres? —preguntó Carla, que la había visto gesticular y hablar con Patricio—. ¿A áquel con gafas negras que lleva mi libro en la mano? Tranquila. Debes de estar equivocada. Se trata de Hilario, el secretario de Fabián Setano y Fernandez-Queen. El que ha dicho en la tele que “Fausto”, mi personaje, es en realidad Fabian. Lo conozco bien y quiero que sepas que esta noche tu “asesino”, va a hablar de mi libro en la tele... También quiero que sepas que me salvó la vida una vez que estaba secuestrada en un sótano de la calle Velázquez, sin comida y sin agua...

Patricio, olvidando las insinuaciones de Meli —quien por cierto se había quedado mirando a Elizabeth, sin poder recordar porque le sonaba su cara—, alzando la voz y su copa, propuso un brindis por la nueva escritora y por que prosiguiera y se intensificara la lucha de las mujeres por la igualdad y contra la violencia de género.

Tras brindar con todos, Meli, que se había olvidado del torero, que continuaba dando vueltas por el salón como si estuviera haciendo el paseillo, buscó nerviosa en su pequeño bolso de Vuitton la tarjeta que hacía unos meses, la noche de la muerte de Rita, le había dado en la puerta de la discoteca el policía de la cabeza rapada... «¿Cómo se

llamaba...? Fabila... Sí, eso es... Aquí está, Pelayo. Lo voy a llamar ahora mismo».

—Pelayo. ¿Es usted? —dijo poniendo la mano cerca de la boca, para que no se oyera lo que decía—. Soy Meli. Sí, Meli... Soy la amiga de Rita, aquella chica que apareció ahorcada en la puerta de una discoteca a primeros de año. —Meli se quitó la mano de la boca y se santiguó tres veces rápidamente—. Sí, esa, sí... He vuelto a ver a aquel señor que hablaba con ella poco antes de que la mataran. Lo tengo aquí a mi lado... ¿Qué dónde estoy? Pues no lo sé... Pero esta noche va a ir a la televisión.

26

Cuando abrió el tercer sello oí al tercerviviente que decia:”ven”.Miré, y ví un caballo negro.El que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía “Dos libras de trigo por un denario y Seis libras de cebada por un denario, pero no dañes el aceite ni el vino”

Ángel se desperto sobresaltado y sudando tras una de sus habituales pesadillas. Era el día siguiente de la presentación de las memorias de Carla, y había quedado con Julia para comentar el libro y ver si había algún detalle que pudiera interesarles para la investigación de los sucesos que estaban ocurriendo en la familia Setano. La sorprendente revelación de que “Fausto”, protagonista principal de las memorias de la popular periodista, era Fabián Setano, el hermano de Odón, convertía al libro en un material de primera mano. Ángel miró su Hamilton, luego consultó el viejo reloj de estación que tenía en su pintoresco loft y puso un CD, “Las cuatro estaciones” de Vivaldi, dispuesto a esperar a que apareciera Julia. Antes de sentarse, comprobó que el vídeo que la noche anterior había grabado con las declaraciones de Hilario —que se había identificado, sin que nadie lo contradijera, como secretario de Fabián Setano— estaba preparado para apretar el botón.

La verdad era que en el caudaloso río que veía Ángel en sus pesadillas, comenzaron a aparecer extraños cuerpos —Daniel en coma, Telmo calcinado, la daga que hirió a Odón flotando milagrosamente... —, sin que los confiados navegantes de la pacífica y engañosa corriente advirtieran —a pesar del estruendoso ruido—, que unos metros más allá las aguas del tranquilo río se iban a precipitar en una cascada de acontecimientos, que Ángel no se quería perder aunque muriera ahogado en el empeño. Las cosas que estaban a punto de investigar con

Julia, muy pronto les iba a estallar en las manos mezclándose unas con otras para convertirse en un infierno.

Odón le había dicho textualmente que no reparara en gastos, lo que le iba a permitir viajar, incluso a Estocolmo —donde estaban reparando el velero del millonario—, circunstancia que aprovecharía para investigar las últimás horas de Anabel en aquella ciudad antes de desaparecer. Quizás pudiera conocer algún detalle, encontrar alguna pista, que le pudiera orientar sobre lo que había ocurrido. Preguntaría en la firma encargada del desfile, en los lugares que frecuentó, en el hotel donde se hospedó y hablaría con compañeras, camareros y conserjes, hasta averiguar algún detalle de su estancia allí...

Volvió a mirar su reloj y, aunque le constaba que Julia era, entre otras muchas cosas, imprevisible, seguía creyendo que había tenido una gran suerte en encontrarse de nuevo con ella. A pesar de todo el tiempo que llevaban separados desde aquellas pocas semanas en París, se sentía compenetrado con ella. Eran completamente diferentes, pero se entendían a la perfección. De hecho, tras tantos años sin comunicarse, su relación continuaba con la misma fluidez... Podían seguir una conversación como si se hubieran visto y hablado el día anterior. Seguramente, habían cambiado, como todo el mundo con el paso del tiempo, pero si era así, lo habían hecho a la vez y les separaban las mismás diferencias que antes.

Julia agradecía más que nada que respetaran su libertad —ella era la libertad absoluta—, no quería puertas ni barreras que condicionaran ni un minuto de su vida. Por eso, le agradecía a Ángel que no le preguntara por su vida de los últimos veinte años, ni qué había hecho ayer ni qué iba a hacer mañana. Ella empezaba su vida cada día y no le gustaban los guiones.

¿Cuáles eran sus circunstancias personales para que todo fuera así? Ángel nunca fue capaz de preguntárselo, ese era el pacto. Por otra parte, sabía que era la compañera ideal para su "aventura" porque se entusiasmaba si algo le atraía y, como buen tauro, no lo dejaba hasta que no lo consiguiera. Además, era inteligente, detallista, intuitiva y rápida en sus deducciones. Aún había una cosa muy importante: aunque se acostara aquel día con ella en la casa de la rue de L'Alboni de París, no estuvo entonces enamorado de ella y tampoco creyó que lo pudiera estar en el futuro, por lo cual consideraba que era la compañera ideal, incluso para poder proponerle en un momento determinado que

volviera a hacer el amor con él, para ayudarle a disipar sus dudas de impotencia con vistas a su encuentro con Anabel. Necesitaba conseguir, tener la certeza, de que podía satisfacer a una mujer... Quizás se lo propusiera más adelante y, quizás, ella aceptara... Por amistad, por hacerle un favor, o porque le apeteciera, quién sabe... En ese momento, llamaron a la puerta insistentemente, no dejando de sonar el timbre hasta que Ángel abrió.

—¡Ya estoy aquí, *mon cheri!* ¡Ya está aquí Julia, tu amiga predilecta, la genuina, inteligente, moderna, desinhibida y golfa de Julia! ¡Dame un beso!

—Das asco. ¿De qué pocilga vienes? —le dijo Ángel poniendo cara de repugnancia, cuando ella lo abrazó sin que a él le diera tiempo de esquivarla.

—Vengo de la Puerta del Sol, de pasar el día con unos amigos “indignados” en sus tiendas... —Julia llevaba unos vaqueros raídos, una camisa de tirantes blanca, unas zapatillas de deporte negras sin cordones y un pequeño bolso en bandolera.

—Vete a la ducha inmediatamente y pon tu ropa en la lavadora.

—¿Y qué me pongo, tío? Hace frío en este cuartucho tuyo de escritor arruinado.

—Pues, algo que encuentres por ahí. No se puede trabajar a tu lado con ese perfume a porro...

—De eso nada, “pringao”, mis amigos son “indignados” pero más “fisnos”, sólo consumen drogas de alta gama. Es broma, ¿eh? Esto es muy serio y hay que tomárselo muy en serio. Es un movimiento que ha empezado aquí y se está extendiendo a todo el mundo.

—Todo eso está muy bien. Estoy de acuerdo en que es un movimiento muy importante, pero ya lo discutiremos en otro momento, ahora tenemos mucho que hacer. Date una jabonada para que se pueda uno sentar a tu lado sin tener que estar con las narices tapadas... Hueles a pis.

—¿Por qué no preparas mientras un tomate a tu mujercita, como a ella le gusta: con sal, limón, tabasco y todo eso? Anda, cielín. ¿No te alegras de que tu pobre nena haya vuelto a casa? Y échame un buen rocíon de vodka, que estoy destemplada.

—No tienes arreglo.

—¿Tú quieres que te ayude en tu famosa investigación...? Porque, si no, hay tres o cuatro fieras y una chavala que están esperándome en la

tienda para que protestemos y gritemos todos juntos. ¿Sabes el gusto que da joder sobre el kilómetro cero?

—¡Qué puta eres, Julia! Perdona, pero no se gastan bromas con las cosas serias.

—Es verdad. Lo retiro. Me he venido porque todo es muy serio. Va todo muy en serio y me aburría...

Luego, mientras pasaba desnuda por el corto pasillo, camino de la ducha, todavía dijo:

—¿No tienes una tienda de campaña por ahí de cuando eras scout...? Sácala y hacemos el amor dentro... —Ángel le tiró una revista que había en la mesa pero ella ya había cerrado la puerta y se estrelló contra la madera.

Al cabo de un rato, cuando Ángel ya había terminado de preparar el tomate y buscaba una cucharilla larga para que llegara al fondo del vaso de tubo, apareció Julia con los pantalones cortos de un pijama de verano de Ángel y una camiseta del Barcelona con el numero de Messi que le habían regalado sus amigos para gastarle una broma —ya que era del Real Madrid hasta la médula—, camiseta que nunca se había puesto, aparte de que era tres tallas más pequeñas, por lo que a Julia, aunque no tenía casi pecho, le quedaba bastante estrecha.

—Bromas aparte, si quieres que veamos el caso en serio, tendrás que comenzar por explicarme de qué va todo este lío —Julia se sentó en el sofá con las piernas dobladas y se estiró la camiseta, que no le tapaba el ombligo, dispuesta a escuchar y a tomar notas.

—Todo empezó cuando unos piratas, siete concretamente, abordaron el velero de Odón, una sensacional embarcación de dos palos propiedad del millonario que asaltaron cerca de la isla de Sancti Petri, en aguas de Cádiz, cuando navegaba procedente de Marbella. En el suceso murieron el marinero del barco y uno de los piratas, un africano no identificado que recibió un golpe en la cabeza cuando Odón se defendía— Por cierto, anota ahí que el juicio se celebra en estos días, para que no dejemos de asistir—. Se dijo entonces que era un ataque pirata más de los que se estaban produciendo por aquel entonces, aunque, en esta ocasión, sorprendió que se hubieran atrevido a actuar tan cerca de la costa. Posteriormente, hace unos meses durante la fastuosa boda de una hijastra de Odón Setano —el que nos ha encargado el trabajo—, celebrada en su gran finca del sur, hubo una

estampida de caballos provocada por unos fuegos artificiales en la que fue arrollado Daniel, un primo segundo suyo, que sufrió traumatismo craneoencefálico y no sé cuántas cosas más. Resultado: estado de coma. Todo el mundo dijo que había sido un desgraciado accidente. Por último. Cuando iba a terminar el año, coincidiendo con una cacería de arqueros en las que participaban Odón y Fabián Setano y Fernández-Queen, su hermano Telmo, que era párroco en la localidad, cayó hecho una bola de fuego desde el campanario de su iglesia, muriendo en el acto. Nadie se explica todavía como ocurrió el accidente..

Julia tomó un sorbo de su tomate “preparado” y comentó, tras terminar de tomar sus apuntes:

—Bueno, puede ser casualidad, pero, particularmente, me parecen muchas coincidencias para que ocurran en unos pocos meses. Lo del asalto, bueno... Lo de la estampida, también, pero la muerte del cura coincidiendo con que sus hermanos estaban en el pueblo, ya me parece demásiada casualidad. Yo creo que los tres casos hay que examinarlos, estudiarlos muy despacio, por separado ¿Tenemos permiso para poder consultar las investigaciones de la policía?

—No, por dos razones: primero, porque no dejan que fisgoneen dos aficionados; y segundo, porque Odón quiere que nuestra investigación sea, digamos, secreta, para que nadie trate de impedirnos que lleguemos a la verdad, ya que él teme que puedan estar implicadas personas muy cercanas que tratarian de impedirnoslo.

—Pues, estamos bien. Esto es un trabajo de envergadura. Desde mi punto de vista, tenemos que dividir los tres casos: “asalto”, “estampida” y “cura”, e investigar cada uno independientemente.

—Me parece bien, luego buscaremos conexiones si las hubiere...

Ángel pareció dudar un momento, y luego, le dijo:

—Julia, confío plenamente en ti. Te he escogido como compañera en esto...

—Que sí, hombre, larga ya lo que tengas que largar, si no, cómo voy a ayudarte. Puso la mano en alto, como si fuera a jurar, y le invitó a que chocara la palma con la suya, mientras le decía:

—Unidos hasta el final.

—Verás, no es muy científico, no tengo pruebas que lo demuestren, pero una mujer gallega mayor que cuidaba de don Telmo...

—¿Quién es don Telmo?, perdona —dijo Julia mirando sus notas.

—El cura —le aclaró Ángel, que continuó diciéndole en voz más baja, como si lo pudiera oír alguien—. Pues, esta mujer gallega, que ha muerto, me dijo que Telmo había recibido una carta en la que le aseguraba que no eran tres los hermanos Setano, sino cuatro. Por lo visto, la autora de la carta, prima hermana del padre de los tres hermanos, aseguraba que Odon sénior, el "patriarca", tenía un hijo secreto fuera de su santisimo matrimonio...

—¿Y quién es el hijo "secreto"? —preguntó intrigada Julia.

—Según aquella mujer... Aquella mujer me aseguró que había leído... Tras insistirle yo mucho y preguntarle una y otra vez...

—Lo quieres decir de una vez, que me estas poniendo nerviosa...

—Ella dijo que leyó un nombre: "Dani...o algo parecido"

—¡No me jodas! ¿El paralítico? —dijo Julia, poniéndose de pie y estirando de nuevo su camiseta, que marcaba sus pequeños pechos sin sujetador.

—Daniel no está paralítico. Recuerda: es el de la estampida de los caballos y está en coma. ¿Has tomado notas o no?

—No me fastidies. No me fastidies. A ver. A ver. Despacio, que me estoy armando un taco... Y el tal Daniel, ¿no sabe nada de todo esto?

—No. Ni idea. Yo me he criado con Daniel. Somos primos hermanos, mi madre y su madre eran hermanas, y te aseguro que no sabe nada. Nunca me dijo nada y estaba muy orgulloso del que él consideraba su padre, al que yo también he conocido desde siempre.

—Espera. Espera. Otra cosa, ¿por qué tenía esa carta el cura? ¿Quién se la había dado?

—No te lo vas a creer: la carta la había escrito la madre de Daniel. La guardaba en un cajón secreto y le dijo una vez que cuando se muriera se la diera a su tío Telmo en mano, pero que no la leyera, que el cura sabría lo que tenía qué hacer con ella. Que hiciera lo que Telmo dijera.

—Y el muy zorro no le dijo la verdad. ¿Es cierto o no?

—Pues, eso parece. Daniel me confesó un dia que él personalmente se la había llevado a Telmo, como le había pedido su madre poco antes de morir, y que el cura se fue a la iglesia a leerla y después de un rato de estar allí sólo, salió y le dijo que la olvidara. Que la carta no tenía nada más que unas dudas de fé de su madre, que seguro que ya estaba en el cielo.

—Y fuese y no hubo nada... —dijo Julia, con la boca semiabierta,

escapándosele la punta de la lengua por entre los blancos dientes, en un gesto muy característico suyo—. Menudo cabrón de cura. No quería repartir la herencia con otro hermano. ¿No? Que, ademas....tenía allí delante...

—Pues no lo sé, pero... —iba a decir algo, cuando el torbellino de Julia lo arrolló de nuevo sin dejarlo completar la frase.

—Y los otros dos hermanos... Odón y Fabián —dijo, tras consultar rápidamente sus notas—, ¿no sabían nada?

—Te he contado todo lo que sé. Ahora estás en igualdad de condiciones que yo...

—Apasionante, apasionante. Me está dando un subidón ¿Dónde está la carta? ¿No me digas que la dejaste escapar?

—La estuve buscando como un loco el día que Telmo murió, pero te puedo asegurar que no estaba ni en la casa donde vivía al lado de la iglesia, ni en el despacho parroquial. No sé donde está.

—Pues, sin la carta no hay nada. Aquella señora igual te engañó, con lo aficionadas que son las gallegas a las historias.

—Algo me dice que no. Que es verdad que existe por que así me lo aseguró Daniel, pero de lo que no podemos estar seguros es del contenido, que solo conocemos por lo que nos ha contado Rosalía... A lo mejor la han destruido. Ese es parte de nuestro trabajo: tenemos que encontrarla.

En ese momento, sonó el móvil de Ángel. Lo sacó del bolsillo como pudo a tiempo de que no se cortara y puso una cara de asombro que alarmó a Julia, que no dejaba de mirarlo mientras se acercaba a él intentando pegar su oreja a la Blackberry para escuchar lo que le estaban diciendo.

—¡¡¡No te lo vas a creer: Daniel ha hablado!!! Estaba tan tranquilo, como muerto en la cama desde hacía meses, y, de pronto, ha comenzado a hablar y a preguntar por las niñas a gritos: "¡Cuidado con los caballos! Decía ¡Cuidado con los caballos! —Ángel estaba emocionado, a punto de llorar. Se levantó. Le dio un beso a Julia en los labios, bebió un poco de su tomate y salió corriendo para coger su chaqueta, mientras ella le gritaba:

—¡Eh!, que te bebes mi cubata.

—¡Vente conmigo!

—No puedo, como voy a ir así.

La volvió a besar nervioso y le dijo, mientras abría la puerta de la

calle:

—El sofá se convierte en cama. Tira de ahí abajo y espérame, que vuelvo enseguida. Quedáte conmigo esta noche. Mañana cuando esté seca tu ropa, te largas.

27

Un ultraligero, con sus alas casi transparentes, blancas y verdes, estaba parado, como una libélula gigante, en uno de los bordes del camino principal de la finca de Fabian, en su tramo más recto. A la derecha, había una gran explanada donde pastaban cerca de un centenar de toros bravos. Y a la izquierda, extensos campos de cultivo donde, a lo lejos, se podía ver a más de cincuenta braceros —hombres y mujeres— agachados sobre la tierra trabajando. El ultraligero era un Trikes con tres ruedas, los mandos indispensables para poder volar y el asiento del piloto sin ninguna clase de protección. Estos aparatos tienen un pequeño motor con una autonomía de más de una hora, tiempo suficiente para que Fabián pudiera recorrer su finca volando muy bajo y despacio, ya que su velocidad de aterrizaje es de cuarenta o cincuenta kilómetros por hora. El millonario terrateniente lo había comprado porque, desde el aire, los días que hacía buen tiempo, podía visitar más rápidamente la extensa finca, vigilar su renombrada ganadería de toros y controlar los campos, donde numerosos trabajadores —sobretodo centroeuropeas de pelo rubio y recios cuerpos de campesinas— cultivaban fresas y uvas.

El camino principal de la finca tenía más de medio kilómetro por lo que era suficiente para el despegue y aterrizaje del pequeño aparato, maniobra que podía realizar en menos de doscientos metros. El improvisado aeropuerto terminaba en un amplio círculo verde en medio de los sembrados —como si alguna vez hubiera aterrizado una nave espacial— que servía de heliopuerto y de campo de tiro al plato, cerca de la casa principal y de los barracones de las extranjeras que trabajaban en la recolección. Al lado opuesto de la casa, oculta por unos arbustos, se encontraban las piscinas, el campo de tenis, un minigolf y un almacén o nave sin ventanas con una extraña torre, que siempre estaba cerrado con llave.

Más allá, había verdes y cuidados jardines con pequeños bungalows

donde el dueño de la casa alojaba a sus invitados cuando celebraba sus famosas “Chunda—Chunda”, y más allá aún, una enorme nave que servía de garaje, donde estaba aparcada una limusina Hummer de vivos colores. A la derecha estaba la playa, lugar en el que se encontraba anclado el yate del ganadero. En un rincón del enorme campo donde pastaban los toros, había una pequeña plaza y todas las construcciones propias para apartar los toros y su posterior encajonamiento.

En aquel momento, el ultraligero estaba siendo reparado por el mecánico de la casa —tenían varios tractores y vehículos— y le ayudaba un hombre corpulento, aunque no muy alto, con la cabeza rapada y gruesas manos con las que intentaba colocar en su sitio una de las piezas del motor de cuatro tiempos y ochenta caballos que hacía funcionar la hélice.

—Ya está —exclamó Eusebio, a la vez que se limpiaba las manos y se frotaba los antebrazos con un trapo sucio—. Tu “jefe” ya puede volar cuando quiera.

—Has llegado bien oportuno, porque yo no atinaba con la avería — le dijo a Eusebio el mecánico de la casa, mientras echaba el combustible y enroscaba el tapón cerciorándose de que estaba bien cerrado. Eusebio era el hombre de confianza de Odón. Su fiel escudero. Hacía unas horas que había llegado viajando en el AVE hasta Sevilla, donde alquiló un coche para llegar a la finca antes que su jefe, a quien esperaban en un par de horas. El día era espléndido, lo que facilitaría la llegada del helicóptero que le traería desde el yate de su amigo árabe, el multimillonario amigo de sus tiempos de estudiante en Londres, con quien llevaba varios dias embarcado recordando viejos tiempos.

Fabián, aquella mañana que estaba previsto que llegara su hermano Odon, se encontraba encerrado en su lugar preferido: su “cabaña”. Allí tenía una gran cama en medio de un macabro teatro donde había un gran escenario y una sola butaca donde se sentaba como único espectador para ver las degradantes escenas que inventaba su mente calenturienta y que obligaba a interpretar a sus víctimás, antes de someterlas a sus caprichos. Del techo —había una torre en la zona norte de la nave que se podía ver desde el exterior—, como en un auténtico teatro, pendían diversos decorados que aparecían en el escenario con solo tocar los mandos instalados en los brazos de la butaca: decorados clásicos con ninfas y sátiros copiados de los cuadros de Rubens, sórdidas cárceles con barrotes; grilletes en las paredes y

látigos para practicas sadomásoquistas; palacios parisinos de los tiempos del rey Sol; barracones de campos de concentración con famélicas prisioneras de ojos hundidos y pechos flácidos pidiendo clemencia...

En una dependencia anexa con largos armarios, donde se guardaba el vestuario, se había habilitado un espacio para peluquería y maquillaje, donde se preparaba a las “protagonistas” seleccionadas en un denigrante “casting” entre trabajadoras extranjeras de la finca y alrededores, a las que se les prometía un mejor puesto y ciertos privilegios si, voluntariamente, se sometían al “juego” propuesto, una vez seleccionadas por Fabián cuando formaban cola para cobrar. En otras ocasiones, ante la negativa de la trabajadora —muchas de ellas con necesidades y niños en su país, que solían ser despedidas cuando se negaban— “actuaban” jóvenes enviadas por proxenetas desde Madrid y Barcelona, generalmente menores y, últimamente, chinas, circunstancia que forzó a hacer horas extraordinarias a los pintores que tuvieron que preparar en venticuatro horas un decorado oriental adecuado.

Fabián estaba informado de la hora en que iba a llegar Odón y, tras mirar su reloj, echó de su enorme cama a la rubicunda cortesana con traje versallesco, incluidos encajes, lunar y peluca, y comenzó a prepararse para recibirlo. Sería absurdo pensar que no comprendía lo delicado de su situación tras las acusaciones del libro de Carla, pero le preocupaba, sobre todo, la traición de Hilario, que tenía documentación, y grabaciones, que le podrían comprometer en casos de menores, drogas y chantajes, así como a la hora de demostrar la entrega de fuertes comisiones a supuestos funcionarios de la Administración para obtener licencias y permisos de obras que el mismo Hilario se encargaba de abonar. Además, permanecían en su poder las grabaciones de las escuchas que él ordenaba para chantajear a personajes importantes, así como vídeos con las escenas más tórridas de respetables ciudadanos en sus famosas fiestas, algunos grabados en el escenario del “teatro” donde se encontraba. Una bomba, pensó, que va a provocar la “muerte” de más de uno y que dañará la reputación de otros muchos si llega a hacer explosión, como parecía inevitable. Su historia “oculta” había reventado (como estaba previsto que ocurriría en cualquier momento) y había sido precisamente su hombre de confianza el que había descubierto al público qué clase de personaje era, “tirando de la manta” en un vulgar programa de televisión ávido de

estos temás. Incluso, se había guardado algún as en la manga hablando de supuestos crímenes para cobrar otra vez por sus declaraciones si no intervenía la policía, como era lo más probable.

Fabián sabía muy bien todo lo que podía ocurrir y por eso había convocado en la finca, en su casa donde se había refugiado, a media docena de abogados considerados como los mejores del país para que participaran en su defensa. Confiaba en su poder y en su dinero, pero ya se había llevado la sorpresa de que varios de ellos —algunos asiduos a sus fiestas—, habían declinado la invitación de acudir en su defensa, dejándolo sólo en el momento más crucial de su vida.

Cuando se estaba terminando de vestir para recibir en el helipuerto a Odón —con el que tenía otro tema importantísimo que tratar: la existencia de ese supuesto hermano bastardo—, unos golpes en la puerta del teatro hicieron que abriera.

—Ya está preparado el ultraligero

Cuando llegaron a donde estaba el ultraligero, lo arrancó ayudado por el mecánico, se ajustó el atalaje y despegó cuando todavía había cogido muy poca velocidad.

Ángel, a quien Odon le había pedido que le acompañara en este viaje con su amigo arabe —petición a la que estuvo a punto de negarse, porque le avisó cuando estaba con Daniel el "resucitado"—, apenas cabía en el segundo helicóptero color púrpura del yate de Said en el que se dirigía a la finca de Fabián. Durante el vuelo, miró de nuevo su móvil para leer el "sms" que hacía unas horas le había enviado Julia: «Dijiste que te esperara y así lo hice. Me debes una». Ángel pulsó la tecla correspondiente para comprobar de nuevo si su contestación había sido la correcta: «No volverá a pasar. Cuando estaba con Rosa y su marido recibí una llamada urgente de Odón para que me uniera a él. Creo que este viaje es crucial para nuestra investigación. Tu colega». «Me sabe mal que me engañes», le contestó escuetamente ella a su vez. El piloto hizo un gesto con la mano indicándole que iba a aterrizar, momento en que Ángel miró por la ventanilla y vió el perfecto círculo hecho en medio de los pastos donde iban a tomar tierra. Al girar el aparato durante la maniobra, el helicóptero hizo un brusco viraje, tomando altura de nuevo, mientras un pequeño ultraligero pasó rozando las barras de aterrizaje. El piloto se llevó las manos a la cabeza y

pronunció una exclamación en inglés. Ángel, que se había dado un golpe en la cabeza con el cristal de la ventanilla, siguió, sin embargo, la trayectoria del pequeño aparato, cuando, de improviso, observó que comenzaba a hacer extraños —como si el piloto hubiese perdido el control— hasta que, tras dar varias vueltas, se estrelló cerca de la plaza de toros, a muy poca distancia del lugar donde se habían iniciado las piruetas.

Al llegar a tierra, el piloto del helicóptero y él corrieron hasta el lugar del accidente donde vieron el montón de hierros retorcidos en que se había convertido el pequeño aparato y pudieron comprobar que Odón y Eusebio ya habían cubierto el cuerpo del piloto con una capote que habían encontrado sobre un carreton de los que usan los novilleros en sus entrenamientos. Odón estaba hundido, con la cabeza entre las manos, sentado en una vieja silla de enea.

—¡Está muerto...! — dijo, abrazandose a Ángel con un hilo de voz —. ¡Destrozado! ¡Está destrozado! Hace unas semanas Telmo, y ahora Fabian...¿Qué hemos hecho, Dios mio, para merecer esto?

Ángel esperó a Odón a una distancia prudente tras la cinta colocada por la guardia civil mientras se llevaban a cabo las diligencias pertinentes y el levantamiento del cadaver. Luego el millonario se levantó para llegar hasta donde estaba su primo, quien le ofreció el brazo para que se apoyara. Al pasar por la pequeña capilla de la finca —en realidad, la capilla de la plaza de toros—, Odón le pidió a Ángel que buscara la llave, que rápidamente le dieron los guardeses. Cuando abrió la puerta, se arrodilló en un desvencijado reclinatorio y rezó durante un buen rato. Luego, se levantó y encendió las dos velas que había en el altar con el mechero que le alcanzó Ángel, que posteriormente se guardó en el bolsillo.

Al salir, se llevó la mano derecha a modo de pantalla sobre los ojos, cegado momentáneamente por el sol de medidodía, y en una explosión de ira y de rabia, le dió una patada a la puerta que tenía más cerca, que resultó ser la de la “cabaña” de Fabián, que quedó abierta de par en par dejando a la vista el extraño teatro que había en su interior. Despacio, confuso ante lo que estaba observando, Odón encendió las luces y se acercó a la única butaca que había y pulsó uno de los botones de su brazo. En el acto, cayó el decorado de un horfanato y se oyeron por los altavoces gritos de niños... Odón, que ahora parecía sereno, sacó el mechero de su bolsillo y prendió una de las esquinas del decorado. En

unos minutos, todo el teatro estaba ardiendo como una antorcha.

—¡Qué el fuego caiga sobre este antro de perdición como cayó sobre Sodoma y Gomorra! —le oyó decir Ángel, mientras le veía llorar desconsoladamente golpeándose el pecho.

La muerte de Fabian había conmocionado al pueblo en donde la familia Setano y Fernández-Queen tenía su feudo, y en donde, desde el comienzo de los tiempos, habian sido los caciques. Pero era tal el miedo que tradicionalmente les tenian, que al funeral de Fabian, a pesar de todo lo que estaba diciendo la televisión acudieran mas de un centenar de personas, muchos de ellos fieles al recuerdo de el “patriarca”, benefactor del pueblo y de muchos de sus habitantes. Ya se sabe que a los entierros y funerales acuden, principalmente, aquellos que quieren quedar bien con los parientes vivos del fallecido y la mayoría de los presentes, de alguna manera, vivía de la familia, por lo que estaban obligados a ir. Por otra parte, en este caso particular, el funeral tenía el morbo de poder estrechar la mano de algunos de los miembros de los Setano, inaccesibles en circunstancias normales— los vecinos eran gentes normales poco acostumbrada a la presencia de famosos—, incrementado por los rumores de que la muerte en el ultraligero del millonario no había sido un accidente. Circulaba de boca en boca el comentario de que podría tratarse de un ajuste de cuentas por las muchas canalladas que había hecho a lo largo de su vida, rumor que se vió acrecentado por la presencia de la policia, cuya intervencion no parecía necesaria tras las oportunas diligencias judiciales y la preceptiva autopsia, normales en casos similares. De todas formas, aparte de la lógica repercusion local por los temas apuntados, la familia tenía un eco mediático a nivel nacional por la continua referencia a sus millones y las frecuentes apariciones del actual marqués en los medios de comunicación de todo el pais por la suntuosidad de los eventos en los que intervenía, como por la reciente boda de Laura, la hija de su exmujer, la viscontessa, y su propio divorcio de la aristocrata italiana. La curiosidad de la gente por el caso se vió amplificada por las recientes noticias luctuosas que habian afectado a la familia, desde la todavia reciente muerte del “patriarca”, al sorprendente fallecimiento del cura que se lanzó ardiendo desde la torre de su iglesia, pasando por el ataque de unos piratas al yate del marqués. Por todo ello a nadie le extraño que la policia, discretamente, a partir del suceso del ultraligero

—antes no habian movido ni un dedo—, comenzara a indagar la posible existencia de algun indicio que permitiera sospechar que no todo había sido fruto de la casualidad, sino que había — al menos en el último caso —, algun atisbo de que el “accidente” hubiera ocurrido por la influencia ajena a la propia mala suerte de la familia. Lo cierto es que personal del departamento correspondiente comenzó la busqueda de posibles sospechosos entre colaboradores, enemigos y personas del circulo donde se movia, poniendo especial cuidado en averiguar personas expertas en el tiro con arco con los que se hubiera relacionado la victima, ya que al final se supo que había muerto de un certero diparo atravesandole la flecha el corazón cuando volaba desprotegido a baja altura y poca volocidad.

28

«No quiero seguir jugando a los “detectives” contigo. No me gusta que me dejen toda la noche en un incómodo sofá en pijama, esperando que aparezca mi “socio”, que ha preferido fugarse con un moro ¡Qué te den! —Julia».

Ángel había abierto el correo electrónico al llegar a su loft —tras pasar varios dias junto a Odon ayudandole en todo el papeleo por la sorprendene muerte de Fabian—, para ver si tenía juicio a la mañana siguiente, cuando se encontró con el correo de Julia. En las últimás horas, todo había ocurrido muy deprisa: la llamada diciéndole que Daniel había salido del coma, la de Odón invitándole a que se embarcara con él para hablar de los sucesos que estaban ocurriendo en la familia y, por último, el mazazo de la muerte de Fabián, que había presenciado en directo... (“Angel, ahora tienes que ayudarme mas que nunca a esclarecer la verdad”, le había dicho el marqués). Julia tenía razón, fue una casualidad que le dieran la noticia de Daniel precisamente en el momento que la había “invitado” —¿o se había invitado ella?— a que se quedara aquella noche en casa... Dejándola luego sola... Ángel estaba exhausto y, tras mirar si había algo más en el correo, se fue a su habitación, colgó la chaqueta, se desabrochó el cuello de la camisa y, después de abrir el grifo del lavabo, se echó agua en la cara con las dos manos. Sentado de nuevo ante el ordenador, le escribió a Julia: «No puedes hacerme esto. El decidir irme con el moro, como tú dices, ha sido importante para la investigación ya que fuí testigo directo del último “acontecimiento” —por ahora— que ha ocurrido en la familia: la muerte de Fabián. ¡Vuelve colega! ¡Sin ti no soy nada...!».

Cuando a la mañana siguiente Ángel estaba todavía en la cama desperezándose, con unos calzoncillos de Kelvin Klein como única indumentaria, Julia abrió la puerta del loft —Ángel le había dado una llave— cargada con una enorme maleta roja, un neceser y unas

carpetas de colores que se cayeron al suelo cuando intentó cerrar.

—¡Maya, ven aquí! —gritó al tiempo que sujetaba con la barbilla la correa del perro que se había subido de un salto en la cama de Ángel y le lamía la cara sin contemplaciones, enredándose las patas en las sábanas, mientras que con la cola tiraba el despertador y el vaso de agua que tenía en la mesilla de noche.

—¿Qué es esto Julia, por favor? ¿Qué hace aquí esta especie de monstruo baboso que está a punto de violarme?

—Tranquilo, tranquilo. ¡Maya, ven aquí! ¡Sienta! ¡Sienta! Tienes que ser un perro bueno, si no, este señor, nos va a echar a los dos a la calle ¿Y tú no querrás que tu amita se quede en la calle? ¿Verdad?

—No, Julia, por favor, por ahí no paso...

—Dijiste que me podía venir a vivir aquí contigo mientras que durara la investigación, ¿no? —dijo simulando estar compungida.

—No es eso. Bueno, sí, pero te lo dije por decir... ¿Por qué te lo has tomado al pie de la letra?

—Lo hablamos todo. ¿Te acuerdas? Dijimos que sólo sería hasta que se solucionara el caso, que cada uno pagaría la mitad de los gastos y que era sin derecho a roce...

—Sí. Bueno... —dijo Ángel sentándose en la cama e intentando recuperar las sábanas, mientras que el perro olisqueaba en su entrepierna—. Pero nadie habló de un perro pervertido...

—Cuidado con insultar, que es una perra.

—Bueno, en todo caso, nadie habló de este chucho. Mira Julia, esto es demásiado. Me tengo que arreglar porque tengo un juicio esta mañana y no me puedo entretener. Luego hablamos al mediodía...

Mientras Ángel entraba en el baño, Julia colocó la maleta grande sobre el sofá—cama que ya conocía, donde pensaba dormir, y empezó a sacar su ropa. Luego, abrió uno de los cajones del armario y sacó lo que había en él. En ese momento, salió Ángel del baño envuelto en una toalla para buscar su ropa y, cuando vió que no estaban sus calzoncillos en el lugar donde habitualmente los guardaba y que su sitio estaba ocupado por la ropa interior de Julia, "explotó":

—Ah, no, esto es demásiado. ¡Ya puedes ir quitando esto de aquí! —gritó cogiendo un montón de sujetadores y tirándolos sobre la cama.

—Ni se te ocurra tocar mi ropa íntima ¡Cerdo! ¡Fetichista! —dijo Julia, que los volvió a poner en su sitio. Maya tiraba de la toalla de Ángel moviendo la cabeza de un lado para otro con rabia mientras él la

sujetaba con fuerza.

—Tú puedes poner la ropa en el cajón de abajo. Hay sitio para los dos —dijo Julia—. Además, así, cuando te apetezca, puedes ponerte una de mis prendas que tanto os gustan a los hombres... ¿A ver cómo te sienta? —Julia se lanzó sobre él con un sujetador cogido por sus extremos con ambas manos separadas, con la intención de colocárselo sobre el pecho desnudo, lo que provocó que Ángel, al intentar evitarlo, soltara la toalla que tenía enrollada en la cintura, que se deslizó hasta el suelo. Hubo un momento de silencio en el que Julia se quedó mirando hacia abajo, mientras abría desmesuradamente los ojos como en una película muda, hasta que, por fin, dijo:

—Joder, Ángel, estás mejor que cuando te conocí en París... —luego, volvió la cabeza bruscamente apartando la mirada en un gesto muy teatral, hizo ademán con las manos de retirar el motivo de la tentación y dijo, fingiendo estar ofendida:

—Por favor, caballero, tápese. Qué desvergüenza. Qué exhibicionismo ante una señorita como yo ¿Ve...? Ha hecho usted que se me suban los colores.

Ángel, sin decir nada, entró en el cuarto de baño tras coger la toalla del suelo y salió al cabo del rato con su traje y su corbata. El perro le siguió ladrando hasta la puerta, que el abogado cerró sin mirar hacia atrás.

El juicio se alargó más de lo previsto y Ángel no pudo ir a comer, pero llamó a Julia para decirle lo que había en la nevera y le comentó que, si estaba allí por la tarde podrían empezar a trabajar. Julia, por su parte, terminó de colocar sus cosas y salió a comprar —frutas, verduras, comida para el perro, una botella de vodka y zumo de tomate — y luego puso sobre la mesa papel, lápices y las cuatro carpetas de distintos colores que había traído por la mañana, en las que, con buena letra puso un nombre en cada una: “Piratas”, “Estampida”; “Muerte Telmo” y “Muerte Fabián”. Después, se sentó junto a la moderna lámpara de pie del loft de su amigo y empezó a leer las memorias de Carla.

Recuerdo que estaba atada al suelo de albero de aquella enorme bodega de techos altos, como un templo de Baco, impregnada desde hacía siglos del olor del vino. Tenía la boca sellada, los brazos en cruz y las piernas separadas hasta dolerme las ingles y estaba rodeada por las llamás vacilantes de una docena de velas

que hacían brillar en la oscuridad los ojos redondos de una veintena de gatos que avanzaban sigilosos, desconfiados, displicentes, hacia el banquete irresistible de mi cuerpo desnudo embadurnado de pescado.

Una gata grande de pupilas dilatadas se acercó a mi pecho lamiendo con su lengua aspera mi pezón turgente por el frío. Luego, los demás felinos, abandonaron la busqueda de ratones y se acercaron al festín metiendo sus hocicos y sus bigotes hasta el último rincón de mi cuerpo tembloroso, mientras yo, impotente, intentaba gritar y moverme para quitarme de encima aquellos bichos que pasaban su lengua por mis ojos cerrados y urgaban en mis oídos y en mi sexo abierto.

"Fausto" y sus tres amigos se reían disfrutando del espectáculo que habían ideado para aquella noche de sábado, tras haberme sacado de mi cama en un extremo de la enorme casa contigua a la bodega. Luego, me echaron vino dulce por la boca con un embudo hasta casi ahogarme e intentaron violarme, aunque sólo uno de ellos lo consiguió, ya que los demás estaban tan bebidos que no pudieron.

Yo tenía diecisiete años y para el período de mis vacaciones antes de empezar la universidad, las monjas donde había estudiado me consiguieron un trabajo en una conocida familia, para que fuera ocasionalmente la "señorita" de los tres niños pequeños de la casa, para darles clase de inglés y ocuparme de ellos durante el día. «Es una familia de lo mejor», le dijeron las monjas a mi madre, y aunque proteste porque estaba a muchos kilómetros de la playa, consciente de las necesidades que estabamos pasando desde que mi padre nos había abandonado fugándose con una monja de la misma congregación en la que daban clase los dos termine por decir que sí.

Nunca fui luego a contarles la verdad. Ni se la conté a mi madre. Podría haberles denunciado, pero pensé que no tenía pruebas. Si me hubiera presentando a la policía, me habrían dicho que estaba borracha, y al hospital era inútil ir porque no tenía ni un rasguño, ni restos que analizar, porque mi violador había tomado precauciones. Decidí confesárselo a la señora de la casa, a la que le dije que iba a contar a todo el pueblo lo que me había pasado en su respetable casa llena de imágenes de vírgenes

y santos.

Le aseguré que sus tres hijos mayores —el tal "Fausto" era hijo de un vecino— me habían violado y que muchas noches se iban por los tejados hasta el convento de clausura cercano para ver "desnudarse" a las novicias por unos inaccesibles ventanucos que daban a las celdas.

La señora, que no hacía más que santiguarse, me llamó al día siguiente a su gabinete cuando su marido se había ido al tiro de pichón y, tras abrir una pequeño joyero con una llave dorada, sacó una sortija con un rubí enorme que me colocó en el dedo diciéndome que me lo daba a cambio de mi silencio: «Estos hijos me van a quitar la vida...».

Sé que nunca tuve que aceptar aquel regalo y que lo que tuve que haber hecho era haberlos denunciado y haberme ido de allí inmediatamente, pero nunca he sabido reaccionar bien, ni tomar la decisión acertada, he sido pusilánime y poco decidida, lo que me ha hecho insegura y débil... Ese es el principal defecto de mi vida: el no saber reaccionar y enfrentarme a los hechos con valentía... La señora aquella era capaz de cualquier cosa, obsesionada por guardar las apariencias en un pueblo pequeño.

Luego me enteré, cuando ya me había ido, que le echó la culpa de la desaparición del rubí al sacrificado "servicio" y, en concreto, a las empleadas de fuera del pueblo, que fueron las principales e injustamente perjudicadas. Aquel verano me marcó para siempre y desde entonces fui de mal en peor, tratando de levantarme para caer luego en estados de ansiedad, depresiones, drogas... Me dediqué a la televisión. Me encontré de nuevo con "Fausto" —al que incluso ayudé en muchas de sus famosas fiestas—, y de su mano y de la de otros muchos que querían conocer a la «chica que salía en la tele», llegué a la más completa degeneración, donde no existía ni la moral, ni la estima, ni la voluntad de luchar.

Julia se levantó. Hizo unas flexiones. Se preparó una ensalada con poca sal, poco vinagre y bien aceitada y, tras mirar su móvil para ver si tenía algún mensaje, sacó a la perra a la calle. Cuando volvió, se puso otra vez a leer hasta media tarde, que fue cuando volvió Ángel del juicio.

—¿Has ganado? —preguntó Julia al recién llegado, mientras éste miraba el correo con la esperanza de encontrar alguna carta de Anabel

desde alguna parte del mundo.

—No —le contestó, después de comprobar que había pasado un día más sin tener ninguna noticia de ella—. ¿Has encontrado algo interesante en las memorias de Carla para nuestra investigación? ¿Habla del tal “Fausto”?

—Son terroríficas —le dijo Julia, mientras se desperazaba sin moverse del sofá, donde permanecía con las piernas encogidas—. Yo creo que es la confesión más cruda, sincera y amarga que he leído de una mujer de nuestro tiempo que ha sido violada, explotada, maltratada y que nunca supo reaccionar y hacer frente a las terribles cosas que le ocurrían. Nunca tuvo la voluntad y el coraje de luchar y sobreponerse, cayendo en lo más hondo de la humillación y el desprecio a sí misma, anulada completamente por el desvastador efecto de las malditas drogas. De una mujer, que aparentaba ser feliz ante el público en la televisión, a la que parecía que le sonreía el éxito, cuando, en realidad, su vida era un infierno, un submundo de degeneración, y ella necesitaba más y más drogas para poder salir al día siguiente y estar en condiciones de ser capaz de sonreír de nuevo a sus televidentes, que la adoraban. Un mundo terrible, al margen del laboral, de promiscuidad, traiciones, venganzas, chantajes, incluso a políticos y hombres de empresa, en el que se cambiaban licencias millonarias, tráfico de influencias y negocios fraudulentos por sexo.

—¡Para¡ ¡Para¡ —dijo cogiendo una silla, donde se sentó tras sacar una ceveza de la nevera—. No nos interesan los pormenores de las cosas que esa señora dice, que vete tú a saber si son ciertas... Dime si da algún indicio que nos pueda llevar a conocer más a Fabián. Vamos a dejarnos ya del apodo de “Fausto”, suponiendo que, como dice Hilario, sea la misma persona. ¿Dice ahí algo de sus supuestos enemigos...?

—¿Enemigos? Todo el mundo era su enemigo. Todo el mundo lo odiaba, según Carla. Pero su fuerza radicaba, aparte de en sus muchos, muchísimos millones, en la información que atesoraba en todas sus grabaciones y vídeos sexuales. Tenía un verdadero equipo de chantajistas profesionales. Una auténtica oficina siniestra con archivos clasificados para poder extorsionar y presionar a todo aquel que no se aviniera a concederle lo que le solicitaba. Era un verdadero monstruo del chantaje. Te he grabado también una parte de la entrevista de Hilario en la tele. Escucha:

—¿Son verdad las famosas fiestas en la finca? ¿Estuvo usted en

alguna?

—Por supuesto. Allí había peces muy gordos, todos con caretas para que nadie los reconociera, incluso entre ellos, y terminaban siempre con bacanales que eran filmadas por cámaras secretas que había en todos los camarotes y salones del yate.

—¿Usted ha visto alguna de esas grabaciones?

—Otros “empleados” y yo las clasificábamos para chantajear luego a los “protagonistas” y conseguir sustanciosos contratos, licencias y favores.

—¿Puede contarnos un chantaje famoso?

—Por ejemplo, la manera cómo se consiguió la exclusiva de una boda que le dio a Fabián unos cuantos millones, ya que se vendió en todo el mundo: fue la de Laura, la hija de la viscontessa, la mujer de Odón Setano, su hermano...

—¿Y fue capaz de hacerle eso a su propio hermano?

—¡Hombre claro! Es que no lo conocéis bien.

—¿Cómo se consiguió?

—Un chico mulato que teníamos para estos casos, un auténtico modelo, se ligó a la novia la noche de la despedida de soltera en Ibiza aprovechando que estaba borracha y después la grabamos toqueteándola. La grabación se la enseñamos a la madre, amenazándola con darla a televisión si no nos daba la exclusiva de la boda y, claro, nos la tuvo que dar... Pero hay muchos más chantajes y mucho más importantes, de muchos millones, para conseguir licencias de obras, recalificaciones, construcciones en el extranjero, petróleo...

—¿Y había chicas y chicos?

—Por supuesto.

—¿Hay más gays entre los peces gordos de lo que parece? — Muchos más.

—¿Ellas o ellos?

—De los dos...

—No se le vaya a escapar ningún nombre, por favor...

—No hay peligro, ahora son ellos solos los que salen del armario. Está de moda. Han sacado pecho, nunca mejor dicho, y presumen.

—¿De dónde sacabáis el personal: los chicos y las chicas?

—Principalmente de las discotecas del extrarradio de las grandes ciudades y a algunas de las colas del paro, e incluso, de la puerta de los colegios. Por supuesto, de Internet.

—¿Quiere decir que casi todas son poligoneras?

—Mayormente.

—¿Y no hablaban luego?

—Se las amenazaba muy seriamente.

—Aquella muchacha que murió el día primero de este año. Un caso del que se hablo mucho en la prensa, ¿lo recuerda?, la muerte de una chica llamada Rita, ahorcada en la puerta de una discoteca. ¿Cree usted que tenía algo que ver con todo lo que está usted contando? ¿Podría ser un escarmiento? ¿Un castigo ejemplar para que no hablaran las demás?

—Sí. Lo era. Fue un aviso para que no hablaran otras chicas que habían asistido, como ella, a los "Chunda-Chunda". Muchas de ellas habían salido de aquella discoteca.

—¿Por qué esta usted tan seguro?

—Porque yo estaba allí aquella noche —un murmullo se extendió entre las personas que estaban viendo el programa en directo en el plató. Después, se hizo el silencio más absoluto cuando el periodista preguntó:

—¿Sabe que le pueden detener por lo que está diciendo y, quizás, acusarlo de asesinato?

—Yo no fui.

—¿Quién fue, entonces?

—Un chico mulato que ya no está en España. El mismo que ligó con la novia de la despedida de soltera en Ibiza.

—¿Repetiría todo esto ante un tribunal?

—Estoy deseando que me detengan porque sé, después de todo lo que he dicho, que en la cárcel es donde voy a estar más seguro. Lo que me extraña es que no esté ya aquí la policía.

—¿Por qué ha dicho todo lo que ha dicho? ¿No será todo una broma de mal gusto? ¿No?

—¿Broma? Odio tanto a esa persona y me ha hecho tanto daño que no me importa ir al infierno si lo llevo conmigo, para estar seguro de que no se escapa.

—Antes de que se lo "lleven" ¿Quiere decirnos algo más?

—Sí, quiero decirle a todos, que lo que he cobrado por venir aqui, a la television, esta noche lo he entregado a un centro protector de menores.

—Por cierto. ¿Es verdad lo de las rosas plantadas sobre las parcelas donde están las cenizas de las menores incineradas en la finca del

supuesto inductor de todas estas barbaridades?

—Eso no es verdad.

—¿Pero, había menores en aquellas fiestas?

—Sí. Los peces gordos querían carne fresca. Sobre todo orientales, que están de moda esta temporada...

—¿Va a escribir sus memorias en la cárcel?

—Primero, me tienen que condenar, y espero tener atenuantes y contarle todo lo que sé, qué es mucho, a la policía. Me podrán juzgar por extorsionar, pero no por obstrucción a la justicia.

—¿Qué más sabe?, ¿ no sabrá usted también donde está aquella modelo famosa que desapareció hace unos meses, en Estocolmo, y de la que no se ha vuelto a hablar?

—Sé dónde está, pero no puedo decir nada...

Ángel dio un salto en el sofá donde estaba sentado. Le cogió el mando de la mano a Julia y apretó el “review” para oír de nuevo lo que le parecía que había escuchado, mientras gritaba con voz entrecortada:

—¡Qué hijo de puta! Tengo que hablar con él inmediatamente. Me tiene que decir todo lo que sepa. Me voy ahora mismo a la emisora —dijo tropezando con la mesa y cogiendo la chaqueta camino de la escalera—, llama tú mientras a la radio para averiguar dónde se aloja.Donde vive ¡No puedo perder un minuto...! Ha sido el tal Patricio el que se ha chivado...

—¿Pero, a dónde vas? Es la una de la mañana. No vas a conseguir nada...Todo está grabado —le gritaba Julia confundida.

—¡Lo tengo que intentar! ¡Lo tengo que intentar!

29

Patricio y Riki estaban preparando su boda llenos de ilusión. Aunque llevaban ya bastante tiempo de noviazgo, en los últimos días habían decidido adelantar el enlace ante el temor de que los populares —que se daban como ganadores de las próximas elecciones en todas las encuestas— prohibieran las bodas entre homosexuales como aseguraban sus amigos. Vivirían en el pequeño ático que Patricio tenía en el barrio de Chueca —la primera casa que alquiló cuando llegó a Madrid, que luego terminaría comprando—, ya que Riki vivía en la Costa del Sol, donde era profesor de tenis de “celebrities”, gracias a su buen revés y a su aspecto de entrenador seductor.

Alto, de buen tipo, rasgos varoniles —más que guapo, resultón—. Tenía el pelo moreno y rizado que le caía sobre la frente cuando se acercaba a sus admiradoras al acabar el partido con la camisa desabrochada que dejaba ver una cadena de oro de gruesos eslabones sobre su pecho tostado por el sol. Riki iba siempre impecablemente vestido de blanco —por las noches se ponía un blazier azul—, con la raya del pantalón perfectamente planchada, coqueto, simpático, con dientes de anuncio de dentífrico. Era sensible y se turbaba con facilidad ante cualquier insinuación, siendo más dado al llanto que a plantar cara a los imprevistos. Riki era, sin duda, el más atractivo de los gays de la costa y de parte del extranjero, de donde llegaban fans atraídos —nunca mejor dicho— por el boca a boca...

¿Qué fue lo que vio Riki en Patricio para enamorarse de él tan locamente? No se sabe. Nadie se lo explica. Quizás que era un muchacho noble, sencillo, rudo, primitivo, de un pueblo de Toledo. Sus amigos creen que estaba harto de cursis relamidos, llenos de potinges, cremas, musculitos de gimnasio, y le cautivó la faceta rural, auténtica, sin dobleces, con olor a granja y a leche fresca, de su flor silvestre... A la que sabía que tenía que cuidar porque enseguida se marchitaba.

—Patricio, ¿me amas? —le preguntó una noche cuando dormían

desnudos a la luz de la luna sobre el colchón que sacaban a la terraza del ático para combatir el calor del verano.

—Ya sabes que te amo, Riki —le contestó Patricio.

Aquella noche, aunque no se lo dijeron —no hacía falta— decidieron unir sus vidas y lloraron los dos en silencio vueltos cada uno para un lado de la cama, entrelazados sus pies y rozándose sus traseros.

Patricio, aquel día volvió a su casa más pronto de lo habitual, tras asistir a un cóctel por la presentación de un disco en un céntrico hotel de la capital. Caminaba descompuesto y nervioso por la sorprendente muerte de Fabian —que era la noticia del día en todas las radios, los telediarios y las redes sociales —, con el que tanto había colaborado desde hacía varios años, sobre todo, proporcionándole jóvenes para sus bacanales y orgías. Le preocupaba que tras las “estúpidas” memorias de Carla —«ya se podía haber callado la muy puta», pensaba— le pudieran implicar a él en algun asunto feo ahora que estaba a punto de casarse. Miró su reloj y apretó el paso porque había quedado con Riki en casa para ir los dos juntos a picar algo en el cercano mercado de San Antón, que les entusiasmaba a los dos, para tomar una hamburguesa de jamón de Jabugo, que las hacían buenísimas.

Cuando llegó a la puerta de la casa, abrió con la llave que sacó del bolsillo y subió a pie los cinco pisos —la casa era antigua y no tenía ascensor— hasta llegar a su “nidito”, a su palomar, donde debía de estar esperandolo su pichón... Metió la llave sigilosamente en la vieja cerradura, la giró con cuidado para que no hiciera ruido, y avanzó de puntillas hasta la puerta de la habitación, que tenía una rendija abierta, por donde vio el bello trasero de su novio desnudo moviéndose arriba y abajo encima de una mujer, que debía de ser muy joven, porque no se había quitado siquiera los calcetines azules. Patricio, espantado, pensó que debía de ser una colegiala porque su minifalda escocesa tableada estaba sobre la butaca. Petrificado, no se atrevió a empujar la puerta y siguió observando por la rendija abierta. La chica tenía un pelo rubio brillante y Riki la abrazaba mientras ella emitía gemidos de placer cada vez que él empujaba haciendo hundirse la cama de agua que habían comprado para estrenar la noche de bodas.

Patricio se quedó conmocionado, bloqueado. Ante él se abrió un abismo por el que cayó hasta el mismo infierno. El mundo se había hundido a sus pies. Sintió una pena infinita, un dolor sin límites, un

vacío, una oscuridad como si se hubiera extinguido la luz del sol y las estrellas se apagaran poco a poco hasta hacerse la noche más desoladora en su alma envuelta en un silencio absoluto como el que debió de existir en el espacio antes del capricho de la creación del mundo. Patricio se sentó a tientas, con los ojos cerrados, en una de las sillas de la terraza tras retirar unas tijeras de podar que conservó en la mano. Patricio, sin poder contenerse, rompió a llorar estrepitosamente, conpulsivamente. Luego, ciego de ira y de celos, entró en la habitación abriendo la puerta de una patada y, tras empujar violentamente a su novio que ya se incorporaba, clavo repetidas veces las tijeras de podar en el cuerpo blanco de la joven que se quedó mirándolo inexpresiva con sus grandes ojos abiertos, sin oponer la menor resistencia.

—¿Pero qué haces? ¡Estás loco! —le gritaba Riki, intentando desesperadamente sujetar a su novio que, fuera de sí, hundió de nuevo las afiladas hojas de su improvisada arma homicida en el pecho de la víctima. Luego, se volvió hacia él e intentó apuñalarlo también, pero Riki consiguió esquivarlo doblando la cintura.

—¡Quiero morir! ¿Cómo has sido capaz de hacerme esto?, hijo de puta, cabrón ¿Cómo has sido capaz de hacerme esto a mí? ¡Traidor! Déjame que me mate. ¡Yo no quiero seguir viviendo así! ¡Nunca volverá a ser nada igual entre nosotros...!

Riki le dió un puñetazo y Patricio cayó sobre el cuerpo blando de la rubia colegiala que se terminó de desinflar del todo por la “herida” que había abierto en su carne de silicona el arma del loco enamorado. Riki retiró a la “cyberchica” de la cama y acostó con delicadeza a su novio mientras le quitaba de la mano la tijera y se acercaba a la cocina para traer hielo envuelto en una servilleta que le puso en el pómulo dañado, en donde estaba creciendo un buen moratón como resultado del terrible puñetazo que le había propinado. Luego se vistió sólo con los pantalones, puso la cabeza de su novio sobre sus piernas y le acarició el pelo revuelto mientras con la otra mano sostenía el hielo. Patricio volvió en sí sobresaltado y balbuceó:

—¡La he matado, Dios mío! ¡La he matado!

Al intentar incorporarse, le dolió terriblemente el golpe y se volvió a derrumbar en brazos de Riki que le siguió acariciando mientras le decía, intentando calmarlo con voz suave:

—Tranquilo, tranquilo, tranquilízate, no era más que una “cyberchica”, una muñeca...

Patricio se incorporó de nuevo violentamente, apartó de un manotazo la servilleta con el hielo y miró a uno y otro lado de la cama, hasta que descubrió a la colegiala de silicona retorcida, con los ojos abiertos y el sexo vibrando casi imperceptiblemente entre sus piernas arqueadas. Patricio se abrazó a su novio sollozando mientras él le cogió la cabeza entre las manos. Luego se besaron una y otra vez como nunca lo habían hecho antes.

—Ahora he comprendido cuánto me quieres —le decía Riki, mientras Patricio, con los ojos llenos de lágrimás, le respondió:

—Me has dado un disgusto de muerte. Malo. Que eres un malo. No me vuelvas a hacer esto por que la próxima vez te mataré... Y ya has visto que soy capaz de hacerlo —Riki lo abrazó con más fuerza y besándole los ojos y, el moratón para que se curara, le repetía:

—Eres mi asesino preferido. Machote, hombrón... Ahora, quiero que sepas que me has arruinado. ¿Sabes que esta señorita tiene “carne de silicona”, puede adoptar cerca de cincuenta posiciones distintas, gime si le tocas un pezón, tiene un motor que la hace “respirar” y si le aprietas un botón, simula un orgasmo?

—En serio, Riki. Te lo advierto muy en serio. Te prohíbo que me seas infiel aunque sea con una “tecnochica” de estas. Tengo celos, unos celos tremendos incluso de ella... Por cierto, ¿por qué te lo estabas montando con ella? —le dijo incorporándose de nuevo, sin comprender por qué le había sido infiel, aunque fuera con aquella colegiala casi humanoide...

—Quería darte una sorpresa y pensaba poner con un amigo un “burdel robótico” con unas cuantas “cyberchicas”. El sería el modisto y haría los trajes al gusto de los clientes: vampis, estudiantes, pijas... Y también íbamos a comprar una oriental que dicen que están de moda.

—Estás loco, Riki, cariño. Pero me has hecho mucho daño hoy que estoy tan nervioso por la muerte de Fabian. .. Estan buscando a sus colaboradores y a mi me pueden empapelar...con todo lo que he hecho ¡Dios mio¡ No quería decirtelo... pero a mi ya me ha llamado la policia para declarar.¡Estoy asustadísimo¡

—No te preocupes, matón...ese tio era malísimo... No te va a pasar nada, ya veras...Y volviendo a lo nuestro, en Japón están de moda estos burdeles y hay que ingeniárselas en tiempos de crisis... Quería aportar algo de dinero para cuando nos casemos... Por el momento tu “asesinato” nos ha costado más de 5.000 dólares, que es lo que vale

una criatura de estas...

30

Profundamente impresionada por la muerte de Fabian de una forma tan inesperada, Violeta no pudo conciliar el sueño la noche anterior, escuchando, hasta bien avanzada la madrugada, lo que decian los informativos, e incluso programas especiales de algunas cadenas, que especulaban con toda clase de hipótesis sobre las verdaderas causas del accidente. Violeta no se `puede decir que se alegrase de su muerte — había sido su peor enemigo, el más odiado, causante de que tuviera que dejar el baile tras aquel brutal ataque en Londres —, pero estaba segura de que alguien, más valiente que ella, había llevado a cabo lo que pensó muchas veces: matarlo. Sin embargo, por la mañana, cundo se incorporo en la cama sobresaltada por el sueño que había tenido, se sorprendió de no haber sido la muerte de Fabian el tema de la noche, sino las malditas "amazonas"con su odio a los hombres. Más calmada encendió un cigarrillo, y tras darle una profunda calada, pensó que todo aquello de las "amazonas", con las que frecuentemente soñaba, era rídiculo y que, sobre todo, con su comportamiento en el pazo, había pisoteado lo que en los últimos cuatro años había sido su más importante artículo de fe: cuidado con los hombres. Y todo había ocurrido en la primera ocasión que se le había presentado... Su voluntad de luchar había sido nula desde el momento en que recibió el primer aviso, cuando se sintió atraída, durante su viaje a Grecia, por la imagen de un hombre que había creído que no existía más que en los grabados antiguos de los libros de mitología. Fue entonces, cuando vió a Odón por primera vez desnudo de medio cuerpo para arriba en el puente de mando del yate en el puerto de Corinto, cuando debería de haber comenzado a luchar contra un enemigo al que no podía alcanzar con su arco

Cuando solo habian pasado unos minutos, la secretaria de la escuela entró en el despacho tras llamar a la puerta y le dijo:

—Ha llegado la visita que usted esperaba

—¿Cuántos vienen? —preguntó Violeta, mientras guardaba bajo llave su diario.

—Creo que son seis... En un coche han llegado una pareja de policías uniformados, él y ella, y detrás, donde trasladan a los presos, otra pareja vestidas de paisano. En otro coche, que era normal, venían un señor muy alto y fuerte y otra mujer con un hombre que vestía un poco estrafalario...

—¿La mujer del coche normal venía de uniforme?

—No —contestó la chica—, ya le he dicho que los únicos que venían de uniforme eran los dos que iban en el asiento delantero del coche “oficial”.

—Entonces, son siete y no seis como me has dicho al principio... Bueno, muchos son... Pero, en fin, quiero que sepas que cuatro de ellos son policías y los demás abogados y testigos. Están investigando la muerte de ese millonario del que todo el día están hablando en los periódicos y en la tele...

—Aquí las compañeras no hablan de otra cosa y están venga a preguntarle a Carla, ¡Menudo escándalo! —Violeta le había dicho a Carla en la presentación del libro que se fuera unos dias con ella para quitarse de todo el lio mediatico. Proposicion que Carla, que la hizo amistad con ella a raiz de una entrevista que publicó cuando era una famosa bailarina, aceptó como la mejor solucion para desaparecer, cosa que no consiguió del todo...

—Precisamente, vienen a ver a Carla. Avísala y que los espere en la sala de visitas. Yo ya he hablado con ella y está esperando. La quieren interrogar por si sabe algo más que no se ha atrevido a publicar...

—Y si alguno de ellos quiere verla a usted, ¿qué le digo?

—Hazlo subir, por supuesto, estoy aquí esperándolos. Tenemos que ser corteses. Se trata de la policía y no tenemos nada que ocultar.

La secretaria salió y al cabo de un rato, volvió a llamar a la puerta del despacho para anunciar la visita del inspector Pelayo, que la saludó cortésmente. Luego, se sentó en la butaca que había frente a la mesa de Violeta. El inspector era alto y fuerte, con la cabeza rapada, y andaba torpemente como un oso.

—Señorita —dijo con una voz aniñada que chocaba vivamente con su aspecto voluminoso—, quiero decirle, como le comenté cuando hablamos por teléfono, que estamos investigando el asesinato de Fabián Setano, caso del que habrá oído hablar usted estos días.

—Sí, he oído mucho sobre el caso —dijo Violeta cogiendo de la mesa un periódico que publicaba la noticia, levantándolo unos centímetros para mostrárselo, sin dejar de mirarle.

—Afirmativo —dijo él—.el caso es que hemos sabido que pasa unos dias aquí, en su casa, Carla, autora de unas polémicas memorias. ¿Es cierto?.

—Si. Lo es. Pasa unos dias aquí conmigo para alejarse del acoso mediático.

—Comprenderá, entonces, que necesitamos interrogarla para ver si nos puede aclarar algo más sobre el accidente. Quiero decir, que queremos charlar con ella por si hay algo que no se haya atrevido a publicar en el libro y nos pueda ser de utilidad para la investigación que estamos llevando a cabo, si es cierto que su protagonista,"Fausto", es el mismo hombre que la victima...como se esta asegurando.

—¿La van a detener?

—Si vemos algún indicio de que su intervención en los hechos es supuestamente delictiva, tendremos que proceder a llevarla a comisaria para ponerla a disposición judicial. En principio —añadió el inspector —, sólo se trata de una investigación rutinaria, motivada por la "pista" que nos ha proporcionado el secretario de la víctima: Hilario, individuo al que detuvimos la otra noche en su domicilio tras intervenir en un programa de televisión, donde hizo declaraciones muy fuertes.

—¿Y cuál es la "pista", inspector, la puedo saber?

—La pregunta se la tengo que hacer a la autora de las memorias, que según se desprende de lo que ha escrito, tenía muchas razones para desear la muerte del millonario... Pero, en fin... Hilario nos ha confesado tambien que en una de las fiestas que organizaba la víctima, las llamadas "Chunda-Chunda", oyó a una de las chicas jurar por su madre que le mataría...

—¿Y la estan buscando?

—No le pudo ver la cara porque portaba una máscara que le había quitado, en medio de la borrachera, a uno de los que asistía a la orgía, una máscara que, según Hilario, llevaban todos los hombres invitados... Hilario nos aseguró también, y aquí viene la "pista", que la chica, que estaba desnuda de medio cuerpo para arriba, tenía un tatuaje con unos círculos concéntricos de colores en el pecho derecho.

Violeta se quedó callada, sorprendida, e inconscientemente se llevó la mano a su escote, intentando disimular el inicio de sus senos.

Sobreponiéndose, al ver que el policía no dejaba de observarla, continuó la conversación intentando aparentar tranquilidad.

—Carla le espera a usted en la sala de visitas, donde estarán tranquilos y podrán hablar de lo que quieran sin que nadie les moleste. Si necesita algo más, me lo dice y le atenderé gustosa. Mi labor es facilitarle su trabajo.

—Gracias. Lo sabía. Me habían dicho que eran ustedes gente legal... Han venido conmigo el abogado de Odón Setano —hermano de la víctima— y su ayudante, una tal Julia, así como una colaboradora mía del departamento, dos policías de servicio y un conocido periodista, un tal Patricio, al que quiero someter a un careo con Carla, ya que los dos participaron repetidas veces, o al menos fueron testigos, de aquellas orgías.

—Le repito que puede contar con mi total colaboración.

Violeta llamó a un timbre y apareció de nuevo la secretaria.

—Lleva al inspector —le dijo— a la sala de visitas donde está Carla y que no les molestén...

Antes de salir del despacho de Violeta, Fabila, nombre con el que era conocido popularmente el inspector, le dijo mientras miraba por la ventana que daba a la esplanada.

—No debería de hacerlo, pero le voy a descubrir un dato fundamental del secreto del sumario que creo que es muy importante para la investigación, dato que no puede repetir a nadie, pero que creo que le debo revelar para que comprenda que nuestra presencia aquí no es un capricho: la víctima falleció a causa de un certero disparo. Le clavaron una flecha en el corazón cuando volaba a baja altura con su ultraligero. Un disparo preciso con un arco... algo poco común en estos tiempos. Con este dato que le he dado, comprenderá que tenemos que investigar a todas las personas que practican este deporte y que puedan estar relacionadas de una manera u otra con el personaje, como es el caso de usted y de Carla, tambien experta tiradora. Un detalle: los círculos en el pecho derecho, serán una prueba determinante.

—Estoy aquí para loque quieran...—replicó Violeta ligeramente turbada.

Fue Odón quien “obligó” a la policía a que su abogado acompañara al inspector y pudiera estar presente en los interrogatorios que tenían previsto realizar en relación con la muerte de su hermano Fabián Setano. No era un método habitual, pero dada la amistad del hermano

de la víctima con algunos mandos, accedieron a que Ángel y su ayudante, Julia, pudieran acompañarles.

Había sido él, Ángel, quien había sugerido a Odón que era conveniente estar presente en la mayoría de las investigaciones que la policía practicara para el buen fin de la investigación paralela que Julia y él estaban llevando a cabo. Esta visita a la escuela de Violeta, era uno de los interrogatorios en los que Ángel había demostrado tener más interés, no sólo por el asesinato de Fabián, sino porque, egoístamente, iba a tener la ocasión de preguntarle de nuevo a Violeta si tenía alguna noticia de Anabel que se pudiera haber producido desde que se encontraran en la presentacion de las memorias de Carla. Por otra parte, aunque no consiguiera ninguna nueva información, le producía cierto placer y cierto desasosiego pisar los lugares en donde ella había estado dando clases los últimos meses antes de desaparecer.

Aquella noche que Hilario apareció en la televisión hablando de la modelo —hecho que causó gran impacto en Ángel, que creía que él era la única persona en el mundo que se interesaba por su paradero— marcó un antes y un después en las prioridades de Ángel, que intentó, desde entonces, hablar como fuera con Hilario para que le ampliara toda la información que pudiera. Desgraciadamente, aquella noche que salió corriendo de su loft nada más oírlo en la televisión, con la esperanza de poder hablar con él al terminar la entrevista, no pudo conseguirlo ya que, como le había advertido Julia, el programa —por eso Hilario hablaba de Fabián como si estuviera vivo— había sido grabado con anterioridad. Hilario fue detenido en su domicilio a las pocas horas, pasando luego a disposición judicial, y permanecía desde entonces aislado tras decretar el juez el secreto de sumario por el asesinato de Fabián Setano y Fernández-Queen, en el que estaba oficialmente imputado.

Cuando por fin se bajaron de los coches, Fabila le dijo a Ángel que esperara hasta que él hablara con Violeta, y le prometió que luego estarían juntos durante el interrogatorio de Carla, como así ocurrió. Tanto Ángel como Julia tomaron infinidad de notas sobre los supuestos implicados en las orgías, así como del consumo de drogas y la supuesta participación de menores en los festines de sexo a la carta, bacanales que podían durar varios días. En un descanso del interrogatorio —que luego prosiguió con Patricio—, Ángel le insistió al policía, mientras fumaban un cigarro en el jardín, en lo importante que era

personalmente para él averiguar el paradero de Anabel, y le hizo ver que ya había agotado todos los caminos, razón por la cual era vital conseguir hablar con Hilario, quien había asegurado en sus declaraciones en la televisión que sabía dónde se encontraba.

—Entiéndame, Ángel. Ese individuo está imputado en varios delitos. Es el primero, por el momento... —dijo señalando con un movimiento de la cabeza el lugar donde estaban interrogando a Carla y a Patricio—, de una lista que preveo que va a ser larga... Y mi departamento ya no puede hacer nada. Está en manos del juez que le ha procesado y que ha decidido incomunicarlo para no entorpecer la investigación. Lo siento, de verdad... Perdone que me meta donde no me llaman, pero tengo deformación profesional. ¿A qué viene tanto interés por esa modelo que no parece que tenga nada que ver con el caso que nos ocupa, y cuya supuesta desaparición ni se ha denunciado...?

—Es algo personal... Ya se lo he dicho antes.

—Ah, ya, lo siento de veras, pero nosotros no podemos hacer nada... Pida usted un permiso en el juzgado, por intentarlo no va a perder nada, aclarando que es por un motivo personal... Volviendo a nuestro caso, ahora tengo que plantearle a la testigo un asunto que pertenece al secreto del sumario, por lo que tengo que estar solo.

Fabila aplastó el resto del cigarro en la grava del jardín con el pie mientras expulsaba el humo por la nariz y pidió a la secretaria que le dijera a la "jefa" que necesitaba hablar urgentemente con ella. Luego, pasó sólo a hablar con Carla —con Patricio ya había terminado— y le dijo, tras cerrar la puerta poniendo la grabadora encima de la mesa:

—Le voy a hacer tres preguntas clave basadas en la confesión que ya nos ha hecho su "colega" Hilario...

—Ese señor no es "colega" mío, como usted dice, era el secretario de Fabián y sé poco más de él.

—Sin embargo, la liberó a usted aquella vez que estaba muerta de sed y de hambre en el sótano de la calle Velázquez, cuando la nube del volcán de Islandia no dejó volar a Fabián que la tenía encerrada y atada...

—Sí, él hacía todo lo que le ordenaba Fabián. Era su hombre de confianza.

—De estas tres preguntas depende su futuro: ¿Le consta a usted que acudían menores a las orgías y tiene conocimiento de que asesinaran a

alguna?

—No. Aunque fueran menores no se las podía reconocer porque iban maquilladas y vestidas como chicas mayores y estaban muy desarrolladas. Con respecto a si mataron a alguna, no lo sé.

—¿Se consumía alguna droga en aquellas bacanales?

—Sí.

—¿Qué clase de drogas?

—De todas clases.

—Última pregunta: Hilario asegura que oyó a una joven amenazar de muerte a la víctima en uno de las “fiestas”. Aquella mujer tenía una especie de tatuaje con varios círculos concéntricos en el pecho derecho alrededor de la areola, ¿sabe usted quien era? La víctima murió de un certero disparo con un arco: la flecha le atravesó el corazón... Por eso buscamos a una mujer que tire con arco y tenga ese tatuaje, y usted es una experta tiradora como su amiga Violeta...solo falta saber el “detalle” del tatuaje

—No le voy a contestar a esta pregunta.

—Pues, tendré que desnudarla...tengo los permisos pertinentes y el personal femenino apropiado del departamento que me ha acompañado —luego, dirigiendose la policia, le ordenó—: que venga la directora de la escuela.

Poco despues entró Violeta en el recinto quedandose de pie delante del inspector que le pregunto:

—Sabemos que es usted una experta tiradora con arco, ¿tendría usted inconveniente en desnudarse de medio cuerpo para arriba, ante mi colega, para comprobar si tiene un tatuaje en su pecho derecho?

Violeta, sin esperar que la trasladaran a la habitacion contigua para la “inspeccion”, se desambrochó los botones de su blusa dejando al descubierto su pecho derecho con un tatuaje con círculos concéntricos de colores alrededor de su pezón,

—Lo siento inspector —dijo delante de Fabila, de la agente y de Carla— yo reuno las condiciones...pero no estuve en aquel yate.

Carla, animada por su amiga, hizo lo mismo sin la intervencion de la policia, pero no tenia ningun tatuaje.

31

—No me entra en la cabeza que Fabián haya muerto —dijo Laura dándose repetidamente pequeños golpes con el puño cerrado en la frente—. Pensar que la semana pasada estábamos comentando el éxito de mi blog... Y ahora, mira.

—A mí, ya te lo he dicho antes cuando hemos estado hablando tanto rato de lo ocurrido —dijo por su parte Trini— me parece mentira que ya no esté aquí. Creí morirme cuando me dieron la noticia. Primero, me mandaron un sms y pensé que era una broma. Luego, ya lo oí en el telediario y estuve a punto de perder el conocimiento. ¿Pero, cómo ha sido? ¡Señor! ¡Señor!

—Que era una mala persona lo sabía todo el mundo. Trini, tú y yo no nos vamos a engañar ahora, era un maltratador, homófobo, racista, violento... Un auténtico terrorista.

—He oído —dijo Trini interrumpiendo a su amiga— que la policía no asegura que haya sido un accidente... Yo creo que sospecha algo más.

—Ni caso Trini, a ese lo han matado, no lo dudes, tenía muchos enemigos.

—Pues, con nosotras siempre se portó bien dejándonos el portal para el blog.

—Sí, pero fue por que le gustabas y tenía la esperanza de llevarte a la cama.

Trini bajó la mirada y se quedó callada.

—¿Qué te pasa? —le dijo Laura al darse cuenta—. ¿Te arrepientes ahora de no haberte acostado con él?

—No se trata de eso, no seas frívola, estoy pensando en lo que ocurrirá ahora con el blog, con lo súper, súper bien que nos iba... A mí me ha ido muy bien para olvidarme de mi separación. Ahora tenía algo que hacer... ¿Tú que opinas?

—Pues, yo creo que las acciones pasarán a mi padrastro y aquí paz

y después gloria.

—¿No tenía hijos ni mujer ni nada?

—Nada más que enemigos... Oye, ¿no serás tú quien se lo ha cargado, cansada de que te persiguiera por los pasillos?

—Pues mira, va a ser que no.

—No me digas que no te sentías acosada.

—Bendito acoso. Si no te asedian estás muerta, rica. Por cierto ¿Cómo está tu padrastro, Odón? ¿Es su hermano, no?

—Fatal, fatal, fatal. Está desolado. Fígurate... Después de lo de su otro hermano, el cura... ¡Es muy fuerte! ¡Es una maldición! Yo creo que se ha ido unos días a rezar con unos monjes de clausura.

—Es que sí, ¿no?

—Bueno, ya sé que lo has sentido mucho, como yo, Trini, hija, los admiradores están ahora muy escasos... Pero, a pesar de todo, anímate y escucha esto que te voy a contar de Nachete: ¿Sabes que ha tenido que cerrar su tienda de ginebras de todo el mundo?

—Ya le dije que, a pesar de sus esfuerzos por ponerlo de moda, la gente con la crisis no esta para esos excesos. Sé que los vecinos de Marula, que tanto alardean —dijo hablando más bajo y acercándose a su amiga—, han quitado la calefacción de la caseta del perro...

—Lo que pasa es que Nachete se está gastando todo el dinero que le dejó su padre...que había ganado no se sabe como, según las malas lenguas...

—Laura, porfa, no insultes, él tenía dinero por su familia, tres veces de megamillonarios...

—La verdad, es que el chico está como un pan. A mí me enloquece, Trini, de verdad, es un tío ideal, marcando estilo, con esa elegancia de sus antepasados polacos, es ideal, ideal, yo me muero, es un superpijo de los pies a la cabeza. Y esos pañuelos. Y esos complementos siempre a la última y combinados. ¿Qué es elegancia? ¿Y tú me lo preguntas? Elegancia... eres tú... Nachete.

—¿Todavía te acuerdas de las poesías del colegio? Mira que a veces eres antigua, te odio —la interrumpió Trini, pero Laura, sin hacerle caso, continuó:

—¿Sabes la última? Pues, te la voy a contar para que sepas qué es lo máximo del pijerío: la otra noche Nachete entró en ese bar de moda...

—Me encanta, te encuentras con todo el mundo bien.

—¿Me dejas que continúe? ... Te decía que Nachete entró con la

llave del coche girándola entre los dedos...

—Eso ya no lo hace nadie como no sea la llave de un Lamborghini o un Bentley...

—Pues, verás, el aparcacoches se acercó y le preguntó si quería que se hiciera cargo del vehículo y le dijo en alto, para que lo oyera todo el mundo: «Gracias, pero lo he dejado en la fotolinera...».

—Al que tienen que recargarle las pilas —un enchufe de unos cuantos miles— es a él si no quiere terminar de "gigolo"... Además, todo el mundo llama a su coche el "cocamovil", hasta los negros de El Retiro.

—¿Sabes qué, Trini? Que estoy fastidiada porque la viscontessa no está bien.

—¿Qué viscontessa?

—Qué viscontessa va a ser: mi madre... No está bien y quiero llevármela la semana que viene a Londres o a París ¿Tú qué opinas? Quiero alejarla de la monotonía de su palacio de Venecia con tantas ratas y palomas, todo el día pasando los vaporetos y las góndolas, con tantísima humedad. ¡Qué horror! ¿Sabes que no se puede asomar a una ventana porque los turistas están haciendo fotos a todas horas de la fachada? *«A sinistra il palazzo della viscontessa, una dona dell'alta societá sempre presente alle più importanti feste del mondo»* —dijo Laura, imitando la voz de los guías turísticos.

—¿Por qué no dáis una vuelta por Birmania, que está de moda?

—Ay, no, hija, es muy incómodo ir tan lejos. Yo fui en viaje de novios y está todo lleno de hojas y de templos y de reptiles.

—Me extraña .Yo no ví ninguno

—¡Qué no Trini, que no me entiendes! Ella lo que quiere es ir a cenar y volver al día siguiente. A mi madre le gustaba mucho Maxim's.

—¿Por qué no la llevas a uno súper, súper en el que estuve yo el otro día en Londres? ¿Fue en Londres? Sí, sí, no me equivoco, tiene recetas muy antiguas, del siglo no sé cuántos. Ahora mismo es lo más... Tiene también platos actuales inspirados en el pasado gastronómico del país.

—No sé, tendré que llevármela a algun sitio porque esta muy "depre", fatal, ya no le hace ilusión ni ir de compras, sólo de casa a pilates y de pilates a yoga y de yoga al estudio del fotógrafo joven ese que está tan de moda.

—Lauri, porfa ¿Tú le conoces? No me lo puedo creer. ¡Me muero!

Me lo tienes que presentar. ¡Porfa! ¡Porfa! Me han dicho que es el no va más, que te prepara para la foto como si fuera Leonardo, incluso te pone bien los pliegues del vestido y te coge de la barbilla para que subas o bajes la cabeza y te dice al oído "Mira allí" y creo que te quedas extasiada hasta que el fogonazo te vuelve a la realidad.

—Bueno, sí, pero, en fin, ha conseguido hacerse famoso haciendo desnudos. Y tú no te vas a poner así...

—¡Anda! ¿Y por qué no? —le contestó Trini —No es una foto para publicar en ningún sitio. Eso sí, de espaldas. Por cierto, he pedido hora para que me hagan una decoración "íntima salvaje".

—¿A quién quieres impresionar? No me digas que tienes a otra "víctima" entre "mamelle" y "mamelle" para electrocutarlo con tu rayo infalible.

—Pues sí, es "máster" en no sé cuantas cosas y ha cursado estudios en Columbia y la Sorbona, entre otras universidades.

—¿En qué consiste esa "decoración salvaje"?

—En cubrir el pubis con pelo de zorro. Es lo último en los salones de belleza norteamericanos. Por cierto, Lauri, hablando de zorras. ¿Por qué va tu madre al estudio del fotógrafo? —Laura se quedó callada y, por primera vez, desapareció la sonrisa de su rostro.

—No me ha gustado el comentario Trini, aunque sea en broma. Tu padre, el "Barón verde", intentó propasarse conmigo la otra noche y yo, por educación, no te lo he dicho. Por mucho título y muy barón que sea, no tiene derecho a meterme mano...

—Bueno, es diferente, todo el mundo sabe que tu madre se balancea más que una góndola...

—Mira, Trini, de verdad, no se cómo soy amiga tuya, a veces eres odiosa, yo no he comentado nada cuando has dicho que no te importaría posar desnuda para el fotógrafo y, sin embargo, podría haber dicho que eres una exhibicionista... Espero que sea profesional y domine el "photoshop" para que te pueda borrar las cicatrices de todas las operaciones que te han hecho.

Trini le arreó un bolsazo con su enorme "capacho" lleno de "actimeles", al tiempo que Laura la agarraba del pelo, quedándose en la mano con unas extensiones con las que corrió tras ella por la Milla de oro, como si transportara la antorcha olímpica y dejara una estela de cabellos rubios. Luego, al no poder alcanzarla, se sentó en un banco de la renovada calle Serrano y recordó con una sonrisa cuando practicaban

"sexting" los días en que cursaban COU, y se enviaban las fotos sexys que se hacían con sus móviles en los probadores de los grandes almacenes, en los que nunca llegaba a comprar... Laura recordó que tenía una foto en top less hecha por una prima y, sin dudarlo, se la mandó a Trini por el móvil con un texto que decía: «Como en los viejos tiempos ¿Amigas?».

—Trini, porfa, no puedo pelearme contigo. Si me pides perdón por lo que has dicho de mi madre, lo olvido.

—Pues, pídeme perdón tú por llamar "Barón verde" a mi padre.

—Hecho.

—¿Quedamos entonces mañana a las diez para hablar despacio del blog?

—Hecho.

Laura acababa de abrir el grifo de la ducha de su cuarto de aseo decorado con una reproducción a todo color de la "Mujer en el baño" de Roy Liechtenstein —le encantaba el pop-art, que predominaba en su pequeño y lujoso apartamento— cuando comenzó a sonar el teléfono en el saloncito. La joven, ocupada en la nada fácil tarea de regular la temperatura del agua, no prestó atención al aparato que insistía una y otra vez. "Alguien debe de tener prisa —pensó—, aunque no espero esta noche ninguna llamada". Terminó tranquilamente de secarse el pelo, se enrolló una toalla al cuerpo y, tras encender un cigarrillo, se sentó al lado del teléfono y pulsó sin prisa la tecla del contestador automático. La voz que se había grabado era angustiosa, desesperada, llorosa.

—Laura, por favor, coge el teléfono. ¿Me escuchas? Es horrible lo que me ha pasado en Mónaco... —Laura echó una gran bocanada de humo y tosió atragantándose cuando reconoció, claramente la voz de su madre que parecía estar en una situación límite—. Te fuiste con tus amigos... Y me dejaste tirada... ¡Llámame, por favor! No lo dejes para mañana. Llámame esta misma noche. No sabes la escena tan desagradable que he tenido con Odón al terminar la boda. Ha sido horrible, horrible. Me siento ridícula, avergonzada...

Laura expulsó el humo hacia el techo y, mientras tamborileaba con los dedos de su mano izquierda en la pequeña mesa donde estaba el teléfono, apagó nerviosamente el cigarrillo en el cenicero de cristal y se quedó un momento inmóvil, pensando. Por fin, tras haber tomado una

decisión, marcó el número privado de la habitación de su madre en el palacio de Venecia.

—Mamá, soy yo, Laura —habían descolgado el aparato pero nadie contestaba al otro lado—. Mamá, por favor...

Al cabo de unos segundos, respondió una voz muy débil interrumpida por un inoportuno hipo:

—Laura... ¿Eres tú?

—Sí. Soy yo, mamá ¿Has vuelto a tus pastillas? No hay quien pueda contigo.

—Es que Odon me ha hecho mucho daño... —Laura quitó el manos libres que tenía conectado para que no se oyera nada en el piso de al lado.

—Sí, dime, mamá, dime. No tomes más de eso que no es bueno para tu cutis...

—...

—¿Y qué más te dijo?

—...

—¡Ah no! ¡Por ahí no paso¡ ¡Ni hablar! ¡Qué locura más alucinante! ¡No me lo puedo creer¡¿Cómo puede ser que te haya dicho eso? Duérmete y mañana hablaremos despacio... Tú duérmete, por favor. Todo se arreglará, ya lo verás. Tu hija lo arreglará. —Laura colgó y se quedó pensativa cogiéndose la cabeza con las dos manos. Se esperaba cualquier cosa menos lo que le acababa de decir su madre. No sabía si gritar o llorar. Era algo desconcertante, triste y sucio... Mas calmada, se fué al dormitorio, se puso el pijama y volvió a la cocina, donde cogió un vaso de leche que calentó en el microondas. En ese momento, volvió a sonar el teléfono. Lo miró, dudando si cogerlo o no, no fuera a ser de nuevo su madre y, al final, no lo descolgó.

La verdadera preocupación de Laura —aparte del disparate que acababa de oir—, lo que le obsesionaba y le martilleaba el cerebro día y noche en las últimás semanas era el deterioro espantoso de su madre que se estaba produciendo a una velocidad vertiginosa. Laura temía que se hundiera en una depresión de la que, probablemente, no podría salir jamás. Bien era verdad que la estaba cuidando todo lo que podía, animándola, acompañándola a médicos y psiquiatras, haciendo gimnasia con ella horas y horas y recorriendo una y otra vez las estrechas calles de Venecia, subiendo y bajando las breves escaleras de los puentes que salvan los canales cuando aún los turistas no habían

abarrotado la ciudad, pero nada la hacía reaccionar y Laura, su única hija, lo sabía mejor que nadie.

Lo único que la viscontessa deseaba era volver a su éxito de antaño. A ser el centro de todas las reuniones por su juventud y su belleza. Y eso ya no era posible. Ahora ya no le quedaba ni el dinero que había dejado escapar entre sus manos. Por eso, Laura pensaba una y otra vez —con espanto y con dolor— en aceptar o no aceptar la proposición de Odon que su madre le había hecho una sola vez sin atreverse a repetírsela...: «No te lo quería contar, hija, pero no he tenido más remedio que decírtelo. Yo soy débil y tu eres fuerte... ¡Me tienes que ayudar!».

Algo muy grave estaba pasando en la familia de su padrastro. Algo tan horrible como para terminar con la vida de Telmo y de Fabián. La muerte del primero había sido un accidente, pero ¿y la muerte de Fabián? ¿También había sido mala suerte?

Tras comer en la calle Ayala,en un restaurante que le encantaba, donde pocos días antes había asistido al cumpleaños de una amiga, Laura se dirigió a la casa que su madre tenía en Madrid, un amplio piso amueblado en el barrio de Salamanca, que iba a tener que dejar por falta de liquidez si no se arreglaban pronto las cosas. Hacía varios días que no veía a la viscontessa, que había vuelto a Madrid desde Venecia, y le preocupaban varias cosas: En primer lugar, le contrariaba que no estuviera de acuerdo con que su hija se hubiera convertido en una bloguera de gran éxito. Sencillamente, no entedía en qué consistía esa locura moderna. En segundo lugar, ella sabía que a su madre le horrorizaba el descaro con que se exponían en público las más íntimás dudas de toda índole. Cuando entró en la casa de su madre, el joven mayordomo ya se había ido y se encontró a la viscontessa acostada en la cama boca abajo.

La aristócrata no estaba pasando precisamente su mejor momento, los años habían hecho mella en su físico y, poco a poco, gota a gota, día a día, aquella arruga de la frente que tanto le preocupaba se iba haciendo más y más visible. Ella la examinaba todas las noches en el espejo con aumento de su baño y, muchas veces, obsesionada, se levantaba de madrugada y corría para verla más detenidamente porque notaba que las horas al pasar —como un río— hacían más profundo el surco. Sin duda era consciente de que su atractivo, ese éxito clamoroso

de su físico durante décadas, había llegado a su fin casi de improviso. Aquel cuerpo vertiginoso que estallaba de sensualidad aunque estuviera cubierto de pieles y sedas comenzaba a deteriorarse de forma imparable, como un alud. Estaba acabada. Ya no atraía la mirada de los hombres que deseaban tumbarse en las playas de su piel rosada... Incluso, una vez —la vida es así de cruel— oyó comentar cuando iba por la calle:

—¿No es esa la viscontesa? Como está, Señor, Señor... —se lo decía una amiga a otra mientras se llevaba la mano derecha a la frente y apoyaba el dedo índice y el pulgar formando visera—. Si casi no la he reconocido.

La aristócrata, tras oír aquel comentario, lloró durante muchas noches tapándose la cara con la almohada. Pero esa no era la única causa del estado límite en que se encontraba. Su ruina física coincidía con la económica, ya que la gran fortuna que había heredado de sus antepasados la había dilapidado en viajes, trajes, lujos y malas —pésimas— inversiones que "amigos" poco fiables le habían recomendado. Ahora, además, su separación de Odón la había sumido en una penuria difícilmente superable, razón por la cual, hacía solo unos meses, había intentado que Odón volviera con ella, cuando se ofreció a él a bordo del yate anclado en Mónaco la noche en que dejó caer al suelo su traje exclusivo, quedándose ante su ex marido vestida tan sólo con sus zapatos de larguísimos tacones y sus pendientes de esmeraldas

Aquel intento no dio resultado, pero Odón lo aprovechó para hacerle una proposición que la escandalizó. la viscontessa se le quedó mirando atónita, confundida. Luego, recogió su traje del suelo sin dar crédito a lo que había escuchado, y en aquel momento decidió que tenía que cambiar su vida. Continuaría, eso sí, cuidando su cuerpo al máximo para retrasar todo lo posible los estragos del avance del tiempo, teniendo como última solucion entrar en el mercado de las famosas que decian que cobraban por asistir a fiesta, y por prestar su imagen a numerosas marcas que la estaban acosando desde hacía varios años para que colaborara con ellos, como única salida para resolver su desastrosa situación económica.

Laura se quedó horrorizada cuando entró en la habitación de su madre y la encontró atravesada en la cama, boca abajo, las sábanas revueltas, los pies desnudos y los brazos inermes cayendo por el otro

lado del colchón. Tenía el pelo revuelto cayéndole sobre la cara, y le pareció que no respiraba. Pero, lo que más la alarmó, fue descubrir unas manchas de sangre en su pijama de color azul pálido. Laura se llevó la mano a la boca, que abrió en un gesto de asombro y, tirando el bolso en una calzadora, se precipitó al otro lado de la cama para comprobar si había algun tubo de pastillas y para ver su cara.

—¡Mamá, por Dios! ¿Qué te ha pasado? ¿Has vuelto a tomar pastillas? ¡Contéstame, por favor! Vas a terminar con tu vida y a mí me vas a matar a disgustos.

Cuando llegó al lado de la mesilla de noche, se hincó de rodillas y le cogió la cara con las dos manos, apartando los pelos que la impedían verla.

—¿Pero, qué haces? —le oyó decir a su madre con voz muy débil —. ¿Estás loca? Me vas a partir el cuello... No me pasa nada, estaba acostada y me he quedado un poco traspuesta...

—Es que me has dado un susto de muerte. Creí que te había pasado algo terrible —dijo soltándole la cabeza de pronto.

—Tú, tan melodramática como siempre, figurándote tragedias. Siempre inventando culebrones. Ves mucha televisión... ¿Sabes que a veces eres bastante vulgar y simple? ... No me pasa nada.

—Pues, hija, cuando he entrado parecía que estabas ahí tirada, medio muerta, con los pelos en la cara y los brazos caídos por el otro lado de la cama...

—Pues, siento, hija, que te hayas asustado, pero también podías haber llamado al entrar o avisarme por teléfono que ibas a venir en vez de aparecer en casa de tu madre como una ladrona... Eso es lo que hace una hija bien educada porque podría haber estado haciendo otra cosa y una tiene que tener su intimidad. Ya no tienes edad para vernir a mi cama por la noche porque tienes miedo. ¿O a tí te gustaría que yo entrara en tu casa como tú lo has hecho? ¿Eh?

—Además, me han alarmado esas manchas de sangre... Porque tú ya no tienes edad...

—Manchas. ¿Dónde? —le preguntó su madre sin levantarse.

—Ahí detrás, en tu trasero. Te has machado el pijama y me he asustado.

—Déjate de tragedias que ya tenemos bastantes. Quítame el pantalón y límpialo enseguida con agua del grifo que si no se queda la mancha —Laura la obedeció y se encontró con los glúteos de su madre

vendados.

—Mamá, por Dios, ¿qué es esto? No gana una para sustos ¡Qué espanto! ¿Qué te han hecho?

—Eres tonta, hija. Te pareces a tu padre. No es nada. Me he hecho unos retoques porque los tenía un poco caídos...

—Por Dios, por Dios, mamá. Eres imposible, mamá. Imposible, imposible. En cuanto te dejo dos días sola te operas de aquí y de allí.

—Eres una exagerada. Esto no es nada. Molesto sí, porque se tiene que sujetar la prótesis y es un sitio muy delicado... Por eso hay que guardar reposo.

—¿Cuándo tiempo tienes que estar así, boca abajo?

—Cuatro o cinco semanas, según me ha dicho el médico.

—Por Dios, por Dios, mamá. ¿Tú crees que merece la pena tanto sacrificio?

—Es mi vida y mi trasero, Laura, y quiero seguir teniéndolo perfecto... Me da una envidia cuando veo el tuyo...

—Mamá —dijo Laura con un tono en el que se advertía cierta satisfacción—, es que yo tengo treinta años menos que tú... La culpa de todo la tiene Pippa Middleton, que atrajo todas las miradas el día de la boda de su hermana Kate con Guillermo por su trasero perfectamente moldeado.

—No se quién es esa tal Pippa...

—Mentirosa... Que eres una mentirosa... Por cierto ¿Qué es ese dibujo que hay en la cartulina pegada en la pared? Esa silueta de una señora con flechas indicativas y anotaciones con rotulador. Nunca lo había visto.

La viscontessa se quedó callada mientras intentaba cambiar de postura y colocarse bien en la cama en vez de estar atravesada. Su hija, mientras, se acercó para ver lo que había escrito en la cartulina.

—“Ge-nu-plas-tia” —leyó con dificultad Laura, que preguntó a su madre girando la cabeza hacia donde ella estaba:

—¿Qué es eso?

—Una cirugía de la rodilla para disimular la edad... En las rodillas, en los codos y en el cuello es donde primero se nota.

—¿Y esta otra flecha que señala los talones?

—Se trata de una sustancia que se inyecta y te eleva cinco o seis centímetros...

—¿Y tú piensas hacerte todas estas cosas? Mami, por favor, vas a

parecer una Cyborg... Estás rematadamente loca, mami. Rematada. Rematada. Rematada.

—Pues, que sepas que probablemente me voy a hacer muchas cosas más, como aumentarme los labios exteriores.

—¿Todavía más?

—No me has entendido, Laura, por favor, no me hagas ser más explícita... No me refiero a estos de la cara —dijo señalando su boca.

—Porfa, mami. Me parece que ya es pasarse. De verdad. De verdad. De verdad... la italiana continuó explicando sus planes sin hacer caso de lo que le decía su hija.

—Y quizás me cambien el color de los ojos y me los ponga azules.

—¡Me muero! ¡Me muero! Eso sí que me volvería loca. Siempre he deseado tener los ojos azules. Es como más fino ¿No? —dijo muy interesada en el tema, sentándose en la cama y tapando a su madre con la sábana.

—He leído —dijo la viscontessa poniéndose un almohadón en la espalda— que hay un tratamiento con láser que creo que deshace el color del iris y deja los ojos azules, azules.

—¡Me vuelve loca! Eso sí que, ves tú, me lo haría ¡Qué ilusión tener los ojos azules! Es lo que he deseado toda mi vida. Es como un cambio de sexo. Me estaría mirando al espejo todo el día.

La aristócrata, de pronto, comenzó a llorar incomprensible y desconsoladamente.

—¿Qué te pasa ahora, mami? ¡Por Dios! ¡Por Dios!

—Que me duele mucho la espalda y este brazo. Llevo varios días sin dormir pensando en los bultos que tengo en las axilas y el pecho.

—¿Qué brazo? Porfa, mami, no vaya a ser un infarto.

—No te lo había comentado antes para no preocuparte pero me han dicho que la prótesis de mama que me pusieron está probablemente adulterada. ¡Fíjate que horror! Ya he hablado con el cirujano que me operó y me ha dicho que, ante la duda, tiene que quitármela, ahora que casi había conseguido los veintiún centímetros entre los dos pezones, que dicen que les exigen a las chicas del Crazy Horse.

—¡Porfa, porfa, porfa, mami! Es que no me consultas nada. Esto no puede seguir así. Hay que cortar esta locura. Estás obsesionada, trastornada. Ya está bien... El tiempo pasa y no se puede hacer nada, mami, de verdad, admítelo, si no, te vas a volver loca.

—Si lo intento, hija, no creas que no, pero esta ha sido siempre mi

vida, mi prioridad: el estar atractiva, guapa... Me educó así mi madre y no sé hacer otra cosa. Es muy triste llegar a vieja... Lo único que intento es estar de nuevo presentable... Los hombres ahora te prefieren a ti...

—Mira, mami, no seas niña. Verás, lo primero que vamos a hacer es quitarte la prótesis esa del pecho, que te puede hacer mucho daño y, después, despacito, iremos viendo lo demás. Todo se va a arreglar, pero milagritos no, los milagritos ya sabes que son imposibles.

—Me quiero morir, Laura. Esto es lo único para lo que vivo y tengo que hacerme todos estos arreglos antes de que se me termine el dinero... No me quedaba más que tu padrastro y me ha despreciado.

La viscontessa continuaba llorando y las convulsiones le hacían temblar el trasero con el consiguiente peligro de que se le abrieran las heridas. Laura pensó que le iba a volver a hablar del asunto de Odón, pero en ese momento llamaron a la puerta y se quedó mirando a su madre, interrogándola con la mirada sobre quién podría ser. Ella la tranquilizó y le dijo, mientras alargaba el brazo para pedirle que le acercara la bata:

—Es Ángel, el primo de Odón, que es abogado. Me lo ha mandado tu padrastro para que demandemos al cirujano, al fabricante de las prótesis supuestamente adulteradas o a quien sea. El nos dirá lo que es procedente hacer pero yo me querello con alguien por el disgusto que me han dado. Eso desde luego.

La madre de Laura se atusó un poco el pelo. Se colocó bien la bata para que no se le viera nada por que no llevaba los pantalones del pijama y le indicó a su hija que abriera.

—No caigo quién es, mami.

—Eres tonta, hija. Estuvo en tu boda. Es también primo del que arrollaron los caballos y se quedó en coma

32

Ángel había llegado a Estocolmo un dia antes que Julia, obsesionado como estaba por seguir el rastro de Anabel y tratar de averiguar lo que pudiera sobre su misteriosa desaparición.(Habian decidido mantener su calendario de investigación elaborado antes de la sorprendente muerte de Fabian). Con cierto esfuerzo había conseguido que le dieran la misma habitacion que ella había ocupado antes de su desaparición, preguntando en recepcion, donde la informaron, tras consultar el libro de registro de clientes, que en efecto había llegado el venticinco de junio y que tenía la salido el dia ventiocho, aunque aquella noche ya no había dormido alli por que su cama estaba intacta. Por la mañana, muy temprano, Ángel, que no había podido dormir sumido en la preocupación, le preguntó al encargado del servicio de habitaciones por ella: «Una modelo española —le dijo— alta, rubia, con los ojos verdes...». Tras dudar unos momentos, aquel joven —que hablaba muy mal inglés— abrió mucho los ojos y le hizo una seña para que le siguiera hasta un cuarto donde se apilaban ropa de cama y enseres diversos. Una vez allí, con cara de satisfacción por su pequeño hallazgo, le mostró una foto de Anabel pegada en la pared, junto a otras de famosos actores y deportistas que habían pasado por el hotel. «Para Sting, mi amigo de Estocolmo» decía, y la firmaba Anabel.

Con ayuda de una camarera que había trabajado en Oropesa del Mar, le pudo preguntar si recordaba algo anormal que hubiera ocurrido en aquella habitación la noche del 27 al 28 de junio y, tras pensarlo un poco, contestó que no moviendo la cabeza de derecha a izquierda mientras repetía en un español casi ininteligible: «Guapa... ¡Que viva España!», probablemente todas las palabras que sabía de la lengua, tras añadir: «Barcelona y Real Madrid».

Luego, la improvisada intérprete, le dijo que en quince minutos comenzaba su turno una camarera que era la que hacía las habitaciones por la mañana y que le podría preguntar a ella por si acaso recordaba

algo. Al cabo de un rato apareció por el pasillo con su carro de "repuestos". Era gorda y amable. Tras ver la foto que le enseñó el "coleccionista" de autógrafos, comentó que se acordaba de ella por que era muy alta pero por nada más... De pronto, cuando ya Ángel le había dado las gracias, retuvo a su compañera cogiéndole un brazo y le susurro algo al oído que hizo que las dos se sonrieran... Tras un momento de duda en el que se miraron sin saber si decirlo o no, por fin, la "intérprete" comentó: «Es un detalle sin importancia. Mi compañera me ha dicho que el día anterior por la mañana su amiga le había pedido una "pastilla del dia después" ¿Se dice así en español? Y que lo recuerda porque se la dió y luego su novio se enfadó muchisimo por que sospechó que se la había tomado ella...».

Cuando ya iba a abandonar el hotel, le llamó el conserje con quien había estado hablando la noche anterior: «Señor —le dijo— he tenido tiempo de pensar. Recuerdo que la "señorina" se fue sin pedir la cuenta y al día siguiente vino un señor a pagar y a recoger una maleta que se había dejado». Luego, añadió satisfecho esperando una buena propina por sus servicios: «Quizás nuestro circuito de televisión tenga registrado al señor que pagó ¿Le interesaría verlo?». Ángel se precipitó sobre el mostrador y le dijo que le interesaba mucho. «Nos llevara un tiempo buscar las entradas y salidas de aquel día después de tantos meses, pero lo intentaré...». Luego le hizo una señal para que esperara y añadió acercándose para que no lo oyera su compañero: «Aunque el señor que pagó se llevo la maleta, más tarde, al hacer la habitación, apareció dentro del armario este pequeño neceser», le dijo, mientras que lo sacaba de detrás del mostrador. Ángel lo reconocio al instante porque era el mismo que Anabel había llevado a Ibiza. Tras darle las gracias, le puso en la mano un buen fajo de coronas, asegurandole el empleado que le enviaría la información sobre el señor que pagó su cuenta el dia veintinueve.

Tras pasar la noche de su llegada en el lujoso hotel donde se había hospedado Anabel, Ángel se trasladó a otro encantador en el barrio de Södermalm, donde le esperaba Julia, que había llegado a Estocolmo un día más tarde. Ella era la que lo había escogido, precisamente, porque estaba muy cerca del bar Mellqvist, en la calle Hornsgatan 78, muy frecuentado en su dia por el escritor Stieg Larsson, el creador de

Lisbeth Salander, el original personaje de la serie policíaca "Milenium" que tanto admiraba.

Cuando Ángel entró en el hotel con su maleta y el pequeño neceser rojo, el conserje se le quedó mirando de arriba abajo, pensando que no cuadraba el aspecto un poco desaliñado del abogado aprendiz de detective con el coqueto maletín, y con una sonrisa, no exenta de sorna, le dio los buenos días. Ángel se dio cuenta del ligero matiz burlón del saludo y puso el maletín en el mostrador muy cerca de sus narices, a la vez que le preguntaba en inglés:

—Buenos días. ¿Ha llegado la señorita Julia?

—Espere un momento, señor, que lo compruebe ¿Quiere que le diga que tiene una visita?

—No. Dígame sólo si ha llegado.

—Pues, sí. Ha llegado esta mañana.

—Bien. Tenemos una reserva conjunta

—¿A nombre de quién, señor?

—Ángel Fon Setano.

—Sí. En efecto.

—¿La habitación es doble?

—No, señor. Sencilla. Ahora recuerdo que llamó ella para reservarla desde España e insistió en que quería dos individuales. Déjeme su documentación. Esta es su llave. Su habitación está junto a la de la señorita ¿Quiere el señor que le suban las maletas?

—Sí. Por favor. Lléveme esta roja...

Julia debió de oír ruido en la habitación de al lado porque llamó a la puerta de Ángel cuando se disponía a colgar dos camisas y la única chaqueta que llevaba. Nada más abrir, Julia se le echó encima y le abrazó, cerrando la puerta con el tacón, sin mirar hacia atrás,

—¡Libertad! ¡Libertad! —gritó tras darle un par de fuertes besos en las mejillas—. Al fin solos en la coronilla del mundo. Me encanta estar lejos donde nadie te entiende y siempre es de día...

Ángel, separándose de ella, le preguntó, algo decepcionado:

—¿Por qué has cogido dos habitaciones?

—Cuidadín. Cuidadín. Soy tu ayudante. ¿Recuerdas? Aquí nada de obligaciones. ¿Eh? Sé que me has traído hasta aquí, y te lo agradezco, pero no te debo nada... Si no me voy ahora mismo.

—Pero, si dormimos juntos en casa... —protestó Ángel.

—No es lo mismo. Allí vivimos en el loft, que no es lo mismo que

“dormir juntos”. Como es de una sola habitación, no tenemos más remedio que compartirla... Pero aquí hay muchas. Colegas y amigos. ¿Vale? Y cada uno en la suya...

—Perdona. Es que me ha sorprendido un poco...

—¿Y si yo quiero traerme un sueco o una sueca... a dormir? ¿Qué pasaria? Nada. Nada. Mejor así. Más independientes.

Julia, que iba vestida con un body de tirantes azul y unos pantalones largos amarillos muy ajustados, descubrió de pronto el neceser encima de la cama y se lanzó a él como una posesa dando pequeños grititos histéricos.

—¿Pero qué es esto, Ángel? ¿No me digas que vienes dispuesto a disfrazarte y salir por los pasillos a ver qué pescas?

—¡Deja eso! ¡No lo toques! —le dijo. Pero Julia ya lo había cogido y estaba revolviendo lo que había en su interior y colocándolo sobre la colcha de la cama—. A ver, a ver, un traje con un tocado dos cuernecillos de oro y botas color bronce, una crema para mantener tersa la piel, cuatro barras de labios de distintos colores, pinceles, rimel, un lubricante para las partes íntimas...

—¡Deja eso, Julia! ¡Te lo ordeno! —le dijo totalmente en serio—. No es tuyo.

—Ya lo sé —le contestó Julia, forcejeando para que no se lo quitara de las manos—. Lo que me gustaría es saber de quién es... —y siguió sacando cosas—. Un camisón sexy, una peluca y unas braguitas color carne.

Ángel tiró con fuerza del asa del maletín en un descuido de Julia y el resto de lo que quedaba por sacar, un cortauñas y un pendiente, entre otras cosas, cayó por el suelo.

—¿Ves lo qué has hecho? —dijo Ángel realmente enfadado, mientras se ponía de rodillas para recoger lo que se había caído. Julia se puso también a cuatro patas buscando las cosas que estaban desperdigadas por debajo de la cama.

—Habíamos quedado en contarnos todo. ¿Qué hicistes anoche? ¿Por qué te viniste un día antes? ¿De quién es este neceser tan “guay”?

Ángel, sin hacer caso de sus preguntas, le dijo a su vez:

—¿Ves lo que has hecho? Ahora falta uno de los pendientes...

—A lo mejor no había más que uno —comentó ella, continuando luego con su interrogatorio—. Dime qué hiciste anoche o me encierro en mi cuarto los dos días que vamos a estar aquí.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¿No es lo que tú dices? Pues eso: nos tenemos que contar las cosas del trabajo, que es para lo que Odón nos ha pagado el viaje hasta aquí, pero lo demás es de cada uno... Su parcela privada.

—¡Ya caigo¡: has estado buscando a tu amiga Anabel. Has ido a preguntar por ella al hotel a ver si te decían algo, si averiguabas cualquier cosa. ¿Qué? ¿Qué te han dicho? ¿Se acordaban de ella?

Él seguía buscando el pendiente que faltaba. Julia, que ya había desistido, se sentó en la cama y le decía con voz de niña mimosa:

—“Pobrecita ¿Dónde estará mi Anabelita...?” ¿Sabes lo que creo? Que eres un cornudo —Ángel la agarró por un brazo y, a empujones, la sacó de la habitación, dando luego un portazo. Al momento, Julia volvió asomando la cabeza por la puerta entreabierta y le dijo, en tono burlón:

—¿Quieres que esta noche me ponga su camisón, su peluca y sus braguitas y me meta en tu cama haciéndome pasar por ella? Así, a lo mejor, se te quita el mono...

Ángel le tiró un zapato que fue a estrellarse en el cristal del esquema que había colgado detrás de la puerta para indicar las salidas de emergencia del edificio en caso de incendio.

Una hora más tarde, un taxi les llevó a los astilleros de los que era socio mayoritario Odón, donde estaban reparando su velero de los destrozos causados por el ataque de los piratas en aguas de Sancti—Petri. El millonario español había decidido llevarlo hasta allí porque era donde lo habían construido y donde mejor podían calibrar la importancia de los daños ocasionados por el golpe de la hélice al desprenderse de su eje y chocar con el fondo, así como los desperfectos que produjo el fuego provocado a bordo por los siete salvajes asaltantes que habían atacado el barco.

De paso —esta era la novedad—, iban a colocarle una nueva orza con un bulbo innovador fabricado de una “aleación misteriosa” que podría dar espectaculares resultados en las próximás regatas en las que participara Odón, buen patrón y veterano marino. El último proceso lo estaban llevando muy en secreto en unos almacenes de los propios astilleros donde no se permitía la entrada a nadie más que a los dos ingenieros encargados. Por lo visto, sólo les faltaba ya un material que tenían que llegar del extranjero, y una vez terminado, sería trasladado

hasta Monaco, donde iba a ser probado por Odón, que tenía planeado un largo viaje para el verano por el Atlantico con destino desconocido.

Había sido el propio armador quien había sugerido a Ángel que lo inspeccionara antes de que acometieran la reparación de la "obra muerta", concretamente camarotes y bañera, por si encontraban todavía algun indicio, pista o detalle, que le pudiera servir en su investigación de cara al juicio que dentro de muy pocos días iba a tener lugar, en el que acusaban a Odón de "homicidio involuntario" por haber matado a uno de los siete piratas golpeándole la cabeza con una enorme piedra.

Cuando Ángel y Julia —que no habían hablado en todo el viaje después de la pelea del hotel— llegaron a los modernos astilleros donde se construían prototipos de veleros para competir con los "fórmula uno" del mar en las principales regatas del mundo, se encontraron con una medidas de seguridad más propias de un centro de investigación atómica que de una fábrica de embarcaciones de recreo. Tras conseguir pasar todos los controles, esperaron en una modernísima sala llena de maquetas de barcos y estilizados muebles de diseño a que aparecieran los dos ingenieros, las únicas personas que podían conducirles hasta donde estaban reparando el "Melkart". Los ingenieros —un hombre y una mujer— eran muy simpáticos y les llevaron hasta una nave donde sólo se podía acceder con una tarjeta especial.

Una vez dentro, apareció ante ellos el barco, enorme, y les indicaron que podían subir por un andamio colocado en uno de los laterales y saltar luego a la bañera y de allí al interior. Les advirtieron que ellos iban a seguir trabajando abajo y que se tomaran todo el tiempo que quisieran. Los dos "detectives" subieron las altísimás escaleras y durante más de dos horas se dedicaron a examinar toda clase de detalles del interior, fotografiando todos los objetos y cuadros de las paredes, así como cajones, documentos y las ropas de los armarios.

A Julia le llamó poderosamente la atención la cantidad de libros que había a bordo, señal de que su dueño pasaba muchas horas navegando o anclado en alguna cala maravillosa y tranquila. Entre los ejemplares había muchos de mitología, de historias fantásticas, semidioses y novelas de Agatha Christie, una de las cuales tenía una señal roja, como si la hubieran estado leyendo recientemente. Julia fotografió todos los lomos para que se pudieran identificar los títulos por si hacían falta en un momento determinado, y también fotografió una curiosa

lista de doce números pintados a mano sobre un papel pegado en una de las paredes junto a la lámina de las banderas náuticas de señales, llamándole la atención que algunos de los números estaban tachados con rotulador.

Ángel y su ayudante, tras su exhaustivo examen, consideraron que su trabajo había terminado y así se lo comunicaron a los ingenieros. La zona del voluminoso bulbo —tenía que ser grande para contrarrestar la superficie vélica de la nave— permanecía cerrada y de ella salieron los ingenieros para acompañarlos a la salida. Antes, la chica llevó a Julia a un servicio— había preguntado donde había uno— en una esquina del misterioso y hermético almacén, junto a una habitación con una cama y una pequeña cocina. Al ver que Julia se quedaba mirando con curiosisdad el pequeño loft, la joven ingeniero le dijo:

—Es para cuando alguno de nosotros tiene que quedarse de guardia.

Julia, cuando se fue la chica, fotografió también la habitación, pobremente amueblada, y abrió y sacó fotos del armarito del baño que había sobre el lavabo, por si pudiera haber algun resto de pastillas o drogas.

Cuando iban en un taxi para volver a la ciudad, Ángel puso un sms a Daniel avisándole de su regreso: «Julia y yo vamos para allá. Volvemos a puerto desde el mar Báltico, con buena “pesca” y noticias frescas. Si no nos dices nada en contra, estaremos ahí el jueves por la mañana para empezar a trabajar».

Habían pasado sólo cinco minutos cuando recibió contestación: «Estoy en plena forma... mental. Los ordenadores están que echan humo... Hasta el jueves. Recuerdos de Rosa».

Daniel acababa de tomarse la lata de berberechos que diariamente le había “recetado” el médico por su falta de hierro y mordisqueaba el bocadillo de jamón que Rosa le había puesto de cena —un alarde teniendo en cuenta la precaria situación económica que vivían— cuando vio en su móvil el mensaje que le había puesto Ángel. Tras varias horas de rehabilitación para recuperar la movilidad de su brazo izquierdo y de sus piernas —estaba paralítico de cintura para abajo—, le animó recibir noticias de su primo, que le hacía recuperar la ilusión por algo y tener la mente ocupada para intentar dejar de pensar continuamente en su mala suerte. Los últimos días había estado muy deprimido, tanto por su futuro, como por la situación a la que

involuntariamente había arrastrado a Rosa, su mujer, que había permanecido a su lado día y noche durante meses sin separarse de la cabecera de su cama.

Para Daniel la situación en que se encontraba le preocupaba más por su esposa y por sus hijas que por él mismo, resignado ya a pasar el resto de su vida en la galería soleada de un geriátrico, no teniendo más aliciente que ver todos los años como florecía la mimosa del jardín y llegaban las primeras golondrinas.

Daniel pensaba constantemente en Rosa y alguna vez, incluso, estuvo a punto de proponerle que huyera de su lado con las niñas. Que le abandonara y buscara lejos de él una nueva vida... Luego, comprendía que todo aquello que imaginaba en sus largas horas de insomnio, no eran más que disparates, y a la mañana siguiente dejaba que le lavara y le pusiera los calcetines en sus pies de muñeco. En las sombras abismales y silenciosas en las que estuvo sumido durante el coma, había ocasiones en las que percibía un resplandor, una luz, como quien, sumergido a muchos metros en la profundidad en el mar, ve, allí arriba, el tenue brillo del sol en la superficie, el fugaz paso de un pez fluorescente. Daniel notaba cuando los dedos de Rosa rozaban su mano y sus labios tibios se posaban en su frente fría de muerto.

Incluso una vez, un día le pareció oír que su mujer le decía: «Te vas a poner bien, Daniel. Hace tan sólo un rato me lo ha dicho mi Cristo de Medinaceli». ¿Qué si se lo había contado a Rosa cuando se despertó? Sí, le había contado que a veces sentía sus dedos y oía su voz y que, durante horas, escuchaba el ruido de un martillo golpeando un enorme clavo que atravesaba sus pies, como debió de sentir Cristo cuando lo crucificaban y cada golpe retumbaba en el silencio del Gólgota mientras las mujeres, abrazadas y ocultas por sus mantos, lloraban sobre un montón de calaveras.

También le contó aquel día en que la sintió llorar convulsa y repetía una y otra vez desesperada: «¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para merecer esto?». De igual manera, le confesó que había sentido a su hija jugar sobre su pecho desnudo y notar el frío de sus cacharritos de metal... Pero no le contó que había “vivido” impotente —sin que le respondiera un sólo músculo de su cuerpo— como Fabián la quiso violar en su propia habitación, al lado de su cama, mientras le tapaba la cara con la sábana como si fuera ya un cadáver... Daniel llevaba ya un mes “despierto”, pero este era un tema que no querían abordar. No

quería abordarlo aunque intuía que ella sospechaba que el se había dado cuenta... Sobre todo, desde que le había confesado que, en otras ocasiones, la había oído mientras se encontraba en el túnel, más cerca de la muerte que de la vida.

El jueves por la mañana, Daniel le pidió a su mujer, nada más volver a casa de llevar a las niñas al colegio, que le pusiera una camisa limpia y los zapatos nuevos que se había comprado para la primera comunión de su hija mayor y que apenas había usado porque, a los pocos días, ocurrió la estampida en la boda de la "hija" de Odón. Desde la noche anterior, tenía preparados los folios encima de la mesa donde iban a tener las "reuniones". Era una mesa comprada en Ikea que le permitía acercarse en la silla de ruedas de tal forma que su brazo izquierdo quedaba debajo del tablero, pudiendo tener su mano derecha encima para tomar notar y manejar el ordenador. Había dispuesto también unas carpetas de colores, como le había indicado Ángel, con los cuatro "casos" principales que iban a tratar de investigar: "El asalto", "la estampida", la "muerte de Telmo" y la "muerte de Fabián".

Daniel, nervioso, le preguntó a su mujer si había preparado café y si tenían cervezas frías en la nevera, por si se se alargaba la reunión y llegaba la hora del aperitivo. Rosa le contestó que sí desde el cuarto de baño, donde se estaba peinando y poniendo un traje más presentable para recibir al primo de su marido.

—¿Quién me has dicho que viene con Ángel? ¿La hemos visto alguna vez? —preguntó Rosa asomándose a la puerta mientras abría con los dientes una horquilla para sujetar el moño.

—Viene con Julia, una amiga.

—Rosa, enchufa el ordenador, por favor. El alargador está en la puerta de abajo de la cocina, al lado de la nevera.

—Ya voy. Ya voy...

—Ya están ahí. Abre —le dijo a su mujer al oír el timbre.

Rosa abrió la puerta y se hizo a un lado para que pasaran los recién llegados. Ángel le dio un fugaz beso y se dirigió a su primo, al que dio un largo abrazo.

—No queremos dar la lata —dijo Julia tras darle un beso a Rosa—. Venimos a trabajar y no queremos que nos tratéis como a una visita...

—¿Habéis visto como ha entrado? —comentó Ángel en broma, señalando a su amiga—. Es como un terremoto. Pero no os asustéis, sólo vendremos de vez en cuando para comentar algunos datos que nos

hagan falta y para que los investigues y consultes en ese archivo, esa hemeroteca monstruo que tienes. El trabajo de calle lo haremos nosotros y tú serás... ¿Cómo diría yo...?

—La central de datos. Una especie de ordenador central que todo lo sabe —comentó Julia, y añadió:

—Estoy muy ilusionada con poder ayudar a Ángel y acepté en cuento me dijo de qué se trataba. Modestamente, puedo aportar mi famoso sexto sentido y mis conocimientos como licenciada en Historia del Arte.

—No seas modesta —la interrumpió Ángel y dijo, mirando alternativamente a Daniel y a Rosa:

—Es un lince y ve pruebas y pistas donde yo no encuentro nada.

—Yo no sé que significa todo esto para vosotros —intervino Daniel, a quien no le había quedado ninguna secuela a la hora de expresarse—, pero yo he estado varios meses muerto y me gustaría averiguar si realmente mi caso fue un accidente o hubo algún culpable. Y en caso de que lo hubiera, cuál fue el motivo que le impulsó a hacer algo parecido. Al principio, nadie dudaba que había sido un accidente pero, luego, han ocurrido muchas más cosas en la familia como la muerte de los dos hermanos. Ahora mucha gente empieza a sospechar si hay algo más detrás de todo esto. A mí, personalmente, me parecen ya muchas casualidades.

—Perdona, Daniel, que te interrumpa —dijo Ángel— tienes razón, toda la razón y, por eso, nos han pedido que investiguemos al margen de la policía, cuya labor es muy meritoria, desde luego, pero, quizás nosotros podamos encontrar ciertos matices que nos lleven a otras conclusiones. Eso, al menos, cree Odón, el único hermano vivo que queda, que teme ser víctima de otro “accidente” como el tuyo, Daniel, que fue el primero.

—Falso —dijo Daniel—. El primero fue el asalto de Sancti Petri que yo viví muy directamente porque aquella noche estaba en el periódico encargado del cierre. Aquí está el dossier —dijo, poniendo encima de la mesa la primera carpeta, en la que se podía leer claramente “El asalto”.

—¡Bravo, esto es un ejemplo de cómo tenemos que organizarnos! —dijo Ángel sacando un sobre de su maletín—. Aquí esta el informe de nuestro viaje a Estocolmo para revisar el velero de Odón, que hemos examinado minuciosamente.

—En este otro sobre estan las tarjetas con las fotos del barco palmo a palmo y libro a libro —dijo Julia, a la vez que le entregaba el “pendrive” para que los pudieran ver en el ordenador

—¿Tienes impresora? —le preguntó.

—Sí —contestó Daniel.

—Pues, si ves algo interesante —dijo Ángel, contagiado del entusiasmo de Julia— deberías de imprimirlo y añadirlo al informe... Yo, por mi parte, debo de decir que no vi nada extraño en el asalto, salvo el atrevimiento de los piratas de acercarse tanto a la costa con los tiempos que corren... También me llamó la atención entonces —como a otros colegas— la contundencia con que Odón acabó con la vida de uno de los siete atracadores, golpeándole la cabeza con una piedra enorme cuando ya estaban en tierra.

—Está acusado de homicidio involuntario —dijo Julia.

—Examinaré uno a uno todos los detalles que vi de forma tan directa y veré las fotos con lupa —añadió Daniel.

—Siguiente caso —dijo Ángel, mientras que Julia le preguntaba a Rosa por el baño—, la “Estampida”.

—En este caso —dijo Daniel con tristeza—, el testigo principal fui yo... Mejor dicho: el protagonista.

—Bueno, tú fuiste el protagonista involuntario, pero también estába allí Rosa —comentó Ángel, quien, tras dudar unos segundos, se atrevió a preguntarle a Daniel:

—Perdona que te lo pregunte, Daniel, pero, ¿habías bebido tanto aquella noche como para llegar a perder el conocimiento?

—Eso es absurdo. Había tomado sólo un par de copas cuando, de pronto, me di cuenta de que perdía la conciencia.

Julia llegó en ese momento del baño y preguntó si se había perdido algo,

—Estábamos comentando —dijo Ángel— el momento en que Daniel perdió el conocimiento en la boda de Laura. La mayoría pensaron entonces que le había sentado mal la bebida o que había sufrido un corte de digestión. Daniel, ¿tú crees que habría sido posible que alguien te hubiera echado algo en la copa?

—No advertí nada raro. Sólo sé que, de pronto, mi cabeza empezó a dar vueltas y que me caía al suelo a pesar de estar sentado. En la vida he tenido una sensación igual. Fué todo rapidísimo.

—¿Quién estaba contigo en la mesa? —le preguntó Julia—. ¿No

notaste nada anormal, que recogieras algo del suelo o que alguien te obligara a mirar hacia otro lado para distraerte y que no miraras tu copa para poder echarte algo sin que tú lo vieras?

—No. La verdad es que no... Quizás noté que mi vino no estaba todo lo bueno que debiera, que tenía un saborcillo que no me agradaba, y llegué a comentar con alguien, en broma, el milagro de las bodas de Canaa... donde sacaron el buen vino al final... Recuerdo que alguien de la mesa comentó: «Ah, pues a mí me gusta», alzando la copa y moviendo el vino, como un experto, para terminar oliéndolo.

—¿No sería que alguien te echó algo para que perdieras el conocimiento —insistió Julia— y luego te pudiera poner a los pies de los caballos...? Yo me aventuro a pensar que todo estaba premeditado y que te colocaron donde sabían que tenían que pasar cuando se produjera la estampida.

Daniel puso cara de incrédulo al oír la teoría de Julia, ya que nadie habría sido capaz de suponer que los caballos se asustarían con los fuegos artificiales hasta el punto de que se provocara la espectacular estampida que se originó. Era imposible, pensaba, que todo hubiera sido algo premeditado. El que hubiera ideado este plan sibilino era un genio. El intento de asesinato más sofisticado de la historia de los crímenes...

—Julia tiene razón —le decía Ángel a Daniel—. Tienes que recordar, quiénes estaban sentados en la mesa aparte de Rosa. Posiblemente, alguien tendrá alguna foto. Os harian varias, como hacen en todas las bodas, ¿no?

—Yo tengo una —dijo Rosa, que pasaba por donde estaban sentados para ir a recoger a las niñas— pero estais sacando las cosas de quicio...Yo estaba alli y no ví nada.

—Tráela, por favor, Rosa —le dijo su marido.

—Voy a llegar tarde a por las pequeñas... —protestó ella.

—Dime dónde están —le dijo Julia, levantándose de donde estaba sentada—. Si no os importa que ande revolviendo en vuestro cuarto...

—En nuestro armario del dormitorio, en una caja de galletas roja que hay abajo, a la derecha.

Un momento después, cuando Rosa ya había salido con una bolsita con bocadillos para las niñas, apareció Julia con la caja de galletas.

—Búscala tú, Ángel, por favor —dijo Daniel, que tenía dificultad con su única mano útil.

—¿Qué hace esta foto aquí? —preguntó Ángel, sorprendido porque hubiera entre las fotos familiares una imagen de su película preferida: *El doctor Zhivago.*

—A ver, ¿la puedo ver yo? —preguntó Julia, gran aficionada también al cine.

—Claro que sí —le respondió Daniel—, es una escena que cientos de extras rodaron en la estación de Delicias de Madrid, donde ahora está el museo del Ferrocarril. Este de aquí —dijo con cierta satisfacción, señalando con el dedo al que aparecía en primer plano— es mi padre.

—Otro día —le comentó Julia— me tienes que hablar de la foto con detalle. Me encanta el cine y, en especial, la música de esa película.

—Bueno, sigamos, que estamos trabajando— añadió Daniel— Aquí hay una foto de la mesa en la que se nos ve a todos.

—Pues ponla en el dossier —comentó Julia, que añadió— Me pregunto por qué se escaparon los caballos. ¿No estaban encerrados en unas cuadras al aire libre con cercas especiales muy sólidas?

—Yo conozco bien las cuadras —comentó Daniel— porque aquel mismo día estuve viendo unos caballos "carnívoros" que tenía Odón, al menos eso decía él, que eran fieros y extraños... Ahora que lo pienso... A mí me parece que es muy difícil que escaparan ya que los barrotes, según recuerdo, eran muy altos y de hierro.

—¿Comprobó alguien tras el accidente —preguntó Julia— si las puertas y las vallas estaban rotas y si los cierres estaban forzados o, por el contrario, alguien los había abierto para que los caballos pudieran escapar cuando oyeran el estruendo?

—La verdad es que nadie habló de eso —dijo Ángel—. En aquel momento y en los días posteriores al suceso, nadie pensó que se trataba de algo diferente a un "accidente" ¿Quién iba a provocarlo? Y, sobre todo ¿Por qué?

Julia levantó los hombros por toda respuesta, dando a entender que por el momento no podía contestar a esa pregunta. En ese instante, llegaron las niñas del cole, y con gran algarabía, se lanzaron sobre ella. La más pequeña le dijo, cogiéndole la cara con las manos para obligarla a que la mirara:

—Me han puesto un ocho en dibujo.

—Daniel, nos vamos —le dijo Ángel a su primo—. Tienes que estar cansado. Veo que no haces más que tocarte el cuello con la mano por

las malditas cervicales ¿Llevas todavía el collarín?

—Bueno, sí, lo llevo la mayor parte del día pero por las noches me lo quito para poder dormir. Además, es cuando Rosa me da un pequeño másaje que me viene de perlas.

—Yo soy una experta —dijo Julia, levantándose de su taburete y dirigiéndose al lado de la mesa donde estaba él, mientras se frotaba las manos para calentarselas, antes de comenzar la sesión.

—¿Dónde te duele exactamente? —le preguntó. Cuando Daniel le señaló el lugar, comenzó a mover los dedos con fuerza y delicadeza a la vez, provocando que Daniel hiciera gestos de alivio.

—Daniel —insistió Ángel, mientras Julia continuaba dándole el másaje—, creo que los otros dos temás, la muerte de Telmo y la de Fabián —dijo señalando las carpetas verde y roja— deberíamos dejarlos para el próximo día porque tenemos que viajar a Galicia, al pueblo donde murió el cura, y posteriormente a la finca de Fabián, donde ocurrió el "accidente" del ultraligero...

—Ese "accidente" sí que no me lo creo—intervino Julia, sin dejar de mover las manos, y añadió—: Iremos a los dos sitios, traeremos todos los datos y los examinaremos sobre esta mesa.

—Yo, que me he vuelto muy desconfiado —ironizó Daniel—, después de estar unos meses de viaje por ahí sin ver a Dios ni a nada parecido —dijo moviendo el dedo en círculo y señalando al cielo— empiezo a dudar de todo después de vuestra visita. Creo que podriaís tener razón en algunas cosas.

—Terminarás dudando, como nosotros, del accidente del cura ardiendo en la torre y te plantearás seriamente la muerte de Fabián.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué hay detrás de todo esto? —dijo Daniel, contagiado de las dudas de Ángel y de su compañera, que todavia no querian comentarle nada de la "revelacion" de Rosalia sobre la posible existencia de un hijo bastardo del que ,según la anciana, hablaba la carta que el mismo Daniel había llevado a su primo Telmo.

Ángel, con disimulo, se acercó a la puerta del baño donde Rosa estaba con las niñas y, tras cerciorarse de que continuaban allí —oyó el secador del pelo funcionando—, creyó, tras intercambiar una mirada con Julia, que era el momento de hacerle una pregunta importante a su primo:

—Daniel, estarás de acuerdo con nosotros en que no podemos dejar

ninguna pregunta en el aire dadas las circunstancias, y hay una que te afecta a ti muy particularmente. Otro día, cuando estemos solos, hablaremos más del asunto, ahora sólo tienes que decirnos sí o no: ¿Sabes lo que decía la carta de tu madre que le llevaste personalmente a Telmo?

A Daniel no le dio tiempo a contestar. De pronto, se abrió la puerta del baño y apareció Rosa con la pequeña en brazos envuelta en una bata azul.

—Quiere despedirse de vosotros —dijo Rosa acercándola para que le diera un beso a los visitantes...

—Nosotros ya nos vamos —comentó Ángel— y os dejamos tranquilos. Una sola cosa, Daniel: ¿Sí o no?

—No —balbuceó Daniel.

33

Ángel y Julia habían llegado la noche anterior muy tarde al hotel del pueblo donde pensaban investigar la muerte de Telmo. No tenían ganas de cenar y decidieron tomar una infusion para luego irse cada uno a dormir a su cuarto —había sido julia la que había hecho las reservas y Ángel enfadado no le quiso hacer ninguna insinuacion—. Cuando Ángel cerró la puerta de su habitación sintió la necesidad de escribirle a Anabel. Se puso el pijama y luego se sentó en la mesa que había, cogió su pluma y y empezó a escribir en uno de los folios que había dentro de una carpeta con el membrete del establecimiento.

Anabel, te escribo desde tu Galicia donde vivistes tu niñez y tu adolesdencia, adonde he llegado siguiendo tu rastro como un perro fiel va tras su ama, con la esperanza de que algún día le vuelva a acariciar la cabeza. Aquí, de alguna manera, te siento más próxima, te veo emerger del paisaje en cualquier recodo del camino, en la plaza donde oigo tus gritos de niña, en la calle que baja al río a donde ibas por agua. Aquí hay personas que hablaron contigo, que te vieron correr y sufrieron al pensar que podrías caerte; que jugaron con tus coletas rubias atadas con gomas; que te cambiaron un beso por una golosina y una mirada por una golondrina. Qué no daría yo por una mirada tuya de niña. Porque te quiero desde que naciste y me pertenece todo lo que tocaste. Porque considero mías las cosas que mirabas, donde dejaste la señal verde de tus ojos que solo yo puedo identificar. Porque estás dentro de mí. Porque siento que somos una sola persona. Porque te quiero a ti y a tus antepasados y a tus hijos sean o no míos y quiero seguir las huellas de tus ojos. ¿Cuándo apareció por primera vez en la tierra ese color? Tú no eres humana, eres hija del sol, que ha parido de sus entrañas tu mirada, y de un ángel que se atrevió a rozarlo con su trompeta una noche de eclipse. Quiero volver a sentir en mis dedos la vida

que fluye por la vena de tu sien que alimenta la vida de tu alma blanca, temblorosa, huidiza, que se asusta de la oscuridad, de las sombras amenazantes cuando otra persona se acerca. ¿Por qué te fuiste tan lejos? ¿Es por qué deje escapar el agua limpia que depositaste en el cuenco de mis manos con tanta ilusión? ¿Te fuiste porque empecé a llorar de felicidad cuando me dijiste que me querías y perdí las fuerzas —por quererte tanto— para hacer el amor? Me han dicho, los que te conocían, que de niña eras flaca, que estabas siempre sola rodeada de velas que tu padre te encendía cada noche, como si estuvieras en un altar y que por eso tu cara es serena como esas queridas vírgenes de nuestras iglesias... Pero, ¡ah! —les decía yo—, pocas tienen los ojos verdes ¡Vuelve, por favor! Tengo miedo, no quiero pensar que te toquen otras manos ni que tu aliento se confunda con otro respirar. Si lo descubro alguna vez podría llegar a matarte para llevarte flores frescas todas las mañanas allí donde descansases y saber así que serías solo mía. Quiero que sepas que siento en la boca el sabor de tu piel y en las manos el vacío de tu cuerpo. Quiero que sepas que siento en la noche como huele tu llanto, que escucho tu suave respirar... estés donde estés, por mucha que sea la distancia.

A la mañana siguiente, tras desayunar en el hotel, Ángel y Julia iniciaron su recorrido por el pueblo sin que ninguno de los dos hiciera la menor referencia a la noche anterior. Comenzaron por las callejas mal empedradas hasta llegar a la plaza de la iglesia. Allí Ángel se detuvo, para explicarle a Julia que estaba doblando la esquina aquella tarde para salir a la plaza cuando vio caer desde la torre a Telmo convertido en una antorcha. Luego, avanzó unos pasos para señalarle exactamente el lugar donde había caído el cura.

—Fue un momento horrible, horrible —le explicó—. Cuando llegué a su lado, estaba aún ardiendo. Al cabo de un rato, estaba calcinado y sólo se le veían sus ojos espantados y unos dientes blancos con los labios chamuscados. Aquella mirada la tengo clavada. No miró hacía ningún lado con intención de acusar a nadie. Murió con sus ojos fijos en los míos y noté como poco a poco se volvían inexpresivos. Muchas veces, sueño por las noches con ellos y los veo llenos de gusanos. ¡Es horrible! Yo creo sinceramente que se prendió fuego y, luego, se arrojó al vacío. Fue una decisión madurada durante años en la celda de su monasterio.

Julia siguió el relato sin pestañear mientras se imaginaba la escena mirando la antigua torre de la iglesia del siglo xvii .

—Si contemplamos la posibilidad de un suicidio, de prenderse fuego a lo bonzo, ¿no hubiera sido más fácil hacerlo en la calle sin el show de tirarse desde la torre?

—Tú dices eso porque ignoras lo que significaba la torre para él: era su refugio, donde subía todas las tardes. Era allí donde recibía a los jóvenes del pueblo para aconsejarles... Yo descarto, en contra de lo que asegura todo el mundo, que lo mataran por pederasta.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que Telmo no se suicidó. Creyente hasta la médula desde muy joven, según me habéis contado, sabía perfectamente que en su religión los suicidas se condenan.

—Eso es cierto —admitió Ángel—. La verdad es que en el registro que se hizo poco después del suceso no se encontró ni una lata de gasolina, ni restos de caja de cerillas o mecheros. Lo único que nos queda es el fuerte olor a gas.

—¿A gas? —preguntó sorprendida Julia, a quien nadie le había contado detalles— ¿Por qué olía a gas?

—Muy sencillo, desde hacía varios días se estaban llevando a cabo unas obras para instalar la calefacción en la iglesia, ya que es muy fría y tiene muchas humedades en invierno. El olor provenía de unos tubos que la policía revisó tras el suceso.

—¿El padre Telmo utilizaba *clergyman* o sotana? —preguntó Julia.

—Siempre llevaba la vieja sotana. Le gustaba jugar al fútbol con los chicos y nunca le vi sin ella, se la remangaba. ¡Y a pegar patadas al balón!

—Con los tejidos que hay ahora, altamente inflamables, cualquier chispa habría prendido rápidamente.

—De hecho, las décimás de segundo que lo vi allí arriba, antes de caer —dijo Ángel señalando la torre—, me pareció que intentaba quitarse la ropa.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Julia— ¿Quién se acercó al herido además de ti?

—Aquel día había mercadillo en la plaza, por lo que tambien se acercaron los vendedores ambulantes que le habían visto caer como yo. Concretamente, recuerdo que uno tiró con fuerza de la manta donde tenía expuestos sus cacharros para vender y lo intentó tapar, pero ya era

tarde. Hoy también da la casualidad de que hay mercadillo como aquel día. A ver si encontramos al hombre de la manta. Al día siguiente le vi y le compré una ballesta bastante antigua.

—Lo que estamos dilucidando es muy serio.Vamos a ver, razonemos. Yo creo, y la policía también, por lo visto, que no se suicidó. Entonces, solo nos queda averiguar cómo empezó a arder su sotana. ¿No sería el Espíritu Santo en forma de llama al posarse sobre él, como hizo con los apóstoles en el cenáculo?

—Julia, por favor, sé respetuosa, que tú seas atea no te da derecho a faltarle el respeto por hacer una gracia a los que creemos.

—Admitida la protesta. Me he pasado. Por cierto, ¿alguien puede atestiguar que olía a gas?

—Yo mismo y todos los vendedores de la plaza lo notaron. Pero solía ser habitual durante las obras.

Julia y Ángel se apartaron del lugar donde había caído el cuerpo y rodearon la torre por el lado norte tras salvar la valla de protección que había colocado la policía por el peligro de derrumbe, debido a los graves desperfectos sufridos por la estructura de madera a causa del incendio. Cuando llegaron a la parte de la plaza donde estaban los vendedores, Julia se acercó a curiosear tocando aquí y allá: un elefante de madera que vendía un africano, unos trajes ibicencos, un collar hippy... Ángel le advirtió, dada su natural aprensión, que no tocara aquellos objetos que le podían transmitir alguna enfermedad. Julia le miró como a un bicho raro. Sabía que su obsesión rayaba a veces en la locura y siguió tocándolo todo hasta que llegaron al vendedor que había auxiliado a Telmo, quien exclamó al reconocer a Ángel:

—¿Qué tal la ballesta que le vendí, señor?

—Este es el vendedor que auxilió al Padre Telmo —comentó Ángel mirando a Julia, mientras el gitano se llevaba la mano a su descolorida visera a modo de saludo. Julia, que iba un poco más adelantada, volvió sobre sus pasos y aprovechó para preguntarle:

—¿Y no vio usted a alguien más con el cura en la torre aquella tarde?

—No, señorita. Siempre solía subir allí con chicos y chicas... —comentó con cierta picardía— que iban a confesarse... Pero aquella tarde estaba solo. Yo miré varias veces hacia allí, porque cuando tocaba la campana plegábamos y nos íbamos todos a casa.

—Mira, Julia —dijo Ángel, cogiendo una de las esquinas de la manta chamuscada—, con esta es con la que intentó taparlo.

—Por cierto, que un familiar de la víctima me dijo aquella tarde que me iba a comprar una nueva.

—¿Un familiar? —comentó Ángel extrañado—. ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. No me lo dijo.

—¿Le vió la policía o habló con él?

—Creo que no.

—¿Y qué venía buscando?

—Se quedó mirando la ballesta que usted me compró a la mañana siguiente y me dijo que si tenía alguna flecha, que le interesaba.

—¿Y no tenía usted por la tarde la que intentó venderme cuando le compré la ballesta al día siguiente?

—Pues, no. La tarde anterior no la tenía.

—Ángel, vámonos, por favor, que todavía nos queda ir a casa del cura —le interrumpió Julia.

—Oiga, por cierto, aún sigo teniéndola aquí. ¿No la quiere usted para su ballesta?

—Ya le dije que era moderna.

—No me insulte usted, que yo soy un profesional. Esta flecha es de hace por lo menos cuatro siglos. La encontré ahí arriba, al pie de la muralla del castillo. Mire, mire como tiene la punta...

—Es que no la quiero, de verdad.

—Ángel, por favor, vámonos.

—Regálesela a la señorita para el próximo día de los enamorados... Es como las que usa Cupido...

Ángel le entregó unos euros para que le dejase en paz y el gitano le dio la flecha envuelta en un papel, como si se tratara de una barra de pan.

—¿Qué vas a hacer con esa porquería? —le dijo Julia—. Esa flecha sí que puede estar infectada, como tú dices. Esta asquerosa, sucia, la punta negra y pringosa... Te puede entrar el tétano si te haces una herida. ¡Tírala!

Para Ángel fue demásiado oír el comentario de Julia, y la dejó en la papelera más próxima. Luego, vieron como el gitano, cuando ellos se alejaban, se acercó y la recuperó para venderla de nuevo como un recuerdo de “la batalla que hacía siglos hubo en el castillo del pueblo”.

Ángel le había dado unos cuantos euros a una parienta lejana de Rosalía, que había heredado la vieja casucha medio derruida de la asistenta del cura, para que le prestara la llave, con la excusa de que iban a buscar algunos papeles del pobre de Telmo que era primo suyo. Ángel y Julia abrieron la puerta y, agachando la cabeza, ya que la puerta era muy baja, se aventuraron a entrar en el mísero cuarto donde había vivido hasta su muerte la pobre señora, donde, eso sí, llamaba la atención, en medio de la podedumbre, una espléndida televisión de plasma. Ángel le facilitó a su compañera unos guantes de látex y ambos se dedicaron durante más de una hora a buscar minuciosamente por todas partes "la carta que Daniel le había llevado a su primo Telmo."

—A ver, que yo me entere, porque creo que aquí está el quid de la cuestión —dijo Julia intentando desembarararazarse de uno de los guantes—. La madre de Daniel le dio a su hijo una carta, que, por cierto, no encontramos, con el encargo de que se la diera, sin leerla, al cura.

—Hasta aquí correcto —le contestó Ángel.

—Daniel cumplió la petición de su madre y le trajo la carta al cura... ¿Y qué pasó?

—Pues, pasó que la madre le había recalcado a Daniel que hiciera exactamente lo que le dijera el cura una vez que éste leyera la carta.

—Entonces le entregó la carta al cura y esperó a que le dijera algo.

—Eso es —continuó Ángel— y le dijo que la carta "tan importante" sólo contenía unas dudas espirituales de su madre y que se fuera en paz y con la conciencia tranquila de haber realizado correctamente la última voluntad de su madre.

—Bingo —dijo Julia—. Y luego, poco despues, vino el accidente de Daniel, que entró en coma salvándose de milagro y, de pasada, por casualidad, tú te enteras por Rosalía del contenido de esa carta, que te dice que la ha leído, la muy bruja, y que en ella se decía que un tal "señor Odón", padre de los señoritos Telmo, Fabián y Odón, tenía un hijo secreto con una prima suya.

—Eso es. Y que aunque no podía asegurar el nombre del "cuarto hijo" creía recordar que había leído o Darío, o Dani, o algo así.

—Bien —dijo Julia dándose una palmada en la rodilla por haber llegado a la conclusión final—. Y ahora, estamos aquí revolviendo en esta pocilga para ver si encontramos la carta que supuestamente se

quedó el cura y que en un descuido de éste leyó Rosalía.

—Perfecto. ¡Qué lista eres Julia! Y, por eso, te he nombrado mi secretaria.

—¿Solamente por eso? —le dijo lanzándole una mirada coqueta.

—No creerás que es por tu físico, que es bastante corrientucho — Julia le lanzó un paraguas desvencijado con las varillas rotas que se quedó abierto en medio de la habitación.

—Vámonos, que trae mala suerte abrirlo dentro de la casa.

—Y estamos en tierra de meigas...

—Nos queda la casa de Telmo y el despacho parroquial.

Ángel y Julia registraron la habitación del padre Telmo y su despacho —que ya había registrado Ángel cuando ocurrió el suceso— sin encontrar nada. Cuando ya se iban a ir, Ángel entró por la sacristía a la iglesia, cerrada a esa hora al culto, y, tras hacer la genuflexión correspondiente, se dirigió al confesionario del padre Telmo y se sentó dentro, en su sitio, en un último esfuerzo por encontrar el famoso sobre con la carta que quizás pudiera estar allí, entre las lecturas que tenía el sacerdote para los ratos en los que permanecía en el confesionario sin penitentes a los que dar la absolución. Cuando estaba repasando unos papeles que había encontrado, notó la presencia de una mujer en uno de los laterales y pudo escuchar a traves de la rejilla:

—Padre, me acuso de tener malos pensamientos y deseos impuros. Sé que me va a decir que tengo que ser fuerte y luchar... Pero, es que hay un hombre que me atrae mucho y me temo que voy a caer en la tentación.

—¿Ya has tenido alguna relación con él, hija?

—A medias...

—Dime la verdad. ¿Te has acostado ya alguna vez con él?

—Sí padre, una vez, en París.

—¿Y cómo resultó todo?

—Gloria bendita.

—¿Estás dispuesta a repetirlo?

—Cuando él me lo pida.

34

Ángel bajó de la habitación y se dirigió por el cuidado cesped del jardín de la finca de Odón hasta la mesa montada como la noche de la boda de Laura, con cubiertos de plata, flores y velas, cuyas llamas tumbaba el viento. Cuando llegó, ya estaban sentados los otros “invitados”, ocupando los mismos sitios de la noche de la boda —según la foto que se había tomado aquella noche— menos Daniel, en cuyo lugar se sentó Julia, e Hilario, que estaba en prisión preventiva tras sus confesiones en televisión, en cuyo puesto se sentó Ángel. Se trataba de reconstruir el momento en que Daniel se desmayó y fue trasladado al camino para ser atendido, siendo posteriormente arrollado por la estampida.

En la mesa situada en un ángulo oscuro del jardín, se encontraban sentados Eusebio y Margot; Rosa, la esposa del pobre Daniel; Amparo y su marido; Adaro y su esposa, amigos de la familia; la hermana de Hilario; Ángel y Julia. Diez personas en total.

Ángel y Julia —que estababan sentados juntos—, preguntaron a los invitados sobre los más insignificantes detalles de la cena de aquella noche pero nadie supo explicar por qué, subitamente, Daniel se sintió indispuesto.

—Yo no creo que hubiera bebido demásiado —comentó Margot, la mujer de Eusebio—. Es un hombre muy comedido.

—Por supuesto que no —intervino Rosa—. Sólo bebe un poco de tinto en las comidas y los días de diario ni eso.

—Por otra parte, todos los que estábamos en la mesa comimos de la misma fuente y a nadie nos sentó mal nada —añadió la hermana de Hilario.

—¿Tenía algún tratamiento o tomaba algun medicación? —intervino Eusebio dirigiéndose a Rosa—. A lo mejor fue una reacción alérgica o alguna incompatibilidad con un alimento determinado.

—No. No tenía ni alergias ni tomaba ninguna medicina específica

En un momento determinado, cuando ya estaban al final de la cena, que tuvo como único tema de conversación el suceso que les había reunido de forma voluntaria, a Julia le entró como sueño, siendo auxiliada rapidamente por Ángel que le dio algo de beber. En ese instante se acercaron dos hombres que habían presenciado la escena haciéndose pasar por camareros...

—Estos señores son del departamento de policía —explicó Ángel— y han sido testigos de la reconstrucción de lo que Julia y yo pensamos que ocurrió la noche de la boda, en la que la víctima no fue Julia sino Daniel, creyendo todos entonces que había sido un accidente... Ahora, sin embargo, existen serias sospechas de que no fue así. Vamos por partes —añadió—. Primero, no os preocupéis por Julia, le he dado una droga para dormirla vertiéndo el contenido de mi copa en la suya sin que nadie se diera cuenta, como debió de pasar la noche de autos. Se trata de una sustancia que no deja rastro en el cuerpo humano. En cualquier caso, se van a analizar las copas de Julia y la mía para demostrar que contienen la droga, o una parecida, a la que alguien, no sabemos quién, le dió aquella noche a Daniel para dormirlo... Y en segundo lugar, para eso estamos aquí: para tratar de averiguar quién lo hizo.

—Yo creo —continuo Ángel elevando la voz— que quien aconsejó que pusieran la camilla en el camino por donde pasaban habitualmente los caballos, fue el mismo que vertió en la copa de Daniel la droga para que se durmiera, y el mismo que sabía que los fuegos artificiales iban a provocar una gran estampida...

Los “invitados” se movieron inquietos en sus asientos y comenzaron a hablar entre sí hasta que Eusebio se levantó y dijo indignado:

—Hemos venido aquí llenos de buena fe para ayudar a esclarecer los hechos y no para que se nos acuse de nada. Esto es indignante y no tenemos por qué aguantar estas vejaciones. Yo, señores, me voy. ¡Margot: vámonos! —añadió, cogiendo a su mujer por el brazo—. ¡Esto es una locura, es ridículo! ¡Es la mayor estupidez que he visto en mi vida! Además, usted no tiene autoridad ni es quien para organizar este teatro absurdo...

Subitamente se oyó un zumbido y un cohete zigzagueante se abrió paso entre las sombras de la noche llenando de colores el cielo dormido, que se despertó por una gran explosión, preludio de otras

muchas que se sucedieron en los siguientes segundos. El estruendo provocó que se asustaran los caballos en las cuadras, que atropellándose y con ojos de espanto, buscaron una salida a su encierro rompiendo cerrojos y vallas para escapar en tropel por la única salida que tenían las cuadras: el sendero donde aquella noche estaba Daniel en la camilla. Los presentes, paralizados por la loca carrera de los caballos que huían despavoridos, algunos de los cuales caían al suelo siendo pisoteados por los que venían detrás, decidieron no moverse de sus sitios hasta que pasó el último y pudieron comprobar que el muñeco que habían puesto Ángel y Julia sobre una camilla, en el mismo lugar en donde estuvo Daniel la noche de la boda, estaba completamente destrozado.

Eusebio estaba indignado con el show en el que se había visto involucrado por el estúpido abogado primo de su jefe pero, más calmado, recordó que Odón le había ordenado explícitamente que le diera toda clase de facilidades y que se "pusiera a su servicio" para todo lo que se le ocurriera solicitar, advirtiéndole de que era un poco excéntrico y, probablemente, le pidiera ayuda para realizar algún extraño experimento. Con todos estas advertencias y habiendo escuchado los consejos de Amparo, su mujer, acompañó a Ángel a las cuadras tras la estampida junto a otro señor que resultó ser un notario. Los tres, iluminados por una potente linterna —los cables de la luz estaban destrozados—, examinaron las primeras vallas y las puertas arrancadas de cuajo con los cerrojos por los suelos... Llamándoles la atención que, cuando llegaron a las cuadras de los "caballos salvajes", aquellas bestias que mostraban sus dientes amarillos sedientos de sangre a través de las rejas —corría el rumor de que algunos eran carnívoros— no habían podido escapar de su encierro, a pesar de que muchos de ellos estaban heridos por la lucha que habían sostenido para escapar durante las explosiones que les había hecho enloquecer de pánico.

—Quiero que levante usted acta —comentó dirigiéndose al notario— de que comprobados los sólidos cierres de las cuadras donde se encontraban los llamados "caballos salvajes", los cerrojos estaban intactos y no pudieron escapar ninguno de los cincuenta ejemplares que se encontraban dentro y, así, unirse al resto de los animales que escaparon por la senda destrozando cuanto encontraron a su paso...

—¿Y qué quiere demostrar con eso? —le preguntó Eusebio,

enchufándole el haz de luz a la cara.

—¿Me quiere dejar ciego? —le dijo Ángel, quitándole la linterna de un manotazo—. Quiero demostrar que la noche de la boda no quedó ningún caballo, salvaje o no, en las cuadras, por lo que es seguro que alguien abrió las puertas de par en par para que estas bestias salvajes escaparan y así fuera más seguro que arrollaran a Daniel dormido en una camilla colocado estrategicamente en el caminó que lógicamente debían seguir los animales.

—No puede usted demostrar que hace un año alguien abriera aquella noche esas puertas.

—Pero sí puedo demostrar, y de hecho lo he demostrado, que esta noche, con los mismos fuegos artificiales y el mismo ruido no han podido romper las vallas ni escaparse... Porque nadie las ha abierto como ocurrió la noche de la boda. Le aseguro que en cuanto tenga la menor sospecha de quién pudo ser le voy a acusar formalmente de homicidio en grado de tentativa.

Cuando el grupo volvió a donde estaban los demás, Ángel se dirigió al sillón donde se encontraba sentada Julia, ya repuesta de la droga que le había suministrado.

—Creo que deberíamos mantearla —dijo Ángel tras darle un beso — porque ha sido una auténtica "police—victim" sometiéndose voluntariamente a la prueba de la ketamina.

—No me agradezcáis nada —dijo Julia todavía un poco dormida—. Yo prefiero un porro a que me manteéis ¿Alguien tiene hierba?

Ángel, sin soltar la mano de Julia, creyó que los "invitados" tenían derecho a estar informados de sus pesquisas y les dijo señalando al notario:

—El señor notario aquí presente —cuya presencia le agradezco dada lo avanzada de la noche— ha levantado acta de que las vallas y cerrojos de las cuadras de los "caballos salvajes" están intactas, de lo que se deduce que la noche de la boda fueron abiertas por alguien deliberadamente. Por supuesto —continuó explicando Ángel— los cerrojos y llaves fueron abiertos por alguien interesado en que participaran en la estampida el mayor número de caballos posible para que machacaran con sus cascos al pobre Daniel. Todo lo hizo con calculada exactitud, combinando de forma criminal, desmayo, fuegos artificiales y estampida en claro un intento de homicidio. ¿Quién echó

la droga en el vaso de Daniel? ¿Quién abrió los cerrojos de las cuadras? ¿Quién sugirió que pusieran a Daniel en el camino de los caballos? ¿Quién sabía que huirían despavoridos cuando oyeran los fuegos artificiales? ¿Quién había hurdido esta endemoniada trama para matar a Daniel? Y, lo más importante: ¿Por qué?

Cuando se fue el último de los "invitados", Ángel y Julia subieron despacio las escaleras que conducían desde el enorme salón con trofeos de caza de la parte baja del cortijo, a las habitaciones que habían habilitado para que durmieran en el piso superior, separadas por un baño común. Ángel y Julia subieron despacio los peldaños, por miedo a que ella pudiera tropezar y terminara perdiendo el equilibrio, por encontrarse aún bajo los efectos de la droga que le había suministrado.

—Déjame, de verdad. No me agobies. Estoy perfectamente... —protestó Julia, que en ese momento, precisamente, dió un traspiés.

Cuando llegaron a la habitación, Ángel la acostó con cuidado. Luego, le quitó el calzado y le subió ambas piernas hasta ponerla completamente horizontal. A la mañana siguiente, sin que se hubieran puesto de acuerdo, salieron los dos a la amplia terraza a la que daban las habitaciones, para respirar el aire fresco y el olor a campo que estallaban en sus pulmones blancos de aire limpio. Ángel llevaba su pijama, y Julia un albornoz corto que había cogido del baño que dejaba al descubierto sus piernas bien depiladitas de chica moderna que jugaba a progre... En cuanto le vió, Julia salió corriendo y le rodeó con sus brazos, besándolo repetidas veces en la mejilla.

—Cómo me cuidaste anoche, tío. Sólo te faltó taparme hasta las orejas como mi mamá...

—Yo sólo intenté...—balbuceó Ángel confundido, sin saber si hablaba en serio o en broma—.Yo sólo intentaba ayudarte después de la putada que te había hecho dándote a beber aquel mejunje.

—Bueno, no estuvo tan mal...

—No sabes cuánto siento haberte propuesto que hicieras lo que hiciste para demostrar lo que le pudo pasar a Daniel. De todas formás has estado genial.

—Bueno, lo hice por que me apetecía.

—Sí, pero nunca debí habértelo propuesto, fue una imprudencia por mi parte. Una imprudencia imperdonable. Te arropé porque me pareció que era incorrecto quitarte la ropa. Era como violar tu intimidad.

—Qué intimidad ni que leches, esta mañana estaba empapada de sudor. Una cosa es desnudarme para que durmiera fresquita y otra meterme mano. ¿No harías nada de eso, no?

—Pues no, la verdad es que no, ya me conoces.

—Pues un día de estos voy a permitir que lo hagas estando plenamente consciente ¿Te apetece? —Ángel se puso colorado, le desconcertaba la naturalidad y la falta de pudor de Julia, que se reía de él sin que se diera cuenta.

—¿Puedo ahora? —se atrevió a decirle.

—Hombre, ahora no, que tenemos que trabajar, para eso hemos venido hasta aquí.

—Bueno, entonces otro día que tengamos un hueco —comentó Ángel irónico, porque nunca sabía si ella hablaba en serio o en broma —. A propósito, tequería proponer que repitiéramos lo de París...

—¡Hombre! ¿Y eso? ¿Por qué? ¿Y me lo dices así, fríamente, a la luz del dia, como si me pidieran un cigarrillo? —exclamó Julia divertida—. Segundas partes nunca fueron buenas... Además, ¿qué hay de nuestro acuerdo? Sin derecho a roce y todo eso...

—Sí, pero es que, ¿cómo te lo diría yo? Tú ya sabes que estoy loco por Anabel.

—Pues sí, aunque no lo comprendo porque la viste sólo dos días hace más de un año. ¿Pero, por qué quieres hacerlo conmigo, semental? Hazlo con ella, que es lo suyo, ¿no?

—No, verás, es que con ella lo intenté una vez y no me salió bien.

—¿Gatillazo?

—Pues, sí.

—¿Eyaculación precoz?

—Es que me puse a llorar...

—Joder, Ángel, eso es lo que le pasó a San José cuando se enteró de que la Virgen estaba embarazada.

—Estaba tan emocionado de pensar que la tenía a mi lado en la cama, cuando hacía tan sólo un rato pensaba que era imposible llegar a besarla, que lloré como una Magdalena.

—Y, sin embargo, conmigo en París te fue bien, ¿no?

—Me fue genial.

—¿Y por qué crees que te fue bien conmigo? ¿Porque sólo me deseabas y no estabas enamorado de mí...? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Puede ser. Es que con Anabel el solo hecho de mirarla a los ojos y tocarle una mano me transporta a otros mundos. Es amor del bueno con mayúsculas, del que se siente sólo una vez en la vida...

—Muchas gracias, hombre, por tu sinceridad. Yo tampoco estoy enamorada de ti, pero te mereces un premio por buen colega —Julia miró a derecha e izquierda para comprobar que no había “moros en la costa” y, abriéndose el albornoz, le enseñó su cuerpo desnudo:

—¿Y ahora qué es lo que quieres? ¿Jugar conmigo un partido amistoso para prepararte para el oficial? ¿Es eso?

—Sí... Es eso —contestó Ángel mirando a un lado y a otro para asegurarse de que no había testigos.

—Pues, concretamos una fecha y, eso sí, jugamos a puerta cerrada... Sin espectadores —comentó sonriendo con picardía—. Pero tiene que ser cuando a mí me entren ganas. Soy muy caprichosa y me gustan las cosas por sorpresa.

En aquel momento, apareció Eusebio por el fondo de la terraza con unas llaves en la mano, olvidándose de su enfado de la noche anterior.

—Bueno —dijo—, le felicito, lo de anoche fue toda una demostración, un show a la americana... Todavía tengo a diez hombres reuniendo a los caballos, pero fue todo un espectáculo, mejor, quizás, que el de la noche de la boda, de verdad...

Se quedó mirando a Julia y dijo dirigiéndose a ella, como si la conociera...

—Y lo suyo también, señorita. Fue impresionante ¿Ya está bien despierta? Porque aquí traigo las llaves que me han pedido del despacho de Odón para que fotografien y fotocopien todo lo que les plazca. Estas son las llaves —dijo cogiéndolas con dos dedos, el brazo en alto, los pies juntos y la cintura brevemente inclinada hacia delante, postura que mantuvo hasta que las depositó en la mano de Ángel, que se las guardó en el bolsillo del pijama.

—Gracias, se la devolveremos a primera hora de la tarde.

—¿Cuándo piensan ir los señores a la finca de don Fabián? —dijo con sorna en un tono falsamente servicial.

—Pues, probablemente pasado mañana.

—Allí me encontraréis también porque Odón se ha hecho cargo de las cosas de su hermano hasta que se arregle toda la cuestión de las herencias, etc... Y, además, Hilario, su secretario, ya sabéis que está en el trullo...

Tras vestirse con ropa cómoda y desayunar en la terraza, en donde el servicio de la finca les había preparado una mesa, la pareja de detectives aficionados bajó al despacho de Odón con la esperanza de encontrar la carta dirigida a Telmo por la madre de Daniel. Una vez abierta la gran puerta de madera de roble que daba acceso al recinto, se encontraron con una impresionante biblioteca en la que había una mesa de madera labrada delante de una enorme chimenea con un retrato al óleo del padre de Odón y, más arriba —los techos eran muy altos— un bajo relieve policromado de la extraña ave que aparecía en la bandera del pazo. Completaban la decoración del suntuoso despacho—biblioteca un tresillo de cuero con dos jarrones llenos de flores frescas a ambos lados que esparcían su olor por toda la habitación y, al otro lado, una mesa con la parte superior de mármol verde, en la que había toda clase de fotografías familiares así como de Odón con conocidos politicos; Odón recogiendo su nombramiento de doctor honoris causa de varias universidades españolas y extranjeras así como fotos suyas a caballo de sus tiempos de jugador de polo. En el centro, destacada con un exagerado marco de plata, había otra foto de él con el Papa.

Julia se acercó a la mesa grande atraída por una serie de pequeñas figuras que parecían tener cierto valor artístico. Entre ellas, descubrió una maqueta en arcilla de lo que iba a ser —según pudo ver en un pequeño cartel— la futura estatua del patriarca de la familia, Odón sénior, en la plaza del pueblo. Repasando una a una las figuras, mientras pasaba la yema del dedo índice por las pequeñas cabezas de metal, cogió una, y levantándola, se acercó con ella en la mano hasta la luz que entraba por una de las ventanas.

—Ángel, mira esto.

—¿Qué pasa? —le contestó observando la estilizada figura de bronce de unos treinta centímetros que Julia sujetaba delante de sus ojos.

—¿Que qué pasa? Pues, que si no me equivoco, esta estatuilla puede tener un gran valor... No me quiero equivocar, pero...

Como veía que titubeaba y pasaba el tiempo, Ángel le dijo:

—Pues, sácale una foto y ya la estudiarás en casa con tus libracos, pero ahora, vamos a darnos prisa que tenemos muchos papeles que rebuscar. Tú, saca fotos de todo y, luego, ya veremos...

Julia, sin hacer mucho caso de lo que le decía, continuó hablando en alto aunque sabía que no la escuchaba:

—Creo que se trata de una divinidad fenicia... De ser así, su valor sería incalculable... Si no es una reproducción, claro.

—Julia, por favor, déjala en su sitio, seguro que hay cámaras ocultas y lo que falta es que nos acusen de robo, con las ganas que nos tiene Eusebio.

Ángel y Julia estuvieron varias horas en el despacho viendo cuadros, registrándolos por detrás, abriendo cajones, fotografiando documentos, correspondencia, incluso encontraron una foto de Breivik, el noruego acusado de matar a más de ochenta personas, y cuando pensaron que habían finalizado su agotadora misión, exhaustos, se sentaron en el tresillo de cuero, un chester que, al no tener reposacabezas, les obligaba a mirar hacia arriba si querían que descansaran sus cuellos, incapaces de quedarse erguidos sobre sus hombros. Julia, como movida por un resorte, se levantó del sofá y subió por la pequeña escalera que había para acceder al piso superior de la biblioteca, un pequeño pasillo o balcón, con una barandilla de madera que daba la vuelta a casi toda la habitación para poder alcanzar más fácilmente los libros que estaban en las estanterías más altas. Luego fue derecha a un gran pliego de papel couché que había pegado en uno de los cristales con grandes números pintados del uno al doce. Algunos de ellos tachados.

—¿Qué pasa? —preguntó Ángel sin moverse del chester.

—¿Ves lo que yo estoy viendo? Es la segunda vez que observo un papel con doce números y algunos de ellos tachados ¿Dónde lo hemos visto hace poco...?

—Fue en... Espera... Ya casi lo tengo. Lo estoy viendo... —comentó Ángel, cogiéndose la barbilla con los dedos.

—Fue en un sitio estrecho... —dijo Julia mientras sacaba la máquina de fotos que ya había guardado—. Al lado había un cuadro con banderas o algo así.

—¡Ya lo tengo! —la interrumpió Ángel—. Fue en el barco de Odón cuando estuvimos en Estocolmo para registrarlo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Es cierto... Quizás tenga la foto aquí... A ver, Estocolmo. Sí, aquí está. Exacto, estaba pegada al lado de las banderas de las señales, esas que ningún patrón se sabe... —Julia bajó del piso superior con su cámara digital y se la enseñó orgullosa a Ángel que la miró detenidamente.

—A ver... Los números son parecidos y hay seis o siete tachados.

—Vamos a comprobar si los que están tachados son los mismos en los dos sitios.a ver...El nueve es el único que esta tachado aquí, pero no lo esta en el pliego del barco.

—En las novelas clásicas que yo leo te dicen siempre que no se puede desaprovechar ninguna “información”. A veces, por una palabra o por un signo, llegas a descubrir la verdad —sentenció Ángel.

—Pues a mí estos doce números no me dicen absolutamente nada.

—Tú fotografíalos y a ver que nos dice el “listo” de Daniel —comentó Ángel mientras que Julia, pensativa, con un dedo cruzado en los labios, dijo ajena a la “orden” de su colega:

—Doce son los meses del año, los signos del zodíaco... Doce son los apóstoles...

—Doce son los caballeros de la Tabla Redonda. Si quieres te los digo —amenazó Ángel. Y empezó a nombrarlos: Lemorak, Perceval, Lanzarote, Tristán...

—La comida está servida. Cuando quieran pueden pasar al comedor pequeño que está más recogido. He pensado —dijo el mayordomo de Odón— que los señores estarían allí más cómodos...

—Muchas gracias, ahora mismo vamos —contestó Ángel mientras, cogiendo del brazo a Julia la condujo bajo la enorme chimenea estilo neogótico donde cabían los dos de pie y otras ocho personas más.

— ¿A dónde me llevas? —preguntó Julia extrañada.

—Me parece que esta chimenea no se llegó a utilizar nunca. Creo que detrás de esta pared, sin ningún resto de humos, puede haber una puerta secreta....

Ángel tocó el tabique con el extremo de uno de los hierros que había para remover el fuego y se quedó sorprendido cuando comprobó que no sonaba a hueco. Mientras, Julia lo miraba burlona dándose cuenta de que le había fallado la intuición. Sin embargo, Ángel insistió diciendo:

—He apuntado las tres cosas que tenemos que preguntarle a Odón: ¿Qué hay detrás de la chimenea del salón pricipal? ¿Qué significan los doce números? ¿Y por qué tiene esta foto del noruego Breivik, acusado de matar a más de ochenta personas, en uno de los cajones de la mesa de su despacho?

—No seas absurdo, se va a reír. Es ridículo.

Daniel haciendo girar con su mano derecha la silla de ruedas y

procurando que no se le cayera el plato de la cena que llevaba en las rodillas, se dirigió a la cocina para tirar los restos al cubo de la basura.

—Daniel, te he dicho por activa y por pasiva, que no te muevas, que no hace falta...

—Es que no me quiero sentir inútil. Deseo ayudarte en todo aquello que pueda y ser la menor carga posible para ti, mi vida.

—Calla, que vas a despertar a las niñas.

Al pasar a su lado, Daniel le dió un pequeño azote en el trasero a Rosa, y luego le besó la mano que aún olía a lejía.

—No sé cómo aguantas esta situación sin dinero, sin futuro, sin sexo...

—Nada de lo que dices —le contestó Rosa tratando de esquivar el azote con un gracioso movimiento de su cintura— es importante para mí. Lo más. Lo más importante es que tú te pongas bien del todo y que a mis hijas no les falte para comer.

—Sí, pero ojalá me muera pronto para que puedas rehacer tu vida. Yo sólo soy un inútil, un estorbo que ni siquiera es capaz de mantenerte... Fue una mala suerte para ti que el balcón de mi casa estuviera enfrente del tuyo cuando nos conocimos. Ya podría haber estado tres o cuatro pisos más abajo.

—Anda. Anda. Déjate de monsergas y a ver si tu primo es más generoso y nos da algo de dinero para pagar el cole de las crías.

—Bueno, ya oíste lo que nos dijo ayer Ángel: que viene para acá forrado de papeles, fotocopias y pistas... A ver si le podemos presentar algo concreto a Odón y adelanta algo.

—Yo —dijo Rosa— de la que no me fio ni un pelo, y mira que es simpatica, es de Julia..., que no sabemos de donde ha salido. Nos ha dicho que es un ligue de cuando estuvo en Paris estudiando, pero vaya usted a saber. Y después, ¿qué hizo esa chica y de dónde ha salido tantos años después? Y otro del que tampoco me fio es de Patricio, el periodista.

—A mí no me preocupa nada eso. Es sólo una amiga. Ya sabes que para él no existe más que Anabel, su gran amor imposible, su Dulcinea, que nadie sabe dónde está ni si volvera alguna vez. Lo que dices de Patricio es un disparate.

—Daniel, por Dios, es que nos están pasando cosas muy raras: tu accidente; lo que nos ha dicho Julia que está a punto de demostrarte que tu padre, no es tu verdadero padre... Que no es tu padre biológico,

vamos...

—Bueno, eso ya me cuesta más trabajo creermelo y me lo tendrá que demostrar de forma irrevocable para convencerme.

—Eso digo yo, tampoco hay que tomar al pie de la letra lo que digan este par de detectives aficionados —comentó Rosa preocupada —. Por mucho que aseguren que van a tener la ficha completa de cuando tu padre intervino en *El doctor Zivago*... No te enfades, Daniel, pero te lo tengo que decir una vez más: todo empezó cuando le llevaste a Telmo esa maldita carta de tu madre. ¿Por qué no la leíste, hombre de Dios?

35

Habia un cerro en frente de mi casa a donde solian salir a retozar los muertos de la familia las noches de tormenta. Eran como una jauría de galgos, de cuerpos famélicos cubiertos de sudarios deshilachados, traviesos, bromistas, que jugaban como niños riendose sin parar, con sus dentaduras descarnadas lanzando brillos de muerte a la luz de los relámpagos. En todo ello había algo que me llamaba la atención poderosamente: no se sabía cuales eran los hombres y cuales las mujeres. Por fin, en mis sueños, se conseguía la ansiada igualdad que tan dificil era lograr mientras unos y otros vivian. Este sueño absurdo que me persigue desde niña —la colina de los muertos— me da fuerzas para seguir luchando por la igualdad de oportunidades del hombre y la mujer, aunque la verdad es que, por la noche, cuando me quito mi piel de feroz guerrera y dejo mi arco de amazona contra la pared fria de mi cuarto, me siento debil y vulnerable. A veces, cuando sueño con los familiares muertos, me reconozco formando parte del grupo en donde las mujeres, perdidos sus exuberantes pechos y sin orejas para colgar sus pendientes, solo se distinguen de los hombres por el ruido que hacen las cuentas de sus collares golpenado los huesos desnudos de sus costillas... Sé que mañana, cuando lea este monton de palabras incoherentes y absurdas, las barreré de mi memoria y arrancaré la hoja de este diario lleno de contradicciones, de dudas, de vacilaciones, de una mujer sola —una más— que lucha por encontrar su verdad.

—Es que alucino en colores, Violeta, no te lo vas a creer: me han seguido unos “aceitunos” que se creían que yo estaba hasta aquí de “farlopa” —mientras hablaba toda exitada, Meli subió su mano derecha hasta la frente para apoyar gráficamene su comentario, y añadió —: Y me querian detener, los tios, porque no llevaba encima el carnet de conducir.

—¿Pero qué habías hecho, mujer? —le preguntó Violeta, dejando la pluma y guardando los folios que acababa de escribir.

—Me había saltado un stop porque me seguian unos paparazzis.

—¿Y qué pasó al final?

—¿Qué qué pasó? Sera más bien que qué pasa. Porque los dos "polis" estan ahí, en la puerta. Resulta que cuando les he dado el carnet decían que no me parecía en nada a la foto...Menos mal que un curioso, un tipo que se había detenido a escuchar, les dijo que yo trabajaba en la tele, que me había visto haciendo de puta en una serie...

—Y todo arreglado, ¿no?

—¡Qué va ¡ Fue peor...Violeta, por favor, la "pasma" esta ahí, en la puerta esperándo para llevarme a la comisaría...Por favor, diles algo, diles la verdad, que soy una alumna tuya que esta aprendiendo a bailar para un papel...

Cuando las dos salieron a la puerta del chalet vieron que los policias estaban discutiendo con Patricio, el periodista, que se había bajado de su *scooter*, con la maquinas de fotos colgada del hombro, y en ese momento les estaba diciendo acaloradamente:

—Mire usted, agente. Escucheme, por favor. Se lo ruego con todos mis respetos. Yo no vengo persiguiendo a ninguna señorita...

—Mi compañero —explicaba alterado el otro policia señalando a un tercero que acababa de llegar—. Ha identificado a la joven...Resulta que la vió anoche en un programa de televisión... Y ella nos ha dicho que la venian persiguiendo unos paparazzis...

—¡Detenlo, Custodio! —dijo el compañero cogiendo por el brazo a Patricio— Seguro que es uno de ellos.

—Le aseguro que no, agente...si quiere le enseño mi cámara para que vea que no tengo ninguna imagen de ella.

En ese momento llegaron Violeta y Meli, a quien se cercó el policia que la había visto la noche anterior por la tele.

—Señorita, por favor —le dijo respetuoso bolígrafo en mano— ¿Podría firmarme un autógrafo para mi mujer? —Y añadió a modo de explicación—. Es que le vuelve loca todos lo que sale en la tele...Pongale, por favor, " Para Maria Sagrario" —Le rogó el policia, mientras le sostenía la libreta de multas para que pudiera firmar sobre algo rígido.

—Ya está

—Muchas gracias y perdone lo de mis compañeros, es que no la

habian reconocido...

Cuando los policias se fueron, Patricio, hecho un manojo de nervios, se abrazo a Meli, pero todavia, antes de hablar, les hizo un corte de mangas y les gritó a los policias cuando le constaba que ya no le podian oír:

—¡Qué os den...!

Con una sonrisa por su “machada”y sin soltar a Meli, le gritó mirandola a los ojos:

—¡¡Qué te vas a Hollywood¡¡ ¡¡Qué te vas a Hollywood¡¡

—¿Pero qué dices, pringao?

—¡Qué sí¡¡Que sí¡¡Que es verdad¡

Patricio se puso de pronto serio y le dijo, creyendo en una posibilidad que hasta ese momento no había comtemplado:

—Si tú quieres, claro...

—Pero, cuenta, ¿de qué va todo esto? ¿Te quieres quedar conmigo o qué?

—¡Que te vas a Hollywood¡ Viajaras en limusina y serás conocida hasta en la China.

—Ya esta bien de vacilarme por hoy, Patricio, mariconazo.

—¿Recuerdas al americano del bar del hotel aquel de tantas estrellas, el que se acercó a nosotros cundo estabamos con “Fausto”?

Meli puso cara de no acordarse, mientras Patricio continuó exitado cogiendole las dos manos:

—Pues aquel americano, que me dijo que era director de cine, se interesó por ti y yo le dí mi tarjeta por si quería ponerse en contacto contigo...

Meli se apoyó en el respaldo de una de las sillas que tenía cerca, se llevó la otra mano al pecho, cerca del corazón, y le dijo, incredula, con los ojos nublados, a punto de llorar por la emoción:

—No me gastes bromas con esto, Patricio, por tu madre, joder. Juralo por Riki, que se caiga muerto ahora mismo.

A Patricio le cambió la cara cuando oyó el nombre de Riki y comenzó a llorar copiosamente mientras intentaba hacerse oír venciendo al hipo:

—¡Riki me ha dejado! Se ha ido con otro y me ha abandonado cuando ya teníamos el ajuar preparado. Se ha ido sin decirme nada, sin dejarme una simple nota de despedida... No lo comprendo. Hace sólo una semana estábamos en Santorini de viaje de novios anticipado... Y

tan felices...

Violeta —presente en la escena—, le puso suavemente la mano en la espalda y la movió despacio, arriba y abajo, mientras le decía:

—Tranquilo, Patricio, te llamás Patricio, ¿no?

—Ya he estado aquí más veces, ¿no se acuerda de mí, de cuando vine con la policia que me interrogó junto a Carla...?

—¡Ah¡ es verdad, usted era el periodista. A la pobre Carla la tuvieron que ingresar otra vez al día siguinte. No pudo con la presion del libro.

Entre Meli y ella le llevaron al hall y le sentaron en una cómoda butaca donde se hundió con la cabeza entre las manos.

—Éramos felices y tanta felicidad no podía ser verdad... —continuó diciendo Patricio hablando de su ruptura...— El otro día brindamos a la luz de la luna porque la Academia parecía que había aprobado la palabra matrimonio para definir la unión entre homosexuales... Y ya teníamos, incluso, el concejal que nos iba a casar y todo... ¡No me lo puedo creer! ¡Me quiero morir!

—Mira Patricio —le dijo Violeta en tono cariñoso —aquí, en la escuela, no es costumbre beber alcohol, pero hoy es un día especial y vamos a tomar una copita. Tu, Patricio, para que se te pase pronto el disgusto; Meli por la gran noticia de su viaje a America; y yo, para acompañaros a vosotros dos que, de alguna manera, sois mis invitados esta tarde.

En ese momento entró la secretaria, que le dijo a Violeta:

La señora Elizabeth me ha pedido que le lleve un Martine blanco con lima ¿Qué hago? Tambien me ha preguntado que si hoy es el día que viene Meli a dar clase, que la quiere saludar

—¿Ha dicho Elizabeth? —pregunto Patricio sacando un pañuelo limpio de su bolsillo.

—Sí —contestó Violeta con naturalidad—. Viene dos veces a la semana para hacer unos ejercicios especiales conmigo, le encanta la danza clásica

—¿Y ha sido ella la que ha pedido que le lleven un Martini con lima? —Insistió Patricio

—Pues sí, ¿pasa algo? —preguntó intrigada Violeta.

—Pasa que la conozco y sé quién es. Por cierto, aquí se encuentra uno con todo el mundo...

Violeta le miró complacida, mientras él continuó diciendo:

—¿Me dejas que le lleve yo la bebida cuando la hayas preparado?

—¿Quieres presentarte ante tu amiga con esas pintas? ... Por favor... —le dijo Violeta mirándole de arriba abajo—. ¿Con los ojos llorosos, los faldones de la camisa fuera y la cara llena de rímel...?

Por la puerta que daba la entrada del amplio chalet, apareció una señorade unos cincuenta años, elegante, morena, vestida con mucho estilo —aunque un poco anticuada—, que con acento extranjero dijo acercándose a Meli con los brazos extendidos:

—Por favog, querida, que alegría más descomunal... Le he dicho a esa joven tan bella, que me avisaran si venías, por que no sabía que estabas aquí. ¡Ven! Dale un abrazo a esta "vieja amiga"... —Meli, que estaba confundida porque al principio no la había reconocido, se dejó abrazar. Luego ya, rehecha de la sorpresa que le había causado verla, y sabiendo quien era, le cogió emocionada la mano a Elizabeth, y le dijo a Violeta y a Patricio:

—Esta señora es una de las personas que más me ha ayudado en el mundo, siempre me cuidó cuando siendo una cría fregaba los suelos de su mansión de Marbella. ¡La quiero señora Elizabeth! —dijo dándole dos sonoros besos en las mejillas y abrazandola.

La excéntrica millonaria le agradeció sus palabras acariciándole la cara con el característico sonido de sus pulseras tintineando, mientras comentó que la había reconocido enseguida cuando la vió fotografiada en una revista junto a un torero, y luego, en la tele, haciendo de "puton"

—Pero la gran noticia de hoy —dijo Patricio, a quien Elizabeth no había visto todavia—, Es que se nos va a Hollywood.

—Pero, si está aquí también mi "periodista preferido". ¡Qué extraña casualidad!—dijo la millonaria tras volverse para ver quien había hablado.

—Mi querida Elizabeth, la quiero a usted, la mujer más elegante, más "chic", con más glamour de toda Marbella. No esperaba encontrarla aquí

—Y yo menos, "amog", ¿qué puñetas haces en una escuela de baile?

—He venido buscando a Meli para darle la buena noticia, pero me han preguntado por mi novio y me he venido abajo... .

A Patricio le cambió la cara de repente, se entristeció y, compungido, comentó: dirigiendose a Elizabeth que era la única del

grupo que todavia no se había enterado

—¿Sabe que Riki me ha dejado cuando nos íbamos a casar?

—Ya te dije —le respondió Elizabeth, que tenía una maestría especial en saber disimular un parkinson precoz que hacía poco le habían diagnosticado—. Te dije, recuérdalo, que no era un hombre de fiar. Es un gigoló, un profesional que te habrá dejado por alguien más rico... Pobrecito "mon cheri". Qué pena me das, querido...

Elizabeth acercó la cara llorosa de Patricio a su pecho hasta que un fino reguero de rímel y lágrimás corrió haciendo zig zag por los surcos de la piel arrugada del inicio del pecho de la millonaria, mientras movía la cabeza a un lado y a otro imprimiéndole un movimiento circular a sus enormes pendientes de esmeraldas.

En ese momento, sonó el teléfono de Elizabeth:

—Sí "amog". ¿Cómo estás tú, "quegido"? Gracias por interesarte.

Elizabeth tapó el auricular con una mano y le dijo a Violeta, a Meli y a Patricio:

—Es mi amigo Odón —luego continuó hablando mientras Meli cogía por el brazo a Patricio y se lo llevaba para que le explicara bien lo de America—. No "quegido", no te preocupes, podemos hablar tranquilamente, estoy aquí con unas amigas... ¿Dónde estás ahora? ¿En La Coruña?

Elizabeth pulsó la tecla del altavoz para que Violeta también pudiera oír la conversación, ya que no le había pasado inadvertido que le había cambiado la cara cuando oyó que con quien hablaba era con Odón, hasta el punto de que le preguntó, bajando la voz para que él no lo escuchara: —¿Quieres hablar con él?

Violeta movió la cabeza de izquierda a derecha mientras se sonrojaba ligeramente.

—Estoy en La Coruña —dijo Odón con su voz clara y potente— porque voy a embarcarme con mi amigo Said para asistir a la inauguración de los Juegos Olímpicos en Londres

—Va a ser hermoso, colosal —comentó Elizabeth entusiasmada—. Yo también estaré por allí en esos días. Procuraré que coincidamos para hablar de todas nuestras cosas...Te repito mi pesame por algo tan horrible como la muerte de tu *brother*... te vendran bien unos dias de descanso...porque vaya carrera que llevas...

—¿Sabes algo de mi ex mujer y de su hija Laura? —pregunto Odón, tras vacilar unos instantes— No consigo localizarlas ni en los moviles

ni en su palacio de Venecia.

—¿Has probado a llamar a su casa de Gstaad?

—No. Creo que la ha vendido.

—Ahora caigo. ¡Que “guetrasada”! Alguien me comentó que se habían ido a Brasil tras un cirujano plástico que está haciendo maravillas.

Odón se quedó callado y Elizabeth comprendió que preguntar por la aristócrata y Laura era el verdadero motivo de aquella llamada inesperada.

—¿Con quien me has dicho que estabas? —preguntó Odón distraídamente para prolongar la conversación, una vez que no había conseguido noticias más concretas de Laura.

—Con Violeta, aquella amiga tuya tan estupenda de Venecia, ¿te acuerdas?

Violeta se quedó palida y espero anhelante la respuesta del caballero del pazo, que tras vacilar unos momentos, dijo:

—¿Violeta? No la recuerdo muy bien...

Cuando se fue Elizabeth del despacho, tras despedirse con muchos besos de Odón y prometerse mutuamente que se verían en Londres, Violeta se encontró sola sentada en su sillón negro, a punto de llorar pensando en lo que le había dicho Elizabeth de la actitud de Odon:” Los hombres son todos unos mamones. Yo le ví muy entusiasmado la noche de Venecia y, creeme, lo conozco bien...volverá” Violeta tenía esperanzas. Albergaba en lo más profundo de su ser el deseo de que aquella noche en el pazo con Odón, el noble señor que había salido de entre los libros de la biblioteca como un caballero andante, medio real y medio fantástico, no se quedara en una noche de cuento. Por eso le dolió en el alma que él simulara que no se acordaba de ella, aunque ese fue el pacto a que llegaron tras aquellas horas mágicas.

Dos pisos más abajo, en una de las habitaciones, Meli intentaba consolar a Patricio de la forma tan particular que ella tenía de hacer las cosas.

—En el fondo eres un buen chico. Un poco cabrón, pero bueno y te quiero proponer una cosa ahora que te ha dejado tu novio, ¿cómo se llama, por cierto, que no me acuerdo?

—Riki —contestó Patri a punto de echarse a llorar de nuevo.

—...Ahora que te ha abandonado el puto Riki y eres libre de nuevo

—le decía Meli casi al oído—, ¿por qué no te vienes conmigo a Hollywood? Te contrato como “roon—manager” o como se diga allí.

—¿Y eso qué es? —preguntó Patri sorprendido e interesado.

—¿No lo sabes tú que estás todos los días con artistas? Pues es una especie de ayudante que está siempre al lado de la estrella para cuidarla, tener preparados sus trajes y sus zapatos, para encenderles un pitillo o para ir a la farmacia y traerles un condón... Piénsatelo y me lo dices, y si todo esto sale bien, te llamo para que te vayas conmigo.

—¿Y si viene Riki a buscarme?

—No seas gilipollas, no ves que se ha “largao”.

—Lo pensaré, Meli, lo pensaré. Me coges un poco así de nuevas. Es un cambio muy fuerte —dijo con voz soñolienta, y añadió—: ¿Me dejas que esta noche duerma contigo, en tu cama ¿

—Si... —le dijo Meli bostezando. Un rato despues, ya acostados los dos en la misma cama, Meli notó que la mano de Patri subía por su pierna desnuda hasta detenerla suavemente en su sexo.

—¿Qué haces, Patri? —le dijo quedamente sin apartarla.

—Déjame que lo toque para hacerme la ilusión de que estoy acariciando mi propio cuerpo... Me gustaría tanto estar hecho así...

—Bueno, pero sólo un poco...

36

—¿Por qué no te llegas a Manolo, el de la bodega de la esquina, y le pides dos cervezas bien frías?

—Daniel, por favor, bebe agua, que la de Madrid es muy buena, no me hagas pasar por la vergüenza de entrar en la bodeguita para pedir dos cervezas ahora que están todos los hombres jugando al ajedrez.

Rosa le chillaba a su marido desde la cocina, donde buscaba entre los envoltorios de papel albal para que las niñas pudieran cenar algo...

—No te quiero agobiar más, Daniel, pero tenemos que hacer algo, así no podemos continuar...

—Lo sé. Lo sé. Verás como enseguida nos llega algo de dinero de Odón.

—Ojalá, porque si no tendremos que vender el piso e irnos a uno alquilado, es la única solución posible para poder tirar dos o tres años más. Eso es lo que ha hecho la vecina del quinto, la pobre, que se fue de la casa llorando.

—Que no, Rosa. Que no. Verás como todo se arregla.

—Qué se va a arreglar ni arreglar, Daniel, ya no podemos aguantar ni un día más. Le estoy dando a las niñas cosas que nos fiaron por última vez en el súper, por Dios Santo.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado en el Ministerio?

—Que Rajoy le ha quitado hasta la paga extraordinaria a los funcionarios y, claro, nos han puesto de patitas en la calle, sobre todo a las que eramos más nuevas.

—Verás como salimos de ésta.

—Sí, eh, ¿y me quieres decir cómo? Tengo hasta callos en los dedos de rezar el rosario y pedirle a mi Cristo que nos ayude, y ya ves.

—Bueno, pues, no te preocupes, trae a la mesa dos vasos de agua y pon una jarra grande con bien de hielo.

Cuando llegaron Ángel y Julia con unos regalitos para las niñas, unas pizzas y varias cervezas heladas, las pequeñas, que ya estaban con

sus pijamás de Hello Kitty puestos y jugaban con sus muñecas, las soltaron enseguida y se subieron de un salto en brazos de Julia.

—Perdonadnos —dijo Rosa mientras limpiaba el cristal de la mesa con un trapo—. No sabíamos seguro si ibais a venir y no hemos preparado nada...

—Venimos a trabajar, de modo que, por eso, hemos traído estas cervezas y las pizzas que, por cierto, a lo mejor les gustan a las niñas también.

—Sí, sí —dijeron las pequeñas a la vez—. ¿Podemos tomar, mami?

—Bueno, sólo un poco, eh, que acabais de cenar...

—Sí —dijo la mayor—, pero hemos cenado muy poco. Yo me he quedado con hambre, mami.

—Y yo también —comentó la pequeña.

—Ya sabéis que siempre es bueno quedarse con un poco de hambre para dormir mejor. Os dejo tomar un poco. Dadle las gracias a Julia y veniros a la cocina para que papá pueda trabajar con estos señores.

—¿Y ten van a pagar, papá? —preguntó inocentemente una de ellas mientras hacia verdaderos esfuerzos para que su gran trozo de pizza no cayera al suelo.

—Vamos, os he dicho que dejéis a papito —dijo Rosa cerrando la puerta mientras lanzaba a Julia y a Ángel una mirada con la que intentaba expresarles lo inoportunos que suelen ser los pequeños.

Ángel preguntó por el servicio, y tras lavarse las manos durante un rato —cada vez estaba más obsesionado con la limpieza, las bacterias y los virus—, sacó de la cartera unos papeles y los puso sobre el cristal de la mesa donde Daniel ya tenía preparadas las carpetas de colores. Julia había abierto las cervezas y le ofreció una al anfitrión llevándole otra a Rosa que, aunque protestó al principio, terminó cogiéndola mientras lé limpiaba la boca a las niñas con una servilleta de papel.

—Esto marcha, compañeros —dijo Ángel chasqueando la lengua tras echarse un trago—. Julia y yo te traemos —añadió dirigiéndose a Daniel— datos muy pero que muy jugosos... ¿Empiezas tú o yo, colega? —dijo mirando esta vez a Julia.

—Tú, por ejemplo —dijo Daniel, adelantándose y señalando a Julia, mientras quitaba el caperuzón del boli para poder tomar notas.

—Bueno, pues ahí van nuestras conclusiones en síntesis. Daniel, prepara tu carpeta azul, la de la “estampida”: Aquí tienes el documento en el que consta que un notario levantó acta de que las cerraduras y

cerrojos de las puertas de las cuadras de los “caballos salvajes” de la finca de Odón no se rompieron con un estrépito igual o mayor que el provocado por los fuegos artificiales la noche de la boda de Laura. De donde se deduce que las vallas y puertas fueron abiertas deliberadamente aquella noche por alguien para dejar libre a los caballos, que se unieron a la estampida provocando la destrucción a su paso.

Julia se tomó un respiro. Guardó silencio. Dio un trago a la cerveza y esperó el efecto de sus palabras en el periodista.

—Buen trabajo —dijo Daniel—. Ahora te toca a ti, Ángel, poner la oportuna denuncia por intento de homicidio.

—Falta un detalle importante —comentó Ángel—. ¿A quién demandamos?

—Elemental, querido Watson —dijo Julia que estaba de buen humor—. Ese es, ciertamente, el dilema. Tendremos que buscar un par de sospechosos.

—¿Y qué opináis? —preguntó Daniel en el mismo tono festivo, a pesar de que había sido la víctima de la brutal estampida que estuvo a punto de costarle la vida.

—De una cosa estamos seguros —dijo Ángel—, fue una de las personas que estaban contigo sentadas en la mesa, la misma que te puso la droga en la copa.

—Bueno, pues, así, al menos —comentó Julia—, el número de sospechosos se reduce.

Daniel guardó la carpeta de la “estampida” y sacó la verde de la “muerte de Telmo” mientras preguntaba mirando alternativamente a Ángel y a Julia.

—¿Quién informa de la muerte del “cura”?

—Julia y yo estamos convencidos de que a Telmo le asesinaron, pero no por pederasta, como está empeñada la policía en demostrar, sino que fue una acción perfectamente planeada. No se trata de ninguna venganza colectiva del pueblo contra el “cura” sino algo personal, perfectamente estudiado.

—Por supuesto —añadió Julia—, no sabemos, por ahora, quién es el presunto culpable para poder encausarlo, no tenemos ni datos ni pruebas y no sabemos tampoco el móvil, pero estamos los dos seguros de que le asesinaron.

—Resumiendo —dijo Daniel—, no hay pruebas de que fuera un

asesinato y nos faltaría, como apuntábamos al principio, el presunto culpable y el móvil, ya que nosotros hemos descartado la venganza del pueblo por pederastia... Una cosa muy importante —añadió Daniel mirando fijamente a sus dos “informantes”—, ¿habéis encontrado la carta escrita por mi madre que llevé a Telmo?

Ángel y Julia se miraron y pensaron que ya era el momento de decirle a Daniel, con delicadeza, que la vieja Rosalia había leido la carta y lo que les había comentado:

—La verdad es que no..., pero queremos decirte una cosa que no te habiamos comentado y que debes conocer: la señora que estaba con Telmo, Rosalia, nos confeso que había leido la carta y que aquel a quien llamban el “patriarca” tenía un hijo secreto... Y aqui viene lo gordo, que se llamaba Dani “ o algo parecido”

—¿De verdad creéis lo que os dijo esa vieja loca de Rosalía? —comentó Daniel confundido— Yo pienso que esa pobre señora no sabía ni leer, cómo iba a recordar lo que decía.

—Comprendemos que es un asunto delicado para ti porque afecta, nada más y nada menos, que a poner en tela de juicio quién es tu verdadero padre —dijo Ángel en nombre de los dos—, pero pensamos que habría que investigarlo.

—Es que yo pienso que es muy probable que la carta no se llegue a encontrar nunca —repitió Daniel.

—Es posible, pero se podría empezar, perdona que te insistamos en algo tan personal, Daniel, por conseguir el ADN de tu padre y otro tuyo para descartar de raíz la sospecha suscitada por Rosalía de que eres hijo ilegítimo de Odón sénior y de que el “actor del Doctor Zivago” fue sólo una “tapadera”.

—Por favor, Ángel, un poco de respeto. El “actor del Doctor Zivago”, como tú dices, es el hombre que me cuidó desde que era pequeño y para mí ha sido, durante muchos años, mi verdadero padre, y como tal se portó, de modo que vamos a dejar claro que siempre que hablemos de él lo tenéis que hacer con el debido respeto aunque he de deciros — añadió bajando la voz para que no se le oyera en la cocina— que en este tiempo, tras las insinuaciones de Julia, he hecho las pertinentes pruebas de ADN a las que os habéis referido y han dado negativas.

—¿Qué quieres decir con negativas? —exclamó Julia sin poder contenerse, dado lo inesperado de la revelación.

—Pues, que no coinciden. Que el “actor” parece ser que no es mi padre biológico —aclaró Daniel en voz baja, sin poder ocultar cierta tristeza.

—Y lo dices así, de pronto... Entonces, sólo falta conseguir hacerle las pruebas de ADN al “patriarca”, de Odón sénior —dijo Julia, exultante al ver que sus sospechas se confirmaban.

—Sería muy fuerte que Rosalía tuviera razón... —comentó Ángel, todavía impresionado por la confesión de Daniel.

—¿Y lo sabe Rosa? —preguntó Julia señalando con la barbilla la cocina.

—Sí, claro... Pero ahora no sé si seguir adelante con la investigación... Lo estoy dudando.

—¿Por qué? —preguntó Julia, perpleja.

—Significaría poner todo patas arriba y terminar con la buena imagen de Odón sénior, el intocable “patriarca”.

—De eso se trata —casi chilló Julia indignada, esta vez en serio—. ¡Ya está bien de falsos santurrones hipócritas! ¡Descubramos por una vez la verdad de esos señorones impresentables, caciques medievales con derecho de pernada y comunión diaria, que se tiraban a la cocinera mientras se daban golpes de pecho y luego disimulaban el olor a cebolla con Lucky Strike!

—Piensa en el montón de millones de euros que te podían caer, para ti, para Rosa y para las niñas, si consigues demostrar que era tu padre... —añadió enardecido Ángel, menos social, pero más práctico.

Las niñas entraron en el cuarto corriendo y besaron a Julia, a Ángel y a su padre, antes de irse a la cama con la tripa bien llena, algo que no solía pasar todas las noches últimamente.

—Ahora tendréis que armar menos alboroto para que se puedan dormir. ¿Qué pasa para que liéis este escándalo? —preguntó con curiosidad Rosa.

—Ya te contaré... —dijo Daniel señalando a las pequeñas como explicación de que no era momento para hablar—. Es Julia, que es una auténtica revolucionaria.

Cuando se marcharon las niñas, fue Ángel quien habló:

—El caso está abierto, pero yo comenzaría enseguida los trámites para exigir la exhumación de los restos de Odón sénior, para lo cual tenemos que buscar una prueba convincente.

—El escándalo va a ser cuando Odón, el marqués, se entere de lo

que estamos tramando contra su padre, en vez de investigar las causas de los sucesos que están ocurriendo en la familia, asunto por el que nos llamó y nos está pagando. ¿Habéis pensado en eso sólo por un momento? —comentó Daniel.

—Pues, no le digamos nada a nadie hasta que no tengamos datos más concretos —comentó Julia resuelta—. Sigamos buscando la carta, que es la única prueba sólida que tendríamos con posibilidades para pedir la exhumación ante un juez.

—Un "detalle sin importancia" —comentó Daniel irónico—. Ya os he dicho que personalmente creo que esa carta nunca se va a encontrar...

—Como siguiente tema del día —dijo resuelta Julia— pasamos a informar de la visita a la finca de Odón.

—En donde, por cierto, tampoco encontramos la carta —interrumpió Ángel—, aunque descubrimos algún detalle...

—El detalle o el pequeño hallazgo, como queramos llamarlo, creemos que merece la pena ser estudiado más detenidamente —dijo Julia.

—¿De qué se trata? —comentó Daniel, deseando encontrar algún resquicio para empezar sus averiguaciones a puerta cerrada.

—Se trata de dos folios o paneles —eran de distinto tamaño— en los que hay escritos doce números en cada uno, del uno al doce, con algunos de ellos tachados, los mismos, menos en un solo caso en donde hay tachado un número más.

—¿Y...? —preguntó Daniel impaciente, deseando conocer algún dato más.

—Sólo una cosa, fueron encontrados a miles de kilómetros de distancia: En el barco de Odón en Estocolmo y en su despacho de su finca de Sevilla. Julia, enseñale a Daniel las fotos.

—Yo no creo que quieran decir nada... —comentó Daniel decepcionado, tras examinarlas detenidamente— Pero, en fin, el número doce...

—Ya —le cortó Julia—, nosotros hemos comentado que el número doce es muy corriente: doce meses del año, doce signos del zodíaco; doce caballeros de la Tabla Redonda; doce apóstoles...

—Yo he estado buscando estos días más coincidencias del número doce y he encontrado más cosas —añadió Ángel—. Por ejemplo: Las doce tribus de Israel; que Jesús habló por primera vez en público a los

doce años; que doce fueron las canastas que sobraron llenas de pan de cebada...

—Los principales dioses de la mitología griega eran también doce —dijo Julia cogiendo el relevo—. El doce está considerado como el número del orden y simboliza la perfección, la unión, por eso tiene doce estrellas la bandera de la Unión Europea.

—Ya veo que habéis estudiado el tema —dijo Daniel tras pensar un rato y escuchar lo que decían los “detectives”—, pero hay mucho más. Habrá que profundizar. A ver si esos números que habéis encontrado quieren decir algo, sobre todo, la coincidencia de los que están tachados... También en la Biblia tiene el número doce un simbolismo importante que no creo que sea coincidencia: Se habla de doce legiones de ángeles, eran doce las puertas de Jerusalen y, según El Apocalipsis, doce estrellas coronan a la mujer...

—Bueno, yo, ¿qué queréis que os diga?, propongo que pasemos al último y sorprendente caso de “la muerte de Fabián” —dijo Julia

—Ese sí que es un auténtico bombazo —comentó Daniel—, como decimos en la jerga periodística ¿Pero cómo es posible que haya ocurrido semejante cosa?

—Yo veo una cosa claramente y es que en todos estos sucesos, por llamarlos de alguna manera, hay un denominador común —dijo Ángel —, lo vengo diciendo desde el principio: creo, pienso y sospecho que los cuatro casos están relacionados.

—“Raro, raro, raro” —dijo Julia—. De todas formas, este caso se diferencia de los otros en que la lista de sospechosos puede ser tan larga como perjudicadas hay por este maltratador profesional a lo largo y ancho del país. Era un tipejo cruel, mezquino, para quien el lema preferido era todo vale caiga quien caiga.

—Yo que lo conocí a fondo desde niño, porque era mi primo, como lo era de Daniel —añadió Ángel—, puedo asegurar que era un auténtico terrorista desde pequeño, un violento de nacimiento y, hablando de El Apocálipsis, si tuviera que identificarlo con uno de los jinetes, sería sin duda con “La Guerra”: Corrompía y sobornaba a políticos con pocos escrúpulos para chantajearlos luego, maltrataba a todas las mujeres que se le ponían por delante por el solo placer de hacerlo—llegado a este punto Daniel asintió con la cabeza—, odiaba a su hermano Odón,a quien creía un ejemplo de dignidad, todo un caballero, y odiaba, por supuesto, también a su padre, el “patriarca”.

Siempre quiso destruir la buena imagen de los dos, derribarlos de sus pedestales, sin reparar en medios para ello.

—Y eso que hasta hace poco tiempo no estaba enterado del supuesto desliz de su padre con la prima... Perdona, Daniel, que hable así de tu madre —dijo Julia al darse cuenta de que había metido la pata.

—Bueno. No. Bien —balbuceó Daniel—. Primero, habrá que demostar que es verdad. Mientras, os pediría, por su recuerdo, que tengáis un poco de cuidado... Aunque solo sea por educación —añadió empezando a mostrarse inseguro.

—Por lo menos, ya está demostrado, según tú mismo nos has revelado —argumentó Ángel— que el que has creído durante todos estos años que era tu padre biológico, en realidad, no lo era.

—Bueno sí, pero no hay que estar repitiéndomelo todo el rato. Era un buen hombre y yo le quería y le respetaba. Hizo por mí y por mi madre todo lo que pudo, y se portó siempre como un buen padre. Fijaos —dijo Daniel emocionado—, quizás estos últimos descubrimientos, por llamarlos de alguna manera, me están provocando que lo quiera y lo admire más. No se por qué se prestó a este juego, si fue por amor a mi madre o por qué, pero la verdad es que cumplió con su papel a la perfección.

—Bueno, volvamos al tema que nos ocupa —dijo Julia, poco amiga de sentimentalismos, dándole vueltas nerviosa a su bolígrafo con los dedos—. El asesinato de Fabián de un certero disparo con una flecha que le lanzaron desde tierra y que le atravesó el corazón cuando volaba con su ultraligero casi a ras del suelo.

—Yo creo que en este asunto —dijo Daniel—, eliminamos de un plumazo un montón de sospechosos porque el primer “detalle” es que los implicados tienen que tener una característica común: Todos han de ser unos expertos tiradores con arco.

—Sí. Bueno —dijeron casi a la vez Ángel y Julia—. Aunque cabe la posibilidad de que la autoría —añadió el abogado— sea diferente del inductor del asesinato, que podría haber pagado a un sicario para efectuar el disparo, en el caso de que el primero no fuera un experto con el arco.

—Bien —continuó Daniel—, dejémoslo ahí. Ahora quiero llamar vuestra atención sobre otra conclusión a la que he llegado en mis largas horas aquí prisionero —dijo golpeando con su mano buena el brazo de su silla de ruedas—. En los cuatro casos que estamos estudiando:

“Asalto”, “Estampida”, la muerte de “Telmo” y la de “Fabián”, no se ha producido ni un solo disparo.

—Cierto —dijeron Ángel y Julia mirándose, sin saber a donde quería ir a parar.

—Bien, en el primer caso, fue un abordaje pirata con resultado de muerte por ahogamiento en el mar y aplastamiento con una piedra. En el segundo, unos caballos salvajes arrollaron con sus cascos a la víctima, que soy yo por cierto... —dijo con una sonrisa amarga Daniel —. En el tercero, un hombre se arrojó o lo tiraron envuelto en llamas desde una torre que se había construído hacía muchos siglos. Y, por último, a Fabián lo matan disparándole una flecha, un arma conocida por el hombre desde tiempos remotos... Creo —terminó diciendo con cierta solemnidad—, yo también creo que todos los casos están relacionados y que es la obra de una sola mente enferma.

—Es muy posible —dijo Ángel, tras meditar un poco en lo que había dicho Daniel—. Lo cierto es que pocas veces y en tan poco tiempo las crónicas de sucesos se han cebado de forma tan contundente con un grupo de personas vinculadas por lazos familiares tan estrechos: Atraco al barco del marqués, un primo de éste resulta la única víctima de una brutal estampida que se produce en la finca del propio aristócrata; la muerte a muchos kilómetros de distancia, eso sí, del hermano cura del mismo personaje, y, por último, el asesinato de Fabián, el otro hermano del marqués.

—Creo —dijo Julia, levantándose tras su largo silencio—, que el marqués, que Odón, o como lo llaméis, está en peligro. Sospecho que puede ser la próxima víctima.

—Brillante conclusión —dijo Ángel con sorna—, tras sufrir un intento de secuestro y perder a dos hermanos en sólo unos meses, a cualquiea se le ocurre esa posibilidad, pero ya lo vigila la policía y su seguridad personal.

—A mí lo que me extraña —continuó diciendo Julia—, es que Odon, tras la muerte de Fabián casi no nos ha llamado.

—Debe de confiar poco en Ángel —dijo Daniel—. Además, tiene muchas cosas de que ocuparse para acordarse de llamar a su detective aficionando. Nunca comprendí bien esa petición tan absurda.

—Oye, tampoco te pases Daniel —dijo Julia—. Ángel tiene cierto prestigio dentro del gremio, y él, me refiero a Odón, se informaría antes de ficharlo. Aparte de que da la casualidad de que se trata de su primo...

y que le dijo personalmente en el escenario del crimen, que le tenía que ayudar mas que nunca... Yo, soy una añadida, una simple ayudante.

—Puede ser que Rosalía, la anciana gallega, tuviera razón, y que la carta de tu madre —dijo Ángel señalando a Daniel— sea el desencadenante de esta serie de asesinatos.

—De ser cierto, el único heredero que ha quedado intacto es Odón —dijo Julia resumiendo—. Daniel se ha quedado paralítico, Telmo está muerto y Fabián también, sólo queda con vida Odón, y creo, después de todo lo que hemos estado hablando, que su vida corre peligro en estos momentos. En la lista de los doce números va a haber que tachar otro dentro de muy poco.

—¿Creeis que hay alguien interesado en eliminar a todos los herederos? —dijo Daniel— aunque la verdad es que el propio Odón, también fue atacado por los piratas y estuvo a punto de morir.

—Según esa teoría —dijo Ángel—, el supuesto autor conoce el contenido de la carta, puesto que atentó también contra Daniel.

—Creo recordar —dijo este último— que en el caso de que no exista ningún hijo, toda la enorme fortuna del "patriarca" iría a parar a una fundación, a la que ya había legado el tercio de libre disposición. Iniciaremos los trámites para averiguar de qué fundación se trata.

—No perdamos más tiempo —dijo Julia exaltada—, creo que al tal Odón, al que no tengo el gusto de conocer, están a punto de cargárselo. ¡Hay que averiguar dónde está! ¡Hay que advertírselo!

—Creo que está en La Coruña —dijo Ángel—, donde se iba a embarcar con su amigo saudí para ir a las Olimpiadas de Londres. En eso quedaron, al menos, cuando yo viajé con ellos en el yate del árabe hasta la finca de Fabián, antes de que lo asesinaran...

—Tú tienes su teléfono. ¡Ángel, llámale! —insistió Julia—. Tengo el presentimiento de que estan a punto de matarlo.

—Cálmate, Julia. No seas tan vehemente —le dijo Daniel—, no creí que mis razonamientos fueran a provocar unas conclusiones tan drásticas.

—Que no. Que os lo digo yo. Detrás de todo esto hay una secta satánica, un contubernio de dioses mitológicos, de asesinatos sofisticados con armas antiguas en lugares poco corrientes, con abordajes de piratas, estampidas de caballos "carnívoros", fuegos artificiales, hombres ardiendo, flechas... ¿Esto qué es? ¿Con qué nos enfrentamos? ¿Una moderna inquisición que hace desaparecer a los

“malos”: uno por pederasta y otro por cruel y maltratador?

—Aquí tengo el teléfono de Odón, pero yo, sinceramente —dijo Ángel—, no soy capaz de llamarle, después de un mes, para decirle que están a punto de matarle.

—Pues, alguien tiene que hacerlo —insistió Julia—. Llamale o lo hago yo. Hay que decirle que no vaya a Londres.

—Por favor, calmaos —intervino Daniel—. Todo lo que nosotros estamos pensado, lo habrá pensado también la policía, como hemos dicho antes, y habrá tomado las medidas necesarias para protegerle.

—¡Mentira! —estalló Julia—. No tienen tiempo para eso, ocupados en custodiar a los políticos... ¡Dame el teléfono, que le llamo yo!

—Si probablemente no sabe ni quién eres —le dijo Ángel, resistiéndose a darle el móvil.

—Ah... Con que ni siquiera le has hablado de mí. Pues no te preocupes que yo se lo voy a explicar.

—Bueno. Anda. Le llamaré yo, pero se va a reír.

—No creo que se ría, como tú dices, con dos hermanos muertos en un mes, los piratas atacando su barco, y un primo en silla de ruedas de por vida.

—Bueno, ché, alto —dijo Daniel, interrumpiendo la discusión—, que a lo mejor mejoro poco a poco...

Ángel marcó el número y todos se quedaron en silencio.

—Odón, perdona. Sí. Soy yo, Ángel... No, no pasa nada importante... No, todavía no hemos descubierto nada definitivo, aunque estamos en ello... Te llamo porque creemos que estás en peligro.

Ángel tapó el móvil con la mano y, retirándolo de la boca, le dijo a Daniel y a Julia:

—Se está riendo a carcajadas.

Luego, volvió a ponérselo en el oído y continuó hablando con su primo.

—No hay nada concreto, pero Julia y yo pensamos que pueden atentar contra ti... ¿Que quién es Julia? Es la chica que te dije que me estaba ayudando.

Julia le quitó el móvil de la mano y le dijo a Odón, sin que a nadie le diera tiempo a impedirlo:

—Soy Julia. Creemos que estás en peligro. No vayas a las Olimpiadas de Londres y, sobre todo —le dijo sin dejarle siquiera hablar—, no vayas a las competiciones de tiro con arco, algún

infiltrado podría dispararte. Estamos seguros de que quieren matarte.

Tres dias despues de la visita a la finca de Odon, Julia y Ángel cogieron un avión hacia el sur para realizar el último viaje que habían proyectado con el objeto de examinar sobre el terreno los sucesos ocurridos. Cuando llegaron al aeropuerto, les esperaba el Hammer con el que los ayudantes de Fabián trasladaban las chicas a los famosos "Chundachunda", y fueron directamente al lugar del accidente del ultraligero, cuyos restos calcinados y retorcidos, permanecían todavía allí entre un montón de piedras.

—Yo había visto el accidente desde el segundo helicóptero que había despegado del yate del amigo de Odón —empezó a explicarle Ángel— y cuando llegué, me encontré con un panorama parecido a este, con los restos humeantes, y Odón y su ayudante, Eusebio, a ambos lados del cuerpo de Fabian. Yo entonces desconocía quién era la víctima, al que habían cubierto la cara y el pecho con un capote. La verdad es que me sorprendió verlos allí, pero me explicaron que estaban dando un paseo por los alrededores de la plaza de toros cuando vieron el accidente y salieron corriendo. Fue entonces cuando Odon, abrazandose a mi, me lo dijo.

—No entiendo —dijo Julia— porqué ocultaron en los primeros momentos que la muerte la ocasionó un flechazo en el corazón.

—Ni tú. Ni yo. Ni nadie. Odón descubrió, según dijo, que su hermano era la víctima, y decidió, junto a su ayudante, cubrir el cadáver con un capote, cuando ni siquiera una persona competente había certificado su muerte.

—Quizás fuera porque no vieran la flecha clavada en el corazón.

—A lo mejor consideraron que era desagradable —comentó Ángel.

—¿Y dónde está la flecha? —preguntó inocentemente Julia.

—Ah, pues, lo ignoro. Lo lógico es que la tenga la policía para cuando se celebre el juicio.

—¿El juicio de quién?

—Pues, del sospechoso.

—Pero, si hemos quedado en que no hay ningún detenido.

—Pues, para eso estamos nosotros aquí, para buscarlo —comentó Ángel optimista, cada vez más convencido de que las preguntas "tontas" de Julia eran más y más certeras.

Pasadas las dos de la tarde, Julia y Ángel dieron cuenta de una

suculenta comida en el comedor principal de la finca de Fabián y después, cuando dijeron que deseaban descansar un poco hasta que se pasara la hora del calor, les ofrecieron la habitación de invitados, sin que ninguno de los dos se decidiera a comentar que preferían habitaciones separadas. Eso sí, el dormitorio, que tenía un amplio ventanal abierto al campo, contaba con dos camás donde la pareja de "detectives" se durmió nada más acostarse y no se despertaron hasta pasadas las seis de la tarde.

Ángel fue el primero en abrir los ojos por culpa del ruido de un cortacésped que se oía en el jardín. En un primer momento, miró desorientado a su alrededor sin saber muy bien en dónde se encontraba y descubrió a su lado el cuerpo de Julia desnudo, de espaldas, sólo cubierto con un tanga blanco con pequeñas cerezas rojas. Del jardín subía el olor de la hierba recién segada. Ángel no lo podía evitar, a pesar del recuerdo constante de Anabel, Julia le excitaba. Se quedó mirándola muy cerca, pudiendo oír su respiración, y se retiró un poco al ver que se movía desperezándose lentamente como una gata. Luego, se dio la vuelta despacio mostrando sus pequeños pechos más blancos que el resto del cuerpo. Tenía el ombligo redondo, perfecto, y un monte de Venus abultado. Ángel sintió curiosidad por saber si estaba completamente depilada pero se sobresaltó al ver que ella movía la mano derecha y, apartando con sus dedos de uñas moradas el elástico de su tanga, pareció por un momento que se iba a tocar su sexo... Julia, en ese momento, se incorporó de pronto y, al ver la cara de Ángel tan cerca de su tripa, le gritó sin poder contenerse:

—¿Qué haces?

—Estaba admirándote —le contestó Ángel, un poco avergonzado.

—Me has asustado.

—Perdona. No te he tocado.

—Estaría bueno. A mí nadie me toca sin que yo le dé permiso.

—Toc-toc. Julia, soy yo, Ángel, tu colega. ¿Me dejas que te toque un poco? ¿Sólo un poco?

—Pues, va a ser que no. Vuelva usted mañana a ver si hay más suerte.

Ángel se dejó caer de espaldas en la cama mientras ella se dirigía a la ducha quitándose por el camino el tanga, que se quedó en medio de la habitación.

—Bueno, estoy aquí porque Odón me ha mandado para repetiros que os sintáis como en casa y que si os puedo ayudar en algo no tenéis más que decírmelo.

Tras darle la mano a los dos, Eusebio continuó diciendo:

—Él es consciente de que estáis solos para llevar a cabo vuestra labor y de que la policía no es muy dada a facilitar información, razón por la cual me ha dicho que os facilite todos los datos que nosotros conocemos.

—Es muy de agradecer —dijo Ángel, mientras Julia permanecía absorta en sus notas—. Teníamos pensado inspeccionar esta tarde el "teatro" que tenía Fabian y al que, le prendió fuego Odón.

—Cierto —contestó Eusebio, deseando ser servicial—, digamos que fue un accidente, ya que estaba indignado al descubrir lo que el llamó la "cámara de tortura" de Fabián. Le prendió fuego con un encendedor que en esos momentos tenía en la mano.

—Y que yo le había dado —añadio Angel

—¿Nadie intentó apagarlo? —intervino Julia.

—Era imposible. El "teatro" en cuestión estaba lleno de decorados, trajes y otros materiales altamente inflamables.

—¿Examinó la policía lo que había quedado?

—Sí. Varias veces —contestó Eusebio.

—¿Les importaría que nosotros lo hiciéramos también? —insistió Julia, que había cogido su cámara de fotos.

—No. En absoluto. El muro de fuera quedó intacto. Tenéis todo el tiempo del mundo. Me ha dicho Odón que podéis quedaros a dormir si queréis, ya que el último avión de la tarde sale muy temprano y así podríais coger el de la mañana, más tranquilamente. Por cierto, os recomiendo un baño al anochecer en la playa privada de la finca. Ellos —dijo señalando al chofer del Hammer y a la empleada que les había servido la comida— están a vuestro servicio, no tenéis más que pedirles lo que necesitéis para que traten por todos los medios de complaceros.

—¿Usted estará por aquí? —le preguntó Ángel.

—Sí, claro, estaré hasta tarde arreglando papeles. Todo ha ocurrido tan inesperadamente, que ahora tenemos un lío fenomenal de facturas, aparte de todo el asunto de la investigación, la policía y demás complicaciones.

Una hora después, cansados y sucios a pesar de haber utilizado unos guantes, máscarillas y unas especies de monos de faena, Ángel y Julia salieron de entre las cenizas de lo que fue el teatro de Fabián con la foto de lo que podría ser un arco de competición casi completamente chamuscado. Terminado su trabajo y tras enviar por el móvil la foto del arco a Daniel, se acordaron de la recomendación de Eusebio, el baño al atardecer, y se lo dijeron al chofer, que los condujo hasta allí. Cuando llegaron ya estaba casi oscurecido, pero todavía pudieron contemplar una de las puestas de sol más bellas de sus vidas. Era emocionante ver la gama de rojos que cubrían el cielo todavía ligeramente azul.

A Ángel el momento le recordó aquella otra puesta de sol junto a Anabel en Ibiza. Ya se estaban desdibujando los ragos de su rostro en la memoria, como la imagen de una diosa que se difumina poco a poco al hundirse en la distancia. A su lado, en silencio, mirando tambien al horizonte, estaba Julia. La abrazó y la atrajo hacia su cuerpo, sin que ninguno de los dos se mirara. Ella se dejó hacer e, incluso, apoyo la cabeza en su hombro.

—“Zi” les “apetece” a los “señores” les dejo la llave del “toterreno” y se “puen volvé” cuando “ze” les antoje. “Zi” luego no ven, con esta luz de arriba iluminan la orilla —era la voz del chofer la que les había sacado del ensimismamiento de la puesta de sol. Había metido el coche en la arena de la playa y manipulaba un pequeño foco en el techo del vehículo que apagaba y encendía—. “Ze puen” dar un chapuzón tranquilos —añadió poniéndole las llaves en la mano a Ángel—. Es una playa “particulá” y sólo les puede dar un susto algún jabali que venga a refrescarse, pero se van enseguida y no hacen “na”.

Cuando paso un rato y pensó que el chofer estaba suficientemente lejos, Julia cogió decidida las llaves del coche que trasladaba a las menores a los “Chunda-Chunda”, lleno de cojines de colores, cortinillas, luces ambientales y toda clase de bebidas. Puso el último disco de Shakira y sirvió dos gin tonic Mombasa con mucho hielo, dándole uno a Ángel, que estaba sorprendido por aquel montaje. Después de saborearlo, llevados por un mismo impulso, se dirigieron hacia la orilla corriendo mientras iban desprendiendose de sus pocas vestimentas. El mar estaba en calma, como dormido, y Ángel y Julia se sumergieron hasta desaparecer en las negras aguas.

Buenos buceadores, se buscaron con los ojos abiertos, pero, cegados por la oscuridad, decidieron seguir buscando sus cuerpos con sus dedos

como los tentáculos de un pez abisal. Cuando Julia emergió a los pocos metros, ya sin aire en los pulmones, arqueando sus gruesos labios en busca de oxígeno, a Ángel le pareció más joven, más libre e inaccesible que nunca. Él entonces intentó acercarse, pero Julia se le escapó de entre las manos, aunque llego a tocar su piel resbaladiza. La buscó, pero se había sumergido de nuevo, desapareciendo el tiempo suficiente para que Ángel empezara a alarmarse pensando que la había podido engullir algun monstruo marino.

Cuando estaba empezando a asustarse de verdad, notó entre sus piernas el paso del cuerpo de Julia, que emergió de nuevo a medio metro de su rostro. Ángel llegó a rozar su cintura pero ella, más decidida, le cogió la mano y la fue guiando por todo su cuerpo sin que faltara ningun rincón por acariciar. Luego, le sacó del agua y lo llevó corriendo hasta el Hammer. Una vez allí, le empujó de espaldas entre los cojines de colores chillones y le quitó la sal del cuerpo pasando despacio su lengua.

37

Aquel césped con el castillo neogótico cubierto en gran parte de hiedra y un lago de limpias y tranquilas aguas brillando entre árboles centenarios no podía ser más que una imagen sacada de la campiña inglesa. Una joven del personal de servicio, tradicionalmente uniformada, salvaba en esos momentos la considerable distancia que separaba la casa de una mesa con una gran sombrilla blanca y unas sillas del mismo color que estaban en medio del verde césped. Llevaba en la mano una bandeja con una gran jarra de naranjada cuyo considerable peso hacía que toda su atención se concentrara en llegar a la mesa sin derramarla.

En una de las sillas, mirando indiferente al fondo del jardín donde había un pequeño bosque, estaba sentado un hombre de mediana edad, elegante, de gran corpulencia, de aspecto atlético, moreno, peinado hacia atrás con gomina, que dió las gracias a la joven cuando, por fin, pudo poner la jarra sobre la mesa junto a unos relucientes vasos de cristal.

El hombre, que tenía las piernas cruzadas, llevaba un pantalón blanco impecable y un jersey también blanco de cuello de pico con dos rayas —una verde y otra negra—, como se llevaba en los años treinta. Irradiaba poder, seguridad. Era de esas personas de las que se piensa que nada se les puede resistir y todo lo pueden lograr con facilidad, utilizando un gesto, una sonrisa, un apretón de mano o una palabra a tiempo.

Era la escena perfecta para comenzar una mañana de rodaje de una película de “glamur” que se desarrollara en un ambiente aristocrático, ambientado por los caballos que estaban ensillando en las cuadras de uno de los laterales del castillo, unos preciosos perros que correteaban y se perseguían conscientes de que no podían ladrar, y un flamante Aston Martín aparcado cerca de las puerta principal de la residencia de verano del amigo de Odón, que le había invitado junto al millonario

saudí y otros antiguos compañeros, para recordar durante todo un fin de semana sus años de universidad.

Odón se había levantado temprano, había leído las oraciones que sustituían a su misa diaria, a la que asistía cuando estaba en su finca —su amigo era anglicano— y después había estado más de una hora en el gimnasio del castillo, sometiendo a sus músculos a un duro castigo, quizás empeñado en expulsar de su cuerpo los "demonios" que le habían dominado durante la noche, imágenes incoherentes en las que se mezclaban hechos reales que recordaba haber vivido, con otras que rechazaba como vivencias propias o que hubiera realizado conscientemente. Esta situación le alarmaba profundamente porque ya dudaba —tan vivas eran las imágenes— si era cierto que durante su estancia en La Coruña había corrido como un poseso con una calavera en la mano desde la Torre de Hércules para acabar sepultandola, o lo había soñado.

Él sólo se reía de las absurdas dudas, pero lo cierto es que en alguna ocasión llego a "investigar" las suelas de sus zapatillas y buscó alguna otra pista, aumentado con ello su inquietud. Por supuesto, no lo había comentado con nadie, pero recordó que cuando estaba estudiando, precisamente en Inglaterra, su padre le llevó a varios eminentes psiquiatras que nunca alcanzaron un diágnostico acertado o, por lo menos, su padre no se lo dijo,aunque alguna vez oyó la palabra esquizofrenia.

Odón se sirvió un poco de naranjada y decidió informarse para pedir, con la mayor discreción, una cita con el mejor psiquiatra de Londres. Si hacía o decidía algo, quería asumir todas las responsabilidades, pero le horrorizaba que influyeran en la maraña de su cerebro fuerzas "exteriores" que le obligaran a tomar decisiones sin que él interviniera, influenciado por esos fantasmas malignos, murciélagos chillones, que algunas noches hacían estallar su cabeza columpiándose en el techo oscuro de su cerebro.

Recordó la sentencia de Anders Berhring Breivik, condenado a ventiun años de carcel —la máxima pena en Noruega— tras haber matado a setenta y siete personas, asegurando la autoridad competente que no estaba enfermo, que había llevado a cabo la matanza porque había querido. Ese era el miedo de Odón: si él hacía algo tenía que ser porque lo hubiera deseado, no porque hubiera obedecido a una consigna recibida desde el exterior. Eso era lo que temía, que los

“fantasmas” le obligaran a realizar actos que el no deseaba.

Odón había sido educado conforme a pautas cuidadosamente estudiadas por su padre, el “patriarca”, para que su hijo primogénito fuera ejemplar, hecho a su imagen y semejanza. Tenía que ser la persona más cercana a la perfección que pudiera existir en el mundo —a la perfección según su criterio... —y, para ello, desde el primer momento, no escatimó esfuerzos, dinero ni sacrificios para llevar a cabo su proyecto.

El primer concepto claro que quería inculcarle por encima de todos los demás, era que durante su vida —pasara por las vicisitudes que pasara— actuara siempre con criterio propio, sin que sentimientos de venganza, celos o de cualquier otra índole influyeran en sus decisiones. Eso sí, según las reglas de la Iglesia de Roma. El fin de todo era la salvación del alma y todo tenía que estar supeditado a conseguirlo. Su padre quería convertir a Odón en un ejemplo, un joven moderno, divertido, un atleta, siempre dispuesto a convertirle en un soldado de Cristo, en un centurión defensor de la fé:

¡CHRISTUS VINCIT!
¡CHRISTUS REGNAT!
¡CHRISTUS IMPERAT!

El jovial, divertido, elegante, educado, Odón Setano, era ante todo, llegada la ocasión, un soldado de las legiones celestiales. Esta especie de fundamentalismo le fue dominando hasta tal punto que, aunque trataba de disimularlo, le convirtió en un fanático, un extremista que perseguía la perfección en las personas que le rodeaban: sus hermanos, sus amigos... Cosa que no siempre conseguía.

En la localidad provinciana donde vivió los primeros años, antes de que lo mandaran interno a un colegio de la capital, los que mandaban eran los confesores y “padres espirituales” de la docena de damas de las familias dominantes de la localidad, que seguían a ciegas sus consejos. El pueblo, primerizo en libertades tras la muerte de Franco, todavía estaba temeroso del ruido de los sables y aún lo impregnaba todo el olor a romero pisado que quedaba en las calles tras la procesión anual del Sagrado Corazón.

Odón, inundado de fe y lleno de fuerza para defenderla, era feliz en aquellas manifestaciones religiosas. Su padre no se daba cuenta de que estaba abonando el terreno para crear un ser peligroso con la obsesión

de convertir a su primogénito en un ejemplo de caballero cristiano, íntegro, justo, esencia de la ética y compendio de todos los valores morales imaginables. Sólo un detalle, al que no dio importancia, se le escapó: la desmedida afición de su hijo por la mitología. Desde muy joven, los héroes y semidioses que aparecían en aquellos libros ilustrados a todo color, le fascinaban. Se los sabía de memoria, disfrutando durante horas con sus disparatadas y fantásticas aventuras.

Con el paso de los años, Odón se había convertido en un ser excepcional, física y humanamente hablando. Su padre había conseguido el ser perfecto que había "diseñado" y vigilado durante años. Hablaba varios idiomás, había estudiado ingeniería naval y aprobado varios máster en diversas partes del mundo. Era el millonario perfecto que salía en las páginas de sociedad de las grandes revistas del mundo, en un estreno de cine o de teatro, en un acto benefico o levantando una copa con la camisa desabrochada, el pelo negro engominado y el pecho tostado por el sol tras ganar una regata, mostrando una sonrisa de artista que hacía que las quinceañeras recortaran la página para pegarla en la pared al lado de los protagonistas de sus series favoritas.

Pero su padre no había tenido la agudeza de vislumbrar que en un futuro no muy lejano, esta perfección de su hijo le podría llevar a una camino estrecho y difícil: Odón, con el tiempo, llegó a pensar que las personas que le rodeaban tenían que aproximarse lo más posible a su propia forma de pensar y actuar, y si no era así, si no actuaban según sus propias reglas, tenía que "convencerlos" para que lo hicieran.

El "patriarca" había cometido más fallos, por ejemplo, no le dio una amplia cultura mostrándole las diversas corrientes intelectuales, políticas y religiosas para que, cuando se encontrara frente a ellas, estuviera preparado para discutir y poder discernir con claridad, en vez de encontrarse materialmente sepultado por docenas de libros "prohibidos" de Ortega, Miguel Hernández e incluso Alberti ("un rojazo") que se le vinieron un día encima a los quince años cuando abrió un gran armario de su casa, cerrado con llave para que no los pudiera leer hasta que no lo creyeran oportuno sus educadores... Lógicamente ésta era sólo una anécdota, pero demuestra una actitud y un talante que le tuvieron apartado de la realidad e incluso de la enfermedad, como a Buda, llegando a descubrir la muerte solo cuando, en uno de sus refugios predilectos, el almacén de la paja que había

encima de las caballerizas, desde donde lanzaban a la cuadra la comida para los animales por un trampilla de un metro abierta en el techo, asistió una noche a la muerte de su caballo favorito, un ejemplar cartujano blanco de larga cola sobre el que montaba en sus sueños cuando partía hacia las cruzadas o participaba en las fantásticas aventuras de sus héroes mitológicos favoritos. Nunca olvidaría Odón luego, a lo largo de su vida, aquella mirada negra, quieta, suspendida en la eternidad con la que comprendió que en un solo instante se pasa de la vida a la muerte, de la oscuridad más absoluta a la quietud de inmensos campos sin fin de algodón blanco, de claveles rojos, sin viento, inmóviles, sin una simple abeja revoloteando.

Era lamentable en los coletazos de la dictadura, las barbariedades que se hicieron en muchos ambientes provincianos por mantener una sociedad corrupta, mentirosa y antisocial, que defendía, bajo una nube de incieso y salvas de artilleria, privilegios que estaban a punto de perder con la llegada de un espiritu nuevo, de gente joven que no había vivido la maldita guerra y que estaban abiertos a los aires que corrian por gran parte de europa. Odon padre, el "patriarca" lo comprendió, y aunque era de aquella casta, acostumbrado a fingir como estaba, fingió adaptarse a los nuevos tiempos, ahora su hijo Odon pensaba que le había tocado en esta vida continuar la saga y mantener el buen nombre de la familia. Los momentos eran dificiles, y aunque sentía la muerte de sus dos hermanos, pensaba que uno por pederasta y otro por ser un reconocido maltratador, no había aportado nada "ejemplarizante" al buen nombre de los Setano y Fernandez-Queen. Afortunadamente. Su padre, el patriarca, no había vivido para ser testigo de esta tragedia..."

Y Dios creó a la mujer y se "animó" el mundo. Caín y Abel se acostaron con sus parientas y hasta el paraíso terrenal, la obra perfecta que ideó el Señor, fue un fracaso. Se equivocó como se equivocó al elegir a Judas. Y el "patriarca" se equivocó una vez más con su hijo al no hablar con él del amor y del sexo: «Si estando casado miras a una mujer la primera vez, estas usando el sentido de la vista. Si la miras una segunda vez, estás permitiendo ser tentado. Si la miras una tercera vez, has abierto tu corazón al pecado. Más allá de una tercera vez, es definitivamente pecado».

A Odón le hervía el cuerpo cuando el viento levantaba las faldas de las jóvenes sirvientas por encima de sus cinturas y las perseguía por las azoteas logrando a veces llevarlas a su refugio de encima de la cuadra,

donde ellas, divertidas, se dejaban explorar su misterioso sexo desconocido para el señorito, al que le remordía luego la conciencia durante días por el terrible pecado que había cometido...

Eran los tiempos en los que las grandes casas se hundían a la vez que los viejos palacetes, muertos sus señores acostumbrados a campanillas y cofias. A veces, los techos de las señoriales estancias, hundidos parcialmente pero bellamente pintados al fresco en su día con arbustos y flores, cobraban vida cuando se paseaban por ellos las lagartijas, cubiertos los solares abandonados de ortigas, jaramagos y jazmines. Algunas familias de docenas de hijos ineptos, señoritos inútiles que huían desconcertados llevando sólo en su cartera un apellido descolorido, se desintegraron igual que su prestigio y sus negocios con los nuevos tiempos que llegaban. Los santurrones de los conventos habían perdido su influencia, desaparecidas sus sotanas con los vientos laicos. Ya no olía a romero y el ruido de los faroles que llevaban en sus manos los devotos en las procesiones ya no atemorizaba a los habitantes de muchas de las humildes casas por donde pasaban, atreviéndose sus moradores, poco después, a salir a la calle para manifestarse en busca de sus derechos largo tiempo pisoteados. El “¡CHRISTUS VINCIT! ¡CHRISTUS REGNAT...!” había sido acallado por la “Internacional”. Los poderosos que habían mandado, hecho y deshecho durante décadas, se encerraron en sus casas ruinosas —muchas de ellas convertidas en hoteles o en centros culturales—, cerraron las persianas y comenzaron a rezar el rosario una y otra vez hasta morir...

Hubo alguien, sin embargo, hace treinta o cuarenta años, que no entornó las persianas ni se encerró en la penumbra de su casa: Odón Serrano, mezclado con los cabeza de otras familias que habían sido —y seguían siendo— ejemplares, el “patriarca”, se preparó para luchar y plantarle cara a los nuevos tiempos. Él estaba ya mayor cuando llegó el cambio, pero tenía a su hijo, al que había preparado para que, cuando llegaran estos nuevos tiempos difíciles, pudiera sustituirle y ser el abanderado en la lucha por los principios en los que siempre había creído.

Odón se levantó de su silla cuando una mujer llegó junto a la mesa del jardín del castillo donde estaba sentado, tras cruzar el césped desde la casa. No la había visto porque estaba de espaldas pero enseguida la

saludó con dos besos. La recién llegada era de mediana edad, elegante y llevaba un atuendo deportivo. Tras sentarse los dos, Odón le ofreció naranjada llenando hasta la mitad uno de los vasos que tenía delante, al que añadió dos hielos de un recipiente de cristal con asas de plata que había en la mesa.

—Me han encargado que te recordara —le dijo la señora, a la que parecía conocer de sobra— que termines ya de cumplir con tus “encargos” cuanto antes.

—Bueno —contestó Odón, que se movió inquieto en el asiento—, le puedes decir que esté tranquilo. Que todo se está desarrollando según el plan previsto... ¿Quieres un terrón o dos de azúcar en la naranjada?

—No, gracias, sin azúcar.

—Te decía, que todo va según el plan previsto y se están cumpliendo los plazos para que todo vuelva a estar en su sitio cuanto antes.

—El cree, de todas formás, que se ha armado demásiado escándalo mediático. Le habría gustado que todo se hubiera resuelto de forma más... silenciosa, sin levantar tanta polvareda.

—Bueno, dile de mi parte que se ha hecho con todo el sigilo posible, pero que han sido los medios de comunicación los que se han encargado de darle bombo y platillo.

—De todas formás, Odón —dijo la dama dándole un terrón de azúcar a su pequeño perro faldero que llevaba en un bolso— habíamos quedado en que todo se hiciera con el menor escándalo posible y se ha hecho demásiado ruido. No hacía falta tanta algarabía para echar a los mercaderes del templo.

—Querida Gema, el látigo siempre hace ruido, la algarabía que tú dices es inevitable cuando se trata de expulsar a los impuros de la Casa de Dios.

El dueño del castillo y su amigo árabe llegaban en ese momento a la mesa del jardín donde se encontraba Odón.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó el anfitrión—. Nos ha parecido de lejos que hablabas con alguien.

—¿Yo? Con nadie. Estaba aquí solo esperando que llegaséis.

—Pues, nos ha parecido que hablabas con alguien. Te hemos visto gesticulando acaloradamente con tu supuesto interlocutor.

—O interlocutora...—dijo Said, tomándose el asunto a broma.

—Creo que veis espejismos... ¿Qué tal la resaca de los gin tonic de

anoche?

—No se trata de ninguna resaca, Odón, no nos preocupes, incluso hemos visto como le has servido un vaso de naranjada.

—Sí —les contestó Odón—, pero ya veis que no se lo ha bebido...

Odon había asumido las rocambolescas muertes de sus dos hermanas con resignación, aunque no dejaba de mostrarse bastante sorprendido por la forma en que se habían producido sus fallecimientos. Lo que si había expresado en público alguna vez era su disgusto por la forma de vida de los dos: uno por su fama —fundada o no— de pederasta; y, el otro, por su leyenda de violencia y crueldad. Ambos comportamientos habrían apenado profundamente a su padre, el “patriarca”, que hacía dos años ya que había sido enterrado y cuya estatua estaba a punto de ocupar el centro de la plaza del pueblo como homenaje a uno de los más ilustres bienhechores que había tenido la localidad, ejemplo de caballerosidad y de bondad.

El segundo problema al que tenía que hacer frente era la injuriosa carta que Telmo había hecho circular en la que Berta, una prima irresponsable, aseguraba que su hijo —Daniel— era el resultado de una relación adúltera con el “patriarca”. Afortunadamente, no se trataba de una grabación o un vídeo a la moda que pudiera circular por las redes sociales, pero su impacto podría ser mortal entre la media docena de personas que pudieran estar implicadas.

Odón, tras el sobresalto inicial, estaba relativamente tranquilo. Dos de las personas que conocían su contenido estaban muertas, sus dos hermanos, y la carta la guardaba él en un sitio inaccesible. De todas formas, tendría que evitar que le hicieran las pruebas de ADN a su padre si algún juez decidiera que lo exhumaran con tal fin. Odón no creía en la policía y, por eso, había tomado la decisión de contratar los servicios de un aficionado, su primo Ángel, para que hiciera una investigación paralela de los hechos.

Sentado en la mesa del jardín, se sonrió pensando en la llamada que le había hecho Julia cuando estaba en La Coruña: «Tu vida corre peligro. Te van a matar. Vas a ser el próximo». Odón, conocía muy bien en qué situación se encontraba ...Solo tenía una duda y era si Daniel, el supuesto hijo de su padre el “patriarca”, conocía el contenido de la carta —él siempre había creído que sí—. En ese caso, Daniel era la unica persona en el mundo que podría estropear la inauguración de la estatua programada para dentro de unos días con asistencia de

autoridades provinciales, el alcalde y la banda municipal del pueblo. Hubo un momento en el que Odón se planteó la posibilidad de llamar a Daniel para cerciorarse de si conocía o no el contenido de la carta que su madre le había enviado a Telmo, pero, luego, pensándolo mejor, no llegó a hacerlo, convencido de que nada se podría hacer sin la carta que él guardaba. Más tranquilo, Odón se sirvió un vaso de naranjada. Sus dos amigos se habían ido a jugar un partido de tenis y todavía le quedaba un rato para subir a su habitación y cambiarse para ir a Brighton, donde se iba a celebrar la reunión con los compañeros del curso de la universidad, que se podía prolongar varias horas.

Había otro asunto que también preocupaba a Odón: se trataba de su situación sentimental, olvidada los ultimos días por todas las trágicas circunstancias que le habían absorbido. Tradicionalmente mujeriego, aunque discreto, iba a emprender dentro de unos días un largo viaje en su velero recién reparado en sus astilleros de Estocolmo y dudaba a qué "amiga" proponerle que le acompañara en tan misterioso viaje. Odón, como los antiguos navegantes, quería ir en busca del país de las "Manzanas de oro" y necesitaba una compañera. Pensaba en Violeta, la dulce bailarina que le hizo sentir la caricia de sus alas de cisne en su corazón, tan comprometida y tan enemiga de los hombres... la viscontessa su ex...Laura la niña a la que habia visto crecer... Elizabeth, una apuesta segura para pasarlo bien...pero con unos años de mas.

Odón, por fin, subió a su cuarto a cambiarse. Se había quitado su jersey blanco cuando sonó el móvil, que no cogió porque tenía puesto el buzón de voz con el ánimo de que no alteraran sus tres días de vacaciones con sus amigos. Luego, sin embargo, por curiosidad, miró el mensaje: «Le busca la policía de Los Ángeles. Póngase urgentemente en contacto con nosotros». Odón no se sobresaltó. Marcó el número del móvil de Ángel para que se hiciera cargo del asunto y, cuando miró hacia el jardín distraidamente desde la ventana mientra se cambiaba de camisa, vió a Gema que le saludaba con una sonrisa, montada en uno de los caballos que habían ensillado en las cuadras del castillo.

38

Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente que decía:”Ven”.Miré y ví un caballo bayo.El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía; y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra.

El sol esteba ya bastante alto y solo unas gaviotas que buscaban comida roeaban al Hummer varado en medio de la arena de la playa. Dentro del vehículo, las cortinillas transparentes de vivos colores estampaban de amarillos, verdes y azules los cuerpos desnudos de Julia y Ángel abrazados. Un móvil empezó a sonar en el bolsillo de un pantalón tirado en el suelo del todo terreno, cerca de la improvisada cama hecha con cojines. Ángel intentó cogerlo estirando el brazo que no tenía aprisionado por el cuerpo de Julia, quien le dijo al oído, en voz baja, sin separar los dientes, exigiendo más que pidiendo.

—No lo cojas. ¡Quiero más...!

—Tengo que contestar —protestó él, medio dormido, palpando con su mano el suelo en busca del pantalón.

—¡Quiero más ahora! —dijo resuelta Julia, subiendo una pierna por encima del cuerpo de Ángel, sujetándole las muñecas con sus manos para que permaneciera con los brazos en cruz, boca arriba, mientras lo besaba apasionadamente dominada por un feroz deseo...

Cuando Ángel pudo coger el móvil, tenía cinco mensajes en su buzón de voz. Conocía el número: era Odón. Pulso abrir y se sobresaltó al leer las primeras líneas: «Me está buscando la policía de Los Ángeles. Por favor, hazte cargo del asunto. Ignoro de qué se trata. Odón.». En el quinto mensaje se notaba que estaba realmente enfadado por no haber logrado hablar con él: «En media hora casi se da la vuelta al mundo. ¿Qué demonios haces que no coges el móvil?». Ángel,

abrochándose todavía el cinturón, se decidió a llamarle aún sabiendo que le iba a “caer la bronca”.

—¿Eres mi abogado o no? —le dijo sin dejarle hablar—. Me busca la policía de Los Ángeles. Averigua qué es lo que quieren.

Cuando Odón colgó bruscamente, Ángel vio a Julia por una de las ventanillas del coche saliendo del agua con el cuerpo humedo brillando bajo el sol, como una ondina de piel azulada que saliera de las profundidades de su lago. Sacudió la cabeza. Dejó de mirarla y fijó su atención en el móvil para marcar el número que le había dado su improvisado “jefe”.

—Oiga... —chilló—. Contesto a una llamada que han hecho desde ese número a Odón Setano...

—¿Es usted? —preguntaron. Y sin esperar la confirmación, añadieron—: Le busca urgentemente la policía de Los Ángeles.

—¿Con quién hablo, por favor? —insistió Ángel.

—Con quien va a ser, con la policía española... ¿Me escucha? Están investigando la identidad de una joven encontrada milagrosamente con vida en un barco a la deriva cerca de la costa americana.

—¿Y qué se supone que tiene que ver en todo esto el señor Setano?

—¿Es usted o no?

—Soy su abogado.

—Ayudar a identificarla —gruñó el policía, no satisfecho por no hablar con el individuo solicitado—. Llame al teléfono que le voy a dar de la policía americana Nuestra intervención termina aquí... Por lo visto tienen una foto...

—¿Qué ocurre que es tan urgente? —preguntó Julia entrando en el vehículo y pasando la mano rapidamente, varias veces, por su corto pelo mojado para que salpicara a Ángel.

—Que la policía de Los Ángeles busca a Odón.

—¡Apasionante! Esto se anima, como en las películas... ¿Y por qué?

—Porque hay una joven sin identificar que han encontrado en un barco a la deriva... Y por lo visto hay una foto...

—Esto es de Hitchcock —dijo Julia entusiasmada, mientras se secaba los muslos con una toalla—. ¿Y qué haces que no llamás?

—Sí. Oiga. Llamo desde España. De parte del señor Setano ¿Entiende usted español?

—Soy mexicano. ¿Dice que es usted el señor Setano?

—Soy su abogado.

—Ah, sí. Andábamos buscándole para identificar a una joven encontrada en un velero japonés a la deriva cerca de la costa.

—¿Y qué tiene que ver mi cliente con esto?

—Mire usted, señor, no más, estamos tratando de saber de qué nacionalidad es ella. No habla, debe de haber perdido la memoria, pero es de pelo claro y lleva una foto en la que aparece el nombre de una embarcación de recreo.

—¿Y...?

—Pues que, con ayuda internacional, hemos averiguado quién es el propietario del barco y ha resultado que es el señor Setano.

—¿Cómo se llama el barco que aparece en la foto?

—"Melkart".

Ángel sintió por tres veces que su corazón intentaba salir de su encierro. El barco, en efecto, era el velero de Odón. Estaba tan afectado que Julia, dándose cuenta, le cogió la mano.

—¿Me pueden escanear la foto y mandármela a mi móvil?

—Ahorita. De eso se trata, de ver si el dueño del barco la conoce.

Cuando, al cabo de un rato recibió la foto, Ángel estuvo a punto de perder el conocimiento: en la imagen aparecían Anabel y él. Recordó al instante el momento en que unas turistas les habían hecho la foto en Ibiza la noche de su escapada... Estaban los dos cogidos por la cintura y sonriendo. Detrás, se veía parte de la popa de un barco y su nombre en negro: "Melkart". Estás siete letras habían servido a los americanos para localizar a su propietario, aunque Ángel aquel día no sabía que era el barco de Odón. Después de tanto tiempo buscando y pensando cada minuto en ella, la había encontrado por casualidad. Son cosas que ves en una película y no te las crees, como si ves en la televisión el atentado contra las torres gemelas de Nueva York y piensas que es el anuncio de una pelicula, pero ocurren en la vida real, como era el caso de Anabel.

El impacto fue brutal y Ángel, confundido, ilusionado y temeroso de cómo la podría encontrar, decidió viajar a Estados Unidos para hacerse cargo de ella. Odón, le había dado toda clase de facilidades, le había adelantado dinero y le había dicho que él pagaba los gastos de su traslado a España en un avión—ambulancia para que siguiera aquí su

recuperación si los médicos americanos opinaban que podía salvarse tras estar días y días sin comer ni beber en un barco arrastrado por las corrientes desde el Japón, donde fue engullido por el terrible tsunami. Ángel arregló la documentación en un tiempo récord y le pidió a Julia —sorprendida por las circunstancias— que avanzara con Daniel todo lo que fueran capaces en la investigación de los extraños sucesos que habían ocurrido en la familia.

Ya en el avión, esperanzado y temeroso, pensó durante horas cómo le recibiría ella. Era consciente de que se iba a encontrar con la realidad de una relación —un enamoramiento— que se había convertido con el paso del tiempo en una obsesión y temía tanto la reacción de ella como la de él mismo, teniendo en cuenta que las circunstancias iban a ser muy diferentes de aquellos otros efímeros encuentros de hacía ya muchos meses. Los médicos americanos habían insistido en que su estado era de extrema debilidad, que aunque movía los labios, no se le entendía lo que hablaba, ni en que idioma, y que les parecía que había perdido la memoria tras el terrible trauma de permanecer sola en medio del oceáno rodeada de agua hasta el infinito.

A pesar del choque tremendo que había recibido, Ángel estaba deseando estar al lado de Anabel y coger su mano para ayudarla a salir de la situación tan delicada en la que se encontraba. Pensaba en los terribles días que habría pasado y en que cuando se repusiera, le contaría dónde había estado desde que desapareció aquella noche cuando habló por última vez con ella en el hotel de Estocolmo y le dijo que llamaban a la puerta. ¿Había otro hombre, o una mujer? No era posible que hubiera estado incomunicada tanto tiempo en la era de Internet, los correos electrónicos y los móviles.

Posiblemente, cuando llegara al hospital, ya estaría en la cabecera de su cama un amigo. ¿Estaría en Japón cuando le sorprendió el tsunami porque se había enamorado de un japonés? Tras intentar dormir un poco con la pequeña almohada que le había proporcionada una amable azafata, encendió su luz y sacó de su cartera unos recortes enviado por Daniel sobre las noticias aparecidas en la prensa que hablaban de millones de toneladas de escombros que arrancadas de la tierra por el tsunami “viajaban” por el Pacifico para terminar en la costa oeste de los Estados Unidos, incluido el caso de un embarcadero de más de cien metros cuadrados de superficie, así como el caso de “Maru”, el buque fantasma que arrancado del puerto de Hachinohe —

estaba anclado para ser desguazado— fue hundido por el servicio de guardacostas norteamericano cuando navegando a la deriva se acercaba, sin tripulación, a las costas de Alaska. Un caso parecido al del velero en que fue encontrada Anabel como unica tripulante, embarcación que habría realizado el recorrido en mucho menos tiempo, debido a sus pequeñas dimensiones y sus materiales ligeros.

Cuando estaba en pleno vuelo en medio del Atlántico, Ángel sufrió un ataque de pánico. Empezó a sudar copiosamente y el corazón le golpeaba el pecho. Notaba como los músculos cardiacos se retorcían y llegó a temer que terminaran enredándose. Estaba angustiado. Se desabrochó el cuello de la camisa y notó que no podía respirar. Su exagerado miedo a los virus, bacterias y todos las plagas que amenazan al mundo, cuyos habitantes, probablemente —pensaba— morirían de hambre, le atenazaban el cuello. Impresionado por lo que acaba de leer, pensaba que las toneladas de basura contaminadas de radiactividad que las corrientes arrastraban por el océano habían alcanzado al avión convertido en un ataud volante dispuesto a estrellarse, como un kamikaze, sobre la primera gran urbe que encontrara para terminar con todos sus habitantes.

Ángel se quedó dormido, por fin, sintiendo naúseas y picazón en todo el cuerpo, llegando a creer, incluso, que se le caía el pelo más de lo habitual, síntomás claros de haber estado expuesto a dosis radiactivas considerables. Luego, pensaba atemorizado, vendría el cáncer de tiroides o la leucemia. Cuando despertó, le pareció notar que tenía dificultades respiratorias, hasta que se fue tranquilizando poco a poco y dominando el pánico que le había invadido. Sólo entonces recordó que estaba allí, en aquel avión y a tantos kilómetros de distancia de su casa, para ayudar a Anabel, la mujer que en sólo unas horas había conseguido obsesionarle hasta tal punto que sus gestos, sus movimientos y sus palabras habían invadido su mente como una fragancia impregna una habitación entera penetrando hasta por la última rendija.

En todos estos meses desde que había desaparecido, intentó abrir ventanas en su alma para que entrara aire nuevo, pero persitía su recuerdo con fuerza, con intensidad. A veces, llegaban los fantasmás de la duda y pensaba que ella se reía sentada en el rincón más oscuro de su mente, frívola, casquivana, infiel, con las mejillas llenas de colorete, los ojos estrellados de largas pestañas negras y sus piernas de bailarina

de can—can al aire. Sin embargo, en cuanto se supo dónde estaba, corrió a su lado como un perro fiel, atravesando océanos y montañas para llevarle su ayuda sin saber si ella, perdida en el desierto nevado de su mente en blanco, agradecería su presencia cuando abriera sus ojos.

Y es que Anabel era una mujer que no permanecía insensible ante nada, siempre estaba espectante, alerta a cualquier movimiento, a cualquier gesto. Una sola palabra podía desencadenar en ella una tormenta de amor, de odio o de dolor. Era como una gacela atenta a cualquier sonido del bosque, quieta, vigilante, con sus orejas tiesas y sus ojos bien abiertos, esperando siempre una palabra de cariño, una gota del cielo para absorberla. Anabel era imprevisible y tan pronto se asustaba cuando la tocaban, como un caracol que esconde sus cuernecillos, como se cerraba atrapándote como una flor carnívora necesitada de amor. Ese era uno de sus principales atractivos, ver cómo reaccionaba en todo momento, ante cualquier cosa, porque nada le era indiferente y en todo buscaba siempre la belleza, ante la que se quedaba extasiada, aunque fuera el vuelo de una paloma o la forma caprichosa de una nube. Era capaz de pasar de las lágrimás a la risa más alegre en un solo segundo.

Por eso, Ángel, al verla allí en el hospital, entre tubos y cables, con su pelo rubio cortado, su cara cadavérica y sus largos brazos de modelo flaca llenos de esparadrapos y goteos, se tapó la cara con sus dos manos y quiso morirse. Sintió ganas de llorar cuando vio el lento aleteo de su afilada nariz, como un pequeño pececillo que intenta que el agua llegue a sus branquias para poder sobrevivir. Miró sus labios secos, blancos, sus ojos cerrados, y pensó que estaba muerta cuando besó con labios temblorosos su mano helada llena de venas secas. Ángel se sentó junto a ella y estuvo un rato allí, mirándola. No se acordaba de rezar, pero le pidió a la Virgen por ella. A la Virgen de la Anunciación de Fray Angélico, que una vez le había dicho Anabel que era la más bella que había visto en su vida.

Ángel había conseguido en pocas horas un pequeño reactor—ambulancia perfectamente equipado, un médico y una enfermera para trasladar a Anabel a su país. Sentado a su lado desde que habían despegado, con su mano entre las suyas, no dejaba de mirarla, mientras la luz pálida de la luna que entraba por la ventanilla del avión teñía de muerte su cara bellísima. Varias horas después, llevado por la

curiosidad, tomó la pequeña mochila que le habían dado en el hospital con las pocas pertenencias de Anabel que habían encontrado en el velero cuando la rescataron. Ángel la abrió con cuidado y encontró algunos enseres de aseo, un peine, una barra de labios gastada, un recipinte de crema para el sol vacío, una pulsera, además de una muda destrozada por el uso, un biquini descolorido y la foto de ella y Ángel que le había servido a la policía americana para su identificación.

«Debió de ser terrible» —pensó Ángel, guardando todo con cuidado en la mochila— lo que pasó la pobre en aquel barco a la deriva durante tanto tiempo sin agua y sin alimentos... Cuando iba a dejar la mochila en un lugar seguro para que no se moviera, por si el avión hacía algún movimiento brusco, notó que había algo en un bolsillo cerrado por una cremallera. Lo abrió y encontró un pequeño cuardeno escrito, primero con bolígrafo, y luego con lápiz, estas ultimás paginas casi ilegibles. Acercándose a una luz comenzó a leer, ya completamente seguro de que se trataba de un diario de Anabel. Por fin iba a saber lo que pensaba de él y todo el misterio que rodeaba su desaparición...

No me creo lo que me está ocurriendo. No puede ser cierto. Tiene que ser un sueño. Estoy en medio del océano rodeada de agua por todas partes sin ver tierra ni una gaviota que me indique su proximidad. Estoy asustada. He gritado todo lo fuerte que me han permitido mis pulmones sin que las enormes olas devuelvan el eco de mi voz y he comenzado a llorar desesperadamente. Sé que voy a morir en medio de este desierto azul cegada por este sol abrasador y torturada por la sed, como si mis pies desnudos pisaran el suelo ardiente de un mar de dunas onduladas por el viento.

Ha pasado una semana desde la última vez que me sentí con ánimos de escribir esta especie de diario que nunca leerá nadie. Estoy tan desesperada que he pensado en acabar con mi vida. No soy capaz de resistir más, además, nada me retiene. Siempre he estado sola y así moriré, no solo aquí, en medio del océano, sino en las ciudades más populosas del mundo donde he desfilado. Una vez apagados los focos, siempre me he encontrado sola en la inmensidad de las camas de los grandes hoteles, ahogada en desiertos de sábanas blancas que me envolvían como un sudario durante horas de angustia. Me habría gustado haber ayudado a

alguien en algún momento de mi vida. Haber sido útil para algo. Haber consolado a un desconocido frente a la muerte, a uno de esos enfermos que mueren solos en los hospitales, a las madres que han perdido a su hijo. A los encarcelados injustamente, a las mujeres que han sido víctimás de maltrato, a los niños enfermos de cáncer...

Hace un mes que no cojo la pluma y mi problema ahora es que no sé cómo terminar con mi vida. Me horroriza morir ahogada, se ha terminado el gas de la bombona del barco, no sé hacer un nudo corredizo para ahorcarme con uno de los cabos que hay sueltos por la embarcación, para colgarme de la botavara, y hace unos días que tiré al mar la última lata de conservas con la que me habría podido abrir las venas. No puedo escribir mucho más porque no tengo tinta y es el único bolígrafo que hay en el barco, que he registrado miles de veces en busca de comida y de agua. Ya me he bebido hasta el agua de los lavabos y sólo me queda la de los motores. Esta noche me he sentido morir, porque ha estallado una tormenta muy fuerte y el barco parecía que se iba a hundir, me he mareado y he pasado horas con unas terribles náuseas sin tener que devolver porque ya no queda casi comida.

Se ha terninado la tinta del bolígrafo y estoy escribiendo con la punta de un lápiz que he encontrado. No tengo tiempo que perder, estoy muy débil, y quiero decir dos cosas: una es que si alguien lee esto alguna vez, procure tener fe, creer en algo, porque así es más fácil el salto a la nada, a la muerte. Es como el trapecista que trabaja con red y piensa que se salvara. Lo contrario —como me ocurre a mí—, es muy triste. La segunda, es que en ningún momento he dejado de pensar en ti y muchas veces al día beso la foto que nos hicimos en Ibiza y que plastifiqué cuando me fui a Estocolmo, antes de que me secuestraran aquella noche maldita y me encerraran durante meses en una prisión, teniendo que desfilar una vez a la semana para un loco al que nunca pude ver, hasta que me liberó Noriko, una amiga japonesa, que me llevó a su país...Aquel once de marzo yo estaba feliz —¡Al fin libre!— navegando con mi amiga mientras comtemplabamos los pinares y la playa de Rikuzentakata, donde rompian blandamente las olas salpicando de sombras blancas la orilla, cuando de pronto nos

arrolló una enorme muralla de agua...

Ya he perdido toda esperanza y sé que nadie me rescatara. Moriré definitivamente sola sin volver a verte. He pensado que prefiero que sea al anochecer, tras haber visto la puesta de sol, para quedarme con el recuerdo de su color rojizo para siempre. ¿Veré las estrellas aunque esté muerta, si anochece y nadie cierra mis párpados?

Ángel, me quedan muy pocas fuerzas. Apenas me puedo mover. Quiero que sepas que el recuerdo de las horas que pase contigo me ha dado fuerzas para vivir todos estos meses. Qué absurdo es esto del amor. Si apenas nos conocimos y, además, en la cama fue un desastre... No puedo reírme porque me duele todo el cuerpo. Quiero que sepas que te quiero y que quiero morir buscando tus ojos entre las estrellas, tendida en cubierta y mirando al cielo limpio, inmenso y silencioso. Ya me llega despacio la muerte. Veo una pasarela sin fin y a mí desfilando por ella hasta que desaparezco en el infinito oscuro y triste de los tiempos...

39

Daniel rodeado de sus ordenadores, sus vídeos, sus recortes y sus libros, salió disparado de su “despacho” en la silla de ruedas, al oírle decir a Rosa que había llegado Ángel. Cuando estuvieron frente a frente, se unieron en un abrazo sin fin porque Daniel sabía muy bien lo que significaba Anabel para su primo, sobre la que habían tenido largas conversaciones.

—Primo —le dijo emocionado—, tú vives de espaldas al Dios de Rosa, pero hay que admitir que, a veces, los milagros ocurren y la aparición de Anabel tras haber cruzado el océano sobre las aguas, venciendo tormentas y penurias, sólo lo había hecho antes Jesucristo andando sobre las aguas del lago de Tiberíades.

—Ya sabrás —comentó Ángel, con voz pesimista— que está muy débil y que en el hospital están haciendo todo lo posible por salvarla.

—Lo sé. Lo sé. Pero, verás como todo va bien. No sería justo que después de haber llegado a la otra orilla no se salvara. Mírame a mí y ten fé, verás como se recupera.

Julia, que había llegado junto a Ángel, permanecía callada, entre incrédula y, quizás, celosa por la sorprendente “aparición en escena” de Anabel.

—Y tú, Julia, ¿no te alegras de que Ángel esté feliz? —le preguntó Daniel, inocentemente, al verla tan seria.

—Sí, claro —su voz sono un poco falsa—. Claro que estoy feliz por él. Yo sé mucho de sus miedos, de sus dudas y de sus temores por no saber nada de ella. Lo ha pasado muy mal.

Ángel le agradeció sus palabras con una mirada y le cogió la mano mientras decía:

—Os agradezco a los dos, de verdad, que me hayais aguantado durante mis días bajos. Quizás os haya aburrido con mi machacona insistencia en hablaros de ella... Un sentimiento tan repentino, que se agrandaba más mientras más lejos estaba en el espacio y el tiempo.

¡Perdón! ¡Perdón! compañeros, por mi egoísmo, cuando vosotros seguro que tenéis otros problemás que he ignorado.

—No. Qué va... —comentó Julia irónica—. Ahora, Ángelito, que ya tienes aquí a tu amor salido de las profundidades del mar, como si de una hija de Neptuno se tratara, corta el rollo y vamos a ver si resolvemos el peliculón este, que es para lo que me llamáste, en vez de para ser tu paño de lágrimás, que es lo que he sido.

—Uy, uy, uy. A mí me parece que aquí hay celos... —dijo Daniel.

—¿Celos yo? —dijo Julia molesta por el comentario—. No los he tenido en mi vida y no los voy a empezar a tener ahora...

Ángel se la quedó mirando y comprendió que estaba disgustada por la súbita aparición de Anabel.

—¡Ah, toma! —dijo Julia, de pronto, mirando a Daniel y acercándose a él con un sobre bastante voluminoso que había sacado de su bolso—. Esto me lo ha dado Odón para Rosa y para ti.

—¿Has visto a Odón? —exclamó sorprendido Ángel, que ignoraba que hubiera estado con él.

—Pues, sí. ¿Qué pasa? Me llamó la otra noche mientras tú estabas en América, porque quería conocerme. Me dijo que le había sorprendido aquella llamada que le hice advirtiéndole que le iban a matar.

—¿Y qué te dijo? —insistió Ángel confundido—. ¿Estaba asustado? ¿Le contaste algo de nuestras investigaciones?

—No le dije nada, aunque él me insistió en que le dijera hacia dónde se encaminaban, si había una lista de sospechosos y si intuíamos cuál era el móvil. Yo, entonces, le pregunté que si conocía el contenido de una carta que la madre de Daniel le había escrito a su hermano Telmo. Y me lo negó. Le insistí en que creíamos que el contenido de esa carta era vital para el caso. Él me contestó con una sonrisa: «Usted busca un mirlo blanco. Es poco probable que exista». Yo le dije que su propio primo, Daniel, se la llevó en mano a Telmo y me preguntó: « ¿Usted la ha visto?».

—Este tío es un cabrón —dijo indignado Daniel.

—Yo creo que se está riendo de todos nosotros —comentó Julia, sin ocultar su admiración.

—¿Te acostaste con él? —le preguntó Ángel, perdiendo su habitual compostura.

—No tuve ocasión —le contestó Julia divertida—, pero no fue por

falta de ganas.

—¿Piensas que está en peligro de muerte? —le preguntó Daniel a Julia.

—No lo sé. Sólo estoy segura de una cosa en todo este barullo, en esta torre de Babel en que estamos inmersos, el asesino de Fabián o, mejor dicho, la asesina, es Violeta... Lo comprendí el otro día cuando fuimos a recoger a Anabel y a Ángel al aeropuerto. Me tuve que venir con ella en el coche y me pareció un personaje de cómic, mala, mala, mala, que sólo vive para vengarse de la persona que la había apartado de su pasión: el baile. Llego a hacer buenas migas conmigo y me llegó a confesar, en un momento de debilidad, que se había acostado con Odón en una caceria...

—Confidencia por confidencia, Julia —intervino Ángel—. A mí, personalmente, me parece de un cinismo supino que estés celebrando y poniendo por las nubes a Odón, cuando estamos dudando de él y deseando encontrar un motivo, por insignificante que sea, para obtener una orden de registro y entrar en los lugares de su finca que intuimos que no pudimos ver cuando estuvimos en ella.

—Perdona. Es que todos sois sospechosos y todos tenéis razones para haberos“cargado” a alguno de los hermanitos. De modo que, para mí, sois sospechosos todos, incluido Daniel, a quien, supuestamente, le están escamoteando varios cientos de millones de euros. También he averiguado, como licenciada que soy en Historia del Arte, que la figura que encontramos en la finca de Odón, la estatuilla de Melkart, la habían robado hace unos meses del Museo de Cádiz.

Daniel se quedó sorprendido por la revelación y exclamó entusiasmado, mientras se dirigía en su silla de ruedas al tablero donde estaban sus ordenadores y recortes:

—¿Cómo no me he dado cuenta? Tengo aquí la foto que me diste de la pequeña figura. Aquí está: mide 36 centímetros y es del siglo séptimo u octavo antes de Cristo. Claro que es Melkart, yo la he visto docenas de veces en el museo. Estaba bien protegido entre otras valiosísimás estatuas, al lado de donde se encuentran los sarcófagos fenicios —continuó exaltado por el descubrimiento de Julia—, Odón es un loco de la mitología.

—Y, por eso, llamó a su barco Melkart —añadió Julia.

—Bueno, y ¿qué? —intervino Ángel, obsesionado con las flechas —. Es posible que Odón sea un “loco de la mitología” como le habéis

llamado. Es posible que la estatua que Julia descubrió en su finca sea la auténtica, pero también es cierto que puede ser una imitación. Vamos a dejar al loco millonario con sus fantasías y sus héroes de bronce orando ante los restos de Hércules en Sancti Petri y vamos a ser prácticos y a buscar quién fue el que disparó la flecha que mató a Fabián cuando volaba en su ultraligero.

—¡Señores! —dijo Daniel imponiendo orden—. Estamos divagando y no estudiamos las cosas con el rigor que una investigación seria necesita...

En ese momento, llamaron a la puerta. Era Rosa que, amable como siempre, preguntaba si querían algo de beber. Su marido, contrariado por la interrupción, le dijo:

—Ahora no, mujer —a la vez que le entregaba el abultado sobre que le había dado hacia un momento Julia. Rosa lo abrió y estuvo a punto de desmayarse al ver el fajo de euros.

—Son de parte de Odón —le dijo Julia, que fue la primera a la que abrazó. Luego, besó a Ángel, a su marido y al Cristo de Medinaceli, y dijo llena de alegría:

—Cuidadme a las niñas. Voy a ver si está abierto Manolo para comprar un poco de leche. Daniel, hijo, ¿cómo te has podido aguantar sin decirmelo? Todavía estoy a tiempo de poderles dar un buen vaso... Se habían ido las pobres a la cama sin tomársela porque no me quedaba ya en la nevera... —luego, se secó las lágrimás con el foulard que regalaban con una revista de moda.

—Trae ron, coca—colas y una botella de anís para ti, que te la mereces —le gritó su marido.

—Dios es bueno. ¡Señor! ¡Señor! —decía Rosa, poniéndose una rebeca por el pasillo, mientras apretaba el sobre con el dinero contra su pecho pecoso.

—Vayamos por partes —dijo Daniel—. Pasemos a estudiar el secuestro de Anabel.

—¡No entiendo una palabra! —protestó Julia—. ¿Qué tiene que ver el supuesto secuestro de Anabel, que ni siquiera sabemos si fue secuestrada, con los extraños sucesos en torno a la familia Setano y Fernández-Queen, que es lo que estamos intentando investigar?

—Perdóname, Julia —dijo Daniel—, Ángel me ha contado algunas cosas, que ahora te explicara, que me han llevado a pensar que, fíjate bien en lo que te voy a decir, el secuestro de Anabel esta relacionado

con los asesinatos.

—Yo creo —dijo Julia convencida— que esa gilipollez necesita una explicación.

—Me duele hablar de esto, pero no tengo más remedio que hacerlo porque podría tener algo que ver con la investigación que estamos llevando a cabo —dijo Ángel, despacio y muy serio—. He leído una especie de diario que escribió Anabel en el barco, en medio del océano, sin esperanza de vida, y confiesa que estuvo secuestrada durante meses en un calabozo en Estocolmo y que la obligaban a desfilar por una pasarela llena de focos para un espectador, o espectadora, que nunca vio porque permanecía oculto en las sombras. «Me hacían desfilar casi todas las semanas —comenzó a leer Ángel en un papel donde lo había copiado— como si de un desfile de París se tratara, llevaban maquilladoras y peluquera y tenía que salir siempre con el mismo traje, uno que tiene un sombrerito con cuernos de “oro” y unas botas altas del mismo color»,

—Esto es ridículo —insistió Julia—. ¿Qué razones me das —dijo dirigiéndose a Daniel— para que alguien pueda pensar que el secuestro esta relacionado con los asesinantos?

—Sólo la intuición y tres detalles —le contestó Daniel—. Uno es que el velero de Odón estuviera atracado en el puerto de Ibiza cuando estaba allí Anabel, como demuestra la foto que sirvió a la policía americana para identificarla.

—¡Qué chorrada! Había docena de yates...

—Otro —continuó diciendo Daniel, sin tener en cuenta la interrupción de Julia—, que haya estado secuestrada en Estocolmo, como nos dice Ángel que escribió Anabel en su diario, precisamente donde Odón tiene unos importantes astilleros. Y el tercer “detalle”, es que tengo las galeradas que me ha proporcionando un amigo mío de la imprenta, donde se están preparando las memorias de Hilario, la mano derecha de Fabián durante tantos años, en las que se asegura tambien que la famosa modelo «estába secuestrada en Suecia». Tú, Ángel, me tienes que traer el maletín de Anabel que te entregaron en el hotel de Estocolmo para ver despacio su contenido. Además, si lo crees oportuno, podrías aportar cualquier detalle más del diario que pueda relacionar su secuestro con los asesinatos. Y otra cosa —añadió — sinceramente opino que el caso de los caballos salvajes, tambien está relacionado con los asesinatos, como el secuestro de Anabel, aunque no

hayamos encontrado la carta de mi madre, que en caso de ser cierto lo que decía Rosalía sobre su contenido, me metería en la rueda de los herederos de Odón sénior, a los que alguien está intentado liquidar.

—Estás loco —explotó Julia—. Estáis los dos de atar. Ahora resulta que esto es un complot de los dioses para terminar con todos. Que esto es el Apocalípsis y que estamos atrapados sin remedio en un tsunami de muerte y de misterio contra el que no somos capaces de luchar. Para terminar con tantas dudas, me comprometo a volver a entrar en la finca de Odon para que os convenzais de que no hay más pruebas. Estoy de acuerdo —añadio Julia— en que Ángel traiga el maletín y el diario de Anabel y que traiga la flecha del chamarilero... Pero, os aseguro que mientras, Violeta terminará también con Odón o con alguno de nosotros tres, ya que saben de nuestras andanzas.

—¿Cómo entraras en la finca?—dijo Daniel.

—Ya veremos, para eso está la intuición femenina... Fotografiaré todo lo que encuentre en su despacho “secreto”, que estoy segura que hay tras la enorme chimenea del salón. Si encontrara allí la carta de Rosalía, tendríais razón y abandonaría mi teoría de que la culpable de la muerte de Fabián es Violeta. Repito: estais locos. Nadie intenta terminar con los herederos del viejo. Lo de Sancti-Petri fue un atraco; lo de Daniel fue una casualidad; la muerte de Telmo, un suicidio .En lo único que tengo dudas es en el asesinato de Fabian, porque del “asunto” de Anabel —perdona Ángel— no me fio un pelo...a ver si la modelito se despierta y nos cuenta lo que pasó.

40

Anabel pasó a planta a los tres días de haber ingresado en el hospital, a pesar de que seguía inconsciente y sólo balbuceába unas palabras ininteligibles. El poder estar con ella día y noche fue una gran alegría para Ángel, que se pasaba horas y horas sentado junto a su cama, pendiente de cualquier movimiento y de cualquier gesto. La mayor parte del tiempo estaban los dos solos, y así se los encontró Violeta la tarde que fue a verla. Estuvo muy cariñosa y le recordó a Ángel el día que acudió a ella, desesperado, buscando información para poder encontrarla. Ya no recibió más visitas hasta el día siguiente, a la caída de la tarde, cuando Julia se presentó en la habitación donde Anabel permanecía llena de tubos y vías para poder introducir en su cuerpo las diversas medicinas y alimentos que necesitaba para recuperarse tras su terrible odisea. Ángel, al principio, no la reconoció porque apareció en la puerta de la habitación a contraluz, al estar iluminado el pasillo. Además, aunque la conocía bien, no se podia ni figurar que tuviera la cara dura de presentarse allí tras lo que había confesado que pensaba de Anabel. Pasados los primeros momento de sorpresa, agradeció sinembargo la presencia de su amiga convencido de que el comentario de la última “reunion de trabajo” lo habían provocado los celos.

—Te agradezco que hayas venido —le dijo Ángel al oído, mientras le pasaba la mano una y otra vez por su corto cabello, en una caricia que repetía con frecuencia—. Por poco no coincides aquí con tu asesina preferida —se atrevió a bromear—. Me refiero a Violeta, que havenido a ver a su antigua alumna..

—¿Y cómo está en realidad? —preguntó Julia separándose de Ángel y acercándose para ver a Anabel, iluminada por una leve luz azulada.

—Está mejor. Mucho mejor —le dijo Ángel, mientras ella se inclinaba para verla más de cerca.

—Es muy guapa —dijo por fin—. No me extraña que te enamoraras

locamente de ella nada más verla.

—Y eso que no has visto sus ojos —comentó Ángel orgulloso—, aunque estoy seguro de que pronto los abrirá y podrá conocerte —dijo, cogiéndole la mano de Anabel y llevándosela hasta sus labios para besarla

—Vengo dispuesta a ayudarte para que descanses un poco.

—No, si no estoy cansado...

—Tú, a obedecer —le insistió Julia—. No me voy a la finca de Odon hasta la semana que viene, por lo que te anuncio que mañana por la noche me quedo yo con ella para que tú descanses.

—Es que no estoy cansado... Y quiero estar con ella cuando despierte... —protestó Ángel—. Luego, duermo durante el día en casa, porque ya está más acompañada por las enfermeras y los médicos, que entran continuamente.

—Ya lo sé. Pero no admito discusión. Mañana me quedo yo.

Ángel y Julia salieron de la habitación y se tomaron un café que sacaron de la máquina del pasillo, mientras hablaban de cómo iban las investigaciones. Julia le confirmó que iba a intentar volver a entrar en la finca, afirmación que provocó que Ángel se tuviera que "morder la lengua" para no preguntarle por Odón, pero desistió de hacerlo porque no quería volver a tocar un punto que los podía enfrentar de nuevo, aunque no comprendía cómo iba a conseguirlo...

Poco se imaginaba Ángel que Julia tenía en esos momentos otras prioridades y que lo que realmente estaba intentando, al aparecer en la habitación de Anabel, era acercarse a ella para, de alguna manera, "quitársela" a Angel, y vengarse por haberla preferido. Era una venganza muy meditada, ya que, ¿por qué no reconocerlo?, se sentía herida en su autoestima por el hecho de que la dejara al margen, yéndose con la modelo que, después de haberla visto de cerca, no tenía nada que envidiarle.

A la noche siguiente, Ángel la estaba esperando en la puerta de la habitación, y tras explicarle donde estába el timbre para llamar a la enfermera, e insistirle en que las dos bolsas que tenía con goteos no podían quedarse vacías, se fue a descansar tras darle un beso y decirle que era su mejor amiga. Julia se puso cómoda. Bajó su cama supletoria. Fue al servicio y se puso a leer un libro de bolsillo que había llevado, con una pequeña luz que tenía junto a la cama. Fue a medianoche

cuando le pareció que la enferma se movía. Se levantó y se sentó a su lado cogiéndole la mano, que estaba muy fría. La retuvo entre las suyas un rato para ver si le transmitía un poco de calor y, en un momento determinado, Anabel abrió los ojos de pronto llenos de espanto, mientras agarraba la mano de Julia con fuerza, con desesperación, hasta hacerle daño, y le preguntaba angustiada, queriéndose incorporar:

—¡¿Dónde estoy?¡¡ ¿Eres Noriko?¡

—Cálmate. Tranquila —le dijo, empujándola suavemente por los hombros para que permaneciera acostada—. Me llamo Julia y estás a salvo

Anabel miró nerviosa a un lado y a otro, con ojos desorbitados mientras gritaba incrédula:

—¡¿Dónde están Noriko y los demás que íbamos en el barco?¡

Julia continuó explicándole sin que ella le soltara la mano:

—Estás en un hospital, en tu país, donde te han traído tras rescatarte del barco.

—¡Tengo sed! —decía una y otra vez—. ¡Tengo hambre! ¡¡Estabamos cerca de la costa y vimos venir una ola enorme que nos arrasó...!!

—Todo eso ya pasó. Estás a salvo y te vas a curar...

Anabel agotada por la emoción, apoyó la cabeza en un almohadón que le colocó Julia en la espalda, mientras le secaba la cara con un kleenex que había en la mesilla de noche.

—¿Eres enfermera? —preguntó Anabel con una voz muy débil, agotada tras el esfuerzo que había hecho para hablar tras recuperar el conocimiento

—No. Soy amiga de Ángel —Anabel la miro inexpresiva, sin saber de quien le estaba hablando, y repitió antes de perder de nuevo el conocimiento:

—"Ibamos en un barco..."

Julia marcó el número de Ángel y le comunicó que Anabel había vuelto en sí, aunque sólo había sido por un momento, y que se había quedado de nuevo inconsciente. Tras el sobresalto de una llamada a las cuatro de la madrugada y el primer "diga" soñoliento, Ángel dijo exaltado:

—¿Ha preguntado por mí?

—Me pregunto que quien era yo y cuando le dije que era amiga tuya, se quedo inexpresiva...Parecia que no te conocia Se quedo

indiferente al oir tu nombre...

—¡Voy para allá enseguida! —dijo Ángel resuelto—. Quiero estar ahí cuando abra los ojos otra vez.

—Yo creo que no hace falta, Ángel, de verdad, está muy tranquila. Descansa, mañana ya tendrás tiempo de estar con ella durante todo el día. Te espero aquí a las ocho... A lo mejor ya no abre más los ojos en toda la noche.

—¡Voy ahora mismo! He estado más de una año esperando este momento y me lo he perdido... No quiero que abra otra vez los ojos y no me vea a su lado.

Cuando pasó el médico por la habitación, hacia el mediodía, Ángel le preguntó por el estado de Anabel, ilusionado por que hubiera abierto los ojos y hablado por la noche. El doctor, llevándolo a un rincón —seguramente pensaba que ella le podría oír— le dijo que el momento peligroso había sido los primeros días, y que, superado el estado de extrema debilidad, ahora, lo más normal, si no se presentaban imprevistos, era que fuera recuperando poco a poco, y le aseguro que seguiría todavía en un estado de seminconsciencia alternando con momentos de lucidez, aunque su cuerpo ya respondía a cualquier estimulo fisico como una persona normal debido a su juventud

—¿Se repondrá del todo, doctor? ¿O le quedará alguna secuela? Parece que tiene fallos de memoria.

—No tiene por qué, pero por el momento no podemos asegurar nada definitivo. Le estamos haciendo una exploración neurológica completa y comprobando si tiene alguna enfermedad anterior al cuadro urgente que presentaba cuando ingresó, pero hasta dentro de un par de días no sabremos nada. Quédese tranquilo porque ha experimentado una mejoría espectacular. Dentro de nada, estará sobre la pasarela de nuevo.

Ángel no se separaba de su lado y sólo salía a la calle para comer algo al mediodía en una cafetería enfrente del hospital o para fumar un cigarro en el balconcillo que había al final del pasillo de la planta, cerca de la escalera, donde coincidían los familiares fumadores de los enfermos, a cualquier hora del día o de la noche, aunque estaba completamente prohibido. Allí cambiaban impresiones sobre sus respectivos casos, y se terminaban convirtiendo en las únicas personas con las que hablaban, después de los primeros días de visitas de

compromiso o el escueto intercambio de palabras con enfermeras y monjas que siempre iban deprisa por los pasillos llevando destellos de esperanza y suspiros de muerte en sus bandejas de plástico llenas de inyecciones y curas de urgencia.

Así fue cómo Julia —que había seguido yendo— conoció a una chica que una noche, incluso, le ofreció un gin tonic de esos especiales tan de moda que llevaba en una petaca plateada. Cuando volvió a la habitacion de Anabel, se sentó a tientas al lado de su cama. Media hora después, cuando se había quedado adormilada con la cabeza sobre el lecho y el brazo derecho estirado, notó que Anabel se movía, y algo borracha como estaba, sintio deseos de acariciarla. Sin pensarlo dos veces, metio su mano derecha por debajo de las sábanas y teniendo cuidado con la vía que tenía en uno de sus brazos, recorrió su cuerpo desnudo de arriba abajo, deteniendose al notar lo que interpreto como un gemido placentero

—¿Quieres que te bese? —le preguntó acercando la boca a su oido.

Al ver que Anabel no contestaba, unió sus labios entreabiertos a los de ella...

A las seis, cuando la primera enfermera de la mañana entró y vio a Anabel sentada en la cama, exclamó en voz alta, despertando a Julia, que dormía semidesnuda en la cama supletoria por haber olvidado el pijama:

—¡Gracias a Dios y a todos los santos, niña! ¡Qué milagro Virgen santísima! ¡Te has curado! Voy a avisar ahora mismo a control para que te vean. —La enfermera salió por la puerta mientras Julia se acercó a la cama y abrazó a Anabel, que estaba confundida y asustada. A Julia no le dio tiempo de decir nada, porque en ese momento entró el médico de guardia para reconocerla y tuvo que refugiarse en el cuarto de baño.

Cuando llegó Ángel con un ramo de gerveras rojas en la mano, Anabel estaba recién lavada y con las sábanas limpias, recostada en un gran almohadón que le habían puesto las enfermeras para que pudiera estar un poco erguida. Era la primera vez que veía a Ángel después de muchos meses, y sonrió timidamente, bajando la mirada como si tuviera vergüenza. Ángel dejó el ramo sobre la cama, le cogió la mano con cuidado, porque tenía puesto el goteo, y le dijo emocionado:

—No he dejado de buscarte ni un solo día.

Ella no dijo nada. Le miró y le temblaron los labios, mientras dos

gruesas lágrimás caían de sus enormes ojos. Ángel la besó en la frente y le dijo muy despacio, acercándose a su oído:

—Ya ha terminado la pesadilla. Estás conmigo. Quiero que me cuentes todo lo que has pasado, para que luego lo olvides. Te he querido cada día desde que te fuiste y cada noche me he dormido pensando en ti.

Ella bajo la mirada. Anabel no lloraba por la emocion que le pudieran producir las palabras de Ángel, sino porque no se acordaba de nada de su vida anterior al tsunami con la unica excepcion de su amiga Norika. Fue entonces cuando le dijo a Ángel con un hilo de voz:

—No se quién eres...

—Por favor, por favor. Un poco de prudencia —dijo el medico al entrar—. Anabel está mucho mejor, pero aún hay que tener precaución y seguir unas pautas para evitar una recaída. ¿Es usted familiar? —preguntó dirigiéndose a Ángel, ya que se trataba de otro doctor diferente al que había estado hablando con él la noche anterior.

—Bueno. No. Soy un amigo

—Bien —dijo el doctor—, hágase cargo de que aún está débil y serán necesarios varios días para que podamos darle el alta definitiva. Nadie desea un retroceso en su estado despues de tantos meses, pero no es imposible, de modo que todos tenemos que colaborar para que eso no ocurra.

Al salir el médico, Ángel fue tras el y le dijo alarmado:

—Doctor no me ha reconocido...Creo que ha perdido la memoria.

41

Daniel miró su reloj impaciente por ver llegar a Julia y Ángel a los que había citado en su casa tras la llamada de la primera de que ya había regresado sana y salva de la finca de Odon

—Julia. ¡Por fin! Estaba preocupado. Te he llamado varias veces durante la noche, pero no me has contestado. Temía que te hubiera pasado algo... —dijo Daniel al verla aparecer nerviosa

—Buf... Digamos que estoy aquí de milagro. Me he escapado, como en las películas, en el último momento, cuando estaban a punto de alcanzarme media docena de pitbulls rabiosos que pretendían devorarme.

—Perdona por el retraso —dijo a su vez Ángel, que traía un paquete en la mano con la flecha que había conseguido comprarle al chamarilero... mucho más cara por cierto...

—¡No me puedo aguantar! —dijo julia mientras sacaba de su pequeño bolso un papel algo arrugado que puso sobre la mesa—: *¡¡Aquí está la carta de Telmo!!*

Daniel y Ángel se precipitaron sobre la mesa, mientras Julia, orgullosa de su labor como detective, encendió un cigarrillo con actitud displicente.

—¡Eres un verdadero "crac"! —le dijo Daniel, emocionado, acercándose lo más posible a ella, con cuidado de que la rueda de la silla no le pasara por encima de un pie.

Ángel, por su parte, la quiso abrazar, pero Julia le echó el humo a la cara, aunque luego se dejó felicitar, antes de lanzarse los tres a leer la carta una y otra vez, comprobando que era una confesión en toda regla, en la que la buena señora reconocía que Daniel —a quien en ese momento se le saltaron las lágrimás sin importarle la presencia de sus compañeros— era hijo del viejo Odón sénior, hecho que había mantenido en secreto durante años.

Explicaba también en la carta que su primo hermano —el

“patriarca”— estaba enterado de su embarazo y le pidió que no dijera nada para evitar el escándalo, ya que podía “manchar” el honor de la familia, a lo que ella accedió por amor... Y terminaba diciendo: *Así que, ahora, que estoy a punto de morir, querido Telmo, te confío a ti, a quien siempre he querido y respetado, el futuro de tu hermano Daniel. Haz con esta carta —que no conoce mi hijo— lo que te parezca oportuno y más justo: dilo para que lo sepa todo el mundo, o callatelo para siempre. Confío en ti lo que tu hagas esta bien.Yo he llevado esta carga toda la vida y no he sido capaz de afrontarla. Dame tu bendición para que pueda entrar en el cielo y que Dios me perdone. Tu tía Berta.*

—¿Dónde la encontraste?

Preguntó Daniel tras un largo silencio, mientras se guardaba el pañuelo húmedo en el bolsillo—. Esto es definitivo, el móvil que siempre hemos buscado.

—Pues la encontré en el interior de una lechuza blanca disecada que había en el despacho secreto de Odón, en la finca.

—¿Y cómo se te ocurrió mirar allí? —insistió Daniel extrañado.

—Hacía poco que había estado visitando el monasterio de Silos y allí vi una lechuza blanca que nos dijeron que daba buena suerte...

—La vieja Rosalía tenía razon —comentó a su vez Ángel—. No me engañó, no, para conseguir su cáliz. ¿Reconoces la letra de tu madre, Daniel?

—Por supuesto —y añadió luego pensando en voz alta—: Fue una estupidez no leerla...

—Yo, sin embargo, creo que cumpliste el último deseo de tu madre —dijo Julia— y eso te honra. Posiblemente, otras personas no lo habrían hecho.

Ángel no se dio por aludido, porque en ese momento buscaba el número de teléfono de un notario amigo para entregarle cuanto antes la carta, posible móvil de una serie de asesinatos...

—Bien, señores —dijo Daniel volviendo a tomar el mando de la pequeña reunión—. Lo tuyo, Julia, ha sido importantísimo, transcendental, la piedra angular para justificar el móvil, de un intento de asesinato en mi caso, ¿pero quién ha sido? ¿Quien esta queriendo terminar, acabar, eliminar a todos los herederos de el “patriarca”? Por eso quiero exponer mis argumentos, cómo iba a hacer al principio de la reunión, antes de que surgiera el bombazo de la carta. No deja de ser una hipótesis, pero ahí vá.

—Estamos sobre ascuas —dijo Ángel—. Dinos lo que sea.

—Bien. Julia, ¿has traído los paneles con los doce numeros que encontrastéis en Estocolmo y en la finca?

—Aquí están —contesto Julia, alcánzadole un tubo de cartón, de los que se utilizan para guardar planos y mapas.

—Bueno, pues ahora, fija los papeles ahí en la pared con una chincheta. Tú, Ángel, toma este rotulador y haz lineas horizontales que una los números que son iguales en ambos pliegos, el seis con el seis del otro panel, y asi sucesivamente...

—¿Así? —preguntó Ángel, mientas procuraba hacer las rayas horizontales lo mejor posible.

—Bueno, debo explicaros, antes de todo —prosiguió Daniel haciendo girar la silla y poniéndose frente a ellos—, que el otro dia viendo un libro ilustrado en el que aparecia un fantastico dibujo de como debió de ser el templo de Hércules en Sancti-Petri, en donde estaba enterrado el heroe, unas imágenes recreaban el frontispicio del majestuoso templo, en donde, según la leyenda, estaban grabados en bronce los trabajos que le encargó Euristeo al dios Hércules de los romanos (Herakles para los grigos y Melkart para los fenicios)

—Yo no veo ninguna relación con lo nuestro —dijo Ángel, decepcionado.

—Eres un incrédulo —dijo Daniel—. Odón es un entusiasta de la mitología, un admirador de Hércules, a quien intenta imitar...por eso se empeña en fortalecer su cuerpo y por eso bautizó con el nombre de Melkart a su barco...

—Y robó la figura del museo de Cádiz... —dijo Julia entusiasmada —. Yo estoy de acuerdo con Daniel. No os lo vais a creer, pero estos dias haciendo un estudio de la boveda del Cason del Buen Retiro, donde antiguamente aparecian pintados los doce trabajos de Hércules entre los ventanales, pense en Odon, lo que pasa es que no me atrevia a deciroslo... Ahora que recuerdo Daniel, ¿dónde tienes la foto que te dimos del interior del barco en Estocolmo?

—Todo lo tengo ordenado en los dossieres correspondientes... —respondió Daniel.

—Recuerdo perfectamente —dijo Julia, buscando nerviosa entre las cien fotos que había— que el único libro del velero que tenía una señal roja entre los cien que había sobre mitología, héroes legendarios, dioses y semidioses, era... ¡Aquí esta! ¿Véis? Agatha Christie: *Los trabajos de*

Hércules.

—Yo lo tengo —aclaró Daniel—. Tengo todas las obras de Agatha.

—¿Estáis intentando decirme que ese loco está basándose en los famosos trabajos para matar a la gente en circunstancias similares? —pregunto Ángel incrédulo.

—Sí —dijo Julia—. Sí, a mi me parece verosímil, ya que estamos hablando de una mente supuestamente desquiciada. Veamos —continuó—. Yo me sé los trabajos de memoria. Cojamos uno al azar.

—El Cuarto —dijo Ángel.

—Espera que recuerde —comento Julia dubitativa tras señalar que los números varían—. Ah, sí, "La cierva de Cerinia".

—Sí, el numero cuatro está tachado en los dos paneles —comentó Daniel—. ¿Cual es la leyenda, Julia?

—Bueno, yo os la cuento más o menos, como la recuerdo... Hace mucho ya que dejé de estudiar.

—Bueno, adelante, no me hagas buscarla en los libros.

—Pues, ahí va: Euristeo mandó a Hércules que capturara viva a una joven cierva que tenía cuernos de oro y pezuñas de bronce. Era una cierva espectacular, muy ágil y veloz, que vivía en los bosques, entre los árboles, por lo que tardó un año entero en atraparla, persiguiéndola hasta el final de la tierra, en el país de los hiperbóreos, cubierto de nieve. No derramó una sola agota de su sangre, pero la inmovilizó, la tuvo que atar para que no escapara.

Ángel, que no había hablado en todo el tiempo, se quedó pensativo mientras Julia y Daniel permanecían en silencio mirándolo en espera de su reacción. Los tres pensaron inmediatamente en Anabel y en la conversación que habían tenido hacía unos días sobre la conveniencia o no de relacionarla con el resto de los casos que estaban investigando. Despacio, con gesto de preocupación, Ángel dejó el rotulador en la mesa, mientras Daniel cogió un libro que tenía en la estantería y empezó a leer parte del capítulo de "Los trabajos de Hércules" de Agatha Christie, dedicado a "La corza de Cerinia":

—«Y recordaba a la hermosa y veloz cierva, eternamente perseguida, eternamente deseable, una adorada y adorable criatura, con cuernos en la cabeza y centelleantes pies de bronce...».

Ángel abrió el maletín que había traído, el que le entregaron en el hotel de Estocolmo donde se había alojado Anabel, y lo abrió encima de la mesa, sacando el traje con el que había desfilado la modelo poco

antes de su secuestro, un traje dorado con un tocado que tenía como dos cuernecillos de oro y una botas altas de un color parecido al bronce...

—¡¡Creo que teneis razón!! —dijo Ángel mirándoles de frente—, una cierva espectacular que vivía entre los bosques, es decir, su Galicia natal, perseguida hasta el final de la tierra en un país cubierto de nieve... Ese loco la persiguió hasta Suecia. Perdonadme. Voy a llamar para que redoblen la vigilancia de Anabel. Creo que está en peligro y que la pueden matar para que no hable de su secuestro...

—Llama —dijo Daniel comprendiendo el repentino temor de Ángel —. Seguiremos cuando estés más tranquilo.

—De acuerdo —intervino Ángel cuando volvió—. Vuestra idea me parece genial, loca y descabellada como el que la ha ideado, pero genial, porque no es nada fácil de descubrir. Ahora tenemos que ver la similitud con otros de los casos, a ver si es verdad que no se ha tratado de una simple casualidad.

—Pues vamos al trabajo número cinco, —dijo Daniel— que cronológicamente coincide en el panel nada menos que con la muerte de Telmo, tras haber descartado ya a los dos primeros.

—¡Muy fuerte! —comentó Julia—. Os diré que el quinto trabajo que Euristeo encargó a Hércules es el conocido como “Las aves del lago de Estinfalo” y coinciden todos los libros de mitología en que, en la Antigüedad, en el lago de Estinfalo— que existe en la actualidad en el Peloponeso—, tanto en los bosques que lo rodeaban, como en las orillas del lago, vivían unos pájaros enormes que tenían picos y garras de bronce, cuyos excrementos destruían los cultivos porque eran venenosos. Y se cuenta, también, que eran unas aves carnívoras. Hércules se sentía incapaz de luchar contra ellas hasta que apareció Atenea, hija de Zeus y su primera esposa Metis, y le entregó una campana de bronce para que la hiciera sonar desde un punto alto, consiguiendo así que las aves, asustadas, levantaran el vuelo, pudiendo Hércules atravesarlas con sus flechas.

—Como vereis —dijo Daniel—, es el escenario de la cacería del pazo, con aquellas enormes aves autóctonas en el lago, al borde de los bosques inexplorados, y Telmo tocando la campana de la iglesia para que levantaran el vuelo los pájaros...

—Sí, bueno —dijo Ángel—. ¿Pero qué tiene esto que ver con el asesinato del cura?

Era el minuto de gloria de Daniel que, cogiendo la flecha que había conseguido traer Ángel, dijo, elevándola como si la fuera a lanzar como una jabalina:

—¿Os acordáis, hace veinte años, de los juegos olímpicos de Barcelona? Sólo hizo falta un pebetero con gas y una flecha con fuego para que prendiera la llama olimpíca. Eso es lo que pasó en Galicia: un fuerte escape de gas y una flecha como esta, con fuego en su punta, para que el cura ardiera en la torre de la iglesia. Su sotana se convirtió en una tea al prender el gas, y no tuvo más remedio que lanzarse al vacío.

—¿Quieres decirnos que esa es la flecha que se utilizó?

—Sí —dijo Daniel orgulloso.

—Pero, en Barcelona —dijo Julia—, la flecha cayó dentro del pebetero.

—¡Falso! —aseguró Daniel echando mano de su archivo—. La flecha pasó por encima del pebetero con el gas, pero logró comunicar el fuego gracias a las emanaciones...

—Y esta flecha que yo tengo aquí —añadió Daniel mostrándola una vez más— es, muy probablemente, por no decir seguro, la flecha que se usó para que prendiera la fuerte emanación de gas que había en la torre, escape que alguien experimentado provocó, aprovechando las obras de la iglesia.

—Sencillo y elemental, como son las cosas geniales —comentó Ángel, que había seguido la explicación perplejo —. Fue genial lo de Barcelona y el asesino se ha limitado a copiar. Ahora viene la pregunta del millón...

—¿Quién disparó la flecha? —dijo Julia sin poderse aguantar.

—Lo cierto es —terminó diciendo Daniel— que la flecha, con el fuego en la punta, cruzó la plaza confundida con los cohetes de la fiesta y acertó, como acertó el arquero de Barcelona, prendiendo el gas que manaba de la fuga en la torre.

—Entonces, otra prueba superada —dijo Ángel—. A estas alturas no cabe duda de que el fanático Odón, imitador de Hércules, apasionado de la mitología y admirador de héroes y semidioses, tiene todas las papeletas, salvo sorpresas de última hora, aunque yo, como abogado en ejercicio, aseguro que es muy difícil que un juez le condene. Lo que está más claro, es que, con esta carta en la mano —Ángel blandió en el aire la carta de la madre de Daniel— se pueda

pedir la exhumación del cadaver del padre de Odón para comparar su ADN con el de Daniel y poder demostrar que es hijo suyo.

—Aparte de la opinión del letrado, que me parece muy respetable —dijo Julia—, hay un punto cómico e insólito a la vez, que para nosotros es una tragedia, porque terminaremos por no cobrar... Os recuerdo que la persona que nos ha contratado y a la que deberíamos entregar el resultado de nuestra investigación, es el principal sospechoso de los asesinatos que nos ha encargado esclarecer.

—Un dato más que lo clasifica como un ser presuntuoso —dijo Daniel—, que menospreció a Angel, convencido de que no llegaría nunca a averiguar la verdad de su maquiavélico plan. Creía que no íba a llegar a desmontar todas las maquinaciónes y los escenarios que había preparado para acabar con sus hermanos una vez que muriera su padre para quedarse que la totalidad de la enorne herencia.

—Por cierto: ¿Quién le va a poner el cascabel al gato? —comentó Julia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Daniel, a quien Julia siempre conseguía desconcertar.

—Me refiero —continuó Julia— a que quién se va a poner al teléfono cuando llame Odón preguntando cómo van las investigaciones. Me figuro que muerto de risa, porque le hemos llegado a advertir que tuviera cuidado, ya que creíamos que lo iban a matar...

—¿Por qué no te pones tú, que fuiste la que se lo dijo? —intervino Ángel, con cierta acritud—. ¿No has estado con él en su finca y te ha abierto las puertas de su despacho y, probablemente, de algo mas...?

—Eres odioso, grosero, vulgar y maleducado. Todavía no sabes que una chica como yo no le da a eso ninguna importancia. Lo hago con quien me apetece y tiene la misma transcendencia que si me tomara un café con un amigo. ¿Sabes quién fue la primera persona a quien se apareció Jesucristo tras su resurrección? A María Magdalena. Él sí que era moderno y que defendía a las mujeres. «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra...».

—Por favor. Deja a Jesucristo en paz.

—Señores, por favor, ¿otra vez? —dijo Daniel golpeando el brazo de su silla de ruedas—. Pasemos a ver un trabajo más, el noveno por ejemplo, que esta aquí tachado en la hoja de la finca, pero no en la de Estocolmo.

—El noveno —dijo Julia, volviéndole la espalda a Ángel—

corresponde a “El cinturón de la reina Hipólita”.

—Bueno —dijo Ángel mirando a Daniel y a Julia —, yo, en este caso, no tengo nada que decir, porque no tengo ni idea de quién es Hipólita.

—Como veo que sois unos ignorantes —dijo Julia—, os diré que Hipólita era la reina de las amazonas y que el noveno trabajo que tenía que realizar Hércules era conseguir su cinturón. Averiguó que era la reina de una tribu de feroces guerreras que vivían a orillas de un río organizadas en una sociedad sin hombres. Eran muy valientes y fuertes y diestras con las armas, sobre todo, con el arco, que utilizaban con destreza. Ejercían una fuerte atracción sexual sobre los hombres, a los que convertían en esclavos tras utilizarlos para tener hijos, de los que despreciaban a los varones, ya que solo criaban a las hembras a las que, según la leyenda, les cortaban el seno derecho para facilitar la práctica del tiro con arco, lo que explicaría la etimología de la palabra que da nombre a este pueblo —bastante discutida—, que significa “privada de un pecho”, “mazos” en griego.

—Bueno —insistió Ángel, poco aficionado a las leyendas—. ¿Pero consiguió el cinturon o no?

Julia tomó un maletín que había traído y abriéndolo, puso encima de la mesa un cinturón de plata envejecida y cuero de varios centímetros. Ángel se quedó perplejo. Era el cinturón que habitualmente llevaba Violeta con sus leggins negros, que le daban aquel aspecto de guerrera de comic.

—¿Lo robastes en la finca de Odón? —pregutó Daniel.

—Así es —aseguró Julia—, sigo insistiendo en que Violeta está implicada y bien implicada. Por lo que he podido comprobar tampoco Violeta se sustrajo a los poderes sexuales del gran Hércules... En versión moderna... —Es más, me consta que se ha acostado con ella. Violeta misma me lo dijo el otro dia— Todo cuadra, ya que Violeta, para la mente calenturienta de Odon, es lo más parecido a la leyenda de las amazonas de la mitología, por eso lleva, como pude comprobar el otro dia junto a la policia, unos circulos concentricos en el pecho derecho...en recuerdo de lo que hacian sus “antepasadas”.

—Apunta ahí —dijo Daniel a Ángel cortando las especulaciones de Julia—, Violeta conoce a Odón y le entrega su cinturón, cumpliéndose así el noveno trabajo, El número no esta tachado en el panel de Estocolmo por que Odón no ha vuelto a su barco para poder hacerlo.

—Ha llegado el momento —dijo Daniel—. Sólo nos falta que nos cuentes si descubriste algo más en el viaje al “sancta santorum” de Odón, antes de que pasemos a discutir si informamos de todo esto a la policía.

—Bueno, quiero decir en primer lugar, que entrar en aquella estancia secreta daba miedo, porque estaba casi segura que era el lugar donde un loco había maquinado sus crímenes, lleno de anotaciones, fotos por las paredes, recortes y vídeos. Todo ello presidido por una pared entera, bien iluminada, con el cuadro “La expulsión de los mercaderes del templo”. Odón es tambien un admirador de Jesucristo, y este cuadro simboliza para él la lucha contra el mal y contra sus hermanos, pederastas y corruptos, que debía echar del templo...eliminar. Estoy plenamente convencida de que es un fanático. Quiero que veáis algunos de los recortes que tenía pegados por la pared. Un momento, que conecto el ipad al ordenador para que lo veáis mejor. Había muchos, pero sobre la marcha escogí estos:

«Un millar de policías registran 140 casas y locales neonazis en Alemania. El estado federado de Renania del Norte-Westfalia, el más poblado de Alemania, vivió ayer una jornada histórica y de una enorme significación política, al convertirse en el escenario del mayor operativo policial que hayan ordenado las autoridades de esta región contra los grupos neonazis. Más de 900 policías recibieron la orden de registrar más de 140 viviendas y locales en varias ciudades de este land, situado al oeste de Alemania y uno de los más industrializados del país».”El País”24/8/12 E. Muller (Berlín)

«La ultraderecha gana el apoyo de la calle en una Grecia en ruinas. Los neonazis de Aurora Dorada están ganando apoyo popular sobre las ruinas económicas y politícas de Grecia. El partido del meandro (una especia de esvástica) logró en junio 18 de los 300 diputados del parlamento. Gracias a su red social “sólo para griegos” los sondeos la sitúan como tercera fuerza ».”El País”26/10/12 M.Paone (Atenas)

«El asesino que no amaba a las mujeres. A Anders Breivik sólo se le conoce una mujer, Lina Engelsrud. Y hasta ella le describe como un tipo “frío y distante”. Con poco tiempo para la cruzada

amorosa en una vida dedicada a fraguar el Apocalípsis. Aunque en las 1500 páginas de su manifiesto —en el que aboga por una revolución conservadora— hay un hueco para su visión del rol femenino (...) Breivik añora la época de "Mad Men" y culpa de ello al espíritu de "Sexo en Nueva York", de la que se confiesa víctima él mismo y al 'promiscuo estilo de vida glorificado por artistas como Madonna, Lady Gaga o Cristina Aguilera'. Le horroriza la promiscuidad de las mujeres (aproximadamente el 50% de sus amigas lo serían), e incluso se atreve a hacer un ranking en función 'de sus experiencias y las de su círculo de amigos varones' con mujeres de otros países. En la lista, las noruegas están en el puesto más bajo de moralidad. A las españolas en la otra punta... »."El Mundo"27/7/12 P.Rodriguez

—Está clarísimo —dijo Daniel exaltado—. Este tío es un radical de mucho cuidado, visionario y peligroso, capaz de cualquier atrocidad para conseguir sus objetivos políticos. Un loco montado en su caballo blanco capaz de exterminar a todos los que se le pongan por delante, creyéndose que es el apóstol Santiago en la batalla de Clavijo... —Quiero que oigáis —dijo Ángel— una frase que grabé hace tiempo y que ahora tiene mucho valor para demostrar que se cree que es Hércules: «Yo obedezco órdenes. Estoy haciendo unos trabajos que me han encomendado».

—Señores —dijo Julia, que había permanecido callada durante el este intercambio de opiniones—, ¿estáis ya preparados para escucharme, aunque sea un momento, por favor? Dejad de condenar antes de examinar todas las pruebas.

Una vez que comprobó que guardaban, por fin, silencio, dijo:

—A lo que ya he informado de la descripción del gabinete secreto y de los recortes, por sí mismos significativos, quiero añadir varias pruebas. La primera es un croquis, hecho con lápiz que encontré sobre su mesa, de una salida lateral del museo de Cádiz que da a una calle que viene de la plaza de Mina, por donde, probablemente, salió el ladrón de la estatua de Melkart, tras burlar, no sé cómo, la estrecha vigilancia del edificio. Segundo, el hallazgo de una cajita con el nombre de un conocido joyero, donde hay sólo un pendiente, que pensé que podría ser la pareja del que había en el maletín rojo de Anabel que recuperó Ángel en Estocolmo, como así es...

—Odón ya ha sido absuelto de la acusación de homicidio involuntario por la muerte del pirata, ya que consideran que fue en defensa propia —dijo Daniel—, y me sentaría muy mal que se fuera de rositas después de todo lo que ha hecho...

—El que peor va a salir es Hilario —comentó Julia—, a quien acusan de la muerte de Rita, pero tampoco tienen ninguna prueba concreta a pesar de las declaraciones de Meli en su contra... Seguro que lo ponen en la calle dentro de unos años por haber ayudado a la policía a esclarecer los numerosos actos delictivos de Fabián, que, además, está ya muerto, habiendo reconocido, incluso, que participó en toda clase de extorsiones, como el chantaje para obtener la exclusiva de las fotos de la boda de Laura, acudiendo a aquella cita con la viscontessa en el pont d'Alma en París, acompañado de un hombre joven de color, que fue el que se enredó con Laura en Ibiza para que le hicieran las fotos comprometidas. Y hablando de fotos —dijo Julia observando si Angel estaba prestando atencióm—, encontré tambien en un cajón de la mesa de Odón esta serie de imágenes de una chica desnuda que yo afirmaría que se trata de Anabel...—.Angel saltó literalmente de su asiento y se abalanzó sobre las fotos que fue observando rapidamente una a una, para terminar tirandolas con rabia sobre la mesa tras comprobar que el fotógrafo se llamaba Hector.

Todavia Julia con una sonnrisa de satisfaccion por haber conseguido el impacto que esperaba en Angel, añadió mostrando una de las imágenes:

—Esta, por ejemplo, que esta de cuerpo entero, aparce pintada sobre la foto con unos cuernecillos de oro y botas bronce...posiblemente convertida por Odón en "La cierva de Cirinia"

—¡Atención! Falta una cosa muy importante antes de levantar la sesión —dijo Ángel alzando la voz—. ¿Le contamos lo que sabemos a la policía o no...?

42

Ángel subió de dos en dos los peldaños de la estrecha escalera que subía hasta el apartamento que había alquilado Anbel tras su salida del hospital donde había estado varios meses, la modelo se había puesto un body blanco que resaltaba sus pechos menudos y una falda corta que dejaban al aire sus largas piernas todavia demásiado delgadas. Anabel, desde que saliera del hospital, no había estado a solas con Ángel por consejo de los mèdicos, que habían considerado que ahora, pasado ya un tiempo prudencial, era el momento de que comenzara a tomar contacto con su pasado para ver si se recuperaba, ya que seguía sin tener conciencia de nada anterior al momento en que Noriko y ella vieron avanzar hacia su embarcacion aquella montaña de agua.

Era media tarde cuando Ángel entró en la habitación del ático y cerró la puerta tras él, Anabel estaba contemplando la puesta de sol desde la ventana, y aunque escuchó la puerta y sabía quién era el visitante, no se movió. Tenía miedo, se sentía cohibida, temerosa, ¿por qué no decirlo?, molesta. En el fondo, no tenía ningún compromiso con la persona que acababa de entrar en su habitación. Era un extraño y no sentía ninguna emocion. Ángel, por su parte, tenía miedo de que Anabel no fuera como la había recordado durante tanto tiempo, en el que había fijado su imagen en las paredes de su memoria tocando su cuerpo con manos de dueño.

Cuando la tuvo delante, cerca, indiferente, fria —ella seguía sin reconocerlo —, tuvo la sensacion de que nada le unia a esa persona, y noto un gran vacio. Había pasado demásiado tiempo y era —independientemente de su amnesia— como si se acercara a una desconocida. No había entre ellos la chispa, el impulso, la atracción irresistible de la noche de Ibiza, que le echaba a uno en brazos del otro sin importarles otra cosa que besarse, rozar sus cuerpos y unirse con rabia. Lo de menos es que terminara todo como terminó. Lo grande, lo sublime, lo maravilloso, era el milagro extraordinario de que dos

cuerpos se atrajeran con esa fuerza feroz, animal, primitiva, divina, que hace astillas las vallas del pudor, las reglas y los principios. Esa fuerza avasalladora que permite la continuación de la especie.

Aquella tarde, cuando estaban tan sólo a un metro, tras trazar caminos por las estrellas y hacer volar sus sueños sobre las montañas y los mares, eran dos perfectos desconocidos. Terrible, triste, desalentador... Había un frío helador en el corazón de aquel hombre y aquella mujer que habían llegado a creer que el amor era para siempre... Hacía frío en el pequeño ático que estaba en penumbra tras haberse ocultado el sol. ¿Dónde se guardan los amores muertos? ¿Se queman? ¿Nacen de ellos las rosas y por eso son tan bellas? A lo mejor, todo había terminado hacía tiempo, pero, al no verse, habían quedado intactos sus recuerdos —al menos los de él— sin ser conscientes de que ya no existía la atracción, como esas estrellas de las que nos sigue llegando la luz a la tierra cuando hacen años que murieron y se apagaron.

Era una escena desoladora, triste, nostálgica, que, por unos momentos, mantuvo a los pájaros inmóviles en el aire, a las olas quietas en el mar,—como en un cuadro—, y a los muertos asomándose por los periscopios de las cruces de sus tumbas.

—Ángel, perdona que no me acuerde de ti...bueno, en realidad no me acuerdo de nada de mi vida anterior al tsunami —dijo Anabel con voz débil, asombrándose ella misma de lo que decía.

—He venido para hablar contigo y ayudarte a que te acuerdes de mí. Que te acuerdes de todo Quería que te vinieras conmigo a casa

—Te lo agradezco..., pero por ahora estoy bien aquí ¿Sabes qué?, esta tarde me siento vacía y triste. Cuando te he oido entrar, me ha invadido como una corriente de aire helado, me tienes que ayudar a que te vuelva a querer, si es, como tu dices, que te quise alguna vez... No quiero estar sola, y ahora mismo eres un extraño para mí. ¿Me ayudarás?

Ángel se quedó sorprendido de que Anabel fuera tan sincera. Esta confesión le dio confianza. Decidió no decirle nada. No decirle que el tambien notaba ese frio helador, pero por una razon diferente: porque ya no sentía nada por ella. De todas formás, por lastima, se atrevió a cogerle la mano para acompañarla a la cama. Aquel frío de muerte de los primeros momentos le pareció que remitía. Al darle la mano, su contacto no le desagradó, aunque no le hizo que saltara su corazón y se

acelerara y se muriera de placer ronroneando como un gato, como recordaba que le ocurría hacía ya muchos meses,. En ese instante, llamaron a la puerta, y la persona que lo hizo, esperó prudentemente hasta que Anabel le indicó que pasara.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó solícita Violeta— No sabes lo que me ha costado encontrar tu estudio —¿Cómo estas?— Violeta siempre había estado al lado de su exalumna desde que tuvo conocimiento de que habia " aparecido"

—Estupendamente. ¿Ya conoces a Ángel, verdad?

—De sobra. No sabes cómo se presentó un día exigiéndome que le contara todo lo que supiera sobre ti para poder localizarte cuando desaparecistes... ¡Qué carácter!

Cuando Violeta salió del estudio, insinuó a Ángel que se despidiera y que la acompañara, ya que la enferma tenía que descansar. Una vez fuera, Ángel —que le había prometido a Anabel volver al dia siguiente — le hizo participe a Violeta de su miedo por que le pudiera pasarle algo a la modelo, ya que, supuestamente, se había escapado de sus secuestradores, ahora que todo estaba revuelto con el asesinato de los dos hermanos Setano, y le transmitió, por supuesto, su preocupacion por la amnesia. Violeta lo tranquilizo y le dijo que estaba en manos de los mejores médicos, y que si queria hablar con ellos, podia ir al dia siguiente a las doce a una clinica, facilitandole las señas.

—Por cierto —dijo Violeta algo pálida, tras oír mencionar el asunto de los asesinatos—. ¿Cómo va la investigación? ¿Sabe usted algo concreto? ¿Hay ya sospechosos?

Ángel evitó hablarle explicitamente del tema, aunque le extraño su interés, relacionandolo con la teoria de Julia de que estaba implicada. Violeta entonces comprobó que la puerta del ático estaba bien cerrada, y nerviosa y alterada continuó hablando con el abogado mientras se encaminaban al ascensor.

—Se que esta usted investigando las muertes de los hermanos con Julia, y quiero decirle, para que se lo transmita, porque ella estuvo presente el otro dia cuando me quite la blusa para que vieran los circulos concentricos que tengo tatuados en el pecho, que la policia me dejo libre tras comprobar que no estuve en el barco cuando hubo una amenaza de muerte al tal Fabian.

—Si, me lo contó Julia ¿Entonces por qué salió a pecho descubierto aquel dia como si fuera la libertad guiando al pueblo del cuadro de

Delacroix

—Pense que tarde o temprano lo averiguarian y era mejor decirlo.

Ángel estaba desconcertado, perdido, tras su encuentro con Anabel. De acuerdo que para ella, según le había confesado, él era un completo extraño, una persona que no existía en su mente vacia de recuerdos, secuela del terrible trauma que había sufrido. Ese vacio le producía dolor, estaba desorientada sin una base en que apoyarse. Pero a Ángel, lo que más desasosiego le producía, era que no hubiera ni rastro en su propio corazon de la tormenta que había sentido hacia tan solo unos meses. Ahora todo era indiferencia ante la mujer que había hecho tambalear todo su ser; que había sacudido su vida haciendo que el tronco seco de su existencia floreciera como el báculo de Aaron. Durante el tiempo que Ángela estuvo muy enferma, a las puertas de la muerte, sintió por ella lastima, ternura...pero tras este ultimo encuentro, se había quedado vacio, sin sentir el menor eco del ruido tan ensordecedor que le produjo Anabel cuando entró en su vida, como un viento huracanado que derribó puerta y ventanas hasta llegar al último rincon de su pobre existencia llena de cuartos oscuros donde se agazapaban negros fantasmás. Ángel había tomado la decision de no descubrirle la realidad de sus sentimientos, con la esperanza de que algo quedara entre las cenizas que había dejado en su alma el voraz incendio que, sin saber por que, había arrasado el bosque verde de sus ilusiones. Cuando llegó a casa, preparó algo de comer que había comprado en el rincon del gourmet de El Corte Ingles —solia comer poco, pero selecto —y abrió una botella de tinto Ribera del Duero, del que se sirvió un buen vaso. Tenía que preparar la defensa de un caso para la mañana siguiente, pero el juicio terminaba muy temprano, por lo que era muy problable que pudiera estar a las doce para hablar con los medicos. Antes de ponerse a trabajar anotó en su libreta dos ideas: iba a intentar salvar aquel amor tan grande; aquella ilusion que se había desvanecido en cotacto con la realidad. Y dos: iba ha hacer todo lo posible para ayudar a Anabel a recuperar la memoria, porque necesitaba saber sus sentimientos para comprobar si influian en los suyos.

Cuando al dia siguiente salió del trabajo, Ángel estaba contento. Su defensa había sido un éxito, hasta el punto de que algunos colegas le habían felicitado en la sala de togas. Despues de tomar un café y hablar

con Daniel para la reunion definitiva que iban a tener al dia siguiente, en la que intentarian redactar las conclusiones finales de la investigacion que estaban llevando a cabo, se dirigió a las señas que le había dado Violeta para llegar a tiempo a la reunion con los médicos que atendian a Anabel.

Cuando estuvieron todos sentados, el médico más veterano le dijo al recien llegado:

—Estabamos comentando que la recuperación fisica de la paciente ha sido milagrosa, solo nos queda ahora luchar con la amnesia retrograda que padece en la actualidad.

—¿Qué quiere decir amnesia retrograda? —preguntó.

—La llamamos amnesia retrograda —dijo el medico más joven— porque se pierde la informacion anterior al trauma o acontecimiento que lo ha provocado.

—En el caso de Anabel, el acontecimiento emocional que lo ha provocado con un largo periodo posterior de estrés y ansiedad —continuó explicando el médico que habló primero— le ha llevado a que su amnesia retrograda sea total como suele ocurrir en algunos casos de accidentes automovilisticos, guerras o terremotos

—A todo esto habría que añadir —comentó el compañero— que en este caso la perdida de memoria temporal podría estar agudizada, aparte de por el shock, por problemás nutricionales de deficiencia de vitaminas por la prolongada falta de alimentos.

—Me ha parecido que decía usted doctor —intervino Ángel— “perdida de memoria temporal”. ¿Opinan que se puede recuperar?

—Cremos que sí —dijo el mayor ajustandose las gafas—. En muchos casos ese suele ser el desenlace.

43

Había amanecido con una espesa niebla y en el solitario cementerio sólo se oía el graznar de los grajos más allá de los muros del recinto. Solo cinco o seis personas, entre las que se encontraban representantes judiciales, Fabila y Ángel, Daniel y Julia, fueron testigos de cómo unos obreros quitaban la tapa del nicho de Odón sénior “el patriarca”, cuyos restos se estaban exhumando con el fin de realizar las pruebas de paternidad solicitadas por Daniel. Los obreros, por fin, lograron quitar la lápida y los ladrillos que sellaban el nicho provisional donde habían sido depositados los restos en espera de la terminación de su mausoleo, comprobando los presentes, con sorpresa, que dentro no había ningún féretro. Espontáneamente un vagabundo que observaba la escena, se quitó el sombrero raído de la cabeza, y tras hacer una señal para que le siguieran, dio unos pasos cojeando hasta dar la vuelta al muro contando los nichos y la altura a la que se encontraban, para mostrar a los pocos que le habían seguido, que la sepultura que coincidía con la que habían abierto al otro lado, también estaba vacía.

—Yo conozco los nombres de cada “vecino” de este rincón —dijo el anciano con dificultad—. Vivo aquí, y les aseguro que ese nicho esta “desocupado” desde hace años...

—Bueno, ¿y qué, viejo? —le dijo Fabila malhumorado.

—Pues, que el otro día, señor, hace una semana o más, vi que sacaban un féretro de este nicho, y me extrañó... Pero como pasan cosas tan extrañas en este cementerio...

—Han robado el cadáver del “patriarca” —exclamó Ángel, mientras echaba unas monedas en la lata del mendigo.

—Han hecho un butrón y han sacando el féretro por este lado, tras romper el tabique que separa un nicho de otro —dijo Fabila.

—¡Malditos puercos! Deben de ser los mismos que me robaron a Cerbero, mi perro de tres cabezas —oyeron decir al mendigo, al que tomaron por demente, mientras se retiraba renqueante hacia el

mausoleo vacío que le servía de refugio, mientras aseguraba a los que le quisieron oír, que desde su interior se accedía directamente al Averno...

Al salir del cementerio Julia murmuró en voz baja a sus compañeros, que se había cumplido el duodécimo trabajo de Hércules:

—«El héroe —explicó— tenía la misión de capturar al "can Cerbero", un fiero animal, un monstruo de tres cabezas que estaba encargado de guardar las puertas del Averno para que no se escaparan los muertos».

Cuando Ángel, Julia y Daniel volvieron al estudio de este último, los tres estaban hundidos por la desaparición del cadáver de "el patriarca" que hacía imposible la prueba del ADN, que demostraría el movil del caso.

—La última vez que nos reunimos —comenzó a decir Daniel tras tomar todos un café para recuperarse del frío del cementerio—, acordamos no decirle nada a la policía hasta que no averiguáramos quiénes eran los autores materiales de los asesinatos. Pues bien, os he llamado porque he recibido un paquete insólito, con una prueba definitiva respecto a la autoría del asesinato de Fabián.

Daniel se quedó mirando a Julia y a Ángel, a los que había convocado para aquella misma tarde, antes de conocer la cita urgente para la exhumación de los restos de "el patriarca".

—Pues, aquí estamos —dijo Ángel, dejando su chaqueta en el respaldo de una silla—. Yo también traigo una "bomba". ¿Quién empieza?

—No me entero de nada... —comentó Julia.

—Bien —dijo Daniel, guardando silencio por unos segundos, mientras insertaba un pendrive, para poder ver las imágenes en su pantalla—. ¿Preparados? Voy a poner la secuencia a cámara lenta para que no os perdáis ni un detalle de lo que vais a ver —añadió, tras pedirle a Julia que apagara una de las luces—. ¡Ahí va!

En la pantalla apareció una imagen nítida, aunque oscilante, como si estuviera tomada por una cámara en movimiento, pudiéndose distinguir claramente que estaba captada desde el aire, ya que se veían campos, caminos y casas desde una altura de cuatrocientos o quinientos metros que se iban haciendo más perceptibles a medida que el aparato descendía, hasta el punto de poder distinguirse claramente coches por

una carretera, diversas granjas e, incluso, personas. En un momento determinado, Daniel congeló la imagen y la amplió todo lo que pudo, en ella se veía claramente un hombre disparando un arco.

—¿Lo identificáis? —preguntó Daniel con orgullo.

A Julia y a Ángel no les cabía la menor duda de quién era, y exclamaron al unísono:

—¡Es Eusebio!

—Parece increíble —dijo Julia—. ¿Cómo has conseguido este milagro caído del cielo?

—¡Sigue! ¡Por favor, sigue! —insistió Ángel—. El documento está incompleto.

Daniel hizo avanzar la grabación, en la que se veía un ultraligero, que se estrelló poco después, cerca del lugar donde estaba el arquero con otra persona, casi oculta por un árbol.

—La imagen está tomada desde el helicóptero donde yo iba —exclamó Ángel nervioso—. Vi caer el ultraligero desde el mismo ángulo. No cabe la menor duda. Yo viajaba en el segundo aparato que despegó del yate del millonario árabe y me acercaba a la finca... El propio Odón, había llegado en un viaje anterior, media hora antes.

—Debía de tener una cámara instalada en la parte inferior —dijo Julia, mientras se acercaba a la pantalla y le pedía a Daniel que volviera atrás para poder identificar a Eusebio con una foto que había cogido del dossier—. ¡Es él, no cabe duda! ¿Cómo has conseguido esta grabación?

—No os lo vais a creer, pero me la ha mandado Odón con esta nota.

Ángel cogió el papel y leyó en voz alta:

—«Por si andáis despistados, os mando estas imágenes tomadas por la cámara del helicóptero de mi amigo árabe. Pienso que os pueden servir... Nos vemos. Os llamaré. Odón».

—¡Qué cabrón es el tío! —dijo Julia sin poderse aguantar—. Es capaz de traicionar a su propio padre.

—Increíble Daniel. De verdad —comentó a su vez Ángel—, estoy flipando. Esperaba todo menos esto.

—¿Os parece que avisemos a la policía? —comentó Julia—. Esta prueba nos puede hacer explosion en las manos...

—Un momento —pidió Ángel, para exponer su aportación al caso, que había quedado eclipsada por la secuencia del helicóptero—. ¡Quien disparó la flecha que provocó el incendio en la torre de la iglesia fue Violeta...!

—¿Es una intuición o lo has soñado? —le dijo Daniel sarcástico, molesto porque algo pudiera hacer sombra a su “prueba”.

—Ni una cosa ni otra, Violeta está dispuesta a confesarlo todo ante un tribunal o ante el juez.

—¿La has torturado para sacarle la confesión...? —intervino Julia, tocándose el cinturón de plata envejecida de la amazona, que siempre llevaba puesto.

—Negativo. Son cosas del amor —le contestó Ángel.

—Creo que esto necesita una explicacion —dijo Daniel, mientras Julia asentía con la cabeza.

—La otra tarde salimos juntos de la habitacion de Anabel y me dijo, llevandome a un extremo del pasillo: “Me ha caído usted bien desde que vino buscando a Anabel, por eso creo que es una persona en la que puedo confía. —Esperó unos segundos y continuó diciendo resuelta—: Estoy a punto de explotar por haber sido víctima de un engaño realizado por la misma persona que secuestro a Anabel.

—¡Un momento! ¡Un momento! —le dije—. ¿Me está queriendo decir que sabe quién secuestro a Anabel?

—¡Sí¡ —me dijo sin vacilar.

—¿En qué se basa para tan grave acusación?

—Porque ese individuo me mandó un anónimo como los que ha estado enviandole tambien a Anabel durante su secuestro en Estocolmo.

—¿Tiene el original manuscrito? —le pregunté.

—Yo sí, pero Anabel los destruía todos según los recibia. Lo que si ha hecho, es reconocerlo al ver el mio, y se sabia de memoria el texto en inglés que esta sacado de una pelicula, concretamente de “Expiación. Mas allá de la pasión”, basada en una novela de Ian McEwan.

—¿Quién es el supuesto autor de los anónimos? —le insistí dudando que me lo confesara.

—De supuesto, nada. En mi caso esta admitido por el propio autor.

—¿Y de quién se trata? —insistí.

—De Odón Setano y Fernández-Queen. Estoy dispuesta a testificar —me dijo formalmente— que los anónimos que recibió Anabel durante su secuestro tenían el mismo texto y la misma letra que el que obra en mi poder, cuyo autor es Odón Puedo tambien añadir a mi declaracion que yo disparé con mi arco la flecha con fuego que provocó

el incendio en la torre de la iglesia desde donde se tiró el cura. Odón me lo pidió y yo lo hice por amor, pero nunca supuse que iba a provocar la muerte de nadie...

—¿Por qué lo hace?

—Porque me siento traicionada. Guardaba con ilusion aquel tarjetón y resulta que los escribia en serie... como he descubierto hablando con Anabel.

—Por favor —intervino Daniel—, creo que de las tres incógnitas principales: la autoría de los asesinatos de Telmo y Fabián, así como el envenenamiento de Daniel, la única que nos falta es esta última —miró alternativamente a sus colegas, y añadió—: Yo, por mi parte, me doy por satisfecho

—Estoy de acuerdo —dijo Julia—. Por mí avisaría ahora mismo a la policía.

—No es necesario —dijo Daniel, mirando su reloj— porque ya lo he hecho yo. Fabila está a punto de entrar por esa puerta.

—Señores —dijo el inspector, llevando su mano a la altura de una gorra inexistente a modo de saludo— por lo que me ha adelantado Daniel, para ser unos simples aficionados, habéis hecho una buena labor que la policía agradece, estimando en lo que vale vuestra cooperación, de la que serán informadas debidamente las instancias superiores.

—Gracias, inspector —dijo Daniel—. Estos son mis colegas: Julia y Ángel.

—Encantado de saludarla, señorita. Respecto al letrado, ya lo conozco de otros casos...

—El inspector —dijo Daniel—, ya está informado del vídeo que involucra a Eusebio, así como de la trama de leyendas mitológicas relacionadas con los trabajos de Hércules que implican a Odón como supuesto inductor de los crímenes.

—Bueno, ya sabéis, ¿qué le voy a decir a usted, abogado? Que lo que le hace falta a la policía y a los jueces son pruebas, pruebas y pruebas. ¿Es cierto que esa persona a la que usted se refiere... —preguntó directamente a Ángel— está dispuesta a declarar que fue ella quién disparó la flecha que provocó el incendio en la torre?

—Así es, inspector. Al menos, así me lo ha prometido.

—Claro, que ella alegará que no sabía las consecuencias de aquel

disparo...

—Así es, inspector.

—De todas formás, falta saber quién dejó escapar el gas de las tuberías de la iglesia —comentó el inspector.

—Correcto. Yo también estoy dispuesto a declarar —dijo Ángel— que me encontré muy cerca del lugar a Eusebio, el secretario de Odón.

—Señores, por favor, nombres y apellidos completos... Bueno, entre "compañeros" —dijo Fabila con cierta sorna—, debo deciros que así como al principio no se produjo ninguna denuncia para que fuera investigada la "estampida", como vosotros la llamáis, a raíz de vuestras averiguaciones, hemos llegado a la conclusión, por nuestras propias pesquisas, de que Eusebio fue quien vertió la droga en la copa de Daniel.

—Perdón, inspector, ¿cómo han llegado a esa conclusión para que la afirmen tan categóricamente? —preguntó el propio Daniel.

—Después de que uno de nuestros agentes hubiera examinado durante horas todas la secuencia de los fotógrafos acreditados que tomaron imágenes de vuestra mesa. No solo las que entregaron a los novios posteriormente, y que vendieron al suplemento y a otros medios a precio de oro, sino todas las que tenían en las pastillas y que no habían seleccionado. Allí hay un par de instantáneas que recogen el momento en el que vertía su copa en la de Daniel. Todo esto fue posible debido a que fueron interrogados oportunamente sobre el chantaje a que fue sometida la novia y su madre para que los dejaran entrar en la boda, hecho que denunció la propia viscontessa.

—Buen trabajo, inspector—dijo Ángel.

—La policía sabe hacer su trabajo... —comento Fabila con una sonrisa—. Hubo un momento en el que alguien de la mesa vio al dueño de la casa oculto entre las cortinas del salón, situado sobre la entrada principal. Ese fue el motivo por el que, en una de las fotos, todos aparezcan mirando hacia arriba, menos el tal Eusebio, que era precisamente el que os había llamado la atención sobre la "anécdota", instante que aprovechó para vaciar su copa en la de Daniel, como demuestra la foto que obra en nuestro poder.

—¿Y quién abrió las cuadras? —pregunto Julia.

—Sabemos que, en un momento determinado, los encargados de los fuegos artificiales vieron pasar a una mujer por la zona donde ellos estaban prendiendo las mechas. Le gritaron llamándole la atención, ya

que corría grave peligro, pero siguió corriendo como una loca camino de las cuadras.

—¿Y se sabe quién era esa loca? —volvió a preguntar Julia.

—Hilario ha confesado que fue él disfrazado de mujer —dijo el policía y añadió—: Señores, tenemos que actuar rápidamente. En el plazo de unas horas quiero una declaración concisa, clara y completa de todas vuestras “investigaciones”, las notas, manuscritos, grabaciones, vídeos, fotos y el relato minucioso y exhaustivo —dijo mirando a Julia— de lo que observó en la finca del encausado, incluida la figura robada en el Museo de Cádiz... Y otra cosa, no quiero que nadie salga de la ciudad sin mi permiso o el de mi departamento y necesito que estéis localizables día y noche para cualquier consulta. Lo primero que vamos a hacer es realizar las diligencias oportunas para que se curse una orden de detención contra Odón Setano y Fernández-Queen, Eusebio, y la tal Violeta, para ponerlos a disposición del juez, porque el individuo llamado Hilario ya lo está. —Tras una breve pausa, Fabila continuó diciendo—: Nosotros sabemos algo para aportar a la pertinente documentación: Supuestamente Odón Setano subvenciona con muchos millones de euros a un grupo extranjero radical, al que ya cedió su padre, “el patriarca”, el tercio de libre disposición cuando falleció... Por cierto, dígale de mi parte a la señorita Violeta que su deseo de colaborar le servirá para salir libre de cargos.

44

El médico que le comentó a Angel que la “perdida de memoria temporal” de Anabel podría ser transitoria, tenía toda la razón. Un tarde la estaba sommetiendo a un reconocimiento rutinario en el que la hacía seguir con la vista la llama de un mechero que el médico movia de derecha a izquierda, cuando Anabel sufrio una especie de extraño ataque y empezó a gritar, cayendo luego en un letargo del que despertó completamente consciente de todo su pasado.

La brusca vuelta a la realidad de Anabel a la luz del mechero que le recordó las velas que encendía su padre, quien la sometia a toda clase de vejaciones cuando llegaba borracho por las noches a su casa, sumió a la modelo en un proceso delicado y lento en el que tuvo que estar sometida a largas sesiones por profesionales cualificados, debido a la forma brutal con la que había empezado a recuperar la memoria, circunstancia esta que se unía a su largo periodo de secuestro y su permanencia en el mar. Pero Anabel, siempre al borde del suicidio, era un mujer fuerte dentro de un cuerpo aparentemente fragil y quebradizo. Las extremas condiciones psíquicas y fisicas en las que había crecido, la habían convertido en una criatura fuerte, en una especia de libelula de ciencia ficcion con unos poderes sobrenaturales. Su situacion ahora era diferente: dueña ya de su memoria casi al cien por cien y conociendo hasta el último detalle de su secuestro y posterior huida ayudada por Noriko, no ignoraba ningun episodio de su vida, incluido la gran ilusion con que había vivido durante meses su amor por Ángel, que ahora, tras encontrarse frente a frente con él, había desaparecido. Habitualmente daba vueltas y más vueltas en la cama y esta noche no era diferente, hasta que muy de mañana, con el alba, recordó que unas horas más tarde la estaría esperando Julia, que se había ofrecido para hacer una hora de ejercicios varias veces a la semana para ayudarla a recuperarse del choque que había supuesto entrar de nuevo en su mundo. Anabel, disciplinada y acostumbrada al trepidante ritmo de los

desfiles de modelos, resultó ser una alumna aventajada en los pocos días que llevaba practicándolo en su ático, a donde acudía Julia, siempre optimista y simpática, intentando contagiarla de su entusiasmo por la vida. Aquel martes, Anabel, más animada, se fue antes al baño, y tras una ducha rápida, se dio cuenta de que no había cogido la toalla.

—Julia, por favor —gritó—, ¿me alcanzas la toalla que he dejado ahí, en la silla?

—Ah. Sí. Ya la veo. ¡Qué suave! —dijo, pasándosela por la cara, mientras entraba en el baño y se la acercaba a Anabel, que esperaba con la mano extendida y los ojos cerrados por el agua de la ducha.

—¡Qué cuerpo tienes! —exclamó Julia al verla—. No me extraña que haya llamado la atención en todas las pasarelas del mundo.

Anabel, impaciente, aunque intentando sonreír, insistió, reclamando la toalla mientras movía el brazo arriba y abajo para buscarla.

—Pero si ahora estoy delgadisima... —le dijo, mientras seguia intentando coger la toalla—. ¿Me la das, por favor, que tengo frío?

Julia, acercándose a ella, se la entregó, sin dejar de elogiarla:

—Es que tienes unos pechos perfectos... ¿Y qué son esos círculos de colores? —dijo extrañada, acercando la cara para ver mejor los redondeles azules, rojos y verdes que rodeaban su areola derecha,—. Es el pecho más bonito que he visto en mi vida. Es una obra de arte... —continuó diciendo Julia, mientras acercaba el dedo índice y, rozándole la piel, recorría los diferentes círculos hasta llegar al centro...

—Yo también tengo un pequeño tatuaje —comentó, mientras se bajaba el pantalón del chándal hasta el lugar donde el vientre se empezaba a oscurecer, y mostró un ángel con las alas desplegadas—. Me lo hice hace veinte años, en París, cuando pensé que Ángel era el gran amor de mi vida.

Anabel estaba confundida. No sabía qué hacer. Ruborizada. De repente, Julia la abrazó y acercó su boca a los labios mojados de la modelo, que retrocedió asustada, soltando la toalla y quedándose completamente desnuda ante Julia, que deslizó su mano derecha intentando acariciar su sexo.

—¡Por favor, Julia! ¡Déjame! No quiero esto...

—¿Pero no te gustó en el hospital? —le preguntó.

—No sé a qué te refieres...

Julia, contrariada, recogió la toalla del suelo y se la dio.

—Perdona, Anabel. Olvida lo que acaba de pasar. Me creí que tú

querías... De todas formás, considérame tu amiga. Ya sabes que te quiero ayudar.

—Bueno, sí. Lo comprendo. Perdóname tú, pero no me siento a gusto así... ¿A qué te referías diciéndome lo de la otra noche?

—Nada, son cosas mías. Creí que te apetecía. ¿Nunca te había pasado?

—No lo sé. No me cuerdo... ¿Es cierto lo que me has dicho de tu tatuaje? ¿Te lo hiciste por Ángel?

—Sí. Es cierto. Me lo hice hace veinte años, como te he dicho, en París —le dijo, bajándose de nuevo el pantalón.

—Cuéntamelo —le exigió Anabel

—Éramos muy jóvenes y nos enamoramos perdidamente... Fue mi primera vez y todavía no lo he olvidado. Él no sabe que me hice este tatuaje, aunque intenté que lo viera el otro día cuando estuvimos juntos, poco antes de que tú "aparecieras". Fue genial, lo hicimos en el interior de una furgoneta "hippy" como dos chavales... Como en los viejos tiempos.

Anabel se quedó confusa. No sabía si le dolía realmente que Ángel hubiera hecho eso, a pesar de que estaba convencida de que todo había terminado entre los dos. Era cierto que no se había podido portar mejor con ella: la había ido a buscar a los Estados Unidos; la había cuidado día y noche en el hospital; la había llenado de ánimos y de flores; había sentido su mano en los momentos en los que se encontraba más débil, luchando con la muerte, en los momentos de dudas y de flaquezas, con pocas ganas de vivir... Pero ahora que había recobrado la memoria no sabía si tenía ganas de que volviera al día siguiente... ¿Le estaba agradecida? Sí. ¿Reconocía todo lo que había hecho por ella? Sí. ¿Recordaba aquellas horas maravillosas en Ibiza y todo lo que le había echado de menos durante su secuestro? Sí. ¿Seguía enamorada de él? No. Comprendía que era triste y descorazonador. Que era una desagradecida. Que no quería hacerle daño. Que no sabía cómo decírselo o hacérselo comprender. Anabel sentía que a medida que la piel volvía a su color natural y notaba sus labios más carnosos y húmedos, menos deseaba que él la tocara. Era involuntario, reflejo.... intentaba luchar contra aquel rechazo por egoísmo, para no quedarse de nuevo sola... Creyó que su comportamiento se debía a haber estado tanto tiempo aislada y por eso era arisca, tosca... Hasta que Julia la intento besar en la ducha sin ella esperarlo ni quererlo... Julia había

sido quien le había dado la excusa perfecta para terminar con él. Le había contado la infidelidad de Ángel en la furgoneta varada en la playa, y se lo pensaba reprochar en cuanto estuviera a solas con él... De todas formas, Anabel era contradictoria, inestable, insegura, y a medida que se acercaba el momento de que Ángel apareciera y que iba a estar por primera vez a solas con él ... sentía tristeza y pena de que todo se terminara y decidió quemar un último cartucho. Se fue al baño. Se duchó. Se perfumó y se puso la ropa interior atractiva que había comprado una tarde que salió de tiendas con Julia mientras se reian las dos juntas en el probador.

—Anabel, ¿puedo entrar?

—Claro que sí. Te estoy esperando.

—Primero quiero saber cómo estás —le dijo Ángel tras darle un beso de amigo en la mejilla mientras notaba ese viento que lo intentaba separar de ella.

—Bastante bien. Me encuentro mucho mejor —le respondió.

—Parece que estas enfadada conmigo. ¿Se puede saber por qué?

—Julia me ha contado lo vuestro en la furgoneta... ¿Lo has repetido muchas veces durante mi ausencia?

—¿Eso te ha dicho? ¡Es mentira! Es una mentirosa. Además, tiene muy mala idea —Ángel se sentó en el sofá junto a Anabel, intentando cogerle una mano, que ella apartó.

—Está intentando separarnos. Le da envidia lo nuestro —dijo Ángel convincente tomando la cara de Anabel—. ¡Mírame! —le dijo autoritario—. No me rehuyas. Ella también me ha contado lo que ocurrió en el hospital y que se ha acostado contigo. ¿Es cierto?

—¡No! —gritó enérgica Anabel.— No recuerdo que pasara nada en el hospital

—Me ha dicho también que os duchasteis juntas y que te besó...

—No. No es cierto —contestó Anabel zafando su cara de la mano que la atenazaba.

—Pues, igualmente es mentira lo que te ha dicho de ella y de mí... Y todo ese cuento de la furgoneta. Tiene una mente muy calenturienta —le dijo Ángel bajando la voz, mientras acercaba su cuerpo al de ella —. No te creas nada de lo que te ha dicho.

—¿Me prometes que no es cierto lo vuestro? —le dijo Anabel mirándole con los enormes ojos verdes que le enamoraron la primera

vez que los vio en el jardín de la embajada.

—Te lo juro —mintió Ángel en un último intento por romper el hielo y recuperar el hechizo de su primer viaje a Ibiza.

Anabel estaba empezando a sentir calor por sus venas y cantares por su cuerpo tanto tiempo en silencio. Cuando dejó que Ángel le cogiera la mano, notó escalofríos en todo el cuerpo. Y cuando bebió la primera copa de champagne, pequeñas burbujas de esperanza iluminaron sus ilusiones. En ese momento, parecía que había algo entre ellos. Parecía que volvía la magia, el embrujo, el deseo. Era el momento de la prueba definitiva para los dos, y Ángel acercó sus labios a los de ella; quería comprobar de una vez por todas si había algo entre ellos. Anabel cerró los ojos para sentir mejor el placer del contacto, el roce de sus labios húmedos. Ahora que recordaba todo lo ocurrido, ella tambien quería comprobarlo. Mientras la besaba, la mano derecha de Ángel recorrió despacio el interior de la pierna de ella, que las separo ligeramente para faciliar su avance. Cuando rozaba ya el vello corto de su pubis, Anabel se incorporó y dijo resuelta:

—¡No sigas por favor... ¡Ahora no. No estoy preparada todavía...

Anabel se apartó de él mientras colocaba bien la falda de su vestido blanco.

—Perdona —dijo Ángel confundido—. Creí que te apetecería. Quizás estés débil todavía...

El ambiente se volvió denso, irrespirable. Los dos inmoviles, sin mirarse, sabían que en ese momento se escapó de sus manos la ilusion que les había mantenido unidos estrellandose contra la indiferencia y rompiendose en mil pedazos. Tras el estruendo de la caída de los sentimientos marchitos, se hizo un silencio infinito, un vacio lleno de eternidad.

—Durante todo este tiempo —dijo por fin Anabel sin dejar de mirar al suelo— la ilusion, las ganas de estar contigo me hacían vivir, y ahora que estoy junto a ti me quiero morir...

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Ángel.

—Porque no sé qué me pasa...

—¿No estas enamorada de mí?

Anabel lo miró con una pena infinita y le pregunto a su vez:

—¿Y tú de mí...?

En aquel momento ambos comprendieron que aquello había terminado, y aunque no se abrieron los cielos y se desbordaron los

mares, se empequeñeció un poco más el mundo.

—Mañana te llamaré para ver como estás —le dijo Ángel tras darle un beso en la frente mientras se encaminaba hacia la puerta.

No la volvió a ver hasta varios meses despues en un cóctel en la residencia del embajador de Gran Bretaña en Madrid, y apenas se saludaron porque estaban con grupos diferentes y ella tenía prisa.

Julia y Anabel siguieron con las sesiones de rehabilitación de la modelo, y cuando la "paciente" se tomaba un respiro, ambas se sentaban juntas en uno de los bancos de madera del gimnasio y compartían confidencias sobre asuntos triviales mientras se secaban el sudor con sus toallas. Ninguna de las dos volvió a hacer la menor mención del intento por parte de Julia de besarla en la ducha, aunque a Anabel era un recuerdo que la perseguía y que, ante su propia sorpresa, formaba parte de sus sueños eróticos. Luego por la mañana —en el par de ocasiones que le había sucedido— intentaba examinar que significaban aquellos sueños ante una taza de café bien cargado, sin llegar a admitir que esperaba con ilusión la hora de la clase con Julia.

Una mañana en que Julia había sometido a Anabel a una sesión demásiado dura, la modelo se tumbó en el banco de madera donde se sentaban siempre con su toalla. Julia se sentó a su lado e hizo que Anabel pusiera la cabeza sobre sus piernas para servirle de improvisada almohada. La modelo, tumbada como estaba, abrió sus ojos rebosando de verde y le agradeció el detalle con un leve gesto. Julia entonces le preguntó:

—¿Te acuerdas alguna vez de Noriko?

—Constantemente

—Siempre me ha intrigado la clase de relación que tuviste con ella.

—Era muy dulce —dijo Anabel cerrando sus ojos, a la vez que sonreía levemente.

—¿Estaba enamorada de la guapa modelo occidental?

—No lo sé. Recuerdo que me ayudo a escapar de mi encierro en Estocolmo y que me llevó con ella a Japon. Aquel dia, cuando ibamos en el barco, momentos antes del tsunami, cogió mi mano y estuvimos así, un buen rato; me pareció que iba a decirme algo...

Anabel volvió a cerrar los ojos y no pudo contener unas lágrimas que notó correr por sus mejillas recordando a Noriko. Fue en ese preciso instante cuando sintió los labios de Julia besandola, y se

sorprendió al comprobar que le correspondia sin separar sus labios de los de ella.

45

La vista era espléndida desde el apartamento de lujo, con una amplia terraza, desde la que se dominaba el concurrido puerto de Montecarlo repleto de yates lujosos atracados en sus muelles. Odón enfocó su telescopio hacia un mercante de bandera sueca, del que estaba siendo desembarcado con una grúa un gran velero en el que llamaba la atención su reluciente bulbo. Los ingenieros de sus astilleros de Suecia le habían dicho que aunque la orza parecía de reducidas dimensiones para que el barco no escorara, dada su gran superficie vélica, su volumen estaba compensado con el lastre utilizado, que en vez de ser de hierro fundido, como era habitual, estaba fabricado con una aleación secreta. De todas formas, medía más de dos metros y le habían asegurado que tenía un peso adrizante óptimo. Desechado el plomo y dado que el objetivo era utilizar un material con la mayor densidad posible, se estudió usar uranio empobrecido y finalmente se optó por una fórmula secreta en la que se había utilizado oro. Se lo traían directamente de sus astilleros, donde lo habían modificado en secreto, ya que, realmente, se trataba del antiguo *Melkart,* del que habían respetado la mayor parte de su obra muerta —incluido su lujoso interior— cambiándole su arboladura. También le habían incorporado dos potentísimos motores.

Odón dejó de observar la maniobra para depositar la embarcación suavemente en el agua y volvió a coger las pesas que había dejado en el suelo. Desnudo de medio cuerpo para arriba y con sus pantalones blancos impecables con la raya muy marcada, siguió haciendo sus ejercicios habituales que le llevaban más de dos horas todas las mañanas, para los que tenía siempre a punto los aparatos de gimnasia necesarios, en todas las residencias que poseía por el mundo. En uno de los ángulos de la espectacular terraza, había una mesa preparada para el desayuno, donde Laura bebía a pequeños sorbos un té con limón y preparaba una tostada con mantequilla y mermelada de fresa. El

millonario, dejando las pesas en el suelo y sin hacer caso de su presencia, se acercó de nuevo al telescopio para ver cómo iba la maniobra de la botadura de su barco, y mientras miraba por el visor, sintió en su espalda el contacto de la joven, que debido a la buena temperatura había acudido a desayunar con un breve camisón semitransparente, sin importarle la presencia del mayordomo.

—Están desembarcando el yate. ¿Quieres verlo? —le dijo Odón sin dejar de mirar.

—¿Es aquel del bulbo rojo? —dijo, mientras le daba un buen bocado a la tostada que tenía en la otra mano—. ¿Me dejas ver "porfa"?

Odón se hizo a un lado y le dejó el sitio.

—Es muy "guay" —exclamó—. ¿Qué nombre le vas a poner? Me prometiste que le pondrías el mío... —le dijo con voz de niña caprichosa, dando pequeñas pataditas en el suelo— ¡Eres malo y malo...!

—Al próximo te lo prometo que se lo pondré —le contestó. Luego se apoyaron los dos en la barandilla de la terraza y Odón le quito con los labios una mota de mermelada que tenía junto a la boca, besando luego blandamente sus labios con sabor a fresa mientras le acariciaba el hombro, bajando luego la mano por la espalda, hasta que ella se la sujeto cuando pensó que había llegado demásiado lejos.

—El trato era por una sola noche... —le dijo, comiéndose de un bocado el resto de la tostada. Y chupándose luego los dedos uno a uno sin dejar de mirarle—. ¿Sabes que he estado dudando durante meses si lo hacía o no? —Laura había cambiado el tono de su voz y ahora estaba seria—. Me pareció completamente insólito que tuvieras la desfachatez de proponerle a mi madre que le darías mucho dinero si me acostaba contigo. ¿Cómo se le puede decir eso a una madre?

—Me pareció que debía de ser ella la que te lo propusiera...

—¡Qué caradura! Ya soy mayor de edad, y si querías acostarte conmigo me lo podías haber propuesto a mí directamente.

—Es que sabía que me ibas a decir que no.

—Es un trato bochornoso. El contrato dice de doce de la noche a doce de la mañana, de modo que, en unos minutos, desapareceré de tu vida para siempre. Tú habrás conseguido tenerme doce horas y mi madre habrá conseguido unos millones para seguir con su absurdo ritmo de vida y con sus operaciones de estética, pero nadie ha pensado

en mí. O sea. Te odio “papá”.

—Pues hace un rato parecía que estabas contenta y que lo habías pasado bien.

—Es que soy muy profesional.

—¿No te quieres venir conmigo a un largo viaje por el Atlántico —le preguntó Odón.

Laura sacó de su pequeño bolso una daga, y enseñándoselo a su “padre” le dijo muy en serio:

—Si no te portas bien con mi madre lo utilizaré como en Venecia y la próxima vez no fallaré —luego, abandonó la terraza dándose golpecitos con el dedo índice de su mano derecha en el reloj de Chanel que llevaba en la muñeca izquierda, mientras deía: “Son ya las doce, papi...”

La viscontessa, que había superado su enfermedad tras serle retirada la prótesis —afortunadamente no era un cáncer—, hizo su aparición en aquel momento en la terraza como si fuera a rodar una película de los años sesenta interpretada por Grace Kelly en plena Costa Azul. Lucía una bata larga hasta los pies, de color azul pálido, llevaba un peinado con un moño alto y estaba maquillada y pintada como un cuadro, a pesar de que acababa de empezar la mañana. Al darse la vuelta para buscar a su ex marido, a Odón le recordó a la Dolorosa de su barrio sobre su paso de Semana Santa, cuando le daban la vuelta en la esquina: no movió ni los brazos ni el cuello, girando todo el cuerpo sobre sus pies para que no se le estropeara el maquillaje... Luego, cuando la vió tomando un pomelo con una pajita, le dio pena. Le pareció ridícula.

—François.

—¿Dígame, señora?

—Esta noche vendrán a cenar el duque polaco y el diseñador americano con unos amigos. Quiero que todo esté perfecto, porque quizás consiga que venga también esa actriz tan de moda que está estos días en Montecarlo...

—¿Meli Monroe, señora?

—¿La conoce usted?

—Quién no la conoce, señora... Perdón, señora, ¿quiere la señora un menú concreto?

—Que se ocupe la cocinera, que para eso le pago... No, mejor dígale que no me puedo ocupar porque tengo que ir con los Grimaldi a un acto

solidario.

—¿A qué hora quiere el coche, señora?

—A las once y veinticinco, por favor... Ah, el coche grande crema, por favor.

Mientras Odón recogía las pesas y las guardaba en su caja, le preguntó a su ex mujer:

—¿Qué vas a hacer con tantos millones, querida?

—Evidentemente, gastármelos... Y quizás dé algo a la Iglesia, para ayudar a que Dios me perdone.

—Pues, que yo sepa, ya no tienes más hijas para "vender".

Esta vez, la aristócrata italiana sí perdió los nervios y le lanzó a Odón el recipiente de plata con caviar y hielo que había en la mesa, aunque no le alcanzó, proporcionando un inesperado banquete a los seis gatos siameses de la casa.

Aquella misma tarde, a última hora, el *Melkart* se hizo a la mar con Odón y unos tripulantes que nadie había visto embarcar. El yate, dotada de unos potentísimos motores para desplazarse a buen ritmo cuando el viento no era favorable —algo insólito en un velero donde el motor solo suele ser una ayuda —, puso proa a Gibraltar para salir del Mediterraneo y adentrarse en el Atlántico. Cuando pasadas unas horas, Odón, en la proa de su navío, se imaginó pasar entre las Columnas de Hércules en plena noche, y se adentró en las "tenebrosas aguas desconocidas" que, según los crónistas de la antigüedad, ningun navegante se había atrevido a explorar, el marqués se sentió satisfecho porque iba camino de cumplir el último trabajo que le había encargado Euristeo: que le llevara las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides.

Una llamada a su movil secreto le sacó de su ensueño...

—¿Cómo dice? No le oigo bien, tengo poca cobertura.

—No puedo hablar mucho tiempo... —percibió que le decía una voz que supuso que hablaba con la mano haciendo pantalla para que no le escucharan—. Hay una orden de búsqueda contra usted. Ha sido imputado por inducción al asesinato de sus dos hermanos.

—Fabila, ¿eres tú?

—Sí. Estoy en la comisaría y no puedo hablar más. Tiene usted que desaparecer. «Vamos a por el millonario que es un prepotente y un chulo», están diciendo por aquí... Todo el mundo ha "cantado": Hilario

ha confesado que él abrió las cuadras disfrazado de mujer, y a Eusebio, que está huido, le busca la Interpol acusado del asesinato de Fabián —el arco que encontraron en el teatro chamuscado era el mismo que utilizó para disparar—, y de haber abierto el gas de la iglesia colaborando en la muerte de Telmo... Y se ha dicho que usted... Oiga... ¿Sí? ¿Sí?

Odón tiró el aparato sobre la mesa y pensó que buscaría los mejores abogados. Sería muy difícil que pudieran demostrar su participación en cualquiera de los hechos que aquellos imbéciles se empeñaban en imputarle. Además, ya estaba en medio del océano y en una embarcación que se había preocupado de dotar de un revolucionario sistema antirradar. En su camarote oyó pasos y sonrió al pensar que cuando terminara de repasar sus papeles, iría a cenar con su "invitada". Sabía que su única debilidad eran las mujeres y recordó a Violeta, la arquera del pazo; Elizabeth, la aristócrata; tan loca ella y tan encantadora; a Anabel, qué iba a decir de Anabel, que desfiló para él sólo durante mas de un año, y cómo se iba a olvidar de su "hija" Laura...

—Está preparada la cena, patrón —gritó una voz de hombre detrás de la puerta.

—Recojo unos papeles y voy.

Odón ordenó los recortes que tenía sobre la mesa mezclados con los mapas y se entretuvo un momento en leer uno de ellos:

"Qatar no ha suscrito con España ningún convenio bilateral en materia de extradición, aunque si ha firmado dos convenios multilaterales de la Organización de la Naciones Unidas (ONU) sobre corrupción y delincuencia organizada transnacional que contiene previsiones sobre entrega de reclamados y asistencia juridico penal. Así lo ha explicado a EuropaPress fuentes gubernamentales..." —Odon se quedó un momento pensando en la solución de urgencia que le habian preparado sus abogados, y llegó a la conclusion de que dirigirse allí quizás fuera la mejor opción por el momento hasta que todo se aclarara.

Cuando subía a cubierta para cenar algo y beber una copa de champaña con su amiga, le llamaron de nuevo.

—Soy otra vez Fabila... ¿Me escucha? Quiero informarle a usted de que su padre no estaba en el nicho... ¿Me oye? Que su cadaver ha desaparecido, vaya.

—No se preocupe. Quédese tranquilo y no me llame más que puede ser peligroso... Esta aquí conmigo...

—¿Cómo?...¡No se entretenga¡ vaya cuanto antes a donde habiamos quedado...¡¡Ponga en marcha el plan B¡¡ Vaya hacía allí ...Es uno de los pocos paises del mundo donde puede ir sin que, por el momento, pidan su extradición...

Mientras el barco, que no llevaba luces para no ser localizado, se deslizaba silenciosamente a vela impidiendo la nueva orza que la fuerza del viento lo escorara excesivamente, Odón pensó que el haber utilizado un lastre de más densidad —uranio y una parte de oro— había sido suficiente para que en el volumen total del bulbo aún hubiera sitio para el cuerpo de una persona sin que el aspecto exterior fuera diferente de los veleros de su misma eslora. Por eso estaba seguro de que el cadáver de su padre jamás sería utilizado para practicar las pruebas de ADN...porque nunca lo encontrarian. El, que era el depositario del honor de la familia, no podia consentir que su memoria fuera ahora deshonroda con una estupidez tan grande como un "pecado" de juventud por culpa de una prima casquivana que querría "cazarlo". Con respecto a sus hermanos, la colera del cielo se habia vengado de sus indignos comportamientos. Se había cumplido la expulsión de los mercaderos del templo —Su cuadro favorito— aunque Dios no se habia servido de su latigo, sino de la inteligencia y la fuerza de un dios pagano, Hércules, encarnado en su propio cuerpo...No tenía la menor duda de que habia obrado bien. Hasta el nuevo Papa habia dicho recientemente:"Si alguien se mete con tu madre —en este caso era su padre— le das un puñetazo"...Por supuesto, el Papa, en ningún moento justificaba la violencia, peor él, Odón, si había decidido terminar con la burla que sus hermanos estaban haciendo a la familia con su comportamiento, y había decidido terminar con ellos...

A la mañana siguiente, el barco navegaba a vela con Odón a la caña, el rostro moreno por el sol, el pelo engominado, la mirada desafiante y su eterno pantalón blanco con la raya impecable. En uno de los obenques, habían puesto a secar un escueto bikini de colores... Odón sonreía satisfecho de que ella estuviera de nuevo a su lado

—¡Sube! —Le gritó Odón—. Hace un día magnífico. El mar está en calma para bucear...

—Estoy riéndome —contestó la mujer mientras subía por la

escalera— de la sorpresa que se habrán llevado esos dos.

—¿Qué crees que harán?

—La pobrecita Anabel, que está loca por mí, se quedará sola otra vez y se suicidará. Angel seguirá obsesionado con las plagas y el hambre.

Julia salió a cubierta desnuda para coger su biquini y le preguntó a Odon:

¿Crees que estaremos bien en ese pais tan lejano?

—Ya veras como si. Tenemos mucho dinero invertido allí. Es la tercera reserva mundial de gas natural y tiene una de las mayores rentas per capita del mundo. Ademas, tengo cerca a mi amigo el árabe, con el que hace poco estuve en Inglaterra, al que ya he avisado de que vamos para allá.

—No te veo yo rezando en una mezquita.

—Hay una catedral católica estupenda, que se llama como tu tia: Nuestra Señora del Rosario

—¿Por cierto? Has pagado la habitacion del Ritz que alquile todo este tiempo?

—Hasta el último día —Le respondió Odón mientras la besaba.

—Eres insoportable. En los veinte años que llevo contigo no te he podido coger en ninguna.

(Lo que desconocía Odón, era que Julia, indignada porque la engañó con Violeta —no sabía lo de Laura—, le había entregado a Daniel la famosa carta de su madre en la que aseguraba que era hijo del "patriarca")

Navacerrada 2018